

George Sand

Lélia

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LÉLIA**

**GEORGE SAND**

**PUBLICADO: 1833  
FUENTE: BNE DIGITAL  
TRADUCCIÓN: J. TIÓ**

**LELIA.**  
—  
**ESPIRIDION.**

POR

**JORGE SAND.**

Traducidas,

LA PRIMERA POR J. TIÓ  
Y LA SEGUNDA POR J. DE LUNA.

**TOMO I.**



**Barcelona.**

**IMPRESA DE JUAN OLIVERES, EDITOR,**  
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

—  
**1843.**



# **PREFACIO**

## **DE LA AUTORA EN LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA**

Rara vez se atraen animosidades las obras del arte sin excitar por otra parte simpatías, y si tiempo después de estas diferentes manifestaciones de zaherimiento ó de benevolencia quiere retocar sus trabajos el autor, advertido por la reflexión y la experiencia, se arriesga a disgustar a la vez a los que antes le condenaron y a los que le defendieron: a los primeros porque no corrige todo lo que ellos quisieran, y a los segundos porque acaso quita lo que más les gustaba. Entre estos dos escollos el autor debe obrar según conciencia, sin intención de ablandar a sus contrarios y sin ánimo de conservar defensores.

Aunque algunas de las críticas de Lelia se han hecho en un tono singular de declamación y amargura, las he recibido todas como sinceras é hijas de los más virtuosos corazones, y en mi punto de vista he podido gozarme al pensar que habia juzgado mal a los hombres de estos tiempos contemplándolos a través de un doloroso escepticismo. La grande indignación de los periodistas manifestaba de su parte la mayor moralidad unida a la más religiosa filantropía; confieso sin embargo por vergüenza mia que si he curado de la enfermedad de la duda, no debo la salud a semejante consideración.

No creo que eso me suponga el pensamiento de querer desarmar la austeridad de tan feroz crítica, ni de querer entrar en discusiones con los últimos campeones de la fe católica, porque tales empresas son superiores a

mis fuerzas. Lelia ha sido y es en mi mente un ensayo poético, una novela fantástica cuyos personajes ni son del lodo reales, como lo han querido los exclusivamente aficionados al análisis de las costumbres, ni completamente alegóricos, como han pensado algunas almas sintéticas. Aunque representan, cada uno de por sí, una fracción de la inteligencia filosófica del siglo XIX. Pulquería, el epicureismo heredero de los sofismas del siglo pasado; Stenio el entusiasmo y la debilidad de un tiempo en que la inteligencia se encumbra arrebatada por la imaginación, para abatirse luego aplastada por una realidad sin poesía y sin grandeza; Magnos, los restos de un clero corrompido y menguado, y así de los demás. Por lo que respeta a Lelia, debo confesar que su figura se me apareció en medio de una ficción más interesante que las que la rodean. Acuérdome que me complugué en hacer de ella la personificación, más aún que la defensora, del espiritualismo de estos tiempos, espiritualismo que no tiene ya el hombre en el estado de virtud, puesto que ha dejado de creer en el dogma que se lo prescribía; pero que subsiste y subsistirá siempre entre las naciones ilustradas en el estado de necesidad y de sublime aspiración, siendo la misma esencia de las inteligencias elevadas.

Esta predilección por la orgullosa y doliente Lelia, me encaminó a un error grave con respecto al arte, y fue el darle una existencia de todo punto imposible, y que a causa de la semi-realidad de los demás personajes parece chocante a fuerza de querer ser abstracta y simbólica. No es este el único defecto que he hallado en mi libro, cuando lo he vuelto a leer sin prevención, después de haberlo tenido olvidado durante algunos años: Tremmor me parece vagamente concebido, y por consiguiente mal trazado, y he visto que pecaban contra el buen gusto, el desenlace, muchos detalles de estilo, páginas difusas y trozos declamatorios. Conociendo que debía corregir todas estas partes defectuosas, según mis ideas artísticas, al hacerlo he usado de un derecho que mis lectores amigos ó enemigos no podrán negarme.

Pero si como artista he usado de semejante derecho sobre la forma de mi obra, no es esto decir que como hombre me haya arrogado la facultad de alterar el fondo de las ideas emitidas en este libro, a pesar de que las mías han sufrido grandes revoluciones desde cuando lo escribí. Esto provoca una cuestión más grave, y a no ser por ella no me habría lomado la pueril molestia de escribir un prefacio para esta edición. Luego de haberla examinado

los hombres sesudos me dispensarán el haberles hablado de mi un breve ralo.

En el tiempo en que vivimos, los elementos de una nueva unidad social y religiosa flotan desparramados en un gran conflicto de esfuerzos y de votos, cuyo fin comienza a comprenderse y a formarse su lazo conciliador solo por algunos espíritus superiores, los cuales tampoco han llegado llana y lisamente a la esperanza que los sostiene ahora. Su fe ha sufrido mil pruebas /se ha salvado de mil peligros, ha sobrepujado mil penas, ha luchado con todos los elementos de disolución entre los cuales nació, y aún hoy día, combatida y menospreciada por el egoísmo, la corrupción y la codicia de los tiempos, padece una especie de martirio y sale lentamente del seno de las ruinas que procuran sepultarla. Así pues, si las grandes inteligencias y las almas privilegiadas de este siglo han tenido que luchar contra tales pruebas ¿cuánto no habrán tenido que dudar y estremecerse al recorrer esta era de ateísmo y de desesperación los seres de más humilde condición y de temple más común'?

Cuando sobre este infierno de quejas y maldiciones hemos oído las grandes voces de nuestros poetas escépticamente religiosos, Goethe, Chateaubriand, Byron y Mickiewicz, expresiones poderosas y sublimes del espanto, del tedio y del dolor que aqueja nuestra generación, no nos tiernos apropiado con razón el derecho de exhalar nuestro quejido y de gritar como los discípulos de Jesús:— ¡Señor, señor, perecemos! ¿Cuántos somos los que hemos tomado la pluma para decir las profundas heridas de nuestras almas y acusar a la humanidad contemporánea por no habernos construido un arca donde pudiéramos refugiarnos durante la tempestad? ¿No nos daban el ejemplo algunos poetas que parecían más ligados al movimiento del siglo por el enérgico colorido de su ingenio? ¿No escribía Hugo ai%y¿-h en el frostispicio de su más hermosa novela? En Antony ¿no formaba Humás una hermosa y grande figura en medio de la desesperación? ¿No exhalaba José Delorme un canto de amargo desconsuelo? ¿No lanzaba Barhier una mirada sombría sobre este mundo que solo se le aparecía a través de los horrores del infierno del Dante? Y nosotros, artistas sin experiencia que les íbamos a la zaga, ¿no nos alimentábamos con el amargo maná que ellos derramaban en el desierto de los hombres? ¿No fueron lastimeros nuestros primeros cantos? ¿no procuramos por ventura concordar nuestra tímida lira con la suya bien templada? ¿Cuántos no somos, repito, los que les contestábamos desde lejos en un coro de gemidos? Tantos éramos que no cabemos en cuenta.

Muchos de nosotros que hemos seguido la vida del siglo, y otros muchos que han hallado continencia ó consuelo en convicciones ficticias ó supuestas, miran ahora hácia atrás y se espantan de que tan pocos años acaso tan pocos meses, les separen de su edad de duda, de su tiempo de aflicción. Siguiendo la poética expresión de uno de ellos que ha permanecido bel a su religioso dolor, hemos doblado todos nosotros el caño de las Tempestades cerca del cual nos ha tenido largo tiempo errados y quebrantados la borrasca, y hemos entrado en el Océano Pacífico con la resignación de la edad madura, navegando algunos a vela llena, llenos de fuerza y de esperanza; pero sin aliento los mas, y muertos de fatiga por haber sufrido demasiado. Ahora bien, sea cual fuere el faro que nos haya dado luz, sea cual fuere el puerto donde hayamos encontrado asilo ¿tendremos el orgullo ó la cobardía, sino la mala fe, de negar nuestras fatigas, nuestros contratiempos, y lo inminente de los naufragios? ¿Un amor propio pueril, ensueño de una falsa grandeza, podrá hacernos perder el recuerdo del temor que tuvimos y de los gritos que lanzamos durante la tormenta? ¿Podemos, debemos intentarlo? Yo creo que no. Cuanto más pretendemos convertirnos leal y sinceramente a nuevas doctrinas, tanto más debemos confesar la verdad y dejar a los demás el derecho de juzgar nuestras dudas y nuestros errores pasados porque solo así podrán conocer y apreciar nuestras actuales creencias, porque por poco que sea cada uno de nosotros ocupa un lugar en la historia de este siglo. La posteridad no recordará más que los grandes nombres, pero el clamor que hemos levantado no caerá en el silencio de la eterna noche, porque habrá encontrado ecos, suscitado controversias y provocado espíritus intolerantes para acallarlos, é inteligencias generosas para endulzar su amargura; en una palabra, habrá producido todo el mal y todo el bien que su misión providencial debía producir, porque la duda y la desesperación son grandes enfermedades que la raza humana debe padecer para cumplir su progreso religioso. La duda es un derecho sagrado ó imprescriptible de la conciencia del hombre que examina para desechar ó adoptar una creencia. La desesperación es su crisis fatal y su terrible parasismo. Pero ¡Dios mío! esta desesperación es una grande cosa, siendo el llamamiento más ardiente del alma a vos y la más innegable prueba de vuestra existencia en nosotros mismos y de vuestro amor, puesto que no podemos perder la certidumbre de esta existencia y el sentimiento de aqueste amor, sin caer desde luego en una espantosa noche llena de terrores y de mortales angustias. No vacilo en creerlo, la Divinidad tiene solicitudes paternales para aquellos que lejos de

negarla en la embriaguez del vicio, la lloran en el horror de la soledad, y si se vela para siempre a los ojos de aquellos que discuten sobre olla con fría impudencia está pronta a revelarse a los que la buscan vertiendo lágrimas. En el extraño y magnífico poema. Dzyady, el Conrado de Mickiewicz está sostenido por los ángeles en el momento en que se revuelca por el polvo, maldiciendo al Dios que le abandona y el Manfredo de Byron rehúsa al espíritu del mal aquella alma que el demonio ha atormentado tan largo tiempo y que se le escapa a la hora de la muerte.

Confesemos pues que no tenemos el derecho de transformar por medrosa refundición las herejías sociales ó religiosas que hayamos emitido. Sin reconocer un error pasado y confesar una nueva fe es un deber, negar un error ó disimularlo, para unir malamente las partes dislocadas del ciclo de su vida, es una especie de apostasía no menos culpable y más digna de desprecio que las demás. La verdad no puede mudar de templo y de altar según el capricho ó el interés de los hombres; si estos se engañan que lo confiesen; pero que no ultrajen a la desnuda diosa poniéndola la capa apedazada que antes han arrastrado por el camino.

Penetrado de la inviolabilidad de lo pasado, no he usado del derecho de corregir mi obra más que con respeto a la forma, y Aunque en cuanto a esto lo he aprovechado muy latamente, Lelia no deja de ser por esto el libro de la duda y el plañido del escepticismo. Algunos me han dicho que este libro les había hecho mal, pero yo creo que a mucho mayor número habrá hecho bien, porque después de haberlo leído, todo espíritu simpático a los dolores que él expresa habrá sentido Ja necesidad de buscar el camino de la verdad con más aliento y mayor ánimo; y en cuanto a los que por fuerza de convicción, ó por desprecio de convicciones, no han sufrido jamás cosa semejante, su lectura no puede haberles cansado ni bien ni mal.

Posible es que algunas personas, sumidas en la indiferencia de toda idea seria, sientan al leer obras de este género despertarse en su interior una tristeza y un temor hasta entonces desconocidos; pero después de las obras de ingenio escéptico que arriba, he citado, Lelia no puede tener sino muy pequeña parte en el efecto de estas manifestaciones de la duda. Por otra parte el efecto es saludable, y con tal que un alma salga de la inercia, que equivale a la nada, poco importa, con tal que se remonte, que sea por el gozo ó por la tristeza. En esta vida, y sobre todo en este siglo, se Irála, no de dormirse en vanas diversiones y cerrar el corazón al grande infortunio de la



duda, sino de luchar con este infortunio y salir de él, no solo para ensalzar la dignidad humana, si que también para trillar la senda a la generación que nos sigue. Admitamos pues como una grande lección las páginas sublimes en que llené, Werthe, Obermann, Conrado ó Man Credo exhalan su profunda amargura, porque han sido escritas con sangre de sus corazones, bañadas con lágrimas ardientes, y pertenecen aún más a la historia filosófica del género humano, que a sus anales poéticos. No nos avergoncemos de haber llorado con tan grandes hombres, la posteridad, rica de una nueva fe, los contará entre sus primeros mártires.

Los que hemos invocado sus nombres y seguido sus huellas respetemos en nuestras obras el pálido reflejo que hayan podido dejar en ellas sus sombras, procuremos progresar como artistas, y en este supuesto corrijamos humildemente nuestras faltas; esforcémonos sobre todo en progresar como miembros de la familia humana, pero sin loca vanidad y sin hipócrita sapiencia, y acordémonos de que hemos divagado en medio de las tinieblas y recibido más de una herida de cicatriz indeleble.

# PRIMERA PARTE.

Cuando la crédula esperanza arriesga una mirada de confianza entre las dudas de un alma desierta y desolada para sondearlas y curarlas, vacila su pie al borde del abismo, túrbase su vista y es herida de vértigo y de muerte.

Pensamientos inéditos de un solitario.

## I.

¿Quién eres, y porqué causa tanto mal tu amor? En ti debe encerrarse algún misterio espantoso y desconocido de los hombres. ¡Seguramente no serás hecha del mismo barro que nosotros, ni animada de la misma vida! Ángel ó demonio eres, no criatura humana. ¿Por qué nos ocultas tu naturaleza y tu origen? ¿Por qué habitas entre nosotros que ni te bastamos ni te comprendemos? SI procedes de Dios, habla y te adoraremos; si vienes del infierno.... ¡venir del infierno tú, Lau pura y tan hermosa! ¡Los espíritus del mal tendrían esa divina mirada, esa armoniosa voz, y esas palabras que extasían el alma, y la trasportan al trono del Altísimo!

Y con todo, Lelia, en ti hay algo de infernal: tu amarga sonrisa desmiente las célicas promesas de tus miradas; algunas de tus palabras son desoladoras como el ateísmo, y momentos hay en qué harías dudar de Dios y de tí misma. ¿Porque sois <sup>[1]</sup> así, Lelia, por qué? ¿Qué hacéis de la le y del alma cuando negáis el amor? ¡Oh cielo! ¡en vuestra boca tal blasfemia! Poro ¿quién sois si pensáis lo que algunas veces decís?

---

<sup>[1]</sup> Usaremos del tu y del nos indistintamente, del mismo modo que lo hace la autora. (N. del T.)

## II.

Lelia, me hacéis miedo. Cuanto más os veo, menos os adivino. Me engolfáis en un mar de inquietudes y de dudas: parece que os burléis de mis angustias: me eleváis al cielo y me holláis con vuestros pies: me arrebatáis hasta las radiantes nubes, y luego me precipitáis al negro caos. ¡Lelia, tened piedad de mí!

Ayer, cuando nos paseábamos por la montaña, erais tan grande, tan sublime, que hubiera querido arrodillarme en vuestra presencia, y besar la embalsamada huella de vuestros pasos. Cuando el Cristo se transfiguró en una nube de oro, y pareció nadar a los ojos de sus apóstoles en un fluido abrasado, prosternáronse y dijeron: — ¡Señor, en verdad sois vos el hijo de Dios ¡Y cuando la nube se hubo disipado, y bajó el profeta do Ja montaña con sus compañeros, preguntáronse sin duda y con inquietud: — ¿Ese hombre que anda como nosotros, que como nosotros habla, y que luego cenará con nosotros, es el mismo que acabamos de ver cubierto de velos de fuego, y

radiante por el espíritu del Señor? Lo mismo hago yo con vos, Lelia. a cada instante os transfiguráis delante de mí; pero cuando os desnudáis de la divinidad para haceros igual mía, preguntome con espanto si sois algún poder celestial, algún nuevo profeta, ó el Verbo encarnado otra vez en forma humana, y si obráis así para probar nuestra fe, y conocer entre nosotros a los verdaderos líeles.

¡Pero y el Cristo! Ese grande pensamiento personificado, este tipo sublime del alma inmaterial, era siempre superior a la naturaleza humana que Labia tomado. ¿Qué importaba que fuese hombre, si no podía ocultarse de tal manera que dejase de ser el primero de los hombres? Lo que en vos me espanta, Lelia, es que cuando bajáis de vuestras glorias, ni a nuestro nivel estáis, pues caéis mucho más abajo, y parece que no procuráis dominarnos más que porta perversidad de vuestro corazón. ¿Qué significa, por ejemplo, ose odio profundo, vivo é inextinguible que mostráis a nuestra raza? ¿Puede amarse a Dios como vos lo hacéis, y detestar tan cruelmente sus obras? ¿Cómo pueden concordar esa mezcla de fe sublime y de dura impiedad, esos raptos hacia el cielo y ese pacto con el infierno? Pregunto otra vez, ¿de donde venís, Lelia? ¿Qué misión de salud ó de venganza cumplís en la tierra?

Ayer, cuando el sol se escondía detrás do la nevera, anegado entre vapores de un color de rosa azulado, cuando el aire templado de una hermosa tardo de invierno se deslizaba por entre vuestros cabellos, y mientras la campana de la iglesia lanzaba sus melancólicas notas a los ecos fiel valle entonces, Lelia, os aseguro que erais verdaderamente la hija del cielo. La blanda claridad del sol poniente moría sobre vos, y estabais rodeada de un mágico reflejo. Vuestros ojos levantados hacia la azulada bóveda, en donde aparecían apenas algunas tímidas estrellas, brillaban con un fuego sagrado. Lo, poeta de los bosques y de los valles, escuchaba el misterioso murmullo de las aguas, miraba las suaves ondulaciones de los pinos débilmente agitados, respiraba el suave perfume de las violetas silvestres que abren sus cálices de azur sobre el seco césped a la primera luz tibia que se presenta, ó al primer rayo de pálido sol que las convida. Pero vos en nada de esto pensabais, pues ni las flores, ni los bosques, ni el torrente se atraían vuestra atención, y ningún objeto terrenal os despertaba sensaciones, pues erais toda del cielo: cuando yo os enseñé el encantado espectáculo que teníamos a nuestros pies, levantasteis la mano hacia la bóveda etérea, y me dijisteis: ¡Mi-

rad! ¡Oh Lelia! entonces suspirabais, por vuestra patria, ¿no es verdad? ¿preguntábaisle a Dios porqué os abandonaba tan largo tiempo entre nosotros, y porqué tío os devolvía vuestras blancas alas para volar a él?

¡Más ay ¡cuando el vientecillo que empezaba a soplar por encima de los matorrales nos obligó a buscar albergue en la ciudad, y cuando atraído por las vibraciones de la campana os rogué que entraseis conmigo en la iglesia para asistir a la oración de la noche, ¿por qué no me dejasteis, Lelia? ¿Porqué, pudiendo como podéis sobre cosas más difíciles, no hicisteis bajar una nube que os cubriese el rostro? ¿Por qué os hube de ver de aquel modo, en pie, fruncidas las cejas, con aire altivo y el corazón duro? ¿Por qué no hincasteis las rodillas sobre aquellas losas menos frías que vos? ¿Por qué no cruzasteis las manos sobre ese seno de mujer que la presencia de Dios debiera haber llenado de ternura ó de terror? ¿Qué significaba aquella soberbia calma y aquel menosprecio aparente por los ritos de nuestro culto? ¿Acaso no adoráis al verdadero Dios, Lelia? ¿Procedéis de aquellos ardientes climas en que se sacrifica a Brama, ó de las márgenes de aquellos grandes ríos sin nombre, en donde dice que el hombre implora al espíritu del mal? Nosotros no sabemos de qué familia sois, ni en qué comarca nacisteis, y en esta ignorancia, el misterio que os rodea nos hace supersticiosos a pesar nuestro.

¡Vos insensible! ¡vos impía! ¡Oh! ¡esto no puede ser! Pero decidme en nombre del cielo, ¿qué hace vuestra alma en esas terribles horas? ¿qué hace vuestra alma, esa alma grande en que la poesía superabunda de la cual rebosa el entusiasmo, y cuyo fuego nos sorprende y arrastra más allá de todo lo sentido? ¿En quién pensabais ayer? ¿qué habíais hecho de vos misma cuando permanecíais muda y fría en el templo, en pie como el fariseo, mirando a Dios cara a cara y sin temblar, sorda a los sagrados cánticos, insensible a incienso, a las deshojadas flores, a los suspiros del órgano, y a toda la poesía del lugar santo? Sin embargo, ¡cuán bella no estaba aquella iglesia impregnada de húmedos perfumes, y palpitante por las sagradas armonías! ¡Cómo se exhalaba blanca y mate la llama de las lámparas de plata entre las nubes de ópalo del quemado benjuí, mientras los dorados incensarios enviaban a la bóveda las graciosas espirales de un odorífero incienso! ¡Cómo resaltaban al reflejo de los cirios las placas de oro del tabernáculo! Cuando el sacerdote, aquel inglés alto y bizarro que tiene los cabellos tan negros, majestuosa la estatura, majestuosa la mirada y sonora la palabra, bajó lenta-

mente los escalones del altar arrastrando por la alfombra su larga capa de terciopelo, y elevó su grande voz triste y penetrante como los vientos que soplan en su patria, y nos dijo al presentarnos la relumbrante custodia esta palabra tan poderosa en su boca: ¡Adoremos! entonces, Lelia, sentíame penetrado de un santo temor, y postrándome sobre el mármol, me golpeé el pecho y bajó los ojos.

Pero vuestra idea está tan íntimamente ligada en mi alma a todos los grandes pensamientos, que me volví en seguida hacia vos, para que comparáseis conmigo aquella deliciosa emoción, y tal vez, perdóneme Dios ahora, tal vez para consagraros la mitad de aquellas humildes oraciones.

Pero vos estabais en pie, pues no habíais doblado las rodillas ni bajado los ojos, que dirigían con soberbia su mirada fría y escudriñadora ya al sacerdote, ya a la hostia, ya a la prosternada muchedumbre, sin que nada os hablase al alma. Solo vos, vos sola entre todos nosotros rehusasteis vuestra Oración al señor. ¿Seríais acaso un poder superior a él?

Pues mirad, Lelia, y perdóneme Dios otra vez; por un momento lo creí y estuve por negarle mi homenaje para ofrecéroslo, porque me dejé alucinar y seducir por el poder que había en vos. Más ¡ay! preciso es confesar que nunca os había visto tan hermosa. ¡Pulida como una de las estatuas de mármol que velan cerca de los sepulcros, nada teníais de terrestre! Vuestros ojos brillaban con un fuego sombrío, y vuestra ancha frente, de la cual apartabais los negros cabellos, se erguía, sublime de orgullo y de genio, por encima de la muchedumbre, del sacerdote, ¡y basta del mismo Dios! Esta profunda impiedad era espantosa, y al veros medir do aquel modo el espacio que hay de la tierra al cielo, todo cuanto allí había era pequeño. ¿Os había visto por ventura Millón cuando hizo tan noble y hermosa Ja frente abatida de su ángel rebelde?

¿Tendré que deciros todos mis terrores? Parecióme que cuando el sacerdote, en pie y levantando el símbolo de la fe sobre nuestras cabezas inclinadas os vió cara a cara, en pie como él, y como él elevada sobre todos los demás, sí, parecióme que su mirada profunda y severa topó con la vuestra impasible y la suya se bajó a pesar suyo. Creí verlo palidecer, que su mano trémula no podía sostener el cáliz y que la voz se le extinguía en el pecho. ¿Es esto un sueño de mi turbada imaginación, ó es cierto que el enojo sufocó al ministro del Altísimo cuando os vió resistir de aquella manera a la



orden emanada de su boca? Tal vez atormentado como yo por una extraña alucinación, creyó ver en vos algo de sobrenatural, un poder acaso evocado del seno del abismo, sino una revelación enviada del cielo.

### III.

¿Qué le importa esto, joven poeta? ¿Por qué quieres saber quién soy y de dónde vengo? Nací como tú en el valle de las lágrimas y todos los infelices que arrastran por la tierra son mis hermanos. ¿Es acaso tan grande esta tierra que un solo pensamiento abarca, y a la cual una golondrina da la vuelta en pocos días? ¿Qué puede haber de extraño y misterioso en una existencia humana? ¿Qué influencia tan grande suponéis a un rayo de sol más ó menos vertical sobre nuestras cabezas?; Dejad ¡asaz lejos está de él todo este mundo frio, pálido y angosto como es. Preguntad al viento cuantas horas necesita para revolverlo de uno a otro polo.

Aunque yo hubiese nacido en la parte opuesta del mundo, todavía seria poca la diferencia que habría entre los dos. Condenados entrambosá sufrir, débiles entrambos, incompletos, heridos por nuestros mismos goces, inquietos siempre, deseosos de una dicha sin nombre, y fuera siempre de nosotros misinos, eso es nuestro común destino, por esto somos hermanos y compañeros en este mundo de destierro y de esclavitud.

¡Me preguntáis si es mi naturaleza diferente de la vuestra! ¿Creéis que no sufro? Hombres he visto más desgraciados que yo por su condición, que lo eran mucho menos por su carácter. No todos tienen la facultad de sufrirán igual grado. a los ojos del grande hacedor de nuestras miserias, estas variedades de organización serán bien poco sin duda alguna; pero nosotros, cuya vista están limitada, pasamos la mitad de la vida examinándonos mutuamente y notando las fases del infortunio que se nos revela. ¿Pero qué es

todo esto en presencia de Dios? Lo que es para nosotros la diferencia de los tallos en un campo de mieses.

Por esto no oro: ¿qué le pediría a Dios? ¿Que mudase mi destino? Se reiría de mí. ¿Qué me diese fuerza suficiente para luchar contra mis dolores? Ya la ha puesto en mí y a mí me toca valerme de ella.

¿Preguntáis si adoro al espíritu del mal? El Espíritu del mal y el del bien es uno solo: Dios ¡Es la voluntad incógnita y misteriosa que pesa sobre nuestras voluntades! El bien y el mal son distinciones que nosotros hemos hecho; Dios no las conoce, como ni tampoco la dicha y el infortunio. Así no pidáis ni al ciclo ni al infierno el secreto de mi destino. a vos podría yo culparos de hacerme siempre mayor ó menor de lo que soy. Poeta, no busquéis en mí esos profundos misterios; mi alma es hermana de la vuestra y la contristáis y hacéis miedo sondeándola de ese modo. Tomadla por lo que es, por un alma que sufre y espera, pues si la interrogáis tan severamente, se replegará en sí misma y no osará mostrarseos más.

## IV.

Lelia, he expresado demasiado francamente la aspereza de mis solicitudes por vos, y he dañado el sublime pudor de vuestra alma, y esto, Lelia, es porque yo soy también muy infeliz. Pensáis que clavo en vos los ojos curiosos de un filosofo, y os engañáis. Si no conociese que os pertenezco y que ya para siempre é invenciblemente está ligada a Ja vuestra mi existencia, en una palabra, si yo no os amase con pasión, no tendría la audacia de preguntaros.

Pero estas dudas é inquietudes que yo oso deciros, tienen las también todos los que os han conocido, los cuales se preguntan con admiración si sois un ser maldito ó privilegiado, si es preciso tunaros ó temeros, acogeros ó

rechazaros. Hasta el grosero vulgo sale de su indiferencia para hablar de vos, y como no comprende ni la expresión de vuestras facciones ni el sonido de vuestra voz, quien oye los cuentos absurdos que se forja, conoce que ese pueblo está igualmente pronto a hincar la rodilla a vuestro paso y a conjuraros como una plaga. Los entendimientos más elevados os observan con atención, unos por curiosidad, otros por simpatía; pero ninguno se hace como yo una pregunta de vida ó muerte para la solución del problema; solo yo tengo el derecho de ser audaz y de preguntaros quien sois, porque yo solo lo siento íntimamente y esta solución esta ligada a la de mi existencia: de aquí en adelante hago parte de vos misma, porque os habéis apoderado de mí, acaso sin saberlo; pero al fin estoy esclavizado y no me pertenezco, porque mi alma no puede vivir en sí misma. Dios y la poesía no le bastan ya, ahora el Dios y la poesía sois vos; y sin vos me falta la poesía, me falta Dios, me falta todo.

Así pues, Lelia, ya que quieres que te tenga por mujer y te ¡hable como a igual mía, dime si tienes el poder de amar, si es tu alma de fuego ó de hielo, y si al darme a tí como Jo he hecho, he obrado para perderme ó para salvarme: yo no lo sé, y miro con espanto el camino por donde voy a seguirte. Este porvenir está cubierto de nubes, brillantes A veces como las que suben al horizonte al salir el sol, y otras sombrías como las que preceden a las tormentas y están preñadas de rayos.

¿He comenzado la vida contigo, ó la he dejado para seguirle en pos de la muerte? Los años de calma y de inocencia que dejo detrás de mí, ¿vas a agostarlos ó a rejuvenecerlos? ¿He conocido la felicidad y he de perderla, ó no sabiendo lo que es voy a probarla? Mis pasados años fueron bien hermosos, bien apacibles y bien suaves; ¡pero bien tranquilos también, oscuros y estériles! Desde que estoy en el mundo ¿qué he hecho más que soñar, aguardar y esperar? ¿Fructificaré por fin? ¿Harás de mí alguna cosa grande ó abyecta? ¿Saldré de esta nulidad y de este reposo que ya comienza a pesarme? ¿Y para qué saldré, para subir ó para bajar?

Cata ahí lo que me pregunto con ansiedad todos los días, y tú nada me respondes, Lelia, sin pensar, al parecer, que tienes delante de ti una vida en cuestión, un destino inherente al ¡tuyo y del cual después tendrás que dar cuentas Dios. ¡Descuidada y distraída, has cogido un cabo de mi cadena y a cada instante lo olvidas y dejas caer!

Es preciso que a cada momento, espantado de verme solo y abandonado, le llame y obligue a bajar de las regiones

desconocidas a donde vuelas sin mi. Cruel Lelia, ¡cuán feliz sois en tener el alma de este modo libre y en poder soñar sola, amar sola, y vivir sola! Yo no lo puedo ya, porque os amo y nada más amo sino a vos. Todos estos graciosos tipos de la belleza, todos los ángeles en figura de mujeres que pasaban por delante de mi durante el sueño echándome besos y flores, han desaparecido: ya no los veo ni despierto ni dormido. Ahora solo os veo a vos, siempre, siempre, pálida, tranquila y silenciosa junto a mi ó bien en el cielo.

¡Cuán miserable soy! mi situación no es regular, porque no solo debo saber si soy digno de que me améis, sino que aún no sé si vos sois capaz de amar un hombre, y fuerzas he de pedir a mi corazón para escribir esto, por lo que me parece horrible creo que no.

¡Lelia! ¿me responderéis esta vez? Ahora me estremezco de haberos preguntado. Mañana habría podido vivir aún con dudas y quimeras, y mañana quizás ya no me quedará ni que temer ni que esperar.

## V.

¡Cuán niño sois! Nacido apenas, ya precipitáis la vida, porque es preciso deciros que aún no habéis vivido, Stenio.

¿A qué pues tanta prisa? ¿Teméis no poder llegar al término maldito en donde caemos todos? En él os estrellareis como todo el mundo. Tomaos pues el tiempo necesario, haced vuestro aprendizaje y pasad lo más tarde que podáis el umbral de la escuela en donde se aprende la vida.

¡Bienaventurado niño, que pregunta en donde está la dicha, que cosa es y si la ha probado ó ha de probarla algún día! ¡profunda y preciosa ignorancia! Stenio, no seré yo quien le conteste.

Nada temas; pues no te he de desencantar revelándote una sola de las cosas que deseas saber. SI amo, si puedo amar, si te daré ó no la felicidad, si soy buena ó mala, si has de llegar a ser grande por el amor ó si debes ser aniquilado por la indiferencia: todo esto es una ciencia temeraria que Dios rehúsa a tu edad, y que me prohíbe enseñarte. ¡Espérate!

Yo te bendigo, joven poeta; duerme en paz. Mañana será un dia hermoso como los demás de tu juventud, adornado con el más grande beneficio de la Providencia, que es el velo que oculta el porvenir.

## VI.

¡Ved ahí como respondéis siempre! Vuestro silencio, sin embargo, rae hace presentir tales dolores que me veo reducido a daros gracias por ese silencio mismo; más este estado de ignorancia que vos Creéis tan apacible es espantoso, Lelia, y si vos lo traíais con desdeñosa ligereza es porque no lo conocéis. Vuestra infancia puede haberse pasado como la mía; pero la primera pasión que sintió vuestra alma no tuvo que sufrir las luchas que la mía sufre, porque sin duda fuisteis amada antes de amar. Vuestro corazón, ese tesoro que yo pediría de rodillas si fuese rey del mundo, vuestro corazón fue ardientemente llamado por otro corazón, y no conocisteis los tormentos de los celos y del temor, porque el amor os esperaba, la dicha os salía al encuentro, y os bastó querer ser dichosa y ser amada. No, vos no sabéis lo que yo sufro, que a saberlo tendríais lástima de mí, porque al fin y al cabo sois buena como lo prueban vuestras acciones, a despecho de vuestras palabras que lo niegan. Yo

os he visto mitigar sufrimientos vulgares, os he visto practicar la caridad del Evangelio con vuestra maligna sonrisa en ¡os labios, y alimentar y vestir al hambriento y al desnudo, haciendo alarde a! mismo tiempo de un odioso escepticismo. Sois buena por bondad natural é involuntaria que ¡a fría re-

flexión no os puede quitar. SI supieseis cuan infeliz me hacéis, tendríais piedad de mí, me diríais si conviene vivir o morir, y me concederíais desde luego la dicha que embriaga, ó la razón que consuela.

## VII.

¿Quién es ese hombre pálido que ahora suelo ver cómo una siniestra aparición en todas partes do estáis vos'? ¿Qué quiere ese hombre? ¿de qué os conoce? ¿en dónde os vió? ¿Porqué el primer día de su llegada pasó por entre la gente para miraros, y porqué le contestasteis con una triste sonrisa?

Ese hombre me sobresalta y da miedo: cuando se me acerca tengo frío, y sí su vestido se roza con el mío siento una especie de conmoción eléctrica. Vos decís que es un gran poeta que se aparta del mundo: su despejada frente revela en efecto el genio, pero no hallo en ella aquella pureza celestial, y aquel rayo de entusiasmo que caracterizan al poeta. Ese hombre es tétrico y desolador como Hamlet, como Lara, como vos, Lelia, cuando sufrís. No me gusta verlo a vuestro lado absorbiendo vuestra atención, y aniquilando por decirlo así toda cuanta benevolencia reservabais a la sociedad y cuanto interés guardabais para las cosas humanas.

Ya sé que no tengo el derecho de ser celoso, y por esto no os diré lo que muchas veces sufro: aflíjame, empero. y esto creo que bien me es lícito, aflíjome de veros rodeada

de tan lúgubre influencia. Vos que tan triste sois y tan desalentada estáis ya por vos misma, y a quien no debiera hablarse más que de esperanza y de dulces promesas, os halláis en contacto con una existencia marchita y desolada, porque a ese 'hombre le ha desecado el hálito de las pasiones: sus facciones petrificadas no se coloran con tinte alguno de juventud, su boca no sabe ya sonreír, y su tez no se anima jamás; habla anda y obra por costum-

bre, por recuerdo, porque el principio de la vida hace ya largo tiempo que falta de su corazón. Seguro estoy de que así es, señora; he observado mucho a ese hombre, y he penetrado el misterio que le rodea. SI acaso os dice que os ama, miente, porque ya no puede amar.

¿Pero acaso el que nada siente nada puede inspirar? Esta es una cuestión terrible que discuto largo tiempo ha, desde que vivo, desde que os amo. Yo no puedo determinarme creer que tanto amor y poesía tan grande emanen de vos, sin que se encierre en vuestra alma su foco. Ese hombre, tan frío ya por todos sus poros, imprime tal repulsión a lodo cuanto se le acerca, que su ejemplo me consuela y anima. SI vos tuvieseis muerto el corazón como él, no os amaría, y me causaríais horror como me lo causa él.

Y sin embargo, ¡oh! ¡en cuan revuelto laberinto se debate mi corazón! vos no compartís conmigo el horror que a mí me inspira; al contrario, parece que os le atrae una invariable simpatía, instantes hay en que viéndole pasar a vuestro lado por medio de nuestras fiestas, pálidos ambos, graves y distraídos por entre la danza que gira y regirá, entre mujeres que ríen y flores que vuelan, paréceme que solamente los dos podéis comprenderos.

Se me figura que se establece entre vuestras sensaciones y hasta en las facciones de vuestros rostros una dolorosa semejanza; pero ¿es el sello del dolor el que imprime en vuestras frentes ese aire de familia, Lelia, ó en efecto es hermano vuestro el extranjero? En vuestra existencia es ¡todo tan misterioso, que estoy pronto a suponerlo todo.

Si, días hay en que me persuado que sois su hermana; pero para que sepáis que mis celos no son fútiles ni pueriles, debo deciros que con tal idea sufro lo mismo. No me duele menos la confianza que le mostráis y la intimidad que entre los dos reina, pues vos se la otorgáis, vos tan fría, tan reservada, tan desconfiada a veces, y nunca con él. SI es hermano vuestro, Lelia, ¿qué derecho llene más que yo! ¿Creéis que os amo menos puramente que él? ¿Pensáis que podría quereros con más ternura, solicitud y respeto si fueseis hermana mía? ¡Oh! ¡por qué no lo sois! así no desconfiaríais de mí, y no equivocaríaís cada instante el casto y profundo sentimiento que me inspiráis. ¿No se ama también con pasión a una hermana, cuando se tiene el alma apasionada y una hermana como vos, Lelia? Los lazos de la sangre que tanto peso tienen sobre las naturalezas vulgares, ¿qué son en compara-

ción de aquellos que forma el cielo en el tesoro de sus misteriosas simpatías?

No, si es hermano vuestro, no os ama mejor que yo, y no le debéis conceder mayor confianza que a mí. ¡Cuán feliz es, el maldito, si vos os complacéis en contarle vuestros sufrimientos, y si tiene poder de endulzarlos! ¡Más ay ¡¡á mí, ni siquiera me concedéis el derecho de tomar parte! ¡Entonces soy muy poca cosa! ¡entonces mi amor vale bien poco!; entonces soy un niño débil é inútil todavía, muy inútil y muy débil, puesto que tenéis recelo de confiarme algo de vuestra carga ¡¡Olí! ¡soy infeliz, Lelia, porque vos lo sois, y no habéis vertido jamás una lágrima en mi seno! Hay días en que procuráis con lodo esfuerzo estar alegre conmigo, como si pensaseis darme enojo con vuestra melancolía. ¡Ah! ¡esta es una delicadeza bien insultante que muchas veces me ha hecho mucho mal! Con él nunca estáis alegre: ¡ved si tengo motivo para estar celoso!

## VIII.

He enseñado vuestra carta al hombre que aquí llaman Tremmor, cuyo verdadero nombre nadie sabe más que yo. Vuestro sufrimiento le ha interesado de tal manera, y tiene tan compasivo el corazón (¡que vos Creéis muerto!) que me permite revelaros su secreto. Ahora veréis que no se os trata como a un niño, porque este secreto es el más grande que un hombre puede confiar a otro hombre.

Más antes de todo, sabed que la causa del interés que Tremmor me inspira, es el ser el hombre más desgraciado que he visto en los días de mi vida, el haber agotado hasta la última gota de hiel en el cáliz del infortunio, y el tener sobre vos una superioridad incontestable e inmensa, la de la desgracia.



¿Sabéis lo que os desgracia, jóvenes? Entráis apenas en la vida y soportáis sus primeras agitaciones, sublévense vuestras pasiones, aceleránse los movimientos de la sangre, túrbase la paz de vuestro sueño, dispiértanse en vos nuevas sensaciones, inquietudes y tormentos, ¡y a esto llamáis sufrir, creyendo haber recibido el grande, el terrible, el solemne bautismo de la desgracia! Sufrís, es verdad, ¿pero puede haber sufrimiento más noble y precioso que el de amar? ¡de cuánta poesía no es el manantial! ¡Cuán ardiente cuán fecundo no es el sufrimiento que se puede decir, y por cual es plañido el que lo padece!

Pero aquel dolor que debo callarse so pena de maldición, aquel que debe ocultarse en el fondo de las entrañas como un amargo tesoro, aquel que en vez de abrasar hiela, que carece de lágrimas, de ruegos y de ilusiones, que vela de continuo, frío y paraltico, en el fondo del corazón como el que Tremmor ha apurado, ese es el que podrá exaltarle en presencia de Dios el día de la justicia, porque a los ojos de los hombres es preciso que lo oculte. Oíd la historia do Tremmor.

Nació bajo funestos auspicios, Aunque entre los hombres parecía envidiable su destino; nació rico, rico como un príncipe, como un favorito, como un judío, porque los que le dieron la vida se enriquecieron por la abyección del vicio. Su padre había sido el querido de una reina galante, y su madre criada de su rival; pero como todas estas torpezas se disfrazaban bajo pomposas libreas, y se ostentaban con títulos pomposos, aquellos abyectos cortesanos causaban más envidia que desprecio.

Tremmor entró temprano y sin obstáculos en el mundo; pero en la edad en que una especie de sencilla vergüenza ó de modesto temor hace vacilar en el umbral de la vida, su alma sin juventud se acercaba al banquete sin turbación y sin curiosidad, porque era un alma inculta, ignorante, y llena ya de insolentes paradojas y de soberbias obcecaciones. No se le Labia dado el conocimiento del bien y del mal, de lo cual se hubiera guardado mucho su familia por miedo de que Tremmor la despreciase y renegase de ella. Habíanle enseñado, si, la manera de gastar el oro en frívolos placeres y con estúpida ostentación; todas las falsas necesidades se las habían descubierto, y enseñad ole los falsos deberes que causan y alimentan Ja miseria de los ricos. Debe saberse, sin embargo, que si pudieron engañarle con respeto a las virtudes necesarias al hombre, no pudieron variar la naturaleza de sus instintos, pues estos cortaron el trabajo desmoralizador, y el humano hábito

do la corrupción cayó ante la divina inmortalidad de la creación intelectual. El sentimiento del orgullo, que no es más que el de la fuerza, se rebeló contra todos los hechos exteriores, y viendo Trennior el espectáculo de la servidumbre, no lo pudo sufrir, porque todo lo débil le causaba horror. Obligado a reconocer la ignorancia de todas las virtudes, halló en sí mismo nomo repeler todo cuanto sabia a miedo ó mentira. Criado entre falsos bienes, acostumbróse al desorden y a la vanidad que sirven para perderlos; pero no comprendió ni toleró la infamia que los amontona y renueva.

La naturaleza tiene sus misteriosos recursos y sus inagotables tesoros, pues de la combinación de los elementos más viles, hace salir con frecuencia sus más ricas producciones. a pesar del envilecimiento de su familia, Tremmor habla nacido grande, pero áspero, crudo y terrible como una fuerza destinada a la lucha, como uno de aquellos árboles del desierto que resisten a los huracanes y a los torbellinos, gracias a su rugosa corteza y a sus obstinadas raíces. El cielo le había dotado de inteligencia, y había en él el instinto divino. Las domésticas influencias procuraron aniquilar aquel instinto de espiritualismo, y apartando por medio de la burla los celestes fantasmas que erraban en torno de su cuna, le enseñaron a buscar el sentimiento de la existencia en las satisfacciones materiales, y de él se desarrolló la parte material con toda su fuerza selvática, pues otra cosa no se pudo, pues la materia animal era oblo también en aquella poderosa criatura. Tremmor era tal, que los placeres desordenados le producían exaltación más bien que enervamiento: la embriaguez brutal le causaba un sufrimiento furioso y una necesidad inextinguible de los goces del alma, goces desconocidos, que él ni por el nombre conocía siquiera. Por esto todos sus placeres se encaminaban a la cólera, y la cólera al dolor. Pero ¿qué especie de dolor era? Tremmor buscaba en vano la causa de aquellas lágrimas que calan en el fondo de su copa en el festín, como una lluvia de borrasca en un ardiente día, y preguntábase porqué maguer la audacia y la energía de una grande organización, y a pesar de su salud inalterable, de la violencia de sus caprichos y la firmeza de su despotismo, no saciaba ningún deseo, ni llenaba el vacío de sus días triunfo ninguno do los suyos.

Estaba tan lejos de adivinar las verdaderas necesidades y las facultades verdaderas de su alma, que tenía desde niño una extraña locura, creyendo que pesaba sobre su cabeza una aborrecedora fatalidad, que el motor incógnito de los acontecimientos le Labia tomado aversión desde el seno de su

madre, y que estaba destinado a expiar faltas de que no era culpable. Avergonzábale de deber la vida a unos cortesanos, y decía alguna vez que la única virtud que tenía, que era el orgullo, era una maldición, porque aquel orgullo sería quebrantado algún día por el odio del destino. De ahí es que los únicos reflejos que de la celeste lumbre le habían quedado, eran el temor y la blasfemia, reflejos terribles, obra de ¡os hombres, enfermedad de un cerebro grande y noble que se había comprimido bajo la estrecha y pesada diadema de la molicie. Los espíritus vulgares que han asistido a la catástrofe de Tremmor, han quedado atónitos por la especie de profecía que él había arrojado de sus labios, y que al fin se vió cumplida, y no han podido reconocer como un orden natural de cosas, como un presentimiento y un fin inevitables, aquella historia trágica y dolorosa que no han visto más que en sus fases exteriores, el palacio y la cárcel, de los cuales el primero solo enseñó una prosperidad algazarosa, y la segunda no reveló más que una callada angustia.

Los pasatiempos de aquel desventurado rico fueron al principio domar caballos, tener palafreneros, rodearse sin discernimiento y sin aprecio de las obras del arte más heterogéneas, mantener con lujo una servidumbre viciosa y holgazana, con menos cuidado y menos afecto que una jauría de lebreles; vivir en medio del mundo y de la violencia, entre los aullidos de los perros, los cantos de la oreja y la espantosa alegría de las mujeres esclavas de su oro, y apostar su fortuna y su vida para hacer hablar de sí: pero aún tenía bozo en vez de barba, y ya estaba ahito de semejantes placeres. La algazara no le halagaba ya el oído, ni el paladar sentía el calor del vino, y le bastaba la caza, porque no conmovía bastante sus instintos de crueldad, instintos que tienen todos los hombres, y que se desarrollan y aumentan con las satisfacciones, que parece poner al abrigo de las leyes y de la infamia la independencia de las riquezas. Gustábale castigar con el látigo a sus perros, y luego azotó a sus prostitutas: no bastándole sus canciones y sus carcajadas, reanimáronle un poco sus injurias y sus gritos. Cuanto más se desarrollaba el animal, tanto más se extinguía el dios en toda su existencia. La inteligencia inactiva sentía fuerzas sin objeto, y corrotase el corazón por un fastidio interminable y por un sufrimiento sin nombre. Tremmor no tenía que amar, porque en derredor suyo todo era vil y corrompido, y ni siquiera sabía donde bailar corazones nobles: por ende no crecía que los hubiese. Habíanle dicho que la envidia era hija de la pobreza, y despreciaba a los pobres, y no comprendiendo que la envidia podía soportar la pobreza sin rebelarse, des-

preciaba también la envidia. Desdeñaba la ciencia, porque ora ya demasiado tarde para comprender sus beneficios, y viendo sus resultados aplicables solamente a la industria, parecíale más noble pagarlos que venderlos. Los sabios le daban lástima, y hubiera querido enriquecerlos para hacerles gozar de la vida. Tenía en menos la cordura, porque alcanzaba fuerzas bastantes para sobrellevar el desorden, teniendo por impotencia la austeridad, y en medio de esta veneración por la riqueza, y de tal amor al escándalo, residía una incongruencia inexplicable, porque el hastío le había sobrecogido en medio de sus festines. Todos los elementos de su ser estaban en guerra unos con otros, pues a la par que detestaba ó los hombres y las cosas que se le habían hecho necesitarías, repelía todo cuanto hubiera podido apartarle de sus malditos senderos, y calmar sus secretas angustias. Sintió luego después una especie de rabia, pareció que su templo de oro y su atmósfera de voluptuosidad se le habían hecho insoportables, y viósele romper muebles, espejos y estatuas en medio de sus orejas, que echaba luego por las ventanas al pueblo que se agrupaba al pie de su palacio: viósele manchar sus riquísimas alfombras, y sembrar como en lluvia su oro, sin más objeto que desembarazarse de él, cubrir su mesa y sus manjares con hiel y barro, y echar lejos de sí y en el lodo de los caminos a sus mujeres coronadas de llores. Sus lágrimas le gustaban un instante, y cuando las maltrataba creía hallar la expresión del amor en la de una codicia dolorosa y de un abyecto temor; pero vuelto luego al horror de la realidad, salía espantado de tanto aislamiento y su silencio en medio de la agitación y del rumor. Huía entonces hacia sus jardines desiertos, devorado por la necesidad de llorar; pero le faltaban las lágrimas porque ya carecía de corazón, del mismo modo que le faltaba el amor porque no tenía Dios, y estas espantosas crisis, tras frenéticas convulsiones, acababan en un sueño peor que la muerte.

Basta por hoy. Vuestra edad lo es de la intolerancia, y os aturdiría demasiado el secreto de Tremmor si os lo contase todo en un solo día, por lo mismo quiero que haga su impresión esta parte de mi cuenta, y mañana os diré lo que falta.

## IX.

Tenéis razón en guardarme consideraciones, porque ¡O que me hacéis saber me admira y trastorna; pero mucho interés me suponéis si habéis creído que de tal suerte me conmueven los secretos de Tremmor! Lo que rae turba es vuestro modo de juzgar. ¿Tan superior sois a los hombres, que tan ligeramente habíais de los crímenes que entre sí cumplen? Esta pregunta es tal vez injuriosa, porque la humanidad es quizás tan despreciable, que yo mismo valgo más que ella; pero perdonad la perplejidad de un niño que nada sabe de la vida real.

Todo cuanto decís produce en mi el efecto de un sol demasiado ardiente en ojos acostumbrados a la oscuridad, y a pesar de este creo que me dais poco a poco la luz por amistad ó por compasión.... Dios mío, ¿qué me queda que saber? ¿Qué ilusiones han mecido mi juventud? Tremmor no es despreciable, decís vos, ó si lo es a los ojos de seres superiores, no puede serlo a los míos. Yo no tengo derecho de juzgarle y decir: «Yo soy más grande que ese hombre « que se perjudica a sí mismo, sin aprovechar para nadie.» Toes bien, séase: soy joven y todavía no sé lo que seré, porque no he pasado aún por todas las pruebas de la vida; poro vos, Lelia, más grande, así por el alma como por el ingenio, que lodo cuanto en la tierra existe; ¡podéis condenar y aborrecer a Tremmor y no queréis hacerlo! Vuestra indulgente compasión, ó vuestra admiración imprudente (no sé cómo llamarla) le sigue en medio de sus triunfos culpables, aplaude sus satisfacciones, y respeta sus desgracias....

Pero si ese hombre es grande y tiene en sí tanto lujo de energía, ¿por qué no lo aprovecha para reprimirían funestas inclinaciones? ¿porque hace tan mal uso de su fuerza? Entonces también son grandes los piratas y los bandidos, y la gente deberá abrir paso con el mayor respeto ante el hombre que se distingue por medio de audaces crímenes ó de vicios extraordinarios. ¿Será necesario ser héroe ó monstruo para agradar?... Tal vez si. Cuando pienso en la vida llena y agitada que vos debéis haber tenido, y veo cuantísimas ilusiones han muerto para vos, a la par que el cansancio y dejadez que hay en vuestras ideas, pienso que un destino oscuro y monótono como el mío no puede ser para vos más que una carga pesada, y que para despertar las simpatías de vuestra alma se requieren impresiones insólitas y violentas.

¡Decidme pues una palabra que me anime, Lelia! decidme qué queréis que sea, y seré lo que queráis. ¿Creéis acaso que el amor de una mujer no

puede dar la misma energía que el amor del oro?...

Continuad, continuad esa historia que me interesa horriblemente, pues al fin y al cabo es una revelación de nuestra alma, de esa alma profunda, incierta é incomprensible que yo siempre busco y jamás penetro.

## X.

Tranquilícese vuestro orgullo, joven, porque sin duda valéis más que nosotros; pero de aquí a diez años, de aquí a cinco tal vez, ¿valdréis lo que vale Tremmor? ¿valdréis lo que vale Lelia? Esto so ha de ver todavía.

Tal como sois, jóven poeta, ¡os amo ¡No os espante ni embriague tampoco esta palabra, pues no pretendo daros aquí la solución del problema que esperáis! ¡Os amo por vuestro candor, porque ignoráis las cosas que yo sé y por esa grande juventud mora! de que queréis despojaros con imprudencia tamaña! Os amo de otro modo que a Tremmor: a pesar de sus desgracias, hallo menos encanto en sus conversaciones que en las vuestras, y luego os explicaré porque algunas veces hago el sacrificio de dejaros para estar con él.

Antes sin embargo de continuar mi narración quiero contestar a unas de vuestras preguntas.

¿Porqué, decís, no ha empleado su fuerza en reprimirse ese hombre tan poderoso en voluntad? —; Porqué!... ¿dichoso Stenio! ¿Cómo entendéis la naturaleza del hombre? ¿qué auguráis de su poder? ¿qué esperáis de vos mismo?

¡Stenio, eres muy imprudente en arrojarte en medio de nuestro torbellino! Oye lo que me obligas a decir.

Los hombres que reprimen sus pasiones por interés de sus prójimos, son tan raros que yo todavía no he hallado ninguno. — He visto héroes de ambición, de amor, de egoísmo y sobre todo de vanidad; más de filantropía.... muchos se alabaron de serlo en presencia mía; ¡pero mentían como perros, los hipócritas! ¡Mí triste mirada sondeaba hasta el fondo de su alma, y no veía más que vanidad! La vanidad es después del amor la más bella pasión del hombre, y has de saber, pobre joven, que también es muy rara. La codicia, el grosero orgullo de las distinciones sociales, el desorden, todas las viles inclinaciones, hasta la pereza, que en algunos es una pasión obstinada, aunque estéril, son las ambiciones que mueven generalmente a los hombres. La vanidad a lo menos tiene algo de grande en sus efectos, pues nos obliga a ser buenos por el deseo que leñemos de parecería, y nos conduce hasta el heroísmo por lo agradable que es ser llevado en triunfo, y por las poderosas y hábiles seducciones que tiene la popularidad. Luego la vanidad es una cosa que jamás se confiesa. Las demás pasiones no. pueden disfrazarse, y la vanidad se oculta detrás de otra palabra que los ilusos llaman filantropía ¡Dios mío! ¡qué pueril falsedad! ¿En dónde está el hombre que profiere la felicidad de los demás a su propia gloria?

La misma religión cristiana, que es la que ha producido lo que más heroico ha habido en el mundo, ¿qué base tiene? ¿qué fundamento? la esperanza de las recompensas y un trono levantado en el cielo. Los que hicieron ese grande código, que es el más bello, el más vasto y más poético monumento del espíritu humano, conocían tan bien el corazón del hombre, sus vanidades y su pequeñez, que por consiguiente arreglaron un sistema de promesas divinas. Leed los escritos de los apóstoles, y veréis que en el cielo habrá distinciones, jerarquías diferentes entre los bienaventurados, lugares preferentes, y una milicia regularmente organizada con sus jefes y oficiales. ¡Sagaz, comentario de estas palabras del Cristo: — Los primeros serán los últimos, ¡y los últimos los primeros!

Pero para los que entran en sí mismos y se interrogan seriamente, para los que lanzan esas doradas visiones de la juventud y se internan en el austero desencanto de la edad madura para los humildes, tristes y experimentados, la palabra del Cristo parece que se realiza ya en esta vida. Después de haberse creído fuerte, el hombre caído se confiesa a sí mismo su nulidad, refugíase en la vida del pensamiento, y adquiere por medio de la paciencia

y del trabajo lo que ya creía poseer en medio de la ignorancia y vanidad de sus años juveniles.

SI os internáis en las desiertas campiñas al salir el sol, los primeros objetos de vuestra admiración son las plantas que se entreabren al rayo matinal: entre ¡as flores más hermosas escogéis las que el viento borrascoso no ha agotado y las que los insectos no han roído y echáis a lo lejos la rosa que la cantárida ha infectado el día anterior, para oler la que ha florecido en su virginidad al soplo del aire perfumado de la noche. Pero no puede vivirse de aromas y de contemplación. El sol va subiendo hacia el cielo, adelanta el día, habéis llevado el paso lejos, lejos de las ciudades, y sentís hambre y sed. Entonces buscáis los frutos más buenos, y olvidando las flores ya marchitas, é inútiles para siempre, sobre el primer césped en donde se echan, escogéis en las pendientes ramas el durazno pintado por el sol, la granada cuya áspera corteza hendieron los hielos del invierno, y el higo cuyo vestido de satín rasgó una lluvia bienhechora siendo con frecuencia la fruta más dulce y más hermosa la que el insecto ha picado ó encentado el pico de las aves. Entonces no os acordáis de la lechosa almendra, ni de la oliva todavía amarga, ni de la fiesta verde todavía.

En la mañana de mi vida os hubiera preferido a todo lo del mundo, porque entonces para mí todo eran ensueños, símbolos, esperanzas y poéticas aspiraciones; pero ya han pasado sobre mi cabeza los años de fiebre y de sol y necesito alimentos robustos; para mi dolor, para mi fatiga, para mi desaliento no necesito el espectáculo de la hermosura, sino el socorro de la fuerza, no el encanto de la gracia sino el beneficio de la ciencia. En otro tiempo el amor habría llenado toda mi alma; pero lo que más necesito ahora es la amistad, una amistad casta y santa, una amistad sólida é indestructible.

¡Los primeros serán los últimos! Hubo un día en la vida de Tremmor, en que precipitado desde la cumbre de las prosperidades mundanas a un abismo de dolor y de ignominia, trabajó para llegar ó ser lo que creía haber sido y lo que nunca fue. Lanzado, algunos años había, por una pendiente fatal, y no pudiendo adherirse a ninguna creencia, ni a ninguna poesía, sentía extinguírsele la llama de la razón. Una mujer le inspiró por un instante el vago deseo de dejar el desorden y buscar en otra parte la clave de su destino; pero aquella mujer, a pesar de adivinar la inteligencia y selvática grandeza que había en aquel lodazal del vicio, volvió la vista a otra parte con espanto y disgusto. Consagróle solamente un sentimiento de compasión



y de interés que le ha manifestado mus tarde y del cual se ha mostrado digno; porque ¡á cuantas humanas amistades no tiene, derecho la criatura afligida que se reconcilia con Dios!

Tremmor tenía una querida hermosa é impúdica como la antigua ménade, y se llamaba la Mantuana. Prefería la a las demás, y a veces creía descubrir en ella una chispa del fuego sagrado que él no sabía adivinar, y al cual llamaba sinceridad, fuego que buscaba por todas partes con la angustia y ansiedad del rico avariento. En una noche de algazara y de vino, la castigó, y ella sacó un puñal para matarle. Gustóle a Tremmor tal apariencia de venganza, creyendo descubrir fuerza y pasión en un movimiento de cólera. Amóla un instante y verificóse en él algo que hasta entonces no había conocido. Por un instante le fueron reveladas, en medio de los vapores de Ja embriaguez, las simpatías a que aspira toda alma sana. Pasó como una visión, y por entre dos frascos de vino un mundo nuevo; pero una palabra obscena de la bacante desmoronó aquel edificio encantado y volvió a ver en el fondo de la copa la amarga hiel.

Tremmor cogió entonces el collar de perlas de la cortesana y lo pisoteó, mientras ella lloraba. El amargo delirio del amo superó en aquella frivola circunstancia, y la que había sentido la fuerza de la venganza por una injuria, vertió lágrimas por la pérdida de una joya. Sufrió Tremmor una encrepación de nervios, cogió un frasco pesado y cortante como un hacha y descargó golpes sin dirección. La cortesana dió un grito y cayó a los pies de Tremmor sin que él lo viese. Apoyó sus codos sobre la mesa, fijó sus miradas divagantes en las moribundas luces, y sacudiendo la cabeza con desdenosa sonrisa, quedóse sordo a los gritos de sus compañeros é insensible a la agitación y al terror de sus lacayos. Al cabo de una hora volvió en sí, miró en torno suyo y hallóse solo, con los pies en un mar de sangre. Habíanse llevado a la Mantuana, y Tremmor pasó desmayado de su palacio a una cárcel. Manifestáronle el espantoso resultado de su furor, pareció que prestaba atención, sonrió y volvió a caer en una profunda indiferencia. Tan estúpida calma provocó un sentimiento do horror. Fue interrogado y respondió la verdad. — ¿Queríais matar a aquella mujer? le preguntó el juez. — Si, la quería matar— ¿En dónde está vuestro defensor? — NI lo tengo ni lo quiero. Leyéronle la sentencia y mantúvose impasible: remacharon sobre su cuello el hierro de la ignominia y apenas lo advirtió; pero de golpe, levantando su cabeza y dando algunos pasos, ligado a sus asquerosos com-

pañeros, dirigió una mirada curiosa sobre los curiosos espectadores de su miseria, entre los cuales vió a una mujer que no se apartó cuando se rozó con el suyo el vestido oprobioso del presidiario.— ¡Vos aquí Lelia, me dijo, y la Mantuana no! ¡aquel animal inmundo que yo acaricié y mantuve tan largo tiempo me ha condenado a la infamia por un momento de cólera, y en este instante en que digo adiós para siempre a la vida del hombre, no tiene para mí una mirada de lástima ó de piedad! Sin duda oculta sus remordimientos. — La Mantuana acaba de morir, respondí yo, y vos sois su asesino. Arrepentíos y sufrid el castigo.— ¡Ah! ¡entonces es su sangre la que me hizo caer! contestó, y mirando al suelo extraviadamente, vió sus grillos y sonrió. — Comprendo, añadió en seguida, cata ahí la sangre de la Mantuana, y cayó como herido de un rayo. Echáronlo en un chirrión y desapareció de mi vista.

Al cabo de cinco años, hallé por casualidad en el sendero de una montaña a la orilla del mar, un hombre pálido y grave que caminaba lentamente, con la cabeza descubierta y mirando al cielo: no le reconocí, porque su figura habia variado muchísimo, más vino hacia mí y me habló. Su voz se habia mudado también; pero dijo su nombro, dile mi mano y nos sentamos en un peñasco cerca del mar. Hablóme largo tiempo, y al separarnos, yo habia jurado ya una piedad eterna, como luego juré un eterno respeto, al infeliz que ahora se llama Tremmor, el cual durante cinco años.

## XI.

En efecto es terrible ese secreto, y debo sentir un grande reconocimiento en mi corazón hacia el hombre que no ha temido confiármelo. Mucho me estimáis, Lelia, y mucho debe estimaros él también para que haya pasado de él a mí ese arcano en tan poco tiempo. Ahora bien, entre nosotros tres se ha

establecido un lazo sagrado, un lazo que sin embargo tic esto me hace miedo, lo cual no debo callaros, y que ya no tengo derecho de desatar.

Á pesar de todas vuestras precauciones oratorias, Lelia, no he podido evitar el quedar confundido. Cuando me he acordado de que una hora antes de leer vuestra caria habia visto como apretaba eso hombre vuestra mano, esa mano que yo no he osado tocar jamás y que nunca os he visto ofrecer a nadie más que a él, he sentido una especie de frío glacial que me oprimía el corazón. ¿Es posible que estéis aliada con ese hombre? Angélica, adorada de rodillas y hermana de las blancas estrellas como sois vos, os he supuesto por un instante hermana de un.... ¡Oh! este nombre no lo escribiré. — Y cata ahí que ahora insinúas que hermana suya; pues una hermana no hubiera hecho más que cumplir con su deber perdonándole, en vez de que vos os habéis hecho voluntariamente su amiga, su consuelo, su ángel, y encaminándoos a él habéis dicho: — ¡Ven a mí, maldito de los hombres, ven y te volveré el cielo que perdiste! ven a mi, que soy inmaculada, y ocultaré tus mancillas con esta mano que te ofrezco. ¡Oh, Lelia! ¡sois muy grande! mucho más de lo que yo pensaba. Vuestra bondad me hace mal y no sé por qué; pero la admiro y os adoro. Lo que no puedo soportar es que ese hombre que me da a la vez, odio y compasión haya osado tocar la mano que le habéis ofrecido, y tenido el orgullo de aceptar vuestra amistad, vuestra amistad santa, que los hombres más grandes del mundo implorarían humildemente si supiesen cuanto vale. Tremmor la ha recibido y la posee: Treinmor se coloca al lado vuestro y pasa por entre la gente atónita, a pesar de haber arrastrado la cadena durante cinco años ¡al lado quizá de un ladrón ó de un parricida! Le odio; poro ya no le menosprecio; no me riñáis.

Por lo que a vos loca, Lelia, tengo compasión y me la tengo a mi mismo de ser vuestro discípulo y esclavo. Conocéis demasiado la vida para ser feliz; pero recelo que el infortunio os ha hecho acre y que exageráis el mal, y por esto no admito esta desoladora idea de vuestra carta: — los mejores de los hombres son los más vanos, y el heroísmo es una ilusión quimérica,

Tú lo crees, ¡pobre Lelia! ¡pobre mujer! eres infeliz y te amo.

## XII.

Tremmor no tenía más que un medio para merecer mi amistad, y era el aceptarla y lo hizo. No temió liar en mis promesas ni pensó siquiera que esta generosidad fuese superior a mis fuerzas. En vez de ser humilde y tímido en presencia mía, muéstrase tranquilo, descansa en mi delicadeza, no recela ni tampoco supone que yo pueda humillarlo y hacerle sentir el peso de mi protección. Ese hombre tiene verdaderamente el alma noble y grande, y nunca amistad alguna me ha halagado tanto como la suya.

Orgulloso joven, pues vos en efecto lo sois, ¿osáis levantaros sobre un hombre derribado por el rayo? Porque la fatalidad le ha arrastrado, porque nacido bajo un funesto sino se ha extraviado entre escollos, ¿le echáis en cara sus cuidas, y apartáis de él la vista cuando le veis salir del abismo, quebrantado y sangriento?; Oh! ¡vos pertenecéis al mundo y participáis de sus preocupaciones y egoístas venganzas! Mientras el pecador se mantiene en pie, toleráis; pero una vez caído, le pisoteáis y recogéis las piedras y el barro del camino, como hace la muchedumbre, para que al ver vuestra crueldad, crean los demás verdugos en vuestra justicia. Temeríais mostrarle lástima, porque no se os interpretase mal y se creyese que sois hermano ó amigo de la víctima. ¿Y si se llegase a suponer que vos sois capaz de los mismos cohechos? ¿y si se os dijese: ¿Ese hombre que alarga su mano al proscrito no es acaso su compañero de miseria y de infancia? ¡Oh! ¡más bien que oír decir esto, apedreemos al proscrito, pongáme este el pie en la cara y acabemos con él! Vaya también nuestra parte lo insulto entre la muchedumbre que le maldice. Cuando la asquerosa carreta se lleva el reo al cadalso, el pueblo corro en pos para ultrajar a aquel resto de hombre que va a morir. Haced como el pueblo, Stenio. ¿Qué dirían en esta ciudad en donde sois extranjero como nosotros si os vieses darle la mano? ¡Tal vez pensarían que habíais estado a presidio con él! Antes que esto, huid del maldito, porque su amistad es peligrosa. El inefable placer de hacer bien a un desgraciado se paga demasiado caro a las maldiciones de la muchedumbre. ¿Es esto lo que pensáis? ¿es esto lo que sentís, Stenio?

¿No habéis llorado cada vez que habéis leído la historia de aquella jóven, que viendo dirigirse al patíbulo a un ilustre desgraciado, atravesó por entre la turba de curiosos indiferentes, y no sabiendo que muestra de interés ofrecerle, la pobre é inocente niña le presentó una rosa que en la mano tenía, rosa pura y suave como ella, rosa que tal vez le había dado su amante, y que fue la última prueba de amor y compasión que recibió un príncipe yendo al suplicio? ¿No os conmueve también en la sublime historia del leproso do Aosta, la sencilla y natural acción del narrador que le alarga la mano? El pobre leproso no habia tocado la mano de ningún semejante suyo largos años había, y con la mayor pona de tener que rehusar aquella amiga mano, la rehusó por fin temiendo contagiarle su mal....

¿Porqué Tremmor tenía que rehusar ¡a mía? ¿La desgracia es acaso contagiosa como la lepra? Y Aunque así sea ¿qué importa? cúbranos a entrambos la reprobación del vulgo, y siquiera sea ingrato también el mismo Tremmor, ¿no tendré en mi favor a Dios y mi corazón que valen más que la estimación del vulgo y que el reconocimiento de un hombre? ¡Oh ¡dar un vaso de agua al sediento, llevar un poco la cruz de Cristo, ocultar el rubor de una frente avergonzada, echar una pajilla a la infeliz hormiga que el torrente no se desdeña de tragar, son pequeños beneficios, y sin embargo la opinión pública nos los prohíbe ó disputa. Vergüenza nuestra es el no poder tener un buen móvil, pienso que no hayamos de comprimir ú ocultar. a los hijos de los hombres se les enseña a ser vanidosos y desapiadados, y esto se llama honor. ¡Maldición sobre todos nosotros!

Ahora bien; si yo os dijese que lejos de considerar mi conducta como un acto de misericordia, siento hacia ese hombre una especie de entusiasmo respetuoso; si os dijese que tal cual le veis quebrantado, humillado, perdido, le veo colocado en la vida moral en más alta esfera que la nuestra, ¿qué diríais? ¿Sabéis como ha suportado su desgracia? Vos os hubierais suicidado, porque con vuestro orgullo no hubierais podido sufrir el castigo de la infamia; pues él se sometió, y halló que el castigo era justo, habiéndolo merecido no tanto por su crimen cuanto por el mal que habia hecho a su alma en tan largo número de años ¡y puesto que lo merecía quiso sufrirlo. Sufríolo y vivió cinco años fuerte y paciente entre sus abyectos compañeros, durmiendo en el duro suelo al lado de un parricida, suportando las miradas de los curiosos, en medio de un lodazal, entre aquellas bestias feroces y venenosas, y sujeto al desprecio de los últimos malvados y al poder de

los más cobardes espías. ¡Ese hombre que tan rico fue y voluptuoso, ese hombre de retinadas costumbres y despóticos caprichos ha sido presidario ¡El que volaba sobre las aguas rodeado de mujeres, de perfumes y de cantos en su ligera góndola, el que fatigaba en sus carreras locas y aventuradas los más hermosos caballos de la Arabia, el que habia dormido bajo el cielo de la Grecia como Byron, el que habia agotado la vida do lujo y de excitación bajo todas sus fases, ¡ha ido a recobrase, rejuvenecerse y regenerarse en un presidio! De esta sentina inmunda en donde hallan medio aún de pervertirse el padre que ha vendido ó sus hijas, y el hijo que ha envenenado a su madre, del presidio de donde se sale desfigurado y arrastrando como los reptiles, salió Tremmor erguido, tranquilo y pálido como le veis; pero hermoso todavía como criatura de Dios, como el reflejo que la divinidad derrama sobre la frente del hombre purificada.

## XIII.

Aquella tarde estaba tranquilo el lago, tranquilo como en los últimos días de otoño, cuando el viento del invierno no osa todavía turbar las mudas olas, y duermen ¡as rosadas espadañas de la orilla mecidas por muelles ondulaciones. Pálidos vapores traganon insensiblemente los angulosos contornos de la montaña, y dejándose caer sobre las aguas, pareció que hacían retroceder el horizonte que al fin borraron. Entonces la superficie del lago se hizo al parecer vasta como la del mar; en el valle ya no se vió objeto alguno alegre ó extraño, ni cupo distracción alguna, ni sensación impuesta por imágenes exteriores. La meditación se hizo solemne, vaga como el nebuloso lago é inmensa como el cielo que no tiene límites. En la naturaleza no había más que los cielos y el hombre, el alma y la duda.

Tremmor, puesto en pie junto al limón de la barca, presentaba sobre el aire azul de la noche su elevado cuerpo cubierto con una oscura capa. Lev-

antaba su ancha frente y su vasto pensamiento hacia el cielo tan largo tiempo irritado contra él.— Stenio, le dijo al jóven poeta, no podrías remar más, despacio y dejarnos oír mejor el ruido armonioso y suave del agua que levantan los remos. a compás, poeta, a compás. Esto os tan hermoso é importante como la cadencia en los más hermosos versos. Así, ¡muy bien ¡¿Oís ahora el sonido plañidero del agua que?! se rompe y divide? ¿Oís esas gotas pequeñas que caen moribundas y una a una detrás de nosotros, como las notas ligeras y apartadas del estribillo de una canción que se canta a lo lejos y siempre más y más?

¡Cuántas horas he pasado de esta manera, añadió Tremmor, sentado a la orilla de apacibles mares bajo el hermoso cielo del Mediterráneo! Así escuchaba yo con delicias el ruido de las lanchas al pie de nuestros fuertes, y de noche, cuando el espantoso silencio del insomnio que sigue al ruido del trabajo y a las maldiciones del dolor, lograba siempre calmarme el débil y misterioso ruido de las olas que batían los cimientos de una cárcel. Más tarde, cuando ya me sentí más fuerte que mi desgracia, y cuando mi alma alentada no tuvo ya necesidad' de pedir socorro a exteriores influencias, aquel dulce ruido del agua halagaba mis meditaciones, y me elevaba en delicioso éxtasis.

Esto diciendo atravesó el lago una cenicienta paviota, y perdida en la niebla, rozó los húmedos cabellos de Tremmor.

— ¡Otro amigo nías dijo el penitente, y otro dulce recuerdo ¡Cuando descansaba en la playa, inmóvil como las piedras de puerto, esos pájaros peregrinadores, tomándome a veces por una estatua fría, se me acercaban y mirábanme sin temor, siendo los únicos seres que no me manifestasen ni aversión ni menosprecio! No comprendían mi miseria y no me la echaban en cara, y cuando hacia algún movimiento echaban a volar. ¡No velan que llevaba un grillete y una cadena y que no podía perseguirlos, no sabían que fuese galeote, y huían como hubieran huido de cualquier hombre!

— ¡Hombre! dijo el jóven poeta al forzado, ¿dime de dónde sacó la fuerza tu alma de bronce para soportar los primeros días de semejante existencia?

— No te lo diré, Stenio, porque ya no me acuerdo, porque en aquellos días ni sentía, ni vivía, ni comprendía. — Pero cuando llegué a conocer cuan horrible era aquello, hallé fuerzas para sufrirlo. Lo que confusamente

había yo temido más, era una vida de monotonía y de reposo; más al ver que allí había trabajos, duras fatigas, días de fuego y noches de hielo, golpes, injurias y rugidos, el mar inmenso ante mis ojos, la piedra inmóvil del sepulcro bajo mis pies, cuentos espantosos que oír, y sufrimientos odiosos que ver, conocí que aún podía vivir, teniendo que sufrir y que luchar.

— Porque tu alma ardiente necesita sensaciones violentas y ardientes tónicos, opuso Lelia; pero dínos, Tremmor, ¿cómo alcanzaste la calma? porque, según has dicho poco ha, tranquilidad hallaste hasta en medio de aquella cloaca, a más de que a fuerza de reproducirse se embotan por último las sensaciones.

— ¡La calma! respondió Tremmor elevando al cielo una mirada sublime; ¡la Calma es el mayor beneficio que nos hace la divinidad, es el porvenir a do camina el ánima inmortal, es la bienaventuranza ¡La calma es Dios! y yo la hallé en un infierno. El secreto del humano destino, no la hubiera comprendido jamás sin ese infierno, ni lo hubiera paladeado jamás, yo hombre sin fe y sin porvenir, cansado de una vida cuya salida buscaba en vano, atormentado por una libertad de la cual no sabía que hacerme, y sin tomarme siquiera tiempo para pensar en ello, tan deseoso estaba de precipitar el tiempo y de abreviar el tedio de vivir. Necesitaba estar desembarazado por algún tiempo de mi voluntad, y caer bajo el imperio de otra voluntad odiosa y brutal que me hiciese conocer el precio de la mía. Esta super abundancia de energía que luchaba con los vulgares peligros y fatigas de la vida social, se calmó por fin cuando tuvo que combatir con las angustias de la vida expiatoria. Me atrevo a decir que salió victoriosa; pero la victoria produjo su cansancio y su saludable contento. Entonces conocí por vez primera las dulzuras del sueño tan llenas y bienhechoras, como habían sido raras é incompletas en el seno del lujo. En el presidio conocí lo que vale el aprecio de sí mismo, pues lejos de verme humillado por el contacto de todas aquellas criaturas malditas, comparando su cobarde desvergüenza y su mollino furor con la tranquila resignación que yo sentía, elevábame a mis ojos mismos y osaba creer que podía existir alguna ligera y lejana comunicación entre el ciclo y el hombre animoso. En mis días de fiebre y de audacia, nunca había podido alcanzar semejante esperanza. La calma que madre de este pensamiento regenerador que poco a poco se arraigó en mí, y al fin logró elevar del lodo mi alma a Dios, é implorarlo con confianza. ¡Oh! ¡cuántos



torrentes de gozo corrieron entonces por mi pobre aliña devastada!; cómo se hicieron humildes y misericordiosas las promesas de la Divinidad para bajar hasta mi, y revelarse a mis débiles ojos! Entonces comprendí el misterioso símbolo del Verbo divino, hecho hombre para exhortar y consolar a los hombres, toda esa mitología cristiana tan poética y tierna; las relaciones de ¡a tierra con el cielo, y los magníficos efectos del espiritualismo que allanan para el hombre desgraciado una carrera de esperanza y de consuelo. ¡Lelia! ¡Stenio! vosotros también Creéis en Dios, ¿no es verdad?

Callaron ambos: Lelia porque aparentemente estaba en una disposición más escéptica que por lo regular, y Stenio porque no podía vencer el disgusto que le inspiraba Tremmor, y su alma se negaba a explayarse en la suya: hizo sin embargo un esfuerzo, no para responder, sino para preguntar de nuevo.

— Tremmor, tú no me haces saber de tí lo que me importa, y lo que me dices me parece más poético que verdadero. ¡Antes de gozar de calma y de concebir la idea de la fe, debiste sin duda purificar tu espíritu y rescatar tu alma por medio de un grande arrepentimiento!

— ¡Si por un grande arrepentimiento! respondió Tremmor; pero fue profundo y sincero, sin que-entrase el temor de los hombres en él ni en lo más mínimo. En aquel abismo de abatimiento no tuve la debilidad de crearme humillado por ellos, y acepte mi castigo como venido de Dios y no de los hombres. Los primeros días no hice más que acusar al destino, único Dios en quien yo creía, luego me complique en luchar contra aquella fuerza feroz, a la cual sin embargo no podía menos de conceder una elevada justicia y designios de providencia, porque descubría al verdadero Dios detrás de aquel grosero símbolo, pero sin salterio y a pesar mío, como lo he visto siempre. Lo que más me habia llamado la atención en las historias, habían sido las grandes fortunas y grandes desgracias de los Cresos y Sardanapalos. Gustábame el sombrío saber de aquellos hombres que toleraban estoicamente el ser abatidos por los otros hombres, y que dirigían vehementes quejas a los dioses ingratos. Pero en semejante impiedad ¿no había ya mucha fe?

Esta se extinguía poco a poco a mis ojos; pero debo confesar que a pesar de mi desprecio por la parte de la acción humana en mi destino, fuéme preciso partir de lo más bajo para remontarme hasta la idea de la justicia ce-

leste. Examinando pues la importancia de mis faltas, y el castigo que mis semejantes se habían arrogado el derecho de imponerme, fue como herido de su barbarie é injusticia, me refugié en el seno de la misericordia divina.

— ¿Osaríais decir, replicó Stenio con una indignación mal comprimida, que no habíais merecido un castigo?

— Si, sin duda ninguna, respondió Tremmor con calma, sin duda merecí un castigo, puesto que la experiencia ha probado que necesitaba una lección terrible. ¡Pero qué castigo tan insigne y atroz era aquel ¡¿Se propone acaso por objeto la venganza la sociedad? Yo hubiera pensado que su fin debía ser la expiación del crimen y la conversión del culpable.

— Es cierto, dijo Stenio conmovido, que vuestra falla no merecía tanto rigor, pues no habíais cometido más que un asesinato involuntario, y fuisteis confundido con los ladrones y asesinos.

— MI falta no merecía esta especie de rigor, respondió Tremmor; pero requeríalo muy grande, porque no era el asesinato lo que constituía mi crimen, sino la embriaguez que me habia hecho cometerlo. Y era no solo la embriaguez de aquella noche fatal, era el hábito de la embriaguez, el gasto por las orgias, y la vida de desordenes y excesos

Por lanío no era el extravío de un día el que debía castigarse, sino el de toda mi vida que era preciso reprimirse. Esto es lo que comprendí al comparar mi condición con la de los malhechores en medio de los cuales me habían arrojado como a un gladiador antiguo entre fieras. Pregúnteme si me asociaban a tanta infamia para corregirme con el ejemplo de aquel repugnante espectáculo, ó si me condenaban a tamaña ignominia para castigarme de mis errores con aquel contagio mortal.

¡Confesad que es muy extraño el medí o de represión que ha inventado la sociedad humana! Mi indignación fue tan profunda, que durante algún tiempo, deliberé en medio del horror de mi pensamiento si aceptaría ó no la suerte a que so me destinaba, si me declararía ó no enemigo del género humano y si haría ó dejaría de hacer el juramento de volverme contra él con todo mi furor, declarándole perpetua guerra tan pronto como estuviese libre: ¡si en aquellas horas de feroz desesperación lo hubiese estado, ningún bandido habría sido más terrible, y ningún asesino se habría bañado en sangre con mayor rabia que la mía!

Pero la necesidad hizo más paciente mi odio, y medité largo tiempo proyectos de venganza que el sentimiento religioso desvaneció después. ¿Me fallaba razón para odiar una sociedad que me habia sacado de la cuna para llenarme de ciegos favores, que me habia en algún modo creado pasiones y necesidades inextinguibles, las cuales solo cumplí en satisfacer y excitar? ¿Por qué ha de haber ricos y pobres, voluptuosos insolentes y necesitados estúpidos? Y si a algunos les permite heredar grandes riquezas, ¿por qué no les prescribe el buen uso que deban hacer de ellas? ¿En dónde está la dirección que nos da en nuestros primeros años? ¿en dónde los deberes que nos enseña en la edad viril? ¿en dónde los límites que señala a nuestros excesos? ¿Qué protección concede a los hombres que envilecemos con nuestros dones, y a las mujeres que perdemos con nuestros vicios? ¿Por qué nos facilita con tanta abundancia lacayos y prostitutas? ¿Por qué sufre nuestras orgías y nos abre por sí misma las puertas del desenfreno?

¿Y por qué también me había de alcanzar el rigor de una ley que tan raramente se aplica a los ricos? Solo porque ni compré de antemano mi absolución. Si hubiese puesto mi oro, mi reputación y mi vida bajo la salvaguardia de un príncipe tan desenfrenado como yo, ó hubiese sabido por medio de cualquier infame oficio político hacerme útil a los pérfidos designios de un gobierno, cualquiera que fuese, habría tenido amigos omnipotentes, cuya impúdica protección me habría librado como a tantos otros de la publicidad de una sentencia infame, y del horror de un implacable castigo. Pero yo que habia imaginado tantos medios de arruinarme no había querido hacerlo en compañía de los grandes del siglo, porque los menospreciaba más que a mí mismo, y en mi desgracia no quise implorarlos, de lo cual se vengaron abandonándome a mi suerte. Este fue el primer pensamiento que me reanimó exaltándome hasta cierto punto a mis propios ojos.

Luego bajándolos a los miserables que me rodeaban, sentí por ellos más lástima que horror; pues si un abismo separaba su iniquidad de la mía, no era menos cierto por esto que sufriesen un castigo desproporcionado é injusto, porque también estaban condenados a envilecerse más y más, a perder toda esperanza de rehabilitación, teniendo lo mismo que yo derecho a una corrección saludable, que lejos de quebrantarles el alma, la hubiese regenerado por medio de sabias lecciones, nobles ejemplos y promesas de misericordia. No era con escenas violentas, ni con un yugo' más horrible aún que sus crímenes, con lo que debíais ablandarlos para aceptar gustosos

el bautismo de la penitencia. Cuanto más degradados estaban, tanto más convenia' ver como exaltarlos, y cuanto más miserables y feroces" eran por naturaleza, lanío más explícita era la misión que' dió Dios a la sociedad para convertirlos y civilizarlos. Si. les era necesaria lo mismo que a mí una penitencia más ó fíjenos larga, más ó menos severa; pero, así como un padre la impone a un hijo culpable, y no como un verdugo se complace en imprimir-la en las entrañas de una víctima. ¡Oh humanidad! ¿No habló Jesucristo de la misericordia del cielo? ¿no enseñó a invocar al juez supremo bajo el nombre del padre? si; pero tú no le escuchaste y crucificaste y crucificas al justo. ¿Qué misericordia puede esperar de del culpable?

Cuanto más contemplaba el envilecimiento y perversidad de aquellos desgraciados, tanto más acusaba a Ja sociedad que tan cruelmente castiga oscuros delitos al mismo tiempo que protege pomposos crímenes.

No sabe ejercer sus venganzas más que contra individuos, y no contra castas enteras, de quienes ni a guardarse alcanza. Los ricos reinan por el fraude y la inmoralidad. Los pobres pagan el doble: por sus propias faltas, y por las que ven ostentarse como ejemplos en las alturas de la. sociedad, como impuros sacrificios en suntuosos altares. Al pensar en estos ejemplos que yo mismo había dado (yo que había sido sin embargo uno de los menos criminales entre los hombres felices del siglo cesaba de sobreponerme a mis compañeros de infortunio en medio de mi orgullo, y me humillaba ante Dios, para aceptar con el alma el abatimiento ¡que estaba reducido viviendo en medio de ellos.

A favor de estas consideraciones vivamente sentidas entré en una carrera do aparente estoicismo, y sufrí mi desgracia sin proferir ni una queja solamente; pero ese estoicismo no era la fría prudencia de un hombre que busca la calma en la costumbre de hacerse superior al padecimiento, porque mi alma estaba quebrantada de lástima, y mi corazón vertía sangre por todas aquellas heridas y llagas que en derredor mío veía, de suerte que cuando llegaba al reposo del espíritu, era porque creía en la certidumbre de una justicia y de una bondad supremas. Conocía que aquellos hombres perdidos para el mundo no lo estaban para el ciclo, porque la creencia de un castigo eterno es la dignísima de hombres sin entrañas y sin perdón, que han medido a su nivel la omnipotencia de Dios, los cuales al atribuirle el poder de enterrar en lo profundo del infierno millones de millones de almas caídas, olvidaron

el que tiene de lavarlas en nuevas existencias, y purificarlas por medio de pruebas desconocidas de la previsión humana.

— Es verdad, dijo Stenio, volviéndose a Lelia que observaba curiosamente el efecto que producían en el joven poeta las palabras de Tremmor; pero, añadió en voz baja, ¿basta pensar y hablar bien para lavar la sangre y la ignominia?

— Sin duda que no, respondió Lelia en voz alta, pues también se requiere obrar bien, y Tremmor lo ha hecho.

Durante su martirio comenzó una vida de desprendimiento, de heroísmo y de caridad, que no acabará sino con él, procurando desde luego consolar y convertir a los corazones menos endurecidos entre los desgraciados que la justicia de los hombres le había dado por hermanos, y, Aunque en un presidio, no salieron vanos todos sus esfuerzos, porque A lo menos tiene la dulzura de decirse que con sus lágrimas derramaba una gota de bálsamo celeste en unas copas llenas para siempre de hiel. a los que tenían cerrados los oídos les hizo oír palabras de compasión y de alivio que ¡nunca habían oído ni oirán jamás, pero que tampoco olvidarán. Después de diez años que está libre, después que sus facciones y maneras han variado de tal suerte que nadie le reconoce, después que ha recobrado por incidentes extraños y novelescos riquezas mayores que las que antes tenía, su vida, austera por sí y fecunda para los dornas, no es más que una serie de sublimes sacrificios. Una sola palabra te hará conocer por fin a ese hombre a quien tienes la vanidad de temer aún, una sola palabra.

— Deteneos, dijo Tremmor. SI mi nueva vida puede tener algún mérito a sus ojos cuando Ja reconozca, no le quitéis el mérito de creer en mí sin pruebas ni garantías. Esto no puede ser obra de un momento, y todavía puedo soportar algunos días su desconfianza y desdén.

— Mí desconfianza tal vez, respondió vivamente Stenio; porque una virtud adquirida tan extraordinariamente como la vuestra me extraña y deja atónito, a mi que no sé de la vida más que los caminos cercados de flores por donde corre la esperanza. Pero mi desdén no lo temáis, hombre de la desgracia.

— Es que vuestro desdén, joven, tampoco me hace mella, replicó Tremmor con un acento de solemne orgullo, sabiendo como sé que no rae libraría

del de nadie si roe diese a conocer por hombre desterrado de la sociedad humana, y que el hombre que posee mi secreto tiene derecho de insultarme sin que yo lo tenga para pedir satisfacción; con que así he debido colocar más alta la consideración y el respeto de mi mismo. Estos bienes los poseo recuperados con el sudor de mi frente, y he lavado mis manchas no en ajena sangre sino en la mía más pura. Así el humillarme no está en poder de hombre alguno. Me estimareis cuando podáis, Stenio; pero entonces tampoco es menester que me lo manifestéis, pues no me haría más bien vuestro respeto que mal vuestro desdén. Hace tiempo ya que no obro por lo que podrán pensar de mí, pues el que me ha de juzgar, añadió mirando al cielo, está mucho más alto que vos.

La actitud, la voz y la frente del proscrito tenían algo de tan poderoso y noble, que Stenio quedó turbado, y echando una mirada tímida sobre sí mismo, pidió perdón a Dios en lo íntimo de su corazón de haber ofendido al que se había puesto bajo la inmediata protección del cielo.

Tremmor quedó sumido en una profunda meditación, y sus dos compañeros imitaron su silencio. La hermosa Lelia miraba el sulco de la barca sobre el cual el reflejo de las trémulas estrellas hacía correr largos hilos de vibrante oro; pero Stenio, fijos sus ojos en ella, no vela nada más en el universo. Cuando la brisa que empezaba a soplar por ráfagas súbitas y raras, le echaba al rostro un rizo de la negra caballera de Lelia ó una punta de su chal, estremecía como las aguas del lago y como las canas de las márgenes. Luego después cesaba de golpe la brisa como el agolado aliento de un pecho cansado de sufrir, y el cabello de Lelia y los pliegues de su chal caían también sobre su seno, mientras Stenio buscaba, Aunque en vano, una mirada en aquellos ojos cuyo fuego sabía penetrar tan bien las tinieblas cuando Lelia se dignaba ser mujer. Más ¿en qué pensaría al mirar el sulco de la barca? —La brisa se había llevado la niebla: de golpe descubrió Tremmor a pocos pasos delante de él los árboles de la orilla del lago, y hacia el horizonte las rojizas luces de la ciudad, y suspiró profundamente.

¡Cómo! ¡tan pronto! exclamó. Remáis demasiado aprisa, Stenio, muchas ganas tenéis de volvernos a la compañía de los hombres.

## XIV.

Al cabo de algunas horas estaban en un baile en casa del acaudalado músico Spuela. Tremmor y Stenio se colocaron bajo la cúpula, y desde el fondo de aquella rotonda hueca y sonora, dirigían sus miradas a los grandes salones llenos de movimiento y de ruido. Las danzas formaban círculos caprichosos bajo las palidecientes bujías, las llores morían en un aire rarefacto y fatigado, los sonidos de la orquesta se extinguían bajo la bóveda de mármol, y entre el cálido vapor del baile pasaban y repasaban pálidas figuras, tristes y hermosas, con sus vestidos de fiesta; pero sobre aquel cuadro rico y vasto, sobre aquellos fuertes tonos dulcificados por lo vago de la profundidad y por lo pesado de la atmósfera, sobre aquellas rarísimas máscaras, brillantes disfraces, alegres comparsas y grupos de mujeres vivaraces y jóvenes, sobre el movimiento y el ruido, y sobre todo, en

fin, elevábase la grande figura aislada de Lelia. Apoyada contra un antiguo cipo de bronce en las gradas del anfiteatro, miraba también el baile. Habíase vestido también un traje característico, pero noble y sombrío como ella, austero y elegante al mismo tiempo, y presentaba la palidez, la gravedad y la mirada profunda de un joven poeta de otra edad, cuando eran poéticos los tiempos y no era manoseada la poesía. La negra cabellera de Lelia, tirada hacia atrás, dejaba descubierta su frente en que la mano de Dios parecía haber impreso el sello de una misteriosa desgracia, y que de continuo interrogaba Stenio con sus miradas con la ansiedad de un piloto atento al menor soplo del viento, y a la vista de la más pequeña nubecilla en un despejado cielo. La capa de Lelia era menos negra y sedosa que sus grandes ojos coronados de móviles pestañas. La nítida blancura de su cara y de su cuello, confundíase con la de su espaciosa gorguera, y la fría respiración de su impenetrable seno ni siquiera levantaba el negro satén de su jubón, y la triple vuelta de su cadena de oro.

— Mirad a Lelia, dijo Stenio con un sentimiento de exaltada admiración, mirad esa alta figura griega bajo ese traje de la devota y apasionada Italia, esa antigua hermosura, de la cual ha perdido el molde la estatuaria, con la

expresión de la profunda meditación de los siglos filosóficos, esas formas y facciones tan ricas, ese lujo de organización exterior, cuyos tipos, olvidados ahora, solo pudo crearlos un sol homérico 5 ¡mirad, repito, esa belleza física que bastaría por SÍ sola para acreditar un gran poder, y que Dios se complugo en enriquecer con toda la fuerza intelectual de nuestra época!... ¿Puede uno imaginarse una cosa más completa que Lelia, puesta en pie, vestida con ese traje y meditando de esta manera? ¿No es verdad que parece el mármol sin mancha de Galaica, con la mirada celeste del Tasso, y la sombría sonrisa de Alighieri? Su actitud suelta y caballeresca es la de los jóvenes héroes de Shakespeare; es Romeo, el poético amante; es Hamlet, el pálido y ascético visionario;

es Julieta, Julieta moribunda y ocultando en su pecho el veneno y el recuerdo de un malogrado amor. En ese rostro, cuya expresión lo reasume todo y todo lo concentra, pueden inscribirse los nombres más grandes de la historia, del teatro y de la poesía. En esa extática contemplación debía estar el joven Rafael, cuando Dios le hacía aparecer sus visiones puras y encantadoras: la moribunda Corina debía estar sumida en esa profunda atención, cuando escuchaba sus últimos versos declamados por una joven en el Capitolio: así debía aislarse del mundo el mudo y misterioso paje de Lara; porque Lelia reúne todas estas creaciones, reuniendo el genio de todos los poetas y la grandeza de todos los caracteres. Más Aunque a Lelia la deis todos esos nombres, el más grande y más armonioso en presencia de Dios, será el suyo de Lelia; Lelia, cuya frente lumínica y pura, cuyo vasto y ligero pecho reúnen todos los pensamientos grandes y todos los generosos sentimientos, religión, entusiasmo, estoicismo, compasión, perseverancia, dolor, caridad, perdón, candor, audacia, desprecio de la vida, inteligencia, actividad, esperanza, paciencia y lodo, hasta las inocentes debilidades, hasta las sublimes ligerezas de la mujer, hasta la móvil negligencia que os acaso su más dulce privilegio y su seducción más poderosa.

¡Todo menos el amor! añadió Stenio con aire sombrío pasado un momento de silencio. — Tremmor, vos que conocéis a Lelia ¿decidme si sabe qué es amor? SI no lo sabe es un ser incompleto, es un sueño como suelen tenerlos los hombres, gracioso y sublime: pero que carece siempre de alguna cosa desconocida que no tiene nombre, que nos vela siempre una nubecilla, que está más allá del cielo, que todos buscamos sin alcanzarla jamás ni adivinarla, una cosa en fin verdadera, perfecta ó inmutable, Dios tal vez, si,



de una cosa que quizás se llama Dios. Al espíritu humano le falla la revelación de esta cosa, y para reemplazarla Dios lo ha dado el amor, débil emanación del fuego del cielo, y alma del universo perceptible al hombre. Esta chispa divina, reflejo del Altísimo, sin la cual no tiene valor alguno la más hermosa creación, ni es la belleza más que una imagen sin alma, es el amor, y Lelia no lo tiene. ¿Entonces Lelia qué es? Una sombra, un sueño, una idea algo más. No hay que dudarlo, donde no hay amor no hay mujer.

—¿Por ventura pensáis también, respondió Tremmor sin contestar a lo que Stenio habia dicho en tono de pregunta, pensáis también que donde ya no hay amor, ya no hay hombre?

— Lo creo con toda mi alma, respondió el mancebo.

— Entonces también he muerto yo, añadió Tremmor sonriendo, porque yo no tengo amor a Lelia, y si ella no me lo inspira, ¿quién más podría? Stenio, creo que os engañáis y que sucede con el amor lo mismo que con las demás pasiones egoístas. Donde ellas acaban me parece que comienza el hombre.

Lelia descendió entonces por la escalinata y se les acercó. La magostad llena de tristeza que la rodeaba como con una aureola, la aislaba casi siempre en medio del mundo: era una mujer que en público no se entregaba jamás a sus impresiones. Ocultábase en su soledad para reír de la vida; pero pasábala con rencorosa desconfianza, mostrándose bajo un aspecto rígido para alejarse cuanto más posible del contacto de la sociedad. Gustábanle sin embargo las fiestas y las reuniones públicas, a donde iba como a un espectáculo y para meditar entre la muchedumbre, la cual habia debido habituarse a verse dominar de ella, que la arrancaba sus impresiones sin comunicarla jamás las suyas propias, de suerte que entre Lelia y la gente que la veía no habia cambio, pues si Lelia se abandonaba a algunas mudas simpatías, negábase a inspirarlas, porque no las necesitaba. La gente no comprendía este misterio, pero estaba fascinada, y Aunque quería abatir aquel incógnito destino cuya independencia la ofendía, abría paso ante aquella mujer con un respeto que tenía parte de miedo.

El pobre joven poeta, de quien tan animada era, comprendía algo mejor el origen de su poder, Aunque no habia querido confesárselo a sí mismo. A veces se acercaba tanto a la triste verdad, buscada por él y repelida, que sentía una especie de horror contra Lelia, la cual le parecía en tales casos su

azote, su genio maléfico y su más peligroso enemigo en el inundo. Al verla acercarse, hacia él de aquella manera, sola y pensativa, tuvo no sé si diga odio a aquel ser que no se adhería a la naturaleza por lazo alguno aparente, sin pensar j el insensato ¡que hubiera sufrido mucho más sí la hubiese visto hablar y sonreír.

— Vos sois aquí, la dijo en tono duro y amargo, lo mismo que un cadáver que hubiese abierto su sepulcro y venidose a pasear aquí entre los vivos. Mirad, se apartan de vos, temen tocar vuestra mortaja y apenas osan miraros cara a cara; el silencio del miedo pesa sobre vos como un ave nocturna, y vuestra mano está tan fría como él mármol de donde salís.

Lelia no respondió más que con una extraña mirada y una fría sonrisa, y pasado un instante de silencio dijo.

— Muy diferente era lo que pensaba yo, hace poco, pues os miraba ya muertos a lodos, y yo ós pasaba revista, pensando que en estas fiestas de máscaras hay algo extraordinariamente lúgubre. En efecto ¿no es tristísimo resucitar siglos que dejaron de existir para divertir al presente siglo 7 Estos trajes de tiempos pasados, que nos representan generaciones extinguidas, ¿no son acaso en medio de la embriaguez de una fiesta una terrible lección para recordarnos la brevedad de los días del hombre? ¿En dónde están los apasionados cerebros que ardían bajo esos gorros y turbantes? ¿En dónde están los corazones juveniles y vivaces que palpitaban bajo esos jubones de seda y bajo esos toneletes bordados de perlas y oro? ¿Qué se hicieron las mujeres bellas y orgullosas que llevaban esos holgados vestidos y adornaban sus ricas cabelleras con esos góticos joyeles! ¡Ay! ¿en dónde están esos reyes de un dia que brillaron como nosotros? Pasaron sin acordarse de las generaciones que les habían precedido, y sin pensar en las que debían seguirles, ni en sí mismos siquiera, cuando se cubrían de oro y de perfumes y rodeaban de lujo y armonía para esperar el frío del féretro y el olvido de la tumba.

— Descansan de haber vivido, dijo Tremmor; felices los pue duermen en la paz del Señor.

— Preciso es que el espíritu del hombre sea bien pobre, añadió Lelia, y bien hueros sus placeres; preciso es que los goces sencillos y fáciles se agolen luego para él, puesto que en el fondo de su alegría y de sus pompas]halla siempre una impresión tan horrible de tristeza y de terror. Ved

ahí un hombre rico y alegre, feliz de la tierra, que para aturdirse y olvidar que sus días están contados, no halla nada mejor que desenterrar los despojos de lo pasado, vestir a sus huéspedes con la librea de la muerte y hacer bailar en su palacio los espectros de sus abuelos.

— Triste está tu alma, Lelia, dijo Tremmor: diríase que solo tú. en este lugar temes que no llegue la hora de tu muerte.

## XV.

Lelia, ese joven merece más compasión. Yo pensaba que de la mujer no teníais más que las gracias y adorables cualidades. ¿Tenéis también acaso su feroz ingratitud y su descarada vanidad? ¡Oh! no. Prefiriera dudar de la existencia de Dios antes que de la bondad de vuestro corazón. Decidme, Lelia, ¿qué pretendéis hacer de esa alma de poeta que se os ha dado y vos habéis acogido, con importancia tal vez? Ahora no podéis desecharla sin destruirla, y debéis saber que Dios os pedirá cuenta de ella algún día, porque esa alma procede de él y a él debe volver. El joven Stenio debe ser sin duda alguna uno desús hijos predilectos, puesto que le ha dado un reflejo de los ángeles. ¿Puede darse cosa unas pura y suave que ese niño? Yo a lo menos no he visto fisonomía de calma más angélica, ni en el más hermoso cielo un azul más límpido y celeste que el azul de sus ojos. a mi oído no ha llegado jamás una voz más armoniosa y dulce que la suya, porque las palabras que dice son como notas débiles y suaves que el viento confía a las cuerdas de! arpa. A más de esto, su andar pausado, su talante negligente y triste, sus manos blancas y finas, su cuerpo delgado y esbelto, sus cabellos de tan buen color y tan muellemente sedosos, su tez que cambia como un cielo de otoño, el brillante carmín que a una de vuestras miradas aparece en sus mejillas, y aquella azulada palidez que una palabra vuestra imprime en sus labios, todo esto revela a un poeta, a un joven virgen, a un alma que Dios envía a sufrir

en el mundo para probarla antes de hacerla ángel. Ahora ved ¿cómo volverá a! ¿camino del cielo esa alma joven si vos la entregáis al soplo de las pasiones corrosivas, si la apagáis bajo el hielo de la desesperación ó si la abandonáis en el fondo del abismo? Mujer, cuidado con lo que hacéis ¡No aplastéis a ese débil niño bajo el peso de vuestra espantosa razón! Guardadle del viento, del sol, fiel calor, del frío, de las tormentas y de todo cuanto nos marchita, derriba, deseca y mata. Ayudadlo a caminar, cubridle con vuestra capa y sed su guía en el camino de los escollos. ¿No podéis acaso ser su amiga, su hermana ó su madre?

Yo ya sé todo lo que me habéis dicho y os comprendo y felicito, pero puesto que así sois feliz (tanto ahílenos como os es dado serlo) ya no me ocupo en vos, sino en él, que es quien sufre y a quien compadezco. ¡Vamos, Lelia ¡vos que sabéis tantas cosas ignoradas de los hombres ¿no tenéis algún remedio para sus males? ¿No podéis comunicar a los demás parte de la ciencia que Dios os ha dado? ¿Tenéis acaso que hacer mal sin poder hacer bien?

SI es así, Lelia, conviene alejar a Stenio ó huir de él.

## XVI.

Alojar a Stenio ó huir de él. ¡Oh! ¡todavía no! Sois tan frio y es tan viejo vuestro corazón, amigo, que así habíais de huir de Stenio como si se tratase de salir de una ciudad para ir a otra, de apartarse de los hombres que hemos visto hoy por los que podamos ver mañana, como si se traíase, Tremmor, de separaros vos do Lelia.

Ya lo sé; vos habéis llegado al término, y salvo ya del naufragio estáis en el puerto. En vos ningún afecto llega a pasión, nada os es necesario y nadie puede hacer ó deshacer vuestra dicha, porque vos sois su autor y su custo-

dio. Yo también os felicito, Tremmor, pero no os puedo imitar. Admiro la obra regular y sólida que habéis hecho; pero esa obra de vuestra virtud es una fortaleza, y yo, mujer y artista, necesito un palacio, en el cual, Aunque tampoco sea feliz, no moriré a lo menos como morirla en menos de un día dentro de vuestros muros de hielo y de piedra. ¡Oh ¡¡eso no! todavía no, pues Dios no quiere precipitar el cumplimiento de sus designios. Si he de llegar a donde vos estáis, quiero que sea en buena hora por la prudencia, y segura asaz de mí misma, para no tener que mirar atrás con dolor.

Desde aquí os oigo decir: — ¡Mujer débil y miserable, tiemblas de obtener lo que con frecuencia pides, y yo te he visto aspirar al triunfo que ahora desechas! — Pues bien, si, soy débil, cobarde; pero no ingrata y vana, como suelo serlo la mujer. No, amigo mío, yo no quiero quebrantar el corazón del hombre, y apagar el alma del poeta Está tranquilo, pues amo a Stenio.

## XVII.

¡Amáis a Stenio! Esto ni es ni puede ser. ¿Sabéis los siglos que os separan al uno del otro? ¿Vos, flor ajada, azotada por el viento y marchita; vos esquife combatido por las olas en todos los mares de la duda, y arrojado a todas las playas de la desesperación, ¿seríais capaz de emprender otro viaje? ¿Sabéis lo que intentáis, Lelia? Seres como nosotros ¿sabéis lo que necesitan? El reposo de la tumba. Vos habéis vivido ya; dejad que vivan los demás a su tiempo, no os interpongáis como sombra fugitiva y triste en el camino de los que no han terminado aún su trabajo ni perdido su esperanza. Lelia, Lelia, el sepulcro te reclama: ¿acaso no has sufrido aún bastante, pobre filósofa? Acuéstate en tu féretro, duerme en tu silencio, en fin, alma fatigada, que Dios no condena ya más al trabajo ni al dolor.

Verdad es que no estáis tan adelantada como yo, pues todavía os quedan algunas reminiscencias de los tiempos pasados, y tenéis que luchar todavía

alguna vez contra el enemigo del hombre, contra la esperanza de las cosas terrenales. Pero creedme, hermana mía, no os faltan ya más que algunos pasos para llegar al término. Es muy fácil envejecer; pero nadie rejuvenece.

Otra vez os encargo que dejéis crecer y vivir a ese niño, y que no ahoguéis en germen esa flor, ni echéis vuestro frío aliento sobre sus hermosos días de sol y de primavera. No confiéis dar vida, Lelia, pues a vos os falta ya, y no os queda más que el sentimiento de perderla, y luego, como a mí, no os quedará más que su recuerdo.

## XVIII.

Me lo has prometido: me amarás apaciblemente y seremos felices. No quieras adelantar el tiempo, Stenio, ni pretendas sondear los misterios de la vida. Déjala que te tome y lleve a donde vamos todos. ¿Á mí me temes? a tí mismo debes lamerte y reprimirte, porque a tu edad la imaginación consume los frutos más sabrosos y empobrece todos los goces: a tu edad nada se sabe aprovechar, todo se quiere conocer, poseer y apurar, y luego se extraña que los bienes del hombre sean tan poca cosa, cuando solo debería causar extrañeza el corazón del hombre con sus necesidades. Créeme, anda, camina poco a poco, saborea uno por uno todos los inefables gozos de una palabra, de una mirada, de un pensamiento, y todos los inmensos nada de un naciente amor. ¿No éramos felices ayer bajo aquellos árboles, cuando sentados uno al lado del otro, sentíamos como se tocaban nuestros vestidos, y como se adivinaban nuestras miradas en medio de la oscuridad? La noche era bien negra, y yo sin embargo os veía, Stenio, hermoso como sois, y parecíame que erais el genio de aquellos bosques, el alma de aquella brisa y el ángel de aquella hora misteriosa y tierna. ¿Habéis observado, Stenio, que hay horas en que es preciso amar, horas en que la poesía nos inunda, en que nuestro corazón late más aprisa, en que nuestra alma se lanza fuera de

nosotros y rompe todos los lazos de la voluntad para ir en busca de otra alma en quien explayarse? ¡Cuántas veces al llegar la noche, al salir la luna, ó a la primera luz de la mañana; cuántas en el silencio de media noche ó en el otro silencio de mediodía, tan pesado, inquieto y devorador, no he sentido precipitarse mi corazón hacia un punto desconocido, hítela una dicha sin forma y sin nombre, que está en el cielo, en el aire y en todas partes, como un amante invisible, ¡y como el mismo amor! Y esto, sin embargo, Stenio, no es el amor, Aunque lo creáis vos que nada sabéis y todo lo esperáis; pero yo que lo sé, conozco que allende el amor hay deseos, necesidades y esperanzas que no se apagan. ¿Sin esto qué fuera el hombre? ¡Tiene tan pocos días para amar en el mundo!

Más lo que a tales horas sentimos es tan vivo y poderoso, que lo comunicamos a todo lo que nos rodea, y entonces, puesto que Dios nos posee y llena, hacemos resaltar sobre todas sus obras el brillo del rayo que nos cubre.

¿No habéis llorado alguna vez de amor por las blancas estrellas que salpican el manto azul de la noche"? ¿No os habéis arrodillado también mirándolas, alargándolas los brazos y llamándolas hermanas? Y concentrando el afecto como suele el hombre sobrado débil para vastos sentimientos ¿no os enamorabais también de alguna de ellas? ¿No escogisteis con predilección entre todas, ya aquella que se descubre roja y relumbrante sobre las negras selvas del horizonte, ya aquella que pálida y apacible se vela como una púdica virgen con los húmedos reflejos de la luna, ya aquellas tres hermanas igualmente blancas que brillan formando un triángulo misterioso, ya aquellas dos radiantes compañeras que duermen al lado una de la otra, en el puro cielo entre millones de glorias menores? Y todos aquellos signos cabalísticos, cifras desconocidas, caracteres extraños, gigantescos y sublimes que forman ellas sobre nuestras frentes, ¿no los habéis querido entender fantásticamente para descubrir los grandes misterios de nuestro destino, la edad del mundo, el nombre del Altísimo y el porvenir del alma? Si, vos habéis interrogado a los astros con ardiente simpatía, y creído que el trémulo brillo de sus rayos eran miradas de amor, y que del cielo caía una voz halagüeña que os decía: — ¡Espera, de mí procedes, y a mí volverás ¡Yo soy tu patria, yo soy quien te llama, yo quien te convida, yo a quien has de pertenecer algún día.

El amor, Stenio, no es lo que vos crééis: no es esa violenta aspiración de todas las facultades hacia un ser criado, sino la aspiración de la parte más etérea de nuestra alma Inicia lo incógnito. Seres limitados, procuramos de continuo cambiar los insaciabiles deseos (¡no nos consumen, los buscamos en fin en torno nuestro, y pobres pródigos como somos, vestimos nuestros perecederos ídolos con todas las bellezas inmateriales aparecidas en nuestros sueños. Las emociones de los sentidos no nos bastan, y la naturaleza no tiene cosa alguna bastante exquisita en el tesoro de sus sencillos goces para aplacar la sed de la felicidad que nos aqueja; necesitamos el cielo y no le tenemos.

Por esto le buscamos en una criatura semejante nuestra y gastamos por ella toda la elevada energía que se nos vió con otro objeto más noble, y rehusamos a Dios el sentimiento de adoración que se nos concedió para volver solamente a Dios, y lo tributamos a un ser incompleto y débil que se convierte en mimen de nuestro idólatra culto. En la juventud del mundo, cuando el hombre no habia falseado su naturaleza ni desconocido su propio corazón, no existía el amor de un sexo a otro como ahora lo entendemos. No había más lazo que el placer, y aquellas generaciones ignoraron la pasión moral con sus obstáculos, sus sufrimientos y su intensidad, porque entonces habia dioses y ahora no los hay.

Ahora para las almas poéticas, el sentimiento de la adoración entra hasta en el amor físico. ¡Extraño error de una generación ávida é impotente! Por esto cuando cae el velo divino y so descubro la criatura pobre ó imperfecta, donde de las nubes de incienso y de la aureola del amor, nos espanta nuestra ilusión, y avergonzados derribamos el ídolo y le hollamos con nuestros pies.

Luego buscamos otro porque necesitamos amar, y volvemos a engañarnos, hasta que enseñados, ilustrados, purificados abandonamos la esperanza de un afecto duradero en el mundo, y elevamos a Dios el homenaje entusiasta y puro que solo a él debíamos haber dirigido.

## **XIX.**



No me escribáis ¡Lelia! ¿Lelia, porqué me escribís? Ya era yo feliz, y otra vez me hundís en medio de las ansiedades de donde por un instante había salido. ¡Una hora de silencio cerca de vos me había revelado tan inefables placeres! Lelia, ya os arrepentís de habérmelos hecho conocer. ¿Qué teméis de mi ávida impaciencia? Me desconocéis voluntariamente, sabiendo que yo me contentarla con poco, porque nada de lo que hagáis por mí será jamás pequeño, y porque al menor de vuestros favores le daré el valor que debe tener. Yo no soy presuntuoso y conozco cuan superior me sois; pero, ¡mujer cruel!; porqué me recordáis de continuo ésta tímida humildad que tanto me hace sufrir!

¡Entiendo, Lelia, si, ya entiendo! ¡Solo a Dios podéis amar! solo en el cielo puede reposar y vivir vuestra alma. Cuando en la emoción de una hora meditada dejáis caer sobre mí una mirada de amor, es porque os engañáis, pues pensáis en Dios y tornáis por ángel a un hombre. Cuando sale la luna é ilumina mi rostro, disipada ya la sombra favorable a vuestras ilusiones, sonreís de lástima reconociendo la frente de Stenio, la frente de Stenio en que antes sin embargo habíais estampado un beso.

Vos queréis que yo lo olvide, bien lo veo, porque teméis que conserve de él la embriagadora sensación y me dé vida todo un día. Tranquilizaos; no he gozado ciegamente tanta dicha, y si ha devorado mi sangre y quebrantado mi pecho, no racha desviado la razón, porque junto a vos, Lelia, la razón jamás se pierde. Tranquilizaos, pues yo no soy uno de esos atrevidos para quienes el beso de una mujer es un gaje de amor, y no creo tener, la virtud de animar el mármol y de resucitar a los muertos.

Vuestro aliento ha abrasado sin embargo mi cerebro, y Aunque apenas tocaron vuestros labios mis cabellos, creí sentir una chispa eléctrica y una conmoción tan terrible, que se escapó de mi pocho un grito de dolor. ¡Oh! Lelia, bien veo que no sois una mujer. Yo había esperado el cielo en un beso vuestro y me habéis dado el infierno.

Con todo era tan dulce vuestra sonrisa y tan suaves vuestras palabras, que en seguida me dejé Consolar por vos misma, y embotada alguien tanto aquella terrible emoción logré tocar vuestra mano sin estremecerme. Enseñábaisme el cielo y yo me remonté con vuestras alas.

Esa noche ora yo feliz recordando vuestra última mirada y vuestras últimas palabras. No me hacía ilusión, Lelia, os lo juro, pues bien sabía que no

me amabais; pero adormíame en el muelle entorpecimiento que me habíais causado. Más cata ahí que me despertáis para gritar con voz lúgubre; — Acuérdate Stenio que no lo puedo amar. — Ya lo sé, señora, sobradamente lo sé.

## XX.

Adiós, Lelia: voy a matarme. Hoy me habéis hecho dichoso y mañana me quitaríais por descuido o por capricho la dicha que esta noche me habéis concedido. No, no debo vivir hasta mañana; es preciso que me duerma en medio de mi gozo y que no despierte ya.

El veneno está preparado, y ahora ya puedo hablaros libremente, pues ya no me veréis más, ni más podréis desesperarme. Tal vez hallareis de menos la víctima que podíais hacer sufrir, y el juguete que os complacíais en atormentar bajo vuestro soplo caprichoso. Decíais que me amabais más que a Tremmor, Aunque me estimaseis menos. Verdades es que a él no podéis atormentarle a vuestro sabor, porque contra él flaquea vuestro poder y vuestras uñas no pueden entrar en su corazón de diamante. Yo era una cera blanda que se amoldaba como se quería, por esto entiendo, artista, porque os complacíais más conmigo. Atormentábaisme como queríais, y dábaisme todos las formas de vuestras inspiraciones. Cuando triste, imprimíais en vuestra obra el sentimiento que os dominaba, cuando tranquila, dábais la el aire pacifico de los ángeles, cuando irritada, la comunicabais la sonrisa que el demonio ha puesto en vuestros labios. Del mismo modo hace un escultor un dios de barro, y un reptil con el mismo barro de que ha hecho un dios.

Lelia, perdóname estos instantes de odio que me inspiras, porque le amo con pasión, con delirio, con desesperación. ¡Bien puedo decirte ahora, sin ofenderte y sin desobedecerte, puesto que es la última vez que te hablo, que me has hecho mucho mal! Y sin embargo, ¡cuán fácil no te era hacer de mí

un hombre afortunado, un poeta de ideas risueñas y de vivas inspiraciones! Solo con una palabra cada día y una sonrisa cada noche me habrías hecho grande y me habrías conservado joven. En vez de esto solo has procurado ajar-me y quitarme aliento. Diciéndome que querías hacerme conservar el fuego sagrado, has apagado hasta su última chispa, y así lo reinflamabas, era con malicia, a fin de sorprender su erupción y apagar su llama. Ahora renuncio al amor y a la vida: ¿estás contenta? Adiós.

Media noche se acerca. Voy.... a donde tú no iras, Lelia, porque es imposible que tengamos un mismo porvenir como no adoramos el mismo poder no habitaremos el mismo ciclo....

## XXI.

Dieron las doce de la noche: Tremmor entró en el cuarto de Stenio y halló-le pensativo y sentado cerca del fuego. El tiempo ora frío y tenebroso y el aire silbaba con voz aguda bajo los artesonados huecos y sonoros. En una mesa delante de Stenio había una copa llena hasta los bordes, que Tremmor deramó tocándola con su capa.

— Es menester que vengáis conmigo a casa de Lelia, le dijo con aire grave, pero tranquilo: Lelia quiere veros, pues, si no me engaña el pensamiento, ha llegado su hora y va a morir.

Stenio se levantó bruscamente y volvió a caer en su silla pálido y sin fuerza; levantóse en seguida otra vez, y tomando convulsamente el brazo de Tremmor, dirigióse a ver a Lelia.

Estaba echada en un sofá, sus mejillas tenían un reflejo azulado, y sus ojos parecían haberse ocultado bajo el profundo arco de sus cejas. Atravesaba su frente, tersa y blanca siempre, una larga arruga, y como siempre también divagaba por sus móviles labios la sonrisa del desdén.

Junto a ella estaba el lindo doctor Kreyssneifetler, jovenzuelo acicalado, blondo, colorado, de negligente sonrisa, de blancas manos y de lenguaje rebuscado y protector. El lindo Kreyssneifetler tenía familiarmente entre sus manos de Lelia, y de tiempo en tiempo la pulsaba, pasando luego la mano libre por entre los hermosos bucles de su cabellera, artísticamente levantada sobre su noble cráneo.

— Esto es nada, decía con amable sonrisa, nada, absolutamente nada. El cólera, el cólera-morbo, la cosa más común del mundo en este tiempo y la enfermedad más conocida. ¡Tranquilizaos mi hernioso ángel! Padecéis el cólera, enfermedad que mata en dos horas a los que la temen; pero que no tiene riesgo cuando da con almas fuertes como las nuestras. ¡No os asustéis, amable extranjera! Aquí somos dos que no tememos el cólera y le desafiamos. Espantemos a ese feo espectro, a ese asqueroso monstruo que hace erizar los cabellos al género humano. Burlémonos de él, pues este es el mejor modo de echarlo lejos.

— ¿No sería bueno, dijo Tremmor, probar el ponche del doctor Magendie?

— ¿Y por qué no, contestó el doctor Kreyssneifetter, si a la enfermedad no le repugna?

— He oído decir, replicó Lelia con la más cáustica serenidad, que era muy contrario. ¿Por qué no probamos más bien los emolientes?

— Séase, si prestáis fe a la virtud de los emolientes, contestó el lindo doctor Kreyssneifetter.

— Pero vos, según conciencia, ¿qué recetaríais? preguntó Stenio.

Al oír esta palabra conciencia, echó el doctor una mirada de burlona compasión al poeta, y volviendo a recobrar su aire habitual, respondió en tono grave.

— MI conciencia me ordena que no ordene nada, y que no me meta en cosa alguna de esta enfermedad.

— Muy bien, doctor, contestó Lelia, y como es ya muy tarde, ¡buenas noches! No interrumpáis un largo tiempo vuestro precioso sueño.

— ¡Oh! descuidad, respondió el mediquillo, aquí estoy muy bien y me complazco en seguir los progresos del mal. Estudio y quiero mi facultad

con pasión, y sacrificio de buena gana mis placeres y mi reposo, y hasta mi vida sacrificaría, si necesario fuese, en bien de la humanidad.

— ¿Qué facultad es entonces la vuestra, doctor Kreyssneifeller? preguntó Tremmor.

— Consuelo y ánimo, respondió el doctor; esta es mi vocación. El estudio me ha revelar lo todas las enfermedades que aquejan al hombre, y yo las reconozco y observo, asisto a su desarrollo y término, y aprovecho mis observaciones....

— ¿Para ordenar las precauciones del sistema higiénico aplicable a vuestra amable persona? dijo Lelia.

— Yo creo muy poco en la influencia de cualquier sistema, respondió Kreyssneifeller, pues todos nacemos con el principio cierto de una muerte más ó menos cercana, y nuestros esfuerzos para retardarla por lo común no hacen más que acoderarla. Lo mejor es no acordarse de ella, y esperarla olvidando que ha de venir.

— Sois muy filósofo, respondió Lelia tomando tabaco en la caja del médico; pero tuvo una convulsión y cayó moribunda en brazos de Stenio.

— Vamos, hermosa, exclamó el doctor imberbe, un poco de ánimo, pues si os llega a poner en el menor recelo vuestro estado sois perdida, en vez de que no corréis más riesgo que yo si os mantenéis serena.

Lelia se apoyó sobre su codo, y mirándole con unos ojos apagados ya por el sufrimiento, tuvo fuerza aún para sonreír con ironía y responder.

— ¡Pobre doctor ¡quisiera verle en mi lugar!

— Gracias, pensó el mozalbete.

— Decíais que no poníais fe en la influencia de los remedios, ¿no es verdad? Pues entonces tampoco Creéis en la medicina.

— Disimulad si os digo que el estudio de la anatomía y el conocimiento del cuerpo humano con sus alteraciones y enfermedades constituyen una ciencia positiva...

— Que vos cultiváis como un arte de diversión y amenidad.— Amigos míos, añadió Lelia, dando la espalda al doctor, id a buscar un sacerdote, pues ya veo que el médico me abandona.

Tremmor salió corriendo a tal objeto, y Stenio quiso echar al doctor por la ventana.

— Déjale estar, le dijo Lelia, pues me divierte. Dale un

libro y acompáñale hasta mi gabinete donde le puedes colocar delante de un espejo para que tenga en que ocuparse. Cuando sienta que el ánimo me falta, le enviaré a buscar para que me dé lecciones de estoicismo y pueda yo morir riéndome del hombre y de su ciencia.

En esto llegó el sacerdote, que era aquel misino irlandés alto y bizarro de la capilla de Santa Laura. Acercóse austero y lento; su rostro inspiraba un respeto religioso, y su mirada tranquila y profunda, que parecía un reflejo del ciclo, hubiera bastado para dar fe. Lelia, quebrantada por el sufrimiento, había ocultado su rostro bajo su brazo encorvado y revuelto entre sus cabellos.

— ¡Hermana! la dijo el sacerdote con voz entera y fervorosa.

Lelia dejó caer su brazo y volvió lentamente el rostro hacia el hombre de Dios.

— ¡Otra vez esa mujer! exclamó retrocediendo al verla.

Demudóse entonces su fisonomía, sus ojos quedaron hijos y llenos de espanto, su tez lívida, y Stenio se acordó del día en que le había visto temblar y palidecer al encontrarse con la mirada escéptica de Lelia, sobre la muchedumbre prosternada.

— ¿Eres tú Magnus? ¿Me reconoces?

— ¡SI te reconozco, mujer! exclamó trastornado el sacerdote; ¡si te reconozco! ¡Mentira, desesperación, perdición!

La contestación de Lelia fue una carcajada.

Luego llamándole con su mano fría y azulada le dijo.

— Vamos, sacerdote, acércale y háblame de Dios. Ya sabes que le han hecho venir aquí porque hay un alma que va a dejar la tierra y es menester enviarla al cielo. ¿No tienes tú poder [tara ello?

El sacerdote quedó mudo y petrificado.

— Vamos, Magnus, añadió con una triste ironía y volviendo a el su rostro pálido, cubierto ya con las sombras de la muerte, cumple la misión que la Iglesia te ha confiado, ¡sálvame y no pierdas tiempo, ¡porque voy a morir!

— Lelia, respondió el sacerdote, no puedo salvaros, bien lo sabéis vos; vuestro poder es más grande que el mío.

— ¿Qué significa esto? Preguntó Lelia incorporándose sobre su lecho. ¿Estoy ya en el país de los sueños? ¿He dejado ya de ser de la especie humana que se arrastra, y otra, y muere? ¿Ese espectro despavorido que tengo delante, no es un sacerdote? Magnus, ¿se ha turbado vuestra razón? Vos estáis en pie y lleno de vida, y yo voy a espirar, y sin embargo vuestras ideas se turban, y se debilita vuestra alma, mientras la mía pide con calma la fuerza de exhalarse. Vamos, hombre de poca fe, invocad ¿Dios por vuestra hermana moribunda y dejad para los niños esos supersticiosos temores que debierais desechar? En verdad que no sé quiénes sois. Tremmor está atónito, Stenio, el jóven poeta, mira mis pies creyendo que hade hallar garras en vez de ellos, y ese sacerdote que me rehúsa la absolución para negarme sepultura. ¿Estoy ya muerta ó acaso soñando?

— No, Lelia, dijo por último el sacerdote con voz triste y solemne, yo no os tengo por un demonio, porque ya sabéis que no creo en él.

— ¡Ah ¡¡ah ¡contestó ella dirigiéndose a Stenio, oíd al sacerdote: no hay cosa menos poética que la perfección humana. En hora buena, padre, reneguemos de Satanás y condenémete a la nada, pues me importa muy poco su alianza, Aunque es bastante de moda el tono satánico, y a pesar de haber inspirado a Stenio versos muy hermosos en honor mío. SI no hay diablos, ya estoy tranquila por lo que respeta a mi porvenir, y bien puedo morir desde luego no debiendo ir al infierno. Pero en tal caso ¿a dónde iré? ¿A dónde os conviene enviarme, padre? ¿por ventara al cielo?

— ¡Al cielo! exclamó Magnus. ¡Vos al cielo! ¿Es vuestra boca la que ha proferido tal palabra?

— ¡Qué! ¿acaso no le hay tampoco?

— Mujer, para ti, no.

— Vaya un sacerdote consolador. Vamos, puesto que no puede salvar mi alma, llamen al médico, y que por piala ó por oro haga por salvarme la vida.

— Yo no seque se pueda hacer nada, dijo el doctor Kreyssneifelter: la enfermedad sigue un curso regular y bien conocido. ¿Tenéis sed? Bebed, calmaos, y esperemos. Ahora los remedios os matarían, vale más que dejemos obrar a la naturaleza.

— Buena naturaleza, exclamó Lelia, ¡yo bien quisiera invocarte! ¿Pero quién eres tú? ¿en dónde está tu misericordia? ¿en dónde tu amor? ¿en dónde tu piedad? Yo bien sé que de ti procedo y que a te debo volver; pero ¿con qué título te conjuraré para que me des un día más tan solamente? Tal vez hay un rincón de tierra árida en donde falta mi polvo para que crezca en ella la yerba; preciso es que yo cumpla mi destino. Pero vos, sacerdote, invocad para mí la piedad de aquel que es superior a la naturaleza y puede mandarla, puesto que puede decir al aire que renueve mi aliento, al zumo de las plantas que me reanime, val sol que va a salir, que dé nuevo calor a mi sangre. ¡Vamos, enseñadme a orar a Dios!

— ¡Dios ¡respondió el sacerdote dejando caer con abatimiento su cabeza sobre el pecho, ¡Dios!

Y gruesas lágrimas corrieron por sus agostadas mejillas, y luego añadió:

— ¡Dios mío! ¡dulce ensueño desvanecido! ¿en dónde estás? ¿en dónde le volveré a bailar? Esperanza, ¿por qué te vas abandonado para siempre? Dejadme, señora, dejadme salir de aquí. Aquí todas mis dudas recobran su funesto imperio, aquí, en presencia de la muerte, se desvanece mi esperanza postrera y mi última ilusión. ¡Vos queréis que yo os dé el cielo y os ayude a buscar a Dios, cuando vais a saber si existe, y sois más feliz que yo que lo ignoro!

— Idos, respondió Lelia, ¡dos, hombres soberbios, apartaos de mi cabecera. Y vos, Tremmor, atended a ese médico que no cree en su ciencia y a ese clérigo que no cree en Dios; el médico es sin embargo un sabio, y el sacerdote un teólogo. El uno diz que alivia a los moribundos, y el otro consuela a los vivos, y a los dos les ha faltado la fe junto a una mujer que se muere.

— Señora, dijo Kreyssneifetler, si yo hubiese querido hacer de médico con vos, os hubierais burlado de mí, y como sé que no sois una persona ordinaria sino una filósofa....



— Señora, opuso Magnus, ¿os acordáis de nuestro paseo en la selva de Griiqsel? SI hubiese querido hacer de sacerdote con vos, ¿no hubierais acabado por hacerme del todo incrédulo?

— Ved ahí en que estriba vuestra fuerza, les respondió Lelia con amargura. Vuestro poder nace de la debilidad ajena; pero apenas halláis resistencia, retrocedéis y confesáis riendo que representáis un papel falso entre los hombres, ¡charlatanes é impostores ¡¡Ay, Tremmor ¡¿En dónde estamos? ¿a qué han venido a parar los tiempos? El sabio niega, y el sacerdote duda. Vamos a ver si existe aún el poeta Stenio, toma tu arpa y cántame los versos de Fausto, y sino abre tus libros y vuélveme a leer los sufrimientos de Obermann, ó los arrebatos de Saint-Preux. a ver, poeta, si comprendes aún el dolor; a ver, joven, si al amor le das fe todavía.

— ¡Ay, Lelia! contestó Stenio retorciéndose sus blancas manos, ¡vos sois mujer y no crecéis en él! ¿En dónde estamos? ¿á qué han venido a parar los tiempos?

## XXII.

— ¡Dios del cielo y de la tierra, Dios de fuerza y de amor, oye la voz pura que exhala un alma pura y un seno

virginal! Oye la oración ele un niño: ¡Vuélvanos a Lelia!

— ¿Porqué, Dios mío, quieres quitarnos tan pronto la muy amada de nuestros corazones? Escucha la grande y poderosa voz do Tremmor, del hombre que ha subido, del hombre que ha vivido. Oye los votos de un alma que ignora aún los males de la vida. Ambos te piden que no les quites su bien, su poesía, su esperanza, ¡su Lelia! Si quiere colocarla en tu gloria y rodearla de tus eternas felicidades, tómala, Dios mío, pues te pertenece, y lo que le das vale mucho más que lo que le quitas. Pero salvándola, no quebrantos ni

pierdas, ¡Dios mío! Permítanos que la sigamos y postremos nuestras rodillas en las gradas del trono que ella debe ocupar....

— ¡Hermosísimo! dijo Lelia interrumpiéndole; pero eso son versos y nada mas. Deja dormir en paz al arpa ó ponía en aquella ventana, y el viento la tocará mejor que tú. Ahora acércate. Tú, Tremmor, vete, porque tu calma me contrista y desalienta. Ven, Stenio, y háblame de tí y de mí. Dios está muy lejos y creo que no nos oye; pero en ti hay algo de Dios. Lo que tu alma posee de él, enséñamelo, pues me parece que una aspiración ardiente de esa alma a la mía, ó una ferviente plegaria que tú me dirigieses me darían la fuerza para vivir.; Fuerza para vivir! Si, ahora ya no se trata más que de quererlo. Mí mal, Stenio, solo consiste en no poder hallar en mí esta voluntad. ¿Sonríes, Tremmor? Vete. ¡Ay, Stenio! esto es verdad: yo procuro resistir a la muerte ¡pero en vano. No la temo tanto como la deseo; quisiera morir por curiosidad. Tengo necesidad del cielo; pero dudo.... y si no hay cielo encima de las estrellas, quisiera contemplarlo aún desde la tierra. Tal vez, Dios mío, solo debe esperarse en el mundo, tal vez existe en el corazón del hombre.... Dime, trique eres joven y estás lleno de vida, ¿el amor es el cielo? Mira como se debilita mi cabeza y perdona este instante de delirio. Yo bien quisiera creer en algo, Aunque no fuese más que en tí, ¡Aunque no fuese más que una hora antes de acabar para siempre con los hombres y con Dios!

— Duda de Dios, duda de los hombres, duda de mí mismo si quieres, dijo Stenio poniéndose de rodillas delante de ella, pero no dudes del amor, ni de tu corazón, Lelia. si debes morir ahora, y si debo perderle, mi tormento, mi bien y mi esperanza, haz a lo menos que yo crea en una hora, un solo instante. ¡Ay de mí! ¿querrás morir sin que yo te haya visto vivir? ¿He de morir yo en el sin haber podido abrazar más que una ilusión? ¡Dios mío! ¿No ha de haber amor más que en el corazón que desea, en la imaginación que sufre, y en los sueños que nos mecen durante las noches solitarias? ¿Es amor un soplo incomprensible? ¿es un meteoro que brilla y muere? ¿es una palabra? ¿qué es, Dios mío? ¡Oh cielo! ¡oh mujer! no me lo queréis enseñar?

— Eso niño pide, a la muerto el secreto de la vida, dijo Lelia, ¡y se arrodilla delante de un sepulcro para obtener el amor! ¡Pobre niño! ¡Dios mío! ¡tened piedad do mí y volvedme la vida para conservar la suya! SI me la volvéis hago voto de vivir por él. Él dice que de vos he blasfemado, blasfemando del amor; ¡pues bien! doblaré mi soberbia frente, creeré y amaré.

Haced solamente que viva con la vida del cuerpo, y yo procuraré vivir con la del alma.

— ¡Oís, Dios mío! exclamó Stenio con delirio, ¡oíslo que os dice y lo que os promete! ¡Salvadla, salvadme! ¡dadme a Lelia, volvedla la vida!...

Lelia cayó yerta y fría por efecto de una horrible y postrera crisis, y Stenio la estrechó contra su corazón gritando desesperadamente. Su corazón ardía, sus cálidas lágrimas cayeron sobre la frente de Lelia, sus vivificantes besos volvieron la sangre a sus lívidas manos, su oración enterneció al cielo, Lelia abrió un poco los ojos, y díjole a Tremmor que la ayudaba a levantar:

— Stenio ha realzado mi alma; si vos queréis confundirla aún más con vuestra razón, matadme de seguida.

— ¿Por qué os he de quitar la única luz que os queda'? respondió Tremmor, la última pluma de vuestra ala no ha caído todavía.

## SEGUNDA PARTE.

### XXIII. MAGNUS.

Stenio bajaba una mañana por las combadas vertientes del Monte-Rosa, y después de haber ido errante y al azar por un sendero cubierto de espesas matas, llegó a una barranca formada por la caída de los aludes. Era aquel un lugar selvático y grandioso. La oscura y frondosa verdura coronaba las ruinas de la fracasada montaña: las negras y polvorosas rocas que yacían esparramadas por la barranca se enlazaban unas a otras por medio de los perfumados brazos de las largas clemátides; levantábanse por ambos lados como gigantescas murallas los flancos entreabiertos de la montaña, adornados con negruzcos pinabetes y tapizados con las viñas vírgenes todavía; y en lo más hondo de la garganta, corrían del torrente las aguas cristalinas y ruidosas sobre un álveo de piedrecillas de mil colores. El que no baya visto correr un torrente sangrado en sus mil cataratas sobre las desnudas entrañas de la tierra, ese no sabe lo que es la hermosura del agua, ni lo que son sus puras armonías.

Á Stenio le gustaba pasarlas noches, embozado en su capa, al borde de las cascadas, bajo el religioso albergue de los grandes cipreses salvajes,

cuyas mudas é inmóviles ramas ahogan el hálito de las brisas. Sobre su espesa cima se detienen las errantes voces del aire, mientras que las notas misteriosas y profundas del agua que corre salen de la tierra y se exhalan como religiosos coros desde el fondo de tí. nebras catacumbas. Echado sobre la fresca y luciente yerba que crece a la vera de los torrentes, contemplando la luna y escuchando el murmullo de las aguas, olvidaba el poeta las lloras que hubiera podido pasar cerca de Lelia, porque a esa edad todo es dicha en el amor, hasta la ausencia. El corazón del que ama es tan rico en poesía, que necesita recogimiento y soledad para saborear todo lo que piensa ver en el objeto de su pasión, y que realmente no está más que en sí mismo.

Muchas noches pasó en éxtasis Stenio; las purpúreas ramas de los matorrales ocultaron su cabeza agitada por ardientes ilusiones, el rocío de la mañana llenó de perfumadas lágrimas sus finos cabellos, y los altos pinos de la selva sacudieron sobre él los perfumes que exhalan al amanecer. Hasta el hermoso pájaro solitario de los torrentes lanzó más de una vez su grito melancólico en medio de las negruzcas piedras y de la blanca espuma del torrente querido del poeta. Herniosa vida de amor y de juventud, vida que reasumió la ventura de cien vidas, y que sin embargo pasó rápida y veloz como el agua que borbotea, y como el ave fugitiva de las cataratas.

En la caída y en el curso del agua hay mil voces diversas y melodiosas, y mil colores sombríos ó brillantes. Unas veces fugitiva y discreta pasa con nervioso estremecimiento besando pedruscos de mármol que la cubren con su reflejo de un negro azulado, otras blanca como la leche, hace espuma y salta sobre las rocas con una voz que parece corlada por la cólera, otras verde como la yerba que ella misma encorva apenas al pasar, y otras azul como el apacible cielo que refleja, silba entre cañas como una víbora enardecida ó duerme al sol y se despierta dando débiles suspiros al menor soplo del aire que la acaricia. Otras veces muge como una cierva perdida entre peñas, y cae monótona y solemne en el fondo de un abismo que la estrecha, la oculta y la ahoga. Entonces echa a los rayos del sol ligeras gotas que reciben todos los colores del prisma. Cuando esta caprichosa imitación del iris juguetea sobre la abierta boca de los abismos, no hay sílfide asaz transparente, ni pasillo bastante blando para la imaginación que la contemple. La meditación no puede evocar cosa alguna, porque en las creaciones del pensamiento nada hay tan bello como la naturaleza salvaje. En su pres-

encia es necesario mirar y sentir, y entonces el más gran poeta es el que inventa menos.

Pero Stenio tenía en el fondo de su corazón el manantial de toda poesía, tenía el amor, y gracias al amor coronaba las más bellas escenas de la naturaleza con un gran pensamiento y una grande imagen, que era Lelia. ¡Cuán hermosa era reflejada en las aguas de la montaña y en el alma del poeta! ¡Cuán grave y sublime se le aparecía en el argentado brillo de la luna! ¡Cómo se oía su voz llena é inspirada en el quejido del viento, en los aéreos concentos de la cascada, en la magnética respiración de las plantas que se buscan, y abrazan a la sombra de la noche y a la hora de los sagrados misterios y de las divinas revelaciones! Entonces Lelia estaba en todas partes, en el aire, en el cielo, en las aguas, en las flores y en el seno de Dios. En el reflejo de las estrellas, Stenio veía su ligera y penetrante mirada, en el soplo de las brisas, hallaba sus palabras inciertas, en el murmullo de las olas, sus himnos sagrados y sus proféticos cantos, y en el azul puro del firmamento, creía ver mecerse su pensamiento ya como un espectro alado, pálido, incierto y triste, ya como un ángel lleno de luz, ya como un demonio odioso y burlón, porque Lelia tenía siempre algo de espantoso en el fondo de sus meditaciones, y el miedo punzaba con su agudo aguijón los apasionados deseos del joven.

En el delirio de sus noches errantes y en el silencio de los valles desiertos la llamaba a grito herido, y cuando su voz despertaba los adormidos ecos, parecíale oír la voz lejana de Lelia que le respondía tristemente desde el seno de las nubes. Cuando el ruido de sus pasos espantaba alguna cierva oculta entre zarzales y la oía hacer ruido al huir sobre las hojas secas esparramadas por el sendero, creía oír los ligeros pasos de Lelia y el roce de su vestido que deshojaba las flores de los arbustos. Luego, si algún hermoso pájaro de aquella comarca, como el lagopo de plateado pecho, el saltarín de color de rosa y de perla, ó el negrísimo francolín que no tiene reflejos se posaban en alguna rama cerca de él y le miraban quietos y sin asustarse, pero prontos a desplegar sus alas hacia el cielo, Stenio pensaba que tal vez era Lelia que bajo aquella forma so remontaba a más libres regiones.

—Tal vez, se decía a si mismo al bajar al valle y con el crédulo terror de un niño, tal vez no hallaré ya ó Lelia entre ¡os hombres.

Echábase entonces en cara y con miedo el haberla dejado durante algunas horas, a pesar de no haberse apartado de él su imagen ni un instante, a pesar de haber llenado con su nombre montes y nubes, y a pesar de haber poblado con su recuerdo y embellecido con sus apariciones las cimas más inaccesibles al pie del hombre, y los espacios a donde menos puede llegar su esperanza.

Aquel día se detuvo ó la entrada de la profunda barranca y determinó volver hacia atrás, porque le salió un hombre al paso, y el sitio más hermoso pierde su encanto cuando el que va para meditar no se halla solo.

Pero el hombre era bello y severo como el sitio: su mirada brillaba como el sol levante, y las primeras luces del día que coronaban la nevera alumbraban también con su espléndido reflejo el imponente rostro del sacerdote, pues era

Mugnus. Parecía presa de vivas impresiones, y tan pronto alustraba doler como gozo. El entusiasmo parecía rejuvenecer

Así que vió a Stenio se encaminó hacia él, y le dijo con aire de triunfo.

— Vamos, joven; ¡cátate aquí solo, triste y en busca de Dios! ¡La mujer no existe ya!

— ¡La mujer! exclamó Stenio. Para mi en el mundo no hay más que una, ¿pero de cuál habíais vos?

— De la única que en el mundo ha existido para vos y para mi, de Lelia. Decid, jóven, ¿ha muerto ya? ¿Renegó de Dios al dar su alma al demonio? ¿Visteis la negra falange de los espíritus tenebrosos sitiar su cabecera y atormentar su agonía? ¿Visteis salir su alma maldita, lívida y sombría, con alas de fuego y uñas ensangrentadas? ¡Oh! ¡respiremos ahora! Dios ha purgado la tierra y hundido otra vez a Luzbel en el caos. Ya podemos orar y esperar. ¡Mirad como se levanta gozoso el sol, y como se entreabren frescas y coloradas las rosas del valle! ¡Mirad como sacuden las húmedas alas los pájaros y vuelven a volar ligeramente! Todo renace, todo espera, lodo va a vivir porque Lelia ha muerto.

— ¡Malaventurado! gritó Stenio cogiendo al clérigo por la garganta, ¿qué diabólicas palabras pronuncian vuestros labios? ¿Qué pensamiento de delirio y muerte os agita? ¿De donde venís? ¿En dónde habéis pasado la

noche? ¿Cómo sabéis lo que osáis decir? ¿Cuándo os habéis separado de Lelia?

— Me separé de ella una madrugada nebulosa y fría cuando iba a amanecer. Cantaba el gallo con voz acre, que se oía en medio de un gran silencio, y caía sobre los techos habitados por los hombres como una profética maldición, y la brisa lloraba bajo los desiertos pórticos de la catedral. Yo pasé a lo largo de los arcos exteriores para ir a casa de la mujer que se moría. Las recortadas columnitas ocultaban sus Hechas en la niebla, y la grande estatua del arcángel que se eleva por la parte de levante, bañaba su pulida frente en el vapor de la mañana. Entonces vi distintamente como el arcángel agitó sus grandes alas de piedra como un águila pronta a tomar el vuelo; pero sus pies quedaron clavados al cimiento de la cornisa, y oí su voz que decía: ¡Lelia no ha muerto todavía! Pasó entonces una lechuza que tocó mi frente con su ala húmeda, y repitió con amargo tono: ¿Lelia no ha muerto? y la Virgen de mármol blanco que hay en la capillita que mira al Este, lanzó un profundo suspiro y respondió: ¡Aún no! con una voz tan débil que creí soñar y me detuve diferentes veces en el camino para estar seguro de que no soñaba.

— Sacerdote, dijo Stenio, vuestra razón prevarica. ¿De qué mañana habíais? ¿Sabéis cuánto tiempo hace que pasó lo que decís?

— Desde entonces, contestó Magnus, he visto diferentes veces salir el sol lleno de su gloria y lanzar sus hermosos rayos sobre este brillante hielo; pero no sé deciros cuantas. Desde que Lelia no existe ya no cuento mis días y mis noches, y dejo correr mi vida pura y descuidada como el arroyo de la colina. MI alma está salvada....

— Alabado sea Dios, respondió el joven; pero habéis perdido el juicio. Habíais de la funesta enfermedad que a poco más se nos lleva a Lelia hace un mes, y veo por vuestro cabello y por vuestra barba, que estáis en la montaña hace ya tiempo. Venid con mingo, hombre infeliz, y yo procuraré aliviaros escuchando el cuento de vuestros dolores.

— Yo ya no tengo dolores, respondió el sacerdote con una sonrisa que se hubiera confundido con una inspiración celeste por su suavidad y dulzura. Yo ya vivo, puesto que Lelia murió. Oid la historia de mi alegría. Cuando llegué a la casa de la mujer, sentí que la tierra temblaba, y cuando quiso subir la escalera, retrocedió esta tres veces antes de poder poner mis pies en



ella. Pero cuando las puertas se hubieron abierto vi mucha gente, y me acordé del continente que debe guardar un sacerdote ante los hombres para hacer respetar a Dios y al sacerdote. Olvidóme absolutamente de Lelia, y ( ¡sé de uno a otro aposento sin turbación y sin miedo. Cuando llegué al último ya no me acordaba ni del nombre siquiera de la persona a quien iba a ver, porque, como digo, había allí mucha gente y conocí que todos me miraban a mí. ¿Sabéis cuán pesada es la mirada de los hombres? ¿Habéis intentado alguna vez ponderarla? ¡Oh! pesa más que esa montaña; pero para saberlo del todo bien es preciso ser sacerdote y llevar este vestido que llevo yo. Ya me acuerdo: era un retrete colgado de blanco y' lleno de lazos y emboscadas. Primero creí andar sobre la lana suave y fina de una alfombra, y ver blancas rosas en jarros de alabastro y luces suaves y claras en globos de cristal. Parecióme ver también una mujer vestida de blanco y acostada en un lecho desatan blanco también; pero cuando volvió hacia mí su Paz lívida y dió mi vista con su mirada de bronco, se desvaneció el hechizo que me fascinaba, y viendo claro en torno mío conocí el lugar en donde me hallaba. Las rosas se convirtieron en culebras y se enortijaron por sus tallos levantando hacia mí sus amenazadoras cabezas. Las paredes se tiñeron de sangre, los vasos de perfumes se llenaron de lágrimas, y sentí que mis pies no tocaban al suelo. Las lámparas vomitaban llamas rojas que salían hacia el techo formando ardientes espirales, y sufocaban como los remordimientos. Dirigí otra vez mi vista hacia el canapé, y vi a Lelia también; pero sobre parrillas de fuego y espirando en medio de atroces dolores. Pidióme que la salvase, acordóme bien; pero entonces me acordé de las súplicas que le había hecho, Aunque en vano en otro tiempo, y de las lágrimas inútiles que había vertido a sus pies, y sentí resentimiento dentro de mi corazón. Lelia había perdido mi alma apartándose de Dios, y yo estaba contento de perder la suya y vengarme apartando de ella a Dios. Por esto la maldije y quedé salvo, pues Dios ha recompensado mi valor echando una nube sobre mis ojos. Lelia desapareció, y las culebras también, y las lenguas de fuego, y la sangre y las lágrimas, y hallóme solo al pie de los arcos de la catedral. Amaneció, los vapores se disiparon poco a poco, el arcángel llevó a sus labios la trompeta de bronce que estaba inmóvil en sus manos siglos. Labia, tocó la estrepitosamente y oí este grito salvador: ¡Ha muerto Lelia! y la lechuza volvió al capitel en donde vive, repitiendo: ¡Ha muerto Lelia! Entonces la Virgen de mármol blanco que yo no osaba mirar cuando pasaba por delante de ella, porque se parecía a Lelia, aquella Virgen tan pálida

como hermosa que tenía siete espadas clavadas en el pecho, cayó a pedazos a las gradas de la iglesia. Aunque viviese yo cien años no olvidaría esto. Decid, ¿habéis visto los pedazos?

— Ayer pasé por delante de ella, respondió Stenio, y os aseguro que Javitan bella como siempre y en pie como antes.

— Jóven, no blasfeméis, respondió el sacerdote con una seriedad espantosa, Dios os echaría su maldición y os volvería loco: ya recelo que lo sois, pues habíais como un ser privado de razón. ¿Sabéis lo que es el hombre? ¿Sabéis lo que es Dios? ¿Conocéis la tierra, comprendéis el cielo?

— Permitidme que os deje, sacerdote, dijo Stenio a quien el delirante quería llevar a su gruta: yo no podría oír sin terror vuestras palabras. ¡Maldecís a Lelia, la condenáis a la nada, y osáis hablar de Dios y llevar el vestido de sus ministros!

— Niño, dijo el sacerdote, si maldigo a Lelia es porque temo a Dios, y porque respeto el vestido que llevo. ¡Lelia fue mi perdición, mi seducción, mi ruina! ¡Lelia! ¡que me era ilícito poseer y hasta desear! ¡Lelia! ¡la mujer atroz é infame que fue a buscarme en el fondo del santuario, volando la santidad del altar para embriagarme con sus infernales caricias!...

— ¡Mentís! exclamó Stenio con furor. ¡Lelia no os ha perseguido jamás, ni os ha amado!...

— Sobrado lo sé, respondió tranquilamente el sacerdote. Vos no me comprendéis: escuchad, sentaos conmigo en el tronco de ese alerce que sirve de puente a ese abismo: así, más cerca de mí, dadas las manos, no temáis. El árbol so

dobla, o! torrente ruge, salta la espuma en la negra profundidad aquí debajo de nosotros, y esto es hermoso, pues es la imagen de la vida.

Hablando así el insensato estrechaba a Stenio con sus brazos contraídos por la fiebre, pues a unas de ser más alto que él de toda la cabeza, el delirio aumentaba horriblemente su fuerza muscular. Su tétrica mirada se hundía en el abismo y media su profundidad, mientras que sus manos distraídas y convulsas parecían prontas a precipitar al jóven. A pesar del peligro de la situación, estaba Stenio tan codicioso de saber lo que iba a oír, que era el secreto que mediaba entre Lelia y el clérigo, secreto que torturaba largo tiempo había su alma celosa, que permaneció tranquilamente sentado en el

travesaño que temblaba sobre el precipicio, llamado el puente del infierno. Todos los torrentes tienen un paso peligroso que lleva el mismo nombre eufónico, por el cual solo pueden pasar los gamos, los cazadores atrevidos, y las esbeltas hijas de la montaña.

— Escucha, escucha, dijo el sacerdote: había dos Lefias, y esto tú no lo sabes, jóven, porque tú no eres sacerdote y no tienes revelaciones, visiones y presentimientos. Tú has vivido naturalmente de ancha, común y fácil vida, pero yo siendo sacerdote conocía las cosas del cielo y de la tierra y veía a Lelia doble y completa, mujer é idea, esperanza y realidad, cuerpo y alma, don y promesa: veíala tal como salió del seno de Dios; beldad, es decir, tentación; esperanza, esto es, prueba; beneficio, que significa mentira; ¿me entendéis ahora? ¡Oh! pues bien claro está, sin embargo, y si todos los hombres no fuesen locos, escucharían la voz de un hombre cuerdo, y conociendo el peligro desconfiarían del enemigo. El mío era ella, y era doble enemigo: de noche se sentaba en la galería de la nave de la iglesia, bien lo sabía yo, y sobrado también el lugar en donde acostumbraba estar, que era en un rico sitio forrado de terciopelo claro, lugar maldito que ahora mismo veo colocado» entre dos esbeltas columnas que lo tenían suspenso entre la bóveda y el suelo, sobre sus lijaras guirnaldas de piedra. Había dos ángeles esculpidos, blancos como la nieve y hermosos como la esperanza, que entrelazaban sus blancas manos, y cruzaban sus alas de mármol sobre el escudo de la balaustrada. Allí era donde iba a sentarse, y recostándose con una calma impía y apoyando su codo sobre la cabeza de aquellos dos ángeles bellísimos, jugaba con la franja de plata de las colgaduras, desarreglaba los bucles de su cabello, y recorría con su vista audaz el templo, en vez de doblar la cabeza y adorar al Eterno. ¡Oh! no, ella no iba allá para orar, sino para distraerse como en un espectáculo, en un festín, ó en las máscaras, escuchando durante una hora los acentos del órgano y la poesía de los cánticos. Vosotros entretanto, jóvenes y viejos, ricos y nobles, seguís con la vista todos sus movimientos, espiabais sus miradas, os esforzabais en adivinar su pensamiento en la impenetrable profundidad de sus órbitas, y os agitabais como los réprobos en su tumba a media noche, para atraeros la codiciada atención de aquella mujer. Pero ella, Lelia, ¡cuán grande, cuán imponente estaba! ¡Cómo se mecía con desdén sobre los hombres! ¡Cómo la amaba yo entonces y cómo la bendecía por su orgullo! ¡Cuán bella la veía yo bajo el claro reflejo de las bujías, pálida y grave, orgullosa y suave al mismo tiempo! ¡Oh! vosotros no la poseáis, ni sabéis siquiera lo que pasaba en su

corazón, pues sus ojos no os lo revelaban jamás, y no erais más felices que yo. ¡Cuánto me unía a ella este pensamiento! Decid, decidme, ¿llegasteis a comprender su alma, a adivinar la idea que fermentaba en su gran frente, a escudriñar en su cerebro y buscar en los tesoros de su pensamiento? No, eso no: Lelia no os ha pertenecido tampoco, y no sabéis lo que Lelia es. Habéis-la visto sonreír tristemente, ó meditar sombría; pero no habéis visto subir y bajar su seno derramando lágrimas sus ojos: el esparcimiento de su cólera, de su odio ó de su amor, tampoco lo habéis visto. Confesad, joven, que no fuisteis más feliz que yo, pues si me dijeseis

lo contrario, no sería bastante profundo este abismo para mi rabia.

— ¿Y la otra Lelia quién era? preguntó Stenio sin inmutarle siquiera la desesperación de Magnus.

— ¡La otra Lelia ¡exclamó el sacerdote dándose una gran palmada en la frente como si le hubiese atacado un súbito y atroz dolor. La otra era un horrible monstruo, una harpía, un espectro, y sin embargo era ella misma, solo que era la otra mitad.

— ¿Pero en dónde la veáis? preguntó Stenio con inquietud.

— En todas partes; por la tarde acabado el oficio, cuando se apagaban las luces y salía la gente por las puertas de la iglesia, presurosa para seguir a una mujer que llamaban Lelia, la cual caminaba lenta y negligentemente, cubierta con una capa de terciopelo negro, seguida de una comitiva a la cual ni siquiera se dignaba mirar.... seguía la yo también con mis ojos, con mi alma; pero recordaba que era presbítero, que estaba encadenado al pie del altar, y que no podía correr por debajo del pórtico para mezclarme con la gente, y recoger su guante ó apoderarme de una hoja de rosa caída de su ramillete, a lo menos, si hubiese podido ofrecerla agua bendita y tocar sus torneadas manos, tan bellas, ¡tan suaves!

— ¡Y tan frías! añadió Stenio arrastrado por su atención. Ese granito bañado de continuo por el agua que salía de la nevera, no es más frío que la mano de Lelia, a cualquier hora que se toque.

— ¿La habéis tocado vos? gritó Magnus estrechándole con rabia.

Stenio le dominó con una de aquellas miradas magnéticas en que se concentra la voluntad del hombre de tal manera que se llega a subyugar la de las mismas fieras.

Palideció el insensato y continuó su narración con el débil espanto de un niño, diciendo con voz trémula y aire tímido.

— Oíd y sabed lo que entonces me sucedía. Renegaba de Dios, maldecía mi destino, rasgaba con mis uñas el encaje de la blanquísima alba que yo llevaba, perdía mi alma, y sin embargo luchaba.... Entonces, ¡já cuántas pruebas me sujetaste, ¡Dios mío! Desde el fondo de la oscura nave veía llegar una sombra que parecía hender las losas de los sepulcros, que siendo impalpable y flotante al principio, crecía a la par de mi temor y me tomaba en sus lívidos brazos. Era una aparición horrible contra la cual me debatía implorándola en vano, llegando a arrodillarme en su presencia como delante de Dios,

¡Lelia ¡¡Lelia! le decía, ¿qué pretendes de mí? ¿Qué quieres? ¿No le he ofrecido ya un culto profano en mi corazón? ¿No se ha confundido en mis labios tu nombre con los nombres sagrados de la Virgen y de los ángeles? ¿No era a tí quien ofrecía el humo del incienso? ¿No te he colocado en el cielo al lado del mismo Dios, insaciable pedigüeña? ¿Qué no he hecho yo por tí? ¿A qué terribles é impíos pensamientos no he abierto mi seno? ¡Oh! ¡déjame, déjame rogar a Dios, para que esta noche me perdone y pueda dormir sin que pese sobre mí frente una maldición! — En vano: ella nomo escuchaba y me ligaba con sus negros cabellos, con sus negros ojos, con su extraña sonrisa, y luchaba yo con aquella impía sombra hasta Caer extenuado y moribundo en las gradas del santuario.

Á veces, a fuerza de humillarme delante de Dios y a tuerza de regar el mármol con mis lágrimas, tranquilizábame un poco y volvía consolado a mi silenciosa celda, muerto de fatiga y de sueño. Pero sabéis lo que hacía Lelia y lo que imaginaba la implacable burlona para desesperarme y perderme. Entraba en mi celda antes que yo, escondíase sutil y malignamente detrás del cobertor de mi oratorio, en la arena de mi celó, ó en el jazmín de mi ventana, y apenas empezaba mi última oración, presentabáseme de golpe ¡Y poníame sobre la espalda su mano fría, diciéndome; — ¡Aquí estoy ’ — Entonces me era fuerza levantar mis pesados parpados y luchar de nuevo con un turbado corazón para repetir el exorcismo hasta que so disipase el fantasma. A veces se echaba también en mi lecho, en mi pobre lecho solitario y frío, y cuando yo entreabría las cortinas de sarga para acercarme a mi cama, hallábala allí, alargándome los brazos y riéndose de mi espanto. ¡Oh! ¡y

cuánto he sufrido, Dios mio! ¡Mujer, sueño, o delirio! cuánto mal me has hecho ¡¡Cuántos engaños urdiste! ¡cuántos lazos me paraste!

— Callad, Magnus, dijo Stenio con amargura. Vuestras palabras me ruborizan, y solo la imaginación de un sacerdote puede ser bastante impúdica para hablar así de Lelia.

— ¡Nó! yo no la profané ni aún en sueño. ¡Dios que me oye y me ve, me precipito en el abismo si acaso miento! Resistí animosamente, gasté mi alma y apuré mi vida en tal combate; pero nunca cedí, y la sombra de Lelia sal o siempre virgen de aquellas terribles noches. ¿Tengo la culpa yo si la tentación fue grande? ¿Por qué me Labia do seguir de continuo el espíritu de aquella mujer? ¿Por qué me buscaba en todas parles? A veces sentado en el sagrado tribunal do la confesión escuchaba con recogimiento las tristes faltas que revelaba una mujer llena de arrugas y cubierta de harapos, y sí al responderla llegaba ¿mirarla, ¿sabéis qué se me aparecía entre la reja del confesionario, en vez de la cara amarillenta y marchita de una vieja? El rostro pálido y la mirada maligna y fría de Lelia. Entonces la palabra moría en mis labios, inundaba mi rostro un penoso sudor, poniaseme una nube sobre los ojos y parecíame que iba a morir. MI lengua buscaba en vano Una forma de exorcismo; pues olvidaba hasta el nombre del Altísimo, no podía invocar ningún poder celeste, y no cesaba este alucinamiento hasta que la voz ronca y cascada do la vieja me pedía absolución. ¡Pero absolver yo! ¡tirar a las almas yo que tenía encadenada la mía por una fuerza infernal! Afortunadamente Lelia no existe ya y está condenada: ahora viviré y seré salvo. Confieso que mientras ella ha vivido he sido presa de horribles tentaciones y fermentaban en mi cerebro pensamientos más destructores que los que os he dicho, que salían victoriosos días enteros. Estos pensamientos eran la duda y el ateísmo que penetraban en mi como un veneno. Había días en que estaba yo tan cansado de combatir, y en que la esperanza de salvación se me aparecía tan lejana y tan débil, que me entregaba con toda mi fuerza a la vida presente. ¡Bien! me decía yo, seamos feliz un día almenes, y ya que no podemos ser ángel seamos hombre. ¿Por qué ha de pesar sobre mi una ley de muerte? ¿Por qué be de privarme de la vida de los hombres en cambio de una ilusión futura? Los demás son libres y felices, respiran a su sabor, andan, prescriben, aman y viven; yo no soy más que un cadáver echado en un féretro y los despojos de un hombre atados a un resto de religión. Los demás cifran su esperanza en esta vida, y pueden realizarla porque pueden

obrar: las cosas que vemos existen, y ¡Ja mujer que se puede estrechar con los brazos no es una sombra; poro yo longo la esperanza en otra de la que nadie puede responderme. ¡Dios mío! ¿seréis ilusorio solamente, cuando me dejáis ser presa de tan espantosa incertidumbre? Hubo un tiempo, según dicen, en que hacíais milagros para sostener la fe vacilante de los hombres, que enviasteis [un ángel para tocar con una brasa de fuego los labios mudos de Isaías, que os aparecisteis en la zarca encendida, en la nube de oro y en la brisa de las noches, y ahora sois sordo ¿indiferente a nuestros errores y faltas. Habéis abandonado a vuestro pueblo y no alargáis ya la mano al que se pierde, ni dirigís vuestra voz al que se desalienta, ni dais fuerza al que sufre y combate por vos. ¡Oh! ¡no sois sino mentira y vano orgullo del hombre, nada sois, no existís!

Así blasfemaba y así me arrebatava la furia de mis deseos. ¡Oh! ¡si hubiese osado entregarme a ellos del todo y revindicar mi parle de vida poseyendo a Lelia solo por la voluntad! Pero ni a esto siquiera me atrevía, porque «A el fondo de mí alma habia siempre un mollino y estúpido miedo que helaba mi sangre en lo más fuerte de la liebre. Satanás no quería tomarme ni dejarme, y Dios no so dignaba llamarme o desecharme. Pero ahora ya se han acabado todos mis males porque Lelia ha muerto y me convierto a la fe. ¿No es verdad que si que ha muerto?

Inclinó el sacerdote la cabeza sobre el pecho y quedó sumido en una profunda meditación, de suerte que Stenio le dejó sin que él lo viese.

## XXIV.

### VALMARINA.

Como por las noches volvía Stenio a poblado, al bajar de la montaña halló al jóven Edmeo que cruzando su camino se internaba rápidamente y sin ver-

le en los sombríos desfiladeros de donde él acababa de salir.

— ¿Á dónde vas con tal misterio y tan aprisa? preguntóle Stenio. Tú, que para mí has sido siempre un filósofo, ¿has abjurado por ventura tu sabiduría sublime por alguna humana pasión ó por algún interés de la tierra?

Háblame: yo he sufrido mucho desde que nos separamos y necesito que alguien me dé aliento para vivir o para morir. MI alma ha caído en muy extraña miseria: convídanme mil esperanzas y mil temores me arredran: soase loque se fuere, lo que tú me aconsejes haré. Miro este encuentro como una voluntad de la suerte y voy a escuchar tu voz como si fuese lado mi destino. Dime porqué senda caminas de la vida; cuéntame lo que buscas y lo que evitas, lo que crees y lo que niegas, y por último no me calles la elección que [tayas hecho entre una modesta ventura y un noble sufrimiento.

Estrechado con tantas preguntas cedió Edmeo a la curiosidad de su amigo, y sentándose a su lado sobre el musgo

de un peñasco, al pie de una cruz de piedra medio rola, tomó la mano de Stenio entre las suyas y te dijo.

— Antes de responderte, permíteme que te pregunte, vi antes de admitir el papel de padre que tú me impones, concédeme el derecho de confesor y cuéntame tu vida de un año a esta parle, mostrándome patente toda tu alma.

Stenio contó su amor, su incertidumbre, sus dolores, sus deseos y sus esperanzas. Hablaba con fuego, su frente, ardía bajo la húmeda cabellera y su mano temblaba entre las de Edmeo. Cuando este le hubo oído contestóle solamente con una sonrisa melancólica, y después de haber pensado un rato respondióle, por último.

— Blasme hablado de un modo que no conozco todavía, pero cuyos misterios comprendo ya, pues lodo lo que acabas de decirme, yo lo he sentido y soñado. Más de una vez ha palpitado mi corazón y he sentido arder mi frente oyendo el cuento de tus arrebatos y la idea de tus esperanzas. Pero estas alegres quimeras se desvanecen ya como el vapor del crepúsculo. ¿Ves aquella blanquísima estrella que se eleva sobro aquel nevado pico?...

— Es la que se llama Sirio, respondió Stenio. ¿Es ese el único objeto de tu culto? ¿Te has entregado exclusivamente a la ciencia?

Meneó Edmeo la cabeza y respondió.



— Aunque aficionado a los estudios serios, no hubiera vacilado ni un instante entre la vida del entendimiento y la del corazón, tal como tu acabas de descubrírmela. Apenas tengo un año más que tú, Stenio; y Aunque no tengo el don de la poesía, y sea fría mi mirada y reservado con las mujeres, nunca he podido sin estremecerme tocar el vestido de la hermosa Lelia...,

— ¡Lelia! gritó Stenio, ¡pues yo no le he dicho su nombre! ¡Cómo es esto! Yo creo que si pregunto a esta roca, sacará una voz para decirme: ¡Lelia! ¿De dónde conoces a Lelia y cómo sabes que yo la amo, Edmeo?

— Hace una hora que me he separado de ella, respondió

Edmeo, pues habiéndome encargado de un recado para ella la he hablado un breve rato.... Su figura, su voz, sus maneras, todo en ella me parecía extraño, y estaba turbado al dejarla. Cuando nos liemos encontrado note he visto, ¡al era mi preocupación, pues flotaba delante de mí la imagen de esa pálida mujer. Sus palabras, Stenio, son frías, sombría su mirada, y como de bronce su alma; pero sus acciones grandes, y profunda y solemne su tristeza. ¿Cómo pudiese no hablar de reconocer a la mujer que acabo de ver y de quien tengo llena el alma, cuando me has descrito el objeto de tu pasión?

— ¡Desgraciado, tú la amas ya! exclamó Stenio, ¡tú la amas también!

— ¿Y eso qué te importa? respondió Edmeo sonriendo con amargura; probablemente ya no la veré más. Tranquilízate, yo no tengo tiempo para amar, pues absorben mi vida otros cuidados.

— ¿Qué te ha llevado a ver a Lelia? ¿qué mensaje debías llevar?

— Bien puedo decírtelo, no siendo un secreto. He ido a pedirle socorro para un desgraciado, y me ha dado lo que bastaría para el rescate de un rey con la misma sencillez con que otra me hubiera entregado un óbolo.

— ¡Oh! ¡cuán grande y cuán buena es! ¿no es cierto?

— Es liberal y rica; buena no lo sé. Ha leído con frialdad la carta que la llevaba y nada me ha preguntado sobre el que la había escrito, y cuando la he hablado de ciertas esperanzas religiosas y sociales, se ha sonreído, y alargándome una mano helada me ha dicho: — No habléis conmigo si queréis conservar la fe.

— ¿Tan fríamente ha recibido tu mensaje? preguntó Stenio con agitación. ¡Pues bien! yo no sé por qué; pero alegróme de tanta indiferencia.... ¿No

puedes decirme de quien ibas enviado?

— ¿Has oído hablar alguna vez de Valmarina?

— Un nombre pronuncias que me llega al corazón. Todo

lo que me han contado de la virtud, del desinterés y de la caridad de ese hombre me parece fabuloso. ¿Existe en efecto un hombre que se llama así, y que ha hecho lo que de él se dice?

— Ese hombre es más respetable aún y más bienhechor de lo que se cree, respondió Edmeo. SI lo conocieses, amigo mío, verías que en el mundo hay algo más grande y más precioso que la belleza, el amor, la poesía ó la gloria....

— ¡La virtud! si, todos dicen que ese hombre es la virtud personificada: háblame de él y házmelo conocer. Tanto se habla de él, y es su fama una leyenda tan maravillosa, que las mujeres hasta le atribuyen el don de hacer milagros.

— Esta fama, que él ha evitado tanto como ha podido, es su suplicio, respondió Edmeo. Su modestia y su amor al retiro rayan en extrañeza, y por otra extrañeza no menos notable del destino, esa reputación, que tantos hombres buscan en vano y de la cual él huye, sigue obstinadamente sus pasos.

— ¿Es cierto que ninguno de los que él ha protegido, asistido ó salvado no ha visto jamás su rostro, y que durante largo tiempo ha logrado tener oculta ta fuente de los beneficios que hacía a los desgraciados?

— Mientras le bastaron sus inmensas riquezas, alcanzólo; pero para continuar este papel sublime, tuvo que enlabiar relaciones con almas hermanas de la suya y formar una sociedad....

— Espera, dijo súbitamente Stenio. ¿De esta sociedad formas tú parte?

— Yo no formo parte de cuerpo alguno, respondió Edmeo, y no soy más que el amigo, discípulo y agente de Valmarina. No sabía en que emplear mi juventud y sentía dentro de mis grandes instintos de energía y grandes necesidades de corazón. El amor me parecía una pasión egoísta, b ciencia una ocupación desecadora, y la ambición un pasatiempo pueril: hallé la virtud en mi camino, y fuíme en pos de ella. Algunos sacrificios la he hecho,

quizás se los liaré aún mayores; pero conozco que ella puede recompensármelos y que nunca me pesará de haberlos hecho.

— Tu sencillo lenguaje y tu convicción piadosa me encantan, dijo Stenio, siento deseos de renunciar al amor y de abandonarlo todo para seguirte. ¿A dónde vas ahora?

— Vuelvo al que me envió.

— Llévame a él, pues quiero que me cure esta pasión loca, que me quite mis sufrimientos, y me dé una dicha pura de la que pueda gozar sin temblar de continuo por el día de mañana.... ¡Vámonos juntos!...

— No puede ser, respondió Edmeo. Acuérdate del misterio en que se encubre Valmarina y de que ninguno de sus amigos puede presentarle de improviso un nuevo discípulo. Yo le hablaré de tí, y si te cree capaz de seguir la pesada carrera....

— ¿Qué es lo que tiene de pesada? preguntó el entusiasta Stenio. Desde que existo pienso en la grandeza de renunciar a los falsos bienes del mundo, y en la conquista de los bienes inmateriales; cuando por mi desgracia hallé a Lelia, Valmarina llenaba toda mi imaginación. Quería unirme a él y este funesto amor me apartó de mi camino; más ahora conozco que la Providencia te envía para salvarme.

— ¡Óigate el cielo y ojalá digas la verdad, Stenio! pero permite que dude todavía de tu resolución, que una mirada de Lelia hará desaparecer, como la nieve rucien caída que la brisa escombra en derredor nuestro....

— ¿No me quieres? dijo Stenio con vehemencia. Va entiendo. Orgulloso con tu cordura y virgen de todo humano otéelo te complaces en dudar de mí para abatirme. Llévame, Edmeo, mientras dura mi entusiasmo, si no quieres que crea que toda tu virtud no es más que orgullo.

Edmeo quedó mudó al oír tal acusación, y luchó con el 'leseado de responder; pero levantóse iba a separarse de Stenio, cuando este le detuvo diciéndole con exaltación.

— Edmeo, tu estoico silencio me alumbra, y ahora estoy

seguro de lo que solamente presentía. Me han dicho, Aunque en vano quieres encubrirlo, que Valmarina es algo más que un hombre filántropo é ingenioso consolador. La obra santa que verificáis no se limita a actos par-

ticulares de caridad, y tú mismo, Edmeo, no puedes haberte consagrado al simple papel de limosnero de un rico caritativo. Más alta misión se te ha confiado. Las riquezas de Lelia servirán para rescatar cautivos y socorrer indigentes; pero no serán cautivos insignificantes ni indigentes vulgares. Valmarina derramará si conviene su sangre con su oro, y por lo que respeta a tí, a más aspiras sobre las bendiciones del mendigo: tú deseas el laurel del martirio. Por esto y no por otra cosa andas solo y ligero durante la noche silenciosa y fría....

— No me respondes, Edmeo, añadió Stenio viendo que su amigo quería eludir sus preguntas. Tú eres aún demasiado joven para hablar de tus secretos sin turbarte: sabes callar; pero no sabrías fingir. Déjale a mi corazón el gozo de adivinarte y la delicadeza de no preguntarte más: ya sé lo que quería.

— Y si fuese verdad lo que supones, díjole Edmeo, ¿vendrías conmigo?

— Ahora ya sé que no puedo, respondió Stenio, porque Valmarina no me admitiría sino después de largas y terribles pruebas. Sé que lo primero que se me prescribiría sería renunciar para siempre a Lelia.... Sí, lo sé, a pesar de los lazos que unen su misterioso destino a vuestros destinos heroicos, pediría semela prueba de mi virtud y el gaje de mi fuerza, y yo no podría presentar más que el de un amor vencido, el cual no presentaría jamás.

— Seguro estaba de esto, respondió Edmeo suspirando: ¡he visto a Lelia! Adiós, amigo mío. Si algún día desengañado de este prestigio ó cansado de esperanzas....

— ¡Si, cierto que si! exclamó Stenio estrechando la ruana de su amigo, pero en seguida la dejó caer añadiendo: ¡Tal vez! y al cabo de un instante la esperanza que se despertaba en su corazón y decía en voz baja: ¡Jamás!

A poco do haberse separado, Edmeo, que caminaba hacia el norte, llegó a la cumbre de la montaña, y entonó, según se lo había prometido a Stenio, un canto de despedida. Stenio habia permanecido sentado en el peñasco; la noche era pura y fría, la tierra seca y el aire sonoro: Edmeo cantó con voz briosa el siguiente himno que. llegó claro y distinto al oído de su amigo.

«¡Sirio, rey de las largas noches, sol del sombrío invierno, tú que precedes a la aurora en el otoño y te sumerges bajo nuestro horizonte después del sol en la primavera! ¡hermano del so!, Sirio, monarca del firmamento, tú

que desafías la blanca claridad de la luna cuando todos los astros palidecen delante de ella, y atraviesas con tu ojo de fuego el velo espeso de las noches nebulosas! ¡meloso de inflamada boca que lames siempre el pie sangriento «del terrible Orión, y de tu brillante cortejo seguido subes a las altas regiones del empíreo, sin par y sin rivales! ¡o el más hermoso, el más grande y el más brillante de los «blandones de la noche, derrama tus blancos rayos sobre mi húmeda cabellera, vuelve la esperanza a mi alma que «tiembla y la fuerza a mis helados miembros! ¡Brilla sobre mi cabeza, alumbrá mi camino y derrama sobre mí la «fuente de tu rica luz ¡Rey de la noche, condúceme a donde está el amigo de mi corazón! Protege mi camino misterioso entre tinieblas, pues aquel a quien yo voy es entre '¡los hombres lo que tú entre la secundaria multitud de las estrellas.»

Mi maestro es grande como tú, como tú tiene brillo y poder, como tú penetra con relumbrantes ojos, como tú vierte la luz, como tú reina en la noche helada y marca «como tú el fin de los bellos días.

¡Sirio, tú no eres la estrella del amor, ni el astro de la «esperanza! Tú viril belleza no le inspira al ruiseñor, ni las flores se abren bajo tu austera influencia. El águila de las montañas te saluda por la mañana con voz triste y feroz, la nieve se aglomera a tu vista impasible, y la brisa canta tus esplendores en las cuerdas de metal de su arpa lúgubre.

Del mismo modo, ó virtud, tampoco se abre más ni a la esperanza ni a la ternura el alma en donde tú reinas, pues queda sellada como un féretro de plomo y como la noche hiperbórea en los confines del horizonte cuando llega Sirio a la mitad de su carrera. Es triste como el invierno, oscura como un ciclo sin luna, y la atraviesa un solo rayo frío y penetrante como el acero. Envuelta en una mortaja no tiene transportes, ni cantos, ni sonrisas.

Mi alma es la noche, es el frío, es el silencio; pero tu esplendor, ó virtud, es el rayo de Sirio esplendente y sublime.

La voz se perdió en el espacio. Stenio permaneció algunos instantes absorto, y luego bajó hacia el valle, fijos los ojos en la estrella de Venus que se elevaba en el horizonte.

## XXV.

La primavera había vuelto, y con ella el canto de las aves y el perfume de las nuevas flores. El día terminaba, y los fuegos del sol poniente los borraban los violados tintes de la noche: Lelia meditaba en la azoica de la quinta llamada Viola, que era una rica granja mandada construir por un rico italiano para su querida en la entrada de aquellas montañas. La querida murió en ella de pena, y el italiano no queriendo vivir ya más en un lugar que le ofrecía dolorosos recuerdos, había alquilado a gente extraña los jardines en donde estaba la tumba, y la quinta que llevaba el nombre de su amada. Dolores hay que se nutren de sí mismos; pero los hay también que de sí mismos se espantan, y se evitan como remordimientos.

Lelia, muelle é indolente como la brisa, como las ondas, y como los días de mayo tan dulces y soñolientos, inclinada sobre la balaustrada, dirigía sus miradas por el más hermoso valle que haya podido pisar el pie del hombre civilizado. El sol se había ocultado ya detrás del horizonte, y el lago sin embargo conservaba todavía un tinte rojizo ardiente, ¡como si al antiguo dios que se suponía sumergirse cada noche en las aguas, se hubiese zambullido en efecto en aquella transparente masa.

Lelia meditaba, y escuchaba al mismo tiempo el confuso murmullo del valle, los balidos de los corderitos que iban a arrodillarse delante de sus madres, el ruido del agua cuyas compuertas empezaban a abrirse, la voz de los gallardos y morenos pastores, que tienen un perfil griego y pintorescos harapos, y cantan con gutural acento al bajar de la montaña con la escopeta al hombro: escuchaba también el Cencerro de cascado sonido que cuelga de la cerviz de las atigradas vacas, y el ladrido sonoro de aquellos grandes perros de primitiva raza que hacen resonar los ecos por las laderas de las barrancas.

Lelia estaba tranquila y radiante como el ciclo. Stenio pulió su harpa, y cantó los más hermosos himnos. Mientras cantaba bajaba la noche, lenta y solemne como los graves acentos del arpa, y como las hermosas notas de la vi y dulce voz del poeta. Cuando hubo acabado se extendía sobre el cielo

aquella primera capa cenicienta con que se cúbre la noche, cuando las trémulas estrellas osan apenas sobre pálidas y lejanas como una débil esperanza en el seno de la duda. En rededor del horizonte veíase con dificultad una línea blanquizca en medio de la bruma, que era la luz postrera del crepúsculo, y el último adiós del día.

Espiró el sonido del arpa, dejó Stenio caer sus brazos, y prosternándose delante de Lelia, pidióla una palabra de amor o de compasión, ó un signo de vida, sino de ternura. Lelia tomó la mano del mancebo, y la llevó a sus ojos: lloraba.

— ¡Oh! exclamó Stenio arrebatado, ¡lloras! ¿entonces vives también?

Lelia pasó sus dedos por entre los perfumados cabellos del joven poeta, y atrayéndose su cabeza sobre el seno, la llenó de besos, cosa rarísima en ella que poquísimas veces habia tocado con sus labios aquella hermosa frente. Una caricia de Lelia era un don tan extraordinario, como una flor olvidada por el invierno que se halla abierta sobre la nieve. Por esto esta efusión súbita y ardiente arriesgó la vida de aquel niño que habia recibido de los fríos labios de Lelia el primer beso de amor. Púsose pálido, dejó de latir su corazón, y moribundo la repelió con toda su fuerza, pues nunca habia temido tanto la muerte, como en aquel instante en que se le revelaba la vida.

Tenía necesidad de hablar para eludir aquel exceso de felicidad doloroso como la fiebre.

— ¡Oh! dime al fin que me amas, exclamó saliendo de entre sus brazos.

— ¿No te lo he dicho ya? respondió Lelia con una mirada y una sonrisa que Murillo hubiera dado a la Virgen subida al ciclo por los ángeles.

— No, no me lo has dicho, respondió el poeta: solo un día en que ibas a morir me dijiste que querías amar; lo cual significaba que en el momento de perder la vida te pesaba no haber vivido.

— ¿Eso creéis Stenio? preguntó Lelia en un tono de coquetismo burlón.

— Yo nada creo; pero procuro adivinaros. Todo lo que me prometisteis, Lelia, fue que procuraríais amarme: esto prometisteis y nada más.

— Sin duda no prometí alcanzarlo, respondió fríamente

— Pero ¿esperas que al fin podrás amarme? dijo Stenio con tan triste y suave voz que conmovió toda el alma da Lelia.

Abrazóle esta, y estrechóle contra su corazón con una fuerza sobrehumana. Stenio, que aún quería resistirla, vióse dominado por aquel poder que le llenó de espanto, su sangre hirvió como la lava, sufrió frío y calor, y sintióse bueno y malo alternativamente. ¿Era aquello gozo ó era angustia"? no lo sabía; era una cosa y otra y todavía más: era amor y vergüenza, deseo y espanto, éxtasis y agonía.

Por último, recobró el ánimo, y acordóse con cuan delirantes deseos habia anhelado aquella hora de turbación y de raptó: menospreciase por la pusilánime timidez que le contenía, y abandonándose a una fogosidad que tenía algo de desesperación, dominó a su vez a la mujer, estrechó la entre sus brazos, y pegó sus labios en aquella boca pálida y fría, cuyo contacto extrañaba aún.... pero Lelia le repelió de golpe diciéndole con voz dura y seca:

— Dejadme, ya no os amo más.

Stenio cayó anonadado sobre las baldosas de la azotea, y entonces creyó realmente que iba a morir, sintiendo como el río de la vergüenza ahogaba de golpe aquella rabia de amor y su febril esperanza.

Lelia se echó a reír, y reanimado Stenio por su cólera, levantóse y pensó si la mataría ó no.

Pero para aquella mujer era tan indiferente la vida, que no difícil era vengarse de ella como espantarla. Stenio quiso mostrarse filosófico y frío; pero aún no habia pronunciado tres palabras cuando empezó ó llorar.

Lelia le abrazó entonces de nuevo, y como Stenio quisiese devolverla sus caricias, repelióle diciendo: —Cuidado con arriesgar nuestros tesoros, no Jos confiemos a los caprichos de la mar.

¡Maldita seas! exclamó el jóven queriendo levantarse; pero ella le detuvo.

— Vuelve, le dijo, vuelve a mi corazón. ¡Te amaba tanto cuando hace poco recibías como a pesar Luyo mis besos, medroso y sencillo! Mira, cuando me has dicho: ¿Esperas al fin podrás amarme? he conocido que te adoraba.



¡Eras tan humilde! Sélo siempre, pues de esta manera te amo. Cuando te veo temblar-y retroceder ante el amor que te busca; paréceme que soy más joven y más confiada que tú. Esto me da orgullo y me hechiza, y la vida no me desalienta ya, porque pienso que puedo dártela a ti: pero cuando te haces audaz y pides más de lo que yo puedo dar, pierdo la esperanza y me espanto do amar y de vivir, sufro y siento haberme engañado otra vez más.

— ¡Pobre mujer! exclamó Stenio movido a compasión.

— ¡Oh! ¿por qué no te mantienes así tímido y palpitante bajo mis caricias? añadió Lelia colocándola cabeza de Stenio sobre sus rodillas. Toma, déjame pasar la mano por el contorno de tu cuello blanco y liso como un mármol antiguo, déjame sentir la suavidad y finura de tus cabellos que se ensortijan y anudan en mis dedos. ¡Cuán blanco es tu pedio, oh joven! ¡cómo late en él fuerte y violentamente el corazón! Bien, hijo mío ¡poro ese corazón ¿contiene el germen de alguna viril virtud? ¿Transcurrirá la vida sin corromperse ni secarse? Cata allá la luna que sube por encima de nosotros y hace reflejar sus rayos en tus ojos. Respira esa brisa el aroma de las flores y yerbas de los prados: yo reconozco la emanación de cada planta, y las-siento pasar una tras otra por el aire que se las lleva. Ahora pasa la del tomillo dé las colinas; antes la del narciso de los lagos; ahora la de los geranios del jardín. [Cómo deben gozarse los espíritus del aire buscando estos sutiles perfumes y bañándose en ellos! ¿Sonríes, mi hermoso poeta? Duérmele así.

— ¡Dormirme! respondió Stenio en tono de sorpresa de reproche.

— ¿Y por qué no? ¿No estás tranquilo ahora? ¿no eres dichoso?

— Dichoso sí; ¿pero tranquiló?

— Pues entonces no amáis; contestó Lelia repeliéndole.

— Lelia, me hacéis infeliz; permitidme que os deje.

— ¡Cobarde! ¡qué manera de temer los sufrimientos! Ea, ¡dos.

— No puedo, respondió el joven volviendo a caer a sus pies.

— ¡Dios mío! añadió Lelia, ¡sufrir! ¿y por qué? Tú no sabes cuanto te amo: yo me complazco en mirarte y acariciarle como si fueses hijo mío. Mira, yo nunca he sido madre, pero me parece que te tengo todo el afecto que pudiera tener a un hijo. De verle 'hermoso me alegro con un candor y con una puerilidad maternales. Y luego ¿qué otro afecto puedo tenerte yo?

— ¿Entonces no podréis tener amor? le dijo Stenio con voz trémula y desgarrado el corazón.

Lelia no contestó, sino que pasó convulsivamente las manos por entre los rizos de la cabellera del joven, é inclinándose hacia él lo contempló como si hubiese querido reasumir en una mirada el poder de muchas almas, y en un instante la embriaguez de cien vidas: más luego hallando sin duda menos ardiente su corazón que su cerebro y sus esperanzas más débiles que sus ilusiones, cansóse otra vez aún de la vida y dejó caer como muerta la mano a su lado: miró la luna con tristeza, y llevando luego la caída mano al corazón y respirando desde lo profundo de su pecho, dijo con voz de ira y echando una sombría mirada:

— ¡Ahí ¡felices los que pueden amar!

## XXVI. VIOLA.

Al pie de los terrados del jardín corría un riachuelo bajo la espesa sombra de los fresnos y cedros y se perdía por debajo de sus colgantes ramas. Una de aquellas misteriosas bóvedas cubría un sepulcro de mármol blanco que en entre los oscuros reflejos de la verde arboleda veía en el agua su pálido reflejo. El soplo furtivo de la brisa meneaba apenas los ángulos puros y trémulos del mármol reflejado en la corriente, y un largo alborol que se había aferrado a sus lados suspendía sus guirnaldas de campanillas azules en derredor de las labores esculpidas y ennegrecidas ya por la lluvia y por el abandono. El musgo crecía en el seno y sobre los brazos de las estatuas arrodilladas, y los sauces llorones que dejaban caer lánguidamente sus ramas sobre aquellas lívidas frentes, cubrían ya el monumento confiado a la protección del olvido.

— ¡Es ese, dijo Lelia apartando las altas yerbas que ocultaban la inscripción, os ese el sepulcro de una mujer muerta de amor y de pena!

— Es un monumento lleno de religión y de poesía, respondió Stenio. ¡Ved como la naturaleza parece tener orgullo en poseerlo! ¡Estas guirnaldas de flores le cercan muellemente, los árboles le cobijan y el agua lame su pie con ternura ¡¡Pobre mujer muerta de amor ¡¡Pobre ángel desterrado de la tierra y extraviado en las humanas vías, por último, duermes ya en paz en tu sepulcro! ¡Viola, tuya no sufres! Duermes como este arroyo, y alargas en tu lecho de mármol tus fatigados brazos como este sauce inclinado sobre ti. Lelia, loma esta flor de la tumba, púntela en el seno, aspira mucho su olor; pero pronto, antes que, separada de su tallo, pierda su virginal perfume, que es acaso el alma de Viola, el alma de una mujer que amó hasta morir. ¡Viola, si hay de ti alguna emanación en esas llores, si de tu se nos ha pasado a sus misteriosos cálices algún soplo de amor y de vida, haz que penetren hasta el corazón de Lelia! ¿No podéis abrasar el aire que ella respira y hacer que no esté así pálida, fría y muerta como esas estatuas que se miran en el arroyo con aire melancólico?

— ¡Necio! respondió Lelia echando la flor a la mansa corriente del agua y siguiéndola con ojos distraídos, ¿crees

acaso que no tengo yo también un dolor agudo y profundo como el que malo a esta mujer? ¿Qué sabes tú? ¿Tal vez su vida fue rica, completa y fecunda? ¡Vivir y morir de a mor es hermoso para una mujer ¡¿Viola, bajo qué cielo de fuego Labias nacido? ¿De dónde habías sacado ese corazón tan enérgico que se quebrantó antes que doblarse al peso de la vida? ¿Qué dios te había dado ese indomable poder que solo la muerte pudo arrancar de tu alma? Grande, sí, grande entre todas las criaturas, no doblaste la cabeza al yugo, te opusiste a tu suerte y sin embargo no precipitaste tu muerte como esos seres débiles que se matan para no curar. Tan segura estabas de que para tí no había consuelo, que te agostaste lentamente sin retroceder ni un paso hacia la vida y sin adelantarlo para llegar a la tumba. Llegó la muerte y te lomó débil, quebrantada y ya muerta, pero arraigada en tu amor y diciendo a la naturaleza: — Adiós, le desprecio y no quiero salud. Guarda tus beneficios, tu engañosa poesía, tus consoladoras vanidades, tu narcótico olvido y el escepticismo de frente de bronce para los demás que lo quieran; yo quiero amar y morir. ¡Viola ¡tú hasta repeliste a Dios y odiaste francamente el inicuo poder que le había dado por lote el dolor y la soledad. Tú no

viniste a cantar himnos melancólicos a la vera de este arroyo como hace Stenio cuando yo le aflijo, ni fuiste a prosternarte en los templos como hace Magnus cuando de él se apodera el demonio de la desesperación, ni sofocaste tu sensibilidad con la meditación, ni como él mataste tus pasiones para vivir orgulloso y tranquila sobre sus restos como Tremmor; ni como Lelia....

Pero no declaró su pensamiento, y apoyado el codo sobre el mausoleo, é inmóvil la vista sobre las ligeras olas del arroyo, no oyó a Stenio que la rogaba le declarase.

— Si, dijo al cabo de un largo silencio, ¡murió! Y si una a humana mereció ir al cielo, la suya fue sin duda porque hizo más de lo que la estaba prescrito, agotando hasta la hez la copa de la amargura, y luego desechando

el beneficio que debía venirle del cielo después de las pruebas, y rehusando la facultad de olvidar y despreciar el mal, quebró la copa y guardó en su seno la ponzoña como un amargo tesoro. ¡Murió, murió de pena, y nosotros vivimos! Tú mismo, jóven, que tienes facultades del todo nuevas para el dolor, vives ó hablas de suicidio, cosa más cobarde y débil que sufrir esta vida mancillada que el desprecio de Dios nos deja.

Viéndola Stenio más triste, empezó a cantar para distraerla y durante el canto vertían lágrimas sus cansados ojos; pero contenía su dolor y buscaba en su alma abatida inspiraciones para consolar a Lelia.

## XXVII.

— Mil veces me has dicho, Lelia, que yo era jóven y puro como un ángel del cielo, y alguna me has dicho también que me amas esta mañana mismo sonreías al decirme: Tu eres mi única dicha; pero esta noche lo has olvidado todo y has destruido sin piedad todos los cimientos de mi ventura.

¡Sea en hora buena! quebrántame y échame al suelo como has echado al agua esa flor que acabas de oler. SI en verme como ella arrebatado, agitado y marchito al capricho de la corriente, hallas diversión, distraimiento ó alguna satisfacción irónica y cruel, desgárrame y huéllame con la planta de tus pies; pero no olvides que el día y a cualquier hora que me quieras recoger y respirarme otra vez me hallarás llorido y pronto a renacer bajo tus caricias.

¡Pobre mujer! está bien, me amarás del modo que puedas, pues yo ya sabia que tuno podías amar como amo yo, siendo por otra parte justo que seas tú la soberana de los

dos. Yo do merezco el amor que mereces tú, no habiendo como tú combatido y sufrido, y no siendo más que un niño sin gloria y sin heridas ante la vida que empieza y la lucha que va a abrirse. Tú, herida por el rayo, cien veces derribada y siempre en pie, tú que no comprendes a Dios y que sin embargo crees, tú que le insultas y le amas, tú agostada como un viejo y jóven como un niño, Lelia, pobre alma mía, ámame como puedas: a mi me tendrás siempre de rodillas para darte gracias, y le daré mi corazón y mi vida toda por lo poco que te quede que darme.

Déjale amar solamente; acepta sin desdén los sufrimientos que le presentó en holocausto a tus pies; déjame consumir mi vida y abrasar mi corazón sobre el ara que te dedico. No me compadezcas, pues soy más feliz que tú por tí sufriendo, ¡Oh! ¿por qué no he de poder morir por tí como murió de amor Viola? ¡Cuánto placer hay en los tormentos que das a mi pecho! ¡Cuánta dicha en ser aunque no sea masque tu juguete ó tu víctima, y en expiar jóven, puro y resignado, las antiguas iniquidades, los murmullos y las impiedades aglomeradas sobre tu cabeza! ¡Ojalá se pudiesen borrar las manchas de otra alma con los dolores de la propia, con la sangre de las venas, y rescatarla como un nuevo Cristo renunciando a lá eternidad para evitarla el aniquilamiento!

¡Así os amo yo, Lelia, y vos no lo sabéis porque no lo queréis saber! Yo no os pido que me apreciéis y mucho menos que me compadezcáis, solo quiero que vengáis a mi cuando sufráis, y que me llagáis cuanto mal os plazca como podáis olvidar el dolor que os aqueja.

— Pues bien, respondió Lelia, ahora sufro mortalmente y fermenta en mi pecho la cólera. ¿Queréis blasfemar por mí, esto me aliviará tal vez?

¿Queréis echar piedras al ciclo, ni tratar a Dios, maldecir la eternidad, invocarla nada, adorar el mal, llamar Ja destrucción sobre todas las obras de la Providencia y el desprecio sobre su culto? Vamos a ver ¿sois capaz de malar ú Abel para vengarme de Dios mi tirano? ¿Queréis gritar como un perro espantado que ve los fantasmas que pinta la luna en las paredes? ¿Queréis morder la tierra y comer arena como Nabucodonosor? ¿Queréis como Job exhalar vuestra cólera y la mia en vehementes imprecaciones? Vos, jóven, puro y piadoso, ¿queréis hundiros hasta el cuello en el fondo de la duda y parar en el abismo en donde yo espiro? Yo sufro y no tengo fuerza para gritar; ¡blasfemad por rail ¡Y eso! ¡Vos lloráis!... ¿conque, podéis llorar? ¡Oh! ¡mil veces dichosos los que lloran! Mis ojos están más enjutos que los desiertos de arena en donde no cae jamás el rocío, y mi corazón está más seco que mis ojos. ¿Lloráis? ¡Bien! para distraeros oíd un canto que yo he traducido de un poeta extranjero.

## XXVIII.

### ADIOS.

— ¿Qué hice yo para que sobre mi cayese una maldición? ¿Por qué os habéis apartado de mí? a las inertes plantas no las rehusáis el sol, ni el rocío a las gramíneas imperceptibles de los campos; dais la facultad de amar a los estambres imperceptibles de una flor, y las sensaciones del amor a la estúpida madrepora, y yo que soy también obra de vuestras manos, yo que he sido dotada por vos de una aparento riqueza, lo he perdido todo, y me habéis tratado porque a los ángeles rebeldes, pues ellos tienen aún el poder de aborrecer y de amar, que yo no tengo. Peor me habéis tratado que al lodo de un arroyo y que al barro de los caminos; porque se los pisotea y no lo sienten. Yo conozco lo que soy, y no puedo morder el pie que me oprime, ni levantar la condenación que pesa sobre mi como una montaña.

¿Por qué me has tratado de esta manera, desconocido poder, cuya mano de hierro siento extenderse sobre uno?

¿Por qué me hiciste hombre si luego querías convertirme en piedra y dejarme inútil fuera de la vida? Quebrantásteme, Dios mío, de este modo, ¿para encumbrarme sobre todos o tal vez para abatirme basta lo más íntimo? Si es destino de predilección el mío, endúlzalo, señor; y házmelo soportable sin dolor; y si os una vida de castigo, dime porque me la diste. ¿Era yo culpable antes de nacer?

¿Qué significa el alma que me concediste? ¿Es eso lo que llaman un alma de poeta? Más movible que la luz y más vagabunda que el viento, árida siempre, siempre inquieta, siempre anhelosa y buscando siempre fuera de sí los alimentos de su vida, los destruyo antes de probarlos. ¡Ó vida! ¡ó tormento! ¡Aspirar a lodo y no alcanzar nada, comprenderlo lodo, y nada poseer! ¡Llegar al escepticismo del corazón como Fausto al escepticismo del espíritu!... Este destino es más cruel que el de Fausto, el cual conservaba a lo menos en su seno el tesoro de las pasiones juveniles y ardientes (que durmieron silenciosas bajo el polvo de los libros, reposando mientras velaba el entendimiento; y cuando se cansó de buscar la perfección y no hallarla, se detuvo para maldecir y renegar de Dios, envióle este para castigarle el ángel de las tinieblas y funestas pasiones. El ángel se le unió, dióle calor, rejuvenecióle, lo enardeció, apartele del buen camino y lo devoró. ¡El viejo Fausto entró en la vida, joven y vivaz, maldecido y omnipotente! había dejado de amar a Dios; pero amaba a Margarita. ¡Dios mío, dadme la maldición de Fausto!

¡Vos no me bastáis, Dios! y esto bien lo sabéis. No queréis serlo todo para mí, y no os reveláis tampoco suficientemente para que me apodere de vos y a vos me una exclusivamente. Alraeisme, si, y me halagáis con el balsámico soplo de las brisas celestiales, sonreíame entre dos nubes de oro? me aparecéis en mis sueños, me llamáis y excitáis de continuo para que tome el vuelo y me remonte a vos; pero olvidáis que no me disteis alas. ¿De qué sirve haberme dado un alma para desearos, si de continuo huis de mi y encapotáis ese hermoso cielo y esa hermosa naturaleza con pesados y sombríos vapores? por encima de las llores hacéis pasar un viento meridional que las devora, y sobre mi hacéis soplar una brisa que me hiela y contrista hasta la médula de los huesos. ¡Nos dais días de bruma y noches sin estrellas, revolvéis nuestro pobre universo con tempestades que nos irritan, aluci-

nan y hacen audaces y ateos a pesar nuestro! Y si en estas tristes horas sucumbimos a la duda, nos hincáis el aguijón de los remordimientos, y ponéis una increpación en todas las voces del cielo y de la tierra

¿Por qué nos hicisteis de este modo? ¿Qué provecho sacáis de nuestros sufrimientos? qué gloria añaden a tu gloria nuestra abyección y nuestra nada? ¿Esos tormentos son necesarios al hombre para hacerle desear el cielo? ¿Acaso la esperanza no os más que una débil y pálida flor que solo crece entre rocas y al soplo de las borrascas? Flor preciosa, suave aroma, ¡ven a este corazón árido y devastado!... ¡Ah. cuan en vano procuras rejuvenecerlo tiempo ha: tus raíces no pueden prender en sus paredes de bronce, su helada atmósfera te deseca, y sus tempestades te arrancan y arrojan al suelo tronchada y marchita... ¡Oh esperanza, no puedes volver a florecer para mí!....

— Estos cantos son dolorosos, y cruel esta poesía, dijo Stenio quitándola el arpa de las manos: vos os complacéis en tan sombrías meditaciones y me laceráis el alma sin compasión. No, eso no es la traducción de ningún poeta extranjero; el texto de ese poema está en el fondo de vuestra alma, Lelia, ¡bien lo se yo! ¡Mujer cruel é incurable ¡escuchad a esa avecilla: canta mejor que vos, pues cantad sol, la primavera y el amor. Ese pequeño ser asma afortunado que vos, que no sabéis cantar más que el dolor y de duda.

## **XIX.**

### **EN EL DESIERTO.**

Os he traído a este valle desierto donde ningún rebaño ha pacido, y que la sandalia del cazador no ha pisado jamás, Hemos venido atravesando precipicios, Lelia, y habéis arrostrado sin miedo todos los peligros del viaje, midiendo con tranquila vista las hendiduras de que están soleados los pro-



fundos flancos de la nevera, pasándolas por medio de las tablas echadas por nuestros guías, las cuales temblaban sobre simas sin fondo. Habéis pasado las cataratas ligera y ágil como la blanca cigüeña que se posa de piedra en piedra y duerme con el largo cuello doblado, puesto el cuerpo en equilibrio, apoyada en una sola de sus delgadas piernas, en medio de las olas que se revuelven y estrellan, y sobre abismos que vomitan espuma en grandes olas. NI una sola vez habéis temblado, Lelia, y yo me he estremecido muchas: la sangre se helaba en mis venas, y mi corazón dejaba de salir al veros pasar sobre aquellas profundidades, descuidada, distraída, mirando al ciclo, y desdénándoos de saber en donde poníais vuestros estrechos pies. ¡Muy fuerte y animosa sois, Lelia! Cuando decís que vuestra alma está enervada mentís, pues no hay hombre de más audacia y de mayor confianza que vos.

— ¿Qué es audacia? respondió Lelia. ¿Quien no la tiene? ¿Quién tiene apego a la vida en el tiempo en que vivimos? Esta negligencia se apellida valor cuando produce algún bien; pero cuando se limita a arriesgar un destino sin precio, ¿es acaso más que inercia?

La inercia, Stenio, es el mal de nuestros corazones y el grande azote en esta edad del mundo, en que ya no hay más que virtudes negativas. Somos valerosos porque ya no 7

somos capaces de tener miedo. Preciso es decirlo: lodo está gastado, hasta las flaquezas, hasta los vicios de los hombres. Ya no nos queda ni la fuerza que hace amar la vida con temerario y cobarde amor. Cuando en el mundo quedaba aún energía se luchaba con astucia, sagacidad y cálenlo, y la vida era un combate perpetuo y una lucha en que los más valientes retrocedían de continuo delante del peligro; porque el más valiente era el que vivía más larga tiempo en medio de los peligros y los odios. Pero desde que la civilización ha hecho la vida fácil y tranquila para todos, hallase monótona y desabrida, y se expone por una palabra ó por una mirada, tan menguado es su valor. De la indiferencia de la vida ha nacido entre nuestras costumbres el duelo, espectáculo a propósito para acreditar la apatía del siglo, pues consiste en ver como dos hombres tranquilos y fríos echan suertes sobre quien de los dos matará al otro, sin rencor, sin cólera y sin provecho. ¡Ay, Stenio! ya nada valemos, pues no somos ni buenos ni malos, ni cobardes siquiera, no siendo sino inertes.

— Lelia, tenéis razón, y cuando ocho una mirada sobre la sociedad, póngome triste como vos; pero yo os he traído aquí para haceros olvidar esta sociedad, durante algunos días al menos: mirad en donde estamos: ¿no es lo sublime? en que otra cosa puede pensarse aquí más quera Dios. Sentaos en este musgo, intacto aún de planta humana, y ved como a vuestros pies desarrolla el desierto sus grandes profundidades. ¿Habéis visto cosa más salvaje, y más animada al mismo tiempo, en toda vuestra vida ¡Cuánto vigor en esa vegetación libre y vagabunda, cuánto movimiento en esas selvas que el viento encorva y hace. ondear, y en aquellas bandadas de águilas que se ciernen incansables en torno do esas nebulosas cumbres, y forman movedizos círculos a manera de grandes anillos negros sobre la blanca superficie de la nevera! ¿Oís el ruido que sube y baja de todas partes? Los torrentes que lloran y sollozan como almas desgraciadas, los ciervos que mugen con voz lastimera y tierna, la brisa que canta y rio por los matorrales, los buitres que gritan como mujeres espantadas... todos esos ruidos extraños, misteriosos é indiscretos que resuenan sordamente en las montañas, los colosales hielos que cruceen el corazón de esas moles, las nieves que forman aludes que arrastran la arena, esas grandes raíces de los árboles que luchan de continuo con las entrañas de la tierra y que se esfuerzan en levantar peñascos y hender la esquita, esas voces incógnitas, esos vagos suspiros que el suelo, sujeto siempre a los sufrimientos del parto, exhala aquí por sus entreabiertos flancos, ¿no es lodo esto más espléndido y armonioso que la iglesia y el teatro?

— Verdad es que todo esto es bello, y que aquí es a donde debe venirse a ver lo que la tierra tiene de juvenil y vigoroso, ¡Pobre tierra!; también la tierra envejece!

— ¿Qué decís, Lelia? ¿Pensáis por ventura que la tierra y el cielo son culpables de nuestra decrepitud moral? Soñadora insolente, ¿así los acusáis?

— Si, les acuso, ó por mejor decir acuso la grande ley del tiempo que prescribe que todo se apure y fenezca. ¿No conocéis que las olas de los siglos lo arrebatan lodo a la vez, hombres y mundo, para hundirnos en la eternidad, como esas hojas secas que bajan a un precipicio arrastradas por el agua del torrente? ¡Más ay ¡nosotros ni eso levo despojo dejaremos, ni podremos sobrenadar como esas hojas secas que flotan por allí tristes y pendi-  
entes como la cabellera de una mujer anegada. La disolución pasará sobre

los cadáveres de los imperios, y los mudos restos de la humanidad no serán más que los granos de arena de la mar. Dios doblará el universo como un vestido viejo que se echa al aire, y como una capa que se deja porque ya no se quiere. Entonces solo Dios será, y su gloria y su poder brillarán sin velos; pero ¿quién los contemplará? ¿Nacerán nuevas razas sobre nuestro polvo para adivinar al que crea Y al que destruye?

—El mundo pasará, ya lo sé, respondió Stenio; pero para destruirlo serán necesarios tantos siglos que su número es incalculable al entendimiento humano. No, no, todavía no hemos llegado a su agonía. Este pensamiento se ha declarado en el alma de algunos escépticos como vos; pues por lo que a mí toca, creo que el mundo es joven, y mi corazón y mi entendimiento me dicen que no ha llegado a la mitad de su vida y a la fuerza de su edad. El mundo progresa aún, porque ¿cuánto no le queda que aprender?

— Sin duda que sí, respondió Lelia con ironía, puesto que aún no ha hallado el secreto de resucitar a los muertos y de hacer a los vivos inmortales; pero ya lo sabrá con el tiempo, y el mundo no tendrá fin y el hombre será más fuerte que Dios y subsistirá sin auxilio de más elemento que su inteligencia.

— ¡Lelia ¡vos os burláis de todo; pero atended: ¿no pensáis que los hombres son mejores hoy que ayer, y que por consiguiente?

— No, no lo pienso; pero ¿qué importa? No estamos acordes sobre la edad del mundo y nada más.

— Aunque la supiésemos exactamente, respondió Stenio, ¿qué sacaríamos de ello no sabiendo los secretos de su organización, é ignorando cuanto puede y debe vivir un mundo organizado como este? Pero en lo íntimo de mi corazón conozco que marchamos hacia la luz y la vida: la esperanza brilla en nuestro ciclo: ¡ved cuán hermoso es! ¡mirad cuán sonrosado y generoso! ¡Cómo sonrío a los montes que se coloran por sus caricias y se sonrojan de amor como tímidas vírgenes! La existencia de Dios no puede probarse con la lógica del raciocinio: créese en él porque lo revela un instinto celeste, así como no puede medirse la eternidad con el compás de las ciencias exactas, ¡pesar de sentirse en el alma la savia y frescura del mundo moral, como conoce el ser físico los principios vivificantes y tónicos que contiene el aire. Entonces ¿podéis respirar sin que penetre en vos esa brisa aromática de las montañas? ¿bebéis sin sentir el sabor de esa agua clara y

cristalina que tiene gusto de menta y de tomillo? ¿No sentís rejuveneceros y cobrar nueva vida en ese aire vivo sutil y entre esas hermosas flores que parecen orgullosas de no deber nada a los cuidados de! hombre? ¡Volved la vista y mirad esos espesos bosquecillos de rododendro y esos racimos frescos y puros de llores de lila! ¡contemplad como se vuelven hacia el cielo para mirar su claro azur y recoger su rocío! Estas flores, Lelia, son hermosas como vos, y como vos salvajes é incultas. ¿Podéis comprender la pasión que inspiran las flores?

Sonrióse Lelia y meditó largo rato, fijos sus ojos en el desierto valle, hasta que por último dijo.

— Deberíamos vivir aquí para conservar lo poco que nos queda en el corazón; pero no estaríamos tres días sin marchitar esta vegetación y sin mancillar el aire. El hombre desgarrar siempre el seno de su nodriza y agota el sucio que le produjo, queriendo de continuo arreglar la natura raleza y rehacer la obra de Dios. Repito que vos mismo no estaríais tres días aquí sin querer bajar al valle las rocas de la montaña y sin cultivar la caña de las profundidades aguosas en la árida cima de los montes. a esto llamaríais hacer un jardín, y cincuenta años atrás hubierais puesto cu él una estatua y una fuente de mármol esculpido.

— ¡Burlona siempre, Lelia ¡¡Pero es posible que podáis reiros y hacer burlas ante este sublime cuadro! Sin vos, ya me hubiera prosternado ante el autor de todo esto; pero vos que sois mi demonio no lo habéis querido, porque es preciso que os oiga negarlo lodo, hasta la hermosura de la naturaleza.

— ¡Oh! ¡yo no la niego! contestó vivamente Lelia. ¿Qué <sup>08</sup> lo que me habéis oído negar? ¿Qué creencia me La hallado insensible a lo que tuviese de grande ó poético? ¿Pero quién me dará el poder de exagerar mis ideas? ¿Por qué ha de sufrir siempre por un deseo de bienestar que se revela bajo las formas de lo bello, y que revolotea en todos nuestros ensueños sin posarse jamás en tierra? No es solo nuestra alma la que sufre la ausencia de Dios, sino todo nuestro ser, la vista y la carne, que padecen también por la indiferencia del cielo. Decid: ¿en qué clima del mundo deja de sentir el hombre las sensaciones excesivas del frío y del calor? ¿Qué valle hay que no sea húmedo en invierno? ¿En qué montañas no seca y desarraiga las yerbas el viento? En oriente las razas enervadas vegetan y languidecen echadas

siempre y siempre inertes: las mujeres se refugian a la sombra de sus harenes porque el sol las calcinaría. Luego un viento seco y corrosivo que llega del mar ocasiona a aquella indolente gente una especie de vértigo, origen de crímenes y heroísmos deseo nacidos en los pueblos de aquende el sol. Entonces aquellos hombres se embriagan de actividad y exhalan en feroces rumores, en sanguinarios placeres y en desenfrenados desordenes la fuerza que domina, hasta que llenos de sufrimiento y de fatiga se dejan caer en sus divanes, ¡estúpidos sobre toda humana estupidez!

Y ellos son sin embargo los más bien templados y más enérgicos entre todos los pueblos, los más dichosos en la calma, y los más violentos en la acción. Mirad a los habitantes de las zonas tórridas: su sol es en efecto generoso, sus plantas gigantescas, y la tierra pródiga de frutos, de aromas y de espectáculos, superabundando el lujo en el color y la forma. Los pájaros y los insectos parecen ramilletes de piedras preciosas, las llores exhalan deliciosos olores, y hasta los árboles encierran exquisitos aromas en sus leñosos tejidos: las noches son claras como nuestros días de otoño, y las estrellas son cuatro veces mayores que las nuestras: allí todo es hermoso y rico: el hombre, grosero todavía} sencillo, ignora parte de los males que nosotros hemos inventado, y sin embargo, ¿Creéis que es feliz? No. Hócenle guerras animales sin cuento, asquerosos y feroces: el león ruge cerca de su vivienda, y la serpiente, ese monstruo frío y escurridizo que le causa al hombre más horror que ningún otro enemigo, se acerca deslizándose hasta la cuna de sus hijos. Luego tiene el huracán, horrible convulsión de raía naturaleza robusta, fue sala como un toro furioso, y se lacera como un león herido. Allí el hombre debe huir ó perecer, cuando el viento, los rayos y los torrentes salidos de madre vuelcan y arrastran su cabaña, su campo y sus ganados: cada noche ignora si tendrá patria el día siguiente, porque siendo demasiado hermosa, Dios no se la quiere dejar. Cada año debe buscar otra nueva, porque el espectáculo del hombre dichoso no es agradable al Señor. ¡Dios mío! ¡tal vez tú sufres también y sientes tedio en el seno de tu gloria, puesto que nos haces tanto mal!

¡Pues bien! esos hijos del sol que en nuestros delirios de poeta envidiamos como si fuesen los seres privilegiados del mundo, sin duda se preguntan también unos a otros si hay alguna comarca querida del cielo, que no esté surcada de ardientes lavas, ni barrida de destructores vientos, y que se despierte por la mañana unida, tranquila y sana como la víspera. También

deben preguntarse si colérico Dios ha puesto en todas partes panteras sedientas de sangre, y reptiles asquerosos y horribles. Aquellos hombres sencillos acaso creen que el paraíso está en nuestras templadas latitudes, y en medio de sus sueños ven caer trio y escarcha sobre sus morenas frentes, y oscurecerse su atmósfera de fuego. Nosotros, cuando soñamos, vemos un sol rojo y ardiente, brillantes las llanuras, abrasada la mar, y encendida la arena bajo nuestras plantas. Pedimos el sol meridional para nuestros helados miembros, y los pueblos del mediodía recibirían de rodillas la lluvia sobre sus ardientes pechos. De este modo el hombre sufre y murmura en todas partes: criatura delicada y nerviosa, hízose en vano rey de la creación, cuando no es más que su víctima más desgraciada. Él es el único animal en quien el poder del entendimiento guarde menos proporción con el poder físico. En los seres que él llama animales groseros, domina la fuerza material, y el instinto no es más que el resorte conservador de la existencia animal, cuando en el hombre el instinto desmedidamente desarrollado, quema y atormenta una organización débil y mezquina. Tiene la impotencia del molusco y los apetitos del tigre; la miseria y la necesidad le aprisionan bajo la concha de una tortuga, y en su cerebro despliegan alas de águila la ambición y la inquietud: quisiera tener reunidas las facultades de todas las razas, y no tiene más que la de querer en vano. Rodeado de despojos, las entrañas de la tierra le prestan mármoles y oro; las flores se dejan machacar y sacar los perfumes para su uso; para su adorno dejan caer sus plumas más hermosas las aves del cielo; el somormujo y el eider ceden su felpuda coraza para dar calor a sus miembros indolentes y fríos, y de este modo pertenecen al hombre, la lana, las pieles, las conchas, la seda, las entrañas de este animal, los dientes de aquel, el cuero de aquel otro, la sangre y la vida de todos. La vida del hombre no se alimenta más que con la destrucción, y sin embargo, su duración ¡cuán corta y dolorosa no es! Lo más feo que los poetas y pintores pueden haber inventado en medio de las grotescas fantasías de su imaginación, y lo que con más frecuencia se nos aparece en soñolientas pesadillas, es una danza de cadáveres vivos y de esqueletos de animales descarnados y sangrientos, con monstruosos errores y extraños cambios, como son cabezas de aves en cuerpos de caballo, y en cuerpos de camello cabezas de cocodrilo. Aquello es siempre una mezcla confusa de huesos, una orgía del miedo que presiento carnicerías, gritos de dolor y palabras de amenaza proferidas por animales mutilados. ¿Croeis que los sueños son puro efecto de la casualidad? ¿No pensáis que fuera de las leyes de aso-

ciación y de los hábitos consagrados en el hombre por el derecho y el poder, pueden existir en él remordimientos secretos, vagos é intuitivos, que no ha querido confesar ó declarar ningún orden de ideas conocidas, a pesar de que se declaran por los terrores de la superstición ó el alucinamiento del sueño. Cuando las costumbres, el uso y la creencia han destruido algunas realidades de la vida moral, queda marcado se sello en un rincón del cerebro y resalta cuando duermen las demás facultades inteligentes.

Hay también otras sensaciones íntimas del mismo género; hay recuerdos que parecen ser de otra vida, y criaturas que salen a luz con dolores contráidos al parecer en el sepulcro, pues el hombre sale tal vez del frío del féretro para recobrar el calor de la cuna. ¿Quién sabe? ¿No liemos pasado por la muerte y el caos? ¡Estas terribles imágenes nos siguen en todos nuestros sueños! ¿De dó proviene tan grande simpatía por las existencias pasadas? ¿de dó esos sentimientos y ese amor por unos seres que no han dejado más que un nombre en la historia de los hombres? ¿Será acaso un extravío de la memoria? a veces me parece que he conocido a Shakespeare, que he llorado con Torcuato, y que paseé el cielo y el infierno con Dante Alighieri. Un nombre de los pasados tiempos que me suscita emociones que parecen recuerdos, como el olor de algunas plantas extrañas nos recuerda las tierras que las producen, y nuestra imaginación se pasea por ellas, como si las conociese y como si nuestros pies hubiesen pisado en otro tiempo aquella patria desconocida, que, sin embargo, según creemos, no nos ha visto ni nacer ni morir. ¡Pobres! ¡infelices! ¿qué sabemos nosotros?

— Solo sabemos que no podemos saber, respondió Stenio.

— Pues bien, lo que nos devora es esa impotencia que todo un mundo esclavizado y mutilado puede disimular apenas bajo el esplendor de sus vanos trofeos. Las artes, la industria y la ciencia, lodo el andamio de la civilización, ¿qué son sino el continuo esfuerzo de la debilidad humana en ocultar sus males y cubrir su miseria? Ved si, a despecho de sus profusiones y voluptuosidades, puede valernos el lujo otros nuevos sentidos ó perfeccionar el sistema orgánico del cuerpo humano; ved si el exagerado desarrollo de la razón humana ha cumplido la práctica de tantas leguas y el estudio ha conducido la ciencia allende ciertos límites insuperables, y si la monstruosa excitación del sentimiento ha logrado producir goces completos. Dudo es sobremanera que el progreso habido en sesenta siglos de investiga-

ciones haya hecho soportable la vida del hombre y destruido la necesidad del suicidio para un gran número.

Lelia, yo no he querido probaros que el hombre haya llegado al apogeo de su poder y de su grandeza, al contrario, lo que he dicho es, que, en mi sentir, la raza humana tenía que producir y sepultar muchas generaciones aún antes de llegar a este punto, y que entonces tal vez se mantendrá en él durante algunos siglos, antes también de recaer en el estado de decrepitud en que la Creéis ahora,

— ¿Cómo podéis creer, ó jóven, que sigamos una marcha progresiva, cuando veis en torno nuestro perderse todas las convicciones sin que otras las sucedan, agitarse todas las sociedades en sus mal seguros lazos sin reformarse según la equidad humana, agotarse todas las facultades por el abuso de la vida, caer en el dominio de la discusión y ser juguete de niños todos los principios en otro tiempo sagrados sin que les reemplacen los principios de una nueva fe, como los harapos de los reyes y de los sacerdotes han servido de disfraces al pueblo rey y sacerdote en todo su derecho, sin que los reyes hayan dejado de reinar y de servir el pueblo?

Ya sé que a la raza humana la han fatigado en todos tiempos vanos esfuerzos, pero vale más una época en que prevalezca la tiranía y sufra el esclavo, que no otra en que se duerma la tiranía porque el esclavo se someta.

En otro tiempo, después de las guerras de hombre a hombre, después del trastorno de las sociedades, el mundo, joven aún y vigoroso, se realizaba y reedificaba su edificio bueno ó malo para un nuevo periodo de siglos. Esto no sucederá ya mas, porque no solamente estamos, como vos creéis, al siguiente día de una de esas crisis en que el espíritu humano fatigado se aduerme en el campo de batalla antes dé volver a tomar las armas del libramiento, pues a fuerza de caer y levantarse, de quedarse tendido y reanimarse luego con la esperanza, de ver abrirse y cerrarse sus heridas, de agitar sus cadenas y enronquecerse levantando el grito al cielo, el coloso envejece y se debilita. Ahora vacila como un paredón que va a arruinarse para siempre, y pasadas algunas horas de convulsiva agonía, el viento de la eternidad pasará indiferente sobre un caos de naciones sin freno, reducidas a disputarse los escombros de un mundo gastado que no será suficiente para sus necesidades.



— ¿Creéis que se acerca el juicio final? ¡Ó mi triste Lelia! vuestra alma tenebrosa es la que crea esos inmensos terrores, pues es demasiado grande para mezquinas supersticiones. Pero en todos tiempos se ha preocupado el espíritu del hombre con esas ideas de muerte. Las almas ascéticas se han complacido siempre en esas siniestras conteraplaciónos, y en esas imágenes de cataclismo y de universal desolación. No sois un profeta nuevo, Lelia, pues os precedió Jeremías, y vuestra dantesca poesía no producirá nada tan lúgubre como el Apocalipsis cantado en noches deliciosas por un loco sublime en las rocas de Pathmos.

— ¡Ya lo sé; pero la voz de Juan, el soñador y poeta, fue oída y acogida también, ¡pues espantó al mundo adhiriendo a la fe cristiana por medio del temor un gran número de medianas inteligencias que no habían alcanzado lo sublime de los preceptos evangélicos! Jesús abrió el cielo a los espiritualistas; Juan abrió el infierno, y de él hizo salir la muerte montada en un escuálido caballo, el despotismo de sangrienta espada y la guerra y el hambre cabalgando en el esqueleto de un corcel, para espantar al vulgo que sufría tranquilamente la plaga de la esclavitud, y que se espantó al verlos personificados bajo una forma pagana. Pero ahora los profetas predicán en desierto y no les responde voz al Utma, porque el mundo está lleno de indiferencia, y como sordo se acuesta y cierra los oídos para morir en paz. En vano algunos grupos de impotentes sectarios procuran hacer brillar una chispa de virtud, pues como postrimeros

fastos del poder moral del hombre, sobrenadan un instante en el abismo para sumergirse y agregarse a los otros restos en el fondo de esa mar sin límites en que debe anegarse el mundo.

— ¡Oh! Lelia, ¿por qué desesperáis de esos hombres sublimes que aspiran a resucitar la virtud para nuestra edad de hierro? SI desconfiase de su éxito como desconfiáis vos, me callaría temiendo cometer un crimen.

— Los admiro, respondió Lelia, y quisiera ser el último de ellos. Pero ¿qué alcanzarán esos pastores que llevan una estrella en la frente ante el gran monstruo del Apocalipsis, ante la figura terrible é inmensa que se descubre en el primer término de los cuadros del profeta? Aquella mujer pálida y hermosa en el vicio, aquella gran prostituta de las naciones, cubierta con las riquezas del Oriente y cabalgando en una hidra que vomita torrentes de ponzoña en todas las humanas sendas, es la civilización, es la humanidad

depravada por el lujo y la ciencia, es el torrente de veneno que ahogará toda palabra de virtud y toda esperanza de regeneración.

— ¡Oh! Lelia! exclamó Stenio lleno de superstición, ¿no sois vos ese infeliz y terrible fantasma? ¡Cuántas veces en mis sueños he tenido este temor! ¡Cuántas me habéis aparecido como un tipo del indecible sufrimiento en que el espíritu de investigación arroja al hombre ¡¿No personificáis con vuestra hermosura y vuestra tristeza, con vuestro tedio y vuestro escepticismo el exceso del dolor producido por el abuso del pensamiento? Ese poder moral tan desarrollado por el ejercicio del arte, de la poesía y de la ciencia, ¿no lo habéis entregado y prostituido por decirlo así todas las nuevas impresiones y a todos los nuevos errores. En vez de seguir, fiel y prudente, la sencilla fe de nuestros padres, y la instintiva negligencia que Dios ha concedido al hombre para su reposo y conservación, en lugar de concretaros a una vida silenciosa y sin fausto, os habéis abandonado a la seducción de una filosofía ambiciosa, y arrojado en el torrente ríe la civilización que se engrosaba para destruirlos, y que por haber corrido demasiado ha arruinado los fundamentos del porvenir, no bien cimentados todavía. ¡Solo porque habéis atrasado algunos días la obra de los siglos Creéis haber quebrado el reló de arena de la eternidad! ¡En ese dolor hay mucho orgullo, Lelia! Dios, sin embargo, dejará pasar esta oleada de borrascosos siglos que para él no son más que una gota de agua en el mar; la devoradora hidra morirá de hambre, y de su cadáver, que cubrirá el mundo, saldrá una raza nueva más vigorosa y más paciente que la antigua.

— Veis de muy lejos, Stenio, y por mí personificáis la naturaleza de quien sois hijo virgen todavía. Aún no habéis embotado vuestras facultades y os eréis inmortal porque os veis jóven, como ese valle inculto, que florece orgulloso y bello, sin pensar que en un solo día pueden desgarrar su seno la reja del arado y ese monstruo de cien brazos que llaman Industria: crecéis confiado y presuntuoso, sin prever que la vida adelanta y va a sepultaros bajo el peso de sus errores, seduciéndoos con el halago de sus promesas. ¡Esperad, dejad que pasen algunos años, y diréis lo mismo que nosotros: ¡Todo pasa!

— ¡No, no pasa todo! respondió Stenio. Mirad ese sol y esta tierra y ese hermoso cielo y estas verdes colinas y hasta esos mismos hielos, frágiles edificios del invierno que hace siglos resisten a los rayos del estío. Pues del mismo Modo prevalecerá el débil poderío del hombre. ¿Qué importa la caí-

da de algunas generaciones? ¿Por tan poco lloráis, Lelia? ¿Creéis posible que muera una idea siquiera en el universo? ¿Esta herencia perdurable se hallará intacta entre el polvo de nuestras razas aniquiladas, como las inspiraciones del arte y los descubrimientos de la ciencia salen vivos cada día de entre las cenizas de Pompeya y de los sepulcros de Menfis? ¡Ved ahí una prueba grande y poderosa de la inmortalidad intelectual! Habíanse perdido profundos misterios en la noche de los tiempos, el mundo había olvidado su edad, y creyéndose joven todavía, espantábase de hallarse ya tan viejo y decía como vos, Lelia: — Ya loco a mi fin porque me voy debilitando, y sin embargo, ¡qué pocos días hace que nací! ¡Cuán pocos me quedan hasta la muerte, cuando tan breves han sido los que me han bastado para la vida! Pero desenterráronse un día cadáveres humanos del seno del Egipto; ¡del Egipto que había tenido su edad de civilización y que acaba de pasar otra de barbarie! ¡del Egipto en donde vuelve a brillar la antigua luz perdida largo tiempo había, y que rejuvenecida después del reposo vendrá tal vez a colocarse sobre el candelabro de la nuestra! ¡del Egipto, viva imagen de aquellas momias que dormían bajo el polvo de los siglos, y que despiertan a la grande luz de la ciencia para revelar al mundo nuevo la edad del antiguo mundo! Decid, Lelia, ¿no es esto solemne y terrible? En el fondo de las desecadas entrañas de un cadáver humano, descubren los curiosos ojos de nuestro siglo el papiro, sagrado y misterioso monumento del eterno poder del hombre, testimonio sombrío, pero incontestable, de la duración imponente de la creación. Nuestra mano ávida desarrolla aquellas listas embalsamadas, débiles ó indisolubles telas que burlaron y se resistieron a la destrucción. Aquellas mortajas que envolvían el cadáver de un hombre, aquellos manuscritos que reposaban entre descarnados huesos en el lugar que ocupaba un alma, son el pensamiento humano anunciado por la ciencia de los signos, y transmitido con el auxilio de un arte perdido para nosotros y hallado otra vez en las sepulturas del oriente, y son en fin el arte de disputar los despojos de los muertos a los daños de la corrupción, que es la potencia mayor del universo. ¡Oh Lelia! ¡negad ahora la juventud del mundo, viéndole pararse ignorante y sencillo ante las lecciones de los pasados tiempos, y empezar a vivir sobre las olvidadas ruinas de un mundo desconocido!

— Saber no es poder, respondió Lelia, ni volver a una tarea es adelantarla, ni ver es vivir. ¿Quién nos volverá de poder de obrar, y sobre todo el arte de gozar y de conservar? Para retroceder hemos avanzado demasiado: lo que fue el reposo de las civilizaciones eclipsadas será la muerte de nuestra

extenuada civilización, y las naciones rejuvenecidas del oriente vendrán a embriagarse con el veneno que hemos derramado sobre nuestro suelo. Bebedores audaces, prolongarán acaso algunas horas la orgia del lujo, en la noche de los tiempos, los hombres de la barbarie; pero la ponzoña que nosotros les legaremos les será mortal muy luego, como lo es para nosotros, y lodo volverá a las tinieblas. ¿Novéis, Stenio, que el sol huye de nosotros? Fatigada de andar la tierra ¿no se inclina manifiestamente a las sombras y al caos? ¿Tan jóven y ardiendo es vuestra sangre, que no siente la impresión del frío que se extiende como una capa de lodo sobre este planeta abandonado al destino, dios omnipotente sobre todos los dioses? ¡El frío! ¡Este penetrante mal clava aceradas agujas en todos los poros, ese maldito hálito marchita las flores y las abrasa como el fuego, ese mal moral y físico a la vez invade el alma y el cuerpo, penetrando hasta lo más profundo del pensamiento, y así paraliza el espíritu como la sangre! ¡El frío! ¡ese demonio siniestro barre el universo con sus húmedas alas, y sopla la muerte sobre las naciones consternadas! ¡El frío lo empaña lodo, desplegando su ceniciento y nebuloso velo sobre los ricos colores del cielo, sobre los reflejos del agua, los cálices de las flores y las mejillas de las vírgenes! ¡El frío echa su alba mortaja sobre los prados y los lagos, y hasta sobre el vellón y el plumaje de los animales! ¡El frío lo deja todo descolocó en el mundo material como en el intelectual, así la piel de la liebre y del oso en las márgenes del Arcángel cogió los placeres del hombre y el carácter de sus costumbres bu lodos los países que tienen invierno! Ya veis que todo te civiliza, es decir, que todo se enfría. Las naciones de la una tórrida empiezan a alargar una mano tímida y recelosa a los lazos de nuestra industria, y los tigres y leones mansuefactos vienen de los desiertos para servir de diversión A los pueblos del norte. Animales que entre nosotros no se habían podido aclimatar jamás, dejan sin morir su sol menos ardiente ya, para vivir en la domesticidad, y olvidan el áspero y terrible penar que les mataba en la servidumbre. Esto proviene de que en todas partes la sangre se empobrece y congela a medida que el instinto crece y se desarrolla. El alma se exalta y deja la tierra insuficiente a sus necesidades para robar al cielo el fuego de Prometeo; pero perdida entre tinieblas, detiénese en medio de su vuelo y cae, porque viendo Dios su audacia alarga la mano y la quita el sol.

## XXX.

### LA SOLEDAD.

Ya lo ves, Tremmor, el niño me ha obedecido y dejado sola por fin en el desierto valle. Aquí estoy bien, porque la estación es buena; una quesera abandonada me sirve de albergue, cada mañana me traen leche de cabra los pastores del valle vecino, y con la leche tortas cocidas al aire libre con la leña de los árboles del bosque. Esto, un lecho de hojas secas, una capa para la noche y alguna ropa más, es lo suficiente para pasar una semana ó dos sin sufrir mucho en la vida material.

Las primeras horas que he pasado de este modo me han parecido las más hermosas de mi vida. a vos puedo decíroslo todo; ¿no es verdad, Tremmor?

Á medida que Stenio se alejaba, sentía aliviarse mis hombros del peso de la vida. Primero, su dolor al separarse de mí, su repugnancia en dejarme en este desierto, su terror, su sumisión, sus lágrimas sin querellas, y sus caricias sin amargura me hacían arrepentir de mi resolución. Cuando hubo bajado la primera vertiente del Monteverdor quise llamarle porque me afligía sobre manera su abatimiento, y luego, como vos sabéis, amolé en el fondo de mi alma, porque no han muerto en mis los afectos puros, santos y verdaderos, Tremmor, puesto que os amo a vos también. No como a él, es verdad, puesto que no tengo por vos aquella tímida solicitud casi pueril que tengo por él desde que sufre. Vos, ¡como nunca sufrís no debéis ser amado de esta manera!

Rícele señas para que volviese; pero estaba ya demasiado lejos y creyó que le daba un postrer adiós, al cual contestó y prosiguió su camino. Entonces lloré, porque conocí el pesar que le habia dado al separarle de mí, y para aliviarle, regué a Dios que le enviase como de costumbre la santa poesía que hace precioso el dolor y bienhechoras las lágrimas.

Luego le contemplé largo tiempo como un punto no perdido en las honduras del valle, ya oculto detrás de un cerro, ya dentro de un bosquecillo, de donde salía luego por encima de una catarata ó por la ladera de una barran-

ca. Viéndole andar-lenta y melancólicamente, dejaba ya de sufrir lauto por él, porque pensaba: Ahora ya admira la espuma de los torrentes y la verdura de los montes, ya invoca a Dios, ya me coloca en las nubes, ya temple la lira de su ingenio, ya da forma a su dolor, y a la par que dilata su desarrollo disminuye su intensidad.

¿Por qué quisierais que me alarmase el destino de Stenio? Hacerme responsable de él y pronosticarme su horror, es un rigor injusto. Stenio es menos infeliz de lo que él dice y cree. ¡Oh! ¡con cuánto placer trocaría yo mi existencia por la suya! ¿Cuántas riquezas tiene que yo ya no tengo? ¿Cuán joven no es y cuán grande? ¿Cómo cree en ¡a vida?

Cuando más se queja de mí entonces es más feliz, porque Reconsidera como una excepción monstruosa, y cuanto más repele y combate mis sentimientos, tanto más cree en los suyos y se adhiere a ellos y tiene fe en sí mismo.

¡Oh! ¡creer en si! ¡sublime é imbécil fatuidad de la juventud! ¡arreglarse por sí mismo el porvenir y soñar con el deslino que se quiere, echar una mirada de soberbio desprecio sobre los viajeros fatigados y perezosos que llenan el camino y creer que se va a volar hasta el término, fuerte y rápido como el pensamiento, sin perder nunca e aliento y sin caer jamás en el viaje! ¡No saber ó saber tan poco que se confunde el deseo con la voluntad! ¡Ó insolente dicha y necedad! ¡Ó fanfarronada y sencillez!

Cuando se hizo imperceptible por la lejanía, busqué ni, pena y no la hallé: sentirme como aliviada de un remordimiento y me eché sobre el césped, donde me dormí como un preso a quien quitan cadenas y grillos, y que por primer usa de su libertad escoge el reposo.

Bajé luego del Monteverdor por la parte del desierto, y puse la cima del monto entre Stenio y yo, entre el hombre y la soledad, entre el amor y la meditación.

Cuanto me habéis dicho sobre la encantadora calina que se os reveló después de las borrascas de vuestra vida, lo lie sentido en fin al verme sola, absolutamente sola entre la tierra y el cielo. En esta inmensidad no vi ni una figura humana, ni un ser viviente por los aires ni en las montañas. Parece que esta soledad se hacía austera y bella para recibirme a mí; no se sentía ni un soplo del aire, ni el vuelo de un pájaro en el espacio. El ruido que yo

hacía me hizo miedo, y cada yerba que movía al andar parecíame que sufría y so quejaba. Yo interrumpía la calma é insultaba al silencio. Paróme, cruzó los brazos sobre el pecho y detuve la respiración.

¡Oh! ¡si esto fuese la muerte, si la muerte no fuese más que la calma, la contemplación, el reposo y el silencio! ¡si todas las facultades que tenemos para gozar y sufrir se paralizasen, si solo nos quedase una débil conciencia, una intuición imperceptible de nuestra nada! ¡si pudiese aún sentarse de este modo en medio de un aire inmóvil ante un paisaje vacío y triste, y saber que si se ha sufrido no se sufrirá ya más, y que se descansa ya bajo la protección del Señor; ¿Pero cuál será la otra vida? Yo no había hallado aún forma ninguna bajo la cual pudiese desearla, pues hasta entonces bajo todos aspectos me habia dado lástima ó miedo. ¿Do qué proviene sin embargo de que ni un dia siquiera he cesado de codiciarla? ¿Qué deseo es ese desconocido y ardiente que no tiene objeto manifiesto y que devora como una pasión? El corazón del hombre es un abismo de sufrimientos, cuya profundidad no se ha podido ni se podrá sondear jamás.

Allí me mantuve mientras el sol dominó el horizonte, y todo aquel tiempo estuve bien; pero cuando no quedaron ya más que reflejos, esparcióse por la naturaleza una inquietud que se acrecía por grados. Sopló el viento y las estrellas pareció que luchasen con los agitados nubarrones. Las aves de rapiña alzaron sus grandes gritos y su vuelo al cielo buscando un lugar de descanso para la noche, y adornen dudas por la angustia y por el miedo. Parecían esclavas de la necesidad, de la debilidad y del hábito, como si hubiesen sido hombres.

Esta emoción se revelaba hasta en las cosas más pequeñas medida que se adelantaba la noche. Las pintadas mariposas que duermen al sol en las grandes yerbas se echaron a volar pura ir a esconderse en esos misteriosos retiros en donde ya no se las encuentra más. La verde rana de los pantanos y el grillo de metálicas alas comenzaron a sembrar en el aire notas tristes é incompletas que produjeron en mis nervios una especie de irritación penosa. Las plantas parecían estremecerse al húmedo soplo de la noche, cerraban sus hojas, encrespaban sus antheras y escondían sus pétalos en el fondo de los cálices. Otras, amorosas a la hora de la brisa que se encarga de sus mensajes y de sus brazos se entreabrían coquetas, palpitantes y cálidas al tacto de pechos humanos, de suerte que todas se preparaban Pura dormir ó para amar.

Sentí que me quedaba sola, porque cuando ludo parecía

inanimado podía identificarme con el desierto y hacer parte de él como una piedra ó un matorral más; pero cuando oí que ludo recobraba vida y lodo se inquietaba por el día de mañana, manifestando sentimientos de deseo ó de cuidado, me indigné de no tener una voluntad, una necesidad ó un miedo. Salió la luna y era hermosa: las plantas de las colinas daban reflejos transparentes como esmeraldas; ¿pero ¿qué me importaba a mí la luna y su magia nocturna? Yo nada esperaba de una hora más ó menos de su curso, y ni pesar ni esperanza alguna podía causarme el vuelo de aquellas horas en que se interesaba toda la creación. Para minada había en el desierto, nada entre los hombres, nada en la noche, nada en la vida. Me retiré a mi cabaña y procuré dormirme, más por tedio que por necesidad.

El sueño es una cosa apacible y bella para los niños que no sueñan más que con hadas y paraísos, y para las avecillas que se estrechan para estar mejor y más calientes bajo el plumaje de su madre; pero para nosotros que hemos llegado a una extensión superior a nuestras facultades, el sueño ha perdido sus castos placeres y su profunda blandura. Arreglada como está la vida, nos quita lo que tiene de ¡unas precioso la noche, que es el olvido de los días. No hablo de vos, Tremmor, que siguiendo la sagrada frase, vivís en el mundo como si no estuviéseis en él; pero yo en el curso de mi vida desarreglada y sin freno he hecho lo mismo que los demás, abandonando al soberbio desprecio del alma las imperiosas necesidades del cuerpo, desconociendo los dones de la existencia y los beneficios de la naturaleza, engañando el hambre con alimentos sabrosos y excitantes, y el sueño con una agnación sin objeto ó con trabajos sin provecho. Unas veces a la luz de una lámpara busqué en los libros la clave de los grandes enigmas de la vida humana, otras lanzándome al torbellino del siglo y pasando por entre la muchedumbre con el corazón triste, y echando una mirada sombría sobre todos esos elementos de disgusto y de saciedad, procuraba sorprender en el aire perfumado de las

nocturnas fiestas un sonido ó un soplo que me valiesen una emoción, y otras paseando por el campo frío y silencioso iba a interrogar a las estrellas que se bañan en la niebla y medir en medio de un doloroso éxtasis la insuperable distancia que hay desde la tierra al cielo.



¡Con cuánta frecuencia me sorprendió la luz del día en un palacio lleno de armonía, ó en prados humedecidos con el recio de la mañana, ó en el silencio de una austera celdilla, olvidando la ley de reposo que imponen las tinieblas a todos los mortales, ley que no tiene fuerza para los seres civilizados ¡¡Qué sobrehumana exaltación sostenía mi espíritu para perseguir quimeras, mientras débil y quebrantado mi cuerpo reclamaba el sueño sin que yo me dignase notar sus exigencias! Ya os lo he dicho: el espiritualismo enseñado a las naciones, primero como una fe religiosa, y luego como una ley eclesiástica, ha acabado por pasar a las costumbres, hábitos y gustos. Domadas todas las necesidades físicas, se han querido poetizar los apetitos lo mismo que los sentimientos, y el placer ha desertado de los lechos do césped para sentarse en ricos sitios de terciopelo junto a mesas llenas de oro. La vida elegante, enervando los órganos y sobreexcitando los espíritus, ha cerrado las casas de los ricos a los rayos del sol, y ha alumbrado candelabros para darles luz cuando despiertan, pasando el uso de la vida a las taras que la naturaleza señala para su abdicación. ¿Cómo se ha de resistir a ese febril y mortal empeño? ¿Cómo correr en esta senda cansada, sin rendirse antes de llegar a la wilad del camino? Por esto soy ya vieja como si tuviese mil irnos. Mi celebrada belleza no es más que una falsa y engañadora careta, tras la cual se ocultan el cansancio final y la agonía. En la edad aún de las pasiones enérgicas, ya no tengo ni pasiones ni deseos, a no ser el de acabar con la fatiga, y reposar tendidos en una huesa.

El sueño se ha perdido para mí, porque en verdad ya no sé qué cosa es, ni sé tampoco como llaman al pesado y doloroso entorpecimiento que pesa sobre mi cerebro, y le llena de visiones y de sufrimientos durante algunas horas de la noche. Pero el sueño de mi infancia, el dulce y buen sueldo, puro, fresco y bienhechor, que un ángel parecía proteger con sus alas, mientras una madre lo mecía cantando, aquella calma reparadora de la doble existencia del hombre aquel muelle calor derramado por todos los músculos, aquella pacífica y regular respiración, aquel velo de oro y de azur tirado sobre los ojos, y aquel soplo aéreo que el hálito de la noche hace correr por los cabellos y en torno del cándido cuello fue un niño, perdí lo para siempre y no lo hallaré ya más. Sobre mi alma primada de guía pesa una especie de delirio amargo y sombrío: mi pecho ardiente se subleva con esfuerzo sin poder aspirarlos sutiles perfumes de la noche, porque la noche no tiene ya para mí más que una atmósfera avara y desecadora. Tampoco tienen mis sueños aquel desorden amable y gracioso que reasumía toda una vida de en-

cantos en algunas horas de ilusión; tienen, sí, un espantoso carácter de verdad, y ven pasar de continuo los espectros de todas mis decepciones más lamentables y horribles cada noche. Cada fantasma, cada monstruo evocado por las pesadillas, es una alegoría clara y sorprendente que contesta a algún sufrimiento secreto y profundo de mi alma. Veo huir las sombras de los amigos a quienes dejo de amar, oigo los gritos de alarma de los que mueren y cuya alma yerra en las tinieblas de la otra vida, y luego desciendo yo misma pálida y desolada a los abismos de aquella sima sin fondo que se llama Eternidad, cuya boca veo siempre abierta al pie de mi cama como un sepulcro destapado. Sueño que bajo sus escalones poco a poco, buscando con avidez un débil rayo de esperanza en aquellas profundidades sin límites, sin hallar por lumbrera en mi camino más que las ráfagas de una luz infernal, roja y siniestra, que me quema los ojos hasta el fondo del cráneo y extravía más y mas.

Tales son mis sueños: la razón humana debatiendo siempre con el dolor y la impotencia.

Cornejante sueño abrevia la vicia en vez de prolongarla, pues consume una enorme energía; A más de que el trabajo del pensamiento, más desordenado y fantástico cuando so sueña, es por lo mismo más violento y más fuerte. Las sensaciones se tienen entonces por sorpresa, ásperas, terribles y desgarradoras, como no lo fueran más siendo reales. Deducidlo, Tremmor, de la impresión que os queda de la representación dramática de alguna pasión fuertemente expresada. Durante el sueño, el alma asiste a los más terribles espectáculos, y no puede distinguir la ilusión de la verdad. El cuerpo brinca, se tuerce y palpita bajo espantosas emociones de terror y de sufrimiento, sin que el espíritu sepa ni conozca su error para tener fuerza y llegar al fin como sucede en el teatro. Despertémonos bañados de sudor y de lágrimas, con estupor en el alma consternada y fatigada para todo el día por el ejercicio inútil que acabamos de hacer.

Sueños hay que son más penosos todavía, y son aquellos en que uno se cree condenado a una extravagante lacra o de algún trabajo imposible, como tener que contar las hojas de los árboles de una selva, deber correr rápido y ligero ¡como el aire, ó atravesar tan pronto como el pensamiento ¡montes y mares para alcanzar una imagen fugitiva é incierta que nos va siempre adelante, atrayéndonos siempre. Y mudando continuamente de aspecto. ¿No os sucedía esto, Tremmor, cuando teníais ilusiones y sueños?

¡Oh ¡y con ¡cuánta frecuencia vuelve el fantasma y cómo me llama y convida ¡A veces lo hace bajo la forma delicada y pálida de una virgen que fue compañera y hermana mía en la mañana oscura de mi vida, y que más feliz que yo murió en la flor de juventud. Invítame a que la siga a la mansión del reposo y de la calma; pero procuro seguirla, y como substancia corpórea que el viento se lleva, huye de mí, me abandona y aparece en las nubes. Yo sin embargo corro y no ceso de correr, porque he visto salir de las orillas de una mar penosa otro espectro que he lomado por el primero, y voy en pos de él con el mismo ardor. Pero cuando se vuelve, aparéceme algún horroroso objeto, ya un demonio burlón, ya un cadáver sangriento, ya una tentación, ya un remordimiento. No por esto dejo de correr, porque fascinada por un fatal encanto me arrastra aquel proleto que jamás se para, pues Aunque a veces parece sumergirse en la roja mar del horizonte, sale de improviso del suelo debajo de mis pies para tomar otro camino.

¡Ay de mí! ¡Cuántos mundos he recorrido en estos viajes del alma! He atravesado las blanquizas estepas de las regiones glaciales, he dirigido mi vista por las perfumadas sábanas sobre las cuales se levanta blanca y bella la luna; he volado a flor de agua con las alas del sueño por mares tan vastos que espantan al pensamiento; he sido más ligera que los barcos más veleros y losillas voladores vencejos; en el espacio de una hora he visto salir el sol de las aguas de la Grecia, y ponerse detrás de las azules montañas del Nuevo-Mundo; he tenido bajo mis pies pueblos é imperios; he contemplado de cerca la roja faz de los astros errátiles en las soledades del aire y en las llanuras del cielo, y visto también oí espantado rostro de las sombras que dispersa un soplo de la noche. ¿Cuántos tesoros de la imaginación y cuántas riquezas de la naturaleza no he gastado en esas vanas alucinaciones del sueño? ¿Y de qué me ha servido tanto viajar? ¿He hallado algo por ventura parecido a mis fantásticas visiones? ¡Oh! ¡Cuán pobre me ha parecido la naturaleza, cuán opaco el cielo y angosta la mar en comparación de los cielos, de las tierras y de los mares que he atravesado yo en mi vuelo inmaterial! ¿Qué bellezas le quedan a la vida real para encantarnos, y qué poder alcanzan para gozar y admirar, cuando la imaginación lo ha gastado todo de antemano por un abuso de fuerza?

Estos sueños, sin embargo, eran la imagen de la vida, pues me la enseñaban oscurecida por el vivísimo brillo de una luz sobrenatural, como los hechos del porvenir y la historia del mundo son escritos sombríos en las

sagradas poesías tío los profetas. Arrastrada en pos de una sombra A través de escollos, desiertos, encantamientos y abismos de la vida. todo lo he visto sin poderme parar en parto alguna. Yo lo he admirado lodo de paso sin poder gozar de nada, y he afrontado todo género de peligros sin sucumbir a ninguno, protegida siempre por ese poder fatal que me arrebató en un torbellino, y me separa del universo que pone bajo mis pies.

Estos son los sueños que tenemos.

Empleamos los días en el descanso de las noches, y sumidos en una especie de aniquilamiento, las horas, que lo son de actividad para toda la creación, nos hallan negligentes y sin vida, ocupados en esperar la tarde, para despertarnos, y la noche para gastar en sueños vanos la poca fuerza reunida durante el día. a este paso va mi vida hace ya muchos años. Toda la energía de mí alma se consume y malogra ejerciéndose en ella misma, y todo su efecto exterior consiste en debilitar y destruir el cuerpo.

No creáis que haya gozado mayor calma en mi lecho de hojas secas que en mi cama de seda; no la sola diferencia está en que no he oído las horas que resuenan desde los campanarios, y en que puedo pensar que en este insomnio y mal sueño he pasado una sola hora en vez de una noche entera. Según mi modo de ver, en los lugares habitados hay una gran miseria, que consiste en saber siempre a que hora se está de la vida. En vano se quisiera evitar esto, pues de a lo advierte cuanto nos rodea por el modo de emplear el, tiempo, y do noche, en medio del silencio, cuando todo duerme y parece que el olvido pesa sobre todas las existencias, el sonido melancólico de los relojes cuenta sin piedad los pasos que damos hacia la eternidad y el número de instantes que lo pasado roba para no devolver más. ¡Cuán graves y solemnes son esas voces del tiempo que resuenan como un grito do muerte y se estrellan en las sonoras paredes de la ignorada de los vivos, y en las tumbas sin eco del cementerio! ¡Cómo sorprenden al hombre y le hacen palpar de cólera y de espanto en su ardiente lecho! ¡otra más! me he dicho yo cien veces, ¡otra parte de mi existencia que se fue! ¡otro rayo de esperanza que so apagó! ¡Horas y liaras perdidas quo caen en el abismo de lo pasado, sin que llegue aquella en que yo me sienta vivir!

Ayer pasé el día en un profundo abatimiento: en nada pensé, y creo que lo pasé lodo en reposo sin advertir que reposaba. ¿Entonces de qué me sirvió?

Por la noche resolví no dormir y emplear la fuerza que recobra mi alma para los sueños, en perseguir una idea como solía en otro tiempo; pero lo hace ya muy largo que no lucho ni con la vigilia ni con el sueño. Esta noche no he querido luchar, y puesto que la materia no puede extinguir el espíritu en mí, hacer que a lo menos dominase el espíritu a la materia. ¡Pues bien, no he podido alcanzarlo! Estrellada por entrambos, he pasado la noche sentada en una roca, teniendo a mis pies una nevera que la luna hacia brillar como uno de los palacios de diamantes de los cuentos árabes, y sobre mi cabeza un cielo puro y trio donde lis estrellas brillaban grandes y blancas como las de plata que se ven en los negros paños de los féretros.

¡Este desierto es en verdad hermoso, y Stenio, el poeta, hubiera pasado aquí una noche de éxtasis y de fiebre lírica! ¡Pero yo, infeliz de mi! no he sentido en mi cerebro más que indignación y murmurio, porque aquel silencio de muerte pesaba sobre mi espíritu y le ofendía. Preguntábante: ¿de qué sirve un alma curiosa, ávida, inquieta ó incapaz de permanecer en la tierra, para ir a llamar a un cielo de bronce que ni siquiera se entreabre a sus ojos ni le responde jamás con una palabra de esperanza. Si, y entonces he detestado esta naturaleza radiante y magnífica, porque se erguía allí delante de mis ojos, como una beldad estúpida que se mantiene muda y orgulloso en presencia de los hambres, y creo haber hecho bastante con dejarse ver. Luego be vuelto a este desalentador pensamiento — SI supiese seria aún más digna de compasión porque no pudiera, y en vez de parar en una filosófica negligencia he caído en el tedio de esa nada a que se adhiero mi existencia.

## XXXI.

Ya lie salido del desierto, Tremmor, y vuelvo al azar en busca de movimiento y de ruido al lado de los hombres; pero no sé a donde iré, Stenio se ha

resignado a vivir un mes lejos de mí, y nada le importa que este mes lo pase yo aquí ó en otra parte. Ahora lo que quiero saber es, si estoy mejor ¿peor con un afecto ó sin él, porque cuando empezó a amar a Stenio creí que este sentimiento me llevaría más lejos de donde me ha dejado. ¡Dábame tanto orgullo el confiar en un resto de juventud y de amor ¡Pero todo esto ha vuelto a caer en la duda, y ya no sé ni lo que siento ni lo estoy! Busqué la soledad para recogerme y examinarme, porque abandonar la vida sin remos ni timón en este mar muerto y monótono, es zozobrar de la manera más triste: además la tempestad, vale más un rayo que hiere y deja sentir como se muere.

Pero para mí la soledad está en todas partes, y es locura buscarla en un desierto más bien qué en otro cualquiera lugar, no hay más sino que en el desierto es más silenciosa y quieta. ¡Más esto me mata! Pienso haber descubierto que lo que me sostiene en esta vida de desencantos y de fatiga: lo que me sostiene es el sufrimiento que excita, reanimé é irrita los nervios, ¡hace verter sangre al corazón, y bravia la agonía, es la convulsión violenta y terrible que nos levanta del suelo, y nos da fuerza de dirigirnos al cielo Para maldecir y gritar. Morir en un letargo no es vivir ni morir; puesto que se pierden todas las ventajas y se ignoran todos los deleites de la muerte.

Aquí se adormecen todas las facultades. Para un cuerpo enfermo en que el alma se mantuviese vigorosa y jóven, este aire vivo, la vida agreste, la ausencia de sensaciones violentas, las largas horas de reposo y tan frugales costumbres serían otros tantos beneficios; pero para mí no, porque mi alma es ia que me debilita el cuerpo, y este debe enflaquecer mientras aquella sufra, sean cuales fueren las saludables influencias del aire y del régimen animal. A más de que ahora me cansa ya la soledad, pues, por más que parezca extraño, yo que tanto la amé ya no la amo. ¡Oh! ¡Tremor, esto es espantoso!

Cuando toda la tierra me faltaba, refugiábame en el seno de Dios é iba a invocarle en el silencio de los campos, complaciéndome en pasar allí días y meses enteros, absorta en el pensamiento de un porvenir mejor; pero ahora estoy tan cansada que ya ni la esperanza me sostiene. ¡Si creo aún í es porque deseo; pero el porvenir es muy lejano y esta vida no se acaba! ¿Será acaso imposible adherirse a ella y en ella complacerse"? ¿Estará perdido todo sin remisión? Días hay en que lo creo, y a fe que no son los más crueles, porque en tales días estoy anonadada. La desesperación ca' recode

aguijón, y la nada no tiene remordimiento; pero ¡los días en que se despierta en mí una velocidad desistencia al tibio soplo del aire ó a la luz de un puro rayo matutino, soy el más infeliz de todos los seres, pues me roen el miedo, la ansiedad y la duda. ¿Á dónde he de huir entonces? ¿en dónde refugiarme? ¿Cómo salir de ese mármol que según la hermosa expresión del poeta me sube hasta te rodillas y me tiene encadenada como el sepulcro detiene a los muertos?

Pues bien, ¡suframos! Vale más esto que dormir, porque en este desierto pacífico y mudo, el sufrimiento embota y se empobrece el corazón. Dios y nada más que Dios, ¿esto demasiado ó demasiado poco? En la agitación de la vida social no es suficiente recompensa ni consuelo a nuestro alcance, y en el aislamiento es un pensamiento sobrado inmenso, porque confunde, espanta y origina la duda, se introduce en el alma del que piensa, y la fe desciende al alma del que sufre.

Luego yo estaba ya habituada a mi sufrimiento, que era mi vida y mi compañía; era más, era mi hermano, cruel, implacable y desapiadado, pero orgulloso y asiduo, y acompañábanle siempre la estoica resolución y los austeros consejos.

Vuelve, vuelve mi dolor, y dime ¿porque me abandonaste? SI no puedo tener más amigo que a ti, a lo menos no quiero perderte. ¿No eres tú mi herencia y mi lote? Solo por ti es grande el hombre, el cual, si pudiese ser feliz en este mundo de un día y pudiese mirar con ojos serenos, tranquila la frente, la fealdad del género humano que le rodea, se confundiría con esa misma muchedumbre cobarde y estúpida que se embriaga en el crimen y se duerme en el fango. ¡Tú, dolor sublime, eres quien nos recuerda el sentimiento de nuestra dignidad, haciéndonos llorar el extravío de los hombres ¡Tú el que nos segrega y coloca, como a ovejas del desierto, bajo la mano del pastor celeste que nos mira y compadece, ¡esperando tal vez que nos consuele!

El hombre que no ha sufrido es nada. Es un ser incúmpelo, una fuerza inútil, una materia bruta y sin valor que el cincel del artífice romperá tal vez cuando pretenda darle forma. Foresto le estimo a Stenio menos que a tí, Tremmor, a pesar de que él no tiene vicio alguno y de que tú los hayas tenido casi lodos, porque, robusto acero, has recibido de Dios buen templo

en ardiente fragua, y después de haberte retorcido de mil modos, ha hecho de tí un me sólido y precioso.

Pero yo ¿qué seré? ¡Pudiese al menos elevarme del mismo vuelo que tú y hacerme superior a todos los bienes y males de la tierra!

## XXXII.

Lelia bajó de la montaña, y con algún oro que derramó por el camino, salvó muy luego los fronteros valles. Pocos días después de haber dormido sobre los matorrales del Monteverdor, ostentaba el lujo de una reina en una de esas hermosas poblaciones de la llanura que rivalizan por la opulencia unas con otras, y que ven florecer aún las arles sobre el suelo de do salieron.

Así como Tremmor se habia rejuvenecido y alcanzado fuerza en el presidio, Lelia esperó renacer a fuerza de valor, en medio de aquel mundo que detestaba, y de aquellos goces que la horrorizaban. Resolvió vencerse, domar la rebeldía de su espíritu salvaje, echarse en el rio de la vida, men- guarse por algún tiempo, y aturdirse a fin de ver de cerca esa cloaca de la sociedad, y reconciliarse consigo misma por la comparación.

Lelia no tenía afecto a la raza humana, a pesar de que sufría los mismos males y reasumía en si todos los dolores de la tierra, porque esta raza ciega y sorda siente su desgracie y abatimiento sin tomar de ello cuenta: unos hipócritas y vanidosos, ocultan las heridas de sus pechos y el agotamiento de su sangre bajo el brillo de una vana poesía, avergüénzanse de verse tan pobres y viejos en medio de una generación cuya vejez y pobreza no Rabian visto por todas parles, y para hacerse jóvenes como los que ellos creen tales, mienten y embrollan todas sus ideas, niegan todo género de sentimientos, y Aunque decrépitos desde el vientre de sus madres, hacen alarde de sencillez y de inocencia. Otros menos descarados se dejan llevar por la corriente del



siglo, y débiles y lentos, siguen al mundo sin saber porque y sin preguntarse dónde está la causa y en donde el fin.

Naturaleza es muy mediocre para que les dé cuidado su tedio y agóstense resignados por ser pequeños y débiles en do masía. Tampoco miran si pueden hallar remedio en la virtud ó en el vicio, porque a entrambos se ven igualmente inferiores. Sin fe y sin ateísmo, ilustrados cuando más para no gozar los beneficios de la ignorancia, é ignorantes hasta el punto de quererlo someter todo a sistemas estrictamente rigurosos, pueden acreditar de que hechos se componéis historia material del mundo, sin haber querido estudiar jamás el mundo moral ni leer la historia en el corazón del hombre, obstruidos por la imbécil inflexibilidad de sus prevenciones. Estos son los hombres del día, que razonan sobre los siglos pasados y futuros, sin ver que sus genios se han amoldado todos en el mismo molde, y que reunidos en masa hubieran podido sentarse aún en los bancos de la Husma escuela y someterse a la ley de un mismo pedante.

Algunos, y estos son los menos, Aunque representan un poder social, han atravesado la emponzoñada atmósfera de los tiempos sin perder el primitivo vigor de su especie, tatos son hombres que forman excepción comparados con la muchedumbre, pero entre sí se semejan todos. La ambición, único resorte de una época sin creencias, aniquila la viril y característica nobleza a cada cual concedida, para confundirlos a todos en un tipo de hermosura grosera y sin prestigio. Bien son los hombres de hierro de la edad media, hombres de fuertes pensamientos, de robusto brazo y sedientos de gloria y de sangre como si tuviesen por apellido el nombre de Armagnac ó de Borgoña; pero a estas vigorosas organizaciones que la naturaleza produce aún de vez en cuando, las falta la savia del heroísmo. Todo cuanto lo producía y alimentaba ha muerto ya, pues fallan el amor, la fraternidad de armas, el odio, el orgullo de la familia, el fanatismo y todas las pasiones personales que dan '(densidad a los caracteres y fisonomía a las acciones. Esos biliosos corazones no tienen ya por móvil masque las ilusiones de la juventud destruidas de un día a otro, y la ambición viril, terca, sórdida y deplorable hija de la civilización.

Lelia, triste existencia agostada por el sentimiento de su degradación intelectual, y única tal vez atenta para probarla y franca para confesarla, recorrería la senda de la vida sin pedir amor al mundo ni lástima tampoco, llorando sus apagadas pasiones y sus ilusiones perdidas. Sabía muy bien que esos

hombres, a pesar de su agitación pobre y mezquina, no alcanzaban más vigor sin más vida que ella, pero también sabía que tenían la desvergüenza de negarlo ó la estupidez de no conocerlo; por esto asistía a la agonía de esta raza como el profeta sentado en la montaña lloraba sobre Jerusalén, ciudad opulenta, vieja y desordenada, tendida a sus pies.

### **XXXIII.**

#### **EN LA VILLA BAMBUCCI.**

El más rico de entre los principios del estado daba un festín, y Lelia asistió resplandeciente de riqueza, Aunque triste bajo el brillo de sus diamantes, y menos feliz que la última de las ricas hidalgas que se cantoneaban con orgullo bajo el fausto de un solo día. Arrastraba el terciopelo y el salín bordado de oro y las cadenas de pedrería, y las larga» plumas aéreas y blandas, sin dirigir a los espejos aquella mirada de pueril vanidad que reasume todas las glorias de un sexo que es todavía niño en su decrepitud. Tampoco jugaba con sus cañutillos de diamantes para enseñar su blanca y torneada mano, ni pasaba con placer sus dedos por entre los bucles de su hermosa cabellera: tal vez no sabía de qué era el vestido que llevaba ni de que colores iba adornada. Al ver su aire impasible, su frente pálida y fría y su riquísimo vestido, hubieronla confundido con una de esas Vírgenes de alabastro que la devoción de las mujeres da-

lianas cubre con trajes de seda y hermosos adornos. Lelia se mostraba insensible a su belleza y a sus galas, como la Virgen lo es a su coronarle oro cincelado y a su velo de gasa de plata, y mostrábase al mismo tiempo indiferente á. las miradas de todo el mundo, porque despreciaba sobrado A

lodos aquellos hombres para engreírse con sus alabanzas. ¿Pues entonces a qué iba al baile?

Iba como a un espectáculo, pues aquellos vastos cuadros animados, dispuestos con más ó menos gusto y habilidad en los salones, eran para ella un objeto artístico que examinaba, criticaba ó alababa en sus partes ó en el todo. Lelia no podía comprender como bajo un clima pobre y frío, donde las habitaciones angostas y sin gracia hacen que estén sus habitantes amontonados como bultos de mercaderías en un almacén, pudiesen alabarse de conocer el lujo y la elegancia, porque pensaba que a tales pueblos debe serles extraño el sentimiento de las artes, y por lo mismo le daban lástima lo que llamaban bailes en aquellas salas estrechas, tristes, vía bajas, que el techo aplasta el tocado de las mujeres, en donde para librar del frío por las noches sus desnudas espaldas se substituye al aire vital una atmósfera febril y corrosiva que embriaga ó sofoca, y en donde por fin se hace como que se baila en el pequeño espacio que dejan las hileras de espectadores sentados, que apenas pueden librar sus pies de las pisadas del vals y sus vestidos de la cercanía de los blandones.

Érase Lelia una de aquellas personas que solo-aman el lujo en grande, y no admiten medio entre el bienestar de la vida interior y la soberbia prodigalidad de las altas jerarquías sociales. Más aún; la vida de pompa y de aparato, seguí! ella, comprendíanla solamente con exclusivo privilegio los pueblos meridionales, y decía que las naciones comerciales é industriales carecen del sentido del gusto y del instinto de la belleza, y que el empleo de la forma y del color debía buscarse en los pueblos antiguos, que a falta de energía han conservado el culto de lo pasado en los principios y en las cosas.

El efecto llalla hay más distante de realizar la pretensión de lo bello que una Tiesta mal ordenada, porque se deben reunir tantas cosas difíciles, que acaso en todo un siglo no se verifican dos que satisfagan a un artista. Requiere el clima, el local, la decoración, la música, los trajes y los platos: necesitase una noche de España ó de Italia, una noche sombría y sin luna, porque la luna, cuando reina en el cielo, derrama sobre los hombres una influencia de languidez y de melancolía que se refleja sobre todas sus sensaciones: la noche debe ser fresca y bien oreada, con estrellas que brillen débilmente por entre las nubes y que no parezcan hacer burla de las iluminaciones. Necesítanse grandes jardines cuyos deliciosos perfumes penetren

oleadas en los aposentos; el olor del azahar y de la rosa de Constantinopla son sobremanera propios para exaltar el corazón y la cabeza; los píaos sean ligeros, los vinos de buen sabor, los frutos de todos los climas y las flores de todas las estaciones. Derrámense profusamente cosas raras y difíciles de hallar, porque una fiesta debe ser la realización de los más caprichosos deseos y el resumen de las más ávidas imaginaciones. Antes de dar una fiesta debe tenerse muy presente que el hombre rico y civilizado no encuentra ya placer más que en la esperanza de lo imposible, y por lo mismo debe irse tan cerca de lo imposible como humanamente se pueda.

El príncipe de Bambucci un hombre de gusto, que en los ricos es la cualidad más eminente y también la más tara, porque la única virtud que se les demanda es el saber gastar bien su dinero: teniendo esa condición no se les pide otro mérito; pero con frecuencia no cumplen su vocación, y viven en la medianía sin abdicar el orgullo de su clase.

Bambucci no tenía par en el mundo para conocer el precio de un caballo, de una mujer ó de un cuadro, sin regatear y sin ser estafado, pues sabía el valor de las cosas, real más ó menos. Su vista era experta como la de un corredor ó de un traficante de esclavos. Tenía tan bueno el olfato, que solo con oler el vino podía decir no solo de que viñedo era y en qué grado de latitud estaba el viñedo, si que también como daba el sol a la colina en la vertiente do estaba la viña. No había arte, ni portento alguno de sentimiento ó de coquetísimo que lo hiciese equivocar de seis meses al calcular la edad de una actriz, solo con verla andar por el fondo del teatro habría podido dar su fe de bautismo: solo con ver correr un caballo a cien pasos do distancia habría designado en una pierna un tumor imperceptible al tacto del albéitar: bastábale tocar el pelo de un perro de caza para decir en que generación ascendiente se había alterado la pureza de su raza y al ver un cuadro de escuela florentina ó de escuela flamenca, hubiera dicho cuántas pinceladas había dado el pintor. En una palabra, era un hombre extraordinario, reconocido tal de tal manera, que ya ni él mismo podía dudarlo.

Contribuyera no poco a sostener esta reputación la última fiesta que había dado, en la cual fueron colocados grandes vasos de alabastro por las salas, escaleras y galerías de su palacio, llenos de flores exóticas, cuyos nombres formas y perfumes eran desconocidos de la mayor parte que, las vieron. Había tenido cuidado de poner en el baile unos veinte inteligentes, encargados de servir de cicerona los ignorantes y de explicarles sin

afectación el uso y precio de las cosas que admiraban. La fachada y el ámbito todo de la 'inulta relumbraban con infinitas luces; pero los jardines no tenían más que el reflejo del edificio. a medida que uno se Aojaba podía sepultarse en una muelle y misteriosa oscuridad, y descansar del movimiento y del ruido en el fondo de la floresta, a donde llegaban dulces y débiles los sonidos de la orquesta, interrumpidos frecuentemente por las ráfagas del aire impregnado de perfumes. Por el suelo se habían dejado como por olvido tapices de terciopelo verde para poder sentar sin arrugar los vestidos, y en algunas partes se habían colgado de las ramas de los árboles campanillas de débil y claro sonido, que al menor soplo del viento llenaban el follaje de notas inciertas y de indeterminados acentos, que se hubieran podido tomar por las agudas voces de las sifílides despertadas por el balanceo de las llores en donde se hubiesen anidado.

Bambucci sabia cuán importante es evitar todo lo que puede causar fatiga a los sentidos cuando se trata de deleitar almas enervadas, y por esto en el interior de las salas la luz no era muy ardiente para vistas delicadas, la armonía era suave y no estrepitosa, y las danzas lentas y claras, pues a los jóvenes no se les permitía formar muchas cuadrillas. Más aún, seguro de que el hombre no sabe ni lo que quiere ni lo que le conviene, el filosófico Bambucci habia distribuido chambelanes por todas partes, que regulaban la dosis de actividad y de reposo para cada cual. Estos funcionarios, hábiles observadores y profundos scépticos, ponían freno al ardor de unos para que no se les acabase demasiado pronto, y halagaban la pereza de otros para que no se despertase sobrado pronto, y leyendo en las miradas cuando empezaban a saciarse, impedíanlo, haciendo variar la diversión y mudar de sitio. En la inquietud del andar y en la precipitación de los movimientos descubrían la herida ó el desarrollo de una pasión, y si preveían algún resultado inmediatamente escandaloso, sabían eludirlo por medio de la embriaguez ó de una fábula gratuita que contenía el volcán. Pero si veían cara a cara a dos actores expertos en el arte de la intriga, nada evitaban para empeñar y secundar cuanto podían relaciones que podían amenizar las horas a parejas bien avenidas.

Por otra parte, no podía haber cosa más noble y franca que los negocios que allí se trataban, pues Bambucci. como hombre de gusto, habia desterrado de sus fiestas la política, el juego y la diplomacia, diciendo que discutir

los negocios de estado, tramar conspiraciones, arruinarse” arreglar negocios en medio de los placeres del baile eran cosas de mal tono.

Bien entendía la vida el alegre Bambucci, pues cuando el buen príncipe trataba de divertirse no llegaba a su oído ningún grito popular ni murmullo alguno subalterno, porque fe sus festines eran sacados tanto los consejeros espantadizos como los pensadores de mal agüero. En ellos solo tomaban parte gentes amables, como artistas, mujeres a la moda, complacientes, muchos jóvenes, y algunas feas que se admitían para mejor contraste entre las hermosas, y entes ridículos, los que bastaban para divertir a los demás.

De allí era que la mayor parte de los convidados tenían esa edad en que duran aún las ilusiones y pertenecían a esas clases intermedias que tienen suficiente gusto para aplaudir y no bastante riqueza para mostrar desdén. Eran los coros de una ópera y formaban parte del espectáculo, parte tan necesaria como las decoraciones y la cena. No lo pensaban así aquellos buenos ciudadanos; pero como quiera que fuese, en los salones de Bambucci hacían el papel de comparsas, pues Aunque como autores disfrutaban del provecho de la fiesta, esto es, del placer, no tenían el honor de ella, el cual estaba reservado a unos pocos, que formaban cierto grupo de epicúreos escogidos que el príncipe quería deslumbrar y divertir. Estos eran los verdaderos convidados, los jueces y amigos principales obsequiados, porque la denlas gente algazarosa y engalanada que ante ellos discurría representaba su comedia creyendo divertirse.; Admirable discernimiento del príncipe de Bambucci!

Los distinguidos eran la mayor parte capaces de rivalizar en lujo y genio con el anfitrión, y Bambucci, que sabia filie no se las tenía que haber con niños, cifraba el supremo honor en sobrepujarles en invenciones y delicadezas de todos géneros. Si en casa del marqués Panorío se habia sacado una vajilla de plata sobredorada, él la presentaba de oro purísimo; si el judío Pandolf ¡habia coronado de días antes a su mujer, él los derramaba hasta sobre los zapatos de su querida; y si el vestido de los pajes del duque Almuri estaba bordado de oro, los de sus lacayos lo estaban con perlas finas. Digna y notable emulación entre los ilustrados soberanos de naciones inteligentes.

Es preciso decir, sin embargo, que el empeño del príncipe era arduo y grave por demás, y más de una noche le habia quitado el sueño antes de in-

tentarlo, pues desde luego lo primero que se requería era gastar más dinero y más talento que todos aquellos sus dignos rivales. Requeríase en seguida el saberlos embriagar de placer de tal manera, que olvidando su orgullo herido en la derrota, tuviesen la buena fe de confesarse vencidos. Pues bien, esta inmensa empresa no arredró la gigantesca imaginación de Bambucci, y se lanzó seguro de la victoria, lleno de confianza en sus recursos y en el auxilio del cielo, de quien había reclamado nueve días antes por medio de su capellán que no lloviese aquella noche memorable.

Entre las notabilidades a quienes se presentaba en espectáculo la provincia entera, ocupaba el primer lugar la extranjera Lelia. la cual, como muy rica, en todas partes tenía familia y mucha consideración. Célebre por su hermosura, por su gasto y la singularidad de su carácter, era el blanco de las más ingeniosas atenciones, así de parte del príncipe como de sus favoritos.

Primero fue introducida en uno de los deslumbradores salones que no eran más que el primer grado del progresivo esplendor que se reservaba a sus ojos. Quiso la casualidad que al mismo tiempo que Lelia entrase el joven principio griego Paolaggi, y que los chambelanes no tuviesen mejor pensamiento que poner cara acara aquellas dos eminencias sociales, en medio de una reunión de ricos y de nobles de menor esfera, destinados a llenar los espacios de columna a columna y lo desocupado del pavimento de mosaico.

La escultura antigua no formó jamás un contorno tan hermoso como el de aquel príncipe griego; era morena su tez y bronceada como la de Otelo, pues su familia tenía sangre mora; sus ojos brillaban con fiero resplandor, y era esbelta su

talla como la pahua de Oriente. En él había cualidades que tienen el cedro, el caballo árabe, el beduino y la gacela. Las mujeres se volvían locas por él.

Al ver a Lelia acercóse a ella y la besó la mano, Aunque era la primera vez que la veía. Era un hombre que tenía sus maneras peculiares, y las mujeres le perdonaban muchas extravagancias por respeto a la sangre asiática que corría por sus venas.

Hablóla poco, pero en voz tan armoniosa, en tan poético estilo, con miradas tan penetrantes y tan inspirada la frente, que ella se lo estuvo mirando

un rato como un prodigio, y luego pensó en otra cosa.

Cuando entró el conde Ascanio, los chambelanes hicieron llamar a Bambucci. Ascanio era el más feliz de todos los hombres, nada extrañaba, todos le amaban y él amaba también a todos; pero Lelia que sabía el secreto de su filantropía no le miraba sino con horror. Así que lo vió cubrió su frente una nube tan sombría, que espantados los chambelanes recorrieron al mismo dueño para disiparla.

— ¿Es eso lo que os da cuidado? les dijo en voz baja echando a Lelia una mirada de águila. ¿No veis que el más uníanle de los hombres es insoportable a la más atrabiliaria de las mujeres? ¿En dónde estaría el mérito, en dónde el genio, en dónde la grandeza de Lelia, si Ascanio llegase a tener razón? Si pudiese probarla que en el mundo todo va bien ¿finqué pasaría ella su tiempo? Ved ahora, tontos, como para ciertas gentes es bueno que el mundo esté lleno de faltas y de vicios: es, apartad a ese, epicúreo del lado de Lelia, puesto que no sabe que más valdría malaria que consolarla.

Los chambelanes se dirigieron entonces a Ascanio para rogarle que procurase borrar la melancolía que mostraba en su rostro Paolaggi, y Ascanio seguro de que iba a ser útil desde luego, comenzó a pavonearse. Érase el tal un buen hombre feroz que no vivía más que por el suplicio de los demás, y pasaba su vida probándoles que eran felices para no prestarles interés, y cuando les había robado la dulzura se creía interesantes, aborrecía más que si los hubiese decapitado.

Bambucci ofreció a Lelia su brazo y llevóla al salón egipcio cuya decoración admiró, Aunque criticó fríamente algunos detalles de estilo y acabó por llenar de gozo al sabio Bambucci, diciéndole que no había visto cosa mejor. En aquel momento Paolaggi, que había podido librarse de Ascanio, el hombre feliz, volvió otra vez a buscar a Lelia. vestido ya con otro traje de los antiguos tiempos. Apoyado sobre una esfinge de jaspe, formaba el más notable accidente de aquel cuadro, y Lelia no pudo verle sin aquel sentimiento de admiración que le hubiera inspirado una estatua hermosa ó un sitio delicioso.

Como comunicase sus impresiones a Bambucci, engreíase este como un padre a quien le alaban el hijo. No significaba esto afecto hacia el príncipe griego, sino el efecto que en aquella sala egipcia producía el joven príncipe



por su hermosura y sus galas, pues Bambucci lo miraba como un mueble precioso alquilado para aquella noche.

Por esto comenzó a ponderar su mérito: más como, aún ó despecho de la más bien sentada superioridad, es muy difícil librarse de inadvertencias en medio del barullo de una fiesta que uno lleva por su cuenta, habiendo clavado la vista involuntariamente en la estatua de Osiris, cruzáronse por desgracia en su cerebro dos ideas análogas que le fue imposible separar.

— ¡Oh! sí...decía, es una hermosa estatua.... quiero decir, es todo un hombro: tan bien habla el chino como el francés y el francés como el árabe. Las cornalinas que lleva en las orejas no tienen precio, ni tampoco lo hay para las malaquitas incrustadas en sus pies.... Luego su cabeza de fuego tiene un cerebro sobre el cual ha caído toda la devoradora influencia del sol... ¡Oh! de esa cabeza nadie posee copia: yo di por ella mil escudos a uno de esos ladrones ingleses que exploran el Egipto.... ¿Habéis leído su poema a Delia y sus sonetos ó Zamora por el gusto del Petrarca? Yo no me atrevo asegurar que el cuerpo sea absolutamente idéntico; pero el jaspe se parece tanto y concuerdan tan bien las proporciones....

Cuando Bambucci advirtió su embrollo turbóse, pero volviendo la cabeza con bastante confusión a Lelia recobró su ánimo viendo que esta no le escuchaba.

## XXXIV. PULQUERÍA.

Un jóven habia reconocido bajo un dominó azul-celeste ó la Zinzolina, que era la más celebre de las cortesanas, la cual habia desaparecido del país hacia un año. sin saberse como ni de que manera, y era tal el desorden de todos los que se agolpaban hacia el salón moruno, que los maestros de cere-

monias no podían contenerlo. Todos querían estar seguros de aquella noticia, porque los que no habían visto ¡la Zinzolina deseaban ver tan celebrada mujer, y los que la habían visto ya, deseaban volverla a ver. Pero el dominó azul, como sutil ó inalcanzable fantasma, se escapaba diestramente por entre la muchedumbre, para salir en otra sala en donde volvían a darle caza. Tal era el frenesí, que todos los dominós azules eran seguidos y preguntados, y cuando reaparecía el fugitivo dominó resonaba en todo el palacio un grito de emoción; más antes de saber de cierto ¡era en efecto la Zinzolina, desaparecía otra vez bajo la Untante capucha y la careta de terciopelo. Llegó por fin a los jardines y siguiéronla a los jardines también; más como era raucha la gente derramóse por los bosquecillos. Aprovecharon esta ocasión los amantes para evitar miradas celosas, y la orquesta resonó por los cuartos vacíos y sonoros. Las tus y las celosas tomaron dominós azules para buscar amantes ó probarlos. ¡Qué algarabía! ¡qué risas! ¡qué ansiedad!

— Dejadlos; decía Bambucci a sus chambelanes: puesto que ellos mismos se divierten, mucho mejora descansad vosotros.

Aquel instante de locura y de curiosidad puso en las fisonomías un no sé que de aspereza y obstinación que no-es común en los hábitos de las naturalezas civilizadas. Lelia, que pensaba espiar tan atentamente las menores oscilaciones de la vida en este mundo agonizante; Lelia, que consultaba cada instante el pulso del moribundo extrañándose de hallarle a veces tan vigoroso y luego tan débil, observó alguna extrañeza aquella noche en la disposición de los espíritus, y perdida y olvidada empezó a recorrer también los jardines para ver más de cerca los accidentes fisiológicos sobre este cadáver de sociedad que da las últimas boqueadas y cantos, y que como una vieja coqueta se engalana hasta en su lecho de muerte.

Después de andar un buen rato pasando por entre grupos desordenados y por medio de un gozo febril y sin encanto, sentóse ya cansada en un lugar retirado al que daban sombra unas tuyas de la China. Sentíase oprimida, y fijando la vista en el cielo vió brillar sobre su frente las estrellas que por la parte del horizonte se ocultaban bajo un espeso velo de nubes. Lelia sufría, pero al fin vió resbalar por entre los árboles una débil claridad que provenía de un relámpago, y conoció que su desaliento era efecto de una próxima borrasca, que ella presentía siempre por un mal físico, que ya era una inquietud-nerviosa, ya una irritación cerebral, ya un no sé qué por todas las mujeres sentido, cuanto no por todos los hombres.

Sobrecogióla entonces una de esas súbitas desesperaciones que se apoderan de nosotros sin aparente motivo, pero que provienen siempre de un mal interior cobijado largo tiempo en el silencio del alma. El tedio, el horrible tedio Ja dominaba, sentíase desanimada y tan mal con la vida, que se dejó caer sobre el césped y abandonóse a aquellas lágrimas pueriles que son la espantosa expresión de un completo abandono de la fuerza y del orgullo humano. En apariencia Lelia era la criatura más fuerte de su sexo, y desde que tenía uso de razón nadie había descubierto en su impasible rostro los secretos de su alma, ni se había visto correr una lágrima siquiera de sufrimiento ó de ternura sobre sus mejillas lisas y descoloridas.

Horrorizábala que la tuviesen lástima, y en medio de sus mayores penas hallaba serenidad para encubrir las. Cubrióse el rostro con su capa de terciopelo, y lejos de la gente y de la luz y oculta entre las altas yerbas de un rincón abandonado, del jardín, vertió sin sufrir vanas y débiles lágrimas. Pero el dolor de aquella mujer tan bella y engalanada, echada allí, arrollada, lánguida y terrible en su penar, era como el de una leona herida que vechorrear su sangre y la lame rugiendo.

De improviso sintió sobre su desnudo brazo una mano caliente y húmeda como el hálito de aquella borrascosa noche, y estremeciéndose levantóse a la súbita reacción de su valor y se puso en pie erguida ante el temerario, avergonzada y ofendida de que la hubiesen sorprendido en un instante de debilidad, lo cual nadie había logrado hasta entonces. El dominó azul, la cortesana Zinzolind era la que tenía delante, y al verla lanzó un gran grito; pero buscando el tono más severo de su voz dijo r-

— Ya te he conocido, eres mi hermana....

— Y si me quito la máscara, Lelia, respondió la cortesana, ¿gritarás también: ¿Vergüenza é infamia sobre ti?

— También reconozco tu voz, tú eres Pulquería.

— Soy tu hermana, dijo la cortesana descubriéndose, la hija de tu padre y de tu madre ¿no hallas una palabra de amor para mi?

— ¡Oh hermana mía, siempre hermosa! respondió Lelia, sálvame de la desesperación, dame ternura, dime que me amas, que le acuerdas de nuestros hermosos días y que eres mi familia, mi sangre y un único bien sobre la tierra

Abrazáronse y lloraron ambas; pero en el gozo de Pulquería había pasión, cuando en el de Lelia todo era tristeza; mirábanse con lágrimas en los ojos y tocábanse atónitas, sin poderse hacer cuenta de que se volvían a hallar bellas, de que se amaban y admiraban, y de que a pesar de ser tan diferentes se reconocían aún.

Lelia se acordó de golpe que su hermana estaba mancillada, y Aunque hubiera perdonado tal mancilla a cualquier humana criatura, avergonzóla en la persona de su hermana por un resto involuntario de aquel insuperable poder de la vanidad social que se llama honor.

Dejó pues caer sus manos de entre Lis de Pulquería y quedóse inmóvil, anonadada por no sé qué nuevo desaliento, pálida, quebrantada, y fija la vista en la sombría verdura en donde se apagaba el reflejo de los relámpagos.

Espantóse Pulquería al ver aquella siniestra actitud y aquella sonrisa amarga y fría que divagaba por sus labios, y olvidando la degradación a que el mundo la condenaba, tuvo compasión de Lelia (de tal manera iguala el dolor las existencias y díjola con aquella dulzura y con aquel tono de una madre que consuela a su hijo afligido.

— ¡Cómo te has vuelto! Largos años he pasado lejos de mi hermana, y cuando la vuelvo a hallar la veo en el suelo como un vestido viejo que todos desechan, ahogando sus gritos con las trenzas de su cabello y desgarrando su pecho con las uñas de sus manos. Así estabas, Lelia, cuando te he sorprendido, y ahora estás peor, porque entonces llorabas y ahora pareces muerta, vivías sufriendo y ahora no vives de modo alguno. ¡A tal punto has llegado, Lelia! ¡Dios mío! ¿De qué te han servido, hermana mía, todas esas cundida-' des que tan orgullosa te hacían? ¿Á dónde te ha conducid'l el camino que con tanta esperanza y tan confiada comenzaste? ¿En qué abismo de desgracias has caído tú que querías conculcar-nuestras cabezas con tus pies? ¡Jerusalén, Jerusalén, bien te decía yo que el orgullo te perdería!

— ¡El orgullo! replicó Lelia que se sintió herida en la parte más irritable de su alma. Tú si que puedes hablar así, pobre perdida. ¿Quién de las dos ha sido la primera en extraviarse por el desierto de este mundo?

— No lo sé, Lelia, respondió Pulquería tristemente. Mucho he andado en esta vida, y todavía soy joven y hermosa; mucho he sufrido, pero todavía no

estoy cansada y no he dicho aún: ¡Basta, Dios mío ¡cuando tú, Lelia....

— Tienes razón, respondió Lelia con abatimiento; yo todo lo he apurado.

— ¡Todo menos los placeres! contestó la cortesana riendo con tan báquica risa, que la trasmutó de improviso de cabeza a pies.

Estremecióse Lelia, y retrocedió involuntariamente; pero luego acercándose con viveza a su hermana, tomó la el brazo y la dijo:

— ¿Entonces hermana mía, has probado ya esos placeres y no los has apurado? ¿Entonces eres una mujer que vive? Ea, pues, comunícame tu secreto y dame felicidad como la luya, puesto que la tienes.

— ¡Nola tengo, no, porque no la he buscado, porque nunca me he alucinado como tú pidiendo ¡la vida más de loque podía darme, y he reducido toda mi ambición a sabor gozar de lo que hay. En no desdeñar esto, he puesto mi virtud, en no desear mas, toda mi cordura. Mí liturgia la escribió Anacreonte, pues he tomado por modelo la antigüedad, y por divinidades las diosas desnudas de la Grecia. Suporto los males de la exagerada civilización a que hemos llegado; pero para librarme de la desesperación tengo el culto del placer.... ¡Ó Lelia! ¡cómo me miras, como me escuchas ávidamente! ¿Con qué, ya no te causo horror? ¿Con Ttié, ya no soy aquella organización estúpida y vil de que te alejaste por repugnancia en otro tiempo?

— Yo, hermana mia, no te he menospreciado jamás, solo te he compadecido; y lo que ahora extraño es que no sé de que compadecerte. ¿Osaré decir que de ello me alegro?

— ¡Hipócritas espiritualistas, respondió Pulquería, siempre toméis sancionar los goces que no podéis compartir! ¡Oh! ¡ahora lloras ahora bajas la frente, hermana mía! ¡Hele ahí encorvada y quebrantada bajo el peso do tu destino de elección! ¿Quién tiene la culpa? ¡Ojalá te sea útil esta lección! ¡Acuérdate de nuestras querellas, de nuestros debates, y de nuestra despedida: entrambas nos predijimos la perdición!

— ¡Ah! ¡Pulquería! Yo te predije el desprecio de los hombres, el abandono y una vejez horrible.... gracias al cielo que aún no puedo tener razón, puesto que eres todavía joven y hermosa. Pero ¿no has sentido el hierro candente de la vergüenza que quema el rostro? ¿No oyes rugir como un animal inmundo esa muchedumbre ávida y desocupada que te busca en este instante para saciar una curiosidad insolente? ¿No sientes su cálido aliento

que te persigue é infecta? ¡Escucha, ahora le llama y reclama como su presa, pues la perteneces como cortesana! ¡Oh! ¡si 30 acerca no digas que eres mi hermana! ¡Ay de mí si nos confundiese y osase poner sobre mí sus manos impuras! ¡Pobre Pulquería, ahí está tu dueño, tu Dios y tu amante! ¡ese pueblo, lodo ese pueblo! Has hallado el placer en sus abrazos; pero ya ves que eres más vilque el polvo que pisan sus pies.

— Ya lo sé, contestóla cortesana, pasando la mano por su frente de bronce como para despejar una nube; ya lo sé; pero en arrostrar la vergüenza está mi virtud y mi fuerza, como la luya, es evitarla: ese te digo que es mi saber que me lleva a un término venciendo obstáculos, y sobreviviendo a angustias que renacen siempre: el premio de lucha es el placer, que es mi rayo de sol después de la borrasca y la isla encantada a donde me arrojan los vientos. SI estoy envilecida, a lo menos no soy ridícula. Ser inútil, Lelia, es ser ridículo, y ser ridículo es más que ser infame; porque no servir de nada en el universo, es más despreciable que servir para los últimos usos.

— Tal vez, respondió Lelia con aire sombrío.

— Por otra parte, añadió la cortesana, ¿qué le impórtala vergüenza» un alma verdaderamente fuerte? ¿Sabes, Lelia, que ese poder de la opinión ante el cual son tan serviles las almas que se llaman honradas, no debe bastar para sujetarnos a él, y lo que debemos procurar es resistirle? ¿Llamarás virtud a un cálculo de egoísmo tan fácil de hacer, en el cual todo anima y recompensa? ¿Comparas los trabajos, dolores y heroísmos de una madre de familia con los de una prostituí? ¿Cuándo entrambas luchan con la vida, crees que merece mayor gloria la que ha tenido menor pena?

¿Pero qué es esto-, Lelia? ¡Mis palabras no te estremecen como en algún tiempo! Nada respondes, y este silencio es espantoso. ¡Lelia, tú eres ya nada, y has desaparecido como un círculo en el agua y como un nombre escrito sobre la arena! ¿No se irrita ya tu noble sangre al oír las herejías del desenfreno y la impúdica voz de la materia? Despierta, Lelia, ¡defiende la virtud si quieres hacerme creer que hay algo que lleva este nombre!

— Habla, habla, respondió Lelia, en siniestro tono, ya te escucho.

— Por último, ¿qué es lo que Dios nos impone en el mundo? Vivir, ¿no es verdad? ¿Y la sociedad que es lo que nos manda? Que no robemos. V la sociedad está constituida de manera que muchos individuos no tienen para

vivir más que un oficio que ella autoriza, y marca con un nombre odioso, y es el vicio, ¿Sabes de qué temple ha desear la criatura que vive así? ¿con cuántas afrentas no se le hacen pagar las flaquezas que tiene y las brutalidades que sufre? ¿bajo qué montaña de ignominias y de injusticias debe acostumbrarse a dormir, a andar y a ser amante, cortesana y madre, tres condiciones de que no se escapa mujer alguna, ya se venda por un acto de prostitución ó por un contrato de matrimonio? ¡Óh hermana mía!; Cuán bien pueden menospreciar el mundo los seres deshonrados pública é justamente, y por él maldecidos después de haberlos mancillado con su amor! Mira, si hay un cielo y un infierno, el cielo será para los que más habrán sufrido y hallado en su lecho de dolor algunas sonrisas de alegría y bendiciones para dirigir a Dios, y el infierno para los que habrán tenido el lote de una feliz existencia, y no la habrán aprovechado. La cortesana Zinzolina, en medio de los horrores de la degradación social, habrá confesado su fe manteniéndose fiel al deleite, cuando la ascética Lelia, en el fondo de una Vida austera y respetada, habrá renegado de Dios a toda hora cerrando los ojos y el alma a los beneficios de la existencia.

— ¡Ah Pulquería! tú me acusas y no sabes si ha dependido de tal el hacer elección y seguir un plan en la vida. ¿Sabes cuál ha sido mi suerte desde que nos separamos?

— He sabido lo que el mundo ha dicho de tí, respondió la cortesana, pero yo solamente he visto que como mujer llevabas una vida problemática. He sabido que andabas rodeada de misterios y poética afectación; pero he sonreído de lástima al pensar en esa hipócrita virtud que consiste en sacar vanidad de la impotencia ó del miedo.

— Humíllame, respondió Lelia, pues hoy tengo tan poca confianza en mí, que no encuentro como justificarme; ¿pero quieres oír la historia de esta vida tan árida y triste como larga y amarga? Luego me dirás si hay remedio para tan antiguos dolores y para tan profundos desalientos.

— Escucho, respondió Pulquería, apoyando su blanco y torneado brazo sobre el pie de una ninfa de mármol que se ocultaba sonriendo amanerada bajo las ramas sombrías. Habla, hermana mía, cuéntame las miserias de tu vida; pero antes déjame que te diga que ya las sé de antemano y hace tiempo. Cuando pálida y esbelta como una sílfide, andabas por el fondo de nuestros bosques cogida de mi brazo, atenta al vuelo de las aves y al cambiante

aspecto de las nubes, é invencible a las miradas de los jóvenes cazadores que al pasar nos seguían con la vista por entre los árboles,

— Yo sabía ya, Lelia, que tu juventud se consumiría persiguiendo ilusiones y desdeñando las pocas ventajas que tiene la vida. ¿Te acuerdas de aquellos interminables paseos que hacíamos en nuestros campos paternos, y de aquellas largas meditaciones de la noche, cuando reclinadas sobre la dorada baranda de la azotea mirábamos absortas, tú las blancas estrellas sobre la frente de las colinas, y yo a los que cabalgaban levantando polvo al bajar a los llanos?

— Si, todo lo recuerdo, respondió Lelia. Tú seguías con atenta vista a todos aquellos viandantes hasta que se perdían en la niebla del sol poniente: apenas podías distinguir sus vestidos ó su manera de andar, y ya prestabas predilección ó desdeñóla ó tal otro, según bajaban por las cuestas con audacia ó con recelo. Helaste del que prudente se apeaba para llevar por la brida al caballo incierto ó perezoso, y aplaudías desde lejos al que con paso firme y sostenido arrostraba los riesgos de una pendiente rápida. Acuérdomé que una vez le reprendí severamente porque en un arrebato de admiración agitate tu pañuelo para animar a un joven atolondrado que se lanzaba impetuosamente, y que por dos ó tres veces consecutivas sostuvo vigorosamente el caballo próximo ó caer en la barranca;

— Y sin embargo, no podía verme ni oírme, respondió Pulquería. Tú estabas indignada por el interés que yo manifestaba a un hombre, porque no eras sensible más que a las bellezas inalcanzables de la naturaleza, al sonido, al copero jamás a la forma distinta y palpable. Un canto lejano te hacía verter lágrimas; pero desde que se veía en la colina el pastor de desnudas piernas; apartabas la vista con disgusto, y dejabas de escucharle y de sentir placer de oírte. En todo género de cosas la realidad hería tus percepciones sobrado vivas, y destruía tu esperanza demasiado existe. ¿No es así, Lelia?

— Verdad es, hermana mía; no nos semejábamos, no. Más discreta y más feliz que yo, tú no vivías sino para gozar, Altando yo más ambiciosa y menos sumisa a Dios, solo vivía para desear. ¿Te acuerdas de aquel día de verano, pesado y cálido, en que nos detuvimos las dos a la vera de un arroyo bajo los cedros del valle, en aquel retiro misterioso y sombrío en que el ruido del agua caída de roca en roca se confundía con el triste canto de las



cigarras? ¿Te acuerdas que nos tendimos sobre el césped, y que mirando el cielo sobre nuestras cabezas por entró los árboles, nos sorprendió un pesado sueño con profundo descuido? Cuando nos despertamos estábamos una en brazos de otra sin haber sentido que dormíamos.

— ¡Oh si! respondió Pulqueria, dormimos apaciblemente sobre la yerba doblegada y caliente: los cedros exhalaban su exquisito olor de bálsamo, y el viento de mediodía tocaba con sus ardientes alas nuestras húmedas frentes. Hasta entonces, negligente y alegre, recibía cada día de mi vida como un nuevo beneficio: algunas veces hacían hervir mi sangre sensaciones súbitas y penetrantes, un ardor desconocido se apoderaba de mi imaginación, la naturaleza se me aparecía bajo colores más brillantes, la juventud palpitaba más vivaz y más gozosa en mi seno, y si me miraba al espejo, hallábame en aquellos instantes más colorada y más bella. Entonces tenía ganas de abrazar a aquella otra yo de dentro del espejo que me inspiraba un amor insensato, echábame luego a reír, y corría más fuerte y más ligera por entre yerbas y flores, porque nada de lo que me pasaba me ocasionaba sufrimiento alguno. No me cansaba en buscar como lo haces tú; yo hallaba porque no buscaba.

Aquel día, feliz como era, tranquila como estaba, revelóme el misterio hasta entonces impenetrable y respetado un sueño extraño, delirante é inaudito. ¡Oh! hermana no, niega si quieres la influencia del cielo y la santidad del placer; pero si hubieses tenido aquel éxtasis, hubieras visto que un ángel bajado del seno de Dios estaba encargado iniciarte en las sagradas pruebas de la vida humana, de que sencillamente soñé fue que un hombre de cabellos negros se inclinó hacia mi para poner sus labios sobre los míos rojos y ardientes, y despertóme opresa, palpitante y más feliz de lo que había esperado serlo ó poderlo ser en mi vida. Eché una mirada en derredor mío, y vi que el sol derramaba sus reflejos por las profundidades del bosque; el aire era bueno y suave, y los cedros elevaban sus grandes ramas digitadas, semejantes a inmensos brazos y alargadas manos tendidas hacia el cielo. Te miré, hermana mía, ¡oh! ¡y cuán hermosa estabas! lo estabas tanto que nunca te había visto tal, y yo en mi complaciente vanidad de muchacha, me prefería a tí. Parecíame que mis brillantes mejillas, redondeadas espaldas y dorados cabellos me hacían más bella, pero en aquel instante el sentido de la belleza se me revelaba en otra criatura. Ya no me amaba a mí sola, y necesitaba hallar fuera de mí un objeto de admiración y de amor. Me levanta-

té poco a poco y te contemplé con una singular curiosidad y un extraño placer. Tus espesos y negros cabellos se te pegaban a la frente, y sus apretados bucles se enrollaban por sí mismos como si un sentimiento de vida los hubiese encrespado junto a tu cuello aterciopelado por el sudor y la sombra. Pasé por tus cabellos mi mano y parecióme que me la estrechaban y me atraían hacia ti. Tu camisa blanca y fina ajustada sobre tu pecho, hacia aparecer moreno de cutis, moreno ya por el sol; y tus largos párpados cerrados por el sueño, se reflejaban en tus mejillas animadas entonces mucho más que ahora. Eras hermosa, Lelia, pero de otro modo que yo, y esto que causaba una turbación extraña. Tus brazos más delgados que los míos cubríalos un imperceptible vello, que los cuidados del lujo han quitado después; y tus hermosísimos pies de largas y azules venas, se bañaban en el arroyo. Tu respiración levantaba el pecho con una regularidad que parecía indicar tuerza y calma, y así en la actitud como en las formas más marcadas que las mías, como en el tinte más oscuro de tu piel, y sobre todo en la expresión fría y orgullosa de tu rostro adormido había un no sé que de masculino y fuerte, que casi me hacía desconocerte. Pensé que semejabas al

bello joven de cabellos negros aparecido en un sueño y besé temblando tu brazo: abriste entonces los ojos y tu mirada me llenó de una vergüenza desconocida, y volví la cara como si hubiese hecho una cosa mala, y sin embargo no me había ocurrido ningún pensamiento impuro. ¿Y cómo había de tenerlo si no sabía nada? Yo recibido la naturaleza y de Dios, mi criador y dueño, mi primera lección de amor, mi primera sensación de deseo.... Tu mirada era entonces burlona y severa como solía hallarla siempre yo, pero nunca me había intimidado tanto como en aquel instante... ¿No te acuerdas de mi turbación y de mi rubor?

— Hasta me acuerdo de una palabra que no pudo entender. Hicisteme inclinar sobre el cristal del arroyo y me dijiste: —Mírate, hermana mía, ¿no te bailas hermosa?— Menos que tú, respondí yo. — ¡Oh! tú lo eres mucho más, respondiste, tú pareces hombre.

— Y tú levantaste los hombros con aire de desprecio, añadió Pulquería.

— Es que no adiviné que se acababa de decidir tu suerte, cuando para mí no debía decidirse jamás.

— Empieza tu historia, dijo Pulquería, pues el ruido se ha alejado y oigo que la orquesta continúa la música interrumpida. Ya se han olvidado de tí, a

mi no me buscan, y podemos estar libres un buen rato. Vamos, habla.

## TERCERA PARTE.

Pourquo promenez-vous ces speclres dolumière  
Devant le rideau noir de  
nos nuitssans sommeil, Puisqu il faut qu'ici-bas lout songe ail son réveil. El  
puisque le désir Se senl cloné sur ierre, Comme un aiglé blessé qu;meurt  
dans la poussidre, L'aile ouverte el les yeux íixés sur le solcil?

ALFREDO DE MUSSET.

## XXXV.

No le voy a contar hechos circunstanciados y minuciosos, dijo Lelia, porque decirle lodo lo que compone mi vida, era tan largo como días tiene esta vida misma. Te contaré si, la historia de un corazón infeliz, extraviado por una vana riqueza de facultades, agostado antes de haber vivido, gastado por la esperanza y hecho impotente tal vez por sobrada potencia.

— Y esto es lo que te hace deplorablemente vulgar, Lelia opuso la cortesana con su grosera sensatez, pues te hace semejante a todos los poetas que he leído, porque yo tibien los leo, Aunque no sea más que para reconcil-

irme con la vida que ellos pintan con colores sombríos en demasía, cuando su mayor falta consiste en ser demasiado buena para ellos. Léolos para saber de que ideas audaces y escandalosamente erróneas se debe uno guardar para ser cuerdo para aprovecharme de lo que tienen útil y desechar esto, esto es para apropiarme aquel lujo de expresión que ha hecho ¡a lengua usual del siglo, preservándome de gastarlo para adornar las necesidades que ellos profesan. a esto debieras haberle circunscrito tú, haciendo servir la fecundidad de tu cerebro para poetizar las cosas, para apreciarlas mejor, y aplicando tu superioridad de organización en gozar y no en negar; porque entonces ¿de qué le sírvela luz’

— Tienes razan, cruel, respondió Lelia con amargura, y bien me lo sé yo. Sin embargo, señalas el mal mío, mi desgracia y mi fatalidad, y te burlas de mí cuando vengo a quejarme delante de ti. ¡Humíllame y me aflige el ser un tipo tan trivial y tan común del sufrimiento de toda una generación débil y enfermiza, y me respondes con el desprecio! ¿Es este el modo de consolarme?

— Perdona, ¡meschina! contestó la desdeñosa Pulquería sonriendo, perdona y continúa.

Lelia siguió:

— SI Dios me crió en un día de cólera ó de apatía y en un momento de indiferencia ó de odio contra las obras de sus manos, esto no lo sé, porque horas hay en que me aborrezco bastante para imaginar que soy la más sabia y espantosa combinación de una voluntad infernal; más otras veces me desprecio de tal manera, que me tengo por un producto inerte engendrado por el azar y la materia. No sé a quien imputar las faltas de mi miseria; pero en medio de las fuertes rebeldías de mi alma, mi tormento mayor es el temer de continuo la ausencia de un Dios a quien poder insultar. En tales casos buscóle en la tierra, buscóle en el cielo y en el infierno, es decir, en mi corazón. Buscóle porque quisiera tenerle, maldecirle, aplastarle, y lo que más me irrita contra él, es que me haya dado lanío vigor para combatirle se esté tan lejos de mí, es que me haya dado el gigantesco poder de atacarle, y que semanlenga allá baje ú allá arriba, no sé donde, sentado en medio de su gloria y siempre sordo sobre todos los esfuerzos de mi pensamiento.

Con todo, yo nací al parecer bajo felices auspicios: frente estaba bien conformada, eran mis ojos negros e penetrables como deben serlo los cite

toda mujer libre y altiva, mí sangre circulaba bien, y ninguna desgracia doliente me aquejaba bajo una injusta y marchitadora maldición. MI infancia fue rica en impresiones de una poesía inexplicable y en posteriores recuerdos: paréceme que los ángeles me mecieron en sus brazos, y que mágicas ilusiones gastaron mi naturaleza real antes que a mis ojos se les revelase el sentido de la vista.

Como se desarrollaba en mí la hermosura, sonreíame lodo. hombres y cosas; en rededor mío todo era amor y poesía, y en mi seno se declaraba más y más de día en día la facultad de amar y de admirar.

Era esta tan grande, preciosa, y buena, y yo la sentía emanar de mí como un perfume tan suave y delicioso, que la llegué a cultivar con amor: lejos de desconfiar de ella y de economizar su savia para gozar más tiempo de sus frutos, excitóla y la desarrollé dándote curso por todos los medios posibles. ¡Imprudente é infeliz de mí!

Entonces la exhalaba por todos los poros, y derramábala como un manantial inagotable de vida sobre todas las cosas, pues el menor objeto digno de estimación, y la causa menor de alegría me inspiraban embriaguez y entusiasmo. Para mí un poeta era un dios, la tierra era mi madre y las estrellas hermanas mías. Bendecía al cielo de rodillas por una flor que acababa de abrirse en mi ventana, y por el canto de una ave oída al despertarme: mis admiraciones eran éxtasis, mi bienestar el delirio.

Aumentando así mi poder de di» en día, excitando mi sensibilidad y vertiéndola sin medida por encima y por debajo de mí, sembraba mi pensamiento y mi fuerza toda en el vacío de este universo incomprensible que me devolvía embotadas todas mis sensaciones: la facultad de ver debilitada por el sol, la de desear fatigada al aspecto de la mar y de los inmensos horizontes, y la de creer trastornada por la misteriosa álgebra de las estrellas, y el mutismo de todas esas cosas acerca de las cuales se perdía mi alma.

Así, ya en la adolescencia, tuve esta plenitud de facultades que no puede ir más allá sin rasgar la mortal cubierta.

Entonces vi a un hombre y le amé: ¡oh! le amé con el mismo amor que había tenido ú Dios, a los cielos, al sol y a la mar, solo que todo esto lo dejé de amar para dedicarle exclusivamente a él el entusiasmo que había tenido primero por las obras de la Divinidad.

Tienes razón en decir que la poesía ha perdido el espíritu del hombre, puesto que ha desolado el mundo real tan frío, pobre y deplorable con los dulces ensueños que nacen de ella. Embriagada yo con sus falsas promesas y mecida por sus dulces engaños, nunca he podido resignarme a la vida positiva: la poesía me había creado otras facultades magníficas é inmensas que nada en el mundo debía saciar, y la realidad ha encontrado tan vasta mi alma que no ha podido contenerse en ella ni un momento. Cada día debía marcar la ruina de mi destino ante mi orgullo, y la ruina de mi orgullo desolado ante sus propios triunfos. Lucha y victorias miserables, pues a fuerza de menospreciar todo lo que existe, concebí el desprecio de mí misma, criatura tonta y vana, que de nada supe gozar queriendo gozar espléndidamente de todo.

¡Oh! si el combate fue penoso y fuerte, porque cuando nos embriaga la poesía no nos dice que nos engaña, haciéndose por el contrario bella, sencilla y austera como la verdad. Toma mil diferentes caras, y tan pronto es hombre como ángel, como Dios: búscase esta sombra, se sigue, se abraza, prostérnase uno ante ella, y cree haber hallado a Dios y conquistado la tierra de promisión; más ¡ay! sus fugitivas galas caen a pedazos bajo el compás del análisis, y a la humana miseria no la queda más que un harapo para cubrirse. Entonces el hombre llora y blasfema, insulta al cielo, pide cuenta de engaños, créese robado y se echa fu el suelo queriendo morir.

En efecto, ¿por qué le ha de engañar Dios de esta manera ¿Qué gloria puede hallar el fuerte en humillar al débil?

Toda poesía emana del cielo y no es más que el sentimiento instintivo de una Divinidad que preside nuestros destinos. El materialismo destruye la poesía, pues lo reduce todo a las simples proporciones de la realidad y solo construye el universo con combinaciones, cuando la fe lo puebla de fantasmas. Entonces la Divinidad misma, oculta detrás de sus impenetrables velos se ríe de nuestro culto y de las creaciones angélicas de que la rodea nuestro enfermizo cerebro. Oh! ¡esto os sombrío y desolador!

— Por esto no se debiera meditar ni orar, dijo Pulquería, y deberíamos contentarnos con vivir profesando sencillamente la fe de un Dios bueno, pues esto lo fuera suficiente al hombre si tuviese menos vanidad. Pepona contento de esto quiere examinar a Dios y revisar sus obras, conocerle, interrogarle, hacerlo propicio a sus necesidades y responsable dé sus sufrim-

ientos, y tratarle como de igual a igual. Solo tu orgullo es el que inventó la poesía, y puso entre el helo y la tierra tantos y tan engañadores ensueños. No es Diesel autor de tus miserias....

— Orgullo y confianza, respondió Lelia, son dos palabras diferentes para expresar una. misma idea, y dos mote diversos de considerar un mismo sentimiento. Como quiera que lo llames, será el complemento de nuestra organización y, por decirlo así, la clave de la bóveda de nuestro mundo intelectual. Dios coronó su obra con este pensamiento vago y doloroso, pero infinito y sublime: os la condición de inquietud y pena que nos impuso al hacernos superiores a los demás seres animados. Aventajareis en fuerza al camello y en habilidad al castor, nos dijo; pero nunca fiareis satisfechos de vuestras obras y sobre vuestro Edén terrestre buscareis siempre la flotante promesa de una tensión mejor. Os dividiréis la tierra; pero deseareis el telo: seréis poderosos; pero sufriréis.

— Entonces, puesto que así ha de ser, sufre en silencio, de rodillas, espera el cielo y resígnate ante los males de vid?. Sentir el sufrimiento impuesto por el Criador no os

todo el trabajo del hombre; lo principal es aceptarlo, porque gritar de continuo, y maldecir el yugo, no es llevarlo. Ya sabes que no basta hallar el cáliz amargo, es necesario apurarlo basta la hez. No tienes más que un medio de engrandecerte en el mundo y lo desprecias; este es la sumisión y tú no te sometes. ¿Á fuerza de llamar a la morada de los ángeles no temes hacértela inaccesible?

— Tienes razón, hermana mía, tú hablas como Tremmor. Amante tú de la vida has llegado al mismo punto de sumisión, que él que está separado de ella, y la misma calma tienes tú en el desorden, que él en la virtud. Pero yo que no tengo ni virtudes ni vicios, no sé como hacerlo para suportar el tedio de la existencia. ¡Ay! a vosotros os es fácil prescribir la paciencia; pero si tú estuvieses colocada como yo entre los que viven aún y los que no viven ya, veriasle agitada por una cólera sombría, como yo lo estoy, y atormentada por el insaciable deseo de ser alguna cosa y de comenzar la vida ó acabarla...

— Pero ¿no me has dicho que habías amado? Amar es vivir uno por dos.



— No sabiendo en que gastar el poder de mi alma, lo prosterné a los pies de un ídolo criado por mi culto, pues era un hombre parecido a los demás; pero cuando me cansé de prosternarme y rompí el pedestal, le vi en su verdadera talla, cuando, elevado por mis pomposas adoraciones, me habia parecido tan grande como Dios.

Este fue mi error más deplorable, y sin embargo cuando lo hube perdido tuve que sentirlo, tal es y tan miserable mi destino. Pero como no había de ser así cuando no tenía con que reemplazarlo, viéndolo todo pequeño cerca de aquel coloso imaginario. La amistad me pareció fría, la religión falsa, y por lo que hace a la poesía habia muerto con el amor. Con mi ilusión habia sido feliz como puede serlo un carácter de mi temple: gozaba del robusto vuelo de mis facultades, la embriaguez del error me arrebatava en éxtasi verdaderamente divinos, y hundíame a más no poder en el abismo de un destino tan doloroso y terrible que debía tragarme después de haberme quebrantado. ¡Inexplicable estado de dolor y de gozo, de desesperación y de energía! MI alma borrascosa se complacía en aquella funesta agitación sin fruto y sin retorno: la calma la hacía miedo, y el reposo la irritaba. Necesitaba obstáculos, fatigas y devoradores celos que concentrar, grandes trabajos que concluir, fuertes infortunios que vencer, y crueles ingratitudes que perdonar. Esto era una carrera y una gloria. SI hubiese sido hombre me hubieran gustado los combates, el olor de la sangre la exposición de los peligros, y tal vez rae habría halagado en los días de mi juventud la ambición de reinar por la inteligencia, y de dominar a los hombres por medio de poderosas palabras; pero siendo mujer no tenía en el mundo más que el noble destino de amar. Amé valientemente, sufrí todos los males de la pasión ciega, y en lucha con la vida social y el egoísmo real del corazón humano, resistí durante algunos años a cuanto podía extinguirla ó enfriarla. Ahora sobrellevo sin amargura los reproches de los hombres, y escucho sonriendo las acusaciones de insensibilidad 'lito me dirigen. Bien sé, y sábelo Dios también, que ya cumplí mi deber, y que ya cayó mi parle de angustias y fatigas en el grande abismo de cólera en donde se vierten de continuo las lágrimas de los hombres sin llegarlo a llenar. Sé que empleé mi fuerza por el afecto, que abjuré mí entereza y que oculté mi vida tras otra vida diferente. Si, Dios mío, vos lo sabéis también; vos me quebrantasteis bajo vuestro cetro y luego caí en el polvo. Arrojé aquel porque tan allanero algún día como amargo hoy, ante el ser que me ofreciste para mí culto fatal. Mucho trabajé, Dios tío, y bien en silencio devoró mi mal. ¡Cuando rae concederéis el reposo!

— Tú te alabas Lelia; trabajaste para perder y nada mas, Y no lo extraño. Quisiste hacer del amor otra cosa de lo que bien quiere que sea en este mundo, pues si no comprendo mal el linaje de tu infortunio, amaste con toda tu alma y fuiste mal correspondida. ¡En qué error caíste! ¿No sabías que el hombre es brutal, y variable la mujer? Estos dos seres tan semejantes y tan diferentes, están hechos de tal modo, que entre sí siempre tienen odio, aún en medio del amor que se profesan. El primer sentimiento que sucede a sus abrazos es el disgusto y la tristeza', ley superior contra la cual te rebelarías en vano. La unión del hombre y de la mujer sin duda debe ser pasajera en los designios de la naturaleza, pues todo se opone a su eterna asociación y la mudanza es una ley de su organización.

— SI esto es así, respondió Lelia con vehemencia, ¡maldito sea el amor! ó más bien, ¡maldita sea la voluntad divina y maldito el destino del hombre! Por lo que a mí toca, de otro modo había juzgado: el sentimiento del amor se me reveló en la juventud bajo la forma más angélica y más duradera, pues emanaba del mismo Dios y debía tener algo de inmortal. ¡Dejar de amar! ¡Para mí esta idea no tenía sentido, pues equivalía a dejar de vivir!

— ¡Y sin embargo ya no amas! dijo Pulquería.

— ¡Por esto estoy muerta! respondió Lelia.

— ¿Pero porqué dejaste apagar el fuego sagrado? preguntó la cortesana, ¿no podías llevarlo a otros altares? Mudar de amante no es mudar de amor.

— ¡Cómo! Respondió Lelia, ¿es posible mudar este fuego cuando lo deja morir aquel que lo inspiraba? ¿Cómo se le restituye su brillo y pureza primitiva? ¿Qué es amor? ¿No es un culto? ¿y detrás de este culto, el objeto amado no es un dios? ¿Y si este dios se complace en destruir la fe que inspiraba, cómo puede el alma escoger otro dios entre las criaturas? Concibió una cosa ideal, y mientras creyó hallar la perfección en un ser de su especie hincóse de rodilla ante él; pero ahora sabe que su ideal no es de este mundo, y es imposible que preste culto y fe a ningún ídolo nuevo Por esto su amor ya no puede menos de ser incompleto e limitado, y un sentimiento que acaba, se discute y es susceptible de distinción y de análisis. El alma había creído en

virtudes sin liga y en esplendores sin mancha; pero ahora sabe ya que toda virtud es frágil y toda grandeza limitada, porque lo que era para ella un

tipo de hermosura y de grandeza ha engañado su esperanza y burlado sus deseos. ¿Podrá borrar por un simple esfuerzo de su voluntad este terrible recuerdo que debe servirle de eterna lección? ¿Dónde ha de hallar su bienhechor olvido? Y si lo halla, ¿no será más bien una confianza estúpida de que llegará a arrepentirse al fin y al cabo? ¿Deberá arrastrar de engaño en engaño hasta que se agote su fuerza y eche a volar la noble ilusión de lo ideal ante la realidad de las groseras pasiones? ¿Concediéndonos Dios para este noble fin tan ardientes aspiraciones y tan sublimes ensueños?

¿Pero qué orgullo es el tuyo, Lelia? exclamó admirada Pulquería. ¿Eres tú el único cumplido ser que hay en la tierra? ¿De tan celeste llama es hogar tu corazón, que te sea imposible hallar otro corazón tan ferviente como el tuyo, y Una pureza tan intachable como la tuya? Sé pues impía, ya que te crees un ángel enviado al mundo para sufrir entre los hombres.

— Aunque tuviese un orgullo insensato, no tendría bastante para crearme ángel, porque si lo fuese tendría tan duro conocimiento de mi unión al mundo, que me inmolaría para expiar cualquier falta que recordase, ó para hacer algún bien en esta tierra desgraciada, por el sacrificio de mi orgullo y la enseñanza de eternas verdades que sabría de cierto. Pero yo no soy más que una criatura débil, limitada y doliente, y pesa sobre mí una profunda ignorancia de mi existencia anterior desde que respiro en este mundo maldito. Yo no sé si sufro para lavar la mancha del pecado original contraído en 'otra existencia, ó para conquistar Una nueva vida más plausible y más pura. En mí reside el sentimiento y el amor de la perfección; creo que si tuviese fe la alcanzarla: pero la fe me falta, la experiencia me desengaña, no conozco lo pasado, me angustia lo presente y el futuro me espanta. MI ideal ya no es más que un sueño desgarrador y un deseo que me consume. ¿Qué lie de hacer de un sentimiento que nadie comparte ó que ninguno espera ver triunfar de las tristes realidades de la vida? Conozco a un hombre virtuoso y temo interrogarle, temiendo que me desespere confesándome que no ve en la virtud masque el ejercicio de una necesidad innata en él, ó que me desaliente diciéndome que renuncie a todo, hasta a la esperanza.

—¿Entonces la conservas todavía? dijo Pulquería sonriéndose. Confiesa Lelia que no estás del todo muerta.

— He procurado amar a un poeta, respondió Lelia. Hallo en él el sentimiento de lo ideal tal como yo lo concebí cuando era jóven como él; pero

temo descubrir en su alma esa necesidad de adherirse a la tierra y a sus intereses, que tarde ó temprano marchita el corazón del hombre y le roba su ensueño de perfección.

— Hanme dicho que conocías a Valmarina, observó la cortesana; y hasta se dice que lo más parte en las misteriosas operaciones de ese hombre singular. Dicen que es jóven aún, hermoso y de mucho carácter. ¿Por qué no le amas? ¿Le falta inteligencia? ¿menosprecia el amor?

— NI uno ni otro, respondió Lelia; pero ama demasiado la virtud para amar a una mujer; su ideal es el deber y temería robar a la humanidad lo que diere de su alma a un individuo solamente. Yo nunca he pensado en amarle, porque dolores muy grandes le han quitado para siempre la esperanza de ser feliz en el mundo. Hubo un tiempo en que acaso hubiéramos podido unimos, comprendemos y ayudarnos mutuamente a conservar el fuego sagrado; pero entonces no era lo que es ahora, puesto que yo tenía fe y él no hemos trocado papeles; ahora el cree y yo he dejado de creer.

— Sin embargo, supuesto que tienes el culto de la virtud, ¿no puedes a imitación de ese de quien me has hablado poco ha, entregarte a él como a la satisfacción de una necesidad innata? Renuncia al amor y ten valor para ejercer la caridad.

— Ya la ejerzo y no hallo en ella la dicha.

— Ya entiendo, haces el bien por curiosidad. Entonces valgo yo mucho más que tú, puesto que mi mayor placer consiste en derramar a manos llenas éntrelos pobres el oro que me prodigan los ricos.

— Esto procede do que tú has conservado más juventud y sencillez en medio de tus desordenes que yo en la soledad. MI corazón ha muerto, el tuyo no ha vivido, y tu vida es una perpetua infancia.

— Bien de ello doy gracias a Dios, respondió Pulquería. Has conocido la virtud y el amor, y ni siquiera te ha quedado lo que yo no he perdido nunca, ¡la bondad!

— Yo he caído más profundamente sin duda alguna, por haber tomado un vuelo sobrado orgulloso; pero tal cual soy quisiera hallar una virtud que yo pudiese comprender, pera como mi alma aspiraba h la virtud por el amor, no la comprendo sin él. No puedo amar a la humanidad porque es perversa, codiciosa y débil: sería preciso creer en su progreso, y no puedo tampoco, y

Aunque quisiera que el breve número de corazones puros entretuviese la llama del celeste amor, y que libre de los lazos del egoísmo y de la vanidad, el himeneo de las almas fuese el refugio de los últimos discípulos del ideal poético, no sucede así. Estos espíritus exceptuados y desparramados por la superficie de un mundo en el cual todo les estrecha, repele, y obliga a replegarse en sí mismos, se buscarían y llamarían en vano. Las leyes humanas no consagrarían su unión, ó a lo menos <sup>su</sup> vida no sería protegida por la simpatía de los demás. Por cualquier ensayo de esta existencia ideal se ha frustrado entre seres que hubieran podido identificarse a los ojos de Dios en un mundo mejor.

"¿Así quién tiene la culpa será la sociedad? preguntó alquería que empezaba a escuchar a Lelia con más atención.

— Dios os quien la tiene, que permito queda humanidad extravíe de esta manera, respondió Lelia. ¿Qué falta nuestra puede atribuírse nos exclusivamente? a no ser que creamos que somos echados al mundo para robustecernos por el sufrimiento, antes de sentarnos a la mesa de las eternas felicidades, ¿cómo se ha de admitir la intervención de la Providencia en nuestros destinos? ¿Qué ojos de padre miraban la raza humana el día en que se la antojó dividirse poniendo un sexo bajo el dominio del otro? ¿No es un apetito feroz el que ha hecho a la mujer esclava y propiedad de hombre? ¿Qué instintos de amor puro, qué nociones de santa fidelidad han podido resistir a ese golpe fatal? ¿Qué otro lazo más que el de la fuerza podrá existir en adelante entre quien tiene el derecho de exigir, y quien no tiene el de rehusar? ¿Qué trabajos ó ideas puede haber comunes entre ellos, ó igualmente simpáticos a lo menos? ¿Qué cambio de sentimientos, qué fusión de inteligencias puede haber entre el señor y el esclavo? Aún haciendo el un suave ejercicio de sus derechos, el hombre es siempre con respeto a su compañera, lo que un tutor con su pupilo. Ahora bien: la relación del hombre con el niño es limitada y temporal en los designios de la naturaleza, pues ni el uno puede tomar parte en los juegos del otro, ni estén los trabajos de aquel, porque al fin y al cabo llega un tiempo en que no le bastan al discípulo las lecciones del maestro, si entrando en la edad de la emancipación reclama sus derechos de hombre. Por consiguiente, no hay verdadera asociación en el amor de los dos sexos, porque la mujer representa al niño, y nunca llega la hora de su emancipación. ¿En qué consiste entonces ese crimen contra natura que sujeta a la mitad del género humano a una eterna infancia? La

mancha del primer pecado pesa, según la leyenda judaica, sobre la cabeza de la mujer, y de ahí proviene su servidumbre; pero puesto que la fue prometido que ella conculcaría la cabeza de la serpiente, ¿cuándo se cumplirá esta promesa?

— Y sin embargo nosotros valemos más que ellos, añadió Pulquería con calor.

— En un sentido, sí, respondió Lelia. Los hombres han dejado dormitar nuestro entendimiento; pero no han advertido que procurando extinguir en nosotras la divina antorcha, concentraban en el fondo de nuestro corazón la llama inmortal que en ellos se apagaba, llánse hecho segura la posesión del lado menos noble de nuestro amor, y no. ven que ya no nos poseen. Afectando que nos creen incapaces de cumplir nuestras promesas, procuran cuando más estar seguros de que tienen herederos legítimos: poseen hijos pero no mujeres.

— Por esto me horrorizan sus cadenas, exclamó Pulquería; por esto no he querido tener lugar alguno en la sociedad. ¿No hubiera podido sentarme entre sus mujeres, respetar las leyes y costumbres que ellas fingen respetar, y representar como ellas pudor, fidelidad y todas sus hipócritas virtudes? ¿No hubiera podido satisfacer todos mis caprichos, saciar todas mis pasiones, solo con llevar una máscara y ponerme bajo la protección de un engañado?

— ¿Y eres más dichosa por haber obrado con más atrevimiento? preguntó Lelia. Si lo eres, dímelo con esa franqueza que yo he apreciado siempre en ti.

Pulquería turbada vaciló un instante,

— No, no lo eres, continuó Lelia. Yo lo sé mejor que tú misma; ni fiestas., ni triunfos ni prodigalidades te han podido alucinar. En lujo y voluptuosidad rivalizas con Cleopatra; pero no tienes a los pies un Antonio, y sin embargo liarías lodos tus placeres y riquezas por. un corazón bien prendado de tí, porque tal cual eres, Pulquería, paréceme que debes ser mejor y más pura que lodos esos hombres que te poseen y se alaban, como el amante de Lais, de que tú no las posees. Solo porque eres mujer., me parece que alguna vez debes amar todavía, y que en los brazos almenes de un hombre que le parezca más noble que los demás, sentirás no amar. ¿Acaso esa perpetua comedia de amor, te conmueve alguna vez como pudiera

hacerlo el amor verdadera? Yo he visto como en la escena lloraban en ventodad grandes actores, a los cuales la ficción les recordaba sin duda alguna los sufrimientos de una pasión que habían tenido. Paréceme que cuanto más se abandona uno al delirio de la voluptuosidad sin que tome parle el corazón, más se evita una sed de amor que jamás se sacia, y se hace más ardiente cada día.

Pulquería se echó a reír; pero de improviso se tapó la cara con las manos y comenzó a derramar lágrimas.

— ¡Oh! dijo Lelia, también tú tienes en el fondo del corazón una llaga profunda que estás obligada a ocultar bajo el engaño de una loca alegría, como yo oculto la mía bajo el velo de una altiva indiferencia.

— Y sin embargo, tú no has sido menospreciada, siendo al contrario la que has desdeñado el amor de los hombres, como indigno del luyo.

— En cuanto al que yo tuve no diré que fuese indigno, del uno; pero eran tan diferentes el uno del otro, que no pude admitir para siempre su desigual cambio. Era un hombre prudente, cuerdo, generoso y justo, de viril belleza, rara inteligencia, alma leal, robusta calma, paciencia y bondad; no creo que pudiese estar más bien empleado mi afecto, y me parece que hoy día me fuera imposible hallar otro hombre semejante.

— ¿Qué faltas tenía? preguntó Pulquería.

— ¡No amaba! respondió Lelia. ¿Qué me importaban entonces todas sus grandes cualidades de que se aprovechaban todos menos yo, ano participarlas como los demás? Mientras él poseía toda mi alma, yo no tenía más que una parte de la suya. Tenía para mis ardientes ráfagas de pasión que volvían luego a la profunda noche: sus transportes eran más vivos que los míos; pero consumían en un solo instante todo el poder que para amar habia recogido en una larga serie de días. En la vida continua era tun amigo lleno de dulzura y equidad; pero sus pensádonos erraban lejos de mi y sus acciones le llevaban siempre donde yo no estaba, No creas que intentase la injusticia de encadenarlo a lodos mis pasos ó la indiscreción de seguirle los suyos, porque yo no sabía lo que eran celos siendo incapaz de engañar. Yo comprendía sus deberes y no quería impedir su ejercicio; pero tenía también una previsión terrible, y a pesar mío veía todo lo que tienen de vano y pueril todas esas ocupaciones que los hombres llaman serias, parecido dome que

yo me habría entregado a ellas con más Arden, precisión y gravedad. Con todo, entro los hombres era uno de los primeros. Más yo veía que en el cumplimiento del deber social habia para él satisfacciones de amor propio más vivas ó a lo menos más profundas, constantes y necesarias que las santas delicias de un puro amor. No era solo el afecto a la humanidad el que absorbía su espíritu y hacia palpar su corazón, sino también el amor de la gloria. La suya era pura y respetable, pues nunca la hubiera adquirido a costa de una debilidad, siendo así que la sacrificaba mí dicha, extrañando que yo no estuviese seducida del brillo que le-rodaba. Por lo que a mí hace, yo estimaba las acciones que con aquella gloria se premiaban, pero este premio me parecía grosero, y el halago de la popularidad tenía por la prostitución del alma, porque no comprendía como podían gustarle masías caricias de la muchedumbre que las mías, y porque la recompensa no habia de estar en su propio corazón y sobre todo en el mío. Yo le vela gastar en moneda vil todo el rico tesoro de su idealismo, y figurábame que perdía la vida eterna de su alma y que, según la profunda sentencia del Cristo, recibía en este mundo la recompensa. MI amor era infinito y el suyo estaba contenido dentro de límites insuperables. Habia hecho parte para mí y no acordaba de que podía aumentarla y de que yo podía no estar satisfecha.

Verdad es que a la menor decepción venia a mí, porque en frecuencia la opinión pública era injusta con respecto a qué ingrata la popularidad. Los amigos con quienes más ha contado le faltaban muy a menudo por miserables interés por necias vanidades: entonces venía a llorar en mi seno y por una súbita reacción me dedicaba lodo su afecto fugitivo dicha que no servía unas que para agravar mi sufrimiento. A veces aquel alma tan indolente y tija ante la idea de lo infinito se mostraba agitada é inquieta por las cosas de la tierra: sus arrebatos, más enérgicamente expresados que profundamente sentidos, producían cansancio, necesidad de acción, y el hastío de una vida de arrobamiento. El recuerdo de las diversiones políticas (las más frivolas de todas, Le aseguro, en el tiempo en que vivimos) le perseguía hasta en mis brazos, y mi filosófico desprendimiento de estas cosas le ofendía. Vengábase recordándome que era mujer, y diciéndome que yo no podía elevarme a la altura de sus combinaciones, ni comprender la importancia de sus trabajos, de donde procedía un hábito siempre en aumento de despecho y sorda aversión, mezclado de arrepentimiento y de efusión; pero pronto a renacer a la menor querella. Cuando en tales casos volvía a mí, yo observaba con dolor que su gozo y su amor eran delirantes. Parecía que en



vísperas de extinguirse, su alma, espantada de la nada de las cosas humanas, quería remontarse por última vez al cielo y conocer y apurar nuevos deleites, para bajar en seguida fría y tranquila a la tierra. Estas expresiones febriles de un amor que había perdido su santidad entre querellas y resentimientos me desgarraban como otros tantos adioses mutua y recíprocamente dirigidos, y entonces se quejaba de mi tristeza que tomaba por frialdad. Él pensaba que el cerebro puede exaltarse de gozo, cuando está quebrantado el corazón; mis lágrimas le ofendían, y, perdóneselo Dios, osaba acusarme de que no le amaba.

¡Ah! ¡él mismo fue quien rompió el más fuerte lazo que dos almas hayan podido formar! él quien, sin tornar en cuenta una reserva estoica, y un inmenso imperio sobre mi dolor, me acriminaba la palidez, una forzada sonrisa, ó una lágrima mal contenida en el borde de mis párpados: hasta me llegó a culpar de ser menos criatura que él, que fingía tratarme como a una niña. Luego llegó un día, en que furioso de verse más pequeño que yo, convirtió su cólera contra mi raza y maldijo a todo mi sexo para tener el derecho de maldecirme a mí. Echóme en cara los defectos que contraemos en la esclavitud, la carencia de luces que se nos rehúsan, y la falta de pasiones que se nos prohíben: hasta increpó la inmensidad de mi amor como una ambición insensata, como un desarreglo de la inteligencia, como un apetito de dominación. Cuando hubo proferido esta blasfemia, sentí por último que ya no le amaba.

— ¡Como! exclamó Pulquería conmovida, ¿y no le has vengado? ¡Has sido muy cobarde! En seguida debías haber amado a otro, y te hubieras curado olvidando.

— Sí, pero habría vuelto a comenzar la misma vida de miseria y de desesperación al lado del otro, ¡Extraño linaje de venganza!

— En tu primera pasión debiste tener a lo menos horas de embriaguez, y días de esperanza que hubieras vuelto a hallaren la segunda, y el ingrato que te había lacerado habría sufrido mortalmente viéndole revivir.

— ¿Y qué habría sacado yo desús sufrimientos? Amas, ¿te parece que tan fácilmente habría creído en mi nueva ventura? ¿No sabía ya que había apurado toda mi vida, y que has tan largas fatigas mi alma iba a parar en el reposo de la muerte?

¡No, tu alma no ha conocido ese reposo, Lelia porque sufres de continuo y sientes haber perdido, y nuevamente deseas una dicha que ya no quieres buscar: tú quisieras amar siempre, ¿que es lo que digo? tú amas aún porque tu corazón se devora; pero amas sin objeto.

— ¡Ay ¡demasiado cierto es por mi desgracia lo que dices, respondió Lelia con abatimiento, y sin embargo he hecho cuanto me ha sido posible para extinguir el principio de amor: he procurado helar mi corazón por medio de la soledad, de la austeridad y de la meditación, y no he conseguido sino fatigarme más y unas, sin poder arrancar de mi ola vida. MI entendimiento no ha sacado nada de mis esfuerzos contra mis sentimientos, y he caído en un abismo de dudas y contradicciones. Escucha su deplorable historia.

Quise entregarme sin reserva a la incuria de este estado de desaliento, y me retiré a la soledad de un vasto monasterio abandonado y medio destruido por las borrascas de las revoluciones, que se me presentó como un retiro imponente y profundo situado en una de mis posesiones. Aposentóme en una celdilla de la parte más bien conservada del edificio, la cual había pertenecido en sus tiempos al prior de la comunidad que allí vivía. En las paredes se veían aún los agujeros de los clavos que habían sostenido el crucifijo, y las rodillas hincadas durante la oración habían marcado su huella en el piso, debajo del símbolo de la redención. Amueblé aquel cuarto con las austeras insignias de la fe católica, que fueron un lecho a manera de ataúd, un reloj de arena, una calavera y estampas de santos y de mártires que elevaban al Señor sus manos ensangrentadas. Con estos oír jetos lúgubres que me rodeaban y decían que había muerto ya para las pasiones humanas, confundí los más alegres atributos de una vida de poeta y de naturalista, como libros, instrumentos de música y vasos llenos de flores.

Aquel país carecía de aparente belleza, pues yo lo había preferido desde luego por su informe tristeza, y por el sí, léñelo de sus vastas llanuras, esperando desprenderme en la tectamente de toda viva emoción, y de cualquier admiración exaltada. Deseosa y ávida de reposo, ese poder fingir sin fatiga y sin riesgo mis miradas por aquellos iguales horizontes y sobre un mar de brezos y matorrales cuya indigente inmensidad interrumpían apenas una encina desmedrada, un azulado pantano ó tal cual montecillo de arenas sin color fijo.

También esperaba que en tan absoluto aislamiento, con, tan rústicos y pobres hábitos como los que me imponía! lejos de todos los ecos de la civilización, hallaría el olvido lo pasado, y el descuido por el porvenir, pues me quedaba poca fuerza para sentir haber perdido y menos aún para desear. Quise tenerme por muerta y sepultarme en aquellas rumbas, a fin de congelarme enteramente y volver al mundo en estado de completa invulnerabilidad.

Para llegar más seguramente al estoicismo del alma comencé por el del cuerpo: había vivido en medio del lujo, y me propuse hacerme absolutamente invencible, acostumbándome a los rigores materiales de una vida de cenobita. Despedí a todos los sirvientes inútiles, y no quise recibir la «mida y lo demás necesario para mi existencia más que de manos de una persona invisible, que pasando cada mañana por las abandonadas galerías del claustro hasta llegar a una capillita hecha fuera de mi habitación, se volvía desde luego sin haber tenido conmigo la menor comunicación directa.

Reducida a la más frugal manutención, obligada a cuidar por mi misma de la salubridad de mi morada y de la conservación de mi vida, y rodeada de objetos exteriores los más severos, quise imponerme una obligación más fuerte toda. Háblame acostumbrado al movimiento y a la actividad incessante y fácil que presta la riqueza y gustábanme los ejercicios rápidos, como la fogosa marcha de los caballos, “viajes, el aire libre y la estrepitosa caza; para marearme y extinguir el ardor de mis pensamientos me sometí a una reclusión voluntaria, y mentalmente levanté otra vez las desmoronadas tapias del monasterio, rodeé una barrera invencible y sagrada el patio expuesto a los vientos, de límites a mis pasos y medí el espacio que me concentraba por todo un año. Los días en que sentía de tal manera agitada que desconocía la línea de imaginaria demarcación formada en derredor de mi primer la hacia otra vez con señales visibles, arrancando las ramas de yedra y de clemátida de las decrepitas murallas, fiándolos por el suelo en los sitios que me había propuesto no traspasar. Entonces, segura por el miedo de faltar a mis juramentos, hallábame cerrada en mi recinto tan

seguramente como si hubiese estado dentro de un calabozo.

Por algún tiempo de resignación y de puntualidad descansé de los pasados sufrimientos, adquirí una grande calma, y mi espirital se durmió apaciblemente bajo el imperio de una resolución bien hecha; pero mis facultades

que el reposo renovó, se despertaron poco a poco y exigieron imperiosamente ejercicio. Queriendo combatir mi poderío lo había acrecentado, pues cubriendo con cenizas una moribunda chispa, la había conservado sus principios de vida y había conservado en el rescoldo un fuego bastante intenso para producir un vasto incendio. Sintíendome renacer, no me espanté bastante ni me reprimí por el recuerdo de las sujeciones que me habían impuesto sobre mi tumba. Hubiera debido consagrar este áspero trabajo a destruir la importancia de todas las cosas a mi vista, y en hacer nulo a mis sentidos todo afecto exterior. En vez de esto la soledad y la meditación me crearon sentidos nuevos y facultades que antes no conocía. Al principio no pensé en contrariarlas porque juzgué que no harían más que substituir a 1” que me habían extraviado y las recibí como un beneficio del cielo, cuando debiera haberlas repelido como una sugestión del infierno.

Recobró mi cerebro la poesía, pero engañosa y falsa, lomo otros colores y se insinuó bajo otras formas, embelleciendo cosas que hasta entonces no habían tenido para mí lustre ni valor alguno. Nunca hubiera creído que una indiferencia inactiva por ciertas fases de la vida debiese inspirarle deseo é interés por cosas poco antes desapercibidas, y, sin embargo, esto fue lo que me sucedió: la regularidad queme impuse como un cilicio fuéme suave y buena como una cama blanda. Contemplé con orgulloso placer aquella para obediencia de una parte de mí misma y el prolongado poder de la otra; ¡santa abnegación de la materia y reino magnífico de la voluntad tranquila y penitente.

Antes había despreciado el método en el estudio, y cuando me lo impuse en mi retiro me lisonjeé con que mis pensamientos perderían parte de su vigor; pero su tuerza se redobló organizándose mejor en mi, cerebro. Separándose unos de otros tomaron formas más completas, y después de haber vagado en un mundo de vagas percepciones, se des arrollaron remontando a la fuente de cada cosa y cobraron una energía singular en la costumbre y la necesidad de las investigaciones. Esta fue mi desgracia mayor, pues llegue al escepticismo por medio de la poesía y a la duda por el entusiasmo. De esta suerte el estudio sistemático de la naturaleza me condujo a la vez a alabar a Dios y a blasfemar de él. Al principio no busqué en sus obras más que el sentimiento de la admiración, pues mi complaciente poesía repelía los repugnantes excesos de la creación ó se esforzaba en revestirlos de una grandeza sombría y salvaje. Cuan. do empezó a examinar atentamente la

naturaleza y a contemplarla de todos modos con ojos fríos y un pensamiento imparcial de análisis, hallé más ingenioso, sabio é inmenso el pensamiento que había presidido a la creación, me arrodillé penetrada de una fe más viva, y bendiciendo al autor de este universo, nuevo para mí, le rogué que se revelase oír a vez. Continué aprendiendo y analizando; pero la ciencia es un abismo al que se debe bajar con prudencia.

Cuando después de haber examinado con embriaguez la Magnificencia de los colores y de las formas que concurren a la formación del universo, supe lo que tiene de incompleto, impotente y miserable cada clase de seres, cuando reconocí que la belleza iba acompañada de la debilidad en unos, que en otros la estupidez destruía las ventajas de la fuerza, que ninguno estaba organizado para completa seguridad y completo goce, que todos tenían que cumplir en el mundo una misión de desgracia, y que una necesidad fatal presidía este espantoso concurso de sufrimientos, se apoderó de mí el espanto y sentí un instante la necesidad de negar a Dios para no verme obligada a aborrecerle.

Luego volví a él por el examen de mi propia fuerza, y hallé un principio divino en esa riqueza de energía física con que soportan los animales las inclemencias de la naturaleza, y en este poder de orgullo y decisión con que el hombre repele ó admite los tremendos mandatos de la divinidad.

Indecisa entre la fe y el ateísmo, perdí el reposo y varias veces en un solo día pasé de un estado de tierna disposición a otro de disposición odiosa. Cuando uno llega a colocarse en los límites de la negación y de la afirmación y se cree haber alcanzado la sabiduría, está muy cerca de la locura, porque no se tiene más medio de adelanto que la perfección, que es imposible, ó ¡a razón instintiva, que no estando sumisa a la reflexión puede conducirnos al delirio.

Caí pues en violentas agitaciones y como todo sufrimiento humano ha de contemplarse y plañirse, volví a colocarme de mí a los objetos de mi examen la religiosa poesía. Siendo el principal efecto del sentido poético la exageración, tomaron mayor cuerpo todos los males en mi derredor, y reveláronse todos Los bienes por medio de emociones tan vivas, que se parecían al dolor, y hasta este mismo, que me aparecía bajo un aspecto más vasto y más terrible, me hizo profundos abismos en donde se sepultaron mis vanos ensueños de sabiduría y mis efímeras esperanzas de reposo.

A veces iba a contemplar la puesta del sol desde lo alto de una azotea medio desmoronada, parte de la cual se veía rodeada y como sostenida por esculturas monstruosas de aquellas que el catolicismo ponía en otro tiempo en la parte exterior de los edificios consagrados al culto. Estas extrañas alegorías alargaban bajo mis pies sus cabezas ennegrecidas por el tiempo, y parecían inclinarse como yo hacia la llanura para mirar silenciosamente como corrían las aguas, los siglos y las generaciones. Aquellos grifos cubiertos de escamas, aquellos lagartos de hermoso cuerpo, quimeras llenas de angustia, emblemas del pecado, de la ilusión y del sufrimiento, vivían conmigo de una vida fatal, inerte ó indestructible. Cuando caía un rayo del sol poniente sobre sus farnas raras y caprichosas parecíame que se henchían sus ijares y que sus espantosas caras se contraían en medio de nuevos tormentos, y contemplando sus cuerpos pegados a aquellas masas inmensas de piedra que ni la mano de los hombres ni la del tiempo habían podido mover, me identificaba con aquellas imágenes de la eterna lucha entre el dolor y la necesidad, entre la rabia y la impotencia.

Hasta muy lejos y desde el pie de los parduzcos y angulosos paredones del monasterio, el llano quieto y monótono desplegaba sus infinitas perspectivas, sobre las cuales el sol poniente derramaba sus vastísimas luces. Cuando había desaparecido lentamente detrás de los incalculables límites del horizonte, remontábanse al cielo azuladas brumas ligeramente purpurinas y el negro llano parecía una mortaja inmensa tendida a mis pies: solo el vienteillo encorbaba los flexibles matorrales y les hacía ondular como un lago. a veces en aquella profundidad sin límites no se oía más ruido que el de un riachuelo que murmuraba entre guijas, el graznido de algunas aves de rapiña ó la voz de las plañideras brisas encerradas bajo los centros del claustro. Rara vez venía a mugir y divagar inquieta en torno de aquellas ruinas alguna vaca extraviada, para dirigir una mirada salvaje a las tierras incultas y sin asilo por donde se había arriesgado. Solo una vez, y aún guiado por el sonido del esquilón, vino un chiquillo a buscar una de las cabras de su halo en el interior de mi cercado. Yo me escondí para que no me viese. La noche se hacía más y más oscura bajo las húmedas y sonoras galerías: el pastorcillo se detuvo al principio como espantado del ruido de sus pasos que resonaban bajo las bóvedas; pero recobrado luego de su sorpresa, se acercó cantando hasta donde estaba la cabra saboreando las salitrosas plantas que crecían entre los escombros. El movimiento de otra persona diferente de mi en aquel santuario me fue odioso, el ruido de la arena que (rugía bajo

sus pies y el eco de su voz me parecieron otros tantos insultos y profanaciones al templo cuyo culto habia restablecido yo misteriosamente, y en donde sola y a los pies de Dios, había yo recommenzado el comercio del alma con el cielo.

Al llegar la primavera, cuando la atocha se cubrió de flores, cuando las malvas exhalaban su dulce olor cerca de los estanques, y las golondrinas llenaron de ruido y de movimiento los espacios del aire y las alturas más inaccesibles de las torres, la campiña recobró un aspecto de magestad infinita y perfumes de embriagador deleite. La voz lejana de los rebaños y de los perros despertó con más frecuencia los ecos de las ruinas, y la alondra entonó a la madrugada cantos tiernos y suaves a manera de cánticos. Hasta los paredones del monasterio se vistieron de nuevo con las verdes ramas que echaban desde las húmedas grietas la viperina y la parietaria: los alelíes embalsamaron el ambiente, y en el abandonado jardín algunos centenarios frutales que habían sobrevivido a la devastación, sacaron vástagos blancos y de color de rosa de sus angulosas ramas cubiertas de musgo. Hasta la caña de los macizos pilares se cubrió con aquellos tapices de ricas y diversas variantes con que las plantas microscópicas engendradas por la humedad adornan las ruinas y las construcciones subterráneas.

lo habia estudiado el misterio de todas esas reproducciones animales y vegetales, y pensé haberme enfríado la imaginación por medio del análisis; pero la naturaleza me hizo sentir su poder al reaparecer más hermosa y más joven. Burlóse de mis orgullosos trabajos, y subyugó aquellas mezquinas facultades que se vanagloriaban de no pertenecer ya más que a la ciencia. Creer que la ciencia ahoga la admiración es un error, y más aún el pensar que la vista del poeta se extingue a medida que la del naturalista abarca un horizonte más vasto. El eximen, que tantas creencias destruye, produce creencias nuevas por medio de la luz. El estudio me habia descubierto tesoros, al propio tiempo que me habia quitado ilusiones, y mi corazón en vez de empobrecerse sé habia renovado. Los esplendores y perfumes de la primavera, la excitante influencia de un sol tibio y de un aire puro, y la inexplicable simpatía que se apodera de la lumbre cuando la tierra exhala vida y amor por iodos sus poros, me causaron nuevas angustias. Volví a sentir el aguijón de la inquietud y parecióme que recobraba vida y que aún podría amar, pues una segunda juventud más entusiasta que la primera hacia palpar mí corazón con una violencia desconocida. Lo que en mi-pasaba me

asustaba y. daba gozo a la vez, y yo rae abandonaba a esta turbación extática sin saber cómo saldría de ella.

Luego, con la reflexión me volvía el espanto, y recordaba los deplorables infortunios de mi existencia, al mismo tiempo que me hacían incapaz de confiar en lo futuro los desastres de lo pasado. Todo tenía que temerlo: hombres y cosas, y a mí misma, sobre todo. Los hombres no me debían comprender, y las cosas tenían que lastimarme do continuo, porque yo no podía levantarme ó abatirme al nivel de los hombres y de las cosas, y a más de esto el hastío, de lo presente rae sorprendía y sojuzgaba con todo su peso. MI retiro tan austero, poético y hermoso, me parecía terrible algunos días, y el voto que me tenía presa en él voluntariamente, se me presentaba como una horrorosa necesidad, y en aquel monasterio sin cercado y sin puertas, sufría yo la misma tortura que un religioso cautivo dentro de tapias, puertas y rejas.

En estas alternativas de deseo y de temor, en esta violenta ucha de la voluntad contra mí misma, consumía mi fuerza a medida que se renovaba, y sufría el desaliento y la fatiga de la experiencia sin probar cosa ninguna. Cuando se hacía sobrado intensa la necesidad de vivir y de obrar, dejaba que me devorase hasta que por si misma se agotaba, y pasaba noches enteras con el trabajo de la resignación. Echada sobre la losa de los sepulcros, me abandonaba a un llanto sin causa ni objeto aparente, pero las lágrimas provenían del profundo tedio de un corazón sin alimento.

A veces me sorprendía en el descubierto recinto de la capilla una lluvia de borrasca, y neme quería mover por ello

esperando sacar alivio de su contacto. Al apuntar el ella, me hallaba allí con frecuencia quebrantada de cansancio, más pálida que el alba, sucios los vestidos, y si su fuerza para levantar mis enmarañados cabellos, de los cuales el agua chorreaba.

Otras veces procuraba consolarme dando gritos de dolor y de cólera, y las aves nocturnas huían espantadas ó me respondían dando gemidos salvajes. Repetido el ruido de bóveda en bóveda hacia temblar las vacilantes ruinas, y las piedras que se desprendían de la parte superior de los montones de escombros, parecían decirme que el edificio entero iba a caer sobre mi cabeza. ¡Oh! entonces lo hubiera querido: redoblaba yo mis gritos, y los paredones que repelían el sonido de mi voz más terrible y desgarradora, parecían Ja



mansión de legiones de réprobos encargados de responderme para blasfemar conmigo.

Á tan terribles noches seguíanse días de tétrico silencio, y si llegaba a dormir algunas, venia Iras del sueño un profundo entorpecimiento que me hacía incapaz por todo el día de voluntad y de interés, cualquiera que fuese. En tales momentos mi vida se parecía a la de los religiosos embrutecidos por la costumbre y la sumisión. Andaba lentamente y durante un tiempo limitado; cantaba salmos cuya armonía acallaba mis sufrimientos, sin que el sentido de las palabras llegase a mi alma; complacíame en criar flores en las partes escarpadas de aquellas rústicas construcciones en donde hallaban arena y cimienta pulverizado para hundir sus raíces; contemplaba el trabajo de las golondrinas, y guardaba su nido del gorrión y del paro., y entonces se borraban de mi memoria los gritos de las humanas pasiones. Seguía maquinalmente y por costumbre la línea de voluntario cautiverio trazada por mí en la arena, y tanto pensaba en pasarla como si allende no hubiese habido mundo.

También tenía días de calma y de razón bien sentida, porque la religión de Jesucristo que yo tengo conformada a mí inteligencia y a mis necesidades, derramaba una dulce suavidad y un verdadero enternecimiento sobre las heridas de mi alma. Yo no me he cuidado jamás de saber si el grado de divinidad que le ha tocado al alma humana autoriza ó no a los hombres para que se llamen profetas, semidioses ó redentores. Baco, Moisés, Confucio, Mahoma y Lotero cumplieron grandes misiones sobre la tierra, y dieron violentos empujes a la marcha del espíritu humano en el curso de los siglos. ¿Eran semejantes nuestros aquellos hombres por quienes pensamos y vivimos hoy día? Aquellos colosos cuyo poder moral organizó las sociedades, no tenían una naturaleza más excelente, más pura y más celeste que la nuestra. SI no se niega a Dios ni la esencia del hombre intelectual, ¿hay derecho para negar y desconocer sus obras más hermosas? El que, nacido entre los hombres, vivió sin flaquezas ni pecados, el que dictó el Evangelio y transformó la moral humana para una larga serie de siglos, ¿tío se puede decir que es en efecto el hijo de Dios?

Dios nos envía alternativamente hombres poderosos por el mal, y hombres poderosos por el bien. La suprema voluntad que rige el universo, cuando quiere que el espíritu humano dé un gran paso hacia delante ó hacia atrás en una parte del globo, puede sin esperar la marcha austera de los siglos, y

el tardío trabajo de las causas naturales, obrar esas bruscas transiciones por medio del brazo ó de la palabra de un hombre criado expresamente.

SI Jesús puse su pie desnudo y lleno de polvo sobre la diadema de oro de los fariseos, si destruye la ley antigua y anuncia a los siglos futuros esa grande ley del espiritualismo, necesaria para regenerar una raza enervada, si se levanta como un gigante en la historia de los hombres y la divide en dos reinos, el de los sentidos y el de las ideas, si aniquila con su mano inflexible todo el poder animal del hombre y abre para su espíritu una nueva carrera inmensa, incomprensible, y tal vez eterna, creyendo en Dios, ¿no os pondréis de rodillas y diréis; Ese es el Verbo que estaba con Dios desde el principio de los siglos? De Dios salió y a Dios vuelve; para siempre está con él sentarlo a su derecha, porque ha rescatado a los hombres. Dios que envió a Jesús desde el cielo, Jesús que era Dios en la tierra, y el espíritu de Dios que estaba en Jesús y llenaba el espacio entre Jesús y Dios, ¿no son una trinidad simple, indivisible y necesaria a la existencia del Cristo y a su reino? Todo hombre que cree y ruega, todo hombre a quien la fe pone en comunión con Dios, ¿no presenta un reflejo de esa trinidad misteriosa, más ó menos débil según el poder de las revelaciones del espíritu celeste al espíritu humano? El alma, el vuelo del alma hacia un fin increado, y el misterioso fin de ese sublime vuelo, ¿no son Dios revelado en tres, distintas enseñanzas: la fuerza la lucha y la conquista?

Este triplo símbolo de la Divinidad indicado en la humanidad entera pudo producirse una voz espléndido y completo entre Jesús, el padre del mundo y el espíritu santo, figurado por la fe católica bajo la forma de una paloma, para significar que el amor es el alma del universo.

— Estas misteriosas alegorías que hacen sonreír, respondió Pulqueria. ¡Cata ahí como sois, almas escogidas, puras esencias! Os es preciso ver y comentar el gran libro de la creación y someter la palabra sagrada a las interpretaciones de vuestra orgullosa filosofía. Y cuando a fuerza de sutilezas lográis dar un sentido que os plazca a los misterios divinos, entonces consentís en inclinaros ante la nueva fe que os habréis explicado a vuestro modo y rehecho para vuestro uso. Solo queréis prosternaros ante vuestras obras; confiárselo Lelia.

— Tampoco lo negaré, hermana mía; pero ¿qué importa si para nosotros es el único refugio para creer y esperar? ¡Dichosos los que pueden some-

terse a la letra sin el auxilio del espíritu ¡¡Dichosas las meditaciones sensibles y locas que conducen el espíritu rebelde a la sumisión ante la letra! Por lo que a mí loca, yo hallaba en los ritos y emblemas de este culto una poesía sublime y un manantial perenne de ternura. La forma y disposición de los templos católicos, la decoración algo teatral de los altares, la magnificencia de los sacerdotes, los cantos, los perfumes, los intervalos de recogimiento y de silencio y ese antiguo esplendor que es un reflejo de las costumbres paganas en medio de las cuales nació la Iglesia, me han llenado de respeto siempre que me han sobrecogido en una disposición ¡ni parcial.

La abadía estaba desnuda y devastada; pero errando un día entre los escombros descubrí la entrada de un subterráneo, que gracias a su situación y hechura se salvó de los ultrajes de un tiempo de delirio y de destrucción. Abriéndome paso entre el cascote y escombros que lo obstruían, pude llegar al pie de una escalera angosta y oscura que conducía a una capilla subterránea de exquisito trabajo é intacta conservación.

La bóveda era tan sólida que resistía al peso de un montón enorme de escombros, la humedad había respetado las pinturas, y en un reclinatorio de encina esculpida distinguíase entre la sombra no sé que sombrío vestido de religioso que parecía abandonado allí el día anterior. Me acerqué y bajé la cabeza para mirarlo, y entonces bajo los pliegues del lino y del estambre distinguí la forma y la actitud de un hombre arrodillado: su cabeza inclinada sobre sus plegadas manos, estaba metida dentro de una capucha negra, y parecía sumergido en tan profundo é imponente recogimiento, que retrocedí llena de superstición y de terror. No me atrevía a hacer un movimiento, porque el aire exterior que había hallado paso en mi entrada agitaba el empolvado vestido y el hombre parecía moverse como si se hubiese querido levantar.

¿Era posible que hubiese sobrevivido al degüello de sus hermanos y existido treinta años, confinado por el dolor y la austeridad en aquellos subterráneos cuyas salidas yo ignoraba y también su profundidad? Lo creí por un momento, y temiendo interrumpir su meditación me quedé inmóvil y encadenada por el respeto, pensando lo que iba a decirle y pronta a retirarme sin osarle hablar. Pero a medida que mis ojos se acostumbraron a la oscuridad distinguí que los pliegues de la estofa caían llanos sobre miembros flacos y angulosos. Entonces comprendí el misterio de que yo era testigo, y puse respetuosamente la mano sobre aquella reliquia de Santo; pero apenas hube

tocado la capucha, se deshizo en polvo y hallé el cráneo descarnado y frío de un esqueleto humano. Cosa espantosa y sublime de ver por primera vez era. la cabeza de aquel monje en que el aire agitaba todavía algunas mechas de cabellos canosos, y cuya barba se enlazaba con las descarnadas falanges de las manos cruzadas que la sostenían. Algunos subterráneos impregnados de una gran cantidad de salitre tienen la propiedad de desecar los cuerpos y conservarlos enteros durante siglos: muchos cadáveres se han encontrado incorruptos por estas causas naturales. La piel amarilla y trasparente como un pergamino se pega y adhiere a los músculos duros y contraídos, las membranas de los labios se pliegan cabe los dientes sólidos y brillantes, las pestañas se mantienen en derredor delos ojos sin esmalte y sin color, las facciones conservan una especie de fisonomía austera y tranquila, la frente lisa y tirante posee uno lúgubre magestad, los miembros conservan la inflexible actitud en que la muerte les sorprendió, los tristes restos del hombre guardan un carácter de grandeza que no se pudiera negar, y mirándole con atención no parece imposible' que se llegue a despertar.

Al cadáver que yo tenía a la vista se añadía algo de más sublime aún a causa de su situación. Aquel religioso, muerto sin convulsiones y sin agonía en la calma de la oración, me parecía cubierto con una aureola de gloria. ¿A qué debió suceder en torno suyo en los últimos instantes de su vida? ¿Condenado a una inflexible penitencia por alguna noble falla se habia dormido en el Señor, confiado y con resignación, en el fondo del in pace, mientras que sus hermanos desapiadados cantaban el himno de los muertos

sobre su cabeza? Esta suposición se desvaneció cuando vi que no bahía parte alguna tapiada en aquella capilla, que consagrada al culto, no tenía apariencia alguna de calabozo. Entonces era la borrasca revolucionaria la que había sorprendido al mártir en su retiro. Tal vez había bajado allí al oír los gritos feroces del pueblo, para librarse de sus profanaciones ó para recibir el último golpe en las gradas del altar; pero no habia en él herida alguna que lo indicase. Entonces pensé que el desmoronamiento de las parles superiores del edificio, bajo la mano furiosa de los vencedores, le había cortado la salida y que tuvo que resignarse al suplicio de las vestales. Habia muerto sin tortura y acaso con gozo en medio de aquellos días terribles en que la muerte era un beneficio hasta para los más incrédulos, y volvió su alma a Dios prosternado delante de un crucifijo y rogando por sus verdugos.

Aquella reliquia, la capilla y el crucifijo fueron para mis sagrados, y con frecuencia fui a apagar el ardor de mis pensamientos bajo aquella bóveda oscura y fría. Cubrí con un nuevo vestido el cuerpo sagrado del monje, y junto a él me arrodillaba todos los días hablándole a veces en voz alta como a un compañero de dolor y de destierro en medio (¡lelas agitaciones de mi sufrimiento. Tomé al cadáver un afecto santo y loco; con él me confesaba, departía con él sobre las angustias de mi alma, pedíale que me sirviese de intercesor para reconciliarme con el cielo y con frecuencia le vi pasar en mis sueños por delante de mi lecho como el espíritu de las visiones de Job, y le oí murmuraren voz débil como la brisa palabras de terror ó de esperanza.

Quería también en aquella capilla a un gran Cristo de mármol, que colocado dentro de un nicho debía haber estado inundado de luz en otro tiempo por una abertura superior, pero obstruida ya para siempre, solo pasaban algunos débiles rayos por los intersticios de las piedras amontonadas en desorden en la parte exterior, y su luz ilaca y precaria derramaba una tristeza singular en la hermosa y pálida frente del crucificado. Yo me complacía en la contemplación de aquel símbolo poético y doloroso. ¿Puede haber cosa más tierna en el mundo queja imagen de un tormento físico coronada por la expresión de una celeste alegría? ¿Qué mayor pensamiento, qué más profundo emblema que ese Dios mártir bañado en sangre y en lágrimas, con los brazos hácia el cielo? ¡Ó imagen del sufrimiento puesta en una cruz y elevada como una oración ó como un incienso de la tierra al cielo! ¡Ofrenda expiatoria del dolor que se levanta sangrienta y desnuda hácia el trono del altísimo!; Esperanza radiante, cruz simbólica, en donde se extienden y descansan los miembros quebrantados por el suplicio ' ¡Guirnalda de espinas, que ciñes el cráneo, santuario de la inteligencia, diadema fatal impuesta al poder del hombre! ¡Cuántas veces os he invocado, cruz y corona, y cuántas me he prosternado en vuestra presencia! Mi alma se ha ofrecido frecuentemente a la cruz, ha derramado sangre bajo las espinas y ha adorado bajo el nombre do Cristo el sufrimiento humano elevado por la esperanza divina y la resignación, esto es, la aceptación de Ja vida humana, ¡y la redención, que es como si dijéramos la calma en la agonía y la esperanza en la muerte!

El segundo invierno fue menos bueno que el primero porque el año siguiente me abandonó la pasiva resignación con que habia trabajado al principio para hacerme llevadera la vida entre privaciones y en el aislamiento. La

indolencia y las meditaciones del estro habían cambiado la situación de mi espíritu: sentíame más fuerte; pero también más irritable, más accesible al sufrimiento, pero menos calmada para sufrirlo y más perezosa para evitarlo, Todos los rigores que me había impuesto con gozo se me hacían amargos y ya no disfrutaba aquel orgulloso predominio que me había sostenido al principio.

La brevedad de los días me impedía el triste placer de meditar en la azotea, y desde el fondo de mi celdilla, en donde pasaba las largas horas de la noche, sentía como lloraba lúgubre brisa. ¡Cuántas veces, cansada de los esfuerzos que hacía para aislarme de los objetos exteriores é incapaz de atención en el estudio ó de calma en la reflexión, me dejé dominar por la tristeza de mis impresiones exteriores! Sentada en el alféizar de mi ventana veía como se elevaba la luna sobre los nevados techos y de que modo relucían a su luz las agujas de hielo que colgaban de las recortadas esculturas de los claustros. Aquellas noches frías y brillantes tenían un carácter de desolación de que no se puede dar idea alguna. Cuando callaba el viento reinaba sobre el edificio un silencio de muerte, la nieve se desgajaba sin ruido de las ramas de los antiguos tejos y caía en silenciosos copos sobre las ramas inferiores. Se hubieran podido remover todos los escombros que cubrían los patios sin despertar un ser animado, sin oír silbar una culebra ó arrastrar un insecto.

En aquella tétrica soledad se desnaturalizó mi carácter, degeneró en apatía la resignación, la actividad de los pensamientos se convirtió en desorden, y llenaron alternativamente mi cerebro las ideas más abstractas, más confusas y espantosas. En vano procuré replegarme en mí misma y vivir en lo presente, yo no sé qué vago fantasma del porvenir flotaba en todos mis ensueños y me atormentaba la razón. Decíame que el porvenir debía tener para mí una forma conocida, que no debía admitirlo sino formado por mí misma, y que tenía que calcarlo sobre la actualidad que yo misma me había formado. Pero luego vi que para mí no hacía actualidad y que mi alma hacía vanos esfuerzos para contenerse en aquella cárcel, porque erraba siempre fuera de ella, siéndole necesario un universo que agotaría el mismo fin que le fuera dado. Sentí por fin que la Ocupación de mí fin era volverme de continuo a los gozos perdidos ó a los que todavía podía alcanzar. Los que había buscado en la soledad se me escapaban, y allí como en todas partes hallaba amarga la hez en el fondo del vaso.

MI voto espiró a fines de un ardiente estío, y vi llegar su fin con una mezcla de deseo y de espanto que alteró sensiblemente mi salud y mi razón.

Sentía una necesidad increíble de movimiento y pedía la vida con ardor, sin pensar que vivía ya demasiado y que sufría de exceso de vida.

Al fin y al cabo, me decía a mi misma, ¿qué es lo que puedo bailar en la vida cuya nada no haya sondeado ya? ¿qué placeres cuyo vacío no haya descubierto? ¿qué creencias que no estén desvanecidas ante mi severo examen? ¿Pediré a los hombres la calma que no he podido hallar en la soledad? ¿Me darán lo que me ha rehusado Dios? SI me extenúo otra vez el corazón en busca de un vano ensueño y abandono el retiro a que me he condenado para buscar más desengaños, ¿en dónde hallaré otro asilo contra la desesperación? ¿Qué esperanza religiosa ó filosófica podrá sonreírme ó acogermey, cuando habré penetrado el fondo de todas mis ilusiones, y adquirido la completa é irrecusable prueba de mi nada?

Y sin embargo, añadía, ¿de qué sirve el retiro? ¿de que la reflexión? ¿He sufrido menos por ventura entre estos arruinados sepulcros que entre las pompas humanas? ¿Que significa una filosofía estoica que no le sirve al hombre más que como manantial de nuevos padecimientos? ¿Qué significa una religión expiatoria y plañidera que en vez de evitar el dolor lo busca? ¿No es esto el colmo de! orgullo ó de la locura? Sin estos refinamientos del pensamiento, entregados los hombres a los placeres de los sentidos y nada más, ¿no serían más felices y más grandes? ¡Tal vez reprueba Dios esta supuesta elevación del espíritu humano, y acaso el dia de la justicia la mostrará su gran desprecie!

En medio de esta irresolución, buscaba en los libros guía para mi flotante voluntad: las sencillas poesías de las primitivas edades, los voluptuosos cantos de Salomen, lascivas pastorales de Longus y la filosofía erótica de Anacreonte, me parecían a veces mucho más religiosas en su desnudez sublime que los místicos suspiros. y el fanático histérico de Santa Teresa. Pero con mayor frecuencia me arrastraba una simpatía más inmediata a los libros ascéticos, y volvía siempre a las espirituales impresiones del cristianismo por más que quería separarme de ellas. En el espíritu no tenía más que una juventud pasajera para estremecerme con los cánticos de la esposa y para sonreír a los abrazos de Dafne y Cloe, porque bastaba un instante para gas-

tar aquel calor facticio que no alimentaba una verdadera sencillez de corazón, ni se renovaba con los rayos de un sol de Oriente. Gustábame leer las vidas de los santos, hermosos poemas y peligrosas novelas en donde la humanidad aparece tan grande y tan fuerte, que luego no se puede menos de abajarse y mirar a los hombres tales como son en el mundo. Amaba yo aquellos retiros eternos y profundos, aquellos piadosos dolores cobijados en el misterio de una celda, aquellas grandes renunciaciones y terribles expiaciones, y todas aquellas acciones locas y magníficas que consuelan los males vulgares de la vida por un noble sentimiento de halagado orgullo. También me deleitaba la lectura de los consuelos dulces y tiernos que recibían los solitarios en el secreto de su alma, de las conversaciones intimas de los fieles y del Espíritu Santo en la noche de los templos y las sencillas correspondencias de Francisco de Sales y de María de Chantal; pero sobre todo, las expansiones llenas de austero amor y de soñadora metafísica entre Dios y el hombre, entre Jesús sacramentado y el incógnito autor de la Imitación.

Estos libros estaban llenos de meditación, de ternura y de poesía, y embellecían la soledad, porque prometían la grandeza en el aislamiento, la paz en el trabajo, y el reposo del espíritu en la fatiga del cuerpo. Hallaba yo en ellos el reflejo de tal ventura y la estampa de una sabiduría tan deliciosa, que leyéndolos recobraba la esperanza de llegar al Mismo fin: decíame a mí misma que aquellos hombres sanos habían sentido lo mismo que yo, grandes tentaciones de salvar al mundo, pero que las habían vencido animosamente; añadía que renunciaré mi obra después de dos años de combates y de triunfos, era perder el fruto de tan costosos esfuerzos y obrar aún con más locura que cobardía, en vez de que prosiguiendo mi resolución, y renovando mi voto para más ó menos tiempo, talvez recogería luego los frutos de mi perseverancia. Pensaba que volviendo a la sociedad, quizás me perdería para siempre, y que esperando algunos días más en el fondo de mi claustro, iba a entrar sin duda alguna en el número de los elegidos.

Tras estos largos combates en que se apuraba mi razón, caía en el desaliento, y me preguntaba riendo con desprecio de mí misma, si era tan importante mi vida que se tuviese que defender de tal manera y hubiesen de pasearse sus restos por entre tantas borrascas.

Con esta irresolución llegué hasta cerca de la primavera, y cuando espiró mi voto para acabar de golpe mis angustias, adopté un término medio, pues me acogí a la inercia que sigue siempre a la zaga de las grandes emociones,



y dejé pasar días sin fijar mi porvenir, esperando que al despertar mis facultades me lanzasen en la vida ó me encadenasen en el olvido.

En efecto, no tardé en sentir los aguijones de esta inquietud peligrosa que ya me habia hecho sufrir tantos males. Conocí un día que se me habia devuelto mi libertad, que ya ningún juramento me consagraba a Dios, que pertenecía a la humanidad, y que acaso era ya tiempo de volver a ella si no quería perder enteramente el uso de mi corazón y de mi inteligencia. Los días de abatimiento, tan frecuentes en mi vida, me dejaban un grande espanto, y me debatía alternativamente con el miedo del idiotismo y con el de la locura.

Una tarde me sentí profundamente trastornada en mi religiosa, y de la duda pasé al ateísmo: viví algunas horas bajo el encanto de un sentimiento de inconcebible orgullo y desde su altura caí luego en los abismos del terror y la desolación. Entonces sentí que el vicio y el crimen estaban próximos a entrar en mi vida, si perdía la esperanza celeste, única que basta entonces me habia hecho soportar a los hombres.

Retumbó el trueno sobre mi cabeza en la primera borrasca de la primavera, una de aquellas que a veces trastornan inopinadamente los días frescos del roes de abril. Yo nunca he oído tronar ni visto cruzar el rayo las nubes, sin que un sentimiento de admiración y de entusiasmo no me haya restituido el instinto de la fe. Me estremecí involuntariamente, y sobrecogida de un terror sabio, exclamé según costumbre: — Eres grande, Dios mío, los rayos están bajo tus pies, y de tu frente emana la luz....

bu borrasca aumentaba, y roe dirigí a mi celda, único lugar bien cubierto de la abadía. Hizose pronto de noche, diluviaba, mugía el viento sin interrupción en los largos corredores, y los pálidos relámpagos se extinguían bajo las nubes que se rasgaban por todas partes. Entonces en mi aislamiento, en la seguridad de mi albergue, y en la calma austera peroneal que me rodeaba en medio del desorden de los elementos, hallé un sentimiento de inefable bienestar, y de apasionada gratitud al cielo. El huracán levantaba de las ruinas torbellinos de polvo y de yeso que arrojaba sobre los arbustos incultos y los escombros, arrancaba de los paredones las arrastradores plantas, y quitaba a las golondrinas el débil albergue de su nido construido bajo una saúce llena de polvo. No quedó ni una flor, ni una hoja nueva que no quedase marchita ó tronchada ; los cardos llenaban el aire con su dispersa

felpilla; los pájaros plegado sus alas humedecidas y se refugiaban en los matorrales; todo parecía triste, fatigado y roto; solo yo estaba sentada tranquilamente en medio de mis libros, mirando de cuando en cuando con negligentes ojos como luchaban con la tempestad los grandes tejos, y el daño que hacia el granizo en los tiernos vástagos de los saúcos silvestres.— Esto decía yo, la imagen de mi destino: calma en el fondo de mi celda, borrasca y destrucción defuera. Dios mío, si no mucho a vos, el viento do la fatalidad me arrastrará como débil hoja y me hará pedazos como a esos arbolitos el huracán. ¡Oh!; recobradme, Dios mío ¡recobrad mi amor, en sumisión y mis juramentos. No permitáis que mi aliñase extravié y flote de este modo entre la esperanza y la desconfianza; volvedme a mis grandes y sólidos pensamientos por una separación eterna y absoluta de las cosas del mundo, y por una indisoluble alianza con la soledad.

Arrodillóme delante de Jesucristo, y en un movimiento de esperanza y de seducción escribí en la pared un juramento que leí en alta voz en medio del silencio de la noche.

«Aquí un ser lleno de juventud y de vida se consagra a la oración y a la meditación bajo solemne y terrible juramento.

«Jura por el cielo, por la muerte y toda conciencia, que no saldrá ya. más de la abadía de y que en ella pasará todos los días que le queden de vida en el mundo.

Hecha esta solemne y singular resolución, sentí una grande calma y me dormía pesar de la tempestad quede hora en hora iba aumentando. Al amanecer me despertó un ruido espantoso: me levanté, y asomada a la ventana, vi que una de las galerías superiores que el día antes ostentaba sus delgados pilares y elegantes esculturas en derredor del patio, acababa de desmoronarse cediendo a la fuerza del huracán, Otra ráfaga de viento hizo crugir otras partes del edificio que se desmoronaron también en menos de un en alto de hora, de suerte que la destrucción parecía extenderse bajo la influencia de una voluntad sobrenatural. Acercábase hacia mí, pues ya comenzaba a temblar el techo que nie abrigaba, volaban hechos pedazos las tejas llenas de musgo, y el maderamen del edificio parecía vacilar y repeler las paredes a cada nuevo soplo de la tempestad.

Sin duda se apoderó de mí el miedo, puesto que me dejé guiar por ideas supersticiosas y pueriles, y pense que Dios derribaba mi ermita para

sacarme de ella y obligarme a volver a vivir entre los hombres desechando un voto temerario. Precipitóme pues hácia la puerta, más que para huir, para obedecer a una voluntad suprema, y al momento de salir me detuve sobrecogida por una idea más conforme a la excitación enfermiza y a la novelasca disposición de mi espíritu.' pensé que Dios, para abreviar mi destierro y recompensar mi audaz resolución, me enviaba la muerte-, pero una muerte digna de héroes y de santos. ¿No habia jurado morir en aquella abadía? ¿Tenía derecho de salir de ella porque se acercaba la muerte? ¿Qué fin más noble que el sepultarme con mis sufrimientos y mi esperanza, bajo aquellas ruinas encargadas de salvarme de mi misma y devolverme a Dios purificada por la penitencia y la oración? — Yo le saludo, huésped sublime, exclamé; puesto que el cielo te envía, sé bienvenido, yo te espero dentro de esta celda que habrá sido ya mi sepulcro en vida.

Presternéme entonces en el suelo y arrebatada en éxtasis esperé mi suerte.

El último resto de la abadía no habia de quedar en pie aquella terrible mañana, pues antes de salir el sol salló la techumbre, cayó un lienzo de pared y quedé fuera de raí y sin saber dónde me hallaba. Un sacerdote sorprendido por la borrasca en aquellos desiertos llanos, pasó en aquel momento por junto a las paredes del convento que se desboronaba y se apartó de ellas con espanto; pero creyendo oír una voz humana entre las furiosas voces de la tempestad, echó a andar por entre las nuevas ruinas que cubrían los antiguas y me halló desmayada bajo los restos del edificio que me iban a sepultar. La piedad y el celo queda la te, hasta a los mismos que carecen ríe humanidad, le prestaron la fuerza cruel de salvarme y Revésame en la grupa su caballo atravesando llanuras, bosques y vallados. El sacerdote que de este modo me libró de la muerte para volarme al dolor llamábase Magnus.

¡celta a la sociedad, mi existencia es más miserable que años. No he querido ser esclava (señora, como suele decírsele de nadie, y no sintiéndome ligada a hombre alguno.

por la consagración expresa y voluntaria de la posesión, he dejado que mi imaginación inquieta y árida recorriese el universo y se apoderase de cuanto se la ofreciese. MI solo pensamiento ha sido hallar la dicha y, si he de confesar hasta que punto me abatí bajo mi misma, fue hasta mi regla de conducta yol principal fin de mi voluntad. Después de haber dejado sin adver-

tirlo que mis deseos flotasen hacia las sombras que pasaban cerca de no, me aconteció correr en sueños en pos de ellas, cogerlas al vuelo y pedir las imperiosamente, si no la felicidad, la emoción a lo menos de algunos días; y como este libertinaje invisible de mi pensamiento no podía chocar con la austeridad de mis costumbres me abandoné a él sin remordimientos. En imaginación, no solo fui infiel al hombre a quien había amado, sino que cada día me veía infiel al que había amado el día anterior. Pero no bastando luego a llenar mi alma ávida siempre y nunca satisfecha, un amor de este género, abrazó muchos fantasmas a la vez, y en un mismo día y una misma hora amaba al entusiasta músico que hacía vibrar todas mis fibras nerviosas al oírle tañer, y al meditador filósofo que me asociaba a sus meditaciones. Amaba a la vez al cómico que me hacía verter lágrimas y al poeta que había dictado til cómico las palabras que llegaban a mi corazón, y hasta quería al pintor y al escultor cuyas obras había visto y no sus facciones. Enamorábame de un sonido de voz, de una cabellera, de un vestido, y luego del retrato solamente, tan solo del retrato de un hombre muerto siglos había; pero cuanto más me entregaba a tan fantásticas admiraciones, más frecuentes se hacían, pasajeras y aéreas. Sabe Dios que nunca las hizo traición señal alguna exterior; pero con vergüenza y terror confieso que mi alma se gastó en este frívolo empleo de facultades superiores. Acuérdome de un gran gasto de energía moral, y he olvidado hasta los nombres de aquellos que sin saberlo se llevaron en detalle el tesoro de mis afectos.

Luego, mi corazón, prodigándose de esta manera se consiguió y no siendo ya capaz sino de entusiasmo y borrándose este sentimiento a la menor luz proyectada sobre el objeto de mi ilusión, tuve que cambiar de ídolo tantas cuantas veces se presentó otro nuevo.

Así existo desde entonces, esclava del último capricho que le ocurre a mi enfermo cerebro; pero estos caprichos, tan frecuentes é impetuosos al principio, se han templado y hecho más raros, porque también se ha enfriado el entusiasmo y solo tras largos días de letargo y de disgusto he hallado alguna vez breves horas de juventud y de actividad. El hastío destruye mi vida, Pulquería, el hastío me mata: para mí todo se acaba ó todo pasa. Casi he visto la vida bajo todas sus fases, la sociedad bajo todos aspectos y la naturaleza en todo su esplendor. ¿Qué es lo que veré ahora? Cuando he llenado el precipicio de un día, me pregunto con espanto con que llenaré el del día siguiente. A veces me parece que todavía existen seres dignos de esti-

mación y cosas capaces de interesar, pero antes de examinarlos, renuncio a saberlo por desaliento ó por fatiga.

Conozco que ya no tengo bastante sensibilidad para apreciar a Jos hombres y que me falta inteligencia para comprender las cosas: repliégame en mi misma con calma y sombría desesperación y nadie sabe lo que sufro. ¡Los brutos de que se compone la sociedad me preguntan que me fulla cuando mis riquezas pueden alcanzar todos los goces! mi hermosura y mi lujo realizar cualquier ambición. En todos los hombres que así hablan ni uno hay siquiera capaz de comprender cuan grande infortunio sea el no haberse podido adherir a cosa alguna del mundo y no poder desear ya nada.

## XXXVI.

Pulquería se mantuvo un rato en la actitud pensativa en que la habia puesto la narración de Lelia, hasta que echándose atrás tos hermosos cabellos que le sombreaban la frente, como una orgullosa yegua que sacude la clin antes de empezar a correr, se levantó arrebatada de impúdico entusiasmo y dijo.

— ¡En hora buena! ¡si es así y así ha de ser, vivamos ¡¡Coronémonos de rosas y llenemos las copas de la alegría! ¡Ahullen en vano a la puerta el amor, la virtud y el idealismo como los espectros vagarosos de Osian, mientras los intrépidos comensales celebren con la copa en la mano la memoria de sus funerales! Yo ya he tenido siempre la cordura de ahogar en mí toda versatilidad de amor, heme apresurado a beber a grandes tragos la copa do la embriagues en cuyo fondo brilla la saciedad, precioso talismán de indiferencia. ¿He de llorar toda la vida los novelescos errores de la adolescencia? ¿He de marchitarme y bajar viva al sepulcro, porque los hombres nos aborrecen? ¡Oh! mejor será que los aborrezcamos y nos vengemos de su despotismo, no por medio de engaños sino por la indiferencia! Exhalen sus celos ó su cólera, ¿qué me importa? de ellos quiero reír hasta la muerte. Por

lo que a te toca, Lelia, si no quieres seguir mi ejemplo, un consejo tengo que dad® y nada mas: vuélvete a la soledad y entrégate a Dios.

— Ya no es tiempo, Pulquería, de tomar ese partido, porque mi fe vacila, y está agotado mi corazón. Para arder de amor divino se necesita más juventud y pureza que para cualquier otra pasión, y yo no tengo ya fuerza para elevar mi alma a un perpetuo sentimiento de adoración y de reconocimiento. Las más de las veces no pienso en Dios más que para acusarle por lo que yo sufro y echarle en cara su dureza, y si alguna le bendigo es solo cuando paso cerca de algún cementerio y pienso en la brevedad de la vida.

— Has vivido sobrado aprisa, respondió Pulquería. Atiende empero, Lelia; es preciso que mudes el ejercicio de tus facultades', y para esto ó has de volver a la soledad ó debes buscar el placer; escoge.

— Acabo de ¡legar de las montañas de Monteverdor, en donde esperaba hallar otra vez mis pasados éxtasis, y el encanto de las piadosas meditaciones; pero allí como en todas partes no he encontrado más que tedio.

— Debieras estar encadenada a un estado social que te preservase de ti misma y te librase de tus propias reflexiones. Tendrías que estar sujeta a una voluntad extraña y sería necesario que una ocupación forzosa apartase el incesante y roedor trabajo de tu imaginación. Hazte religiosa.

— Es preciso tener el alma virginal, y yo no tengo de casto más que las costumbres. Sería una esposa adúltera de Jesucristo. Luego tú olvidas que no soy devota, y que no creo como las mujeres de estas tierras en la virtud regeneradora de los rosarios y en el poder absoluto de los escapularios. a ellas su piedad las descansa, tranquiliza y aduermo, mientras que yo tengo formada de Dios y del culto que se le debe una idea demasiado grande, para servirle maquinalmente y para rogarle con palabras estudiadas y aprendizaje de memoria. Mi religión demasiado apasionada sería herejía, y si me quitaban la exaltación no me quedada nada.

— Bien, contestó Pulquería, puesto que no puedes ser Liosa hazte cortesana. El cuerpo es una potencia menos es este que el espíritu, porque destinado a aprovechar "enes materiales se le puede gobernar con medios materiales también. Vamos, mi pobre soñadora, reconcílate con humilde porción de tu ser. No desprecies más largo tiempo su hermosura que todos los hom-

bres adoran y que me reflorece aún como en pasados días. No le avergüences de pedir a la malcría los goces que te rehúsa la inteligencia, puesto que, tú misma lo has dicho, ya sabes que tu mal proviene de haber querido separar dos poderes que Dios había unido estrechamente.

— Pero, hermana mía, replicó Lelia, ¿no has hecho lo mismo tú? No: yo no he hecho más que dar la preferencia a la una sin excluir a la otra. ¿Crees que la imaginación se mantiene ajena a las inspiraciones de los sentidos? El amante que se abraza ¿no es un hermano, un hijo de Dios que comparte con su hermana los beneficios de la naturaleza? Tú, Lelia, que tienes a tu servicio tanta poesía, extraño que no halles cien medios de ensalzar la materia y embellecerlas impresiones reales. Yo creo que solo te detiene el desdén, y que si abjurases esta disposición injusta y loca, vivirías de la misma vida que vivo yo. ¿Quién sabe? Con mayor energía, tal vez inspirarías pasiones más ardientes: ven, corramos juntas por esas oscuras calles de árboles en donde veo brillar de rato en rato las lentejuelas de oro de los vestidos y agitarse las blancas plumas de las tocas. ¡Cuántos jóvenes gallardos y bellos, llenos de amor y de fuerza, divagan por la floresta en busca del placer! Ven, Lelia, hagamos que nos persigan, pasemos rápidamente cerca de ellos, rocémosles con los vestidos, y luego escapémonos como las mariposas que al esplendor de las luces se buscan, se alcanzan, separan y reúnen para caer muertas y locas de amor en la llama que las devora. Ven, le digo; yo guiaré tus inciertos pasos, pues conozco a todos esos hombres, llamaré para tí a los más amables y elegantes, y con ellos serás tan altiva y cruel como quieras, con tal que oigas sus palabras y sientas su aliento sobre tus espaldas. Tal vez le estremecerás cuando el viento de la noche llevé a tu codicioso olfato el perfume de sus cabelleras, y acaso sientas fue la noche una débil curiosidad de conocer del lodo la vida.

— ¡Ah, Pulquería! ¿no la he conocido ya horriblemente? ¿Has olvidado ya lo que le he contado?

— Amabas a un hombre con toda tu alma, y por lo mismo no podías gustar con él un placer real, y esto es muy sencillo: una facultad que llega a su mayor desarrollo ahoga y paraliza las demás; pero aquí será muy diferente.

La cortesana se llevó a Lelia y continuó hablándola siempre en voz baja.

— Antes es preciso que (e disfraces, porque sin duda no querrás entregar a la muchedumbre el grande nombre de Lelia; a pesar de que, hablando

francamente, la soledad en que vives provoca en el espíritu de los hombres acusaciones más graves que mis galanteos. Pero tal vez no crees inferior a tu destino la sospecha de misteriosas y terribles pasiones, y desprecias el renombre vulgar de una bacante. Así pues, vas a lomar un dominó semejante al mío, y favorecida por cierta semejanza que hay entre nosotras, y sobre todo entre nuestras voces, podrás dejar sin riesgo el papel magestuoso y deplorable que has escogido. Ven, Lelia, ven.

La muchedumbre que se agrupaba bajo el peristilo para admirar los dilatados relámpagos que surcaban el cielo, separó a las dos hermanas así que salieron del vestuario cubiertas con sus capuchas de satén azul. Lelia, arrebatada por una oleada de máscaras, vio entre ellas tantos trajes parecidos al suyo que no se atrevió a reconocer a su hermana Pulqueria, y tímida, atónita y disgustada ya del papel que iba a ensayar, internóse en los jardines resuelta a abandonar a los caprichos de la suerte los restos de una existencia desolada.

Aquella vez penetró, sin saberlo, hasta unos bosquecillos que el prudente Bambucci había reservado a sus elegidos, verde laberinto cuya entrada guardaba un grupo de los más expertos subalternos del príncipe. Estaban estos al corriente de todas las intrigas de la corte, y de hora en hora llegaban mensajeros enviados desde el interior del palacio, que modificaban sus consignas y les señalaban los nuevos iniciados que podían admitir en el santuario, del cual era repelido sin remedio todo incómodo celoso, y todo siniestro protector, y solo podían entrar las mujeres sin quitarse las mascarillas por ciertas delicadas consideraciones.

Aquel era un campo de asilo y un lugar de refugio para los omisos que fuera de allí se hallaban separados por azoradores obstáculos, puesto que allí estaban con seguridad y todo se hacía con un orden milagroso. Los paseos los daban de dos en dos los ambulantes, y sentábanse todos en semicírculo: las calles de árboles y los jardines estaban llenos de luz y de gente; pero los predilectos ya sabían por que sendero, y por que puerta se llegaba al pabellón de Afrodiseo, cuyos numerosos terraplenes se extendían a orillas del mar.

Apenas había dado Lelia algunos pasos hacia aquel peligroso sitio, cuando una voz murmuró junto a ella.

— ¡Zinzolina! ¡la célebre Zinzolina!



Y en seguida un grupo de hombres ricamente vestidos y adornados la siguiólas huellas.

— ¡lióla! Zinzolina, ¿qué, ya no nos reconoces? ¿Se olvidan de este modo los amigos fieles? Vamos, dadme el brazo, hermosa solitaria, y celebremos nuestras antiguas divinidades.

— No, no, decía otro, procurando apoderarse del brazo de Lelia; no escuches a ese piamonlés bastardo; venó mi que soy napolitano puro, y fui de los primeros que le iniciaron en los dulces misterios del amor. ¿No te acuerdas ya, tortolita de voluptuosos suspiros?

Un gran caballero español puso bajo el suyo y a la fuerza el brazo de Lelia y dijo:

— Yo soy el que la buena Zinzolina ha escogido entre todos, porque es lo mismo que yo de noble raza andaluza, y por nada del mundo se expondría a descontentar a un compatriota.

— Zinzolina es de todos los países, dijo un alemán; así me lo dijoella misma en su aposento en Viena.

— ¡Tudesco! exclamó un siciliano, si Zinzolina nos hiciese la afrenta de preferirte a nosotros, este puñal nos vengaría de ella,

— Ea, ea; echemos suertes, gritó un jóven paje. Zinzolina mezclará nuestros nombres en mi toca.

— MI nombre está grabado en la hoja de mi espada, contestó el hidalgo, y sacóla de la vaina con aÍre amenazador.

Llegaron en esto los domésticos del príncipe, y Lelia se escapó; pero estuvo poco tiempo sola, pues al revolver de una calle de árboles la dijo up, príncipe ruso:

— ¿Qué buscas Zinzolina? ¿Porqué estas sola? ¿Quieres amarme una hora entera? Te daré esta cadena de diamantes, regalo de los azares..

Lelia hizo un gesto de menosprecio., y un gran señor francés que lo advirtió exclamó:

— ¡Qué grosería! ¡Cuán, rústicos é insolentes son esos, extranjeros! ¿De cuando acá se habla así a las mujeres? ¡Por quién os toma ese barbarote, Zinzolina? Escuchad.

Y ofrecióle palacio, criados, vinos y caballos.

— Muy poco Creéis en el placer que ofrecéis, le dijo Lelia, cuando añadís tantas seducciones para la codicia. ¿Tan asquerosos son vuestros abrazos que de tal modo los pagais? ¿En dónde está el amor en todo esto? Aquí la brutalidad., allí la corrupción: no tenéis más atractivos que la fuerza, la vanidad ó la ganancia; ¿ha muerto el placer abogado por la civilización? ¿Ha abandonado la tierra el amor antiguo y tomado el vuelo hacia otros cielos?

Echóse entonces hacia atrás la capucha, y a la vista de cruel rostro tan altivo y tan grave, dispersáronse los curiosos, y los audaces adoradores de Pulquería se inclinaron en presencia de Lelia.

¿Renuncias ya a tu empresa? la dijo Pulquería cogiéndola por su larga manga. No, Lelia, todavía no; no desesperes todavía, porque aún no ha llegado tu hora.

— MI hora no llegará, respondió Lelia. Todo esto me disgusta y me irrita. Su hálito es frío, sus cabellos ásperos, sus.

abrazos dañan y el ámbar de sus vestidos disimula malamente no sé que acres y groseras emanaciones que me repugnan. En medio de ellos se calma mi sangre, se aclaran mis ideas, se encumbra mi voluntad, y no tengo deseos más que de sentarme y dejarlos pasar despreciándolos. Dí lo que quieras, Pulquería, una mujer no es un instrumento grosero, que cualquier palurdo hace vibrar, no; es una lira delicada que debe animar un soplo divino antes de pedirla el himno de amor. Ningún ser bien organizado, es incapaz de sentir realmente placer; pero creo que hay muchos seres mal organizados, que no conocen otra cosa y de quienes se esperaría en vano obtener, en medio de los actos de cariño, un pensamiento ó un sentimiento que asemeje lo que yo sueño en el amor. El sublime cambio de las más nobles facultades no puede ni debe reducirse a una sensación animal.

— Pues bien, Lelia, vente por aquí. Oye hablar a un jóven a quien acabo de hallar, y a quien agasajo en vano puede ser que en tí sea más eficaz la compasión que cualquier otra cosa.

Lelia siguió a su hermana por dentro de una gruta tu artificial débilmente alumbrada en su fondo por una débil lámpara.

— Párate aquí, la dijo Pulquería ocultándola en un oscuro rincón, y mírate a ese hermoso mancebo de cabellos castaños. ¿Le conoces?

— ¡Si le conozco ¡respondió Lelia, es Stenio. ¿Pero qué hará en estos jardines reservados y en esta grata que sino me engaño es una de las entradas subterráneas del famoso pabellón? ¡Stenio el poeta, Stenio el místico, Stenio el enamorado, aquí!

.— ¡Oh! escúchale, dijo Pulquería, y verás que está loco de amor y que es digno de compasión.

Entonces Pulquería dejó a Lelia allí en donde la habia ocultado, y acercándose a Stenio de puntillas quiso abrí zarle.

— Dejadme, señora, dijo con altanería el mancebo; no necesito vuestras caricias, puesto que ya os he dicho que no erais vos a quien buscaba cuando os he seguido por estos jardines engañado por el sonido de vuestra voz. Pero desde que os he quitado la máscara ya sé que no sois más que una cortesana. Idos, señora, porque yo no os puedo pertenecer siendo pobre y no deseando placeres que se han de pagar. Para mi en el mundo no hay más que una mujer, y es la que vos habéis nombrado. ¿Está por aquí? ¿la conocéis?

— Si, la conozco, pues es hermana mía, respondió Pulquería; y si queréis seguirme por estas oscuras bóvedas os llevaré a donde podáis verla.

— Mentís, contestó Stenio, Lelia no es hermana vuestra, ni podéis hacérmela ver. Os he seguido hasta aquí, crédulo como un niño, esperando que me la enseñaríais; pero me habéis engañado, puesto que volvéis sola.

— Yo, si quiero, puedo llevarte hasta ella; pero antes bísale saber que Lelia no te ama y que jamás recompensa tu amor. Créeme, busca en otra parte los placeres que de ella esperabas, y si no puedes lanzar de tu alma su imagen, a lo menos embriágate do paso en las fuentes del placer, y mañana al despertar correrás otra vez tras tu fantasma. Así a lo menos, durante esta loca y fatigosa carrera no se consumirá toda tu vida esperando y soñando. Harás deliciosos descansos bajo las palmeras con las hijas de los hombres, y no seguirás al demonio de alas de fuego, que te llama desde el fondo de las nubes sino cuando te hayamos dado consuelo y aliento con nuestras libaciones y caricias. Ven y descansa, apoyada en mi seno tu caheza, joven loco; verás como no quiero detenerle y adorarte mucho tiempo. Yo solo

quiero aliviarte en tu penosa Marcha, a fin de que puedas tomar más animoso vuelo hacia la poesía y hacia Lelia.

— Dejadme, dejadme, respondió Stenio con energía, os Aprecio y desprecio: vos no sois Lelia, ni su hermana, ni siquiera su sombra. No quiero ni necesito vuestros placeres, porque solo de Lelia quiero mi ventura; si ella me rechaza viviré solo y moriré virgen. No mancharé sobre el seno de una ramera mi pecho abrasado de puro amor.

— Ven pues, Lelia, dijo a la sazón Pulquería atrayendo ¡su hermana hacia Stenio, ven a recompensar una fidelidad digna de los tiempos-caballerescos.

Pero al mismo tiempo, cambiando de repente de papel a favor de la oscuridad la burlona joven, dejó a Lelia un poco hacia atrás, y procurando imitar su lenguaje más lento y su abrazo más puro se inclinó hacia Stenio y le dijo: — Mi poeta tu fidelidad me vence y vengo a recompensarte.

Entonces tomó la mano del mancebo y se lo llevó bajo las frías y sombrías bóvedas alumbradas de trecho en trecho por lámparas colgantes. Stenio temblaba, parecía que soñaba, estaba tan turbado que no se atrevía a preguntar a donde Lelia le llevaba; creía tener en su mano la de su amada y temía despertar.

Cuando llegaron al pie de aquella galería subterránea, tiró la joven el cordón de una campanilla, abrióse una puerta como por encanto, y subieron los escalones que llevaban al pabellón de Afrodiseo.

Al pasar por un corredor silencioso en donde el ruido de los pasos lo quitaban las alfombras, Stenio creyó ver pasar rápidamente por junto a él a una mujer vestida como Lelia ó como Pulquería. No hizo caso de ello, porque Lelia le tenía por la mano y entró con ella en un delicioso retrete. Apagó ella las luces, quitóse la mascarilla que echó en un gabinete vecino, y volviendo a sentarse cerca de Stenio en un diván de seda con brocado de oro, una mano maliciosa ó discreta echó un cerrojo por defuera.

— ¡Stenio, me habéis desobedecido! Yo os habia prohibido el verme en todo un mes, y ya venís detrás de mí.

— ¿Me habéis traído aquí para reñirme? ¿Después de una separación que me ha parecido tan larga, os he de hallar irritada contra mí? ¿No hace ya un año que me separé de vos? ¡Cómo queréis que sepa el número de los días que lejos, de Lelia se pasan!

¿Es decir, Stenio, que no podéis vivir sin mí?

— No puedo ó he de volverme loco. Ya habéis visto como se han ahuecado mis mejillas como ha secado mis labios la liebre y marchitado mis ojos y párpados el insomnio. ¿Diréis todavía que solo está enferma mi imaginación, sin ver que el alma puede matar al cuerpo?

— Por esto no le reprendo tampoco, niño. Tu palidez me agrada y te embellece, y hace poco que me llenó de orgullo la resistencia que opusiste a las seducciones de mi hermana. Conozco que es hermoso el ser amado de esta manera, y solo querré, Stenio, hallar en tí mi dicha. Si, estoy ya decidida y no quiero buscar ya mas, porque la única cosa que puede endulzar la vida es un afecto como el tuyo yo no lo merezco, pero lo acepto con reconocimiento. No digas más que Lelia es insensible, Stenio, porque ya sabes que te amo. Debatíame contra este sentimiento solo porque pensaba comprenderlo mal y compartirlo peor; pero tú me has dicho muchas veces que admitirías el amor que yo te concediese, Aunque fuese menos que el tuyo, y no quiero resistir ya mas. a la bondad de Dios me entrego y al poder de tu corazón. Toma, siento que te amo. ¿Estás contento, eres dichoso, Stenio?

— ¡Oh ¡¡si!¡bien dichoso! respondió delirante el mancebo, cayendo a los pies de aquella mujer y llenándolos de lágrimas. ¿Es cierto que no sueño? ¿Es de veras Lelia la que habla de esta manera? Tan grande es mi felicidad, que todavía no creo en ella.

— Cree, Stenio, espera. Tal vez Dios se compadezca de mi, y rejuvenezca mi corazón para que sea digno diluyo. a tuya te debe esta recompensa por lo bueno y Puro que eres; pídele para mí un rayo de su divino fuego.

— ¡Oh ¡no hables de esta manera, Lelia. ¿No eres tú mil luces más grande que yo en su presencia? ¿No has amado y

sufrido más largo tiempo que yo?¡Oh! sé dichosa y deseansa en mis brazos al fin de todas tus penas. ¡No te fatigues por amarme ni te atormentes el pobre corazón por miedo de no hacer bastante por mi. Te repito otra vez que me ames como puedas.

Lelia puso el brazo enderredor del cuello de Stenio, y estampó en sus labios un largo beso, tan ardiente y obstinado, que Stenio lanzó un gran grito de gozo y exclamó: — ¡Ó Galalea!

Oyóse un ligero ruido en el cercano gabinete, y Stenio se estremeció; pero Lelia le contuvo estrechándole más con su brazo y quedóse embriagado de amor y de gozo a sus pies, siguiéndose a esto un largo silencio.

— Vamos, Stenio, ¿qué tienes que decirme? dijo por fin después de una larga y dulce meditación ¿Eres ya menos feliz?

— ¡Oh! ¡no, ángel mío!

— ¿Quieres que vayamos ¿pasear en una góndola por la bahía? añadió Lelia levantándose.

— ¡Cómo! ¿separarnos ya? respondió al jóven con tristeza.

— No nos separaremos.

— ¿Y no será separarnos el volver a confundirnos entre aquella gente? ¡Aquí estamos tan bien! ¡Cruel! siempre necesitas movimiento y distracción. Confiesa-, Lelia, que ya empiezas a fastidiarte cerca de mí.

— Mientes, amor mío, respondió Lelia sentándose.

— Pues entonces, contestó él, bésame otra vez.

Lelia le besó del mismo modo que antes, y Stenio sintió una especie de delirio. — ¡Oh ¡exclamaba, déjame tus labio.; olorosos, déjame tus labios más dulces que la miel está es la primera vez que haces bajar del cielo para en este desconocido deleite. ¿Qué tienes esta noche, querida mía? ¿Qué fuego emana de tí? ¿Qué languidez se apodera de mí mismo? ¿Qué Dios se cierne sobre nuestras cabezas? ¿Por qué decías que tú no sabías inspirar tales delirios? ¡Es porque no querías, porque ahora me consumes y el aire se abrasa en torno mío!

— ¿Es decir que hoy me amas más que nunca? preguntó Lelia.

— Hoy solamente solo desde hoy te amo, exclamó Stenio, porque solo desde hoy no hay en mi amor ni duda ni miedo.

Lelia se levantó de nuevo, y díjoie con tono de menosprecio.

— Me dais lástima, porque no buscáis mi alma, sino una mujer.

— ¡Oh! respondió Stenio, ¡por amor del ciclo! ¡no le conviertas en el espectro burlón y cruel que quería sustituir a la más hermosa, más santa y más querida de las mujeres! ¡Vuélveme tus caricias, vuélveme mi delirio,

vuélveme la querida que iba a revelárseme! Conozco que solo de este modo eres digna de todo mi amor. Ea, no temas bajar, pues te acabo de amar realmente por primera vez. Hasta ahora solo mi imaginación estaba prendada de ti; más hoy se abre mi corazón a la verdadera ternura y a la gratitud, porque hoy concedes la bienaventuranza.

— ¡De este modo es nada el amor de una inteligencia! repitió Lelia con sombría voz; repite, Stenio, repite que me amas de esta manera. ¿Es esto todo lo que de mí querías? ¡Cala ahí cuán milagroso y divino fin se proponía tu pasión tan poética y tan grande!

Desesperado Stenio se echó de bruces sobre los almohadones, y dijo sollozando:

— ¡Oh! vos me matareis, sí, me matareis con vuestros desprecios.

Parecióle que Lelia salía, levantó la cabeza con espanto, viéndose en una profunda oscuridad, solevantó para buscar en las tinieblas y mía húmeda mano le tomó la suya.

— Vamos, niño, le dijo la voz endulzada de Lelia, me das compasión: ven a mi pecho y olvida tu pena.

## XXXVII.

Cuando Stenio levantó su cabeza, ya a lo lejos y en la campiña anunciaba la llegada del día el canto de los pájaros. Esclarecíase el horizonte, y el aire fresco de la mañana llegaba a ráfagas embalsamadas a la húmeda y pálida frente del mancebo. Su primer movimiento fue abrazar a Lelia; pero esta se había vuelto a poner su mascarilla y le repelió suavemente haciéndole señal de que callase; Stenio se levantó con esfuerzo, y quebrantado de fatiga, de emoción y de placerse acercó a la entreabierta ventana. La borrasca se había disipado enteramente y los pesados vapores que cubrían el cielo pocas ho-

ras antes se habían, convertido en negras fajas que el viento arrojaba una a una hacia el blanquizco horizonte: la mar rompía con ligero ruido sus espumosas y lascivas olas contra la arena de la playa y las gradas de mármol de la quinta; los naranjos y mirtos, agitados por el soplo de la mañana, se inclinaban sobre las olas y sacudían sus floridas ramas sobre las amargas aguas; las luces palidecían en las infinitas ventanas del palacio Bambucci, y apenas divagaba una que otra máscara por debajo del peristilo adornado de pálidas estatuas.

— ¡Oh! ¡y que hora tan deliciosa! exclamó Stenio presentando su olfato y su pecho a aquel aire vivificador. ¡Oh, Lelia mía! estoy salvo y rejuvenecido, y siéntome otro hombre, pues vivo de una vida más suave y más llena. Lelia, ligero darte las gracias de rodillas, porque estaba moribundo y me has querido curar y hacerme conocer las delicias del cielo.

— ¡Ángel querido! le dijo Lelia estrechándole con sus brazos, ¿con qué, eres feliz ahora?

— He sido el más feliz de todos los hombres, y quiere volverlo a ser. Quítate tu máscara, Lelia; ¿por qué me ocultas el rostro? Vuélveme tus labios que molían embriagado, y bésame como ha poco me besabas.

— No, no: escucha, dijo Lelia, escucha esa música que parece salida de la mar y que se acerca a la playa sobre la inquieta cresta de las olas.

En efecto los sonidos de una admirable orquesta se elevaban sobre las aguas, y luego salieron sucesivamente de un pequeño golfo formado por los bosques de naranjos y de calalpas, algunas góndolas llenas de músicos y de máscaras que se deslizaban muellemente como hermosos cisnes sobre el límpido mar tic la bahía y pasaron luego por delante los terrados del pabellón.

Calló la orquesta y una barca de forma asiática cingló ligeramente hacia adelante de la pequeña flota. Más ligera y elegante que las demás embarcaciones montábanla músicos cuyos instrumentos eran de metal, los cuales tocaron una brillante música y desde el fondo de las olas resonaron en el pabellón aquellos ecos penetrantes y sonoros. En seguida se abrieron sucesivamente todas las ventanas, y cuantos amantes afortunados se habían refugiado en el erótico pabellón se dejaron ver de dos en dos en los terrados y



balcones. Pero en vano fijaron en ellos ávidos y curiosos ojos los celosos y maldicientes, porque se habían puesto otros vestidos diferentes en el interior del pabellón y ocultos por las mascarillas saludaban alegremente a los que iban en las góndolas.

Lelia quiso llevarse a Stenio para que los viese pasar tamicen, pero no pudo sacarlo de la deliciosa languidez en que estaba sumergido.

— ¡Qué me importan sus gozos y cantos? decía, ¿Qué admiración ó placer puedo sentir cuando acabo de conocer las delicias del cielo? Dejadme al menos que saboree este recuerdo.

Esto diciendo se levantó de improviso, frunció las cejas Y dijo en medio de un involuntario estremecimiento:

— ¿Qué voz es aquella que canta en la mar?

— Es una voz de mujer, respondió Lelia, voz hermosa en verdad y bien robusta. Mira como procuran escucharla lanío en las góndolas como en la playa.

— Pero si no estuvieseis vos aquí, puesta en la mía vuestra mano, creería que esa voz es la de Lelia, dijo Stenio, cuyo, rostro se alteraba gradualmente a medida que los sonidos llenos y graves de adulta voz llegaban a su oído.

— Hay voces que se parecen unas a otras, ¿no te ha engañado completamente esta noche la de mi hermana Pulquería?

Stenio no escuchaba ya más que la voz que subía de I» mar y-parecía sobrecogido por un miedo supersticioso,]/ al fin exclamó.

— Lelia, esta voz me hace mal, me espanta y me volverá loco si continúa.

Los instrumentos de metal tocaron entonces una frase do canto, y calló la voz humana que siguió cantando cuando hubieron acabado los instrumentos; pero tan cerca ya y tan distinta, que turbado Stenio se abalanzó y abrió del lodo los dorados postigos de la ventana.

— Lelia, esto es sin duda un sueño; pero aquella mujer que canta en la góndola sola y en pie en la proa sois vos, Lelia, ó es vuestro espectro.

— Tú estás loco, respondió Lelia levantando los hombros ¿Cómo es posible esto?

— Sí, estoy loco, pero yo os veo duplicada: os veo y oí<sup>o</sup> aquí a raí lado, y os oigo y veo allá también. Sí, sois vos, es mi Lelia, es Lelia cuya voz es tan poderosa y tan bella, y cuyos negros cabellos flotan a merced del aire de la mar ¿Oh Lelia, habéis muerto por ventura? ¿Es vuestro fantasma lo que estoy viendo? ¿Sois hada, demonio ó sílfide? Bien me habia dicho Magnus que vos erais dos.

Esto diciendo, Stenio se asomó del todo y olvidóse la mujer enmascarada que estaba cerca de él para no mirar mas que a la mujer semejante a Lelia en voz, porte, h<sup>o</sup> lie y vestido, que veía allá en la mar.

Cuando la lancha en donde iba llegó al pie del pabellón el dia era ya puro y brillante sobre las aguas. Lelia volvió de golpe la cara a Stenio y le hizo una seña de amistosa burla; pero hubo en su sonrisa tanta malicia y tan cruel negligencia, que Stenio sospechó la verdad.

— Pues esa bien es Lelia! exclamó; ¡oh ¡si, ¡esa que pasa por delante de mí como un sueño y se aleja echándome una mirada de ironía y de desprecio, Lelia es! Entonces la que me ha embriagado con sus caricias, la que yo he estrechado en mis brazos llamándola viday alma mía, ¿quién es? Vamos, señora, añadió acercándose con aire amenazadora la del dominó azul, decí<sup>me</sup>me vuestro nombre y enseñadme Ja cara.

— De muy buena gana respondió la cortesana quitándose la careta. Yo soy Zinzolina la cortesana, Pulquería la hermana de Lelia y la misma Lelia, también, puesto que he poseído el corazón y los sentidos de Stenio durante una hora entera. Venid a besarme los labios y acordaos de la felicidad de que me habéis dado gracias de rodillas.

— Huid, gritó Stenio sacando su puñal, no permanezcáis ni un instante más en mi presencia, porque no sé de lo que soy capaz.

Escapóse Zinzolina; pero al pasar por el terrado de debajo de las ventanas del pabellón, dijole a Stenio con tono burlón.

— ¡Adiós, Stenio el poeta! ahora ya estamos casados: ya dos veremos otra vez.

## XXXVIII.

¡Lelia, me habéis engañado cruelmente! Os habéis burlado de mí con una sangre fría que no puedo comprender. Encendisteis en mi alma un fuego devorador que no queríais apagar, y después de haberme hecho salir el alma a los labios, la habéis despreciado. Ya sé que no soy digno de vos; ¿pero no podéis amarme por generosidad? ¿Si Dios os ha hecho a su semejanza, no es para que le imitéis en el mundo? ¿SI sois un ángel enviado del cielo entre nosotros, en lugar de esperar que nuestros pies suban a las cumbres por donde vos camináis, no es deber vuestro alargarnos la mano y enseñarnos el camino que no sabemos?

Para curarme habéis contado con la vergüenza, y habéis creído que despertándome en los brazos de una cortesana me ¡luminaria una luz súbita. En medio de vuestra inexorable sabiduría esperabais que mis ojos se abrierán por fin y que no sentiría más que un desdeñoso menosprecio hiela los goces que vuestros brazos me habían prometido y que habéis reemplazado con las lascivas caricias de vuestra hermana. Pues bien, Lelia, vuestra esperanza ha salido fallida, y mi amor ha salido puro y victorioso de esta prueba, pues mi frente no ha guardado el estigma de los besos de Pulquería y no se avergonzará, porque me adormí pronunciando vuestro nombre vuestra imagen estaba presente en todos mis sueños, y a pesar de vuestro desprecio erais enteramente mía. ¡Os he poseído, os he profanado!

Perdona mi dolor, amada mia, perdona mi sacrilega cólera. ¿Tengo yo, ingrato, derecho alguno para reprocharte? Puesto que mis besos no han enardecido el mármol de tus labios, señal es de que yo no merecía un portento semejante. Pero dime a lo menos, y lo lo pido de rodillas, ¿qué tumores ó qué sospechas le alejan de mí? ¿Teméis obedecerme si cedéis? ¿Piensas que la felicidad me ha de convertir en imperioso dueño? ¿Si dudas, Lelia mia, si dudas de mi eterna gratitud, ya no me queda más que llorar y rogar ó Dios que te ablande, porque mi lengua no puede ya ni sabe hacer más juramentos?

Muchas veces me has dicho, y yo no necesitaba ya que tú me lo dijese, puesto había adivinado, que los hombres han apurado severamente tu confianza y tu credulidad, y tu corazón ha sufrido profundas heridas. Ha vertido sangre muy largo tiempo, y no es extraño que al cerrarse las llagas lo hayan cubierto con insensibles cicatrices. ¿Pero tú no sabes, amor mío, que yo te amo por los sufrimientos de tu vida pasada? ¿No sabes que adoro en ti el alma inalterable, que ha sufrido sin doblarse las borrascas de la vida? No me acuses de malicia; pero creo que te hubiera amado menos si hubieses vivido siempre en medio de la calma y de la alegría. Si alguien es culpable de mi amor es Dios sin duda alguna, pues él es quien ha puesto en mi conciencia la admiración y el culto de la fuerza y adhesión al valor, y quien me ha ordenado que me inclinase delante de tí. Tus recuerdos explican bastante tu desconfianza. Amándome crees enajenar tu libertad y perder un bien que tantas lágrimas le cuesta. Pero dime ¿Lelia, ¿qué haces de ese tesoro de que tan orgulloso te muestras? Desde que has logrado concentrar en tí misma la devoradora actividad de tus facultades ¿eres por ventura más feliz? Desde que la humanidad no es a tus ojos más que un polvo a quien Dios permite agitarse algún tiempo bajo tus pies, ¿es para tí la naturaleza un espectáculo más rico y más magnífico? Desde que te retiraste de las ciudades ¿has descubierto en la yerba de los campos, en la voz de las aguas y en el paso magestuoso de los ríos un encanto más poderoso y más seguro? ¿es más dulce a tus oídos la voz misteriosa de los bosques? ¿Desde que has olvidado las pasiones que nos agitan, ¿has adivinado el secreto de las estrelladas noches? ¿Hablas con invisibles mensajeros que te consuelen por medio de sus confidencias de nuestra flaqueza é indignidad? Confiésalo, tú no eres feliz. Te engríes con tu libertad como con un joya inestimable; pero para distraerle no tienes más que la admiración y la envidia del mundo que no te comprende. Entre nosotros no tienes papel que representar, y sin embargo te cansas de la ociosidad. En torno tuvo no ves destino alguno competente a tu genio, y has apurado todos los goces de la solitaria reflexión. Has atravesado sin temblar las desoladas llanuras en que el vulgo no podía seguirle, has llegado a la cumbre de las montañas que nuestros ojos alcanzaban apenas, y cata ahí que sobrecogida por un vértigo se te dilatan y zumban las arterias, se te hinchan las sienes y no puedes hallar refugio más que en Dios ni más trono en donde sentarte que el suyo. Es necesario que seas impía ó que desciendas a nosotros.

Dios te castiga, Lelia, por haber ambicionado su poder y su magestad, y te impone la soledad por pena de lo temerario de su ambición, y de día en día se dilata el círculo de su aislamiento para recordarte tu origen y tu misión. Háblele enviado para bendecir y para amar, había derramado sobre tus blancas espaldas las perfumadas trenzas de tus cabellos para enjugar nuestras lágrimas, y con celosos ojos había velado la aterciopelada frescura de tus labios que debían sonreír y el húmedo brillo de tus ojos que debían reflejar y enseñarnos el ciclo. Ahora te pido cuenta de estos dones que no empleaste como debías. ¿Qué has hecho de tu hermosura? ¿Crees que el Criador te escogió entre todas las mujeres para practicar la mofa y el desdén, para burlarte de la sinceridad de los amores, para negar los juramentos, rehusar las promesas y desesperar a la crédula y confiada juventud? Me has dicho mil veces, y yo lo creo, que hay en tu alma misterios que yo no puedo penetrar y oscuros repliegues que mis ojos no pueden ver; pero el día en que me ames, Lelia, te conoceré del todo, porque bien sabes que por joven que sea en la vida, tengo el derecho a afirmar que el amor lo mismo que la religión revela é ilumina muchas ocultas vías que la razón ni siquiera sospecha que existan. Desde el día en que nuestras almas se uniesen en una santa comunión, Dios nos enseñaría el uno al otro: yo leería en tu conciencia lo mismo que en la mía; te cogería por la mano y volvería contigo a los pasados días, contaría las espinas que te han dañado, vería bajo tus cicatrices la sangre que se vertió, y las chuparía con mis labios como si la sangre corriese aún.

Guardad para Tremmor vuestra amistad, porque la amistad la basta, puesto que fuerte y purificado por la expiación, camina ¿paso firme y sabe el término de su peregrinación. Pero yo no tengo la voluntad que constituye la grandeza y la energía del carácter viril, ni el invulnerable egoísmo que somete a sus designios las pasiones que le embarazan, los intereses que le ponen obstáculos y los celosos destinos que obstruyen su camino. En el fondo de mí alma, nunca he anidado más que deseos elevados é irrealizables. Heme complacido en el espectáculo de las grandes cosas, y deseado que nunca faltase a mis meditaciones su íntima y familiar sociedad. He admirado siempre los caracteres superiores y sentido estremecerse en mi interior la imperiosa necesidad de imitarles y seguirles; pero errando sin descanso, de deseo en deseo, mis solitarias meditaciones y mis fervientes preces no han obtenido jamás del Dios que me ha criado la fuerza de cumplir lo que había deseado y abrigado siempre bajo el ala de mis ensueños.

Por esto, Lelia, no puedo dudar sin impiedad, ni negar sin blasfemia, que Dios os ha criado para alumbrarme en mi camino, y escogidos entre sus ángeles predilectos para conducirme al termino de antemano señalado en sus decretos eternos.

Pongo en vuestras manos, no todo el cuidado de mi destino, porque aún tenéis que realizar el vuestro, y es un grande peso para vuestras fuerzas; pero lo que yo os pido, Lelia, es que me dejéis obedeceros, que permitáis que mi vida se modele según la vuestra, y consintáis que mis días sopasen en el trabajo ó el descanso, el movimiento ó el estudio, según vuestros designios, que sé bien que nunca serán frívolos caprichos.

A estos humildes ruegos, que vos misma habéis adivinado cien veces en mis miradas, habéis contestado siempre con burlas y decepciones. En vos ponía yo mis postreras esperanzas, y bajo vuestro amparo me refugié; ¿qué será de mí Lelia, si me faltáis vos?

## XXXIX.

Stenio, talvez he faltado con vos; pero no es esta la falta que me echáis en cara y yo no soy culpable de la que me achacáis. NI os he engañado ni he querido burlaros, pues si he tenido acaso algún tanto de menosprecio y tal cual arrebatado de cólera por vuestra causa y a vuestro lado, no era contra vos, puro niño, contra quien estaba irritada, sino contra la naturaleza humana.

SI os eché en brazos de Pulqueria no fue para humillaros, y mucho menos aún para haceros penosa la vida, pues ni siquiera pensé daros una lección. ¿Qué triunfo era para mí el que alcanzase mi fría razón sobre vuestro inexperto candor? Sufríais, aspirabais a la fatal realización de vuestro porvenir, y quise satisfaceros y libraros de los tormentos de una esperanza vaga y de una ignorante inquietud. Ahora bien, ¿es culpa mía, sien vuestra

rica y fecunda imaginación habíais atribuido a esas cosas más valor del que en si tienen? ¿Es culpa mía, sí vuestra alma como la mía también, y como la de todos Jos hombres, posee facultades inmensas para el deseo, y si los sentidos son limitados para gozar? ¿Soy yo responsable do la miserable impotencia del amor físico para calmar y curar el exaltado ardor de vuestros ensueños?

Yo no puedo aborreceros ni menospreciaros por haber pasado a mis pies el delirio de los sentidos, porque no dependía de vuestra alma el despojarse de la grosera investidura en que Dios la metió, y sois sobrado jóven é ignorante para distinguir las verdaderas necesidades de esta alma poética y santa de las falsas aspiraciones de la materia. Habéis tomado por una necesidad del corazón lo que no es más que una fiebre del cerebro, y confundido por consiguiente la dicha con el placer. Todos hacemos lo mismo antes de conocer la vida, y de saber que al hombre no le es dado realizar lo uno por lo otro.

Esta lección no soy yo quien os la da, sino el destino. Todo, cuyo corazón maternal se gloriaba de vuestro amor, tuve que denegarme a la humillante condescendencia de dárosla, y si debíais bailar vuestro primer desengaño en los brazos de una mujer, derecho me asistía para entregaros a los de la que quería enseñaros esa lección.

Por otra parte, ¿qué profanación he cometido entregándoos ¡las caricias de una mujer hermosa y jóven que tomándoos se os dio sin degradación y sin hacer precio? Pulquería no es una cortesana vulgar, porque sus pasiones no son fingidas, ni es sórdida su alma. a ella le dan poco cuidado los empeños imaginarios de un amor duradero, porque no tiene más que un dios a quien sacrificar, y ese dios es el placer; pero le ha revestido de poesía y de una castidad cínica y audaz. Vuestros sentidos solicitaban el placer que ella os dió, ¿entonces porqué habéis de despreciar a Pulquería por haberos satisfecho?

A medida que vivo, no puedo menos de reconocer que las ideas adoptadas por la sociedad sobre el exclusivo ardor de la juventud y la pasión absoluta que reclama, y los eternos derechos que reivindica, son falsas ó funestas por lo menos. Todas las teorías deberían admitirse, y a las almas de excepción les concedería la de la fidelidad conyugal. La mayoría tiene otras necesidades y otras potencias: para unos se requieren la libertad recíproca,

la mutua tolerancia y la abjuración de todo celoso egoísmo; para otros, místicos ardores, fuegos contenidos en silencio durante -largo tiempo, y una larga y voluptuosa reserva; para otros en fin se necesita la calma de los ángeles, la castidad fraternal Y una virginidad eterna. ¿Son semejantes todas las almas? ¿Tienen las mismas facultades todos los hombres? ¿No nacieron unos para la austeridad de la le religiosa, otros para la languidez del deleito, otros para los trabajos y las luchas

de la pasión, y otros en fin para los vagos ensueños de la poesía? No hay cosa más arbitraria que el sentido del verdadero amor. Todos los amores son verdaderos, tanto si son topos o como si son pacíficos, lo mismo los sensuales que los ascéticos, así los durables como los transitorios, igualmente los que conducen al hombre al suicidio, que los que le encaminan al placer. Los amores de cabeza producen tan grandes acciones como los de corazón, y tienen, sino tanta duración, tanta violencia a lo menos, y el misino imperio. El amor de los sentidos puede ennoblecerse y santificarse con la lucha y el sacrificio. ¡Cuántas vírgenes veladas obedecieron sin saberlo al impulso de la naturaleza al besar los pies de Cristo, y al verter ardientes lágrimas sobre las manos de mármol de su celeste esposo! Creedme, Stenio, esta divinización del egoísmo que posee y guarda, esta ley de matrimonio moral en el amor es tan loca é impotente para contener las voluntades, y tan irrisoria en presencia de Dios, como la del matrimonio social lo es ahora entre los hombres.

No penséis hacerme variar, porque no está en mi poder, y el vuestro se cansaría miserablemente en la tentativa. SI yo soy la única mujer que podéis amar, séd hijo mío y os consiento que entréis en mi vida, segura de no faltaros nunca si vos me obligáis a alejarme por miedo de ser nociva. Ya veis, Stenio, que vuestra suerte está en mis manos; contentaos pues de mi pura terneza y de mis platónicos abrazos. lie procurado amaros como amante y como mujer.... pero, ¿el papel de la mujer se limita solamente a los raptos del amor? ¿Son justos los hombres cuando acusan a la que corresponde mal a sus transportes, de que deroga los atributos de su sexo? ¿Cuentan por nada la inteligente solicitud de las hermanas y los sublimes sacrificios de las madres? ¡Oh! si yo hubiese tenido un hermano menor que yo, habríais guiado en la vida, hubiera procurado evitarle penas y preservarle de peligros. SI hubiese tenido hijos, hubiéralos alimentado en mis pechos, habríalos llevado en mis brazos y en mi alma y sometídome sin esfuerzos por ellos a todos



los males de la vida. Conozco que habría sido una madre animosa, apasionada é infatigable. Sed pues para mí hijo y hermano, y parézcaos incestuosa y fantástica la idea de un himeneo, cualquiera que fuere. Alejadla cocióse alejan esos monstruosos sueños que nos conturban de noche, y que repelemos gustosos al despertarnos. Luego, tiempo es ya do que os lo diga, Stenio, el amor no puede ser el principal quehacer de vuestra vida: en vano procuraríais aislaros y hallar la felicidad en la posesión exclusiva de un ser de vuestra elección. El corazón del hombre no puede vivir de sí mismo, pues necesita alimentos más variados. ¡Más ay! ¡yo os hablo un lenguaje que yo misma no he querido nunca escuchar, y que vos me hablaríais luego si yo quisiera haceros participar de! error de mi juventud. Hasta hoy he vacilado si os hablarla ó no de vuestros deberes; l he estado tan largo tiempo persuadida de que el amor era el más sagrado de todos! pero sé que me engañé y que hay otros muchos. A falta de ese que es ideal, hay otro a lo menos para los hombres, del cual apenas me atrevo a hablaros. Vos sin embargo me lo preguntáis; pues queréis que os ilustre y os guie y os haga grande. Pues bien, solo un medio tengo para corresponder a vuestro deseo, y es el de ponerlos en manos de un hombre realmente virtuoso, y creedme, creedme a mí, la escéptica, pues por otra parle solo el nombre de ese hombre os convencerá. Me habéis hablado frecuentemente con entusiasmo de Valmarina, y estrechádome con preguntas a las cuales no he querido contestar. En vuestros días de tristeza y de desaliento queríais irlo a buscar y tomar parte en sus misteriosos trabajos, y eludí siempre vuestros ruegos, pareciéndome que no era tiempo todavía; pero ahora creo que ya no sentiréis hácia mi aquel género de exaltado amor que os hubiera hecho incapaz de una resolución firme. Id en busca de ese apóstol de una fe sublime: yo estoy ligada a su suerte é iniciada en sus secretos más de lo que os he manifestado y una sola palabra de mi boca os evitará todas las pruebas que os fueran precisas para alcanzar su intimidad: esa palabra está ya dicha y Valmarina os aguarda.

Puesto que renuncio a la esperanza de haceros feliz se un la esperanza vuestra, y puesto que en la embriaguez del placer no habéis hallado alivio a vuestros sufrimientos, echaos en los brazos de un padre y de un amigo, pues él solo es quien puede daros fuerza y enseñaros las virtudes a que aspiráis. MI ternura velará sobre vos, y crecerá a la par con vuestros méritos.

Admitid este contrato. Poned con confianza vuestras manos en las nuestras, y apoyaos con calma en nuestros hombros prontos a sosteneros; pero

no os alucinéis esperando rejuvenecerme hasta hacerme perder la razón. No rompáis el lazo que hace vuestra fuerza, y guardaos de derribar el apoyo que pedís. Llamad si queréis amor al afecto que nos tenemos, pero sea el amor que se conoce en la mansión de los ángeles, donde las almas solas arden con el fuego de los santos deseos.

## XL.

¡Pues bien! maldita seáis porque yo soy maldito! Vuestro frío hálito ha agostado en flor mi juventud. Tenéis razón y os entiendo muy bien señora: confesáis que necesito de vos y decíais que vos no me necesitáis a mí. ¿De qué puedo quejarme? ¿No sé ya que esto no tiene réplica? Vos proferís permanecer en la calma en que pretendéis estar, a bajaros a compartir mis ardores, tormentos y borrascas. Mucha cordura tenéis y mucha lógica, en verdad, y lejos de argüir con vos, callo y os admiro.

Pero puedo aborreceros, Lelia: este es un derecho que me habéis dado y del cual pretendo usar bien. Suficiente mal me habéis hecho para que yo os consagre mi eterna y profunda enemistad, pues sin haber cometido falta ninguna real contra vos, habéis hallado el medio de serme funesta, y de quitarme el derecho de quejarme. Vuestra frialdad os ha colocado delante de mí cara a cara en una posición inatacable, mientras mi juventud y mi exaltación me ponían sin defensa en poder vuestro. No os habéis dignado tener piedad de mí, esto es muy llano; ¿por qué había de ser de otra manera? ¿qué simpatía podía existir entre nosotros? ¿Por qué trabajos, por qué grandes acciones, por qué superioridad os había yo merecido? vos nada me debíais y me concedisteis esa fácil compasión que nos hace volver la cabeza cuando pasamos por junto a un hombre herido y ensangrentado. ¿No era ya mucho esto? ¿á lo menos, no era ya suficiente para probar vuestra sensibilidad?

¡¡Oh! si, vos sois una buena hermana, una tierna madre, Lelia! Me echáis en brazos de las rameras con un desinterés admirable, destruís mi esperanza y desvanecéis mi ilusión con una severidad verdaderamente magestuoso; me anunciáis que no hay felicidad pura ni castos placeres en el mundo, y para probármelo, me arrojáis de vuestro seno donde parecía que me acogíais prometiéndome los goces del cielo para enviarme a dormir sobre un pecho caliente aún de los besos de toda una ciudad. Muy sabio ha sido Dios, Lelia, en no daros ningún hijo; pero ha sido injusto conmigo dándome una madre como vos.

Os doy gracias, Lelia; pero la lección es sobrado fuerte para que necesite otra para llegar a ser cuerdo. Ilustrado estoy, desengañado ya de todas las cosas, viejo y lleno de experiencia. Todos los goces y los amores todos están en el cielo, sea en hora buena; pero entretanto admitamos la vida con todas sus necesidades, la juventud febril, el deseo fogoso, el brutal apetito, y el vicio descarado, erguido y filosófico. Dividamos en dos parles nuestra era: la una para la religión, para la amistad, la poesía y el saber; y la otra para el desorden y el desenfreno. Salgamos del templo y vayamos a olvidar a Dios en el lecho de Mesalina. Perfumemos nuestras frentes y revolquémonos en el fango, aspiremos en un mismo día a la insaculación de los ángeles y vivamos con la grosería de los animales. Pero yo, señora, yo lo entiendo mejor que vos, pues voy más lejos, puesto que adopto las consecuencias de vuestro precepto. Incapaz de dividir mi vida entre el cielo y el infierno, y sobrado mediocre é incompleto para pasar de la oración a la orgia y de la luz a las tinieblas, renuncio a los goces puros y a los éxtasis divinos, me abandono al capricho de mis sentidos y a los ardores de mi abrasada sangre. ¡Vivan la Zinzolina y sus semejantes ¡Vivan los placeres fáciles de alcanzar y las delicias que no se tienen de conquistar por el estudio, la meditación y las preces! Sí, mil veces sí, locura fuera menospreciar las facultades de la materia. ¿No he gozado por ventura en brazos de vuestra hermana una dicha casi tan real como si hubiese estado en los vuestros? ¿Reconocí por ventura mi error? ¿Lo pensé un instante siquiera? ¡Pardiez, no! Nada me contuvo en el borde de mi precipicio, ningún secreto presentimiento me dió a entender el pérfido cambio que hacíais vos riendo ante mis obcecados ojos. Las groseras emanaciones de una loca alegría me embriagaron tanto como los suaves perfumes de mi querida. En mi brutal ardor no distinguí a Pulquería de Lelia, perdido y ebrio como estaba; creí estrechar contra mi pecho la ilusión de mis ardientes noches, y lejos de

helarme el contacto de una mujer desconocida me abrevé da amor, bendije al cielo, acepté la más despreciable substitución con transportes y sollozos, poseí a Lelia en mi alma y mi boca devoró a Pulquería sin desconfianza, sin disgusto y sin sospecha.

¡Muy bien señora, os habéis salido con la vuestra, me habéis convencido! El placer de los sentidos puede existir aislado de todos los placeres del corazón y de todas las satisfacciones del espíritu. Para vos el alma puede vivir sin auxilio de los sentidos, porque es etérea y sublime vibra naturalmente, pero yo soy un débil mortal, una criatura miserable, y no puedo estar cerca de una mujer amada, tocar su mano, respirar su aliento y recibir en la frente sus besos, sin que el pecho se me subleve y se turbe mi vista y se pierda y sucumba mi espíritu. Entonces es preciso librarme de estos peligros y sustraerme a estos sufrimientos, como también preservarme del desprecio de aquella a quien yo amo con un amor indigno y fuerte. Adiós, señora; para siempre huyo de vos. Ya no os avergonzareis más de inspirar los ardores que me consumían a vuestros pies.

Pero como mi alma no está depravada, y como no puedo poner en los brazos de las infames ramera que me ofrecéis por amantes un corazón lleno de un santo amor, ni puedo hermanar el recuerdo de celestes deleites con el sentimiento de deleites terrenales, de aquí en adelante quiero extinguir mi imaginación, abjurar el alma y cerrar el pecho a deseos nobles y sublimes. Quiero ponerme al nivel de la vida que vos me habéis creado, y vivir de realidades como hasta aquí he vivido de ficciones. Ahora ya soy hombre, ¿no es verdad? Poseo la ciencia del bien y del mal y puedo ir solo, pues ya nuda tengo que aprender. Permaneced en vuestro reposo; yo ya he perdido el mío.

¡Con que es cierto! Yo no era más que un pueril insensato, un miserable loco cuando creía en las promesas del cielo y me imaginaba que el hombre estaba también organizado como las yerbas del campo y que su existencia podía doblarse, completarse y confundirse con otra existencia y absorberse en los abrazos de un sagrado arrobamiento, ¡Yo lo creía! Sabía que estos misterios se cumplían al calor del sol, a la vista de Dios y en el cáliz de las flores, y me decía: —El amor del hombre puro por la mujer pura es tan suave, legítimo y ardiente como esos, y no me acordaba más de las leyes, usos y costumbres que desfiguran el empleo de las facultades humanas y destruyen el Orden del universo. Insensible a las ambiciones que atormen-

tan a los hombres, refugiábame en el amor sin saber que la sociedad lo había tocado también y que a las almas ardientes no las quedaba más recurso que gastarse y extinguirse por el desprecio de sí mismas en el seno de facticios goces y de áridos placeres.

¿Pero quién tiene la culpa? ¿No es Dios ante todo? Nunca había llegado a acusar ú Dios, y sois vos, Lelia, la que me habéis enseñado a espantarme de sus leyes y a acriminarle por sus rigores. Gata ahí que hoy se disipa la crédula superstición que me alucinaba, y se desvanece la nube de oro que me ocultaba la Divinidad. Descendido al fondo de mí mismo, he conocido mi flaqueza, me he avergonzado de mi estupidez, y llorado de rabia al ver el poder de la materia y la impotencia del alma que tan orgulloso me hacía y cuyo reino creía tan seguro. Cata ahí que ya sé quien soy, y que pregunto a mi señor porque me hizo de esta manera, porque están sujetas a tan groseros deseos mi codiciosa inteligencia y mi orgullosa y delicada imaginación, y porque los sentidos pueden imponer silencio al pensamiento y ahogar el instinto del corazón y el discernimiento del espíritu.

¡Oh vergüenza! ¡vergüenza y dolor ¡Yo creía que los besos de esa mujer me hallarían tan frío como el mármol, y que mi corazón se llenaría de disgusto al acercarme a ella y sin embargo con ella fui feliz y se dilató mi alma en la posesión de un cuerpo sin ella!

Yo soy el despreciable; pero odio a Dios y a vos también, que habéis sido el faro, la estrella que me ha hecho conocer el horror de esos abismos, no para apartarme, sino para precipitarme en ellos; a vos, Lelia que podíais cerrármelos ojos, ocultarme tan repugnantes verdades y darme un placer que no me hubiera ruborizado y una dicha que no habría maldecido y detestado. Si, os detesta por enemiga, por raí azote y como instrumento de mi perdición. A lo menos podíais prolongar mi error y detenerme, Aunque no hubiese sido más que algunos días, en las puertas de mi eterno dolor, y ni siquiera esto habéis hecho, pues me habéis empujado hacía el vicio sin advertirme y sin escribir en la entrada: — ¡Dejad la esperanza en la puerta de este infierno, los que queráis entrar y arrostrar sus terrores ¡— Todo lo he visto, nada me ha arredrado, y ya soy tan sabio, entendido y desgraciado como vos. Ya no necesito guía; ya sé de que bienes puedo hacer caso, a que ambiciones debo renunciar; y conozco al fin que recursos pueden repeler el tedio que devora la vida. De ellos ha ó uso, pues es preciso. ¡Adiós pues!

Bien me has instruido é ilustrado: a tí te debo la ciencia, Lelia; maldita seas por ello.

## CUARTA PARTE.

### XLI.

Ya sucede lo que yo os había predicho, no podéis amar y no sabéis pasar sin amor. ¿Qué liareis ahora? Mereceréis todas las acusaciones que Stenio os dirija en la amargura de su corazón. Beberéis las ardientes lágrimas de los niños en la copa helada del orgullo. Lelia, yo no soy de aquellos que os adulan y soy tal vez vuestro único amigo verdadero. Pues bien, de algún tiempo a esta parte disminuye la estimación que os tengo. No veo que halléis la salida de ese laberinto en donde os metió vuestra altivez, y en donde a causa de esa altivez misma no debierais haber errado tan largo tiempo. Ya sé cuanta pena tenéis en vivir, conozco las miserias inherentes al vigor de naturalezas raras como la vuestra, adivino la terrible lucha que debe sostener una inteligencia superior contra los encontrados elementos que nacen en su mismo fondo, y comprendo por último que en donde las voluntades son sublimes ha de ser obstinada la rebeldía; pero el combate tiene sus límites y término la irresolución. Una alma como la vuestra puede engañarse largo tiempo sobre sí misma, y en un exceso de orgullo tomar por instintos nobles los vicios; más un día debe estar alumbrada y penetrar la luz hasta en los pliegues más sombríos. Tales días son raros; pero decisivos: el vulgo no ve de ellos masque pálidos reflejos, tan pronto vistos como desvanecidos; pero

los espíritus fuertes saludan su esplendor dos ó tres veces a lo más en el curso de su vida, para recibir una forma nueva y duradera.

Estas magníficas reacciones de Ja voluntad y casi milagrosas transformaciones del ser, vos las conocéis bien, Lelia; Dios os había dado la fuerza, la educación os dió el orgullo. Un dia quisisteis amar y a pesar de la rebeldía del orgullo y de los sufrimientos de la fuerza, amasteis y os hicisteis mujer: no fuisteis felices porque no debíais serlo, pero vuestra misma desgracia debió engrandeceros a vuestros propios ojos.

Cuando ese amor hubo llegado al apogeo de afecto y de dolor, conocisteis la necesidad de destruirlo para recobrar el poder de la voluntad, como habíais conocido la de sufrirlo para cumplir el destino humano, y os alumbró el segundo día de vuestra fuerza para salir del abismo a donde os habia ayudado a bajar el primer día.

Tratasteis entonces de tomar una dirección en la vida y apartaros para siempre del abismo, lo cual era obra del tercer día. Este aún se halla oculto detrás de vuestro horizonte: ¡luzca por fin! Cese esa irresolución, márquese vuestra senda, y en vez de dar continuas vueltas en torno de un precipicio vanamente explorado, diríjanse vuestros pasos a las cumbres para las cuales fuisteis criada.

Ya no me pidáis más gracia, porque mi austera amistad os la negará y en adelante os condenaré sin piedad, porque en mi razón ya estáis juzgada. La prueba ha durado suficiente tiempo y ha llegado ya el tiempo de salir triunfante. Si caéis Lelia, no os trataré como diz que fueron tratados los ángeles caídos, porque yo no soy Dios y nada debo romper el lazo de amistad entre dos criaturas humanas que se han jurado prestarse socorro y asistencia. El verdadero afecto debe tomar todas las formas, y su voz entonará tan pronto el himno triunfal de la resurrección como la plegaria expiatoria de los muertos: escoged. ¿Queréis que os eche encima el velo del luto y vierta lágrimas amargas por vuestra degradación, en lugar de coronaros de inmortales estrellas y de arrodillarme delante de vuestra gloria? Merecíais mi admiración, ¿preferís que os tenga lástima?

No, no: romped esos lazos que os ligan al mundo, pues Aunque decís que ya no sois en él más que un espectro, hay sin embargo en el corazón cerrado a las pasiones violentas, la libra de pasiones menores que solo la muerte puede acabar. Vos sois vana, Lelia, no os hagáis ilusiones: vuestro orgullo



os veda someteros al amor; pues al mismo tiempo debería prohibiros admitir el amor de otro, y de esta manera sería un orgullo por el cual se os debería felicitar ó compadeceros, pero nunca acriminaros. El gusto que tenéis en inspirar amor y ver el mal que ese amor hace en el corazón de los hombres, es una satisfacción pueril y culpable de vuestro orgullo: haced que cese, ó por él seréis castigada.

Porque, si la justicia de la Providencia es misteriosa en sus miras generales, hay actos de la celestial justicia que cumplen secretamente entre Dios y el hombre, los cuales son inevitables por más que haga el hombre para ocultarlos. Si os complacen demasiado los homenajes, si dejáis que el veneno de la lisonja llegue por el oído a vuestro corazón, luego sacrificaréis más fuerza que no pensáis a la satisfacción de esta nueva necesidad, y hasta necesaria os haréis la sociedad de hombres de la medianía, pues querréis ver a vuestros pies a aquellos quizás con quienes simpatizaréis menos, solo para ver sobre ellos el efecto de vuestro poder. Os habituareis al tedio de un reino estúpido, y este tedio será vuestra única diversión. Ya no seréis la amiga de nadie, sino la querida de todos.

¡Si; la zurrada! ¡caiga con todo su peso sobre vuestra con-

ciencia este hombre brutal! Hay una especie de galantería platónica que puede satisfacer a una mujer vulgar, pero que un carácter tan serio como el vuestro debe despreciar profundamente, porque es la prostitución del entendimiento. Si tuvieseis un lazo de carne y de sangre con la humana, si tuvieseis un esposo ó un amante, si sobre todo fueseis madre, podríais ver en derredor vuestros numerosos afectos, porque os interesaríais de mil modos en la vida de todos; pero en la soledad que os habéis formado, y para salir de la cual es ya muy tarde, seréis siempre para los hombres un objeto de curiosidad, de desconfianza, de estúpido odio, y de insensatos deseos. ¡Ese vano ruido, que se hace cerca de vos, bien ha debido cansaros! pues si os empieza a agradar es señal de que comenzáis a caer, de que ya no sois la misma, y de que Dios que os había marcado con el sello de una fatalidad sublime, viendo que queréis salir del áspero sendero de la soledad en donde os esperaba su espíritu, se reirá de vos y os abandona a los mezuquinos, pasatiempos de este mundo.

Este es el castigo invisible de que yo os hablaba poco ha, Lelia; esta es la maldición, insensible al principio, que se extiende poco a poco sobre nue-

stros años como un velo fúnebre: es la nube con que Moisés cubrió al Egipto rebelde ¡Dios, vos sufrís todavía, Lelia, porque sentís ese espíritu de Dios que os encumbra! El otro día os comparabais con aquel hombre bañado de frío sudor que en el gran cuadro de Miguel Ángel se agarra con desesperación al ángel encargado de disputárselo al demonio. Una hora os estuvisteis inmóvil y sombría contemplando aquella lucha gigantesca que ya habíais visto mil veces, pero que hoy os ofrece un sentido más simpático. Cuidado en que no se canse el ángel bueno, y en que el malo no se aferre a vuestros débiles pies; porque de vos depende el quo os ganen el uno ó el otro.

## **XLII.**

### **LELIA EN LA ROCA.**

Así hablaba Valmarina con Lelia, caminando los dos lentamente por un sendero de la montaña. Habían salido a media noche de la ciudad y se metieron en las desiertas gargantas bajo ¡a luz llena y suave de la luna, yendo sin objeto, y aprisa, sin embargo, al començare! camino y hasta que entablaron la conversación. El viajero seguía a duras penas a aquella mujer alta y pálida, que a la sazón parecía más alta y más pálida, todavía. Era aquella una de las agitadas caminatas que no mueven más que la imaginación, que solo arrebatan el espíritu y en que el cuerpo parece que no tenga parte, tanto es lo que se distrae de toda fatiga física. Era la noche una de aquellas también en que no se levantan los ojos hacia la etérea bóveda para seguir la marcha armoniosa de las constelaciones, sino que la mirada del alma descende y penetra en los abismos de la memoria y de la conciencia, y la hora de aquellas que duran toda una vida y en que no se siente vivir más que en lo pasado y en lo futuro.

Lelia con lodo levantaba Inicia el cielo una frente más audaz que de costumbre, pero no veía el cielo que miraba. El viento soplabá por entre sus cabellos y le echaba cada momento su sombrío velo en el rostro sin que ella lo advirtiese. Si Stenio la hubiese visto en aquel instante habría-, la sorprendido por primera vez con el seno agitado y el gesto inquieto, un frío sudor bañaba sus frías espaldas, y sus cejas ya bajaban ya se unían en su frente, cuya inmaculada blancura parecía empañada por una nube. Parábase de tiempo en tiempo, cruzaba los brazos sobre su ardiente pecho y miraba de pies a cabeza a su compañero: hubiérase dicho que la celeste cólera ¡Ha estallar en ella!

Sin embargo, cuando Valmarina se interrumpía espantado por el efecto de sus acriminaciones y temeroso de ir más allá de lo que quería, recobraba Lelia como por magia toda inserenidad, y sonriendo a la afectuosa timidez de su amigo hacía que continuase su discurso y su camino.

Cuando hubo acabado de hablar, esperó ella largo rato para ver si quería decir algo mas, y en seguida se sentó en una escarpada roca de la cumbre de la montaña, y levantó convulsivamente sus largos brazos tirantes por la desesperación hácia las impasibles estrellas.

— Vos sufrís, le dijo su amigo con tristeza; ya os he lastimado el corazón.

— Sí, contestó ella dejando caer sobre sus rodillas sus brazos de mármol, habéis dañado a mi orgullo y de buena gana exclamaría con el héroe de Calderón:

¡Enfermo estás, honor mío!

— ¿No sabéis que esas enfermedades del orgullo se curan con remedios violentos? dijo Valmarina.

— ¡Ya lo sé! respondió Lelia alargando la mano para imponerle silencio.

Luego se subió a la punta de la roca, y en pie sobre aquel pedestal inmenso, alumbrando su elevada figura los rayos de la luna, se echó a reír con espantosas carcajadas, y el mismo Valmarina tuvo miedo por ella.

— ¿Por qué reís? la preguntó entono severo. ¿Triunfa acaso el espíritu del mal? Paréceme que acabo de ver tomar el vuelo a vuestro ángel bueno al estrépito de esa risa discordante y amarga.

— Aquí no hay ángel malo, respondió Lelia, y el bueno meló seré yo misma. Lelia sabrá salvar a Lelia. El que ha temado el vuelo por esta cargada de anatema y de adiós, es el espíritu tentador, es el fantasma que había tomado rostro de ángel, es el que mi despreciadora burla saluda allá abajo, es Stenio el poeta sagrado que cena esta noche entre ramerías.

Valmarina bajó su vista hacia los lejanos horizontes del valle, y vió las pálidas luces de la ciudad y el palacio de la cortesana Pulquería que irradiaba con todo el brillo de una nocturna bacanal.

Volviendo a mirar a Lelia vió sentada y anegada en la lágrima.

— Mujer infeliz, la dijo, los celos acaban de entrar en tu corazón.

— Decid más bien, hombre insensato, que acaban de salir, replicó ella: lloro perdida una ilusión, y no a un hombre. Stenio no ha existido jamás, pues solo era hijo de un pensamiento. ¡Pero cuán hermoso! Preciso es que yo sea muy grande y muy hábil artista para haber hecho tan celestial figura. Rafael y Miguel Ángel, confundidos en uno solo, no hubieran creado jamás una cosa semejante hermosura.

Esto diciendo púsose la mano sobre aquel largo pliegue que lo cubría la frente en sus horas de mayor sufrimiento.

— En vano lo busco ahora, añadió, pues ya no es más que una pálida sombra pronta a volver a la noche de lacada. El viento de la muerte ha roto aquel lirio del Edén, de soplo de Pulquería ha muerto a mi Stenio. Allá a lo lejos, allá bajo hay un espectro que aúlla en un garito; ¿cómo le llamáis ahora?

¡Poeta mío! yo te encerraré en un sepulcro digno de ti, en un sepulcro más frío que el mármol, más impenetrable que el acero y más oculto que el diamante en la piedra: te sepultaré en mi corazón.

¡Y tú, espectro! ¡levanta tu vacilante brazo y lleva a tus mancillados labios la copa de ónice de la bacante! ¡Bebe por desafío a la salud de Lelia! ¡Búrlate de la orgullosa insensata que desprecia los labios y la aromática cabellera de tan gallardo mancebo! ¡Ah! ¡Stenio! ese cuerpo ya no será luego más que un odre propio para contenerlas cincuenta y siete especies de vino de! Archipiélago. Va os un ánfora vacía, un frágil alabastro en donde no circula la sangre del corazón, en donde se ha apagado el fuego

del iltna, y que caerá a pedazos entre los restos de hombres y de copas caídos bajo la mesa de Pulquería.

¡Gracias, Stenio mío! tú me has salvado. Tú me has evitado el derramar el barro de las pasiones sobre la nieve sin mancha, sobre el brillante cristal en donde Dios me encerró y, a tí mil gracias, no he salido de mi palacio de nácar. Guando viste que me acercaba al umbral, te remontaste al cielo, mi delicioso sueño, echando a la impureza un vestido sucio que ella llena de besos infames creyendo que es Stenio.

— Calmad ese delirio, dijo Valmarina procurando a hablar a Lelia do aquella roca que parecía paradla la trípode a la pitonisa y en la cual temía que al fin perdería toda su razón.

— ¡Deja! respondió Lelia repeliéndole, ¡deja, hombre de pequeña paciencia y de lentas transacciones! Para ti a fuerza es la obra de toda la vida, ¿no es verdad? pues para Lelia has de saber que no es más que obra de una noche. Ha, no temas nada de mi delirio; pues cuando yo baje de usted peñasco, la ménade que ahora ves será la más casta Y tranquila do las vestales. Déjame decir adios a un mundo que se desmorona y a un sol que se extingue. El espíritu del hombre os una imagen abreviada, pero fiel y completa de lo infinito: cuando se extingue uno de sus focos 'le vida se enciende otro más brillante, porque este principio solo pertenece a Dios. No se tiene por caída Lelia Porque un hombre la ha maldecido, puesto que la queda Apropio corazón y eso corazón encierra el sentimiento de divinidad, la intención y el amor de la perfección. ¿De cuándo acá se pierde de vista el sol porque se mete en la sombra uno de los átomos que sus rayos abrasaban?

Dicho esto, sentóse y mantúvose muda é inmóvil como una estatua, pues su trabajo interior no era más visible en el movimiento de un reloj bajo las placas que ocultan la máquina. Valmarina la contempló largo rato con admiración y respeto; pero en aquel momento no habia en ella nada de humano ni simpático, y parecíase a aquellos grandes leones de mármol blanco del Pirco, que a fuerza de mirar las olas parecen haber adquirido la tuerza de sojuzgarlas.

¿Decís que al entrar en el retrete de mi hermana y al ver mi busto le ha echado a la cara, a mi pobre cara de mármol, su copa llena de vino?  
¿Añadís que ha inflamado el ponche con mi última carta?

Lelia hizo estas preguntas con calma, y quiso saber detalladamente la cólera del jóven que Valmarina habia presenciado algunas horas antes.

Esto iba a contaros, respondióle, cuando creí que solo con ello podría inflamarse vuestra cólera y restituiros una firmeza de que ha sobrado tiempo carecíais; pero las lágrimas que os he visto derramar no ha mucho me hacen temer que no os haya herido más profundamente de lo que yo creía.

No temáis, respondió Lelia, hace ya tres días que no le amo y sobre él he llorado y no sobre mí: no creáis quo me hayan hecho mella su vano despecho y sus locos insultos porque no es eso lo que me ultraja, sino lo que pasó en el pabellón, cuatro noches ha, cuando tomó por mía la mano de una cortesana, por mía su boca, y su seno por el mío cuando exclamó; — ¿Qué tienes esta noche, amada una? Yo nunca te he visto así; tú me embriagas con un deleite que yo no habia ni soñado, y tu aliento me abrasa. ¡Permanece de este modo, pues solo ahora empiezo a amarte, puesto que hasta ahora solo amaba una sombra!

¿Queríais que fuese adivino para descubrir el ente engaño a que vos misma os habíais prestado?

—¿Prestado yo? ¡Oh! eso no! ¡Sabe Dios que cuando le seguía por aquellos sombríos corredores no pensaba yo que aquello terminaría como terminó! Como yo habia visto resistencia, pensaba ser testigo de su victoria. ¿Pensáis que iba yo a presenciar sus abrazos? Séame el cielo testigo de esto ¡Yo le amaba, si; yo amaba a aquel mancebo tan gracioso y suave, ¡y muchas veces Babia resuello vencer mis terrores y ensayar con él un himeneo santificado con nobles pactos! Ese, me decía yo, ¿no es mi hermano el soñador, el idealista, el poeta sagrado que podría ennoblecer y divinizar mi vida? Luego quería probar aún su constancia y la fuerza de su corazón por medio de otras pruebas, como el miedo de perderme y la ausencia, y no buscaba un cruel placer en hacerle sufrir por mi gloria como vos habéis querido creer, puesto que yo sufría más que él de sí aguardar y de su tormento. Pero yo sabía como pasa para mí el amor, y me acordaba del dia en que borrarón el primero de mi memoria la vergüenza y el disgusto como barre el viento la espuma de las olas. Yo veía ó creía ver en Stenio una pasión tan verdadera, que mí indiferencia tenía que quebrantar su vida, y no quería darle margen a la más leve esperanza sin estar segura de no tenérsela que quitar el dia siguiente. ¡Cuánto no le examinaba yo por esto! ¡Con cuán

amorosa y maternal solicitud observaba yo los instintos y disposiciones de mi discípulo muy amado! ¡Loca de mi que quería enseñarle a amar! Quería darle a conocer cuanto yo entendía de arrobamientos y delicadezas del pensamiento, por cambio de lo que el me hubiese recordado de los ardores de la sangre y de los delirios de la juventud.... ¡OB! ¡bien hice en no apresurarme y en prestar atención al desarrollo de aquella planta Una preciosa ¡Ay! tenía un gusano en el corazón, y solo hubiera bastado con que el demonio de la impureza hubiese sopiado encima para hundirlo en el fango. ¡Ved ahí 'o que son esos seres tan delicadamente organizados, esos maestros en el arte de la voluptuosidad, esos sacerdotes del amor! ¡Nos acusan de ser frías estatuas, y ellos no en más que un sentido, que es el que no se puede nombrar ¡¡Dicen que nuestras manos son frías; pero las suyas son tan groseras, ¡que no distinguen la fina cabellera de su querida de la de cualquier otra mujer que se les presente!

Abren todos sus poros al más estúpido engaño: basta el más delgado velo ó una noche hermosa del verano para cegarles los ojos y el alma, y sus oídos se engañan con la mayor facilidad creyendo hallar el sonido de una voz amada en una voz desconocida.... Basta que una mujer cualquiera les bese la boca para que se anuble su vista, para que sientan un zumbido que les impida oír, y para que una divina turbación y un desorden sublime les precipite con delicias a un abismo de prostitución.

¡Ah! ¡dejadme reír de esos poetas sin musa y sin Dios, fanfarrones miserables que comparan sus sentidos con las sutiles emanaciones de las flores y sus abrazos con las magníficas conjunciones de los astros! Más valen todavía los sinceros libertinos, que dicen, desde luego lo que debe hacérselos mirar con disgusto luego después.

— ¡Ah Lelia! dijo Valmarina, ¡toda esa indignación son celos! celos y amor!

— No por mi vida, respondió Lelia pasando de la ardiente cólera al más frío desdén. Los celos matan al amor al primer golpe en las almas orgullosas, y yo no entro en lucha con campeones indignos de mí. Sufrí, lo confieso, sufrí horriblemente durante una hora, porque me hallaba en su mismo gabinete y estaba con ellos: yo hablaba alternativamente con mi hermana y él no lo conocía, no distinguiéndola diferencia de nuestras voces y de nuestras palabras: cogíame alguna vez la mano y dejábala luego para tomar

maquinalmente y como por instinto otra mano mancillada que le parecía más mía. ¡Oh!; Yo bien lo veía! ¿Por qué pues no me habia de ver él a mí? Le vi como estrechaba ó Pulquería contra su corazón y no tuve tiempo más que para huir, y aún sus ahogados suspiros, sus gritos de amor y de triunfo me siguieron hasta en el jardín. Parecíame aquello una agonía, y cuando vi pasar las góndolas me embarqué en la primera que me vino delante para salir de aquella tierra emponzoñada que acababa de dar la muerte a Stenio.

— Muy pálida estabais cuando casi caísteis junto a mí en la góndola y creí que ibais a morir.; Ay infeliz! consultad bien vuestras fuerzas antes de escuchar vuestra cólera.

— Yo no tengo cólera más que contra vos que me comprendéis tan poco. Perder una madre a un hijo que se ha alimentado con leche de sus pechos después de haberlo llevado en su vientre entre angustias y dolores, no es más cruel para su corazón de lo que lo fue para el mío la súbita y terrible separación de mi Stenio en aquel momento. Pero alumbraba ya el dia cuando me embarqué, ¡y el disco del sol no habia salido aún de! todo de la mar, cuando en pie en la proa cantaba yo en alta y robusta voz el aria de hururu que me habían pedido que cantase. Todos lo dicen tal que venían con nosotros declararon que yo no habia titilado jamás con tanta energía, y yo pienso que la energía ó proviene solamente del pulmón, pues si no me engaito dimana de más arriba.

— ¡Ah! ¡cabeza de hierro! Queréis estrellaros contra el arco de triunfo que vos misma edificáis.

— Lo he de hacer tan hermoso y tan grande, que lugar ha de haber hasta para Satanás si por él quiere pasar. ¿Halláis que en estos tres días haya yo manifestado despecho a Pulquería ó a Stenio? ¿Á este no le he procurado consolar de su vergüenza, y ennoblecer a aquella a los ojos del poeta? ¿No le he ofrecido al incauto mancebo mi eterna amistad y una maternal solicitud?

— Entonces, ¿por qué os agitáis ahora? ¿Porque ha persistido en demandaros vuestro amor, y porque irritado por vuestra negativa es esta noche por despecho, por furor, y en medio de la embriaguez y de la desesperación, el amante voluntario de Pulquería?



— ¡No! ¡engañaríasé cualquiera que quisiese luchar con Lelia! No se combate con los vientos de la mar ni con las olas del océano, y mi orgullo es más incomprensible a la voluntad del hombre que las olas y las borrascas. ¡Lo que me ofende es que os empeñéis en hacerme tomar un partido Como si yo pudiese vacilar, como si a la vista de un cadáver tuviese que pensar si debía dejarlo en tierra ó meterlo en mi cama! Desembaracémonos de los muertos y vivamos luego.

— ¿Y qué vida será esa?

— Esto por ahora importa muy poco. Dadme tiempo para enjugarme los ojos y echar un velo entre la muerte y yo, y con tal que la haya olvidado dentro de una hora, ya nada tendréis que demandarme. Valmarina, mirad como las hermosas pléyades echan su ligera curva sobre el horizonte; pues antes que la última de ellas haya desaparecido, ya estará muy cambiado este desgarrado corazón, y bien mudada esta trastornada existencia. Os da pena el verme en mal camino, porque pensabais que yo luchaba con mezquinas pasiones y malos instintos: pero os engañabais: yo me encaminaba hácia un fin; más un rayo se llevó el camino y el término. Dejadme y dadme tiempo de apartar algunos escombros que han llegado hasta mis pies, y me separaré de este camino maldito. .

— Caminos hay muchos; pero un solo término para vos, dijo Valmarina. Vos Creéis que la soledad puede guiaros a él; más desconfiad de la cólera por compañera de viaje. SI llegabais a arrepentiros algún día, fuese cual fuese vuestra calma interior, fuese cual fuese el triunfo de vuestro amor propio, ¿quedaría del todo satisfecho ese orgullo que es vuestra égida, y que yo respeto porque he visto que era el móvil de vuestras mejores acciones ¿quedaría satisfecho ese orgullo al cual lo sacrificáis todo?

— Dios y yo lo sabríamos solamente, pues solo Dios seri\* testigo de mi sufrimiento, porque mi orgullo no llega a él

— ¡Dios! sin duda que si; ¿pero estáis segura de. creer en Dios, Lelia?

— ¡Si creo en Dios! no veis que no puedo amar nada en el mundo.

— Explicad esto como lo explica el casto Stenio a estas horas, intentando con Zinzolina las causas de mi frialdad.

Los que no tienen más dios que su cuerpo, no conciben otra causa de abstinencia que una impotencia física. ¿Qué es para ellos la exigencia de ¡as

facultades exquisitas? ¿Que significa la necesidad de la belleza ideal? ¿Qué viene a ser la sed de un amor sublime a los ojos del vulgo? Cuando por casualidad le alumbran ráfagas pasajeras de entusiasmo, no son más que el efecto de una violenta excitación de nervios, y de una reacción mecánica de los sentidos sobre el cerebro. Toda criatura, por mediocre que sea, puede inspirar ó sentir ese delirio de un instante, y tomarlo por amor: na van más allá la inteligencia y la aspiración de la muchedumbre. El ser que aspira a goces más nobles siempre, a placeres sentidos siempre viva y santamente, y a una continua asociación del amor moral con el amor físico, es un ambicioso destinado a una dicha inmensa ó a un eterno dolor. Para los que del amor hacen un dios no existe medio, y necesitan el santuario de un afecto inmenso como el suyo pira celebrar sus divinos misterios; pero no esperan jamás conocer el placer en un lupanar. Ahora bien, ¿quién duda Que el amor de los hombres se ha hecho lupanar hasta del lecho conyugal? La mayor parte de ellos son para una mujer pura lo que una ramera para un jóven casto. El joven Heue derecho de despreciará la meretriz, y echarla después de haber satisfecho una necesidad que luego le avergüenza, ¿por qué pues se ha de rehusar a las mujeres puras fe facultad de sentir disgusto, y el derecho de manifestarlo los hombres impuros que las engaña. Mil veces más vidas que las prostitutas, ¿no prometen también «mor esos hombres mancillados? Una mujer altiva no puede conocer el placer sin el amor, y este es el motivo porque no hallara ni el uno ni el otro en la mayor parte de los hombres. En cuanto a estos, les es mucho mas difícil corresponderá nuestros instintos nobles, y alimentar nuestros generosos deseos que acusarnos de frialdad. Almas tan ascéticas, dicen ellos, dan vida siempre a seres imperfectos, y en su concepto más atractivos tiene que una virgen la última prostituta, la cual como que está a su nivel, es la verdadera esposa y la amante verdadera de los hombres de esta generación. Sacerdotisa de la materia, ahoga todo loque hay en la mujer de divinamente humano para desarrollar instintos excesivos, propios de las bestias: no es orgulloso ni importuna, y no pide más que oro que es lo único que tales hombres pueden dar. ¡Ah!; Te doy mil gracias, Dios mío! Has querido que se desprendiese de ante mis ojos otro velo, y que viese tan claras como la luz de tu sol y por medio del mismo Stenio estas verdades que no rae atrevía a creer, por medio de Stenio a quien yo llamaba ya mi amante, y que me parecía el más puro de los hijos de los hombres. Has permitido que mi alma se sumiese en las tinieblas durante algún tiempo, y que el sufrimiento empañase mi inteligencia a punto

de hacerme dudar de la verdad eterna. Demencia, mentira, sabiduría, sofisma, amor divino, abnegación impla, castidad, desorden, todos los elementos de error y de verdad, de grandeza y de abyección, han dado vueltas flotando por el caos de mi imaginación. ¡En el abismo de mi pensamiento ha habido borrascas terribles é inminentes naufragios! Yo lo he discutido todo, poco falta si no lo he probado todo, y en este abandono de mi voluntad, eu esta abdicación do mí razón, no he hallado más que un sufrimiento siempre más vivo, y un aislamiento más solemos siempre. Entonces he tendido los brazos hacía en medio de mi angustia, y me has hecho ver la corrupción de la naturaleza humana en sus causas y efectos. Tú me has hecho ver que ningún hombre (Siento tampoco) merecía este amor cuyo foco está en mí; me has dado una lección fuer» queriendo que todo el dolor y toda la humillación que llenan la vida de las mujeres vulgares, me fuesen en un momento revelados, y que las impuras uñas de los celos me hiciesen en el corazón una ligera herida, de donde saliesen algunas gotas de sangre mia, como un estigma de expiación y de castigo. He llegado a sentir por un momento el no se cortesana, y para mi enseñanza eterna me he visto vencida por una cortesana al primer beso. Gracias, Dios mío, ¡por haberme humillado de tal manera! porque al mismo tiempo he visto que no era tal mi destino. No, no, no consisten en eso mi placer y mí gloria, y de aquí en adelante no le dirigiré quejas, sino bendiciones siempre. ¡Ó soberana perfección! yo he sido ingrata porque tenía tu imagen en el pecho y buscaba lo infinito en la criatura, queriendo quitarte mi culto para dárselo a Ídolos de carne y hueso. Creí que de tí a mi debía haber un intermediario, un sacerdote, y que este sería el hombre; pero me engañé, porque no puedo tener más amante que tú, y fuese lo que fuese que cutre los dos se colocase, lejos de unirme a ti por medio de la felicidad y del reconocimiento, me alejaría por el tedio y la decepción. ¡Ahí vos me preguntáis, Valmarina, si creo en Dios! Preciso es que crea en él, puesto que le amo con un amor insensato, puesto que devora mi pecho el fuego de esta pasión insaciable, puesto que no puedo negar su providencia sin que se hiele la sangre en mis venas, y sin que se marchite mi vida como un fruto sobrecogido por el hielo. Necesariamente debo creer en él, puesto que no vivo más que de amor, a pesar de no amar a ninguna de las criaturas hechas a su imagen, y puesto que no puedo resignarme ¿obedecer ¿otro poder masque al del cielo. Y tú, Ste1110 , ¿cómo pudiste ser tan ciego para pensar en amarme? ¡Cómo le atreviste a ser el rival de Dios y llenar una vida Quo no es más que un furor, un éxtasis, un abrazo, una querella y una

reconciliación de una amante celosa y absoluta de la Divinidad? a tí es a quien debe darse el epíteto de orgulloso, porque has querido ser Dios también, y esperabas de mí la misma cólera, las mismas lágrimas, las mismas imprecaciones y los mismos deseos y transportes que tengo por él. ¡Pobre niño! me has conocido mal, y has sido bien poco poeta a pesar de todos tus versos. ¡Muy poco has comprendido lo que es lo ideal, puesto que has creído que un soplo mortal podía borrar Su imagen en el espejo de mi alma!

— Todo lo que decís, querida Lelia, palpita y delira de orgullo, dijo Valmarina con una afectuosa sonrisa y alargándola la mano para bajar de la roca; pero me gusta oírlos hablar de esta manera, pues os vuelvo a bailar tal cual sois, y en tal caso nada de lo que decís me espanta. Por otra parte, la amistad verdadera es la admiración completa y absoluta de un ser para otro, y por lo mismo amo hasta vuestros defectos. Cuando me inquieto y os pregunto es cuando os veo salir de vuestra vía y hacer las acciones de otra persona, porque entonces ya no os reconozco, y viéndolos tímida, incierta y dulce como las mujeres que se aman y gobiernan, me imagino que estáis perdida, y que la mejor y más loca criatura de Dios ha dejado de existir.

Lelia levantó con su mano sus cabellos que la caían sobre la frente, y tomando con la otra la de su amigo, irguióse otra vez en toda su altura sobre la roca y exclamó.

— ¡Orgullo! ¡sentimiento y conciencia de la fuerza! santa y digna levadura del universo, sé edificado sobre altares sin mancha, y encerrado en vasos de elección. ¡Triunfa, tu que haces sufrir y reinar! ¡Amo las puntas de tu cilicio, armadura de los arcángeles! ¡Si haces sufrir a tus elegidos suplicios inauditos y les impones terribles renunciaciones, también les causas poderosos gozos y les haces alcanzar victorias homéricas! Si les llevas a una Tebaida sin límites, también les haces ir a sus pies los leones del desierto, y en sus noches solitarias les haces aparecer el espíritu de la visión para luchar con ellos, para hacerles conocer y ejercitar su fuerza, y para recompensarles en fin por la mañana con estas palabras sublimes; Eres vencido; pero pros!» nate sin vergüenza porque yo soy el Señor.

Lelia se ató la cabellera, y saltando de la roca dijo— Vámonos, porque ya se ha puesto la última de las pléyades y nada me queda aquí que hacer: mi lucha ha terminado ya. El espíritu de Dios ha puesto la mano sobre de

como lo hizo con Jacob para abrirle los ojos, y Jaco prosternó. Altísimo, de hoy en adelante hiéreme cuanto quieras, quede rodillas me encontrarás.

Y tú, roca orgullos», añadió volviéndose al peñasco de donde acaba de bajar, he estado clavada un instante a tu flanco como Prometeo; pero no he esperado que un buitre viniese a roerme las entrañas, y he roto tus eslabones de hierro con Ja misma mano que los habia forjado.

## XLIII.

### LAS CAMALDULENSES.

Lelia y Valmarina bajaron de la montaña por la vertiente opuesta a la ciudad: Lelia iba delante, pero sin caminar aprisa ni andar turbada.

— No es este el camino, la dijo su compañero, advirtiéndola que se dirigía hacia el sud.

— El mío si que lo es, respondió, siendo el que me aleja de Stenio. Volved a la ciudad si queréis; por lo que a mí lo ra, no volveré a entrar, en ella.

— Yo desconfío un poco de estas resoluciones tan sábilas y absolutas porque no creo en los extremos, que no sirven más que para apresurar las reacciones.

— Toda resolución que se tarda en realizar aborta, respondió Lelia, Cuando se trata de querer se requiere reflexión, y cuando se debe obrar necesitase audacia y prontitud.

— ¿Á dónde vamos? preguntó Valmarina.

— Huimos de lo pasado, respondió Lelia con una alegría irónica.

Rayaba el día, y entraron en un valle cubierto de espesos bosques, por los cuales serpenteaban en silencio hermosas corrientes ¡la sombra de mirtos y de higueras. Era el país y desierto, y no había en él más habitaciones que algunas granjas esparramadas y ocultas por el follaje de los árboles, do suerte que se podían gozar a la vez todas las gracias y todos los beneficios de la fecunda naturaleza, y todas las grandezas y la poesía toda de la naturaleza inculta.

A la mitad de la colina paróse Lelia llena de admiración, y exclamó.

— Dichosos los pastores negligentes y rústicos que ducrluetiá la sombra de esos bosques silenciosos, sin más cuidado que el de sus ganados, y sin más estudio que el salir y el ponerse de las estrellas. Más felices aún los arrojados potros que saltan ligeros por entro matorrales, y las cabras monteses que trepan sin esfuerzo por las escarpadas rocas. Bienaventuradas todas las criaturas que pasan la vida sin fatiga y sin excesos.

Al revolver uno de los ángulos del camino vió Lelia en el crepúsculo una línea blanca sobre el flanco de la montaña, que ceñía el valle con un círculo magestuoso y vasto.

— ¿Qué es eso? le preguntó a su amigo. ¿Es una lineado espléndida arquitectura ó bien una muralla de creta como suele haberla en estas rocas? ¿Es una cascada inmensa, una cantera ó un palacio?

— Es un monasterio de monjas, respondió Valmarina es el convento de las camaldulenses.

— Mucho he oído hablar de su riqueza y elegancia, dijo Lelia. Vamos a visitarlo.

— Como queráis, respondió Valmarina; los hombres no pueden entrar, pero os esperaré en el patio.

Este llenó de sorpresa y admiración ¿Lelia cuando llovió. había primero una larga galería cuya bóveda de mármol blanco la sostenían columnas corintias de mármol de color de rosa con venas azules, separadas una de otra por grande vaso de malaquita, en que el álces erguía sus grandes aristas espinosas, y seguían luego inmensos jardincillo que se sucedían en una lejanía verdaderamente ilusoria, manera de alfombras ó terraplenes llenos de las más mosas llores. El rocío de que estaban inundadas reciente mente todas aquellas plantas parecía una gasa de plata el centro de los simétricos dibujos

que formaban en el suelo los jardines, había fuentes que salían de altercas de jaspe, cuyos surtidores contrastaban con el aire azulado de la mañana, y el primer rayo del sol que comenzaba a sobrepasar la cumbre del edificio coronaba cada surtidor con una diadema de diamantes al caer sobre aquella lluvia fina y violenta. Algunos hermosos faisanes de la China que apenas se movían a la vista de Lelia paseaban por entre las flores sus penachos de filigrana y sus aterciopelados flancos. El pavo real ostentaba sobre el césped su plumaje de pedrería, y el pato almizclado de pecho de color de esmeralda perseguía en las altercas los escribanillos de agua que forman en su superficie círculos incalculables.

Al grito burlón ó plañidero de aquellos cautivos pájaros, y a su melancólico y engreído portese mezclaban las mil Alegres y estrepitosas voces, y las mil curiosas familiaridades de las avecillas del cielo: el juguetón y confiado verderón iba a posarse en la frente inmóvil de las estatuas; el insolente y miedoso gorrión robaba la comida de las aves domésticas y huía espantado al menor movimiento de las cluecas, el jilguero embestía las hojas de las flores que le disputaba el viento: despertábanse también los Insectos y comenzaban a zumbiar bajo la yerba humeante y cálida a los primeros rayos del sol; las más bellas mariposas del vallo legaban a bandadas para abrevarse en el zumo de aquellas plantas exóticas, cuyo sabor las embriagaba de tal manera que se dejaban coger con las manos. Todas las voces del aire y los perfumes todos de la mañana subían al cielo como ñu incienso puro, como un cántico sencillo para dar gracias a Dios por los beneficios de la creación y del trabajo de hombre.

Pero entre todas aquellas existencias vegetales y animales, Y entre aquellas obras del arte y los esplendores de la riqueza, solo fallaba el hombre. Había pasado recientemente miela por encima de la arena de todas las veredas del patio como para borrar la huella de los pasos humanos, y la sintió una especie de supersticioso temor cuando estampó en el suelo las plantas, pareciéndola que iba a destruir la armonía de aquella escena mágica y que habían de caer encima de ella las encantadas paredes de su ilusión.

En la confusión de sus ideas de poeta no quería creer en la realidad de las cosas que presenciaba y viendo a lo lejos, detrás de la trasparente columnata del claustro, la desierta lejanía del valle, imaginóse fácilmente que en el seno del bosque se había dormido bajo el árbol favorito de un hada, y que al

dispertar la coqueta reina de los prestigios la habia rodeado con las impalpables maravillas de su palacio para retenerla en su poder.

Abandonada muellemente a esta fantasía, ebria con los suaves olores del jazmín y de la datura, contenta de estar en tan hermosos sitios de los cuales casi se creía soberana, acercóse a una alta y ancha ventana, cuyos vidrios de colores que brillaban al sol parecían una cortina de seda de colores de un harem. Sentóse en el borde de una alberca llena de pescados, y se divertía siguiendo al través del agua cristalina la trucha que eleva una preciosa armadura de plata adornada de rubíes y la tenca cubierta de oro claro matizado de verde. Admiraba la molicie de sus juegos, el brillo de sus ojos metálicos, la inconcebible agilidad de su miedosa fuga cuando ella dibujaba sobre las aguas su movible sombra. De repente resonaron cantos como los que los ángeles deben hacer oír al pie del trono de Jehová, que salían de dentro del misterioso edificio, y mezclándose con las vibraciones del órgano llenaron todo el recinto del monasterio. Todo pareció callar para atender, y Lelia sobrecogida de admiración se arrodilló instintivamente como en los días de su infancia.

Elevábanse a Dios puras y armoniosas como una ferviente y llena de esperanza las voces de las mujeres, de lástimas, penetrantes y argentinas, contestaban a las primeras como las promesas lejanas del cielo expresadas por boca de los ángeles.

Las religiosas decían:

Ángel del Señor, extiende sobre nosotras tus alas protectoras, abriganos con tu vigilante bondad y tu piedad consoladora. Dios te ha hecho indulgente y bueno entre todas las Virtudes y Potestades del cielo, porque te ha destinado a socorrer y consolar las almas, a recoger en un vaso sin mancha las lágrimas vertidas a los pies de Jesucristo, y a presentarlas en expiación ante tu eterna justicia, señor Dios de las alturas. »

Y las niñas respondían desde lo alto de la sonora nave:

» ¡Esperad en el Señor los que trabajáis y vertéis lágrimas! porque el ángel custodio extiende sus grandes alas de oro entre las flaquezas del hombre y la cólera del Señor, Alabad a Dios. »

Luego continuaron las vírgenes:



"¡Óh el más jóven y el más puro de los ángeles! Tú eres el último que Dios crió, porque te hizo para el hombre y te puso en el paraíso para ser su compañero y amigo. Pero llegó la serpiente y pudo más que tú sobre el espíritu del hombre. El ángel de la cólera bajó para castigar; pero tú seguiste al hombre en el destierro y tuviste cuidado de los hijos que nacieron de Eva.

Y las niñas respondieron:

«Dad gracias de rodillas, todos los que amáis a Dios, y mercedes al ángel custodio, porque con sus alas poderosas sube y baja incesantemente de la tierra al cielo y del cielo a la tierra para llevarse de acá las oraciones y traernos de allá los beneficios. Alabad a Dios»

La voz fresca y llena de una jóven novicia recitó esta estrofa:

«Tú eres quien por la mañana calientas con tu aliento las plantas embotadas por el frío, tú quien cubres con tu ropa virginal las mieses del hombre amenazadas por el granizo, tú quien con mano protectora sostienes la calaña del pescador desquiciada por los vientos de la mar, tú quien despiertas a las madres adormidas llamándolas con voz dulce en medio de los sueños de la noche para que den leche a los hijos recién nacidos, tu quien guardas el pudor de las vírgenes y pones en su cabecera el ramo de flores de azahar, invisible talismán que desvía los malos pensamientos y los sueños impuros, tú quien te sientas al sol de mediodía, en el sulco en que el hijo del segador duerme, y apartas de su camino a la culebra y al escorpión prontos a arrastrarse hacia él, tú quien abres las hojas del libro sagrado cuando buscamos en su texto santo un remedio para nuestros males, y tú quien nos señalas entonces el versículo que más conviene a nuestra miseria y pones a nuestra vista las líneas santas que rechazan la tentación»

«Invocad al ángel de la guarda, dijeron las niñas, porque es el más poderoso entre los ángeles del Señor. Cuando el Señor le envió a la tierra le prometió que cada vez que subiese al cielo le concedería el perdón de un pecador. Alabad a Dios»

Lelia, encantada con tan dulce poesía y tan melodiosas voces, se adelantó insensiblemente hasta el umbral de una puerta lateral que halló entreabierta. Detenida bajo una escalera de mosaico desde donde penetraba la vista al fondo de la nave, vió a sus pies prosternados las vírgenes. Llena de entusiasmo, alargó los brazos y exclamó ¡Alabad a Dios! con tan apasionado

tono, que la comunidad fijó los ojos en ella por un movimiento simultáneo. Su figura alta, su vestido blanco, sus cabellos flotantes y el sonido grave de aquella voz que se hubiera confundido con la de un joven, hicieron tal impresión en las exaltadas y tímidas monjas, que creyeron ver aparecerse el ángel custodio. Solo un grito resonó en aquel instante, reunidos en uno los que lanzaron todas las bocas las jóvenes clavarón sus rostros al suelo, Lelia bajó lentamente la escalera para arrodillarse entre ellas y al mismo tiempo se cerró entre ella y Valmarina la pesada puerta que la había abierto paso.

Valmarina la esperó algunas horas con paciencia, y cuando empezó a sentirse el calor del mediodía, se retiró bajo la galería en un lugar fresco y bien ventilado, en donde meditó y estuvo largo tiempo todavía. Cuando las horas ardientes del día se calmaron al viento de mar que se levanta y aumenta al declinar el sol, decidióse a llamar a la reja del claustro interior y preguntar por Lelia a la tornera. a poco rato le presentaron de parte de la extranjera, que así se la designó, una flor que en la lengua simbólica de los Salame significa adiós. Vaimarina que había enseñado a Lelia la ciencia de estos emblemas orientales, comprendió que era un adiós irrevocable y volvióse solo hacia la ciudad.

## XLIV.

Vos sabéis con que poderosos lazos es si voy ligado a funestas luchas y a pálidas esperanzas. Llamado por mis hermanos de infortunio, voy a ofrecer un adversario ó una víctima más a los verdugos y asesinos de la verdad. Parto, y quizás para no volver ya más, y puesto que me lo exigís no os veré. Confieso que extraño un poco que os hayáis retirado en un convento católico: ya sé que imperio han tenido sobre vuestros primeros años estas creencias; pero no creo que vuelvan a recobrarlo tan fácilmente. Necesario es pues que se trate aquí de otra cosa con respecto a vos más importante que

una necesidad momentánea de soledad y de reposo, porque la soledad ni el reposo no solían ser interrumpidos por mi presencia. Me habéis acostumbrado a mirarme como otro vos, y por otra parte no era un adios fraternal ó un apretón de manos al través de una reja lo que hubiera podido distraeros de vuestros pensamientos y llevar a vuestro retiro el ruido del mundo. Parece que os hayáis impuesto ese retiro como una práctica de devoción, y ese esfuerzo para recobrar ideas que se han hecho sobrado estrictas me parece demasiado triste. En las determinaciones pueriles hay algo de enfermizo que atestigua la impotencia del alma. Cuanto más os esforzáis en negar por vuestra conducta el amor que tenéis a Stenio, más me parece que se obstina en atormentaros ese amor. Pensad bien, hermana mía, que ese amor es menester que se desarrolle ó se rompa: los medios sentimientos no convienen más que A las naturalezas, débiles y las tentativas inútiles son deplorables porque usan nuestras fuerzas en pura pérdida. ¿Me dejareis partir bajo el peso de estas inquietudes?

## XLV.

Hay situaciones, por fortuna raras, en que la amistad no puede nada para nosotros, y el que no puede ser para si su único médico no merece que Dios le dé la fuerza de curar. Es muy posible que yo sufra más de lo que pensáis; pero es cierto también que no sufro débilmente, y que no hay nada de pueril ni de presuntuoso en la determinación que he tomado. Quiero simplemente estarme aquí como un enfermo en un hospicio para seguir un nuevo régimen. ¿Cuánto no se procura y qué privaciones no se imponen para curar al cuerpo? ¿por qué pues no se ha de hacer otro tanto para curar al alma cuando está amenazada de una enfermedad mortal? Hace mucho tiempo que me pierdo en un laberinto lleno de ruidos confusos y de sombras engañosas, yes menester que me encierre en una celda y que me busque por entre misteriosas florestas hasta que me ha va encontrado, y entonces tomaré un par-

tido en un día de poderlo ver de salud. a la sazón os consultaré con la deferencia que a la amistad se debe, y podréis juzgar mi situación y hablar sabiamente de mi porvenir. Ahora vuestra solicitud no haría más que perderme. ¿Qué podéis saber de mí vos, cuando yo misma no sé sino que tengo la voluntad de estudiarme y conocerme? Cuando oscurece un día hermoso una nube sombría, sabéis por que lado estallará la tempestad; más si los vientos encontrados cruzan las nubes en las tinieblas, es preciso que esperéis la salida del Sol para calcular.

Para mí es muy cruel el no poder estrecharos la mano cuando vais a afrontar peligros que yo envidio; pero todavía me sería más cruel el veros sin poderos hablar con abandono: ni sé siquiera si esto me sería posible, y tengo la mayor certidumbre de que saldría quebrantada de una conversación en que vuestra prudencia, sobrado ilustrada tal vez, destruirla la débil esperanza que me he formado» Vos sois un hombre de acción, Valmarina, mucho más que de deliberación. Os habéis formado a haceros un gran camino y no comprendéis siempre los grandes obstáculos que obstruyen el paso a los demás en sus sendas enmarañadas. Vuestra vida tiene un objeto, también lo tendría la mía si fuese hombre, y por peligroso que fuese me encaminaría a él con la mayor calma. Pero no tenéis bastante presente que soy mujer y que mi carrera está limitada a ciertos límites que no puedo traspasar. Yo debía haberme contentado de lo que hace el orgullo y la alegría de las demás mujeres, y lo hubiera hecho a no ser la desgracia de tener un espíritu sobrado serio y de aspirar a unos afectos que no he podido alcanzar. He juzgado demasiado bien los hombres y las cosas de mi tiempo para adherirme a los unos ó a las otras, y Aunque he sentido la necesidad de amar por haberse desarrollado mi corazón a la par con mi espíritu, mi razón y mi orgullo me han impedido cederá esta necesidad. Hubiera sido preciso hallar un hombre singular, que me hubiese admitido por igual suya, al mismo tiempo que por compañera, y por amiga, al mismo tiempo que por amante. Esta dicha no me ha tocado, y aspirando a ella de nuevo me sería preciso buscarla. Buscar, en amor, quiere decir ensayar, y ya sabéis que esto es imposible para una mujer que no quiere exponerse al envilecimiento: basta y sobra con dos amores desgraciados en su vida. Cuando el segundo no ha reparado las faltas del primero es necesario que sepa renunciar al amor y que halle su gloria y su reposo en la abstinencia, y esta le será ardua y dolorosa en el mundo, porque la sociedad le rehúsa las grandes ocupaciones del espíritu y el ejercicio de las pasiones políticas. La educación primera de que es víctima, la

hace casi impropia a los trabajos de la ciencia, amén de que las preocupaciones la hacen imposible sino ridícula cualquiera ocupación pública. Permítesela que cultive las artes; pero las emociones que estas excitan no carecen de riesgos, porque la austeridad de costumbres es tal vez más difícil para un carácter ascético que para cualquier otro. El amor, considerado bajo su aspecto material, no es más que una tentación de que se libra uno a medias cuando se avergüenza de tenerle y se puede vencer sin sufrimiento moral. El amor, considerado como el ideal de la vida, no deja en reposo a los que están privados de él, porque es el alma la que se ve atacada en su divino santuario por nobles instintos y magníficos deseos, y no puede procurar satisfacerlos sino alucinándose con falsas apariencias y mentidas promesas; pero bajo cada paso que dé, se abrirá un abismo. Lenta en salir del primero y adherida por su misma naturaleza a funestas ilusiones, caerá en otro y luego en otro, hasta que quebrantada por tantas caídas y fatigada por los combates sucumba anonadada. Entre las mujeres con rompidas, he visto muy pocas que lo fuesen por necesidad de los sentidos { a estas puede bastarlas un esposo joven y estúpido), y muchas que cedieron a necesidades del corazón que el espíritu no dirigía y que la voluntad no sabía vencer. SI Pulquería ha parado en cortesana, es porque es hermana mía, porque a pesar suyo ha sentido la influencia del espiritualismo, y porque ha buscado un amante entre los hombres antes de tener a todos los hombres por amantes.

Reduciendo a las mujeres a la esclavitud para conservarlas castas y fieles, los hombres se han engañado extraordinariamente, porque no hay virtud que pida tanta fuerza como la castidad, y la esclavitud enerva. Los hombres lo saben tan bien, que no creen en la fuerza de mujer alguna. Yo no he podido vivir entre ellos, vos lo sabéis bien sin haber suscitado más sospechas y calumnias en mi contra que las demás, ni podría colocarme bajo la protección de vuestra amistad paternal sin que la calumnia desnaturalizase la naturaleza de nuestras relaciones. Estoy cansada de luchar en público y de soportar ultrajes a cara descubierta: la lástima me ofendería más aún que la aversión, y por esto no me liaré conocer jamás, y apuraré mi cáliz en el silencio de mis noches melancólicas, llora es ya de que descanse y busque a Dios en sus místicos santuarios, si para las mujeres no ha hecho más que a los hombres. He estado en la soledad, y he tenido que renunciar a ella: en las ruinas del monasterio de\*\*\* casi me volví loca y en el desierto de las montañas temí perder la sensibilidad. Entre la locura y el idiotismo he tenido que buscar el tumulto y la distracción, y la copa en que quería em-

briagarme se ha roto junto a mis labios. Creo que ha llegado ya la hora del desengaño y de la resignación: yo era demasiado jóven para estar en Monteverdor hace algunos días, y ahora soy demasiado vieja para volver; entonces tenía demasiada esperanza, y ahora demasiado poca. Es preciso hallar una soledad en que nada exterior hable a mi corazón, y donde de vez en cuando llegue a mi oído la voz humana. El hombre puede librarse de bs pasiones; pero no rompe impunemente toda simpatía con sus semejantes. La vida física es una carga que debe mantener en su equilibrio, si en equilibrio igual quiere conservarlas facultades de su inteligencia. La soledad absoluta destruye luego la salud, siendo contraria a la naturaleza, porque el hombre primitivo es eminentemente social, y los animales inteligentes no existen más que por la asociación de las necesidades y de los trabajos que les alivian. Así, no creyéndome propia para el retiro, injuriaba a mi espíritu, y no comprendía que solo mi cuerpo se revelaba contra las exageradas privaciones, las intemperies del clima, la extenuadora dieta, y la ausencia del espectáculo de la vida exterior. El movimiento de los seres animados, la conversación, solo el oído de ciertos sonos humanos, la regularidad y comunión de los hábitos más vulgares, ¡son tal vez una necesidad para la conservación de la vida animal, en nuestro siglo mayormente, al salir de los hábitos de un bienestar y de un movimiento excesivos.

La sociedad cristiana me parece que ha comprendido admirablemente estas necesidades al crear las comunidades religiosas. Jesús, transmitiéndolos ardores de] misticismo a imaginaciones ardientes bajo salubres climas, pudo enviar a los anacoretas al Líbano. Sus padres los Esenienses y los Terapeutas habían poblado las soledades del mundo; pero el cenobitismo de nuestras generaciones, más débil en cuerpo y alma, se ha visto obligado a crear los conventos y a reemplazar la sociedad que abandonaba por otra sociedad reclutada entre almas elegidas. ¡Aquí mismo se han introducido el hijo y sus dulzuras hasta en el claustro, y tal vez habría mucho que decir si se trasladase decidir la cuestión conforme al punto de vista de la mora! cristiana. Para mí que no soy más que un tráfugo escapado vertiendo sangre a un mundo enemigo, y buscando el primer albergue donde reclinar mi cabeza, débil y adolorida como estoy, siéntome hechizada por la hermosura de este asilo a donde me arroja la tempestad, La transición del mundo a! convento, me parece menos sensible al través de la magnificencia de este lugar: las artes que se cultivan en él!, los cantos melodiosos que en él resueñan, los perfumes que se respiran, todo, hasta el imponente número y el

rico, hábito de las monjas, sirve de espectáculo a mis exaltados sentidos, y de distracción a mi lúgubre tedio. Por ahora no pido mas, y en cuanto al porvenir ni a mí misma quiero explicármelo. Cada instante que paso aquí me hace presentir una nueva vida.

Y sin embargo, si el amante de Pulquería realizase las esperanzas que en otro tiempo habíamos concebido.... ya os lo tengo dicho, volvería a él, y mi amor podría borrar la mancha de su desvío: ¿pero ¿cómo esperar que con tanta inclinación ni deleite sea verdaderamente sensible a la grande poesía en que vos queríais iniciarle? No os alucinéis: los poetas de profesión tienen el privilegio de alabar todo lo bello sin que conmueva su corazón; y. sin prestar su brazo al servicio de la causa que exaltan: ya sabéis que Stenio repelió la idea de ennoblecer su vida ofreciéndola a la causa que vos servís. Él no ignora lo que os ocupa: por santamente que esté guardado vuestro secreto, hay en el corazón del hombre en esta hora de inquietudes, necesidades y simpatías que no pueden menos de adivinaros. ¡Pues bien! esas simpatías de que con tanta frecuencia me hablaba Stenio, no eran en él más que una palabra ligera y una afectación de grandeza. Decíante entonces que por veros un instante y estrechar vuestra mano, hubiera sacrificado su laurel de poeta, y cuando he querido ponerlo en vuestros brazos, ha preferido volver a los de Pulquería. ¿Diréis que el dolor cierra momentáneamente el alma a las nobles emociones y a las ideas generosas? ¡Pues qué! ¡el alma de un poeta se deja abatir de esa manera al mismo tiempo que conserva todo su poderío para la embriaguez de los placeres ¡¡Vergüenza en tales sufrimientos! ¡ignominia sobre ellos!

Haced ahora por él lo que vuestro corazón os dicte; pero si le atraéis a vuestras filas acordaos de mi voluntad. Valentarina, tened presente que no quiero ser el atractivo que le saque de su lodazal. No quiero que la promesa de mi amor sirva para tan vil uso como seria retirar del vicio a un hombre a quien el honor no ha podido salvar. ¿Qué mérito además tendríais vos si no lo guiase más incentivo que la esperanza de obtenerme? Luego, ¿quién sabe si ahora mi conquista no seria para la vanidad de Stenio más que un acto de despecho y si le animaría algún deseo de venganza? Para hacerse digno de mí es menester que haga mucho más de lo que yo rae hubiera atrevido a pedirle antes de su falta. Es necesario que engendre en si mismo el deseo y la ejecución de grandes cosas, y entonces reconoceré que me he engañado,

que le he juzgado con severidad sobrada, y que merecía mas... Entonces será digno en verdad de que le recompense.

¡Más ay! creedme: yo tengo profundos instintos de adivinación y una penetración que ha sido en todos tiempos mi suplicio. Me eres severa porque trasluzco, é injusta porque el menor hecho basta para ilustrarme... Stenio está perdido, ó por mejor decir Stenio no ha existido nunca. Nosotros le creamos en nuestros ensueños: es un jóven elocuente y nada más. .

Os renuevo la promesa de no tornar ninguna resolución irrevocable sin darle tiempo de dársenos a conocer realmente: ya sé que velareis sobre él como la Providencia: no olvidéis que por vuestra parte me habéis prometido que Stenio ignorará mi retiro y que nadie lo sabrá. Deseo que el mundo me olvide y no quiero que Stenio venga en un día de delirio a turbar mi reposo por medio de alguna loca tentativa.

¡Partid pues! ¡Id á regar aún con un poco de sangre pura ese estéril laurel que crece cabe la tumba de los mártires desconocidos! ¡no temáis que os compadezca! Vos vais a obrar, y yo me voy a imitar á Alüerque se hacía alaren un sillón para resistir á la tentación de ir en pos del objeto de una indigna pasión. ¡Óh vida del alma! ¡Óh amor! ¡óh el más sublime beneficio de Dios! ¡Es necesario que me haga clavar á los pilares de un claustro para abstenerme de todo como de una ponzoña! ¡Desgracia! ¡desdichas mil sobre esa feroz mitad del género humano que para apropiarse á la otra mitad no le ha dejado más elección que la esclavitud ó el suicidio!



# QUINTA PARTE.

## XLVI.

Un hombre vestido de negro entró una mañana en la ciudad y fue a llamar al palacio de la Zinzolina.

Los lacayos le dijeron que no podía hablará la señora, pero él insistió. Quisieron echarle; más él levantó su palo blanco con aire impasible: su figura fría y su obstinación hicieron miedo a la supersticiosa canalla de criados que le tomaron por un espectro y se dispersaron delante de él.

Un pajecito entró espantado en la sala en donde estaba la Zinzolina con sus convidados y dijo:

— Un Matone, un abbataccio, acaba de entrar a la fuerza y ha empezado a dar con su palo de camino a los criados de la señora, a las porcelanas del Japón, a las estatuas y pavimentos de mosaico, haciendo un daño y un ruido espantosos.

Levantáronse todos los convidados, excepto uno que dormía, y quisieron salir al encuentro del abbate para echarle fuera; pero la Zinzolina, en vez de indignarse como ellos

se echó sobre el espaldar de su silla riendo a carcajadas, y luego se levantó para hacerles callar y mandar que se sentasen.

— ¡Paso, paso al abate! exclamó: gustanme los sacerdotes intolerantes y coléricos porque son los más condenables. ¡Que entre su señoría apostólica, ábrase la puerta de par en par y venga vino de Chipre!

Obedeció el paje, y cuando se hubo abierto la puerta vióse en el íondo de la galería la magestuoso figura de Tremmor; pero el único convidado que hubiera podido conocerle dormía tan profundamente, que las explosiones de sorpresa, de cólera y de alegría ni siquiera le habian turbado el sueño.

Viendo más de cerca al supuesto eclesiástico, los alegres compañeros de la Zinzolina conocieron que su extraño vestido no era el de un sacerdote; pero la cortesana, persistiendo en su error, le dijo saliendo a su encuentro y haciéndose tan hermosa y apacible como una madona.

— Abate, cardenal ó papa, sé bienvenido y dame un beso.

Tremmor se lo dió; pero con labios tan fríos y con tanta indiferencia, que la cortesana retrocedió tres pasos exclamando medio colérica y medio espantada.

— ¡Por los dorados cabellos de la Virgen! eso es el beso de un espectro.

Pero luego recobró su descoco, y viendo que Tremmor dirigía una mirada sombría y llena de ansiedad a Jos convidados hizole acercar a un lugar próximo al suyo.

— Vamos, mi hermoso abate, le dijo presentándole su copa de plata cincelada por Benvenuto Cellini y coronada de rosas como en las voluptuosas orgias de la Grecia, calienta tus ateridos labios con este lacrima-crisli.

Y santiguóse con aire hipócrita al pronunciar el nombre del Redentor.

— Dime a que vienes, preguntó luego; pero más vale que no me lo digas, déjame adivinar. ¿Quieres que le mande un vestido de seda, y aroma a tus cabellos? Eres el más hermoso abate que he visto en todos los días de mi vida. ¿Pero porqué frunce las cejas vuestra misericordia y no se digna responderme?

— Perdonad señora, respondió Tremmor, si correspondo mal a vuestra hospitalidad, pues a pesar de haber entrado aquí como un buhonero, vos me

traíais como a un príncipe. No me arrego el derecho de despreciar vuestros ofrecimientos; pero no tengo tiempo para ocuparme en vos, puesto que mi visita, Pulquería, tiene otro objeto.

— ¡Pulquería! dijo la Zízolina estremeciéndose. ¿Quién sois vos para saber el nombre que me dió mi madre? ¿De dónde venís?

— Vengo de donde está ahora Lelia, respondió Tremmor bajando la voz.

— Bendito sea el nombre de mi hermana, dijo la cortesana con aire grave y recogido, y luego añadió con tono más fútil: Aunque me haya legado los despojos mortales de su amante,

— ¿Qué decís? repuso Tremmor con espanto. ¿Tunta juventud y tanta savia habéis apurado ya? ¿Habéis dado ya la muerte a ese niño que aún no habia vivido?

— Si es de Stenio de quien habíais, tranquilizaos, pues todavía vive,

— Aún le quedan un mes ó dos de vida, añadió uno ríe los convidados echando una mirada negligente y vaga sobre el sofá en donde dormía un hombre con la cabeza hundida en los almohadones.

La vista de Tremmor siguió la misma dirección, y vió a Un hombre de la estatura de Stenio, pero mucho más delgado, cuyos flacos miembros reposaban en un abatimiento que más que embriaguez parecía fiebre. Su cabellera fina y clara se derramaba a rizos sobre un cuello liso y blanco coum el de una mujer; pero sus contornos sin redondez descubrían una virilidad enfermiza y forzada.

— ¿Es ese Stenio? preguntó Tremmor llevándoseá Pulque ha háeia una ventana y fijando sobre la cortesana una mirada que la hizo palidecer y temblar. Tal vez venga un dia, Pulquería, en que Dios os pida cuenta de la más hermosa y pura de sus obras. ¿No tembláis al pensarlo?

— ¿Tengo yo la culpa si Stenio está ya tan gastado, cuando todos los que estamos aquí y llevamos la misma vida somos jóvenes y vigorosos? ¿Pensáis que soy yo su única querida? ¿Creció que solo se embriaga en mi mesa? Y vos, monseñor. porque ahora ya os conozco por vuestras palabras y sé quien sois, ¿no habéis llevado también en otro tiempo vida alegre y salido de las manos del placer rico en fuerza y en porvenir? Por otra parte, si alguna mujer es culpable de su pérdida es Lelia que debía retener cerca

de sí a ese joven poeta. Dios le había destinado a amar religiosamente a una sola mujer, a hacer sonetos por ella y a meditar en el fondo de una vida solitaria y pacífica las borrascas de otros destinos más activos. Nuestras orgías, nuestros ardientes deleites y ruidosas velas debía verlas de lejos en el espejo de su genio y cantarlas en sus poemas, pero no tomar parte ni representar en ellas. ¿Invitándole al placer, le he aconsejado por ventura que dejase lo demás? ¿He dicho yo a Lelia que le desterrase y dejase abandonado? ¿Acaso no sabía yo ya que en la vida de los hombres como él la embriaguez de los sentidos debe ser un desahogo y no una ocupación? '

¿Venís ahora a buscarle para apartarlo de nuestras fiestas y volverlo a una vida de reflexión y de reposo? Ninguno de nosotros se opondrá. Yo que le amo todavía, os estañe agradecida si lo salváis de sí mismo y lo volvéis a Lelia y a Dios.

— Tiene razón, exclamó uno de los compañeros de Pulquería que comprendió las últimas palabras. Lleváoslo, lleváoslo, porque entre nosotros siempre ha estado solo y aún compartiendo nuestros placeres parecía despreciarlos. Vamos, Stenio, despiértale, abróchate el vestido y déjanos.

Pero Stenio, sordo ¡sus clamores, permanecía inmóvil

bajo el peso de sus insultantes palabras, y el letargo de su sueño le ponía en una situación en la que Tremmor sintió vergüenza por él y se le acercó para despertarlo.

— Cuidado con lo que vais a hacer, le dijeron; Stenio tiene el despertar trágico y no se le toca impunemente cuando duerme. El otro día mató a un perro que quería mucho, porque saltando sobre sus rodillas el pobre animal interrumpió un sueño en el que Stenio se complacía. Ayer habiéndose adormecido con los codos sobre la mesa rompió el vaso en la cara de Emerenciana que quiso darle un beso, y la hizo una herida cuya cicatriz me parece que no se borrará ya más. Cuando sus lacayos no le despiertan a la hora que él manda les despide, más si le despiertan los apalea. Id pues con cuidado, pues tiene un cuchillo de mesa que sería capaz de clavaros en el pecho.

— ¡Dios mío! pensó Tremmor, ¡cuán mudado está! Su sueño era puro como el de un ángel, y cuando la mano de un amigo le despertaba su primera mirada era una sonrisa y una bendición su primera palabra. ¡Pobre

Stenio! ¡qué sufrimientos deben haber acibarado tu alma y cuán grandes fatigas han arruinado tu cuerpo para que estés de esta manera.

Inmóvil y en pie detrás del sofá, sumido en profundas reflexiones, Tremmor miraba a Stenio cuya corta respiración y el convulsivo sueño demostraban sus agitaciones interiores. De improviso despertóse por sí mismo y saltó gritando con voz ronca y salvaje, pero viendo la mesa y a los convidados que la miraban con extrañeza y desdén, se volvió a sentar en el sofá y cruzando los brazos les miró con unos ojos cuya forma habían alterado el vino y el insomnio, así como habían redondeado su contorno.

— ¡Ola! Jacob, le dijo irónicamente el joven Marino, ¿has vencido ya al espíritu de Dios?

— Luchaba con él, respondió Stenio, cuyo rostro demostró en seguida una expresión de causticidad odiosa más extraña aún que la que Tremmor había visto en él, pero

ahora me las he de haber con nías fuerte contrario, puesto que voy a lidiar con el espíritu de Marino [\[2\]](#).

— El espíritu mejor el que mantiene a un hombre al nivel de su situación. Aquí nos hemos congregado para luchar con el vaso en la mano a quien tiene más serenidad, utas larga alegría y más igualdad de carácter. Las rosas que coronan la copa de Zinzolina se han renovado tres veces desde que estamos aquí, y la frente de nuestra hermosa huésped no ha mostrado aún ni un solo pliegue de descontento ó de tedio, porque el buen humor de sus comensales no ha menguado todavía. Uno solo hubiera turbado Ja tiesta, si no se hubiese convenido en que triste ó alegre, sano ó enfermo, dormido ó despierto, Stenio no entraría en cuenta éntalos amigos del placer, porque el astro de Stenio se ha puesto desde la primera hora.

— ¿Qué teneis que decir de este niño? dijo Pulquería. Está enfermo y desvalido, y ha pasado toda la noche durmiendo en ese rincón.

— ¿Toda la noche? dijo Stenio bostezando, ¿no es aún más que la mañana? Yo pensaba, viendo encendidos los candelabros, que ya habíamos enterrado el día. ¡Cómo! no hace más que seis horas que estamos reunidos y os admiráis de no estar ya fastidiados los unos de los otros. En efecto maravilla es, vista la elección y magnanimidad de nuestras señoras. Yo pasaría sin duda ocho días con tal que pudiesé dormir siempre.

— ¿Y por qué no os vais a dormir a otra parte? dijo Zamarelli El difunto y excelente príncipe de Bambucci, que murió el año pasado lleno de gloria y de años y fue sin duda el primer bebedor de este siglo, habría condenado a agua perpetua ó cuando menos a galeras al ingrato que se hubiese dormido en la mesa. Sostenía y con razón, que un verdadero epicúreo debe reparar sus fuerzas por medio de una vida arreglada, y que era tan impío dormirse delante de las botellas como el beber solo y triste dentro de una alcoba. ¡Cuánto te hubiera despreciado aquel hombre, Stenio, si te hubiese visto ocupado en buscar el placer en la fatiga, haciéndolo todo al revés, velando y componiendo poemas cuando los demás duermen, y cayendo muerto de cansancio al lado de copas llenas y de mujeres desnudas de pies!

Fuese afectación, fuese cansancio, Stenio pareció que ni había entendido siquiera el discurso de Zamarelli; solo al oír la última palabra levantó un poco su pesada cabeza y dijo:

— ¿En dónde están?

— Se han ido a mudar los vestidos para parecer por la mañana hermosas y rejuvenecidas, respondió Antonio. ¿Quieres que te ceda luego mi lugar cerca de Torcuata? Vino llamada por tí, pero como en vez de hablarla has dormido toda la noche....

— ¿Qué me importa? Has hecho bien, respondió Stenio insensible al parecer a todos aquellos sarcasmos; a más do quo ya no pienso más que en la querida de Marino. Zinzolina, hacédla venir aquí.

— SI hubieses pedido esto antes de media noche, dijo Marino, tal vez te hubiera hecho tragar los pedazos de tu copa; pero ya son las seis y mi querida ha pasado aquí a mi lado todo este tiempo. Tómalas si ella quiere.

Zinzolina se inclinó entonces al oído de Stenio y le dijo.

— La princesa Claudia, que está enferma de amor por tí, vendrá aquí dentro de media hora, y entrará sin ser vista en el pabellón del jardín: ayer te oí alabar su pudor y su hermosura, y como yo sabía su secreto he querido hacerla feliz y a Stenio rival de reyes.

— ¡Buena Zinzolina! dijo Stenio con cariño. —Luego recobrando su indolencia añadió: —Verdad es que la hallé hermosa, pero fue ayer.... y luego

no se ha de poseer lo que se admira, porque se mancilla y nada queda ya que desear.

— Podréis amar a Claudia como querréis, repuso Zinzolina; podréis ponerlos de rodillas, besarla la mano, compararla a los ángeles y retiraros con el alma llena de ese amor ideal que tan acorde iba en otro tiempo con la melancolía de vuestros pensamientos.

— No, no me habléis más de ella, respondió Stenio con impaciencia; hacedle decir que he muerto, porque en la disposición en que me bailo, conozco que luego me disgustaría, y fuera capaz de decirla desvergonzada por olvidar su rango y su nobleza para entregarse a un bachiller libertino. Paje, toma mi bolsa, y ve a buscar áutia gitana que cantaba ayer por la mañana debajo de mis balcones.

— Y canta muy bien, respondió el paje con respetuosa calma, pero V. S. no la ha visto.

— ¡Qué importa ¡respondió Stenio encolerizado.

— Excelentísimo señor, es muy horrible.

— Mejor.

— ¡Negra como la noche!

— En este caso venga de seguida. Obedece ó le echo por la ventana.

Obedeció el paje; pero apenas habia llegado a la puerta Stenio le volvió a llamar.

— No, no quiero mujeres.... quiero aire, quiero luz ¿Porqué estamos encerrados en las tinieblas cuando el sol sube a los cielos? Esto parece una maldición.

— ¿Estáis dormido aún, que no veis el resplandor de las bujías? dijo Antonio.

— Apártenlas y ábranse las persianas, dijo Stenio cuyo rostro palidecía. ¿Á qué privarnos del aire puro, del canto de las aves que se despiertan y del perfume de las flores que se entreabren?

— Ah ¡reaparece! poeta, dijo Marío o levantando los hombros. ¿No sabéis que no se puede beber a la luz del dia sin ser aloman ó palurdo? Una

comida sin luces es como un baile sin mujeres, a más de que un convidado que sepa vivir debe ignorar el curso de las horas y no pensar si en la calle es de día ó de noche, ni si los menestrales se acuestan y levantan los cardenales.

— Zinzolina, dijo Stenio con tono de insulto y menosprecio, el aire que aquí se respira es infecto, y este vino, estas viandas y los humeantes licores denotan una taberna flamenca. Dadme aire si no queréis que derribe blandones y candelabros y rompa los cristales de las ventanas.

— ¡Vos sois el que saldréis a tomar el aire! exclamaron los convidados levantándose con indignación.

— ¡Cómo! ¿no veis que es incapaz de hacerlo? dijo Zinzolina que se dirigió hacia Stenio que cayó desmayado en un sofá.

Tremmor fue a socorrerle y los demás se sentaron.

— Da lástima, decían, el ver a la Zinzolina, que es la jóven más alegre y más loca, enamorada de ese poeta tísico, y que tenga por verdades sus afectaciones.

— Vuelve en tí, hijo mío, decía Pulquería, respira estas esencias, asómate a la ventana. ¿No sientes el aire que llega a tu frente y agita tus cabellos?

— Siento tus manos que me calientan é irritan, respondió Stenio, apártalas de mi cara: retírate que hueles a almizcle y hiedes a cortesana: haz que me traigan rom que tengo ganas de embriagarme.

— Stenio, sois loco y bien cruel, respondió Zinzolina con gran dulzura. [ Ved ahí uno de vuestros mejores amigos que hace una hora que está a vuestro lado! ¿no le reconocéis?

— MI buen amigo, dijo Stenio, tened la bondad de inclinaros, porque me parecéis tan grande que será menester que me levante para veros y no es muy probable que vuestro rostro merezca tanto.

— ¿Qué es lo que habéis perdido, preguntó Tremmor sin inclinarse, la vista ó la memoria?

Stenio hizo un gesto de sorpresa al reconocer aquella vez, y volviéndose bruscamente exclamó:



— ¿Esto no es un sueño? ¿Cómo puedo distinguir la realidad de la ilusión cuando paso la vida durmiendo ó divagando? Hace poco que soñé que estabais aquí cantando los versos más alegres y picarescos.... Esto me admiraba; pero al fin y al cabo ¿no he admirado yo también a los que me conocieron en otro tiempo? luego me ha parecido que me despertaba, que me reñíais y que aún estabais ahí, yo a lo menos veía flotar vuestra sombra por la pared y no sabía si estaba despierto ó dormido. Ahora decidme: ¿sois vos de veras Tremmor, ó solo como yo sois una sombra vana, un sueño efímero, el fantasma y el apellido de lo que fue un hombre?

— a lo menos no soy el fantasma de un amigo, respondió Tremmor, y si no vacilo en reconoceros no merezco que me desconozcáis.

Stenio procuró estrecharle la mano y sonreírle tristemente; pero sus facciones habían perdido su sencilla movilidad, y hasta en su expresión de gratitud habia algo de altanería y preocupación. Sus ojos sin pestañas no tenían aquella velada lentitud que tan bien va a los jóvenes, y sus miradas so fijaban bruscas, fijas y casi arrogantes. Luego el jóven, temiendo abandonarse al recuerdo de sus antiguos días, se levantó, llevóá Tremmor a la mesa, y con una singular mezcla de vergüenza interior y de audaz vanidad, se apostó ó que no bebería más que él.

— ¡Cómo! dijo la Zinzolina con aire de increpación, ¿todavía queréis precipitar más el término de vuestra vida ¡Hace poco estabais moribundo, y vais a devorar ahora lo que os queda de juventud y de fuerza con esas bebidas abrasadoras! ¡Ó Stenio! ¡partid, partid con Tremmor! No hagáis imposible vuestra cura.

— ¡Partir con Tremmor! dijo Stenio, ¿yá dónde iré yo con él? ¿Podemos habitar acaso los mismos lugares? ¿No estoy desterrado de la montaña de Horeb en donde se revela el Señor? ¿No tengo que pasar cuarenta años en el desierto para que mis nietos vean un dia la tierra de Canaan?

Stenio cogió su copa con mano convulsiva y pareció que

su rostro se cubría con un veto negro, luego se animó con aquel rubor febril que se esparce con matices desiguales en los rostros alterados por el desenfreno, y se diferencia esencialmente del color fino y unido de la juventud.

— No, no, dijo, yo no partiré sin que Tremmor haya vuelto a conocer a su antiguo amigo. SI no existe ya el jóven confiado y crédulo, es necesario que vea almenes al bebedor intrépido y al voluptuoso elegante que ha salido de las cenizas de Stenio. Zinzolina, haced llenar todas las copas: yo bebo a los manes de Don Juan mi patrón y a la juventud do Tremmor.— Pero no, esto no basta: llénese mi copa de especias devoradoras, de pimienta que da sed, de gengibre que roelas entrañas, y de canela que precipita la circulación de la sangre. Vamos, descarado paje, prepárame esa detestable mezcla para que me queme la lengua y me exalte el cerebro. La beberé Aunque me hayan de tener a la fuerza para tragarla, porque quiero volverme loco y hallarme jóven. Aunque no sea más que durante una hora y nmrir después. Ya veréis Tremmor cuan bello soy en embriaguez, y de que manera descende a mí la divina poesía y me abrasa el pensamiento el fuego del cielo cuando el de la liebre circula por mis venas. Vamos, el humeante vaso está en la mesa. ¡Os burlabais de mí; veamos ahora quien hará lo que yo hago!

— ¿Quién nos librará de ese fanfarrón sin barba? dijo Antonio a Zamarelli. ¿No hemos suportado ya bastante la insolencia do sus modales?

— Dejadle hacer, respondió Zamarelli; él mismo se da prisa a librarnos de él.

Un instante después de haberse bebido aquel brebaje de especias, sintió Stenio atroces dolores y se vieron en su marchita piel listas de un rojo ardiente. Corrió el sudor por su rostro y brillaron sus ojos casi cotí ferocidad.

-¿Sufres Stenio le dijo: Marino con expresión de triunfo. — No, respondió Stenio.

— En este caso, cántanos alguna de tus báquicas poesías.

— No estáis para cantar, Stenio; no lo probéis, díjole Zinzolina.

— Cantaré, respondió Stenio. ¿He perdido por ventura la voz? ¿He dejado de ser acaso el que con tanto entusiasmo aplaudíais y cuyos acentos os causaban una embriaguez más dulce que la del vino?

— Es verdad, respondieron los beodos, j Canta, Stenio, ¡canta!

Y se agruparon en derredor de la mesa, porque ninguno de ellos podía negarte el don de la inspiración y se sentían arrastrados y dominados lodos

por él, cuando recobraba vislumbres de poesía en medio del enervamiento que le ocasionaba el desorden.

Lo que cantó con alterada voz, pero vibrante y acentuada, fue lo siguiente:

Circule por mis venas  
El Chipre abrasador,  
Las esperanzas vanas  
Salgan del corazón  
También huya el recuerdo  
Del tiempo que pasó,  
Pues su importuna imagen,  
Cual negro nubarrón  
Visto de un lago al fondo  
Turbara el porvenir consolador.

¡Olvido ¡¡eterno olvido!  
Porque el mejor saber  
Es ignorar los días  
Faltos de embriaguez,  
No pensar si fue sobrio.  
O no el día de ayer,  
Y si de nuestros años  
Pasados ya se ven  
Acaso los más bellos  
Mucho antes que llegue a anochecer.

— Tu voz se debilita Stenio, gritó Marino desde un entresijo de la mesa. Parece que busques tus versos y los arranques del fondo de tu cerebro, y yo me acuerdo mucho de cuando improvisabas doce estrofas sin hacernos esperar. Estás de baja, Stenio, tu querida y tu musa se cansan a la vez de tí,

— Stenio le respondió solamente con una mirada de desprecio, y dando un golpe sobre la mesa continuó con voz más segura.

Traed un jarro pronto  
¡Mi copa rellena,  
Y mis sedientos labios  
La logren apurar,

Con tal que sientan luego  
Ardiente sequedad  
Y más sedientos pidan  
Vino otra vez y aún mas,  
Puesto que el vino eleva  
Al hombre de los dioses a la par.

¡Mis ojos deslumbrados  
Logre un velo cubrir!  
Las luces palidezcan,  
Confuso llegué a mí  
De las copas, al brindis,  
El ruido sutil,  
Como del mar las olas  
También suélense oír,  
En alas de los vientos  
Que recorren espacios mil y mil.

SI en medio del banquete  
Los ojos llevo a alzar,  
Y demanda mi boca  
Un beso a la beldad,  
Mis lúbricos deseos  
Se acrezcan más y mas,  
Y en la nevada espalda  
De tas hijas de Adán  
Pura el placer venidas  
No logren ni se puedan acallar.

— ¡Stenio, ya palideces! gritó Marino: no cantes más si no quieres dar el último suspiro con la última estrofa.

—Deja de interrumpirme, exclamó Stenio con cólera, ó te meto el vaso en el pecho por la garganta.

Enjugóse luego el sudor que corría de su frente, y con voz viril y robusta que contrastaba con sus facciones extenuadas y la azulada palidez que se veía sobre su inflamado rostro, continuó levantándose.

Si acaso Dios me niega  
Un venturoso fin,  
Por mis glorias dichoso.  
Por mi dicha feliz,  
Y siento mis deseos,  
Agonía febril  
De una rabia impotente,  
Llama que quede en mí  
De pálido reflejo  
Á mi poco gozar sobrevivir,

Á ese dueño envidioso  
Insultando mi voz,  
Abrevie aqueste vino  
El mal aterrador  
Del cuerpo que se embota,  
En un beso de adiós.  
Peguémonos los labios,  
Un sueño bienhechor  
Extinga mis deseos.  
Y maldito en seguida sea Dios.

Al acabar esta frase Stenio se quedó lívido, vaciló su mano y dejó caer la copa que llevaba a sus labios. Quiso echar una mirada de triunfo a sus compañeros, admirados de su valor y encantados por los robustos acentos que había sacado de su agotado pecho; pero el cuerpo no pudo resistir a este combate con la voluntad. Sucumbió, y Stenio postrado de nuevo cayó al suelo sin sentido, y dió con la cabeza contra la silla de Pulquería cuyo vestido se manchó de sangre. a los gritos de Zinzolina acudieron las demás cortesanas; más al verlas llegar deslumbradoras con sus atavíos y su belleza nadie se acordó ya de Stenio. Pulquería, Tremmor y el paje le llevaron al jardín, y le dejaron en un lugar sombrío de una fuente que salía del más hernioso mármol de Carraca.

—Dejadme solo con él, dijo Tremmor a la cortesana porque en adelante ya solo me pertenece a mí.

La Zinzolina, criatura buena y negligente, estampó un beso en los labios fríos de Stenio, lo encomendó a Dios y 4 Tremmor. suspiró profundamente al alejarse, y volvióse al banquete en donde reinaba la alegría más viva aún y más estrepitosa.

— Otra vez, dijo Marino a la Zinzolina volviéndola la copa, espero que no pondrás ya más esta hermosa copa en manos de tu borracho Stenio. Es obra de Cellini, y A poco más se echa a perder cuando ha caído.

---

[\[2\]](#) Esprit, significa en francés espiritu y agudeza, decuyos significados nacen equivoquios que son a veces intraducibles.

## XLVII. CLAUDIA

Cuando Stenio volvió en sí, recibió con desdén los solícitos cuidados de su amigo.

— ¿Por qué estamos aquí solos? le dijo. Porque nos han echado fuera como leprosos.

— Ya no debéis volver a vuestros compañeros de orgia, dijo Tremmor, porque os desprecian y repelen. Todo lo habéis perdido, habéis abusado de todo, abandonado a Dios y llegado al fin de todas las cosas humanas: ya no os queda más que la amistad en cuyo seno hallareis un refugio siempre abierto.

—¿Y qué hará por mí la amistad? dijo Stenio con amargura, no es ella la primera que se ha cansado de mí y declarándose impotente para mi dicha.

— Vos sois quien la repelió desconociendo y renegando de sus beneficios. Desgraciado jóven, volved a nosotros, volved a vos misino; Lelia os llama, y si abjuráis vuestros errores los olvidará.

—Dejadme, dijo Stenio encolerizado, no pronunciéis jamás en mi presencia el nombre de esa mujer. Su maldita influencia es la que ha corrompido mi confiada juventud, y su infernal ironía la que me ha abierto los ojos y enseñado la vida en toda su desnudez y fealdad. No me habléis de esa Lelia; ya no la conozco, he olvidado sus facciones, y apenas me acuerdo si en algún tiempo la he amado, pues hace más de cien años que la dejé. Si ahora la viese me reiría de lástima al ver que he poseído cien mujeres mucho más bellas, más jóvenes, más sencillas, más ardientes y que mohán saciado de placer. ¿Por qué iría ahora a postrarme ante ese ídolo de costados de mármol? Aunque tuviese la mirada inhaladora de Pigmaion y el buen querer de los dioses para animarla, ¿qué haría de ella? ¿qué me daría más que las otras? Hubo un tiempo en que creía en goces infinitos y en celestiales arrobamientos; y en sus brazos esperaba la suprema beatitud, y el éxtasis de los ángeles a los pies del Altísimo; más ahora ya no creo ni en los ángeles, ni en Dios, ni en Lelia. Conozco los goces humanos y no puedo exagerarme su valor, pues la misma Lelia me ha manifestado bien cual era. ¡Para en adelante ya sé bastante y aún más que ella! Que no me llame pues, porque la causaría todo el mal que me ha hecho y quedaría más que vengado.

— Tu amargura me tranquiliza y me place tu cólera, dijo Tremmor, pues pensé hallarte insensible al recuerdo de lo pasado; más ahora veo que le irrita profundamente y que la resistencia de Lelia se ha grabado en tu memoria como una herida incurable. ¡Bendito sea Dios ¡Stenio no ha perdido más que la salud física, pues su alma está llena de energía y de porvenir.

— Filósofo soberbio, estoico burlón, exclamó Stenio con furor, ¿habéis venido aquí para insultarme en mi agonía ú os complacéis imbécilmente en desplegar vuestra impasible raima ante mis tormentos? Volved allá de donde vinisteis y dejadme morir en el seno del ruido y de la embriaguez; no vengáis a despreciar los últimos esfuerzos de un alma agostada tal vez por sus desvíos; pero no envilecida por la compasión de nadie.

Tremmor bajó la cabeza y calló para buscar palabras que pudiesen endulzar la acritud de aquel selvático orgullo, y sintióse con el corazón lleno de tristeza. Su austero rostro perdió su habitual serenidad y las lágrimas saltaron de sus ojos.

Viólo Stenio y conmovióse a su pesar: encontráronse sus miradas que mostraban dolor en Tremmor y vencido el poeta se abandonó a un sentimiento de compasión para consigo. La burla y la indiferencia en medio de los cuales vióse tanto tiempo le habían acostumbrado a avergonzarse<sup>1</sup> de sus sufrimientos; pero cuando vió que la amistad le ablandaba el corazón quedóse sorprendido y subyugado un momento y echóse en los brazos de Tremmor con efusión. Pero avergonzándose luego de este movimiento levantóse súbito y vió a una mujer embozada en una grande capa veneciana que se internaba en los sombríos bosquecillos. Era la princesa Claudia que se dirigía a los pabellones del jardín con su confidente dueña.

—No hay remedio, dijo Stenio arreglándose el cuello de su camisa de balista y asegurándola con su alfiler de diamantes, yo no puedo dejar que esa pobre niña languidezca por mí sin tenerla piedad. La Zinzolina habrá olvidado que debía venir, y a mi honor le toca ser el primero en la cita.

Al mismo tiempo volvió Stenio la cabeza hácia el lado por donde andaba Claudia, brilló una ráfaga de juventud sobre su devastada frente y llenóse su pecho de deseos. Retiró su mano de la de su amigo y echó a correr ligeramente hacia el pabellón, para estar primero que Claudia; pero al cabo de algunos pasos se cansó y caminó al fin muy despacio, pues llegó al mismo tiempo que ella a la entrada del casino y jadeando de cansancio se apoyó contra la barandilla de las gradas. La jóven duquesa, ruborizada de vergüenza y palpitante de alegría, creyó que el poeta objeto de su amor estaba conmovido y turbado en su presencia; pero reanimado un poco Stenio por el brillo de sus negros ojos, la ofreció la mano para subir con la serenidad de un heraldo y la obsequiosa gracia de un chambelán.

Cuando estuvieron solos, y ella se hubo sentado trémula y con el rostro inflamado, Stenio la contempló un rato en silencio. La princesa Claudia apenas habia salido de la niñez y su talla no habia aún adquirido todo su completo desarrollo: la excesiva longitud de sus negras pestañas, el tono bilioso de su cutis prematuramente liso y satinado, ligeras tintas azules en derredor de sus ojos, su actitud quebrantada y enfermiza, lodo anunciaba en



olla una pubertad precoz y una imaginación devoradora. Pero a pesar de ir de lodos estos indicios de constitución fogosa y de un porvenir borrascoso, Claudia por su mucha juventud estaba revestida de todo el encanto del pudor. Adivinábanse sus agitaciones, pero no se revelaban; su trémula boca parecía demandar besos, pero sus ojos estaban humedecidos de lágrimas, y su mal segura, voz parecía pedir gracia y protección: el deseo y el temor trastornaban todo aquel frágil ser y toda aquella virginidad ardiente y tímida.

Stenio, lleno de admiración, se admiró primero interiormente de tener a su disposición tan rico tesoro, pues era la primera vez que veía tan de cerca a la princesa y la prestaba tanta atención y la hallaba unas bella y mucho más deseable delo que había pensado. Pero sus sentidos ahitos y cansados no satisfacían a su espíritu, escéptico y frío paro siempre. De una mirada examinó y poseyó a Claudia todo entera, desde su rica cabellera contenida en una redecillado perlas, hasta su piececillo metido en seda. Con un sol pensamiento previó y contempló toda su vida futura, desde aquella primera locura que la ponía en brazos de un pobre poeta, basta las torpes galanterías de una vejez de princesa desenfrenada. Triste, espantado y disgustado do todo, Stenio la miraba con aire extraño y sin hablar; más cuando advirtió el ridículo papel que le hacía representar su preocupación, procuró acercarse a ella y dirigirla la palabra. Pero no pudo fingir un amor que no sentía, y la dijo con un tono de curiosidad casi severa, lomándola la mano de una manera paternal:

— ¿Qué edad tenéis?

— Catorce años, respondió la princesa atónita y llena de sorpresa, de pena, de cólera y de miedo.

— Pues bien, hija mía, respondió Stenio, id a pedir la absolución a vuestro confesor por haber venido aquí, y dad gracias a Dios de que os haya enviado un año, un siglo quiero decir, más tarde para el destino de Stenio.

Dicho esto, la dueña que se habia quedado junto a una ventana para verlo que hacían los dos amantes, se precipitó Inicia ellos, y recibiendo en sus brazos a la pobre Claudia anegada en lágrimas, habló con indignación ó Stenio de esh manera.

— ¡Insolente! ¿así reconocéis la gracia que os concede vuestra ilustre soberana, que se digna honraros con sus miradas? ¡De rodillas, vasallo, de rodillas! ¡Si vuestra alma brutal no se conmueve por la más preciosa bridad del universo, humíllese vuestra audacia por lo menos ante el respeto que debéis a la hija de los Bambucci!

— SI la hija de los Bambucci se ha dignado bajarse hasta mi, respondió Stenio, debió resignarse de antemano a que entratase como a igual mía; y si ahora se arrepiente, mucho mejor para ella, porque este será el único castigo que recibirá por su imprudencia pudiendo alabarse de haberla prohibido la Virgen, que la ha traído aquí un día después y no un día antes de una orgia. Escuchad las dos, mujeres, escuchad la voz de un hombre que su cercana muerte haya cuerdo. Escuchad vos, vieja dueña de alma sórdida, y vos también Joven de precoces pasiones y de belleza fatal y peligrosa, escuchad. Primero vos, noble cortesana, marquesa cuyo corazón tiene tantos vicios como la cara arrugas, debéis dar gracias a la indolencia que borraré de la memoria de Stenio el recuerdo de esta aventura antes de una hora, que sin esto se os quitaría la máscara en presencia de la corte, y arrojada fuérais como merecéis de una familia cuyo débil vástago habéis querido marchitar. Salid de aquí, vicio y codicia, prostitución, servilismo, traición, lepra de las naciones, hez y oprobio de la raza humana.

Y tú, mi pobre niña, añadió separando a Claudia de los brazos de su tercera y llevándola a la luz, encarnada y afligida como estaba, escucha bien, y si un día arrebatada a antojo de la suerte y de las pasiones, llegas a echar hacia atrás una mirada de espanto sobre tus hermosos años perdidos y sobre tu empañada pureza, acuérdate de Stenio, y párate en el borde del abismo. Mírame, Claudia, mira bien, sin miedo y sin turbarte, a este hombre de quien te has enamorado y que sin duda no has visto jamás. a tu edad el corazón se agita y se impacienta, y en busca de otro corazón que le corresponda, se arriesga, confía y entrega. Pero infelices de aquellos que abusan de la ignorancia y del candor. Por lo que aquí hace, Claudia, habrás oído cantar las poesías de un hombre que has creído joven, bello y apasionado, pero mírale ahora, pobre Claudia, y ve que fantasma has amado; mi cabeza es calva, descarnadas mis manos, apagados los ojos, y marchitos los labios. Pon la mano sobre este corazón agotado y cuenta las pulsaciones lentas y moribundas de este viejo de veinte años; mira estos cabellos que encanecen sobre un rostro que no tiene aún bozo, y dime ¿si es este el Stenio que tu

pensabas! ¿Soy el poeta religioso y la ardiente sílfide que no veías pasar en tus celestiales visiones, cuando cantabas mis himnos al arpa al ponerse el sol? SI entonces hubieses bajado la vista a las gradas de tu palacio, habrías podido ver el pálido espectro que te habla ahora, sentado en uno de los leones de mármol que guardan tu puerta, y le habrías visto como ahora, flaco, extenuado, indiferente a tu angélica hermosura y a tu voz melodiosa, y deseoso solamente de oír como una princesa de quince años fraseaba las melodías inspiradas por la embriaguez y escritas en báquicos festines, Pero tú no le veías, Claudia, y afortunadamente para tí buscábanle tus ojos en el cielo en donde no estaba. Tu fe le prestaba alas cuando se arrastraba bajo tus pies entre los lazzaroni que duermen al umbral de tu morada. Pues bien, hermosa jóven, lo mismo lo sucederá en todas tus ilusiones y en tus amones lodos. Conserva el recuerdo de este desengaño, si quieres conservar tu salud, tu belleza y el poderío de tu alma, y sí acaso después de esto puedes aún esperar y creer, no te des prisa para cumplir tu esperanza: conserva y refrena el deseo en tu alma ardiente, prolonga con lodo tu poder esa ceguera de la esperanza y la niñez del corazón, que solo tiene un día y no vuelve mas. Gobierna sabiamente, guarda con vigilancia y gasta con parsimonia el tesoro de tus ilusiones, porque el día que cedas a tu pensamiento y al inquieto sufrir de tus sentidos, verás trocarse en grosero barro tu ídolo de oro y de diamantes, y lo que estrecharás entre tus brazos será un fantasma sin calor y sin vida. Perseguirás en vano el ensueño de tu juventud, porque en tu fatigosa y funesta carrera no alcanzarás más que una sombra, y luego caerás cansada y sola en medio de la gritería de tus remordimientos, hambrienta en el seno de la abundancia, decrepita y muerta como Stenio, sin haber vivido siquiera un día entero.

Dicho esto, salió del casino y fuese en busca de Tremmor, trías este que lo había visto y oído todo por la entreabierta ventana, le cogió por el brazo al llegar al pie de la escalera.

— Stenio, le dijo, las lágrimas que yo vertía hace poco eran un insulto y mi dolor una blasfemia. Sois infeliz y estáis desolado; pero también sois, ó hijo mío, jóven y tiro todavía.

— Tremmor, respondió Stenio-con profundo desdén y amarga sonrisa; ¿no veis que toda esa ignora Sitiad de que acabo de hacer alarde no es más que la miserable comedia de un veterano que chochea y construye fortalezas con granos de arena, y se cree bien atrincherado contra enemigos

imaginarios? ¿No conocéis que amó la virtud como los viejos libertinos aman a las vírgenes, y que alabo el atractivo cuyo goce he perdido? ¿Croeis, hombre pueril, soñador neciamente virtuoso, que hubiera yo respetado a esa jóven si el abuso del placer no me hubiese hecho impotente?

Al acabar de decir estas palabras en tono amargo y cínico, Stenio quedó sumergido en un profundo ensueño y Tren-, mor se lo llevó lejos de la quinta sin pensar él a donde la llevaba.

## XLVIII. LA VENTA

Tremmor, que gustaba de viajar a pie, tomó sin embargo un carruaje para Stenio que no hubiera tenido fuerza para caminar, y a corlas jornadas viajaban contemplando a su sabor los magníficos lugares por donde pasaban. Stenio estaba taciturno é indiferente, pues ni una vez siquiera preguntó a donde iban, dejándose llevar con la apatía de un prisionero de guerra, y su descuido del porvenir parecía volverle el gozo de lo presente. Miraba a veces con admiración los hermosos sitios de aquel país encantado, y rogaba ¿Tremmor que mandase parar los caballos para subirá una montaña ó sentarse a la vera de un rio, y entonces recobraba vislumbres de entusiasmo y raptos de poesía para comprenderla naturaleza y celebrarla.

Pero a pesar de aquellos instantes en que se despertaba y renacía, Tremmor pudo observar en su jóven amigo los irreparables estragos del desenfreno. En otro tiempo su pensamiento activo y vigilante se apoderaba de todo y daba color, forma y vida a todos los objetos exteriores; pero a la sazón Stenio vegetaba por lo común en un voluptuoso y funesto embrutecimiento. Parecía desdeñar el empleo de su inteligencia; pero en realidad ya no era dueño de gobernarla: en vano la llamaba a veces, porque ella no le

obedecía, y entonces afectaba despreciar las facultades que habia perdido, Aunque la amargura de su alegría declaraba su cólera y su dolor. Increpaba en secreto su rebelde memoria, hería su perezosa imaginación, explotaba su insensible y fatigado ingenio; pero lodo era en vano, porque volvía a caer sin aliento en un caos de ensueños sin fin ni orden. Sus ideas le pasaban por el cerebro incoherentes, fantásticas e incomprensibles como aquellas imaginarias estrellas que los ojos creen ver revolotear en las tinieblas y que se persiguen y multiplican para borrarse para siempre en la eterna noche de la nada.

Al despertarse una mañana en una granja donde habían pasado la noche» hallóse Stenio solo, pues su compañero de viaje habia desaparecido quedándose en su lugar el joven Edmeo, que Stenio acogió allí muy diferentemente de cuando se encontraron la última vez en el Monte-Rosa. En lugar del antiguo candor de la amistad habia una amarga zumba en las palabras ó ideas del poeta, y sin embargo su corazón no estaba corrompido, pues viendo la pena que le causaba a su amigo, procuró ponerse serio y siguió Edmeo sin querer saber a dónde le llevaban. Aquella misma noche, después de haber pasado por un país inhabitado-y cubierto de espesos bosques, llegaron al pie de un antiguo castillo feudal que al parecer hacía tiempo que no servía más que de guarida de lechuzas y reptiles. Érase un lugar selvático y pintoresco, y la aspereza de la arquitectura medio arruinada estaba muy en armonía con los contornos escarpados de las áridas rocas que lo rodeaban. La pálida luna y las nubes echadas como un velo sobre ella por un viento otoñal, formaban raras figuras como el paisaje siniestro que atravesaban con sus fugitivas sombras. La voz seca y cascaría del torrente entre guijarros parecía una risa diabólica. Stenio se conmovió, y saliendo de golpe de su apatía, detuvo bruscamente a Edmeo cuando iban a pasar un rastrillo.

— El aspecto de estos lugares me hace sufrir, le dijo; me parece que entro en una cárcel. ¿En dónde estamos?

— En casa de Valmarina, respondió Edmeo.

Estremecióse Stenio al oír este nombre, que nunca habia oido sin emoción, pero avergonzándose luego de este resto de sencillez díjole a Edmeo.

— Esto me hubiera causado un gran placer el año pasado, pero ahora me parece algo ridículo,

—Tal vez no lo pienses así dentro de poco, respondió Edmeo con calma, y condújole a través de grandes patios sombríos y silenciosos a una profunda galería en donde todo ora silencio y tinieblas. Luego, después de haber errado algún tiempo en aquel laberinto de salas grandes, frías y abandonadas que alumbraba apenas un rayo perdido de la luna, paráronse delante de una puerta cargada de antiguos escudos, que brillaban débilmente en la sombra. Edmeo llamó diferentes veces de un modo melódico, y dicha una palabra de prevención por entre una rejilla, abrióse la puerta solemnemente de par en par, y Siento y su amigo entraron en un inmenso salón adornado al gusto de los tiempos caballerescos, con un lujo-sobre el cual habia dejado un severo tinte la acción del tiempo y que hacía más austero aún el brillo de mil bujías...

Habia allí una asamblea de hombres que Stenio tuvo al principio por espectros, por lo inmóviles y mudos, y luego por locos porque hicieron extrañas ceremonias, mitos profundos de un dogma sublime y terrible a la vez. que Stenio aún no comprendía. Entró en la pieza de las iniciaciones acompañado de Edmeo, y a fe que después nunca falló a lo que allí le fue revelado. Herido en la parte de su imaginación que habia quedado poética, y en la de su corazón que no se habia cerrado aún a los grandes instintos del afecto, de la justicia y de la lealtad, mostróse digno en aquel instante de la confianza extraordinaria que se la hacía por la generosa espontaneidad de compromiso y por el sincero entusiasmo que sintió.

Con todo, cuando se trató de admitirlo, en sesión abierta, en las lilas de los iniciados, oyéronse contra él algunas voces, y no fueron por cierto las de los jóvenes extranjeros que se distinguían en la asamblea por sus palabras místicas y su exaltada opinión, sino las de aquellos que Stenio hubiera creído dispuestos a ser más indulgentes con él, porque eran ricos, pródigos, y a más de llevar un gran nombre gastaban un gran tren. Eran príncipes y hombres del mundo, la flor de la dorada juventud de aquel país; más si se habia disipado su vida entre peligrosos placeres como la de Stenio y si bajo su santa armadura llevaban alguna mancha de esa lepra fatal que se pega a los Sombres felices del siglo, a lo menos la habían lavado alguna vez con generosos sacrificios, y Stenio no podía presentar prueba ninguna de este juvenil heroísmo. Aquellos hombres que él habia encontrado con frecuencia en el teatro, y acaso hasta en el retrete de la Zinzolina, puesto que habían sido sus maestros y su ejemplo en el arte funesto de Perderse, debían ser tam-

bién, según él, sus protectores y jugadores cuando se trataba de salvarlo. Su desconfianza fue para él un severo castigo, y sufrió mucho su orgullo al pensar que habiéndoles imitado en lo malo no había adivinado que había en ellos una cosa grande. Hiciéronsele conocer, y sonrojóse un momento su frente de saludable vergüenza y hasta estuvo a pique de irritarse contra ellos y retirarse provocándoles cuando le preguntaron quien era padrino y se vió solo entre iodos. La juventud de Edmeo era inconveniente para carácter tan superior; más entonces se adelantó un hombre que ocultaba su rostro a todos los demás y se le dió a conocerá él solo: era Tremmor que se presentaba para apoyarle y responder de él fortuna por fortuna, vida por vida, honor por honor.

En presencia de tan ilustres personajes, salidos de diferentes naciones reunidas por un sentimiento de alta fraternidad, conmovido Stenio por una secreta vanidad flaca y altiva, estuvo por desechar el patrocinio de Tremmor. Dábase ya por ofendido de las dudas que se habían suscitado respeto a él y pensaba cual sería su confusión, si se levantaba una voz para desechar y descubrir al galeote su único apoyo. Dudó, palideció y miró en torno suyo con aire sombrío; pero entonces vió inclinarse todas las cabezas y extenderse las manos todas en señal de admisión porque Tremmor se había descubierto la cara. Pidió que el neófito fuese dispensado de todas las pruebas vulgares, y que en razón a la próxima salida de la empresa se le admitiese por sola su palabra.

Stenio fue admitido desde luego a prestar juramento y a tomar sus grados, pues se derogaban en obsequio suyo todos los usos, forzando la letra de los estatutos, y se le acogía a pesar de ser oscuro y estar privado de méritos por la caución de un hombre a quien nadie replicaba y nada se rehusaba.

— ¿Qué poder ejerce ese hombre sobre el espíritu de demás? preguntó Stenio después de haber jurado, dirigiéndose a un joven que tenía cerca. ¿Qué influjo tiene sobre esta asamblea? ¿Qué dignidad le distingue?

El joven miró a Stenio con la mayor sorpresa y volviéndose a sus compañeros les dijo. ¡Vaya una cosa extraña! El ahijado de Valmarina no conoce ¡su padrino.

— ¡Valmarina! respondió Stenio; ¿Tremmor es Taimariña?

— ¡Oh! Tremmor, Anselmo, Mario, el que queráis, respondieron los nuevos hermanos de Stenio. Ya sabéis que él cambia de nombre en cada viaje, porque nuestros enemigos velan mucho sobre él; pero el sabe escapárseles con una prudencia y habilidad maravillosa. A veces pasa sin ser listo las más peligrosas líneas y cuando piensan cogerle en una parte sale en otra y se deja ver cuando ya no puede ser cogido. En ningún lugar le conocen por su propio nombre, ni aquí tampoco. Nosotros le llamamos Valmarina; pero cubre su nacimiento un misterio impenetrable lo mismo que su patria y los años de su juventud. De él no sabemos más que lo que no puede ocultarnos, y es que es el más celoso, liberal, decidido, valiente y modesto de todos nosotros.

— ¡Y el más capaz! exclamaron algunos. La Providencia vela sobre él, pues le libra de peligros y le hace invulnerable a todas las fatigas del espíritu y del cuerpo. Él fue de los primeros en hacerse aquí el apóstol y el propagandista de la fe que acabáis de abrazar y el que ha prestado más grandes servicios a nuestra sagrada causa. Contar lo que ha hecho por ella es imposible, pues no pudiera decirse la mitad, porque oculta sus sacrificios con tanto cuidado y tal celo como pondría otro para proclamarlos. Honor a tí, poeta Stenio, pues sin conocerle tú, Valmarina te ha creído digno de tal confianza y prestádote tanto aprecio.

Interrumpieron estas palabras las voces de los jefes: todos los iniciados fueron invitados a dar sus votos para la elección de un jefe supremo, y habiendo descolgado de en medio de uno de los trofeos que adornaban la pared un rasco de bronce de un antiguo paladín, sirvió de urna para los votos escritos. Cumplidos todos los requisitos con la más religiosa gravedad fue proclamado con entusiasmo el nombre de Valmarina, el cual se levantó en seguida y dijo.

— Gracias os sean dadas por esta muestra de confianza y de afecto; pero yo no merezco tanta estimación. Para mandaros es menester un hombre cuya vida no tenga tacha, y mi juventud no fue pura. Tres veces he rehusado ya el honor que me dispensáis, y otra vez rehusó porque mis faltas no están aún expiadas.

Levantóse entonces el más eminente y respetable entre los que llevaban el nombre de padres y tutores, y respondió de esta manera.



—Valmarina, mis canas y las cicatrices que salean mi frente me facultan para reprenderte. Tu obstinada denegación es una falta más grande que todas las de que te puedas acusar. Aunque ignoramos a que raza y culto perteneces, Aunque hagas la guerra con nosotros a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, viniste a ejercer las virtudes cristianas con una perseverancia que nos llena de respeto y ninguno de nosotros se ha arrogado el derecho de demandarte que principio es la fuente de tus virtudes. Hoy sin embargo me creo autorizado a decirte que tu humildad raya en fanatismo, y puesto que nos has hecho ver el corazón de un guerrero no bajas la cabeza como un fraile. Tú has padecido ya el martirio por nuestra causa, has sufrido el destierro y el tormento de los calabozos, y después de haber sacrificado todos tus bienes sin duda has inmolado también tus afectos, pues vives solo y en la austeridad como los santos de ¡os antiguos días. No te suicides pues como penitente, porque si alguna falta ha mancillado tu juventud no hay aquí ninguno que no esté pronto a excusártela; puesto que nadie está sin pecado ni se puede alabar ningún hombre de haber borrado sus culpas con tan grandes acciones como las tuyas. En nombre pues de esta asamblea y en virtud de los poderes que me dan la edad y la jerarquía con que aquí se me ha honrado, exijo que aceptes el mando que nuestras bocas te acaban de ofrecer.

Este discurso fue recibido con apasionados aplausos, y Valmarina se quedó pensativo, pálido y mohíno.

—Padre, dijo cuando hubo cesado la agitación, me has hecho sufrir gratuitamente, y no puedo someterme a ese poder que venero en tí, ni ceder a esa simpatía que me honra de parte de mis hermanos. Me retiraré del seno de esta asamblea é iré a combatir a solas por nuestra causa antes que aceptar un mando, un título ó una distinción cualquiera. Yo no soy católico, porque he hecho un voto que no puede dispensarme ningún sucesor de Jesucristo.

—Pues bien, contestó el anciano príncipe, nos valdré mes de la espada y quedaras libre de tu voto. El hombre no puede ser juez de sus deberes para el futuro, pues tal empeño le parece santo y meritorio hoy, que puede ser mañana pueril ó culpable. A veces es bueno y prudente retractarse cuando fuera locura ó flaqueza. A lo menos el perseverar en una resolución insensata. Tú nos has probado que nos eres necesario y no puedes dejarnos sin hacernos daño. Piénsalo.... SI no estuviésemos seguros de tu ¡virtud como de la luz del sol. si no nos fueses tan querido como de un padre lo son los hijos,

hoy podría tomarse tu conducta por una deserción de nuestra causa ó como antipatía contra nosotros.

— Pues bien, ¡tomadlo como queráis! respondió Tremmor en tono feroz y sin levantarse.

Miráronse todos con sorpresa, porque su tranquila frente nunca habia estado de aquel modo sombría, ni habia contraído de tal suerte la cólera sus pestañas, ni bañado sus sienes aquel frío sudor, ni palidecido, ni temblado su boca ¡en la angustia de tan dolorosa emoción.

Suscitáronse vehementes discusiones: unos acusaban al príncipe de por haber manifestado una sospecha que ultrajaba a Stenio, y otros defendían la intención del anciano príncipe y apoyaban su parecer. Insistían muchos para que se respetasen las repugnancias de Valmarina, y la mejor parte para que se venciesen a lodo trance,

Valmarina impuso silencio levantándose para pedir la palabra y dijo con aire sombrío.

— Ved a lo que me obligáis. Obedezco a la voluntad implacable del destino que acaba de hablar por la boca de este anciano. Dios sabe que yo habia adquirido por medio de grandes trabajos y expiaciones terribles el derecho de ocultar mi secreto y de librarme de la vergüenza a que me exponéis ahora. Toro siempre sucede lo mismo en esta impía sociedad. No hay consuelo contra los fallos que los hombres llegan a pronunciar, ni remedio eficaz ni reparación admisible. Habéis soñado con la justicia, inventado el castigo y olvidado la rehabilitación, no creyendo al hombre corregible. Habéis pronunciado sobre él una sentencia que Dios con toda su perfección y omnipotencia no podría pronunciar contra la flaqueza humana.

— Maldice la sociedad que protege a los tiranos y esclaviza a los hombres libres, interrumpió vivamente uno de los ancianos; pero no ultrajes a los reformadores que tú mismo has convocado aquí para destruir el mal y restablecer la virtud en el mundo. Posible es que salidos de esa sociedad corrompida hayamos conservado a pesar nuestro alguna de las preocupaciones que queremos destruir; pero sepas antes de todo que tenemos suficiente fuerza para vencerlas cuando se trata de un mérito sobresaliente como el tuyo. Guarda tu secreto que no queremos saber. Aquí se redoblaron los aplausos.

— Como quiera que sea, repuso el penitente, habéis sentido ya la duda, y si callo mi secreto, un gusano roedor podrá hacer aquí grande estrago. No, ningún hombre tiene derecho de conservar un secreto y ha llegado el momento de publicar el mío. Yo habia creído que la amargura de este cáliz podría evitarse, pero me engañaba. Debo manifestar a la causa que servimos que no soy digno de servirla con esplendor, de otra suerte los que más me quieren de cuantos hay aquí se imaginarán que me creo superior a la causa misma y que por un sentimiento de fanático orgullo desprecio las glorias humanas, que en realidad no desprecio ni tengo derecho de despreciar, puesto que las miro como la santa y deseable corona de los héroes y los mártires. Pero mi mano es impura y no puede sostener una palma. Yo no esperaré que los hombres pronuncien contra mí esta sentencia; ¡debo pronunciarla yo mismo! No significa esto que yo tema a los hombres, pues no me espanta el juicio de los más puros y más grandes de entre vosotros siendo franco mi corazón y estando expiado mi crimen. Respeto la causa, y lo que temo es serla nocivo, permitiendo que me proclamen su representante. MI destino no es trabajar por una,

recompensa terrestre, pues bien podéis saber que hay faltas que solo el cielo puede absolver é infortunios de que solo la muerte puede librar.... Al fin y al cabo vais a juzgarlo.... Una noche de invierno, hará diez años poco más ó menos, el señor de este castillo concedió hospitalidad a un miserable....

— A un desgraciado que iba solo y fatigado por medio de nuestros bosques, interrumpió Edmeo que se levantó como inspirado, é impuso su entusiasmo a la asamblea, siendo escuchado en lugar de Valmarina. El señor de este castillo era mi lio y, como todos sabéis, uno de los señores más ricos de esta comarca. Era un filósofo, un corazón generoso y apasionado alas grandes cosas, amigo de juventud de Alfieri, discípulo de Rousseau, partidario de la libertad, y sin más pensamiento ni más esperanza que el deseo de ver a su patria independiente y unida. El vulgo le tenía por exaltado y loco. Acogió al proscrito que llamaba a su puerta, le hizo sentar a su mesa, y escuchóle al abrigo del hogar doméstico, antiguo santuario de la familia, símbolo de la inviolable hospitalidad. Supo todos sus secretos.... (esos secretos que ahora se os quieren revelar y vosotros no queréis oír sin duda) y sepultólos en su corazón. Habló con él de los sagrados principios de la moral y la justicia humanas, remontándose hasta las grandes causas, hasta la

esencia de la bondad y justicia divinas, y el sol pálido y tardío de las mañanas del invierno les sorprendió junto al hogar hablando aún y no pensando todavía en separarse. Entonces el proscrito quiso partir, pero su huésped le retuvo aquel día y los siguientes, y el proscrito a pesar de su tristeza y su reserva no partió, porque mi tío se opuso a irresistibles ruegos.

Al cabo de tres meses murió el señor y legó sus castillos, sus tierras y sus inmensos bienes al proscrito, desheredando al sobrino, frívolo niño que por su parte estaba bien acomodado y que no podía hacer un noble uso de bienes considerables puestos en mejores manos. El extranjero aceptó

aquella herencia y la preservó de las rapiñase intrigas que velan siempre a la cabecera de los moribundos; pero al cabo de otros tres meses presentó al desheredado mancebo los títulos de las propiedades y la llave de los tesoros de su tío.—Jóven, le dijo, faltó a la voluntad de un moribundo, y tal vez pongo en malas manos la subsistencia de mil familias. Si yo hubiese vivido siempre como debiera, acaso tendría hoy derecho y valor de hacer de estos bienes el uso a que solo pueden destinarse, pero yo, lo mismo que ahora tú, gasté mi juventud en los desórdenes, y puesto que Dios me sacó de ellos, puedo creer que lo mismo hará contigo y que te alumbrará para hacerte ver cuáles son tus principales deberes. En todo caso yo no puedo cumplir contigo el papel de la Providencia, pues no soy ni pariente ni amigo tuyo, sino solamente tu deudor.

Dicho esto, desapareció huyendo de mi agradecimiento y de mis instancias, y no lo volví a ver hasta el año siguiente cuando me rogó que prestase auxilio y solaz a nobles desgracias que no eran las tuyas, pues Aunque vivía en la indigencia nunca quiso aceptar nada para sí.

—Puesto que habéis dicho mi historia, yo diré la vuestra, interrumpió Valmarina. ¿Pero quién de aquí no la sabe? Tú, Stenio, nuestro nuevo adepto, conoce la fuente de las riquezas que yo derramo para fecundar el terreno sagrado. Es la virtud de ese jóven que te aventaja de muy pocos años, de ese jóven que hasta los diez y seis ignoró el papel sublime que le reservaba el cielo y cuyo instinto dormía en el fondo de su corazón. Tú no has visto en él más que un soñador ordinario; pero aquí es donde brillan sin fausto ni Ostentación las grandes virtudes y acciones ocultas a los ojos de un mundo que no las comprendería, aquí en el seno de una familia de elegidos cuyo sufragio consuela y no embriaga como las fútiles alabanzas del vulgo. Aquí

es donde nadie tiene que envidiar la gloria ajena porque cada cual trae sus títulos y da sus pruebas,

— Solo de tí, no sabemos nada, dijole el anciano a Stenio, pero esperamos mucho de ti, visto el padrino que te presenta al bautismo; atiende pues a las últimas revelaciones que vas a oír lo mismo que tus hermanos. Esta asamblea va a decidir cosas importantes.

La asamblea se retiró después de haber recibido y puesto en registro todos los juramentos y dándose empleo a cada cual según sus medios y fuerzas. Stenio pidió y obtuvo permiso de trabajar junto con Edmeo bajo la dirección de Valmarina, el cual aceptó un empleo peligroso, pero secundario, habiendo hecho irrevocable su denegación al supremo mando.

Cada señor se fue a enjaezar por sí mismo su caballo humeante aún de cansancio por el camino de ida, pues ninguno se había hecho escoltar por recelo de imprudencia ó de traición. Los plebeyos se abrazaron afectuosamente con aquellos que abjuraban todo recuerdo de ficticia superioridad para cimentar la nueva alianza. Los jóvenes atravesaron a pie el bosque y Stenio siguió a Edmeo y a Tremmor. La luna bajaba hacia el horizonte y aún no rayaba el día, y todos se daban prisa para estar lejos de aquellos sitios al Hogar la luz, é iban todos por caminos diferentes guardando el mayor silencio. Solo de rato en rato se oía el tropiezo de un caballo en una piedra ó el retumbo de sus pasos en algún puente de madera echado sobre un torrente. Ya no relucían los vidrios de las ventanas del castillo, donde no se quedó huésped alguno; las aves nocturnas, despavoridas y silenciosas un momento, volvieron a su guarida, y los retratos de los antepasados, alumbrados breve tiempo con una luz viva, quedaron otra vez en tinieblas, mudos testigos del pacto extraño que sus nietos acababan de formar con los nietos de, sus vasallos.

## XLIX.

Ha pasado el tiempo que vos misma fijasteis y vuelvo a veros porque tal vez tenéis necesidad de mí y ahora nada tengo que hacer aquí. ¡Quiera Dios que a vos también os sea inútil pero no por la misma razón! Espero ser testigo de vuestra resurrección, y aquí no he hallado más que la muerte.

Si, Lelia, todo ha muerto en esta tierra maldita, y esta vez el dolor ha profundizado bien en mi corazón. Condeso que me estremezco ante el espectáculo del mundo del cual debo sustraerme algún tiempo para fortalecer mi alma en el seno de la naturaleza, que es la única que no envejece, pues las razas humanas llegan luego a la decrepitud, y cuando suena la hora de su muerte, los médicos de la humanidad se ven reducidos a cruzarlos brazos y a verlas morir en silencio.

Y sin embargo, ¡Dios mío ¡hay todavía elementos de grandeza, almas fuertes y juventud ardiente y pura. El fénix está aún pronto a desplegar sus alas sobre la hoguera; pero sabe que su ceniza so ha hecho estéril y que el principio divino va a extinguirse con él, y muévase echando un grito postrero de amor y de miseria sobre este mundo que mira con indiferencia en su agonía sublime. Yo he visto morir héroes y los pueblos también los han visto, pero se han sentado como si asistiesen a un teatro en vez de levantarse para vengarlos.

La generación que ha hecho un hombre poderoso, en vez de hacer poderosas naciones, no podrá levantarse de su abyección. La débil esperanza que queda está enteramente en la juventud que va saliendo: las ideas de gloria la han dado bravura y las filosóficas la han prestado el espíritu de independencia. ¿Pero queréis que os habló francamente? Esta juventud me espanta, porque desarreglada, ¡llena de orgullo y desprovista de veneración! no busca en la obra que quiere levantar, más que emociones guerreras y estrepitosos triunfos, y desconoce todo orden y toda justicia así que quiere razonar sobre las cosas de mañana. Apropiándose el porvenir arrastra consigo todos los errores é iniquidades de lo pasado. ¿Qué hará si triunfa? ¿qué será de la humanidad si sucumbe? Desgraciado el tiempo en que la victoria espanta tanto como la derrota.

¡Esperando que un nuevo esfuerzo aumente ó disminuya nuestras fuerzas voy a veros, pueda al menos hallaros menos resignada que yo! No hay cosa más triste que esta sumisión a un deslino implacable. ¡Ay! ¡qué sucedería si no se tuviese ¡a conciencia del cumplido deber!

## L. MALDICIÓN.

bienio bajaba un día solo por los rápidos desfiladeros de Monteverdor. Su salud se había mejorado y sin embargo terribles emociones, grandes pesares y una herida bastante grave habían sido los motivos que le habían tenido lejos de su residencia acostumbrada. Pero hay nobles dolores y gloriosos sufrimientos que fortifican en lugar de abatir y Stenio había sentido su austera y maternal influencia.

Stenio sin embargo no estaba curado, y su alma había sucumbido más que su cuerpo en el insensato desafío que había intentado con la vida. La juventud física reflorece fácilmente; más la juventud intelectual, más delicada y preciosa, no recobra jamás enteramente su perfume y su gracia, pues si la virtud puede volver al espíritu una especie de virginidad, es solo lentamente y a fuerza de expiaciones.

Stenio era animoso y lo había experimentado; pero su corazón reanimado un instante, sumíase en una mortal languidez así que dejaban de sostenerle las emociones del peligro. La necesidad de frívolas diversiones y de excitaciones facticias era tan imperiosa en él, que la calma le era una especie de suplicio. Mientras atravesaba solo y rápidamente aquellos lugares llenos del poético recuerdo de su pasión, procuraba destruir sus propios pensamientos; pero entre los trágicos espectáculos que acababa de presenciar y la penosa memoria de sus desdeñados arrebatos, no sabía donde refugiarse, y la vida que le había hecho vivir Pulquería, sin emociones profundas y sin verdaderos sentimientos, era la cínica en que podía reposar. Reposo fatal, semejante al que halla el viajero en las selvas de la India bajo la sombra ponzoñosa del árbol que da la muerte.

De golpe y al revolver uno de los escarpados ángulos del camino se halló cara a cara con un hombre que al principio tomó por un espectro.

¡Qué es lo que veo! exclamó retrocediendo de sorpresa y casi de terror. ¿Salen Jos muertos de sus huesas? ¿Dejan los mártires el cielo para vagar

sobre la tierra?

— Me he escapado de la muerte, respondió Valmarina, sé que, gracias al cielo, te has librado tú de la proscripción; se ha puesto a precio mi cabeza y no debo detenerme ni un instante cerca de ti: tú debes hacer como que no me conoces, porque sí fuese descubierto te alcanzarían también a tí los peligros que me rodean.... ¡Vamos, prosigue tu camino y Dios te acompañe!

¡Á precio vuestra cabeza! exclamó Stenio, sin atender a las últimas palabras de Tremmor; ¿aprecio, y en vez. de huir de este país volvéis a arrostrar la persecución en un lugar donde sois conocido?

Dios me asistirá mientras me juzgue útil para hacer algún bien sobre la tierra. MI misión no está cumplida todavía, pues aún tengo que ver a alguno antes de mi partida. Adiós, hijo mío, ¡y ojalá fructifique en tu alma la simiente de vida! Vete ahora, pues Aunque este camino parezca poco frecuentado, cada roca y cada matorral pueden ocultar algo de valor.

Tremmor echaba a andar al través de la montaña para apartarse del sendero que debía seguir Stenio, pero este se fué tras él y le dijo.

— No, yo no quiero dejaros de esta manera. Tenéis necesidad de ayuda, estáis muerto de fatiga, apenas tenéis cerradas las heridas y el sufrimiento ha ahuecado vuestras mejillas. Por otra parte carecéis de asilo, y yo puedo ofrecéroslo. Venid, venid conmigo: creerme capaz de prudencia ó miedo en tal momento es ultrajarme.

— Asilo, lo tengo cerca de aquí, respondió Tremmor, y aún me siento con fuerza para llegar a él; así no pases cuidado por mí y piensa en tí solamente, amigo mío. Yo nunca lie dudado de ti, te fue a buscar en el seno de los deleites en donde te habías dormido, y no he perdonado tu generosa sangre cuando ha debido correr por una causa santa. Tero la que ahora nos queda es preciosa y no debe exponerse necesidad. El amigo que me oculta estos días corre bastos riesgos, y basta con exponer un afecto que puedo hacer esto.

A pesar de rehusar y resistirse el proscrito, Stenio se obstinó en querer acompañarle hasta la celda del ermitaño, hecha en el granito de la montaña lejos de toda humana senda, y oculta a todo el mundo por la espesa sombra de los cedros y por sus rejas hechas con ópalos de ñudosos brazos, estrechamente entrelazados. La celdilla situada sobre el escapamento do la



roca estaba desierta. La vertiente de aquel precipicio presentaba una barranca pelada y arenisca en cuyo fondo dormía un pequeño lago. Parecía imposible bajar hasta su vera a causa de la movilidad de las arenas inclinadas que le rodeaban y de la falta de todo punto de apoyo, pues en aquella rápida pendiente no había podido detenerse ningún peñasco ni arraigarse ningún árbol, has esperando que los aludes que lo habían formado acabasen por llenarlo, aquel precipicio alimentaba en el seno de sus inmóviles aguas una rica vegetación. Lotos gigantes y políperos de agua dulce de veinte varas de longitud ostentaban sus anchas hojas y sus variadas flores sobre la superficie de aquella agua que nunca surcaba el remo del pescador. Sobre sus entrelazadas ramas y al abrigo de sus multiplicados pabellones de hojas dormían al calor del sol, seguras de no estar acechadas por los lazos del hombre, las víboras de color de esmeralda, y las salamandras de ojos amarillos y lánguidos. La superficie del lago estaba tan frondosa y verde, que desde arriba se hubiera tenido por una pradera, y veíanse grandes cañaverales cuyos felpudos penachos encorvaba el viento como un campo de mieses. Stenio hechizado con el selvático aspecto de la barranca quiso bajar, pero cuando iba a hacerlo, salió el ermitaño, cubierto el rostro con la capucha, y le dijo:

— Deteneos, hijo mío, este lago cubierto de flores es la imagen de los placeres del mundo: rodeado de seducciones encierra abismos sin fondo.

— ¿Y vos cómo lo sabéis, padre? preguntó Stenio sonriendo. ¿Habéis sondeado ese abismo? ¿habéis andado sobre las olas borrascosas de las pasiones?

— Cuando Pedro quiso seguir a Jesús por las aguas del Genezareth, respondió el ermitaño, sintió a los pocos pasos que le faltaba la fe, y que se había expuesto demasiado en querer marchar sobre la tempestad como el hijo del hombre, y exclamó: «¡Señor, perecemos!» y atrayéndole el Señor así, le salvó.

— Pedro era un mal amigo y un discípulo débil, respondió Stenio. ¿No fue él quien negó a su maestro solo por no compartir su suerte? Los que temen el peligro y se retiran de él son semejantes a Pedro: no son hombres ni cristianos.

El ermitaño bajó la cabeza y no respondió.

— Pero decidme, padre, ¿por qué os molestáis en ocultarme la cara? Conozco muy bien el sonido de vuestra voz y nos hemos visto en mejores días.

— ¡Mejores! dijo Magnus dejando caer lentamente su capucha, y apoyando sobre su flaca mano la calva frente en una actitud melancólica.

— Si, mejores para vos y para mí; porque entonces veíanse en vuestras mejillas las rosas de la juventud, y Aunque estuviéseis medio enajenado y calenturiento la última vez que os hallé en la montaña, vuestra barba era negra y abundantes vuestros cabellos, padre mío.

— ¿Entonces dais una grande importancia a esa vana y funesta juventud del cuerpo, a esa devoradora energía de la sangre que da color al rostro y enardece el cráneo?

— ¿Así habíais de la juventud, y solo tenéis más que yo muy pocos años? Apostaría que hay más verdor en vuestra imaginación que en todo mi ser.

Palideció el sacerdote, y poniendo su callosa y amarilla mano sobre la blanca con azules venas de Stenio, le dijo:

— Hijo mío, para ser cruel de esta manera debéis haber sido muy desgraciado.

— El sufrimiento que ha pasado, dijo Tremmor en tono severo y triste, debiera hacer al hombre compasivo y bueno. Solo las almas débiles se rompen en la adversidad; las fuertes se purifican.

— ¡Ya lo sé! dijo Stenio a quien el inesperado encuentro de Magnus hizo presente el amargo recuerdo de su repelido amor: sobrado sé que soy un alma sin grandeza ni energía, una naturaleza enferma y miserable. ¿Estaría como estoy si fuese Tremmor ó Magnus? ¡Más ay! añadió haciendo un movimiento de sombría cólera y sentándose en el borde del abismo, ¿por qué intentáis contra mí vanos esfuerzos? ¿de qué sirven esos consejos, que yo no puedo aprovechar y esos ejemplos superiores a mis fuerzas? ¿Qué placer encontráis en hacer alarde de vuestras riquezas y en manifestar de qué poder estáis dotados, y de qué esfuerzos sois capaces? ¡Hombres fuertes, hombres heroicos! ¡vasos de elección ¡[ santos salidos de un galeote y de un clérigo! vos, forzado, que habéis reunido sobre vuestra cabeza toáoslos castigos de la vida social; vos, monje, que habéis reasumido en algunos años de vuestra vida interior todas las torturas del alma; los dos solos

habéis sufrido todo lo que pueden sufrir los hombres; saciedad y privación; el uno ha sido quebrantado por los golpes, y el otro por los ayunos, y ambos estáis en pie, y con la frente levantada hacia, el cielo, mientras yo me arrastro como el hijo pródigo en medio de animales inmundos, es decir de apetitos groseros y de vicios impuros. Ahora bien, dejadme morir en mi lodazal y no vengáis a atormentar mi agonía con el espectáculo de vuestra gloriosa ascensión ¡los cielos.

Así los amigos de Job iban a alabar su prosperidad aida su víctima echada en un muladar. Dejadme, dejadme solo. Guardad bien vuestros tesoros, de miedo de que los malgaste vuestro orgullo. Velen en la custodia de vuestras conquistas la prudencia y la humildad, y preservaos del pueril deseo de enseñarlas ó los que no tienen nada, porque el pobre rencoroso y envidioso podría escupir y empañar vuestras riquezas. Tremmor, vuestra gloria no es tal vez tan brillante y real como Creéis, y mi amarga razón podría hallar acaso una explicación trivial al triunfo de la voluntad sobre pasiones amortiguadas, y sobre deseos borrados ó ahitos. Magnus, vuestra fe no es quizá tan fuerte que no pueda yo hacerla vacilar con una mirada burlona ó con una duda audaz. La victoria alcanzada por el espíritu sobre las tentaciones de la carne no es tal vez tan completa que no pueda sonrojaros ó haceros palidecer con solo pronunciar un nombre de mujer.... Id, id a orar; quemad incienso ante el altar de la Virgen é inclinad la cabeza sobre el pavimento de las iglesias, componed tratados sobre la molificación y la resignación, pero dejadme gozar de los últimos días que me quedan. Dios que no me ha favorecido como a vosotros con una organización superior, no ha puesto a mi alcance más que realidades comunes, y placeres vulgares de los cuales quiero disfrutar del todo. ¿Acaso no he hecho yo también un paso inmenso en el camino de la razón desde que no nos habíamos visto? Considerando que no podía llegar al cielo, ¿no lie comenzado a andar sobre la tierra sin tedio y sin desdén? ¿No he aceptado la vida tal cual se me dió y cuando he sentido en mi interior un ardor inquieto y rebelde, ambiciones vagas y fantásticas y deseos irrealizables ¿no he hecho todo lo posible para extinguirlos ó domarlos? No hay más diferencia de mí a vosotros que el haber elegido yo otro medio. Yo me he calmado por el abuso, mientras vosotros os habéis curado con la abstinencia y el cilicio. Para almas tan grandes como las vuestras se requerían estos medios violentos y esas austeras expiaciones, porque el uso de las cosas humanas no hubiera bastado para partir vuestros caracteres de bronce y agotar vuestras fuerzas sobrenaturales. Más todo esto

bastaba para las de Stenio, y se ha entregado a ello sin rubor ahilándose sin ingratitud, y ahora si su cuerpo se ha hallado sobrado débil para sus apetitos, y se ha apoderado la tisis de este débil hijo del placer, es que Dios no le ha destinado a contar ¡argos días sobre la tierra, y significa que no es bueno ni para soldado, ni para sacerdote, ni para jugador, ni para sabio, ni para gran poeta. Hay plantas que deben morir inmediatamente después de haber florecido, y hombres ¿quiénes Dios no condena a un largo destierro entre los hombres. Ved, padre mío, vos estáis calvo como yo; flacas están vuestras manos, oprimido vuestro pecho; débiles tenéis las rodillas, corta la respiración; encanécese vuestra barba, y aún no tenéis treinta años. Vuestra agonía será tal vez un poco más lenta que la mía, y acaso me sobreviviréis todo un año. Y sin embargo, ¿no hemos logrado entrambos vencer nuestras pasiones, y enfriar nuestros sentidos? Hemos salido del crisol puros y reducidos ¿no es verdad, padre? Yo soy más pequeño que vos todavía, porque ha sido más fuerte y más segura mi prueba, y he llegado a mi fin de aterrar a mi enemigo. Tal vez habríais hecho bien en adoptar los mismos medios que yo he puesto, que eran los más cortos; pero no importa, no por esto dejareis de llegar al sufrimiento y a la muerte. Démonos la mano, pues somos hermanos. Vos erais grande, yo miserable; vos teníais una naturaleza vigorosa, yo una naturaleza pobre; pero las tumbas que se abrirán luego para nosotros a entrambos nos recibirán casi en polvo.

Magnus que durante la conversación de Stenio se habia turbado diferentes veces y habia levantado los ojos al cielo con una expresión de espanto y de pena, recobró en aquel instante una actitud mas tranquila y segura, y dijo.

— Jóven, no acabaremos con este mezquino cuerpo ni será pasto nuestra alma de los gusanos del sepulcro. ¿Pensáis que Dios tiene cuenta igual entre nosotros? ¿En el dia del juicio no habrá misericordias más grandes para el que habrá mortificado su carne y orado, lágrimas vertiendo, y una justicia más severa para el que habrá doblado la rodilla ante los ídolos y bebido en las emponzoñadas fuentes del pecado?

— ¿Qué sabéis vos, padre? respondió Stenio. Todo lo que es contrario a las leyes de la naturaleza es acaso abominable ante los ojos del Señor. Algunos han osado decirlo en este siglo de examen filosófico, y yo soy de estos; pero dejemos estas vulgaridades y me limitaré a haceros una pregunta que es la siguiente: si mañana al amanecer, después de haberos adormido

llorando y orando, os despertaseis en brazos de una mujer llevada a vuestro lecho por la malicia de los espíritus de las tinieblas; después de la sorpresa, el espanto, la lucha, la victoria y el exorcismo, todo lo cual haríais sin duda alguna, decidme, ¿iríais a decir misa un instante después y a tocar el cuerpo de Jesucristo sin terror alguno?

Con la gracia de Dios, respondió Magnus, tal vez mis manos quedarían bastante puras para tocar la hostia santa, y sin embargo no me atrevería a tanto sin haberme purificado antes por medio de la penitencia.

— Muy bien, padre. Ya veis que estáis menos purificado que yo; porque yo podría dormir toda una noche al lado de la mujer más hermosa del mundo sin sentir hacia ella más que disgusto y aversión. a la verdad, vos habéis perdido el tiempo ayunando y rezando, pues nada habéis alcanzado cuando la carne puede aún espantar al espíritu y el hombre antiguo turbar la conciencia del hombre nuevo. Lo que habéis alcanzado ha sido debilitar el estómago, irritar el cerebro y desarreglar la armoniosa combinación de vuestros órganos; pero no habéis reducido como yo el cuerpo a un papel pasivo ni estáis en el caso de sufrir la prueba que he dicho y en seguida ir a comulgar sin confesión. El resultado que habéis obtenido ha sido un lento suicidio físico, es decir una acción que vuestra religión condena como un crimen espantoso, y estáis aún bajo el imperio de los malos deseos lo mismo que en los primeros días de vuestra penitencia.

— Será cierto, ¡Dios mío! ¿Me habrás rehusado el socorro y el perdón? ¿Me habrás abandonado al espíritu del mal y retirádote de mí sin querer prestar oído a mis sollozos y a mis gritos suplicantes? ¿Habré sufrido en vano y será perdida toda esta vida de combates y tormentos? [ No! exclamó el monje que esto decía, con entusiasmo y alargando sus largos y flacos brazos fuera de las mangas de paño burdo; no, no lo creeré ni me dejaré desanimar por las palabras impías de este hijo del siglo. Yo llegaré a mi fin y cumpliré el sacrificio, y si la iglesia miente, y si los profetas han sido inspirados por el espíritu de las tinieblas, si la palabra divina ha perdido su buen sentido, y si mi celo ó Dios mío ¡ha ido más allá de lo que tú quieres, a lo menos tenme en cuenta el tenaz deseo y la feroz voluntad que me han separado de la tierra para ganar el cielo: tu leerás en el fondo de mi alma esta pasión ardiente que me devoraba por tí y que tan altamente se expresa en un alma acosada de otras pasiones terribles. Tú me perdonarás la falta de luz y de sabiduría y no pesarás más ' que mis sacrificios y mis intenciones, y si he

llevado esta cruz hasta la hora de mi muerte, me darás mi parte en la paz del reposo eterno.

— ¿Hay reposo en el sistema del universo? dijo Stenio ¿Esperáis ser bastante grande para que Dios cree para vos solo un universo nuevo? ¿Creéis que haya en el cielo ángeles ociosos y virtudes inertes? ¿Sabéis que todos los poderes son activos y que a no ser Dios no llegareis jamás a la ciencia inmutable é infinita? Si, Dios os bendecirá, Magnus, y los santos cantarán vuestras alabanzas en el cielo acompañándose con arpas de oro. Cuando hayáis presentado intacta y virgen a los pies del Altísimo el alma escogida que aquí en el suelo os ha confiado y le digáis: « Señor, vos me disteis la fuerza, la he conservado y está aquí que os la devuelvo, dádme la paz por eterna recompensa;» Dios responderá al alma prosternada. «Bien, hija mía, entra en el cielo y toma parte en mis falanges gloriosas. De aquí en adelante te confiaré nobles trabajos: guiarás el carro de la luna por las llanuras etéreas, conducirás el rayo por las nubes, encadenarás las corrientes de los ríos, irás en alas de la tempestad, la cual harás brincar como una yegua relinchadora, y mandarás a las estrellas. Como substancia divina estarás en los elementos, tratarás con las almas de los hombres, tendrás de mí a tus antiguos hermanos sublimes mensajes, llenarás la tierra y el cielo, verás mi rostro y hablarás conmigo.» Esto es hermoso, Magnus, y la poesía rebosa en estas sublimes aberraciones; pero aún cuando fuese así, yo no lo quisiera. Yo no soy bastante grande para ser ambicioso, ni bastante fuerte para querer un empleo ni aquí abajo ni allá arriba a vuestro gigantesco orgullo le conviene aspirar a las glorias de otra vida y yo no quisiera un trono elevado sobre todas las naciones de la tierra. Si dudase de la bondad divina de tal manera que ya no me quedase más esperanza que la nuda para la cual he sido hecho, pediríale ser yerba del campo que se pisa y no se sonroja, mármol que el cincel trabaja y no vierte sangre, ó árbol que el viento fatiga y no lo siente. Pediríale la más inerte y oscura de las existencias, y hallaría demasiado exigente si me condenaba a revivir en la gelatinosa substancia de un molusco. Por esto no trabajo para merecer el cielo, pues no lo quiero porque temo sus alegrías, conciertos, éxtasis y triunfos. Si temo todo lo que puedo concebir en idea, ¿cómo he de desear más que acabar con todo? Y sin embargo estoy más contento que vos, padre, porque me voy sin inquietud y sin espanto a la eterna noche, mientras vos os acercáis turbado y temblando al tribunal supremo en donde van a recomenzar por toda una de-

nudad vuestros sufrimientos y fatigas. No soy envidioso, y por esto, aunque admiro vuestro destino prefiero el alio.

Espantado Magnus de las cosas que oía y no sintiéndose con fuerza para responder, se volvió a Tremmor, y estrechando con sus dos manos la del hombre prudente pareció pedirle con sus ojos llenos de ansiedad el apoyo de su fuerza.

— ¡No os turbéis, hermano mío! dijo Tremmor, no alteren los sufrimientos de esa alma herida la confianza de la vuestra. No os canséis de trabajar, y bórrese la tentación de la nada como una engañosa caricia. Más os costaría ser incrédulo que el guardar el tesoro de la fe. No le escuchéis, porque se miente a sí mismo y teme las cosas que afirma, muy lejos de deseadas. Tú, Stenio, trabajas en vano para extinguir en tí la sagrada antorcha de la inteligencia, pues a cada esfuerzo que haces se reanima más viva y hermosa su llama. a pesar tuyo aspiras al cielo y tu alma de poeta no puede olvidar el doloroso recuerdo de su patria. Cuando Dios al llamarla de su destierro la haya purificado de sus manchas y curado de sus males, se prosternará con amor y le dará gracias de haber hecho resplandecer para ella su eterna luz, y verá borrarse hácia atrás como una nube el sueño espantoso y sombrío de la vida humana, admirándose de haber atravesado las tinieblas sin pensar en Dios y sin esperar la hora de despertar. «¿En dónde estabas, Dios mío, dirá, ¿y qué era de mí en aquel rápido torbellino que me arrebató? Pero Dios la consolará y someterá a otras pruebas, porque ella misma las pedirá con instancia. Feliz y orgulloso de haber recobrado la voluntad, querrá hacer uso de ella y se admirará de haber abdicado su corona de estrellas, y demandará su empleo que recibirá brillante entre las celestiales esencias; porque Dios es bueno, y acaso no expone a duras pruebas más que a sus elegidos para hacerles luego más precioso el empleo del poder. Ve, la más divina facultad del alma, que es el deseo, no esta más que dormida en tí, Stenio. Deja que recobre tu cuerpo algún vigor y da a tu sangre algunos días de reposo, y sentirás despertarse ese ardor santo del corazón, y esa aspiración infinita de la inteligencia por la cual el hombre es hombre y digno en la tierra de sobrepujar las desgracias de su propia vida.

— Un hombre es hombre, dijo Stenio, mientras puede dominar a un caballo y resistir a su manceba. ¿Qué más hermoso empleo de la fuerza veis que haya dado el cielo a criaturas tan mezquinas como nosotros? SI el hombre es capaz de cierta grandeza moral, consiste en no creer ni temer nada. El

que se prosterna a toda hora ante la cólera de un Dios vengador, no es más que un esclavo servil que teme los castigos de otra vida. El que se hace un ídolo de no sé que ilusión de voluntad ante la cual se extinguen y estrellan todos sus caprichos, no es más que un cobarde que teme verse arrastrado por sus fantasías y hallar sufrimiento en sus placeres. El hombre fuerte nóteme A Dios, ni a los hombres, ni a sí mismo, y acepta todas las consecuencias de sus inclinaciones buenas ó malas. El desprecio del vulgo, la desconfianza de los necios, la crítica de los rigoristas, la fatiga y la miseria no tienen más imperio sobre su alma que la fiebre y las deudas. El vino le exalta, pero no le embriaga; la mujeres le divierten, más no le gobiernan; la gloria lo halaga, pero él la trata como a las prostitutas y la echa de sí después de haberla estrechado y poseído; porque desprecia todo lo que los demás temen ó veneran. Puede atravesar por en medio de las llamas sin dejar las alas como una ciega mariposa, y sin quedar reducido a cenizas ante la antorcha de la razón. Efímero y débil como aquella, déjase arrebatar por todas las brisas, chupa todas las llores y gózase en todas las luces. Pero la incredulidad le preserva de todo, y el viento de la inconstancia se lo lleva consigo y le salva de todo: de vanos meteoros hoy, engañosas ilusiones de la noche, del sol deslumbrador mañana, triste de lator de todas las miserias y fealdades humanas. El hombre fuerte no se procura seguridad alguna para el porvenir y no le espanta ningún riesgo presente, porque sabe que todas sus esperanzas están contenidas en un libro cuyas hojas vuelve el viento, que todos los proyectos del saber están escritos sobre arena y que no hay más que una virtud en el mundo, una sabiduría y una fuerza, que consiste en esperar las olas y en mantenerse firme cuando nos inundan, en nadar cuando se nos llevan, y en cruzar los brazos y morir cuando nos sumergen. El hombre fuerte, según mi modo de ver, es también el hombre cuerdo y prudente, porque simplifica el sistema de sus goces, estrechándolos y quitándoles errores, vanidades y preocupaciones. Sus goces son positivos, reales y personales, y su divinidad sencilla y bella, cínica y casta. Por él desnuda y pisotea los vanos adornos que la cubrían; pero más fiel y más sincero que los hipócritas doctores de su templo, postra la rodilla ante ella a todas horas despreciando los vanos anatemas de un mundo tan estúpido. Es mártir de su fe y vive y sufre por ella, y por ella y para ella muere negando ó insultando a ese otro dios que vosotros adoráis. El hombre que saca la espada para conjurar la tempestad es un impío y temerario, pero más audaz y más grande que el Dios que dispara los rayos. Yo fuera capaz de ello, y vos, Magnus,



no. Tremmor que nos está oyendo, y es (no os alucinéis), mi padre, mas filósofo que cristiano, más estoico que religioso y más amante de la fuerza que de la fe, y de la perseverancia que del arrepentimiento, Tremmor, en una palabra, que puede y debe estimarse más que vos, padre mío, puede ser juez entre nosotros y ver quién de los dos ha defendido y conservado mejor la más alta de las facultades, que es la energía.

— No seré juez entre vosotros, dijo Tremmor, porque el cielo os ha concedido cualidades diversas, Aunque en hermosa abundancia entrambos. Magnus fue dolado de una grande persistencia en sus ideas, y si queréis hacer abstracción de las vuestras, Stenio, para contemplar seriamente el hermoso espectáculo de una voluntad victoriosa, os admiraría la vista de ese monje que ha sido enamorado é impío, y está ahora tranquilo, fervoroso y sumiso al rigor de las costumbres cenobíticas. ¿De dónde ha sacado la fuerza de resistir tan largo tiempo a esas espantosas luchas y de levantarse después de verse quebrantado y maldito? ¿Es ese el mismo hombre que oísteis negar a Dios en la cabecera de Lelia moribunda? ¿Es el mismo que visteis correr perdido por la montaña? No; es un hombre nuevo, y su alma es sin embargo la misma alma borrascosa y ardiente, y sus sentidos aquellos mismos sentidos fogosos, terribles, nuevos siempre, y siempre vírgenes, y el mismo su deseo, intenso siempre y nunca satisfecho, perdiéndose a pesar suyo en busca de las cosas humanas, pero volviendo siempre a Dios por la reacción de un vigor inconcebible y de un foco de esperanza sublime. ¡Ópndre mío! Verdad es que no profesamos el mismo culto y que invocamos a Dios en diferentes ritos, ¡pero no por esto sois a mis ojos menos santo y grande! Vos habéis combatido y levantádoos de debajo de los pies de vuestro enemigo, y combatís aún valiente infatigable lleno de heridas y cubierto de sudor y de sangre; pero decidido a morir con las armas en la mano. Continuad en nombre de Jesús y en nombre de Sócrates: los mártires de todas las religiones y los héroes de todos los tiempos os miran

y desde el cielo aplauden vuestros esfuerzos. — Pero tú, Stenio, niño que naciste con una estrella en la frente y hermoso como diz que son hermosos los ángeles; tú que tienes una voz más melodiosa que las voces de la noche cuando suspiran sobre las eolias arpas, tú cuyo genio prometía al mundo una nueva juventud, toda amor y poesía, porque los cantores y los poetas son profetas enviados ó los hombres para reanimar los espíritus enervados y para refrescar sus frentes enardecidas; tú, Stenio, que en tus años juveniles

andabas revestido de gracia y de fuerza como con un vestido sin mancha y una aureola luminosa, no me espantas por tu destino ni puedo desesperar de tu porvenir. Tú sufras como Magnus la grande prueba y la terrible agonía reservada a los poderosos; pero Cambien te levantarás en esta vida como él. Luchas todavía, y sangriento aún del tormento desconoces la mano que te prueba; pero estrella oscurecida ahora, verémoste luego brillar más blanca y más hermosa en la bóveda de los cielos.

— ¿Y qué habré de hacer para esto, Tremmor? preguntó Stenio.

— Reposar y nada mas, respondió Tremmor, porque la naturaleza es buena para los que se parecen a tí. Será menester dar a tus nervios tiempo de calmarse, y a tu cerebro descanso para recibir nuevas impresiones. Extinguir los deseos por medio de la fatiga, puede ser una cosa buena; pero excitar los deseos apagados y mimarlos como a los caballos cansados, imponerse sufrimientos an lugar de no rechazarlos, buscar más allá de las propias fuerzas goces más intensos y placeres más agudos de lo que permite la realidad, y recorrer en una hora sensaciones de toda una vida es el mejor medio de perder lo pasado y lo futuro, lo primero por el desprecio de sus tímidos goces, y lo segundo por la imposibilidad de alcanzarlo desde luego....

La prudencia y la convicción de Tremmor no podían nada sobre la profunda herida que vertía sangre en el corazón jóven poda. También él habia mamado al entrar en la vida la emponzoñada leche del escepticismo de que está abrasada la actual generación. Ciego y presuntuoso, había creído al salir de la adolescencia estar revestido de un poder celestial, y porque su inteligencia sabia dar hermosas formas a todas sus impresiones, habíase lisonjeado de pasar la vida sin luchar y sin caer. Pero no habia comprendido ni podido comprender a Lelia, y esta era la causa de todos los reveses que debían arrastrarle. El cielo que no les habia hecho el uno para el otro habia dado a Lelia demasiado orgullo para revelarse y a Stenio sobrado amor propio para adivinarla. No habia querido entender que era preciso merecer el afecto de aquella mujer por medio de nobles acciones, de piadosos sacrificios y de paciencia, sobre todo, que es jamás grande prueba de estimación y el más honroso homenaje a que tenga derecho un alma altiva. Stenio no pudo menos de reconocerla superioridad de Lelia entre todas las mujeres que habia conocido; pero nunca habia pensado en la igualdad del hombre y de la mujer en los designios de la Providencia, y como solo veía el estado de los días presentes y no podía admitir que la mujer tuviese ya un derecho

suficiente a esta igualdad social, no podía conceder tampoco que algunas mujeres, nobles y dolo rosas excepciones, tuviesen derecho de excepción en el seno de la sociedad existente. Tal vez lo hubiera comprendido si Lelia hubiese podido explicárselo, pero Lelia no podía porque no había hallado la clave de su propio destino, pues a pesar de todo su orgullo tenía un fondo de sencilla modestia que no la dejaba comprender la necesidad de su aislamiento. Aunque hubiese tenido bastante fe en sí misma para conocer y decirse que su misión era andar sola y no obedecer a nadie, el grito de indignación y de odio levantado en torno suyo por tan audaz pretensión habría helado tal vez su ánimo. Esto fue lo que le sucedió cuando Stenio no queriendo comprender el pudor sublime de aquel sentimiento de independencia, heroico a ia vez y tímido, y tomando por desprecio la reserva de Lelia, la abandonó maldiciéndola. Entonces Lelia se alegró

de haber descorrido el velo de su orgullo y de no haber expuesto al escarnio de un niño el instinto profético que fermentaba en su corazón. Replegóse en si misma y buscó en su orgullo un legítimo Aunque amargo consuelo. Herida profundamente de no haber podido ser adivinada, y viendo por la conducta ulterior de Stenio que del amor solo comprendía el fácil placer de la posesión, pronunció a su vez un anatema irrevocable sobre el orgullo insensato del hombre y determinó suicidarse socialmente, consagrándose a un celibato eterno.

El mismo Tremmor no podía comprender bien el infortunio sin remedio de aquella mujer nacida tal vez cien años demasiado pronto. Habían llenado su vida preocupaciones personales no menos graves, y como Lelia había alcanzado en revelación el porvenir de la mujer por el sentimiento de su desventura individual, Tremmor adivinó el porvenir del hombre por su propia miseria. Sus miradas abrazaban parla del horizonte porque no podían abarcarlo por entero y decía con frecuencia a Lelia y no sin razón, que antes de redimir a la mujer debía libertarse el hombre, porque los esclavos no podían librar y rehabilitar esclavos, siendo imposible hacer comprender la dignidad de otro al que no comprende la suya propia. Tremmor trabajaba con esperanza, pues sus pasadas faltas le daban la humilde paciencia y la fe perseverante de un mártir. Lelia, inocente de los males que sufría, no podía tener la misma abnegación, y desolada víctima, lloraba como la hija de Jephté, su juventud, su belleza y su amor sacrificado a un voto bárbaro y a una fuerza insensata.

Cuando la noche cubrió el valle, Tremmor guio a Stenio por entre barrancas hasta el camino que debía llevarle a la ciudad, y mientras andaba procuró sondear de nuevo su herida y aliviarla vertiendo en ella el bálsamo de la esperanza. Había hecho prometerá Lelia que concedería por virtud lo que no había concedido por inclinación, perdón al arrepentimiento y recompensa a la penitencia, y así se esforzó de hacer entenderá Stenio que aún podía merecer y alcanzar a la que tanto había amado. Pero ya era demasiado tarde, y desgraciadamente para Stenio, encadenado Tremmor a los deberes de su austera misión no había podido arrancarle a tiempo de los funestos brazos de las pasiones brutales; pero Aunque lo hubiese hecho a tiempo, Stenio hubiera vuelto a caer en el mismo abismo, porque era hijo de su siglo, y no había penetrado en su alma ningún principio seguro, ni fe ninguna profunda. Flor abierta al soplo de los vientos caprichosos se había vuelto a oriente y a poniente, según el hálito de la brisa, buscando en todas partes sol y vida, incapaz de resistir al frío y de luchar con la tormenta. Ávido de lo ideal y no conociendo sus caminos, Stenio había aspirado la poesía é imaginándose tener una religión, una moral y una filosofía; pero no había calculado que la poesía no es más que una forma y una expresión de la vida en nosotros, y que en donde no exprime ni votos ni convicciones no es más que un adorno frívolo y un instrumento sonoro. Había doblado largo tiempo la rodilla ante los altares del Cristo, porque encontraba delicia en los ritos establecidos por sus padres; pero cuando le fueron abiertos los retretes de las cortesanas, le hicieron olvidar el incienso de los templos los perfumes voluptuosos del lujo, y la hermosura profana de tais le pareció digna de sus homenajes, lo mismo que la celestial belleza de María.

Chocaba esto con Ja fuerza enérgica de Tremmor que no creía en el abatimiento completo del alma, y que hallaba en el loado de todos los infortunios espíritu para nueva vida y germen para fertilizarla. Por esto al oír a Stenio imprecando continuo en el abismo de su ruina moral y repeler toda luz de esperanza y reanimación sintióse arrastrado de su fervoroso entusiasmo y dijo:

— Oprobio y vergüenza sobre el hombre que se esfuerza para disipar el aroma del alma, oprobio y vergüenza sobre el hombre débil que en vez de esforzarse para volar, destruye su fe, y arranca en el cieno de su degradación las últimas plumas de las alas al águila salvadora que puede remontarlo al olimpo de la nueva vida. ¿Eres tú Stenio, el que así habla?

¿Eres tú el que me representabas la personificación de la juventud, gloriosa hija de la Providencia y madre de la libertad? ¿Crees que basta el vulgar y común valor de dar la vida para el triunfo de nuestra causa sacrosanta?

Mostrando esa mezquina audacia fuerais semejantes a los gladiadores antiguos que vertían su sangre por vil precio de perecedera é ignominiosa gloria en la arena de los circos romanos. ¿Os contentareis de que la posteridad escriba en vuestra tumba: — Supieron morir, pero no habrían sabido vivir ni un solo día? — En lo más arduo está nuestra victoria, porque en ello estriba nuestra doctrina. ¿Qué le deberá, Stenio, nuestra causa si la sirves solamente como un instrumento de defensa brutal, y ahogando la voz? que a tu pesar ha de clamar dentro de tu pecho desperdicias el mérito de tus penas, que fuera ejemplo de resignación a desgracias como la luya, ¿y esperanza de almas acongojadas la aureola de tu triunfo? ¡Stenio!...

— No me increpéis, Tremmor, que no es sazón y caso para recibir vuestra acusación. ¿Qué podéis decirme? Me confiasteis un secreto, lo he guardado; me pedisteis un juramento, lo he prestado; me impusisteis una obligación y también la he cumplido. Juré serviros, Tremmor, he sido y estoy dispuesto a ser vuestro servidor del uno al otro cabo del mundo; pero no pretendáis convertirme en discípulo. Vi reunirse de todas las naciones hombres convocados para defender la causa cuya bandera enarbolasteis, y yo oyendo el grito de mi honor, di también mi nombre y me apresté para el combate para que no me enviaseis la rueca de que Creéis dignos a los flacos y desconfiados. No quise tampoco mantenerme indiferente, porque sé que la indiferencia se hace comparecer ante vuestro terrible tribunal y la condenáis reputándola cobardía, y yo no he tenido bastante filosofía para pasar por tal sentencia. Vi marchar la juventud toda y todos los valientes de mi país, y levantándome enfermo y quebrantado como estaba presentóme en un circo ensangrentado. ¿Pero qué espectáculo se me presentó, Dios mío, ¿para curarme, consolarme y enseñarme la confianza y la fe en vuestras teorías? La flor de los hombres de mi tiempo segada por la venganza brutal del más fuerte, la boca inmunda de los calabozos abierta para tragar a los que no habia alcanzado el cañón ó la cuchilla, sentencias de proscripción contra todo lo que era simpático a nuestra empresa, paralizados todos los afectos, sofocadas las inteligencias todas, trastornados los ánimos y aplastadas las voluntades. ¡Y a esto llamáis obra regeneradora, saludable enseñanza y simiente echada sobre la tierra prometida! Yo no he visto masque una obra de muerte, un ejemplo de impotencia ¡y los últimos granos de una simpleza

preciosa echados al viento sobre rocas y entre espinas! ¡Y me acrimináis porque estoy abatido y disgustado después de esta catástrofe ¡Vosotros no queréis que yo lllore las víctimas y que me siente consternado al borde de la fosa en donde quisiera estar echado para dormir el sueño eterno al lado del pálido Edmeo!

— ¡Tú no eres digno de pronunciar ese nombre ¡exclamó Tremmor cuyo rostro quedó luego inundado en lágrimas. ¡Infeliz declamador que lo pronuncias con los ojos enjutos! ¡No piensas más que en justificar tu impía duda, y en ese cadáver tendido en la huesa no ves más que un objeto de horror de que quisieras librarte! ¡Ah! tú no has comprendido esa alma sublime, puesto que quieres desheredarla de su herencia inmortal, ni has comprendido tampoco su angelical misión sobre la tierra, puesto que dudas de los frutos que tal ejemplo debe producir. ¡Ó justicia de Dios, no escuches sus blasfemias ¡¡O habitante del cielo, ó hijo mío Edmeo, dichoso tú, dichoso tú que no le oyes!

Valmarina se dejó caer de rodillas al suelo, y recordando a Edmeo de la manera más dolorosa, cruzó sus manos con fuerza sobre su ancho pecho para contener sus sollozos. Hubiérase dicho que quería retener en su corazón su trastornada por la blasfemia, y que sostenía una agonía terrible como el Cristo con el cáliz de amargura.

Stenio lloraba también porque era bueno y sensible, pero daba a sus lágrimas más precio del que merecían, pues eran lágrimas de poeta que corrían fácilmente y lavaban blandamente la huella de sus dolores, y no comprendíalas de aquel hombre fuerte y generoso que no podían aliviarle y volvían a caer sobre su corazón como una lluvia de fuego. No sabía que los dolores combatidos y comprimidos por la fuerza son más vivos y devoradores que aquellos a que se da libre curso; pero el destino de Stenio era negar lo que no conocía, y creyó que Tremmor se sonrojaba de un momento de lástima y que en medio de su feroz heroísmo inmolaba en su corazón el recuerdo de Edmeo como esto había inmolado su vida en el combate. Alejóse pues triste, descontento y desgraciado también, porque tenía nobles instintos y su alma estaba hecha para nobles creencias.... a media noche entró en el salón de Pulquería que estaba sola delante de su tocador meditabunda y melancólica. Al ver que Stenio, que ella había creído muerto, aparecía detrás de ella dentro del espejo, creyó ver un espectro, lanzó un agudo grito y cayó en el suelo desmayada.

— ¡Digna acogida ¡dijo Stenio, y echóse en un sofá sin pensar en levantarla y se durmió lleno de fatiga, mientras las criadas de Pulquería procuraban volverla en sí.

## LI.

No te espantes de hallarte solo, porque  
tu aislamiento te hace grande.

Juan Reynaud.

— ¿Tú, querida mia, dices qué tu hermana ha muerto? ¿De qué hermana hablas? ¿has tenido tu alguna hermana?

— Stenio, respondió Pulquería, ¡es posible qué recibas con tanta indiferencia esta noticia! ¡Te digo que Lelia no existe y haces como que no me comprendes!

— Lelia no ha muerto, dijo Stenio meneando la cabeza. ¿Acaso pueden morir los muertos?

— Desgraciado, no aumentes mi dolor con tu sarcasmo, respondió Zinzolina. MI hermana ha muerto, yo asía lo menos lo creo y todo me lo hace creer, y Aunque era altanera y fría, como tú lo eres con frecuencia siguiendo su ejemplo, Stenio, era un gran corazón y un espíritu generoso. No fue indulgente conmigo en otro tiempo; pero cuando la hallé el año pasado en el baile del príncipe de Bambucci, parecía ver la vida más cuerdamente, cansábase de su soledad, y ya no se admiraba de que yo hubiese tomado un camino opuesto al suyo.

— Yo os felicito a entrambas, respondió Stenio con seria ironía. Vuestros corazones eran hechos para comprenderse, y fue lástima que no durase más largo tiempo tan hermosa armonía. ¡Con qué la hermosa Lelia ha muerto!

Consuélate prenda mia, que esto no es cierto: ayer hablé con uno que está relacionado con Lelia, y creo que a Ja hora presente tiene más ganas de vivir de las que convienen a una persona de tan grande carácter.

— ¿Qué quieres decir con esto? exclamó Pulquería. ¿Tienes noticias de Lelia? ¿sabes en dónde está? ¿sabes lo que se ha hecho?

— Tengo en efecto noticias interesantes, dijo Stenio con soberbia negligencia. Desde luego no sé en donde está, pues no se han dignado decírmelo, tal vez porque yo no me he cuidado de preguntarlo. En cuanto a lo que ha sido de ella, pienso que estará ya cansada de su papel magestuoso y que no le pesaría que pasase yo cuidado de ella.

— ¡Cállate Stenio! exclamó Pulquería, eres un fatuo.... Ella no te ha amado jamás. Aunque no aseguraría, añadió luego después de un instante de silencio, que sus desdénos no encerrasen una especie de amor a su manera. Nadie me

quitará de la cabeza que mi triunfo sobre ella con respeto a tino la haya herido profundamente, porque no sea que venía marcharse sin decirme adiós. ¿Cómo no haberme enviado un recuerdo en todo mi año, cuando parecía tan contenta de haberme vuelto a hallar? Mira, Stenio, ahora que me tranquilizas y consuelas diciéndome que aún vive, voy ¿decirte lo que pensé cuando desapareció de aquella manera tan extraña.

— ¿Extraña? ¿y eso por qué? Nada de lo que hace Lelia debe causar admiración, porque si sus actos difieren de los de los demás también se diferencia de las otras su alma. Se va de repente, sin decir nada a nadie, ¡sin despedirse de su hermana y sin hablar ni una palabra siquiera al que ella suponía amar como a su hijo; ¿eso que tiene que ver? Su generoso corazón no se acuerda de nadie, y su grande alma no conoce ni la amistad, ni los lazos de la sangre, ni la indulgencia, ni la justicia.

— ¡Ah! Stenio, ¡cómo amáis todavía a esa mujer de quien decís tanto mal! ¡Cómo deseáis hallarla otra vez!

Stenio levantó los hombros y sin dignarse deshacerla sospecha de Pulquería, añadió. Vamosá ver, respetable dama, que pensamiento es ese de que me hablabais poco ha.

— Pues bien, contestó Pulquería, yo he pensado, y otros también antes que yo, que arrebatada por un acceso de desesperación y huyendo de impro-



viso de las fiestas de la «¡Ha Bambucci, habia ido á...

— ¡A echarse al mar como una nueva Safo! exclamó Stenio con una risa burlona. Pues yo me alegrara de ello porque así a lo menos habría sido mujer una vez en su vida.

— ¡Conque sangre fría recibís esa idea! dijo Pulquería espantada. ¿Estáis bien seguro de que Lelia vive? ¿Estaba bien seguro de ello el que os lo ha dicho? Escuchad, vos no sabéis los detalles de su fuga. Se han ignorado mucho tiempo, porque en la casa de Lelia todo es mudo, grave y desconfiado como ella, pero al fin a fuerza de esperar, sus azorados servidores empezaron a buscarla, a confiar sus inquietudes y por último a contar lo que había pasado. Escucha y juzga.... La tercera noche de las fiestas en casa del príncipe Bambucci cenaste tú conmigo, bien te acuerdas, y al mismo tiempo se presentó en el baile más hermosa, tranquila y engalanada que nunca, según dicen. Sin duda pensaba hallarle allí; pero no lo alcanzó. Pues bien, aquella noche Lelia ya no volvió a su casa, y nadie la ha vuelto ó ver ya mas.

— ¡Cómo! ¿y se fue sola y engalanada de aquel modo por los campos? preguntó Stenio: vuestro cuento no es verosímil, querida, pues necesariamente debió haber en el baile algún galan caballero que la acompañase.

— ¡No, Stenio, no! nadie la acompañó y no se ha sabido más de ella. Sus servidores la esperan, su palacio está abierto a toda hora y su camarera vela junto al hogar; sus caballos patean en los establos y el ruido que hacen es el único que interrumpe el silencio de aquella casa; su mayordomo cobra las rentas y amontona el oro en las arcas sin que nadie le pida cuenta ni le diga que ha de hacer del dinero; los perros aúllan en los patios como si viesan pasar espectros, y cuando un extranjero llega a la puerta, le salen al encuentro los criados y le interrogan como si fuese un mensajero de muerte,

— Todo esto es muy romántico, dijo Stenio; poseáis en verdad el estilo moderno, amiga mia. ¿Pulquería, te haces acaso literata? a estas horas Lelia llama la atención general en algún concierto de Londres ó juega negligentemente con su abanico en alguna tertulia de Madrid; pero estoy seguro de que no sabe hacer mejor que tú los gestos de inspirada ni habla más bien la byrónica jerga.

— ¿Sabes en donde se ha hallado este brazalete? preguntó Pulquería enseñándole a Stenio uno de oro cincelado que él había visto muchas veces en el brazo de Lelia.

— ¡En el buche de algún pez! respondió Stenio continuando la zumba.

— En la Punta-di-Oro: un cazador lo trajo el día siguiente de la desaparición de Lelia, y la camarera asegura que ella misma la cerró con él el brazo para ir a la última fiesta de la villa Bambucci.

Stenio fijó los ojos en el brazalete, el cual se había roto a un movimiento impetuoso de Lelia., la noche que pasó discutiendo con Tremmor en una de las cimás de la montaña. Semejante fractura hizo alguna impresión en Stenio, porque en una de las caprichosas correrías de Lelia por el desierto podía haber sido asesinada, y aquella joya haber caído del cinto de algún bandido. Apoderáronse del espíritu de Stenio conjeturas siniestras, y por una de esas reacciones inesperadas a que están sujetas las organizaciones agitadas, cayó en una tristeza profunda y pasó maquinalmente el brazo por el anillo roto de oro. Luego se paseó por los jardines y volvió al cabo de un cuarto de hora a recitar a Pulquería el siguiente soneto que acababa de componer.

A UN BRAZALETE HOTO <sup>[3]</sup>.

«Quedémonos unidos: no nos separemos puesto que hemos tenido una suerte igual: tú, círculo de oro, fuiste emblema de la eternidad; yo, corazón de poeta, reflejo de lo infinito.»

«Hemos tenido la misma suerte, y estamos quebrantados los dos; cálate ahí hecho emblema de la fidelidad de la mujer, como yo me he vuelto ejemplo de la dicha del hombre.»

«¡Ambos éramos dos juguetes para la que se ponía el arco de oro en el brazo y el corazón del poeta bajo los pies»!

" Tu pureza está empañada y lejos de mí mi juventud permanezcamos unidos, Aunque no seamos más que restos,  
puesto que fuimos quebrantados un mismo día.»

Zinzolina hizo del soneto elogios exagerados, porque sabía que este era el mejor modo de consolar a Stenio, y Aunque ella era siempre la primera

de entristecerse! y la primera que se cansaba de estar triste, ligera como era, comenzó a comprender que el poeta se habia afligido ya bastante.

— ¿Sabes, le dijo al acabar de cenar, que gran noticia corre? La princesa Claudia se retira en las Camaldulenses.

— ¡Cómo! ¿la pequeña Bambucci? ¿Va a hacer la primera comunión?

— ¡Oh! respondió Pulquería, la duquesita ha recibido ya todos los sacramentos, y esto lo sabes tú mejor que nadie, pues fuiste su confesor en la última estación.

— Sé que mancilló sus piesecitos pasando por tu jardín y subiendo la escalera de tu casino; pero bastábale mudar de zapatos para purificarse; más juro por el alma de su madre (porque no quiero jurar por la de la mía en esta mesa), que aquel día no tuvo otra mancilla. Pero como yo no la habia visto antes ni la he vuelto a ver después, si acaso ha cometido alguna falta que necesite el retiro, me recuso, porque yo no he robado ni una hoja siquiera al árbol genealógico de los Bambucci.

— No se trata de fallas, respondió Pulquería, sino de desesperación, de amor ó de inclinación contrariada como til quieras entenderlo. Unos dicen que se ha vuelto exaltadamente devota, y otros que ha adoptado este medio para librarse de la persecución de un viejo duque que se quería casar con ella. Solo yo sé de quien hubiera querido ser amada la jóven princesa.... y si debo decirlo todo, como entró en el convento el mismo dia de tu partida, es decir el mismo dia de su entrevista contigo, recelóme que se debió descubrirse su salida del palacio, y que sus parientes la habrán encerrado para tenerla más segura en el claustro.

— ¡Si esto hay, exclamó Stenio dando un golpe sobre la mesa, yo la robo! ¡ó por mejor decir en vez de robarla la seduzco! Caiga esta desgracia sobre la cabeza de sus parientes. Yo habia respetado la inocencia de la pequeña Claudia, y no sabría respetar el orgullo de su familia.... sí.... capaz soy de casarme con ella para que les pese su alianza con un poeta.... ¿pero con qué lañaría yo vivir?... ¡No, el cielo la reserva un noble esposo! Suceda lo que sucediere debe ser princesa con singular ejemplo de la corte y de la ciudad. Así, puesto que se ha de cumplir para ella esta condición suprema, ¡aproveche su juventud y las ventajas propias de su clase ¡pero se conservará intacta esa llore la sombra de un claustro, para ir a adornar el escudo

lleno de orin de un rancio caballero y a marchitarse con sus feas caricias? No será que tarde ó temprano algún discreto paje ó un hábil confesor... ¡Tal vez ya... ¡Oh! ¡el ermitaño Magnus ha buscado su Tebaida bien cerca de las Camaldulenses!.... SI yo lo creyese, desde luego.... Perdona, Pulquería, me ocurren mil locas ideas. Quizá me has hecho beber demasiada malvasia; pero no ha de pasar esta noche sin que me arriesgue en alguna buena aventura. Vamos a ver. Disfrazóme de sonora é invocaremos al conde de Ory de gloriosa memoria. ¿No estamos en carnaval?

— No penséis en semejante locura, dijo azorada la Zinzolina, la menor imprudencia puede originar sospechas contra vos, y los Bambucci son omnipotentes en este pedazo de tierra que ellos ¡laman su Estado. El príncipe en vez de seguir las huellas de su amable y epicúreo padre, es un feroz beato que corteja al papa en vez de festejar a las mujeres. SI él te creyese capaz solamente de pensar en su hermana, ten por seguro que te mandarla prender enseguida. Ahora no estás bien aquí, Stenio, ni tienes seguridad en parte alguna bajo nuestro hermoso cielo; ya te he dicho que has de irte hacia el norte para eludir las sospechas que has inspirado.

Déjame estar Zinzolina, dijo Stenio mal humorado, y guarda tus consideraciones políticas para un día en que el vino

me Jé sueñe: hoy me da gana de aventuras y quiero ser tan héroe de novela como el primero, una vez a lo menos en mi vida.

— ¡Stenio! ¡Stenio! dijo Pulquería esforzándose en retenerle... ¿piensas que se tardará mucho en saber porque te marchaste ha tres meses tan súbitamente? Ya ves que ni a mí misma puedes ocultármelo porque ya sé que fuiste a unirle con los insensatos que quisieron....

— ¡Basta, señora, basta ¡dijo Stenio bruscamente, ya me cansáis con tantas palabras y preguntas!

— Ninguna te he hecho; pero esa cicatriz fresca todavía en tu frente, esa otra de la mano.... ¡Ah! infeliz mancebo, no deseabas más que morir. El cielo no lo quiso; respeta pues su voluntad...y no vayas ahora tan alegre....

Stenio ya no la oía, pues se hallaba en el peristilo del palacio, no pensando más que en el proyecto temerario que ocupaba su imaginación.

— Te pido perdón, ó moral, exclamaba divagando por las avenidas cercanas a las murallas de la ciudad; ¡ó virtud! ¡ó piedad! o grandes principios

con que han especulado los intrigantes en perjuicio de los necios ¡os pido perdón si voy a arrostrar todos vuestros anatemas. Habéis hecho amable el vicio, y por medio de vuestros rigores habéis procurado despertar nuestros sentidos fatigados y aguijar por el atractivo del misterio y del peligro nuestras amortiguadas pasiones. ¡Ó intriga! ¡ó hipocresía! ¡ó venalidad! vosotras queréis traficar con la juventud y la hermosura, y, como reináis sobre el universo, estáis seguras de alcanzar vuestros fines. Nos decíais la guerra y nos forzáis al crimen a nosotros que tenemos derechos naturales sobre los tesoros que nos robáis. Pues bien suceda con la moral lo que con los azares de la guerra. No será solo vuestro el poder de marchitar la inocencia y gastar la dicha, porque todos ponemos nuestra parte en la balanza y la belleza debo escoger entre nosotros; pero nos acepta a unos y otros, para conocer por nosotros el placer y por vosotras la riqueza.

¡Ó sociedad, recaigan los epímones sobre tí, sobre ti sola que nos colocas entre el desprecio de las leyes, la opresión de tus privilegiados y el envilecimiento de tus víctimas.

Inquieta Pulquería se asomó al balcón y siguió con la vista durante largo rato el fuego de su cigarro, que se alejaba rápidamente formando líneas caprichosas en las tinieblas, hasta que su roja brasa se extinguió en la oscuridad y dejó de oírse a lo lejos el ruido de sus pasos, pues entonces se quedó impresionada por un siniestro presentimiento, pareciéndola que ya no debía ver más a Stenio; miró largo rato el puñal que había olvidado sobre la mesa y ocultóle precipitadamente. Aquel puñal estaba revestido de emblemas misteriosos. Signos de alianza para los que lo llevaban. Acababan de llamar a la puerta del cuarto, y Pulquería por el tímido tañido de la campanilla y por el crujir de un vestido de seda conoció que era la visita de un prelado.

---

[3]. En el original está también en prosa el presente soneto, y Aunque el traductor lo habría querido poner en verso español, ha respetado la razón ó el antojo que haya tenido Jorge Sand para hacer un sánelo en prosa.

## LII.

### EL ESPECTRO.

Una noche le ha bastado a Stenio para explorar y hacerse familiares las cercanías del monasterio, el escarpado sendero que va desde el terrado a la cumbre de la montaña, sendero peligroso que solo pudiera trepar sin estremecerse un libertino desenfrenado ó un apasionado amante, y el otro camino no menos peligroso que saliendo del cementerio se interna por las movedizas arenas de la barranca Stenio ha corrompido ya a una de las torneras, y la jóven Claudia sabe que la noche siguiente la esperará Stenio bajo los cipreses del cementerio.

La princesita no había comprendido jamás el sentido moral y serio de aquellas costumbres devotas de que hacia algún tiempo se mostraba rígida observadora. Herida por la fría razón de Stenio, habia entrado voluntariamente en el convento y complacíase en publicar su resolución de tomar el velo. Tal vez en el fondo de su alma tenía algo de sincero aquel deseo; pero estaba muy lejos de parecerle a la jóven princesa tal como su valor lo proclamaba. En esas almas tiernas y débiles hay dos conciencias: una que llama las resoluciones fuertes y otra que las repele, y que después de haberlas acogido temblando, espera que el destino llegue a variar su cumplimiento. Los elementos de su vocación eran un poco de vanidad satisfecha por los pesares y los ruegos aduladores de los que la rodeaban, mucho despecho contra Stenio, y el deseo de hacer creer en su fuerza, después de haberse sonrojado de su debilidad. Pero este orgullo no era robusto; porque la exaltación religiosa era para ella lo mismo fue para Stenio, una poesía más que un sentimiento, y su hermano, educado por jesuitas, sabia muy bien que el más seguro medio determinar aquel capricho era no contrariarlo.

El billete de Stenio lo recibió Claudia el primer día en que empezaba a cansarse, cuando el partido que habia tomado la hija da Bambucci de consagrarse a Dios habia producido todo su efecto y echado lodo su brillo, puesto que ya no se hablaba de ello en la ciudad ni en el locutorio. Las reli-

giosas parecía que contaban con la realización de aquel proyecto, y el confesor, amonestado por el príncipe, compelió a su penitente con un ardor que comenzaba a espantarla. Por tanto la audacia de Stenio produjo más alegría que cólera, y si negó la cita, fue pensando que Stenio no faltaría.... pero cuando llegó la hora resolvió ir para confundirle con desprecios y humillar su insolencia. Su corazón palpitaba, ardían sus mejillas, y su paso Aunque incierto era rápido.... la noche sombría.

El cementerio de las camaldulenses era hermosísimo. Cubrían las tumbas cipreses y lejos monstruosos cuya creencia no halda dirigido jamás la mano del hombre, de una manera tan oscura que en medio del día no podían distinguí esas las figuras de mármol reclinadas sobre los sepulcros de las pálidas vírgenes arrodilladas entre las sepulturas. Reinaba un silencio profundo en aquel asilo de los muertos: el viento no podía penetrar la densidad misteriosa de los árboles ni pasaba por entre sus ramas un solo rayo de la luna; porque la luz y la vida parecían detenerse en las puertas de aquel santuario, y si alguien quería atravesarlo, era para entrar en el claustro ó para detenerse al borde de una barranca más silenciosa y desolada todavía.

—En hora buena, dijo Stenio sentándose en una tumba, y poniendo en el suelo su linterna sorda, este cementerio me gusta y conviene más que todo lo que he visto del interior artesonado y aromático del convento. Cada cosa en su lugar; el lujo y la molicie para las cortesanas; la austeridad y mortificación entre las religiosas.

Y esperó con paciencia la llegada de Claudia, tan seguro de que no faltaría como lo estaba, ella cuando Ja primera cita.

La empresa de Stenio no carecía de peligros, y él lo sabia muy bien. Valeroso y sereno, pero conociendo que para saborear sin disgusto el placer de aquella aventura convenia ser valiente hasta la temeridad, habia apurado diferentes veces la copa de oro en donde le escanciaba vino la mano hermosa de Pulquería. Agitado por una media embriaguez acabó de exaltarse por el camino rápido y penoso entre los obstáculos y precipicios del camino. Apoyado en el frío mármodde una tumba, sentía que le faltaba la tierra bajo sus pies y que se revolvían sus pensamientos en el cerebro como en medio de un sueño. De improviso una forma blanca que habia tomado por un espectro, viéndola arrodillada al otro lado del cenotafio, se levantó lentamente, y como parecía que se apoyaba en el mármol para levantarse,

púsose sobre la mano de Stenio otra mano más fría que el mármol, y le arrancó un grito involuntario. Entonces estuvo en pie la sombra delante de él.

— ¡Claudia! exclamó imprudentemente; pero pareciéndole en aquel instante más alta que Claudia la sombra, dirigióla la luz de la linterna y en vez de la que esperaba vió a Lelia pálida como la muerte y cubierta con un velo blanco a manera de mortaja. Turbóse su razón y exclamó con voz ahogada.

— ¡Un espectro! ¡un espectro!

Dicho esto dejó caer su linterna, y huyó sin saber a donde por entre las tinieblas.

Cuando el horizonte comenzó a esclarecerse, volvió en si poco a poco, miró con espanto y vergüenza en donde se hallaba, y reconoció el pequeño lago en cuya opuesta ladera estaba la ermita del anacoreta Magnus. La arena y la humedad habian ensuciado los vestidos de Stenio, y sus manos estaban ensangrentadas por los espinos y pitas. Llevaba en la mano la espada rola, y se le erizaban los cabellos sobre la frente porque aún le perseguía una terrible visión. A esta fiebre delirante sintió Stenio sucederse un profundo abatimiento. El recuerdo confuso de una fuga llena de espanto y de una lucha desesperada con seres desconocidos é impalpables flotaba en su pensamiento, ya como un sueño, ya como un hecho tan recientemente sucedido que su terror y su angustia no se habian todavía disipado. Los primeros resplandores del alba subían lentamente como arrastrándose por las escarpaduras de la barranca y jugaban con la bruma que exhalaba el lago a manera de copos blancos y diáfanos. Hubiérase dicho que era aquello una horda de gigantes cisnes que se remontaba con magestad sobre las olas. Este hermoso espectáculo no produjo más que una impresión penosa a los sentidos trastornados de Stenio, y la incertidumbre de la matutina luz prestaba a los objetos formas vagas y engañosas. El viento que dispersaba y repelía los vapores daba la apariencia de movimiento a los objetos inanimados. Stenio tuvo fijos largo rato los ojos sobre un peñasco que le pareció toda la noche un monstruo fantástico vomitado por las olas. No se atrevía volver la cabeza de miedo de ver detrás de sí el monstruo gigantesco que toda la noche habia tendido sobre él los brazos para cogerlo. Cuando tuvo ánimo para hacerlo, vió un abeto medio seco y desarraigado pendiente sobre el lago en cuyas muertas ramas balanceaba la brisa una flotante cabellera de pámpanos.



Cuando fue bien de día, humillado Stenio por su alucinamiento, comprendió que ya no podía soportar más la excitación del vino y propúsose no exponerse más a perder la razón. — Mientras el hombre conserva bastante sentido, pensaba, para hacerse saltar la tapa de los sesos ó tragar una buena dosis de opio, no tiene nada que temer del dolor ó del abatimiento; pero por la locura puede perder el instinto del suicidio y causar por largo tiempo lástima y compasión a los demás hombres. SI yo pensase que me está reservada semejante suerte, antes de un minuto me clavaría en el corazón este pedazo de espada.

Calmóle la idea de que no se podría sobrevivir a otro acceso semejante al que acaba de sufrir, pues no se acordaba de que le hubiesen aquejado nunca angustias como aquellas. En no lejanos días habia visto espirar a sus amigos y compañeros en el campo de batalla, y cuido el mismo bajo sus palpitantes cadáveres, habia corrido encima de él la sangre de Edmeo; pero nada habia sido tan espantoso como aquella pesadilla que le habia hecho perder el sentimiento de su fuerza y la conciencia de su voluntad.

Buscó los fragmentos de su espada y los echó en el lago, y viendo luego el desorden de sus vestidos se encaminó a la ermita. El anacoreta estaba fuera y Stenio se echó sobre su estera y durmióse vencido por la fatiga.

Cuando despertó estaba a su lado el cenobita, y la vista de este hombre desgraciado que habia amado a Lelia que le habia desechado siempre con aversión, excitó en Stenio no sé que maligna y cruel satisfacción que no pudo menos de manifestar.

— Padre, le dijo, debo respeto a vuestro retiro; pero aún durmiendo en este lecho virginal he soñado con una

mujer.... y cabalmente con una mujer que no nos ha sido indiferente ni al uno ni al otro.

Las facciones do Magnus denotaron angustia y respondió con la mayor dulzura:

Hijo mío, no despertemos recuerdos que la muerte ha hecho más graves aún de lo que eran.

— ¡La muerte! ¿Qué muerte? exclamó Stenio, cuyo pensamiento se fijó en la visión del cementerio de las camaldulenses.

Lelia ha muerto, bien lo sabéis, respondió el ermitaño cuyo aire distraído desmentía su afectada calma.

¡Oh, sí, Lelia ha muerto repuso Stenio que codiciaba saber la verdad, Aunque no quería preguntar al sacerdote más que con sarcasmos: ¡ha muerto, ha muerto del todo! Ese es un estribillo que entrambos recordamos bien; pero si ahora no ha muerto mejor que la otra vez, mucho recelo, padre, que hayáis de decir aún muchos oremus por su causa y que tenga yo que escribirla todavía algún madrigal.

— ¡Lelia ha muerto! dijo Tremmor con una voz tan firme y clara que hizo palidecer a Stenio.

En pie en el umbral de la puerta habia oido las últimas chanzas del jóven, y no pudiendo soportarlas, hizo que terminasen tan pronto como le fue posible.

— Ha muerto, continuó, y talvez ninguno de los que estamos aquí está sin mancha de su homicidio ante Dios, porque ninguno de nosotros conoció ni comprendió a Lelia.

Hablaba de este modo en estilo simbólico, y Stenio lo entendió al pie de la letra. Bajó la cabeza para ocultar su turbación y mudando de conversación Je improvisó, despidióse luego de sus huéspedes y se dió prisa de llegar cuanto antes a la ciudad, temiendo que llegase la noche y recelando que no podría subyugar su imaginación herida de muerte. Mandó encender cien bujías y envió a buscar a todos sus compañeros de desordenes para pasar la noche en el desenfreno de una orgia. Pero este remedio no le satisfizo, pues vió mil veces el espectro dentro de los espejos que resplandecían en las paredes. La voz de Pulquería le estremecía, y Aunque no bebió ni una vez siquiera, sus amigos le creyeron ebrio porque miraban inciertos sus ojos y eran incoherentes sus palabras. Desde entonces dejó de estar sana la razón de Stenio, y se hicieron tan extraños sus modales y tan fantásticos sus hábitos, que quedó solitario y abandonado.

## LIII.

### SUPER FLUMINA BABYLONIS.

«¡Toma tu corona de espinas, mártir! ¡ponte tus vestidos delirio, sacerdotisa! porque vas a morir para el mundo y a bajar a la tumba. ¡Toma tu corazón de estrellas, bienaventurada! ¡ponte tu vestido de bodas, esposa! porque vas a vivir para el cielo y a ser esposa de Jesucristo»

Así cantaban a coro las vírgenes del monasterio cuando una nueva hermana se unía a ellas por los vínculos de un himeneo místico con el hijo de Dios.

La iglesia está adornada como en los más grandes días de fiesta, los claustros están sembrados de deshojadas rosas, brillan los candeleros de oro en el tabernáculo y la mirra y el benjuí chispean y envían su humo bajo las blancas manos de los jóvenes diáconos. Los tapices de Oriente despliegan sus metálicas placas y blancos arabescos sobre los mármoles del pavimento, las columnas desaparecen bajo las colgaduras de seda que el cálido soplo del viento meridional levanta lentamente, y de trecho en trecho éntrelas guirnaldas de llores, franjas de plata y cinceladas lámparas se ve la cabeza alada de un serafín de mosaico que se destaca de un brillante fondo de oro y parece dispuesto a lomar el vuelo bajo las redondeadas bóvedas de la nave.

De este modo se adorna y perfuma la iglesia de la abadía cuando una novicia es admitida a tomar el velo y el anillo sagrado. Al acercarse al convento de las camaldulenses, Tremmor vió el camino y sus lados llenos de carruajes, caballos y lacayos. El baptisterio, gran torre aislada de que se levantaba en el centro del edificio, llenaba el aire con el ruido de sus grandes campanas, cuya austera voz no resuena más que en las solemnidades de la vida monacal. Las puertas de los claustros y de la iglesia estaban abiertas de par en par y la gente se aumentaba progresivamente. Las demás ricas ó nobles del país, engalanadas y habladoras, y los hijos silenciosos de Albion, asiduos siempre y en todas partes para lo que sea espectáculo, ocupaban las tribunas y los lugares reservados. Tremmor pensó y con razón que no era

hora de pedir por Lelia, porque habia demasiada agitación y sobrado barullo para llegar hasta ella; a más de que todas las puertas de los claustros interiores estaban sordas, puesto que se habían quitado las cadenas de las campanillas y cubrían todas las ventanas cortinas de tapicería. El silencio y el misterio que reinaban en aquella parte del edificio contrastaban con el ruido y movimiento de la parte exterior abandonada al público.

El proscrito, obligado a evadir las miradas, aprovechó la preocupación de la gente para entrar sin ser visto en un espacio que habia entre dos columnas. Hallábase cerca de la reja que dividía la nave en dos, y sobre la cual extendía un velo impenetrable una colgadura magnífica de Smirna.

Debiendo esperar el principio de la ceremonia tuvo que oír lo que se decía en torno suyo.

— ¿Se sabe como se llama la profesa? preguntaba una mujer.

— No, respondió otra: nunca se sabe hasta después de pronunciados los votos. Cuanto están independientes y se hallan libres en estos momentos las camaldulenses, tanto están severa y austeramente guardadas en el noviciado. La presencia del público en sus ordenaciones no descubre ni la más leve parte del misterio que las rodea. Veréis una mujer que mudará de traje a vuestra vista y no descubriréis sus facciones; oiréis pronunciar votos y no sabréis quien los ratifica; veréis firmar un empeño y no tendréis noticia del nombre de la persona que lo firma; asistiréis a un acto público y sin embargo ninguno de los que aquí haya podrá decir lo que habrá habido ni protestar en favor de la víctima si alguna vez pidiere testimonio de alguno. En medio de esa vida tan bella y suave en apariencia hay algo de terrible é implacable, la inquisición tiene siempre un pie en esos soberbios santuarios del orgullo y del dolor.

— Pero al fin y al cabo, objetó otra, siempre se sabe a corta diferencia cual es la novicia que va a pronunciarlos votos, y por poco que una se interese se descubre su nombre.

— No lo creáis, la respondieron; el cabido pone en ejercicio toda la diplomacia eclesiástica para desviar a las personas interesadas en impedir la consagración. Detrás de esas impenetrables rejas se puede guardar muy fácilmente un secreto. No han faltado amantes y hermanos que han gastado sus rodillas invocando a las guardianas de esos muros, y han perdido el

tiempo rogando en vano, aún un año después de haber lomado el velo ó haber sido trasladada a otro convento secretamente la joven de su solicitud. Esta vez parece que se han redoblado las precauciones para que no llegue al público el nombre de la que profesa. Unos dicen que tiene cinco años de noviciado, y solo por esto hay quien piensa que solo tiene algunos meses de clausura. Lo único que se sabe de cierto es que el clero se interesa mucho por ella, que el cabildo de la abadía cuenta con ricos dones y quo fueran muchos los obstáculos que se opondrían a su profesión sino se hubiesen vencido hábilmente.

— Con respeto a ella corren extraños murmullos, dijo la primera interlocutora: ya se dice que es una princesa de sangre real, ya que no es más que una cortesana convertida.

Unos piensan que es la famosa Zinzolina que tanto ruido metió el año pasado en las fiestas de Bambucci; pero la versión que merece más fe es que la que hoy profesa no es sino la mismísima princesa Claudia Bambucci.

— Asegúrase, repuso otra bajando la voz, que es un acto de desesperación, porque estando perdidamente enamorada del gallardo príncipe griego Paolaggi, este desdeñó su amor para seguir hasta Méjico a la rica Lelia.

— Yo sé de buena tinta, dijo un nuevo interlocutor, que la hermosa Lelia está presa en los calabozos de la inquisición porque estaba afiliada entre los carbonarios.

— ¡Qué disparate! SI fue asesinada en la Punta-di-Oro.

Interrumpieron esta conversación los primeros sonidos del órgano, y al llegar el introito que fue magestuoso, separóse lentamente el ancho cortinaje de la nave y descubrió las misteriosas profundidades del coro.

La comunidad llegó por el fondo de la iglesia, y desfiló lentamente en dos hileras dividiéndose en medio del recinto y yendo por orden a tomar su asiento en los escaños del cabildo, siendo las primeras las propiamente llamadas religiosas. Su hábito era sencillo y soberbio: sobre el vestido blanco como la nieve caía desde el seno hasta los pies el escapulario de escarlata, emblema de la sangre de Jesucristo; envolvía las la cabeza la blanca toca, y el velo de ceremonia, igualmente blanco y fino, cubría todo el cuerpo como una capa diáfana que llegaba majestuosamente hasta el suelo.

Luego seguían las novicias, blanco y esbelto rebaño sin purpura y sin velo: sus vestidos menos largos dejaban ver las puntas de sus pies desnudos, calzados solamente con sandalias, y asegurábase que era cosa que no desdénaban su hermosura, porque era la única parte que podían hacer brillar llevando el rostro cubierto con un velo impenetrable.

Cuando todas estuvieron arrodilladas entró la abadesa con la depositaria a la derecha y la decana a la izquierda, y todo el cabildo se levantó y saludó profundamente mientras

ella se sentaba en el asiento más grande del medio. La edad la encorvaba, y por señal de distinción llevaba una cruz de oro sobre el pecho, ¡y en la mano un báculo de plata! ¡oro y bien trabajado.

Entonóse entonces el himno Veni Creator y entró la profesa por las puertas del fondo que eran dos una después de otra: la que se había abierto para la comunidad se había vuelto a cerrar, y la que se abrió para la profesa estaba precedida de una galería estrecha y profunda que alumbraba débilmente una hilera de lámparas de aspecto verdaderamente sepulcral. Adelantóse como una sombra acompañada de dos tiernas vírgenes coronadas de rosas blancas que llevaban una vela en la mano, y de dos hermosos niños vestidos de ángeles como en la edad media, con corpiño dorado, alas afiladas, plateadas túnicas, y cabellera blanca y rizada, los cuales llevaban canastillos con hojas de rosa-. La profesa llevaba un lirio de filigrana y era una mujer muy alta, y Aunque del lodo velada, denotaba su andar quedebia ser hermosa: adelantóse a paso firme y arrodillóse en medio del cabildo, encima de un rico cojín. Sus cuatro acólitos se arrodillaron también junto a ella formando un cuadrilátero, y comenzó la ceremonia. Tremmor oyó decir en torno suyo que seguramente era Pulquería llamada la Zinzolina.

En el otro extremo de la iglesia comenzó otro espectáculo, pues el clero se fue al altar mayor a ostentar la pompa de su acompañamiento.

Los prelados se sentaron en ricos sillones de terciopelo, algunos capuchinos se prosternaron humildemente en el suelo, los simples sacerdotes se estuvieron en pie detrás de las Eminencias, y los que oficiaban fueron los últimos que se presentaron de pontifical: celebró la misa un cardenal famoso por su saber, y predicó un patriarca tenido por santo. Llamó mucho la atención de Tremmor el pasaje siguiente.

« Hay tiempos en que la iglesia parece desplomarse porque el siglo es poco creyente y porque los vaivenes políticos arrastran la generación por un camino de tumulto y de embriaguez; pero también en estos tiempos alcanza la Iglesia grandes victorias. Los espíritus verdaderamente fuertes, las inteligencias verdaderamente grandes, los corazones verdaderamente tiernos vienen a buscar en su seno y así sombra el amor, la paz y la libertad que el mundo les ha negado, y entonces parece que esté pronta a renacer la era de los grandes sacrificios y grandes actos de fe. La Iglesia se estremece de gozo y recuerda a S. Agustín que en sí solo reasumió y representó todo un siglo: sabe que el genio del hombre acabará por humillarse ante ella, porque solo ella le dará su verdadera dirección y verdadero alimento»

Estas palabras, que fueron vivamente aprobadas por el auditorio, hicieron fruncir las cejas a Tremmor que dirigió los ojos a la profesora, y hubiera querido tener la vista del magnetismo para atravesar aquel misterioso velo. Ninguna emoción levantó ni el menor pliegue siquiera de aquel triple lino, y hubiérase dicho que era la estatua de Isis de alabastro toda ó de marfil.

En el solemne momento en que pasando por entre la gente salió la profesora del cabildo y entró en la iglesia, oyóse por todas partes un murmullo de emoción y de curiosidad; hizo la muchedumbre un movimiento de tumultuosa oscilación, y todas aquellas cabezas que Tremmor dominaba con la suya desde su lugar ondularon a manera de olas. Protegían la lenta marcha de la profesora dos hileras de archeros a las ordenes del prelado que presidía la ceremonia, y a más de un anciano sacerdote que la servía de tutor, iba también con ella una matrona lega, símbolo de la madre que lleva a su hija al celestial himeneo.

Subió majestuosamente las gradas del altar donde el patriarca vestido de pontifical la esperaba, sentado en una especie de trono pegado al altar mayor. Los parientes putativos se quedaron en pie en una actitud de timidez, y la profesora, envuelta en sus velos blancos, se arrodilló ante el príncipe de la Iglesia

— ¿Vos que os presentáis ante el ministro del Altísimo, qué nombre lleváis? preguntó el pontífice en voz grave y sonora como para invitar a la profesora a responder del mismo modo y a proclamar su nombre ante el auditorio palpitante.

Levantóse la profesa, y abriendo el broche de oro que llevaba en la frente cayeron a sus pies todos los velos, y bajo el brillante traje de una princesa do la tierra engalanada para sus bodas, bajo la negra madeja de una magnífica cabellera trenzada con sartas de perlas y alada con diamantes, bajo los numerosos pliegues de una gasa de plata sembrada de blancas camelias, vióse brillar la frente y erguirse la soberbia figura de la mujer más hermosa y más rica de aquella tierra. Los que por estar detrás de ella ñola conocían aún más que por sus blancas y anchas espaldas de nieve y por su talante imperial, dudaban y mirábanse con sorpresa, y en tan ávida especulativa, reinaba tal silencio en el templo que se podía oír el imperceptible trabajo de la llama que consumía la odorífera cera de las velas.

— Yo soy Lelia de Almozar, dijo la profesa en voz tan fuerte y vibrante, que pareció querer despertar a los muertos sepultados en la iglesia.

— ¿Sois soltera, casada ó viuda? preguntó el pontífice.

— NI soltera, ni casada, según las expresiones adoptadas y las leyes instituidas por los hombres, respondió en voz más firme todavía; pero ante Dios soy viuda.

Esta sincera y atrevida confesión turbó a los clérigos, y en el fondo del coro se hubieran podido ver las monjas como se tapaban el rostro ó se preguntaban unas a otras creyendo haber oído mal.

Pero el pontífice, más tranquilo y prudente que su tímido rebaño, conservó el rostro impassible, como si ya hubiese esperado aquella atrevida respuesta.

La gente se quedó muda, pues habia circulado una sonrisa al oír la pregunta de costumbre, porque se sabia que Lelia no habia sido casada y que Ermolao había vivido tres años con ella, SI la respuesta de Lelia ofendió a algunas almas austeras a lo menos no hizo reír a nadie.

— ¿Qué es lo que pedís, hija mia? añadió el cardenal, ¿y porqué os presentáis ante el ministro del Señor?

— Soy esposa de Jesucristo, respondió dulce y tranquilamente, y pido que se consagre hoy mismo mi himeneo con él señor de mi alma.

Creéis en un solo Dios en tres personas, en su hijo. Jesucristo, Dios y hombre verdadero, muerto en la cruz para....



— Juro, respondió Lelia interrumpiéndole, que observare todos los preceptos de la fe cristiana, católica, romana.

Esta respuesta que no era conforme al ritual la advirtieron solamente algunos oyentes, y durante lo demás del interrogatorio, pronunció la profesa algunas fórmulas que parecían contener misteriosas restricciones que hicieron estremecer de sorpresa, espanto é inquietud a parte del clero que asistía a la ceremonia.

Pero el cardenal permanecía tranquilo y su mirada imperiosa parecía prescribir a sus inferiores que acatasen las promesas de Lelia, fuesen cuales fuesen.

Después del interrogatorio, volvióse el prelado de cara al altar y dirigió al cielo una fervorosa oración por la esposa de Jesucristo. Luego tomó la brillante custodia que contenía la hostia consagrada y acompañó a la profesa hasta la reja del coro. Allí solo había levantado un elegante altar portátil en forma de oratorio y puso la custodia en él, la profesa se arrodilló delante con la cara descubierta y vuelta por última vez hacia aquella muchedumbre ávida aún de contemplarla.

En aquel momento un joven, que en pie en el rincón de una tribuna, apoyada la espalda contra una columna y cruzados los brazos sobre el pecho, parecía mirar con indiferencia lo que pasábase inclinó de golpe a la barandilla y como si saliese de un pesado sueño miró a la gente con ojos desconcertados. Al principio solo le vió y reconoció

Tremmor; pero luego todas las miradas se dirigieron a él, porque cuando hubo reconocido como por casualidad las facciones de la profesa, manifestó una singular agitación y pareció hacer esfuerzos inauditos para volver en sí.

— Mirad al poeta Stenio, dijo un crítico que le aborrecía, ¡Está borracho, borracho siempre!

— Decid más bien que está loco, replicó otro.

— Es muy desgraciado., dijo una mujer; ¿no sabéis que amaba a Lelia?

Salió un momento la profesa y luego volvió sin sus atavíos y adornos, vestida con una túnica de lana blanca y ceñida con una cuerda. Sus hermosos cabellos destrenzados se derramaban profusamente sobre su vestido de penitencia: arrodillóse delante de la abadesa y en un cerrar y abrir de

ojos cayó bajo las tijeras y en el suelo aquella magnífica cabellera orgullo de la mujer. La profesa se mantuvo impasible, y vióse una sonrisa de satisfacción en las marchitas caras de las monjas viejas, como si la pérdida de aquellos dones de la hermosura hubiese sido un consuelo y un triunfo para ellas.

Puesta la toca quedó oculta para siempre la frente altiva de Lelia. — Recibe esto como un yugo, cantó la abadesa con voz seca y cascada, y esto como un sudario, añadió poniéndola el velo.

La monja fue cubierta con un paño mortuario, y echada en el suelo entre dos hileras de cirios-, recibió la aspersion del hisopo y oyó cantar sobre su cabeza el De profundis.

Tremmor miraba a Stenio, y este la negra mortaja puesta sobre un ser lleno de fuerza y de vida, de inteligencia y de hermosura. No comprendía lo que veía y no daba ninguna señal de emoción.

Pero cuando la profesa se levantó y dejando la librea de la muerte fue con los ojos serenos y con la sonrisa en los labios a recibir de manos de la abadesa la corona de rosas blancas, el anillo de plata y el beso de paz mientras entonaba el coro el himno Veni sponsa Christi, arrebatado Stenio de un terror incomprensible gritó diferentes veces con abogada voz: ¡El espectro! ¡el espectro! y cayó sin sentido.

Turbóse la profesa por vez primera, porque habia reconocido aquella voz alterada y resonó aquel grito en su corazón como el postrer esfuerzo y último adiós a la vida. Lleváronse a Stenio que parecía atacado de epilepsia, y los espectadores ávidos, viendo que Lelia vacilaba, se agolparon contra la reja esperando ver algún escándalo. Espantada la abadesa dió orden en seguida de echar la cortina; pero la nueva camaldulense con un tono de mando que petrificó y dominó a la comunidad entera, desmintió aquella orden y mandó continuar la ceremonia.— Señora, la dijo en voz baja a la superior a que quería insistir, no soy ninguna niña, y os ruego que creáis que sé conservar mi dignidad por mí misma. Habéis querido presentarme en espectáculo y es preciso que acabe mi papel.

Púsose entonces en medio del coro en donde debía cantar una oración adoptada por el ritual, y cuatro jóvenes se prepararon para acompañarla con arpas; pero cuando iba a entonar el himno, fuese que la faltase la memoria,

fuese que la dominase la inspiración, lomó el arpa de las manos de una de las cuatro jóvenes y acompañándose ella misma improvisó un canto sublime sobre estas palabras del cántico del Cautiverio.

«Hémenos sentado junto a los ríos de Babilonia y hemos llorado acordándonos de Sion.»

«Y hemos colgado las arpas de los sauces de la ribera. »

«Cuando los que nos trajeron cautivos nos han pedido cantos y que les divirtiésemos con el sonido de nuestras arpas diciéndonos: «Cantadnos algo de los cánticos de Sion, » les hemos respondido:

«¿Cómo cantar el cántico del Eterno en una tierra extranjera?»

«Si yo te olvido, Jerusalén, ¡olvídese mi derecha de si misma!»

«Pegúese mi lengua al paladar, si no me acuerdo de ti; siempre y si no es Jerusalén el único objeto de mi alegría. »

«¡Óh Eterno ¡tus hijas se acordarán de sus altares y de sus boscajes junto a los árboles verdes de las altas colinas.»

«Babilonia, que vas a ser destruida, ¡ojalá no sufras el mal que nos has hecho!»

«Por esto, mujeres, escuchad la palabra del Eterno: reciba vuestro corazón la palabra de su boca. Enseñad a lamentar a vuestras hijas y ellas enseñen a hacer plañidos a sus compañeras.... porque la muerte ha subido por nuestras ventanas y parado en nuestras habitaciones, ¡Dense prisa, pronuncien sobre nosotras y en alta voz una lamentación y derramen lágrimas nuestros parpados!»

Esta fue la última vez que Lelia hizo oír a los hombres aquella voz magnífica a la cual daba un poder invencible su genio. Medio arrodillada delante de su arpa, húmedos los ojos, el aire inspirado y más bella que nunca bajo el blanco velo y la corona del himeneo, hizo una impresión profunda a todos los que la vieron, y pensaron en Santa Cecilia y en Corina.

Pero entre todos, solo Tremmor comprendió en seguida el sentido doloroso y profundo de los sagrados versículos que Lelia había escogido y ar-

reglado a antojo de su inspiración, para despedirse de la sociedad humana é indicarle la causa de su divorcio con ella.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## SEXTA PARTE.

### LIV. EL CARDENAL.

Ya veis, señora, que vuestros deseos se realizan antes aún de lo que podíamos pensar. La dolorosa enfermedad que va a privaros de vuestra venerable abadesa será origen de muchas variaciones. En medio de todas las mudanzas de empleos y dignidades que ha de haber es difícil que no halléis la ocupación que deseáis y que conviene a vuestra hermosa inteligencia.

Monseñor, respondió Lelia, yo no reclamo masque medios para ser útil, pero estos medios no son tan sencillos como pensábamos. Toda buena intención encuentra aquí nobles simpatías sin duda alguna: pero también desconfianzas obstinadas, y una oposición funesta. La que no es la primera no es nada, y lo que tengo que pedir, monseñor, después de haberlo reflexionado bien, es ó no sé nada ó ser la primera.

— Hermana, habíais como una reina, dijo sonriendo el cardenal: quisierais colocaros en un trono; pero en nuestro sistema electivo no puedo más que haceros subir lo mas rápidamente posible los grados de las jerarquías.

— Yo no lo entiendo así, monseñor, pues nunca consentiré en luchar con pequeños intereses ó mezquinas pasiones. ¿Bien me concederéis que no soy buena para tal género de reyertas?

— Lo comprendo, señora. Yo por mí sé lo que he tenido que sufrir en mi carrera mucho más vasta, y concibo que os deneguéis a tacañerías de tan poca monta como las que indicáis. ¿Pero estáis segura de hallaros en vía de buen deber, cara sor Anunciata, cuando rehusáis el servicio de vuestra inteligencia a la comunidad de que hacéis parte? Entiendo que no lo rehúsa absolutamente; ¡pero serviréis para los intereses de la iglesia con tal que esta os dé el lugar más eminente que puede conceder a una mujer! ¡Abadesa de las camaldulenses! Pensad, señora, que sea cual fuere vuestro orgullo, y sea cual haya sido vuestra posición en el mundo, es algo lo que pedís.

— Es algo, si yo soy capaz de algún bien, y si no, es nada, monseñor. ¿Es acaso la púrpura de vuestro vestido la que os hace superar al común de los sacerdotes? ¿Qué queréis que haga de una cruz de oro y de un báculo de plata, sino se agrega a esos frívolos joyeles algún medio de elevar mi alma? ¿No los he poseído más preciosos por ventura, y no podía contentarme con tal vanidad como la mayor parte de las mujeres?

— Es verdad, señora: por esto seréis abadesa.

— Decidme que lo soy, monseñor, sino queréis que os responda que no lo seré jamás.

— ¡Sor Anunciata, sois extraordinariamente imperiosa!

— Si, monseñor, porque a lo pueril y mezquino de esas cosas le profeso tanto desprecio como vos mismo. No temo pedir lo que se me puede rehusar, porque tampoco recibiré por ello pesadumbre, ni yo he venido aquí para dar carrera alguna a mi ambición, sino para huir del mundo y vivir recogida. No soy buena para detalles de mensaje ni para ocupaciones subalternas, las cuales no quiero, porque las desempeñaría mal, ya quisiese poner en ellas orden, lo cual me ocasionaría insoportables contradicciones, ya las mirase con negligencia, lo cual estrecharía el círculo de mis ideas y abatiría mi carácter.

— No, no por cierto, respondió el prelado con emoción. Esa grande inteligencia y ese gran carácter son sagrados para mí, porque tal vez yo solamente los comprendo: yo tengo al menos la vanidad de haber sido el

primero en adivinarles, y vigilo sobre esos dones del cielo con el celo de un padre ó de un hermano, porque son tesoros de que me ha hecho depositario el Señor y de los cuales me pedirá cuenta algún dia. Yo cuidaré pues de que sirvan para su gloria. ¡O Lelia! ¡ya sé que podéis mucho, y también haré mucho por vos, estad segura de ello.

— Vamos a ver.

— Hoy seréis aquí la segunda y mañana la primera.

— ¿Es decir que seré ministro de una voluntad extraña hasta que la muerte acabe con esa voluntad? No, monseñor.

— ¡Cómo seréis la dispensadora de las limosnas, la madre de los pobres y el refugio de los afligidos, pudiendo derramar a manos llenas el oro entre los objetos de vuestra solicitud!

— Esto también podía hacerlo antes de traer aquí mis riquezas. ¿No hice todo el bien que se podía con el dinero? ¿No es ese un placer de que estoy ya cansada? ¿Y Aunque esto me conviniese, está sometido por ventura a la que llaman tesorera el empleo de las riquezas de este convento?

— Ni la misma abadesa puede gastar nada sin consentimiento superior.

— Pues ya podéis entender, monseñor, que no es esto lo que yo quiero, porque no solo pretendo dar pan a los pobres, pues quiero dar instrucción ¡los ricos, para que sus hijos reciban el pan de vida, esto es de ideas y principios que nunca se ha pensado en darles. Para estos habéis abierto escuelas liberales, y alentando el desarrollo de su inteligencia, procurada con ardor la moralización de sus trabajos. Vos ya comprendéis que yo baria lo mismo por sus hijas, puesto que me disteis esta idea, exigiéndome las promesas de ocuparme en ello con ánimo, decisión y perseverancia. Pero también sabéis mis condiciones; no quiero empleos intermediarios, ni un postulate entre el dulce reposo de la jerarquía más obscura y los cuidados de la más elevada.

— Pues bien, señora, seréis abadesa, pero no olvidéis cuanto nos arriesgamos y pensad que los dos solos hacemos secretamente un cisma en la Iglesia, la cual no comprende bien su misión como no se nos oculta. Las llaves de San Pedro no están siempre en las más hábiles manos: yo no sé si abren las puertas del cielo, pero creo que cierran las dos la Iglesia, y que quitan al catolicismo toda grandeza, toda luz y distinción intelectual. Preocupándose con el frívolo y peligroso cuidado de guardar en su integridad la letra de los

últimos concilios, se ha olvidado el espíritu del cristianismo, que era enseñar lo ideal a los hombres y abrir de par en par el templo a todas las almas, teniendo cuidado de poner en el centro las mejores. Pero se ha hecho por el contrario de tal manera que la plebe grosera se ha sentado al pie del altar y el senado intelectual está en pie junto a la puerta, y en tal mal modo que se retira y no quiere entrar ya unas. Ahora bien, ¿pensáis, hermana, que nosotros que podremos dar a cada cual su lugar correspondiente y subordinar la ignorancia a los consejos de la razón y la superstición a la enseñanza de la verdadera piedad, triunfaremos de un cuerpo tan estrechamente unido como esa comunión malhadada que quieren llamar Iglesia?

— Lo ignoro, monseñor, y si un instante lo he creído es porque vos os habéis empeñado en hacérmelo creer.

— ¿De este modo me tranquilizáis, señora, viéndome tan receloso? Algunas veces sucumbe mi alma bajo el peso del tedio y del temor. ¡Quizás después de una vida de trabajos asiduos y de penosas fatigas me echarán como a un servidor inútil ó me dejarán de lado como a un aliado peligroso! ¿Halaré tan solo en vuestra alma como en la mia duda y languidez en estas horas de presentimiento? ¿No me ha de consolar de los males que sufre mi corazón una amistad santa y grande?

La monja y el prelado se miraron fijamente con una calma que infundió algún sobresalto en las almas de entrambos, y luego, como dos águilas que antes de atacarse erizan sus plumas y miden sus fuerzas, permanecieron entrambos en la defensiva. Lelia se abstuvo de manifestar al príncipe de la Iglesia que se trataba entre ellos de relaciones más serias de lo que él pensaba, y el cardenal comprendió por su parte que ni la ambición de mandar a sus compañeras ni la admiración que tenía derecho de esperar de ella no podrían equipararse a las austeras ideas y a las frías resoluciones de la religiosa. Retiró pues en seguida con toda la prudencia y dignidad de un general experimentado y como vencedora cuerda y cortés, Lelia fingió no haber comprendido su ataque. Aquella mirada bastó para fijar para siempre su posición relativa, pues era la primera que después de un año de turbación y de incertidumbre había osado clavar el prelado en los ojos negros de Lelia. Hasta entonces había temido perder su confianza y que se fuese del convento, pero una vez encadenada para siempre, Aunque ambiciosa tal vez, le pareció menos temible. Más al primer choque conoció que a ejemplo de los grandes vencidos su orgullo aumentaba en las cadenas.



Monseñor Aníbal no era un hombre ordinario, pues si tenía pasiones fuertes tenía también una alma grande para abrirlas. Los objetos de su codicia, una vez poseídos, podían convertirse en objetos de menosprecio; pero resistiéndose a su deseo no tenían que esperar un cobarde despecho. Era el hombre de su tiempo y de ningún modo del tiempo ¡tasado, lleno de vicios y de magnificencias, de debilidad y de lieroisnio. Pegado a los bienes y goces terrenales por la educación y la costumbre, tenía con todo el instinto y el culto de lo ideal. No se dirigía a él por senderos rectos, es. verdad, porque ya no podía; pero en medio de una carrera desordenada, se habia apoderado de él y le animaba a grandes cosas el presentimiento del porvenir que habia traslucido como una inspiración profética. Las malas acciones empañaban aún el brillo de su vida, pero no le obstruían el paso. Quien no le vela más que por un lado podía despreciarlo; más Lelia que le habia conocido bien desde luego desconfiaba de él sin temerlo y le estimaba sin aprobarlo.

— Monseñor, continuó ella, después de una larga pausa: no sé que es lo que tendríamos que temer en una empresa tan desinteresada. No sé si me engaño, pero lo repito, yo nada veo en el exterior de nuestro papel cuya posesión pueda deslumbrarnos y darnos que sentir por su pérdida. Trátase de poner en práctica una fe que existe en nosotros: a vos, que hace años que trabajáis sin descanso, os sostiene la esperanza, y por lo que a mí hace, como no he probado nada, ni debo temer ni confiar. Estoy pronta a caminar por el camino que señaléis, y si no tengo buen éxito, parecerme que nada tendrá que ver mi dolor con la conducta del clero conmigo. Más arriba será menester buscar el origen de nuestras lágrimas, monseñor, si no hallamos en las simpatías sociales algo que nos haga olvidar los sistemas eclesiásticos.

— ¡Lelia! dijo el prelado alargándola la mano con una dignidad franca y leal, tenéis razón, sois más fuerte que yo, y cada vez que os veo, se eleva mi alma por su contacto con la vuestra. En cierto modo yo valgo mucho menos de lo que pensáis, pues temo estar más sujeto de lo que vos me hacéis el honor de creer, a las ambiciones humanas; pero conozco que aún puedo desprenderme de ellas y no me sonrojaré de deber este grande ejemplo al superior saber de una mujer. Contad conmigo; seréis abadesa.

— Como queráis, monseñor, porque eso es loque menos me ocupa, y a fe que no me hubiera lomado la libertad de pedirlos este rato de conversación,

si no hubiese tenido que implorar otra gracia más importante a vuestra Eminencia.

— ¡Todavía más! pensó el cardenal, y a pesar suyo un resto de esperanza hizo chispear su profunda pupila. Hermana, la dijo, vos tenéis gran confianza en mí y yo os lo agradezco.

— 'Si; tengo gran confianza en vos, respondió Lelia en tono grave, porque se trata de ser grande, generoso, y atrevido, y vos lo seréis.

— ¡Cómo! dijo el cardenal, cuyos ojos se pusieron más brillantes todavía al ver una ocasión en que satisfacer su noble vanidad.

— Trátase de salvar a Valmarina, respondió Lelia, y esto lo podéis y lo queréis también

— Lo quiero, respondió Aníbal vivamente; pero ¿sabéis, señora, que ahora corre riesgo mi vida? SI no me sale bien mi pensamiento, no solo soy un príncipe desgraciado, si que también un ciudadano condenado; ó para hablar más sencillamente, añadió riendo, un hombre ahorcado.

— Es cierto, monseñor, ya lo he pensado.

— ¡Lelia! ¡Lelia! exclamó el cardenal, andando con agitación, ¡mucho me estimáis y debo estar orgulloso...

Estas palabras las pronunció tristemente; pero eran la expresión de un sentimiento sencillo, respetuoso, y sin doblez:

— ¿En dónde está Valmarina? añadió en tono decidido.

— Allende esa barranca, respondió Lelia, señalando con el dedo la dirección de la ventana. .

— Ahora no le persiguen y por lo mismo no hay tiempo que perder.... es necesario que salga de la frontera.

— Monseñor, pasando por la selva no hay más que cuatro leguas de camino.

— ¡Sí, pero necesita un pasaporte!

— Pero en compañía vuestra y en vuestro mismo coche no lo necesita para nada.

El cardenal hizo un gesto de sorpresa y luego se sonrió confuso de ver como Lelia trataba con él, de pederá poder,

al mismo tiempo que le ponía en un mundo nuevo, encumbrándole a su propia vista.

— ¿Y a qué hora debo acudir á la cita? preguntó con aire tierno y alegre a la vez.

— Hay una persona de quien vuestra Eminencia puede fiarse, respondió Lelia, y por esa persona he sabido esta mañana que el proscrito, no bailándose ya en seguridad en su asilo, irá a verla esta noche.

— ¡Y qué persona es esa!

— Aquí está su billete.

Tomólo el cardenal y leyó lo siguiente. «Mi estimada santa; el quo tú llamas Tremmor me ha hecho pedir asilo para esta noche. Corre peligro en la ermita; pero no está seguro en mi casa, a donde vienen personajes que lo pudieran encontrar y reconocerle. Temo sobre todo»

El cardenal leyó de una mirada el nombre del personaje temido y la firma de la carta.... y resistiéndose a un movimiento convulsivo que le hubiera hecho ajar la carta entre sus manos, y mirando a Lelia con una indignación mezclada de terror, la dijo en voz trémula:

— Señora, ¿es esto un juego?

— No es hora de juegos esta, monseñor. Valmarina está en peligro y yo os lo entrego. Esa mujer es mi hermana, mi propia hermana, y os la entrego también.

— ¡Hermana vuestra! Esto es imposible.

— Abyecta y grande a la vez, tiene la generosidad de callarlo; pero yo quo nunca me he dado la menor pena para agradar al mundo, no lo callo. No puedo hablar de ella sin sufrir, porque la he ainado, pero lloro por ella sin avergonzarme.

— ¡Bueno pues! esta voz también triunfáis, dijo el cardenal volviendo a Lelia el billete que esta quemó en seguida. Tenéis valor y no negáis verdad alguna. Todo lo cortáis fría y segura como la cuchilla de la justicia, Anuncíala ¿pero ¿quién ha de rebelarse contra vos?

— Aníbal, dijo Lelia, dándole a su vez la mano, quered-me como yo Os quiero.

— Si, hermana mía, respondió el cardenal apretándola la mano con fuerza, a media noche estaré en casa de la.... en casa de vuestra hermana, y mí coche y mis caballos me aguardarán fuera de las puertas de la ciudad. Mañana por todo el día sabréis el resultado de mi expedición, si no sucumbo en ella.

— No lo querrá Dios, respondió Lelia.

— Pero debéis decirme toda la verdad, dijo el cardenal volviendo atrás cuando iba a salir.... Yo puedo y debo saberlo todo, Lelia.... SI me tratáis... si me matéis a medias.... pareceme que podré aborreceros. Confesaos voluntariamente, puesto que acabais de confesarme a mi a pesar mío. ¿Valmarina estaba aquí por vos?

— Si, monseñor.

— ¿Os ama?

— Como un hermano.

— ¿Como yo a vos, por ejemplo?

Lelia titubeó y dijo;

— Como yo a vos, monseñor.

— ¿Pero le habéis amado, sin embargo?

— Nunca de otro modo que ahora.

Calló un instante el cardenal y luego añadió.

— En conciencia, sor Anunciata, decidme que pensáis de las preguntas que os estoy haciendo.

— Pienso que buscáis una nueva ocasión de ser generoso y magnífico. Sois algo vano, monseñor.

— Con vos, es verdad, respondió Aníbal.

Miróla algunos instantes en silencio, y su rostro expresaba una ardiente pasión, Aunque sin esperanza y sin ruegos. Luego, por una transición de

ideas fácil de comprender, pero en tono que no podía menos de satisfacer a Lelia, dijo:

— ¡Ah! olvidaba que queréis ser abadesa, paralo cual voy a trabajar en seguida. Y salió precipitadamente.

## LV.

Hermana, no puedo haceros saber una buena noticia por mí mismo, pero alegraos con la certeza de que vuestro amigo está en salvo, y de aquí en adelante sabréis fácilmente noticias suyas. Enviadme si queréis lascariás que lo remitáis, las cuales haré yo que las reciba cuanto antes, pues considero que os será agradable el estar en correspondencia desde vuestro retiro con aquel hombre respetable.

Si, Lelia, llenóme de tristeza y do respeto aquel desgraciado (pie trabaja por la virtud y huye de la gloria con tanta solicitud como ponen otros para alcanzarla. Quiso revelarme su secreto y contarme su juventud, su crimen y su desventura. ] Admirable delicadeza de un corazón que no quiere admitir el afecto de nadie sin merecerlo por medio de una confesión austera ¡¡Extraño y magnifico destino do un penitente que quisiera confesarlo que cualquiera otro ocultarla, y que al revés de todos los hombres degradados por la sociedad descubre cosas que nadie se atrevería a revelar traidoramente! Si, ese hombre busca la vergüenza, el sufrimiento y la expiación con una espantosa perseverancia, y sin ser cristiano tiene todo el fervor, toda la abnegación, y el entusiasmo lodo de los primeros fieles. Es un ejemplo vivo de la profunda é inagotable fuente de divinidad que salta del seno del alma humana; es una protesta enérgica contra ia debilidad y grosería de los humanos juicios; ha abdicado su propia vida y no respira más que en la humanidad, pues todos sus pensamientos son para la gran familia de los desgraciados. a ella consagra sus trabajos, sufrimientos, vigiliás, deseos, raptos

de su inteligencia y pulsaciones de su corazón, y sin embargo la más sencilla recompensa le espanta, y lo turba la muestra más legítima de aprobación ó aprecio. Al principio cualquiera creería que este es un modo digno de habilitarse para la sociedad; pero cuando se profundizan sus pensamientos, se ve que el exceso de su humildad es un exceso de orgullo, noble y pío sin embargo. Conoce a los hombres que le han hecho sufrir cruelmente, y por esto ni aprecia sus sufragios ni desea sus simpatías, do suerte que a no compadecerlos por un sentimiento profundo de amor y de piedad que le es propio, los despreciaría. Se ha decidido a servirles, porque halla en su conducta para con él la prueba de su ignorancia y su extravío, y lo que ellos no pueden hacer por él, quisiera que supiesen hacerlo unos con otros.

— Mirad, me decía al pasar rápidamente los bosques protegidos por las tinieblas, Aunque lodo el trabajo de mi vida no sirviese más que para reconciliar completamente con Dios y con la familia humana a un criminal de aquí a algunos siglos, ¿no fuera bastante recompensa? Dios pesa las acciones de los hombres en una balanza equitativa; pero como en las leyes de su perfección la idea de justicia implica la de piedad y de generosidad, ha hecho para nuestros crímenes infinitamente más ligero uno do los platos de la balanza en comparación del que debe llevar nuestras expiaciones. Un grano de trigo puro echado en el primero hace subir montañas de iniquidad puestas en el otro, y ese grano bendito yo lo he sembrado. En la tierra es muy poco; pero es mucho en los cielos, porque allí está la fuente de vida que hará germinar, fructificar y multiplicarse aquel grano.

¡Óh Lelia! El ejemplo de ese hombre me ha hecho dar una mirada sobre mí mismo, y Aunque príncipe de la tierra que bendigo a los hombres prosternados cuando me ven pasar, que levanto la hostia sobre la cabeza inclinada delos reyes, que ando por caminos sembrados de flores arrastrando púrpura y oro como si fuese de sangre más pura y de raza más excelente que la común de los hombres, me he hallado bien pequeño, frívolo y ridículo al lado de aquel proscrito que camina de noche, perseguido, asechado como una fiera, y amenazado de continuo con el cadalso, si no por el puñal pagado del primer asesino que reconozca su rostro. Ese hombre lleva el idealismo en su alma y la humanidad en sus entrañas, y yo no tengo en mi seno más que sentimientos de orgullo, el tormento de una ambición vulgar y la mancilla de mis vicios.

¡Lelia me confesásteis, y yo os doy gracias por lo bien que hicisteis: paréceme que quedará purificado de mis faltas si os descubro mi alma toda entera. Atended: nosotros nos ponemos de rodillas ante un simple sacerdote y le contamos nuestros pecados; pero esto no es confesarse, porque, poderosos como somos, no olvidamos que Aunque estemos de rodillas delante de aquel subalterno, él está prosternado en espíritu ante el brillo de nuestros títulos y escucha temblando lo que le decimos con arrogancia, con miedo de oír la confesión de nuestras faltas porque teme verse obligado por su ministerio a reprendernos. De este modo es el juez quien se turba y espanta, mientras el penitente que sonríe por su angustia es el verdadero juez y el soberbio despreciador de la debilidad humana. Si por ventura nos confesamos con iguales nuestros procuramos apartar de nuestra confesión todas las circunstancias particulares que puedan servir para alimento de la intriga ó de arma para la envidia. En medio de tan mezquinas preocupaciones, ¿cuál es el alma bastante pia y qué arrepentimiento es bastante fervoroso para subir a Dios libres de todo pensamiento terrestre? No, Lelia, yo no me he confesado jamás en espíritu y en verdad, y sin embargo nadie está más penetrado que yo de la grandeza y sublimidad de ese sacramento, que hubiera librado a Tremmor del horror del presidio, si hubiesen dado alguna luz a las leyes sociales el espíritu de la penitencia cristiana y la santidad de la absolución religiosa.; Oh! ¡si, yo comprendo la importancia y el beneficio de esta augusta institución, y hubiera querido fortalecerme por ella renovando mi alma en las saludables aguas de su nuevo bautismo! Pero yo no podía, porque necesitaba un confesor digno de mi arrepentimiento y no lo he hallado, porque en eidero siempre he visto juntos la inteligencia y el orgullo ó la intriga, el candor y la superstición ó la ignorancia: Cuando el penitente es capaz del sacramento, el confesor no lo es, y cuando el confesor es digno de quitar al alma sus impuras cadenas, el cautivo no merece su libertad. Para consagrar el misterio sublime de la absolución debieran asociarse dos almas igualmente creyentes é igualmente llenas del sentimiento divino. Por esto, Lelia, ya que me falla un sacerdote y no hallo un hombre santo, paréceme que puedo invocar una hermana ó una madre si así queréis, porque Aunque seáis más jóven que yo de muchos años, sois más fuerte y tenéis más saber que yo, que me siento trémulo y sumiso como un niño ante vos, ó pesar de que comienza a devastarse ya mi frente. Confesadme pues; puesto que no temisteis decirme caraá cara que yo era un pecador, consentid en bajar al fondo de mi conciencia, y si halláis un dolor ó remordimientos

sentidos absolvedme, pues me parece que el cielo ratificará vuestra sentencia y que por primera vez quedará purificada mi alma.

Decidme todo lo que pensáis y condenadme según el rigor de vuestra justicia. ¿Soy por ventura hipócrita porque cedo a unos arrebatos de que como hombre me avergüenzo y que debo ocultar como sacerdote? SI tal creyese me causaría horror a mí mismo, pero en verdad no creo que se me pueda atribuir semejante dictado. En el tiempo en que vivimos, esta conducta que estoy muy lejos de querer justificar, ¿es la de Tartufo en el siglo XVII? No puedo creerlo. El falso devoto de los siglos pasados era un ateo, y yo no lo soy. Burlábase de Dios y de los hombres, pero yo. Aunque no tenga miedo del uno ni de los otros, no por esto venero menos al Eterno y dejo de amar a mis semejantes. No hay más sino que yo he examinado el fondo y analizado la esencia de la religión cristiana, y creo haberla comprendido mejor que todos esos que se llaman sus apóstoles. La creo progresiva y mejorable por permiso y voluntad de su

mismo divino autor, y Aunque sepa que soy hereje, según el modo de ver de la Iglesia actual, estoy seguro en mi conciencia de la pureza de mi fe y de la ortodoxia de mis principios. Por tanto, no soy ateo si violo los mandatos de la Iglesia, porque esos mandatos son insuficientes para el tiempo en que vivimos y la Iglesia tiene derecho y poder para reformarlos, puesto que debe arreglar sus instituciones a los derechos y necesidades progresivas de los hombres. así lo ha hecho de siglo en siglo desde su institución: ¿por qué pues se ha de detener en medio de su marcha providenciar? ¿Por qué habiendo sido la expresión de los perfeccionamientos sucesivos de la humanidad y marchado gloriosamente en frente de la civilización, se ha dormido al fin de su jornada sin acordarse del día de mañana? ¿Se creará haber llegado su fin? ¿Qué es lo que la detiene así, el vértigo del orgullo ó el agotamiento de sus fuerzas? ¡Ah ¡muchas veces os he dicho que pienso, presiento, creo, busco y espero con impaciencia la hora de que despierte, y no quiero salir de su seno ni ser excluido de su comunión, porque no pienso que un cisma salido de ella y que enarbole un nuevo estandarte pueda entrar en la nueva vía del progreso religioso. Para hacer un cisma declarado es preciso separarse del cuerpo de la Iglesia, apartar lo pasado de lo presente, y por consiguiente perder todos los beneficios, ventajas y frutos de aquel tiempo pasado, rico, pujante y glorioso. La humanidad, habituada a andar por el camino ancho y recto de la Iglesia, no puede caminar por senderos si



lo divide en fracciones y por intervalos, sintiendo siempre, tanto en las instituciones religiosas como en las civiles, la precisión irresistible de la unidad. Para la sociedad se requiere un culto solo é indivisible, y la Iglesia católica es el único templo bastante grande, antiguo y sólido para contener y proteger la humanidad. Para todas esas naciones esparcidas sobre la haz de la tierra, que no tienen masque una fe incierta y ritos groseros, todavía el catolicismo es la sola moral redactada con suficiente claridad y asaz simplemente formulada en su sublimidad para endulzarlas feroces costumbres é iluminar las tinieblas del entendimiento. Ninguna filosofía moderna se ha constituido en el punto en fué la Iglesia se halla, ni puede derramar sobre la infancia de las naciones una luz tan pura. Yo creo por lo mismo en el porvenir y en la vida eterna de la Iglesia católica y no quiero separarme de los concilios, a pesar de que lo que han hecho Lo miro como insuficiente incompleto, porque ninguna nueva autoridad podrá llevar jamás un carácter tan sagrado. A pesar de mi admiración por Lulero y de mi simpatía por las ideas de reforma, no me habría jamás alistado bajo su bandera, Aunque hubiese vivido en la grande época de su generosa insurrección. Pardeóme que desde entonces habría comprendido que consumando su divorcio con los grandes poderes consagrados por los siglos, el protestantismo firmaba su sentencia de muerte en el dia mismo de su nacimiento. Si, creo que la Iglesia, decrepita y agonizante en apariencia, oculta bajo sus cenizas y rescoldo una chispa de eterna vida y quieto que todos los trabajos y esfuerzos de la fe y de la inteligencia tiendan a reanimar esta chispa y hacer brillar de nuevo la ilama sobre el altar. Quiero conservar la omnipotencia del papa y la infalibilidad del concilio, a un de que nuevos con cilios revisen la obra desús antepasados y reformen el vestido del culto para que venga bien al talle de hombres que han crecido y se han hecho más robustos.

Entre las reformas que quisiera ver discutir y consagrar, os citaré una de las que más me han ocupado desde que soy clérigo, y es la abolición del celibato entre los sacerdotes. No creáis, Lelia, que me hayan incitado mis pasiones individuales ó tas sordas reclamaciones del clero jóven. Nosotros que encontramos difícil y terrible el voto no le guardamos con bastante fidelidad, para que tengamos necesidad de una sanción pública para nuestras infidelidades. He buscado más arriba la causa de los peligróse inconvenientes funestos quo se adineren al celibato, y la he hallado en la historia. He visto que el poder, la inteligencia y las luces se conservaban en las castas sacerdotales de las antiguas religiones por motivo del matrimonio de los

sacerdotes y de la educación particular, que creaba dignos sucesores de dignos padres en las personas desús hijos. He visto la Iglesia cristiana guardando el trono intelectual sobre los monarcas de la tierra, mientras no salió de su seno, pero pronunciada la sentencia del celibato para sus miembros, puso en un peligro su existencia, y es maravilloso que no haya sucumbido ya él, pero sucumbirá por fin sino rescinde esta ley fatal, Lo hará sin duda alguna, porque comprenderá que reclutando sus levitas en todas sus clases, introduce en su seno los elementos más diversos, más heterogéneos é inconciliables, y por lo mismo falla el espíritu de cuerpo, la unidad y la Iglesia. La Iglesia no es ya una patria en que la herencia encadena las almas y bautiza las iniciaciones; es un taller en que cada jornalero va a recibir el pago de su trabajo sin perjuicio de fallar secretamente a sus promesas. De ahí se origina la hipocresía, vicio abominable que repugna a toda alma honrada, y sin el cual no se habría podido sostener el clero como lo ha hecho hasta ahora bien ó mal, al través de mil desordenes...de mil mentiras y de mil bajezas, cuyo secreto ha debido guardar la Iglesia en vez de buscarlo y castigarlo: prueba innegable de debilidad y de disolución.

He debido dar esta explicación para justificarme en cierto modo. No creo en la santidad absoluta del celibato, porque si Jesucristo predicó su excelencia no consagró su obligación, y aún su excelencia la predicaba a hombres embrutecidos por el abuso de goces groseros para cuya enseñanza y civilización habia venido al mundo. SI concedió a sus apóstoles una autoridad eterna, fue porque en las previsiones de su infinita sabiduría conocía que habia de llegar un día en que el celibato fuese nocivo a su obra divina y en que los sucesores de los apóstoles tendrían que abolirlo. Este dia ha llegado ya, y la Iglesia no tardará en proclamarlo, pero entretanto faltamos a nuestros votos. ¿Merecemos excusa? Sin duda que no, porque nuestra sabia doctrina lo es de una perfección ideal hacia la cual debemos dirigirnos de continuo a toda costa, y en nuestro caso consistiría la perfección, hallándonos en tan difícil estado, en sacrificar nuestras inclinaciones y en vivir irrepreensibles esperando la sanción de nuestros legítimos instintos. Esta miserable debilidad que no me deja obrar así, la repruebo y me acuso de ella. Condenadla, santa mía, pero no me confundáis con esos vulgares é impúdicos libertinos que de ella se vanaglorian, ni con los cobardes embusteros que la niegan. a esos mojigatos nadie los cree. Por poco que sintamos algo en el alma, conoceremos que no vivimos en el mundo para pasear por las calles con el rostro flaco y amarillento y los ojos clavados en el suelo,

para causar terror y respeto a los hombres como los fanáticos de la India y los monjes de la edad media. Demos de barato semejantes austeridades, y sobre todo la crédula veneración que se granjeaban en otro tiempo: otros son los trabajos que debemos, hacer, otra la enseñanza que se ha de dar, otro el desarrollo, en que debe procurarse. Instigadores de la vida somos y debemos ser al menos, y no guardianes de la tumba.

¡Y sin embargo diréis que callamos nuestras flaquezas! No tenemos valor para proclamar este derecho que nos arrogarnos individualmente, y cuyo audaz ejercicio sería un enérgico llamamiento de nuevas instituciones, lo cual no podemos hacer porque no queremos separarnos del cuerpo de la Iglesia ni perder los derechos de ciudadanos en las asambleas de la ciudad santa. Soportamos el sufrimiento y la pena de esta falsa posición en que nos pone la terquedad ó la incuria de nuestras leyes, y no por eso somos hipócritas, porque ahora hallaríamos más aliento para nuestros desordenes, que antipatía é intolerancia en otro tiempo por nuestras flaquezas. Yo os lo aseguro, que conozco bien al mundo y a los hombres que fallan sobre la opinión: prefieren en nosotros a la feroz austeridad las costumbres livianas y disolutas si se quiere, porque nuestros desvíos marcan la embriaguez del progreso, mientras su virtud no atestigua más que una retrógrada tenacidad.

No me acuséis de débil, en nombre del cielo, hermana mía, porque ahora más valor se necesita para callar que para descubrirse: acusadme de loco ó débil bajo otros aspectos, consiento en ello; si, decidme que no soy discípulo práctico del idealismo, y que vivo en contradicción conmigo mismo, Paréceme que podéis volverme a la virtud, la cual por vos amo más y más cada día, ¡noble pecadora, retirada a la Tebaida para contemplar y profetizar! Habladme, dadme valor y rogad por mí, puesto que Dios os quiere.

¡Adiós! Acabo de recibir autorización para proponeros para abadesa a vuestra comunidad, y esta proposición equivale a una orden. Ya sois princesa de la Iglesia, señora; servidla pues, ya que podéis y debéis. Todo vuestro sexo tiene la vista clavada en vos.

## LVI.

Dios recompensará vuestros trabajos dando calma a vuestras noches y a vuestros días gran fuerza. No os doy gracias, monseñor, porque no quiero atribuir a condescendencia de la amistad lo que vuestros nobles instintos os prescribían. Entre los hombres tenéis una hermosa reputación, pero alcanzáis más grande gloria en el cielo, y ante esta yo me inclino.

A muy delicadas preguntas queréis contestación, y pedís me parecer sobre cosas que exceden el alcance de mí entendimiento. Procuraré sin embargo hacerlo; porque acepte el imponente carácter de confesor que queréis darme, sino porque debo manifestar sinceramente mi corazón ante el vuestro, por la admiración que vuestro carácter me inspira.

No me atrevo a reprenderos por muchas de las cosas que queréis que juzgue, pero me aflige el veros en ellas en contradicción con vos mismo, y esto lo conocéis así, puesto que no queréis defenderos, sino solo excusaros. Si, sois excusable sin duda; presérvenos Dios de desconocer la libertad sagrada de nuestra conciencia y el derecho de revisar las instituciones religiosas que Jesús nos encomendó como una obligación incesante, para engrandecerlas, y no para inmovilizarlas; pero este derecho de la conciencia tiene sus límites en la aplicación individual, y tal vez cesaría desde luego y sin esfuerzo vuestra contradicción si pensaseis seriamente en fijar estos límites. Paréceme que cuando nuestras acciones no van acordes con nuestros principios puedo deducirse que los principios no son seguros. a lo menos, para los hombres de vuestro templo la certidumbre de las ideas debe gobernar tan imperiosamente los instintos, que una vez establecido el principio del deber, sea su práctica fácil y hasta necesaria, y no se vea la posibilidad de faltar a ella. Veamos ahora, monseñor, si no es un gran mal el usar de antemano de una libertad que la Iglesia no ha sancionado, cuando se persiste en permanecer en el seno de la Iglesia, y si los hombres que no juzgan más que por los hechos, tendrían ó no facultad de acusaros de esa doblez que lauto teméis y que tan poco merecéis, bien conocido el fondo de vuestra alma.

En un sentido, monseñor, sois mucho menos católico que yo, y en otro lo sois mucho mas. Yo sigo la fe romana por sistema y por una especie de convicción que no puede ser fachada de hipocresía, puesto que estoy resuelta a conformarme a todas sus instituciones. Vos por esta parle faltáis, violando sus mandatos, ó pesar de estar ligado con la Iglesia con quien estáis casado por inclinación, por decirlo así, mientras que yo no he contraído con ella más que un matrimonio de razón. Creéis en su porvenir y no concebís el progreso de la humanidad masque en ella y por ella. Os hiere, contraria éirrita; veis sus faltas, señaláis sus defectos.

indicáis sus errores, pero no por eso la amáis menos, y preferís sacrificar a su obstinación el reposo y (perdonadme si soy franca) hasta la dignidad de vuestra conciencia, más bien que no reñir con esa esposa exigente a quien amáis.

No sucede así conmigo. Permitidme, monseñor, que continúe este paralelo entre nosotros dos, pues lo necesito para explicarme bien. Yo he vuelto sin fervor y sin transporte alguno al gremio de esta Iglesia que en otro tiempo servía con un candor entusiasta. El perfume de mis años juveniles, la ciega confianza y la exaltada fe no pueden entrar otra vez en mi alma: yo ni lo pienso siquiera, y estoy tranquila porque creo haber hallado, sino la verdadera sabiduría, a lo menos el camino recto hacia mi progreso individual, abrazando, a falla de otra cosa mejor, esta forma particular de la religión universal. He buscado la expresión mejor formulada de ese culto de idealismo que yo necesitaba, y Aunque aquí no la he hallado perfectamente, la he visto sin embargo superior a todas las demás y me he refugiado en su seno sin pensar en su porvenir. Por poco que dure, monseñor, durará más que nosotros, y la existencia moral de la humanidad se sostendrá por medio de socorros providenciales que no podemos prever tan fácilmente como vos Creéis. Yo no me fio en mis instintos, pues me ha atormentado demasiado la duda para dirigir una mirada investigadora sobre las futuras generaciones: temería espantarme aún, y prefiero prosternarme humildemente rogando a Dios que me alumbre para cumplir los deberes de mí efímero destino. Haré lo que pueda; será poco, pero, como dice Tremmor, Dios hará que fructifique el grano si le juzga digno de su beneficio. No dejo de conocer que estamos en la transición de un úia que oscurece a un alba que se ilumina incierta todavía, y tan pálida que casi andamos en tinieblas. Yo he tenido grandes ambiciones de certeza que la fatiga y el valor ban enfriado; más es-

pero en silencio y quebrantado el corazón, resuelta a lo menos a abstenerme del mal y abdicando la esperanza de todo goce propio porque la corrupción de los tiempos y la incertidumbre de las doctrinas han convertido en ilegítimos todos nuestros derechos y hecho irrealizables todos nuestros deseos. Hace algunos años que no teniendo convicción fija sobre los deberes civiles y religiosos, y viendo bien los defectos de estas dos legislaciones, sin saber en donde hallar el remedio, osé buscar en mi luz la experiencia y me abandoné al más noble instinto de mi alma que fue el amor; pero aquella experiencia fue funesta, porque sacrifiqué mi reposo en este mundo y mi fuerza social, que era la pureza de mi reputación. ¿Qué me importa la opinión de los hombres? Yo buscaba el ideal, y creí estar en buen camino para hallarlo, porque sentía agitarse en mi corazón mis facultades más nobles, como el afecto, la fidelidad, la confianza y la abnegación; pero no fui secundada porque no podía serlo. Los hombres de mi tiempo pensaban, sentían y obraban según su antigua ley, y mi ley nueva, toda de instinto y de adivinación, no podía ser comprendida ni desarrollada. Sucumbí a la pena, y quebrantada por la desesperación, divagué largo tiempo en un laberinto de votos y de esperanzas contrarias, hasta que próxima a sucumbir a la tentación de una nueva prueba, recobré la fuerza y la luz a la vista de la flaqueza y del obcecamiento. Entonces me atreví a creer que había andado más aprisa que la humanidad y que debía pagar la pena de mi impaciencia. El himeneo, tal como yo lo concibo y como yo lo habría exigido, no existía aún sobre la tierra, y tuve que retirarme en el desierto, y esperar que los designios de Dios llegasen a sazón. Tenía a la vista el deplorable ejemplo de una hermana dolada como yo de un gran instinto de independencia y de una inmensa necesidad de afecto, sumergida en los abismos del vicio por haber osado buscar la realización de su sueño. Yo no tenía elección entre su suerte y la que acabo de abrazar, por esto estoy en el claustro; más es preciso que tengáis presente, monseñor, que el claustro es quien me ha adoptado y no la Iglesia. Nunca será objeto de mis pensamientos ni blanco de mis trabajos la gloria de una casta, pues lo que me ocupa y atormenta es la salud de la mitad del género humano. Mal he dicho. La humanidad entera es quien me desvela, porque los hombres sufren tanto como las mujeres la falla del amor, y lo que en su lugar ponen, que es la ambición, el desorden ó el dominio, les crea sufrimientos y profundas penas cuya causa desconocen y buscan. Creen que estrechando nuestros lazos reanimarán nuestro fuego, y por el contrario se extingue cada día mas, sin pensar que bastarla quitarnos

su yugo brutal para hacernos voluntario y sagrado este mismo yugo. Pero ya que ellos no quieren hacerlo nosotras debemos obligarles. ¿Pero cómo lo alcanzaremos\*? ¿será acaso precipitándonos cada día en los brazos de un ídolo que al día siguiente romperemos? ¡No! porque en este caso nos quebrantaríamos nosotras mismas. ¿Armaremos una lucha escandalosa en el seno del himeneo? ¡No! porque las leyes nos rehúsan su protección, y nuestros hijos se han inmolado frecuentemente en semejantes luchas. ¿Nos entregaremos al desorden, engañando a nuestros dueños y fallando de continuo a los objetos de nuestro efímero deseo? ¡No! porque extinguiríamos más y más la sagrada llama que acallaría por desaparecer del mundo: nos haríamos tan ateas en amor como los hombres, y no tendríamos razón entonces si nos quejábamos de estar sujetas a) imperio de la fuerza.

No hay más que un medio para recobrar nuestra libertad, y consiste en revestirnos de un justo orgullo y en colgar como las hijas de Sión, nuestras arpas en los sauces de Babilonia y rehusar el cántico de amor a los extranjeros, nuestros opresores. Viviremos con el duelo y las lágrimas, es cierto; nos sepultaremos vivas y renunciaremos a los santos goces de familia, lo mismo que a la embriaguez del deleite, pero guardaremos la memoria de Jerusalén y el culto del idealismo. Por ende, protestaremos contra la impureza y grosería del siglo, y obligaremos a esos hombres ahílos luego de sus abyectos placeres a hacernos nuevo lugar a su lado y a presentarnos en dote la misma pureza en lo pasado y la misma fidelidad para lo futuro que ellos exigen de nosotras.

Esto es lo que yo pienso, monseñor. Con esta intención he querido ser la primera en colgar mi arpa, muda en adelante para los hijos de los hombres, y creo que otras mujeres discretas, siguiendo mi ejemplo, vendrán a llorar conmigo en las colinas. He querido tener autoridad entre estas mujeres a fin de hacerlas comprender la importancia y solemnidad de su voto, y en esto, monseñor, no me aparto del espíritu del cristianismo y remonto el monástico a su primitiva institución. Recordad las edades turbulentas y desgraciadas que precedieron y siguieron a la revelación del Evangelio, poco esparcida aún y mal formulada: acordaos de los esenienses que Plinio nos pinta congregados a orillas del mar Caspio; «¡nación fecunda en donde nadie nace ni muere, raza solitaria, compañía de palmeras!» Pensad en los padres del desierto, en las santas mujeres cenobitas, en San Juan el poeta inspirado, en San Agustín abito de mundanos gozes y hambriento de la vida celestial

¡El tedio que condujo a la Tebaida a los discípulos de lo ideal, la inquietud que los hacia divagar en los jardines solitarios y el ascetismo que los tenía contenidos en sus ermitas, ¿no provenían de la imposibilidad de vivir de la misma vida que las funestas generaciones a cuyo seno los habian lanzado? ¿Querían por ventura fijar por principio absoluto, universal y eterno la excelencia de la virginidad y la necesidad del desprendimiento? Sin duda que no, porque bien sabían que la humanidad no puede ni debe querer su suicidio; pero se inmolaban en holocausto ante el Señor, a fin de que los hombres, testigos de su agonía memorable, entrasen en si y sintiesen la necesidad de convertirse.

El claustro me parece ahora lo mismo que entonces un refugio contra la tempestad y un asilo contra los lobos devoradores. El claustro, puesto bajo la protección de la Iglesia, debe reconocer su autoridad y practicar su disciplina, y puede y debe componerse, no ya de doncellas desgraciadas por la naturaleza ó por la fortuna, sino de vírgenes y viudas escogidas. Otra misión existe todavía, y estriba en dar una educación piadosa a un número mayor, sin poner traba alguna, para tener una enseñanza que las mujeres no pudiesen jamás echar en olvido y de la cual pudieran sacar la fuerza y dignidad que necesitan en el curso de la vida. Tal vez pueden dárseles principios más bien desarrollados que los que hasta aquí han recibido, pues de estos últimos parece que sacan poco fruto por lo poco que los recuerdan. Estoy convencida de que sin apartarse de la doctrina apostólica se pueden obtener mejores resultados que los que hasta ahora se han obtenido. El monasterio de que ahora me hacéis superiora fue fundado por una santa doncella, cuya vida es para mi un manantial de meditaciones llenas de encanto y fecundasen buena doctrina. Hija y hermana de rey, dejó su calzado de oro y de seda al salir del umbral de su palacio, y vino aquí a pie desnudo a vivir de raíces de plantas que crecen junto a las fuentes entre rocas y peñascos. Arrobada en éxtasis hacia al cielo, desdeñó el esplendor de la fortuna y el brillo del poder é hizo servir su dote para reunir compañeras en torno suyo, al mismo tiempo que empleaba los dotes, de su inteligencia en enseñarlas el desprecio de los hombres pórdidos y la abstinencia de groseros placeres, ¡Oh! sin duda que para saber esas cosas también habia intentado amar.

Ahora bien, siguiendo el ejemplo de aquella princesa verdaderamente augusta, quisiera yo enseñar á las mujeres engañadas como deben buscar consuelo y remontarse bajo el abrigo del Señor, y a las jóvenes ignorantes y



crédulas como deben conservarse castas y altivas en el seno del himeneo. Se las habla demasiado de una dicha posible y sancionada por la sociedad, se las engaña haciéndolas creer que a fuerza de sumisión y de afecto se logra obtener de sus esposos una reciprocidad de amor y de constancia; se las obceca, Ya no se las debe hablar más de dicha, sino de virtud, y enseñarlas como se conserva la altivez con la dulzura, como se hermanan la firmeza y la paciencia, y como concuerdan el saber, la prudencia y el afecto. Sobre todo debe hacerse que amen a Dios con tanto ardor, que sea él su mayor consuelo en los engaños que las amagan, a fin de que burlada su confianza y quebrantado su amor, no se las busque en el desorden la única ventura que se las ha hecho comprender y para la cual se las ha dispuesto. Es necesario en fin que estén prontas a sufrir y a renunciar toda esperanza en la tierra, porque toda esperanza es frágil y toda promesa falsa a no ser de Dios, Creo que es este el espíritu de la Iglesia. ¿Por qué pues no producen ya más frutos semejantes preceptos?

Ya veis, monseñor, que sin mirar tanto como vos por los intereses de la Iglesia me inclina mi lógica a servirla mejor que vos. ¿De qué procede esta diferencia? No quiera Dios que piense yo elevarme sobre vos, que poseáis medios que yo no alcanzo en tanto grado, como son la energía del carácter, el poder de la voluntad, la luz de la ciencia, el ardor del proselitismo y la fuerza de la convicción; pero vos queréis conciliar dos cosas inconciliables, la protección de la Iglesia y vuestra independencia, y me temo que la Iglesia se muestre poco favorable a los derechos que queréis restablecer. No me es lícito juzgar vuestras reclamaciones contra el celibato eclesiástico, porque por mi parte no me siento dispuesta a aprobarlas, no viendo claramente en la Iglesia el porvenir del mundo y hallando solamente que la Iglesia sirve a ese porvenir. En tal sentido paréceme que apresurarla su pérdida aflojando su austeridad, único apoyo de las almas que el torrente del siglo no arrastra hacia el abismo, Tremmor cree que de las ruinas de esta religión saldrá otra nueva que conservará lo que está tiene de inmortal y descubrirá nuevos horizontes. Cree también que esta religión dará a todos sus miembros la investidura de la autoridad pontifical, conviene a saber el derecho de eximen y de predicación. Todo hombre será ciudadano, esto es esposo y padre, y al mismo tiempo sacerdote y doctor de la ley religiosa. Posible es esto; pero entonces monseñor, ya no habrá catolicismo ni tampoco Iglesia. Si esta llega a no ser ya necesaria luego será peligrosa, y en tal caso ¿quién la echará de menos? Noble prelado, su gloria os preocupa mucho porque vuestra mis-

ma inteligencia necesita gloria y quiere brillar con la de la Iglesia; pero separad por un instante con el pensamiento vuestra gloria personal de la del cuerpo, y veréis qué no os queda más camino que seguir que el de la insurrección contra sus decretos. En este caso sois un mal sacerdote y un grande hombre.

Pero vos no queréis separaros del cuerpo, y sin embargo no podéis ya reprimir vuestras pasiones, y aceptáis un papel hipócrita mereciendo una acriminación que os es amargársete sensible, antes que abandonar la casta sacerdotal. En este caso sois un gran prelado y no más que un hombre ordinario. Sacrificad vuestras pasiones, monseñor, y seréis desde luego lo que la sociedad y el cielo os han hecho: un gran hombre y un gran prelado.

## LVII.

### LOS MUERTOS.

Levantándome todos los días muy temprano, mucho antes que amanezca, me paseo, entro tinieblas, sobre las largas losas llenas de epitafios que abrigan un sueño sin fin, y a veces me sorprendo que bajo con la idea a las fosas, en donde me tiendo en paz para descansar de la vida. Unas veces me abandono al sueño de la nada, tan dulce a la abnegación de la inteligencia y a la fatiga del corazón, y no viendo ya en aquellos huesos que piso más que reliquias caras y sagradas, busco un lugar entre ellos y mido con la vista la losa de mármol que cubre el lecho mudo y tranquilo en que descansaré luego, y mi espíritu toma de él posesión deliciosamente.

Otras veces me dejo seducir por las supersticiones de la poesía cristiana, y me parece que mi espectro volverá a pasearse lentamente bajo estas bóvedas habituadas a repetir el eco de mis pasos. Alguna vez pienso también que ya no soy más que un fantasma que debe volver al sepulcro al lle-

gar la aurora, y miro el tiempo pasado y aún el presente como una vida de que me separa ya la tumba.

Hay un lugar que miro con predilección bajo los hermosos arcos bizantinos del claustro, y es un sitio del jardín en que la losa sepulcral se oculta bajo la aromática yerba en donde la pálida rosa se inclina sobre las calaveras esculpidas en los ángulos de la piedra. Una adelfa gigantesca ha invadido el ligero arco de la última puerta del patio, y redondea sus ramas pomposas bajo la bóveda de la galería. Las losas se cubren con sus hermosas llores, que al menor soplo del viento saltan de su estrecho cáliz sobre el lecho mortuorio de Francesca.

Francesca era abadesa antes de la que me ha precedido, y murió centenaria con todo el poder de su virtud y de su genio. Según dicen era tan santa como sabia. Aparecióse a María del Fiore algunos días después de su muerte, en el momento en que esta tímida novicia iba a orar sobre su sepulcro. La pobre jóven se espantó de tal manera, que murió ocho días después, medio sonriendo medio consternada, y diciendo que la abadesa la habia llamado y mandádola que se preparase para morir. Fue enterrada a los pies de Francesca a la sombra de las adelfas.

Allí quiero que me encierren también, pues hay una losa sin inscripción que será levantada para mi y luego sellada, entre la mujer religiosa y fuerte que suportó cien años el peso de la vida y la mujer devota y tímida que sucumbió, al menor soplo del viento de la muerte, entre esos dos tipos tan amados míos, la fuerza y la gracia, entre una hermana de Tremmor y otra hermana de Stenio.

Franceses era aficionadísima a la astronomía por la cual habia hecho estudios profundos, y se burlaba algún tanto de la afición de María a las flores. Dicese que cuando la novicia le enseñaba por la noche lo que habia hecho de dia en el jardín, la anciana abadesa levantando su descarnada mano hacia las estrellas la decía siempre con voz firme y segura: mi jardín está allá arriba.

Heme complacido muchas veces en interrogar a las ancianas del convento y en recoger estos detalles sobre dos existencias que van a perderse luego en la noche del olvido.

Esta desaparición completa de los muertos es una cosa triste. El cristianismo corrompido ha inspirado hacia ellos una especie de terror mezclado de odio, sentimiento fundado tal vez en la asquerosa forma de nuestras sepulturas y en la necesidad de separarse bruscamente y para siempre de los despojos de aquellos a quien amamos. Los antiguos no tenían este miedo pueril, y yo me deleito en verlos llevar en brazos la urna que contiene un pariente ó un amigo, que contemplan con frecuencia, que invocan en los mayores apuros, y que les sirve para consagrar todos los actos enérgicos: aquella urna hace parte de su herencia, la ceremonia de las exequias no se confía a mercenarias manos, porque el hijo no mira con horror el cadáver en cuyo vientre se engendró, no deja que le toquen manos impuras, cumple por sí mismo este último deber y por sí mismo derrama los aromas, emblema del amor, sobre los restos de su madre venerada.

En las comunidades religiosas he hallado algo de ese respeto y de ese antiguo afecto ó los muertos. Ponen la mortaja manos fraternales, y adórnase con flores. A la frente del cadáver, expuesto todo el día ¡las miradas de despedida; el sarcófago está colocado en medio de la morada, en el seno de los hábitos de la vida, porque el cadáver debe dormir para siempre entre seres que dormirán más tarde a su lado, y todos los que pasan por encima de su tumba le saludan como si aún viviese. El reglamento protege su recuerdo y perpetúa el homenaje que se le debe. La regla, cosa tan excelente y tan necesaria a la criatura humana, imagen de Dios sobre la tierra, religiosa preservadora de los abusos y generosa guardiana de los buenos sentimientos y de los antiguos afectos, se hace la amiga de los que ya no tienen amigos, porque recuerda cada día en las oraciones una larga lista de muertos que no poseen ya sobre la tierra más que un nombre escrito sobre una losa y pronunciado en el memento de la noche. He encontrado esta costumbre tan hermosa, que he hecho restablecer muchos antiguos nombres que se habían quitado para abreviar la Oración, y exijo la estricta observancia, procurando al mismo tiempo que el enjambre de novicias atravesase el claustro en silencio y con el mayor recogimiento, cuando vuelve con algazara del paseo.

Por lo que toca al olvido de los hechos de la vida, llega aquí para los muertos más pronto que en cualquiera otra parte, y esto proviene de la falta de posteridad. Poda una generación de religiosas se extingue casi al mismo tiempo, porque la falta de acontecimientos y las costumbres uniformes prolongan en general la vida en proporciones casi iguales para todos los indi-

viduos. Las longevidades son notables, pero la vida acaba toda de una vez. Los intereses ó el orgullo de familia no dan preferencia a nombre alguno, y no existiendo la rivalidad de clases, la igualdad de la tumba es solemne y completa. Esta igualdad borra pronto las biografías porque la regla prohíbe escribirlas sin una canonización en forma, y esta prohibición es un pensamiento de fuerza y de prudencia, que pone un freno al orgullo, que es el vicio favorito de las almas virtuosas, é impide que la humildad de los vivos aspire a la vanidad de la tumba. así es difícil que al cabo de cincuenta años conserve la tradición algún hecho particular de alguna religiosa, y esto hace que semejantes recuerdos sean mucho más preciosos.

Sin embargo, como esta prohibición no me alcanza a mí, voy a haceros mención de Inés de Galanía, cuya novelesca historia he oído contar aquí. Novicia llena de fervor y en vísperas de unirse con el celeste esposo, fue llamada otra vez al mundo por la inflexible voluntad de su padre. Casada con un anciano señor francés y conducida a la corte de Luis XV, cumplió su voto de virginidad según la carne y según el espíritu, a pesar de que su gran belleza la merecía esclarecidos adoradores. Por último, al cabo de diez años de destierro en la tierra de Canaan, recobró su libertad por muerte de su padre y de su esposo y volvió a consagrarse a Jesucristo. Al llegar al convento por el camino de la montaña venia ricamente vestida, seguía un numeroso cortejo, y una muchedumbre de curiosos se agrupaba para verla entrar. La comunidad salió del claustro y en procesión hasta la última reja, con banderas desplegadas y presidida por la abadesa, cantando el salmo: In exilu Israel de Egipto. Abrióse la reja para recibirla, y entonces la bella Inés quitándose del pecho un ramillete, lo echó sonriendo por encima de los hombros como el primero y último gaje que el mundo podía recibir de ella; luego quitó con vivacidad la cola de su manto de manos del niño moro que la llevaba, y pasó rápidamente la reja que se volvió a cerrar en seguida y para siempre detrás de ella, mientras la abadesa la recibía en sus brazos y las demás monjas estampaban en su frente un beso de alianza. El día siguiente hizo una confesión general de los diez años que había pasado en el mundo, y su sabio director halló tan puro y tan hermoso aquel tiempo pasado, que la permitió continuar el tiempo de su noviciado desde donde lo había dejado, como si aquellos diez años de interrupción no hubiesen sido mas que un día, día tan casto y ferviente que no habia alterado la perfección en que estaba su alma, cuando en víspera de tomar el velo fue conducida a otros altares.

Fue una de las religiosas más sencillas y humildes que

ha habido en este convenio, siendo su piedad dulce, alegre y tolerante, inalterable su serenidad y elegantes sus costumbres. Cuéntase que era muy aliñada en sil traje, y que habiéndola reprendido el confesor por esta vanidad, le respondió sencillamente en estilo de su tiempo, que ella no lo conocía, y que se hacía brava sin saberlo, por la costumbre que habia contraído de hacerlo en el mundo para contentar a sus parientes; que por lo demás no la sabia nial que la hallasen de buen aire, porque el sacrificio de una juventud brillante todavía y el de una belleza muy celebrada era más honroso para el celeste esposo de su alma, que el de una belleza marchita y de una vida próxima a su fin. En esta historia he hallado una gracia muy suave.

Tremmor, es menester que sepáis que encanto tiene la costumbre y cuáles son los goces de una contemplación que nada turba. Esta criatura grande que habéis visto sin patria y sin quererla, vendiendo y revendiendo de continuo sus casas, quintas y tierras, en la impoleneja de no poder tomar afecto a lugar alguno, esta alma viajera, que no hallaba asilo bastante vasto y que escogía por tumba tan pronto la cima de los Alpes como el cráter del Vesubio, como el seno del Océano, se ha aficionado por fin a algunas de esas de tierra y a algunas piedras unidas entre sí, y esto de tal manera, que le fuera dolorosa la idea de ser sepultada en otra parle. Ha concebido por los muertos tan dulce simpatía, que algunas veces les tiende los brazos y exclama en medio de las noches:

— ¡Ó manes amigos, almas simpáticas, vírgenes que habéis andado en silencio como yo sobre las tumbas de vuestras hermanas, vosotras que habéis respirado esos perfumes que yo respiro también, y saludado a esa luna que me sonríe! ¡vosotras que tal vez habéis conocido también las borascas de la viday el tumulto del mundo; vosotras que habéis aspirado al reposo eterno y presentido ya su sabor en el mundo al abrigo de estas bóvedas sagradas y bajo la protección de esta cárcel voluntaria! vosotras sobre todo que os ceñsileis la aureola de la fe y pasasteis de los brazos de un esposo invisible a los de un esposo inmortal, castas amantes de la esperanza, fuertes esposas de la voluntad, decidme; ¿me bendecís de continuo y rogáis mucho por la que se complace más con vosotras que con los vivos? ¿Sois vosotras las que con incensarios de oro derramáis por la noche los perfumes? ¿Sois vosotras las que cantáis esas melodías del aire? ¿Sois vosotras

las que poruña santa magia hacéis tan hermoso, atractivo y consolador este rincón de tierra, de mármol y de flores, en donde descansamos todas? ¿Cómo lo habéis hecho tan precioso y deseable, que todas las fibras de mi corazón se adhieren a él, que toda la sangre de mi corazón a él propende, que mi vida me parece demasiado corla para gozarlo, y que yo quiera en él un pequeño espacio para cuando se separe de mis huesos el soplo de la divinidad?

Entonces pensando en las pasadas turbaciones y en la serenidad presente, las tomo por testigos de mi sumisión, ¡Óh inanes santificados! les digo, ¡óh hermanas vírgenes ¡Inés la bella, dulce María del Fiore, docta Francesca, venid a ver como mi corazón abjura su antigua hiel y como se resigna a vivir en el tiempo y espacio que Dios le señala; ved y luego id a decir al que contempláis sin velo: Lelia no maldice el día que vos la mandasteis llenar y camina hacia su noche con el espíritu de sabiduría que vos amáis: no se apasiona ya por ninguno de los instantes que pasan, ni procura detenerlos ni se cansa en abreviarlos. Vedla aquí en una marcha regular y continua, como la tierra que cumple su rotación sin sacudimientos y que ve cambiarse de la noche a la mañana la constelación celeste, sin detenerse bajo signo alguno, sin quererse enlazar con los brazos de las hermosas Pléyades, sin huir del dardo ardiente del Sagitario y sin retroceder ante el descabellado espectro de Berenice. Se ha sometido y vive, cumpliendo su ley, no temiendo ni deseando morir, y sin resistirse al orden universal. Lelia mezclará su polvo con el nuestro sin pesadumbre, y toca ya

sin espanto nuestras manos heladas. ¿Queréis, Dios bueno, que acabe su purgatorio y que al rayar del día nos siga a donde nosotras vamos?

Entonces me parece que en la brisa que lucha con el alba hay voces débiles, confusas y misteriosas que suben y bajan, se remontan y caen, esforzándose en llamarme de debajo de las lápidas; pero que aún no pueden vencer el obstáculo de mi vida. Deléugome un instante y miro si mi blanca lápida se levanta y si la centenaria, en pie a mi lado, me enseña ya a María del Fiore suavemente adormida en el primer escalón de nuestra catacumba. En tal momento hay ciertamente extraños ruidos en el seno de la tierra y pareceme oír suspiros bajo mis pies. Pero todo huye y todo calla desde que desaparece la estrella del polo. La débil sombra de los cipreses que la luna dibujaba sobre las paredes, y que balanceada por el airecillo parecía dar vida y movimiento a las figuras pintadas al fresco, se borra poco a poco; la

pintura se queda inmóvil, y a la voz de los pájaros se sucede la de las plantas. La alondra se despierta en su jaula, y cortan el aire sonidos llenos y distintos, mientras los grandes lirios blancos del jardín se dibujan en el crepúsculo y se irguen inmóviles de placer bajo el abundante rocío. Aguardando al sol, páranse todas las inquietas oscilaciones y se desprenden del velo fantástico todos los reflejos inciertos. Entonces es cuando ¡os espectros se evaporan en el aire blanquecino, y a los ruidos inexplicables se suceden armonías puras. Algunas veces el postrer soplo de la noche sacude la adelfa, agita sus ramas, se mece sobre su cabeza florida y cae como un débil suspiro, como si María del Fiore, arrancada de su lugar por Francesca, se apartase con esfuerzo del árbol querido y volviese al dominio de los muertos con algún tanto de despecho y de pesadumbre. Cesa toda ilusión: las cúpulas de metal empiezan a enrojecerse con los fuegos de la mañana; la campana forma en el aire un ancho su lo en donde se precipitan todos los ruidos dispersos y flotantes; los pavos reales bajan de las cornisas y sacuden largo ralo su plumaje humedecido sobre la brillante arena de los caminos del jardín; gira sobre sus goznes con ruido la puerta del dormitorio, y el Avemaria, canlado por las novicias, resuena por la bóveda de la anchurosa escalera. Para mí no hay cosa más solemne que este primer sonido de la voz humana al rayar del día, porque lodo es grande y produce efecto, porque los menores años de la vida doméstica tienen conjunto y unidad. Este cántico matutino, después de todas las divagaciones y todos los entusiasmos de mi insomnio, hace pasar por mis venas un estremecimiento de placer y de miedo. La regla, esta profunda ley cuya excelencia profundizarla más cada día mi entendimiento, Aunque mi imaginación poetiza un poco demasiado su rigidez algunas veces, recobra luego sobre mí su imperio, olvidado durante las horas ilusorias de la noche. Entonces apartándome de la losa de Francesco en donde permanezco inmóvil y atenta durante todo ese trabajo en que se renueva la luz y despierta la naturaleza, remuéveme como la antigua estatua que se animaba y hallaba en su seno una voz al lucir el primer rayo del sol. Lo mismo que ella entono yo el himno de alegría y camino en frente de mi rebaño cantando con fuerza y arrobamiento, mientras las vírgenes, divididas en dos hileras regulares, bajan por la ancha escalera que conduce a la iglesia. He observado siempre en ellas un movimiento de terror cuando me ven salir de las sepulturas para verme delante de ellas con los brazos abiertos y alzados los ojos al cielo. Cuando sus espíritus yacen bajo la pesadumbre del sueño, y el sentimiento del deber lucha en ellas contra la debilidad de la naturaleza,



se admiran de verme tan llena de fuerza y de vida, y a pesar de todos mis esfuerzos para disuadirlas, ellas se obstinan en creer que yo converso con los muertos en el jardín debajo de las adelfas. Véolas palidecer cuando cruzando sus blancas manos sobre la púrpura de sus escapularios, se inclinan doblando la rodilla ante mí, y se estremecen involuntariamente cuando, después de haberse

levantado, se ven obligadas una tras otra a tocar mi velo al revolver del ángulo de la pared.

## LVIII. CONTEMPLACIÓN.

Una de las puertas de mi habitación da sobre las peñas, y dan la vuelta a la escarpada roca que sostiene esta parte del edificio unos escalones arruinados por el tiempo y el musgo, que después de algunas rápidas rampas, establecen comunicación entre el convento y la montaña. Es el único lugar por donde puede subirse a nuestra fortaleza; pero es espantoso, y después de la santa, nadie se ha atrevido a exponerse. Los escalones formados en la roca de un modo desigual, presentan mil dificultades, y el escapamiento a donde por ellos se sube, como no ofrece ninguna especie de punto de apoyo, causa vértigos.

Yo he querido saber, en el retiro y la inacción, si había perdido ó no el valoró fuerza física y me aventuré una noche a la luz hermosa de la luna a bajar por esos escalones. Llegué sin pena a un lugar en que desmoronándose la montaña parecía haberse llevado el trabajo de los cenobitas. Suspendeda un instante entre el cielo y el abismo, me estremecí al pensar que tenía que retroceder, y que volverme de espaldas, por consiguiente. Halárame sobre una plataforma en que mis pies tenían apenas espacio para es-

tar juntos, y me estuve largo roto inmóvil a fin de habitar mis ojos a suportar aquella situación, y pensé en el imperio de la voluntad por una parte, y por otra en el de ¡a imaginación sobre los sentidos. SI hubiese cedido a la imaginación me habría arrojado en el fondo del abismo que parecía atraerme por medio de un imán; pero la fría voluntad dominaba mis terrores y me mantenía firme sobre mi angosto pedestal.

¿No podría proponerse este ejemplo a los que dicen que las tentaciones son irresistibles y que toda prohibición que se le impone al hombre es contraria a la voluntad de la naturaleza y criminal para con Dios? ¡Ó Pulquería ¡en aquel instante pensé en tí y comparé los vanos placeres que te han perdido con aquel error de los sentidos que yo suportaba al borde del precipicio y que me impedía a abreviar mi angustia abandonándome al sentimiento de mi debilidad. Comparé la virtud que le había preservado con el instinto-conservador de la vida y con la fuerza de raciocinio que lucha en el hombre con la molice y el miedo ¡Oh!;Cómo ultrajáis a Dios y de qué modo despreciáis sus dones los que tomáis por la más noble y más sana parte de vuestro ser esa debilidad que os impone como correctivo de la fuerza que os hubiera engraido demasiado!

Observando con atenta vista todos los objetos circunvecinos, descubrí la continuación de la escalera en la roca desgajada bajo de la plataforma, y llegué a ella sin gran trabajo, porque lo que a primera vista era imposible se hizo fácil con ¡a reflexión, y luego me hallé fuera de peligro en. la montaña. Yo conocía ya de vista aquellos sitios inaccesibles por donde me paseo cinco años ha mentalmente, sin. pensar en dirigir allí mis pasos. Pero de aquella enorme cresta que corona el monte y cuyos agudos dientes rasgan las nubes, yo no había visto más que las partes exteriores. ¡Pero cuál fue mi sorpresa cuando al pisarla vi que podía penetrarse en sus flancos por unas hendiduras que a lo lejos no presentaban ni espacio siquiera para dar paso a una avecilla ¡No vacilé en entrar, y por entre los desmoronamientos del basalto-, la red-de las plantas parietarias y las asperezas de un paso incierto, llegué a unas regiones que ninguna vista humana ha contemplado, ni pies de viviente alguno recorrido, desde que la santa iba allí a recogerse para orar lejos de todo ruido exterior y de todo humano contacto.

Por aquí anda válida la voz de que el espirito de Dios la.

arrebatada cada noche sobre aquellas sublimes cumbres, que un ángel invisible la remontaba sobre sus escabrosidades, y desde entonces ningún habitante ha osado profundizar el milagro que obró la fe solamente: la fe que los espíritus mezquinos apellidan debilidad, superstición é ineptitud; la fe, que es la voluntad unida a la confianza, magnífica facultad dada al hombre para traspasar los límites de la vida animal y para repeler hasta, lo infinito los del entendimiento.

La montaña truncada cerca de su cima por la erupción de un volcán apagado en las primeras edades del globo, presentaba a mi vista un recinto de ruinas volcánicas, cerrado por los desiguales terraplenes de sus dientes y resquebrajaduras. Una ceniza negra, polvo de metales vomitados por la erupción, montones de escorias quebradizas que la vitrificación preserva de la acción de los elementos, Aunque crujen bajo las plantas como huesos esparramados; una sima llena de escombros, cubierta de musgo y rodeada de paredes naturales de una lava roja que parece ladrillo; las gigantescas cristalizaciones del basalto, y en todas partes sobre los minerales las chispas y placas de una lluvia de metales en fusión que arrojó en otro tiempo una tempestad salida de las entrañas de la tierra; enormes líquenes fuertes y enjutos como la piedra que los nutre. y aguas que no se ven y se oyen murmurar bajo las rocas: tal es el lugar salvaje en donde no ha estampado sus huellas ningún ser humano. Hacia tanto tiempo que yo no me había hallado en el desierto, que tuve un momento de espanto al aspecto de aquellas ruinas de un mundo anterior al hombre. Una angustia inexplicable se apoderó de mí y no pude resolverme a sentarme en el seno de aquel caos, pareciéndome que era la morada de algún poder infernal enemigo de la paz del hombre, y continué caminando y trepando hasta que llegué a las últimas puntas que forman en torno del anchuroso cráter una orgullosa corona de caprichosas flores.

Desde allí volvía ver los espacios de los cielos y de los

mares, la ciudad y las fértiles campiñas que la rodean, cirio y los bosques, los promontorios y las hermosas islas, y el volcán, único gigante que levantase su cabeza sobre la mía, única boca viviente del canal subterráneo en donde se han precipitado todos los torrentes de fuego que hirvieron en los flancos de aquella comarca. Las tierras cultivadas, los cortijos y las casas de campo que cubren las amenas grupas de los oteros se perdían a lo lejos y confundíanse entre los vapores del crepúsculo. Pero a

medida que se despejó el día en los horizontes marítimos, los objetos fueron más distintos y luego pude ver que el suelo era aún fecundo y que aún existía la humanidad. Sentada en aquel trono aéreo, a donde tal vez no llegó jamás la santa; parecióme que acababa de tomar posesión de una región rebelde al hombre, y que el inmundo ciclope que amontonó aquellos peñascos para precipitarlos sobre el valle, y que sacó el fuego del infierno de sus incógnitos reservatorios para consumir las tiernas producciones de la tierra, había caído derribado por la cólera de un Dios vengador. Hasta creí que yo acababa de imponerle el último sello de vasallaje, poniendo la planta sobre su cabeza herida por el rayo. No bastaba que el Eterno hubiese permitido que la raza privilegiada cubriese con sus triunfos y trabajos todo aquel suelo disputado a los elementos, era necesario que una mujer trepase hasta su última cima, altar desierto y silencioso del derribado Titan; era preciso que el pensamiento humano, águila que abarca en su vuelo lo infinito y posee el tesoro de los mundos, se posase encima de aquel atrevido altar y replegase sus alas para mirar al suelo y bendecir la tierra en un fraternal arrebató, creando de esta manera por primera vez una simpática relación del hombre al hombre, en medio de los abismos del espacio.

Volviéndome entonces hacia la región desolada que acababa de recorrer, procuré darme cuenta a mí misma del cambio que se había realizado en mis gustos al mismo tiempo que en mis hábitos. ¿Porque en otro tiempo no me hallaba jamás bastante Tejos de los lugares habitables? ¿Por me gusta ahora aproximarme a ellos? Yo no he descubierto en el hombre virtudes nuevas ni cualidades ignoradas hasta ahora: la sociedad tampoco me parece mejor que cuando la dejé: así de cerca como de lejos, veo siempre los mismos vicios y la misma lentitud siempre en reconstruirse según sus necesidades nobles y reales. En cuanto a las bellezas materiales de la naturaleza, no he perdido aún la facultad de apreciarlas, porque en las almas poéticas nada extingue el sentimiento de lo bello, y lo que las parece mortal al principio desarrolla en ellas facultades ignoradas y recursos inagotables. Sin embargo, en otro tiempo no había caverna asaz inaccesible, ni landa bastante inculta, ni playa bastante estéril para cansar la fuerza de mis pies y la avidez de mi cerebro: los Alpes eran demasiado bajos y sobrado angosta la mar para mi deseo. Las inmutables leyes del equilibrio universal fatigaban mi vista y apuraban mi paciencia. Asechaba los aludes, y para mí nunca arrastraban bastante nieve ni abetos, ni retumbaban según mi deseo sobre los ecos de las neveras. La tempestad nunca llegaba asaz pronto ni tronaba como yo quería,

pues-hubiera deseado llegar a las nubes, y rasgarlas con estrépito. Habría querido asistir, a algún nuevo diluvio, a la caída de alguna estrella ó a algún cataclismo universal, y hubiera gritado de gozo abismándome con las ruinas del mundo y proclamando entonces a Dios tan fuerte como lo habia concebido mi pensamiento.

El recuerdo de aquellos días impetuosos y de aquellos deseos insensatos es el que me hace estremecer ahora al aspecto de los lugares que recuerdan los antiguos trastornos del globo terráqueo. El amor del orden que se me reveló cuando hui del mundo, proscribía el placer que sentía entonces oyendo el bramido del volcán y viendo rodar los aludes. Cuando me sentía débil por mi sufrimiento, no buscaba en los atributos de Dios más que la cólera y la fuerza; pero ahora que estoy apaciguada, conozco que la fuerza consiste en la calma y la dulzura. ¡Oh ¡¿cómo te han revelado a mí, bondad increada? ¡Cómo te bendigo en el menor su Ico verde que tus miradas fecundizan! ¡Cómo me identifico con esta buena tierra en que tu semilla fructífera! ¡Cómo comprendo tu infatigable mansedumbre! ¡Ó tierra, hija del cielo, cómo te ha enseñado tu padre la clemencia, a ti que no te secas bajo los pasos del impío, y que te dejas poseer por el rico como si esperases con seguridad el día que te restituirá todos tus hijos! Entonces le adornarás sin duda con nuevos atractivos, y más risueña y fecunda, realizarás tal vez esos ensueños poéticos que anuncian las nuevas sectas, y que se remontan como misteriosos perfumes sobre esta edad de duda, extraña mescolanza de allaneras negaciones y de tiernas esperanzas.

Arrobada en la contemplación de aquella noche sublime, la vicorrer, declinar y concluirse. A media noche se habia ocultado ya la luna, y me era imposible retirarme porque no tenía luz para andar por aquel laberinto de escombros, y Aunque estuviese brillante el cielo con sus estrellas, ocultaban las tinieblas las profundidades del cráter. Esperé pues que blanquease el horizonte una débil luz y cuando esta pareció se hizo la tierra tan hermosa que no podía sustraerme de aquel espectáculo que a cada instante variaba y se embellecía a mis ojos.

Las pálidas estrellas del Escorpión se sumergieron en la mará mi derecha: ninfas sublimes é insuperables hermanas, parecían enlazarse una con otra, y arrastrarse convidándose a los castos deleites del baño. Los innumerables soles que esmaltan el espacio se hacían más raros y brillantes, y Aunque todavía no amanecía, el firmamento tenía ya un tinte más blanco como si se

hubiese echado un velo de plata sobre el profundo azur de su seno. Refrescaba el aire, y el brillo de los astros parecía reanimarse con la brisa como una llama que el viento agita antes de apagarla. La estrella de la Cabra subió roja y brillante por mi derecha por cima de grandes selvas, y la vía láctea se borró sobre mi cabeza como un vapor que se va a los cielos.

Entonces el empíreo pareció una cúpula que se destacaba oblicuamente del suelo, y el alba empezó ó repeler hácia delante las estrellas perezosas. Mientras el viento las apagaba de una en una, las que se obstinaban en quedar parecían más claras y hermosas siempre. Héspero se esclarecía y avanzaba con tanta magestad que parecía imposible destronarlo, y la Osa bajaba hácia el norte su curva gigantesca. La tierra no era más que una masa negra cuyo áspero contorno cortaban al horizonte algunas cumbres de montaña. Los lagos y los arroyos se vieron luego sucesivamente como manchas y líneas sinuosas de plata mate sobre la mortaja de la tierra; pero a medida que sucedió al alba el aurora, todas aquellas aguas tomaron alternativamente los cambiantes reflejos del nácar. El azur cuyos infinitos tintes borraban la transición del blanco al negro, fue largo rato el único color que pudieron ver los ojos en la tierra y en el ciclo. El oriente se enrojeció largo tiempo antes que se viesen en el paisaje forma y color; por último, lo primero que salió del caos fue la forma. Destacáronse los contornos de los primeros términos, y luego los demás sucesivamente hasta los más lejanos, y cuando se descubrió todo el dibujo, brilló el color sobre el follaje y la vegetación pasó lentamente por todos los tintes que la son propios, desde el azul oscuro de la noche hasta el verde brillante del día.

El momento más suave fue el que precedió inmediatamente a la aparición del disco del sol, pues la forma había alcanzado toda la gracia de su desarrollo. El color todavía pálido tenía un hechizo inexplicable, y los rayos subían a manera de llamas detrás de los cortinajes que formaban los chopos 'fue aún no recibían su luz y se dibujaban oscuramente sobre aquel inmenso horno. Pero en la región situada entre el oriente y el sur era donde la luz derramaba con preferencia sus prestigios que iban siempre en aumento. La oblicua claridad se deslizaba entre las zonas de colinas, bosques y jardines, y las masas alumbradas en sus bordes se veían tijeras y diáfanas mientras que su centro todavía oscuro indicaba su densidad. ¡Cuán hermosos eran los árboles! ¡Cuán delicados los esbeltos chopos, cuan redondos los robustos algarrobos, y cuán muelles los mirtos y los císisos! La verdura no ofrecía

más que un tinte uniforme, pero la transparencia suplía la riqueza de los tonos; de segundo en segundo la intensidad de la luz penetraba en todas las sinuosidades y en las, partes más profundas. Detrás de cada cortina de follaje parecía que se hubiese corrido un velo, y otros cortinajes más graciosos y más frescos subían como por encanto a la par que parecían levantarse los ángulos de una pradera, matorrales, arbustos y quebradas, llenas de césped y de cañas. Sin embargo, en el fondo de las tierras y en los cruzamientos de los tallos habia aún dulces misterios, menos profundos que los de la noche y más castos que los del día. Detrás de los blanquizcos troncos de las viejas higueras, no se veían las cavernas de los pérfidos faunos, hallábanse, si, los púdicos albergues de las silenciosas amadriadas. Los pajarillos, apenas bien despiertos, solo dejaban oír uno que otro tímido canto: cesó la brisa, y ni una hoja se movía siquiera en lo más tillo de las copas de los pobos, y las flores cargadas de rocío contenían aún sus perfumes. Este momento, ha sido siempre el que yo he preferido de todo el día, porque ofrece la imagen de la juventud del hombre en que todo es candor, modestia, suavidad.... ¡Ó Ste-nio! ¡es el momento en que tu pálida hermosura y tus límpidos ojos se me aparecen como en otro tiempo!

Pero de golpe se movieron las hojas y atravesaron el espacio bandadas de pájaros, habiendo como un estremecido de gozo; el viento sopló de la parte de oeste y la cima de los bosques pareció inclinarse ante el dios.

Del mismo modo que un rey precedido de su brillante corte deslumbra luego con su presencia el brillo de las pompas que le anunciaron, así el sol, subiendo sobre el horizonte, hizo palidecería púrpura derramada por su camino. Lanzóse para su carrera con esa rapidez que nos sorprende siempre, porque es el único instante en quo nuestra vista comprende claramente el movimiento que nos arrastra y que parece echarnos bajo las ardientes ruedas del celeste carro. Bañado un momento en los abrasados vapores de la atmósfera, flotó y saltó de un modo desigual en su forma y en su marcha, como un espectro de fuego pronto a pasar y desvanecerse, pero fue un vaciamiento rápidamente disipado; redondeóse, y su seno pareció reventar para proyectar a lo lejos la gloria de sus rayos. Helios antiguo, sacudía al salir del mar sobre la playa su ardiente cabellera y cubría las olas con una lluvia de oro; sublime creación del único Dios, da vida a los mundos prosternados.

El color hasta entonces incompleto y vago, recobró lodo su esplendor con el sol y los bordes argentinos de las masas de follaje se tiñeron de un verde

oscuro por un lado y por un otro de un verde esmeralda brillantísimo. La parte de paisaje que yo examinaba con preferencia cambió de aspecto, y cada objeto tuvo dos faces, una oscura, y clarísima la otra: cada hoja fue una gola de la lluvia de oro, y los reflejos de púrpura marcaron luego la transición de la claridad al calor. La blanca arena de los senderos se hizo amarillenta, y en las masas parduzcas de las rocas, lo moreno, lo amarillo, lo leonado y lo rojo manifestaron sus pintorescas mezcolanzas. Las praderas absorbieron el rocío que las blanqueaba y se mostraron frescas y verdes de tal manera, que pareció no existir otra verdura. Hubo en todas partes matices en vez de tintes, y en todas las plantas oro en lugar de plata, rubies por púrpura, y diamantes en donde perlas. La selva perdió poco a poco sus misterios, porque el dios vencedor penetró en las más humildes guaridas y en las más sombrías densidades, y vi abrirse las flores en torno mío y ofrecerle todos los aromas de su seno.... Apartóme de aquella escena que aún convenia menos que la otra a la disposición de mi alma y al capricho de mi destino. Era la imagen de la juventud ardiente, no ya la de la pacífica adolescencia, era la excitación fogosa para una vida que yo no he vivido ni debo vivir. Saludé la creación y volví la vista sin amargura ni ingratitud.

Habia pasado algunas horas de delicias y de ello tenía que dar humildes gracias a Dios, que ha hecho infinita la hermosura de la tierra a fin de que cada ser halle en ella la felicidad que le es propia. Algunos seres no viven más que durante breves instantes, otros se despiertan cuando los demás duermen, y los hay que no existen más que parte del año. ¡Cómo pues! ¿Una criatura humana condenada a la soledad no ha de poder renunciar sin cólera a algunos instantes de la embriaguez universal, cuando participa de todas las delicias de la calma? No, no me quejé, y bajé de la montaña, deteniéndome para mirar de trecho en trecho los cielos abrasados y para admirarme del poco tiempo que habia pasado desde que yo habia visto reinar la húmeda palidez de la Luna.

Ninguna humana lengua podría contar la variedad mágica de ese camino en que el tiempo arrastra el universo: el hombre no puede definir ni describir el movimiento que el llama tiempo porque todas sus faces llenen el mismo nombre en sus idiomas y cada minuto requería uno diferente, porque el que viene es diverso del que pasó, y porque cada instante que procuramos marcar por medio de números, transfigura la creación y obra innumerables revoluciones, en mundos innumerables. así como ningún día se parece a



otro día y ninguna noche a otra noche, del mismo modo ningún momento del día ó de la noche, se parece al que le precede ó al que le sigue. Los elementos del gran todo tienen en su conjunto el orden y la regla por invariables condiciones de existencia, y al mismo tiempo la inagotable variedad, imagen de un poder infinito y de una actividad infatigable, preside a todos los detalles de la vida. Desde la fisonomía de las constelaciones hasta la de los rostros humanos, desde las olas del mar hasta los tallos de las yerbas de los prados, desde el incendio inmemorial que devora los

soles, hasta las indecibles variaciones de la atmósfera que envuélvelos mundos, no hay cosa alguna que tenga existencia propia, y que no reciba en cada periodo de su duración modificaciones sensibles ó insensibles a la percepción del hombre.

¿Quién ha visto salir el sol dos veces de un modo exactamente igual? El hombre que se preocupa con sucesos tan miserables y que se recrea en tantos espectáculos indignos de él, ¿no debiera hallar sus verdaderos placeres en la contemplación de lo que es realmente grande y perdurable? Ninguno de nosotros ha dejado de guardar algún recuerdo de un hecho completamente pueril, y no hay quien conserve la memoria de esos momentos de inefable placer en que la naturaleza se hace amar por sí misma y en que el sol le encuentra fuera del círculo de una egoísta individualidad y perdido en ese fluido de amor y bienandanza que embriaga los seres cuando vuelve la luz. Gozamos, como quien dice a pesar nuestro todos esos bienes inapreciables que Dios nos prodiga, y los dejamos pasar sin dirigirles más que palabras fútiles y baladíes, y no estudiamos su carácter, dando un mismo precio confuso y vago a los diferentes matices de nuestros radiantes días. No señalamos como un acontecimiento feliz el placer de una noche de contemplación y el esplendor de una mañana sin nubes, y Aunque todos hemos tenido un día en que el sol se nos ha aparecido mucho más bello que los demás días de nuestra vida, apenas lo hemos notado y no nos acordamos ya. ¡Oh movimiento! ¡Viejo Saturno, padre de todos los poderes! tú eres el que los hombres todos hubieran debido adorar bajo la figura de una rueda; pero han preferido dar tus atributos a la fortuna, porque es la única que preside sus acciones y vuelve el reloj de arena de su vida. No es el curso de los astros el que arregla sus pensamientos y necesidades, no es el orden admirable del universo el que les hace hincar las rodillas y palpar los corazones, son, si, los frágiles juguetes de que está lleno el cuerno de tu abundancia. Tú le der-

ramas y ellos se inclinan para recoger algo en el fango, mientras ríela en torno suyo una fuente abundante y límpida de felicidad y de calma que sale de todos los poros de la creación.

## LIX.

Lelia, he luido ávidamente el resumen de las nobles y tiernas emociones de vuestra alma en los años que estamos separados. ¡Bendito sea Dios porque estáis tranquila! yo también lo estoy; pero triste, porque hace tiempo que soy inútil. Os lo he callado hasta ahora para no alterar vuestra preciosa serenidad, pero ya puedo deciros ahora que he pasado todo este tiempo en cadenas, y esto en una tierra extraña a las querellas políticas que me han expulsado del país en donde estáis, en una tierra de refugio y de supuesta libertad. Fue detenido por sospechoso y bastó la sospecha para que la hospitalidad se convirtiese para mí en tiranía. Por último he podido escaparme de la cárcel y voy a continuar mi parca. Sin duda que hallaré aquí simpatías como en las demás partes porque aquí tal vez más que en otros lugares hay grandes sufrimientos, terribles penas y espantosas iniquidades.

Vuestra narración, y las pinturas que hacéis de la vida monástica me han valido en el seno de mi miseria horas deliciosas y meditaciones muy poéticas. Yo también, Lelia, he tenido en mi calabozo días de felicidad a pesar de la suerte y a despecho de los hombres. En algún tiempo había deseado mucho la soledad, porque en los días de angustia y de remordimiento sin fruto, había creído huir de la presencia de los hombres; pero recorrí en vano una parte del mundo. La soledad huye de mí, y el hombre ó su influencia inevitable ó su despótico poder sobre la creación me persiguieron hasta el fondo del desierto. Más en la cárcel he hallado esta soledad tan saludable y tan en vano buscada. En esta calma se ha abierto otra vez mi corazón para los encantos de la naturaleza, y cuando ya no bastaban a mi admiración cansada los más hermosos países que alumbra el sol, ahora un pálido rayo entre dos nubes, un quejido melodioso del viento por la playa, el ruido de las olas, el grito melancólico de las aves nocturnas, el canto lejano de una niña ó el perfume de una flor criada a duras penas en la grieta de una pared, son para mí goces vivísimos y tesoros inapreciables. ¡Cuántas veces he contemplado con delicias, por entre la estrecha reja de una tronera, la escena inmensa y grandiosa de la mar agitada, que arroja sus convulsivas olas y sus largas y espumosas crestas de uno a otro horizonte! ¡cuán hermosa era entonces esa mar vista por entre los hierros de mi encierro! ¡cómo estrechaban

con transporte mis ojos clavados en aquella celosa abertura la inmensidad que ante mí se desplegaba! ¿Por ventura no era aún mía toda aquella mar que abarcaba mi vista, y por donde divagaba mi pensamiento libre y vagabundo, más rápido, sutil y caprichoso en su celeste vuelo que las golondrinas de largas alas negras que tocan la espuma al vuelo y se mecen dormidas en el viento? ¿Qué me importaban entonces la cárcel y las cadenas? Mi imaginación cabalgaba sobre la tempestad como las sombras evocadas por el arpa de Osian. Después he atravesado en un ligero buque la misma mar en donde mi alma se había paseado tantas veces, y, si he de decir verdad, creo que me pareció mucho menos hermosa. Los vientos eran pesados y perezosos según mi deseo, las olas tenían reflejos menos brillantes y no tan graciosas ondulaciones, y el sol era al salir menos puro, y menos sublime al ponerse. Aquella mar que me sostenía no era la misma que había mecido mis ensueños, la que solo me pertenecía a mí, y de la cual había gozado solo en medio de esclavos encadenados.

Ahora vivo lánguidamente y sin esfuerzos, como el convaleciente después de una violenta enfermedad. ¿Habéis sentido esa deliciosa pesadez del alma y del cuerpo detrás los días de delirio y de pesadillas, largos y rápidos a la vez, en que devorado uno por ensueños y fatigado de sensaciones incoherentes y bruscas no ve el tiempo que pasa ni las noches que siguen a los días? Entonces, si habéis salido de ese drama fantástico que produce la fiebre para volver a la vida tranquila y calmosa, al idilio y a los dulces paseos bajo un sol templado entre plantas que dejasteis en germen y encontráis en flor, si habéis andado lentamente, débil todavía, por la vera de un arroyo negligente y pacífico como vos, si habéis escuchado vagamente todos esos ruidos de la naturaleza, perdidos largo tiempo y casi olvidados en un lecho de dolor, si por fin habéis recobrado suavemente la vida por todos los poros y una a una todas las sensaciones, ya podéis comprender lo que es el reposo después de las tempestades de mi vida.

Pero no tenemos ya derecho para detenernos más de un día a orillas de nuestro camino, porque el cielo nos condenó al trabajo y yo mas que cualquier otro estoy sentenciado a cumplir una larga peregrinación. Hay en el reposo delicias infinitas; pero no podemos dormirnos en tales deleites, porque nos darían la muerte: recibámoslas de paso como oasis en el desierto ó como preliminar de los placeres del ciclo; pero nuestra patria en el mundo es una tierra inculta que debemos conquistar, civilizar y redimir de la es-

clavitud. Yo no lo olvido, Lelia, y ya me pongo en camino deseando que sea con vos la paz del cielo.

## LX.

### EL CANTO DE PULQUERÍA.

Cuando me levanto de mi voluptuoso lecho para mirar las

estrellas que blanquean sobre el celeste azur, tiemblan mis rodillas al frío de las mañanas de invierno. Pesan sobre el horizonte espantosas nubes como moles de bronce, y el alba hace vanos esfuerzos para apartarse de sus lívidos flancos. El astro del Boyero lanza un postrer rayo rojizo a los pies de la Osa boreal, cuyas siete palidecientes antorchas apaga una a una la luz del nuevo día. La luna continúa su curso y baja lentamente fría y siniestra desde las alturas del zenit hacia las almenas de sombríos edificios: la tierra empieza a mostrar pendientes trabajadas por la lluvia y lucientes con un reflejo como el del estaño: los gallos cantan con voz acre, y el ángelus que saluda a la fría aurora parece anunciar a los muertos que se despierten en sus mortajas y no a los vivos en sus moradas.

¿Por qué abandonas tu miserable lecho apenas caliente por algunas horas de mal sueño, labrador más pálido que el alba del invierno, más triste que la tierra inundada y más seco que el árbol desnudo de sus hojas? ¿Por qué miserable costumbre persignas tu angosta frente arrugada antes de hora, al toque do la campana católica? ¿Por qué imbécil debilidad aceptas por única esperanza y único consuelo los ritos de una religión que consagra tu miseria y perpetúa tu servidumbre? Te haces sordo a la voz de tu corazón que te grita: ¡Valor y venganza! y bajas la frente por esa lúgubre vibración que proclama en los aires tu sentencia eterna: ¡Debilidad, abatimiento, terror! ¡Bruto indigno de vivir ¡¡mira como la naturaleza es ingrata y cruel, como

el ciclóle da a despecho la luz y como la noche se va lentamente de tu hemisferio desolado! Tu estómago vacío é inquieto es el único móvil que te gobierna todavía y que te mueve a buscar un mezquino pasto, sin discernimiento y sin fuerza, sobre un terreno agotado por tus groseros trabajos, por tus brazos pesados é inhábiles, que solo el hombre pone aún en movimiento como los martillos de una máquina. ¡á é a triturar la piedra de los caminos, menos dura que tu cerebro, para que mis nobles caballos no se desuelen los pies en su orgulloso carrera! ¡Vé a estercolar el limoso sulco, a fin de que un trigo puro sirva para el pan de mis perros, y para que mendiguen con avidez sus restos tus hambrientos hijos! ¡Vé, raza enferma y degradada, ama a los gusanos que te roen! ¡vegeta como la yerba infecta de los pantanos! ¡arrástrate sobre tu vientre como el gusano en el lodo! ¡Y tú, sol, no te muestres a esos reptiles indignos de contemplarle! ¡Nubes de sangre que os rasgáis cuando él se acerca, desatad vuestros pliegues sobre su radiante, faz y derramaos sobre la tierra de Egipto hasta que este pueblo abyecto haya hecho penitencia y lavado la mancha de su esclavitud!

¿No me respondes, mí jóven amante? ¿no me escuchas? Tú frente reposa hundida en una blanca almohada. ¿Temes enseñarme lágrimas generosas? ¿Lloras sobre el dia repugnante que empieza y sobre la raza envilecida que se despierta? ¿Sueñas sangre y libertad? ¿Gimes de dolor ó de cólera? — ¿Duermes? Tu cabellera en sudor está bañada, y tus espaldas se ablandan por las fatigas del amor. Abate tus miembros y tu pensamiento una languidez inefable. ¿No tienes por ventura vigor y fuerza más que para el placer? — ¡Cómo! ¿duermes? ¿Bástale el deleite a tu juventud y no tienes más pasión que la de las mujeres? ¡Extraña juventud, que no sabes ni en que mundo ni en que siglo te ha puesto el destino! Todo tu pasado es ambición, tu presente todo placer, y todo tu porvenir impunidad. Pues bien, si de este modo eres indiferente y de tal suerte desprecias las desgracias ajenas, dame algún tanto de esa fría cobardía. Gástese en nuestros delirios toda la fuerza de nuestras almas y lodo el ardor de nuestra sangre. ¡Vamos! ¡abramos nuestros corazones! ¡pongamos una cortina entre la luz y nuestros vergonzosos goces! ¡Soñemos bajo la influencia dé un lascivo calor con el dulce clima de la Grecia, los deleites antiguos y el pagano desenfreno! ¡Suden y sufran para comer un pedazo de pan negro bañado con lágrimas el débil, el pobre, el oprimido y el simple de corazón: vivamos nosotros en orgías y el ruido de nuestros placeres sufocará sus quejidos! Griten los santos en el desierto,

vuelvan a hacerse apedrear los profetas, crucifiquen otra vez a Jesús los judíos, ¿eso qué importa'? ¡vivamos nosotros!

O si no, ¿lo quieres? Muramos, asfixiémonos; quitémonos la vida por cansancio como tantos otros amantes se la han quitado por fanatismo amoroso. Es menester que nuestra alma perezca bajo el peso de la materia ó que nuestro cuerpo, devorado por el espíritu, se sustraiga al horror de la condición humana.

¡Todavía duerme ¡y yo, yo no podría hallar un momento de calma cuando el contraste de la riqueza de otro y mi riqueza infame viene a llenar de remordimientos mi corazón. ¡Ó cielo!;que bestia es ese jóven que ayer hallaba yo tan hermoso ¡¡Miradlo, estrellas vacilantes que huis en la inmensidad, y ocultaos para siempre de su, vista! ¡No entres en este cuarto, sol, ni alumbrés esta frente marchita por el desorden, que no ha tenido jamás ni un pensamiento de acriminación ni una maldición para la Providencia olvidadera!

Y tú, vasallo, victima, montón de harapos; tú, esclavo, trabajador, mírale, mírame pálida, descabellada y desolada en esta ventana.... míranos bien a los dos: ¡un jóven rico y hermoso que paga el amor de una mujer, y una mujer perdida que desprecia hombre y dinero! ¡Cala ahílos seres a quienes sirves. tomes y respetas!... ¡Recoge pues tos instrumentos de tu trabajo y la cadena de tu presidio, y hiere!;aplástad estos parásitos que comen tu pan y roban hasta tu lugar al sol! ¡Mala a este hombre que duerme mecido por el egoísmo, y mala también a esta mujer que llora porque no puede salir del vicio!

## LXI.

El ermitaño vió entrar un dia en su ermita a un jóven que' apenas reconoció, porque sus vestidos, maneras, porte, voz y hasta las facciones se habían de-

mudado, y todo en el se había desnaturalizado, por decirlo así, para tomar el reflejo de una civilización extranjera.

Cuando Stenio hubo tomado parte en la frugal cena de Magnus le tomó el brazo y bajó con él a la orilla del lago. Deseaba ver otra vez aquel lugar inculto, aquellos grandes cedros inclinados sobre el precipicio, las arenas plateadas por la luna y el agua inmóvil en donde se reflejaban las estrellas con tanta calma como en otro cielo. Gustábale el murmullo de los insectos en los juncos y el vuelo silencioso de los murciélagos que describían círculos misteriosos sobre su cabeza. Su alma buscaba un pensamiento de esperanza ó un sonéis del destino en el albergue del ermitaño, en el borde de la barranca y hasta en el fondo del lago. Como hacia rato que su frente estaba tranquila y su lengua muda, Magnus creyó que Dios se compadecía de él y que habla abierto para aquel adolorido corazón el tesoro de sus divinas esperanzas; pero de improviso le detuvo Stenio a la luz pura y clara de la luna y le dijo penetrándole con su mirada cínica.

— Monje, cuéntame tu amor a Lelia, y como después de hacerte ateo y renegado, te hizo volver loco.

— ¡Dios mío! exclamó el pálido cenobita fuera de sí,; apartad de mi este cáliz!

Stenio prorrumpió en una amarga carcajada, y quitándose de un modo irónico el sombrero, exclamó.

— Yo os saludo, ermitaño lleno de gracia; según veo la concupiscencia no se aparta de vos, porque a la menor pregunta se os clavan mil puñales en el corazón. No hablemos más de ello. Yo pensaba que la señora abadesa de las camaldulenses era ya un personaje bastante grave para no turbar la imaginación de nadie, Aunque fuese la de un sacerdote. Decidme, Magnus, ¿la habéis vuelto a ver desde que está allí? Y esto diciendo señalaba el convento cuyas cúpulas plateadas por la luna eran algo más altas que los cipreses del cementerio.

Magnus hizo un gesto negativo con la cabeza.

— ¿Y qué hacéis tan cerca del campo enemigo? dijo Stenio, ¿porqué habéis puesto vuestra tienda bajo sus balerías?

— Hacia ya un año que estaba yo aquí, respondió Magnus, cuando supe que ella vivía en el convento.

—¿Y desde entonces habéis resistido al deseo de pasar esta barranca y de ir a ver por el ojo de la llave si Ja abadesa es hermosa todavía? ¡Muy bien los admiro y apruebo! Vivid con vuestra ilusión y vuestro amor, padre, porque os bastaría ver a la que habéis amado tanto para curar. ¿Pero en dónde estaría vuestro mérito si curaseis? Vamos, ganad el cielo, puesto que el ciclo se hizo para los engañados. Por lo que a mi loca, añadió con voz del todo espantosa y lúgubre, ya sé que no hay nada verdadero en los ensueños del hombre, y que una vez descubierta la verdad, solo resta la paciencia del tedio, ó la resolución de desesperarse; y cuando he dicho otras veces que el hombre podía complacerse en su fuerza individual, mentía para los demás y para mi; porque el que llega a la posesión de la fuerza inútil y al ejercicio de un poder sin valor y sin objeto, no es más que un loco de quien nadie debe fiar.

En los ensueños de mi juventud y en los éxtasis de mi más lozana poesía, cerníase sobre mí un fantasma de amor. ¿Qué te has hecho, Lelia, mi ilusión, mi poesía, mi elíseo, mi ideal? ¿Á dónde fue tu ligero espectro? ¿en qué ilusorio éter se ha desvanecido su inmaterial esencia? ¡Oh! es que mis ojos se han abierto, y viendo que eras imposible, la vi da se me ha aparecido desnuda y del todo cínica, hermosa a veces, repugnante con frecuencia, pero siempre semejante a si misma, tanto en su belleza como en su horror; limitada siempre y de continuo sujeta a leyes imprescriptibles que la fantasía del hombre no puede superar. Y a medida que esa fantasía se ha gastado y destruido (esa fantasía de lo irrealizable que por sí sola poetiza los días del hombre y le encadena algunos años a sus frívolos placeres), a medida que mi alma se ha cansado de buscar en un sin fin de mujeres el beso extático que solo Lelia podía dar, y en el vino, la poesía y la alabanza, la embriaguez que una palabra de amor de Lelia debía reasumir, he llegado a saber.... escuchadme, Magnus, y que os aprovechen mis palabras. He llegado a saber que la misma Lelia es una mujer como las demás, que sus labios no pueden dar un beso más suave, y que sus palabras no tienen más poderosa virtud que el beso y las palabras de otros labios. Ahora sé lo que Lelia es, del mismo modo que si la hubiese poseído; sé que lo que la hacía tan bella, pura y divina era yo, era mi juventud. Pero a medida que mi alma se ha agostado, Lelia se ha agostado también, y véola tal cual es, pálida, con los labios enjutos y con la cabellera entretejida con esos primeros hilos de plata que nos invaden el cráneo como la yerba invade el sepulcro, y con aquella indeleble arruga en la frente que la vejez imprime primero con



mano indulgente y ligera y luego con uña profunda y cruel. Pobre Lelia, ¡cuán trocada estás! Cuando te veo en mis sueños, con los diamantes y galas de otros tiempos, no puedo menos de reírme amargamente y de decirte: —Te está muy bien el ser abadesa, Lelia, y el tener mucha virtud; porque a fe mía ya no eres hermosa, y si me invitases al celeste banquete de tu amor, te pospusiera a la jóven bailarina Torcuata ó a la alegre cortesana Elvira.

Pero al fin y al cabo, Torcuata, Elvira, Pulquería, Lelia, ¿qué sois ya para embriagarme, para atarme a ese yugo de hierro que me ensangrienta la frente y para colgarme de esa horca en donde mis miembros se han quebrantado? Enjambre de mujeres de blondos cabellos, de trenzas de ébano, do pies de marfil, de morenas espaldas; doncellas púdicas, meretrices alegres; vírgenes de tímidos suspiros, tnesalinas de frente de bronce; todas las que yo he poseído ó soñado, ¿qué baria yo de vosotras en este momento? ¿Qué secreto podríais revelarme? ¿Me daríais las alas de la noche para dar la vuelta al universo? ¿me revelaríais los secretos de la eternidad? ¿haríais bajar a las estrellas para servirme de corona? ¿alcanzaríais siquiera que se abriese para mí una ñor más bella y más suave que las que nacen en ¡a tierra del hombre? ¡Cuán impúdicas sois y cuán falsas! ¿Que tienen vuestras caricias, pues que tan grande precio las dais? ¿De qué divinos goces tenéis el secreto para que nuestros deseos os embellezcan de tal manera? ¡Ilusión y ensueño, vosotros sois los reyes del mundo! Cuando se apaga vuestra antorcha el mundo es inhabitable.

¡Pobre Magnus! ¡cesa de devorar tus entrañas, deja de golpearte el pecho para concentrar el rapio indiscreto de tus deseos! ¡No ahogues más tus suspiros cuando Lelia se Lo aparezca en tus sueños! Deja, hombre infeliz, porque eres tú el que la hace hermosa y deseable; indigno altar de una llama tan santa, se burla de tu suplicio, porque sabe demasiado que nada tiene que darte en cambio de tanto amor. Más hábil que las demás, en vez de entregarse se vela, se rehúsa y divinízase. ¿Mas, crees que se recataría de este modo si su cuerpo fuese más hermoso que el de las mujeres que se compran? ¿Huiría su alma de la expansión del cariño, si su alma fuese más vasta y más grande que la nuestra?

¡Mujer, tú no eres más que mentira! ¡hombre, no eres más que vanidad! ¡filosofía, solo eres sofisma! devoción, ¿qué eres más que flaqueza?

## LXII.

### DON JUAN.

Durante aquellos años que habian dispersado como hojas de otoño seres en otro tiempo tan unidos, Stenio se habia alejado de las riberas que encanta el sol, fuese por tedio de sus ocupaciones ó por necesidad de evadir las sospechas políticas, y habia venido ¡ver en nuestro frío país las maravillas desús invenciones, el lujo de sus placeres, y, acaso también los orgullosos sofistas de su filosofía. Stenio era rico y no le faltaron el fausto, el ruido, los espectáculos, el juego, el desorden y todos los medios de abusar del dinero y de la vida; pero lo que más le agradó fue el hallar un mundo a propósito para su egoísmo y una raza del todo semejante, tanto por instinto como por gusto, a lo que él se habia vuelto por debilidad ó por desesperación. Maravillóse de ver proclamar por principio y practicar sistemática y razonablemente lo que él habia hecho hasta entonces por delirio y despecho. Oyó. justificados por profesores, desde lo alto de su filosofía, todos los caprichos, malos deseos y malas fantasías, su pretexto que el hombre no tiene más guía que su razón, ni más razón que su instinto. Entre nosotros aprendió todas las maravillas de la psicología, todas las sutilezas del eclecticismo y toda la ciencia y moral del siglo: a saber, que debemos examinarnos atentamente, sin cuidarnos unos de otros, y hacer en seguida cada cual lo que más le acomode, con tal que lo haga con talento. Stenio dejó pues de ser loco y fue agudo, elegante y frío. Frecuentó los salones y los cafés, luciendo en estos los modales de un gran señor y haciéndose en aquellos el calavera. Las prostitutas ¡e hallaron hechicero y las demás original. Siguió estrictamente las modas, gastó su ingenio en los álbumes, y fue inspirado cada noche, cantando ante trescientas personas; despues de lo cual discutía sobre el genio, la ciencia, la religión, la política, las artes y el magnetismo, y a media noche iba a cenar con meretrices.

Cuando se hubo arruinado, cayó enfermo, tuvo esplín, le abandonó el ingenio y dijo que quería hacerse saltar la tapa de los sesos. Un hombre eminente en los negocios de estado, creyó comprenderle y quiso comprarle la

musa, pero a este insulto volvió en sí Stenio y se alejó profundamente ofendido para volver a su país devorado de tristeza, llevando por fruto de sus viajes una grande lección, que consistía en saber que un hombre sin dinero es despreciable a los ojos de los ricos, y que es necesario ocultar la pobreza como una vergüenza cuando no quiere acabarse por salir infame.

Halló-que había habido un gran cambio en la provincia, porque el cardenal Aníbal y la abadesa de las camaldulenses habían hecho una especie de revolución en los hábitos y costumbres. El prelado atraía un gran gentío a sus sermones, y en las camaldulenses sobre todo era donde iba a oírle lo más selecto de las clases elevadas, porque su elocuencia parecía remontarse sobre sí misma en aquel recinto privilegiado y ante un público escogido. Fuese por la presencia de la abadesa detrás del velo del coro, ó por la confianza que le inspiraba un auditorio más simpático y menos numeroso que el de las basílicas, el cardenal se sentía verdaderamente inspirado y sabía encubrir bajo las más ingeniosas formas místicas el fondo incisivo y penetrante de su liberalismo. Por su parte la abadesa celebraba conferencias teológicas en el interior del convento, en donde eran admitidas las madres, hermanas y amigas de las jóvenes educadas en el monasterio. Estos cursos eran seguidos con asiduidad y no producían menos efecto que los sermones del cardenal. Lelia era la primera mujer que se habia oído hablar con claridad y elegancia sobre materias abstractas, y la inteligencia de las mujeres que la escuchaban descubría

un mundo nuevo. Lelia sabia acomodárselas a sus ideas sin azorar sus preocupaciones y sin poner en desconfianza su devoción. Hallaba donde apoyarse en la moral cristiana, para predicarlas lo que habia tomado con tanto empeño, esto es, la pureza del pensamiento, la elevación de los sentimientos, el desprecio de las vanidades tan funestas a las mujeres y la aspiración hacia un amor infinito tan poco conocido ó comprendido por ellas. Habíase apoderado insensiblemente de sus almas, y el catolicismo, que hasta entonces no había sido para ellas todas que un negocio de forma, comenzaba a echar profundas raíces en sus convicciones. Preciso es también confesar que la moda coadyuvaba al éxito del proselitismo, y la fe católica echaba sus postrimeros rayos. Habíanse consagrado a reanimarla grandes inteligencias ávidas del ideal, pero no sirvieron más que para precipitar la caída de la Iglesia; porque esta las hizo traición, las repelió y permaneció sola con su obcecación y la indiferencia de los pueblos.

Cuando Stenio entró en el retrete de Pulquería, lo bailo convertido en oratorio: en lugar de la estatua de Leda habia otra de mármol de la penitente Magdalena; un magnífico collar de perlas se habia convertido en un rosario terminado por una cruz de diamantes; en vez del sofá habia un reclinatorio para orar, y la preciosa copa de Benvenuto, metida en una cuenca de lapizlázuli ¡estaba transformada en una pila de agua bendita.

Stenio se frotaba los ojos cuando la Zinzolina volvió de! sermón. Entró vestida de terciopelo negro, cubierta la cabeza con una mantilla, con un libro forrado con piel de zapa y gauchos de plata bajo el brazo, y una gran cruz de oro al cuello. — Stenio se echó sobre el reclinatorio y lanzó una carcajada.— ¿Qué disfraz es ese? exclamó; ¿de cuando acá somos devotos? Dicese que el diablo se hizo ermitaño cuando..., ¡pero líbreme Dios de aplicaros este insolente proverbio, mi venerable matrona romana! Todavía sois hermosa, Aunque estéis algo rolliza y se vean ya algunas hebras de plata en vuestra cabellera de oro....

Hubo un tiempo en que Pulquería en todo el brillo de la juventud, y en la mayor certeza de sus triunfos, hubiera acogido alegremente los sarcasmos de Stenio; pero, como este lo habia observado muy bien, el astro de su belleza empezaba a declinar, y las amargas chanzas de su jóven amante excitaron su despecho. El alma de Pulquería estaba aún más marchita que su rostro, y difícilmente hubiera rejuvenecido la piedad su corazón usado por tantos deseos efímeros y tantas incorregibles flaquezas. Iba pues a la iglesia lauto para seguir la moda como para explicar exteriormente, a medida de su vanidad, la baja de sus triunfos. Procuró defender la sinceridad de su devoción; pero lo hizo tan débilmente, y fueron tan crueles las zumbas de Stenio. que estuvo de parte de ella toda la desventaja de la lucha y conociéndolo sobrado se echó a llorar.

Cuando sus lágrimas acabaron de divertir a Stenio, para no tenerla que consolar, empezó a adoctrinarla en tono pe danto, y le repitió todas las vulgaridades de; Norte pensando que serian del lodo nuevas en el Mediodía. Permittiéndola que fuese católica, dándola a entender con bastante poca delicadeza que la religión se habia hecho para las inteligencias limitadas, que el pueblo la necesitaba y que era bueno alentarla. Llegó a decirle que lo que ella hacia era dar un buen ejemplo a su camarera, que era negocio de buen tono el acomodarse a la moda del dia, y acabó porfin su disertación añadiendo que lo que estaba muy bien en su aspecto exterior, tenía muy mal gus-

to en la vida íntima, aconsejándola que fuese devota por la mañana, y galante por la noche. Al oír esto, desquitóse la Zinzolina burlándose de él, mayormente cuando supo que se habia arruinado. Hizose entonces generosa y ofrecióle su mesa y su coche, de buena voluntad sin duda alguna, porque la Zinzolina era liberal como lo son sus semejantes; pero aquel aire de protección fue el último golpe para Stenio. Un hombre de estado habia puesto precio a los cantos de su lira, y una prostituí le ofrecía los dones de sus amantes. Levantóse furioso y salió para no verla ya mas.

Cuando vió reinar por todas partes la devoción, y supo el gran crédito de la abadesa de las camaldulenses, no tuvo límites su ironía, y por la idea de verá Lelia feliz ó poderosa, despertóse toda la amargura que Labia abrigado contra ella. Habíase consolado con lo que él habia llamado una venganza por su parle, persuadiéndose que Lelia lo pagaría caro, devorada por el tedio, atormentada por sus compañeras y obligada por su carácter inflexible a dar un escándalo que la obligaría a salir del claustro; pero cuando vió que se había engañado, pensó deber estar humillado por aquel floreciente destino, y recommenzó su enfermiza melancolía. Comprendió mezquinamente su vida y tuvo envidia de todo lo que no estaba marchito ó quebrantado como él, y basta de los títulos y riquezas de los demás hombres. Apoderóse de él un odio instintivo contra el cardenal, y complúgose en propalar las más ultrajantes palabras sobre la pureza de sus relaciones con la abadesa. Olvidó aquella tolerancia elegante y escéptica que había aprendido en el seno de la civilización, y tomando del partido que había abandonado loque tenía de más mezquino y erróneo, declamó acremente contraía piedad, y acusó de jesuitismo no solo todo lo que intrigaba en el estado, si que también todo lo que se encaminaba al progreso por vías religiosas. Habia conservado la dignidad de su poesía repeliendo las viles seducciones de la codicia, y perdió aquella dignidad obligando su genio a producir sátiras llenas de hiel y folletos hijos del mayor odio. De este modo en vez de dar la mano a los espíritus nobles y sinceros que soñaban con la libertad, y la servían por todos los medios posibles, la juventud contemporánea de Stenio, creyendo salvar la libertad, acusó de perfidia y rechazó brutalmente a los que habrían ayudado al triunfo de la verdad, sí fuese posible que la luz y la justicia presidiesen sobre los racionios humanos.

Antojósele un dia a Stenio el introducirse en el convento de las camaldulenses, disfrazado de mujer, para asistir a una de las conferencias de la

abadesa. Colocado lejos de olla no pudo ver sus facciones; más oyó sus discursos.

Obligada a contenerse dentro de los usos del catolicismo, Lelia había conservado en su enseñanza religiosa la forma sencilla de una discusión en que el abogado de la causa mala presenta objeciones que el defensor de la verdad refuta siempre victoriosamente. Al principio desempeñaba el papel de agresor alguna jóven que exponía tímidas dudas ó alguna religiosa que fingía sentir haber dejado el mundo; pero poco a poco rogaron a la abadesa que las permitiese levantar la voz libremente contra ella algunas mujeres de talento que había presentes, a fin de exponer sus dudas ó manifestarla sus penas é incertidumbre. Lelia que debía confortarlas y darlas consuelo accedió a su deseo, y consultada de improviso sobre materias ingeniosas y delicadas, respondió siempre con tal prudencia y exhortó las con tal unción que las pasmaba y enternecía.

Stenio testigo de aquel gracioso cambio de sensaciones nobles y piadosas, medio arrobado por la elocuencia de Lelia, medio irritado de sus fáciles victorias sobre argumentos que le parecían frívolos y débiles, quiso dirigirle la palabra a su vez. Hacia tiempo que no se le había visto en el país y estaban olvidadas sus facciones; a más estaba bien disfrazado y su belleza tenía un carácter femenino, así como su voz una dulzura casi infantil. Nadie sospechó la superchería, y al principio hasta la misma Lelia quedó engañada.

— ¡Madre! la dijo Stenio en tono almibarado y triste, vos prescribís siempre la prudencia y recordáis de continuo la sabiduría, diciendo que en la elección de esposo consulte más bien que los dones brillantes del espíritu y del cuerpo las cualidades del corazón y la rectitud del entendimiento. Comprendo que con estas precauciones podré evitar engaños y sufrimientos, pero los fines del alma cristiana en esta vida ¿consisten por ventura en huir del dolor, y en conservarse tranquila en el seno del egoísmo? Yo pensaba que por el contrario el primero de nuestros deberes era un afecto decidido, y que si la juventud y la belleza han recibido del cielo un poder irresistible, ha sido para revelar a los hombres lo ideal y hacérselo amar. Estos dones que vos Creéis sin duda funestos, vos, señora, que los poseáis y luego los habéis ocultado bajo un cilicio, no se han dado sin embargo inútilmente; porque el Todopoderoso nada hace inútil, y mucho menos nocivo, para el ser que recibe la vida, y no puede rehusarla. Yo creía que cuanto más

hechos somos para inspirar amor, más debemos obedecer a los designios del cielo abriendo nuestra alma al amor, a un amor generoso, fiel y lleno de abnegación. Si la misericordia es el más bello atributo de Dios, ¿por qué queréis que cerremos nuestro corazón a la misericordia, prescribiéndonos amar solamente a los que no la necesitan y no pueden darnos jamás ocasión de ejercerla? ¿Qué mérito tendré en ser compañera de un justo? Estonio asegurará La paz en este mundo; ¿pero en qué mellará digno de otro mundo mejor? Cuando vaya a presentarme ante el tribunal de Dios sin llevarle el tesoro de mis lágrimas para lavar mis flaquezas, ¿no me responderá lo que dijo Jesús a los soberbios fariseos: ¿Vosotros ya habéis recibido vuestra recompensa?

Escuchad, señora abadesa: los hombres prudentes y fuertes nada tienen que hacer de la ternura de las mujeres, porque aquellos a quienes Dios la destina para aliviar y fortalecer sus corazones son los pecadores, los débiles y los extraviados. ¿No queréis por ventura que recobren la virtud y la dicha esos desgraciados que Jesucristo vino a redimir con el precio de su sangre? ¿No se inmoló por ellos? ¿No debemos proponernos la compasión y caridad del Salvador por modelos en el empleo de nuestras más grandes facultades? ¡O madre ¡en vez de aborrecer a los malos valdría más convertirlos, y como ellos nada pueden unos con otros, y en su trato con las mujeres envilecidas a las cuales les destináis, solo pueden corromperse y condenarse más y más, Dios quiere tal vez que bajemos hasta ellos para levantarnos hasta él. Sin duda nos harán sufrir con sus arrebatos, con sus infidelidades y con todos los defectos y vicios contraídos en la carrera de su mala vida; pero nosotras sufriremos estos males con resignación pensando en su salvación y ¡a nuestra, porque escrito está que tendrá más gloria en el cielo un pecador convertido que cien justos perseverantes.

Permitid, señora, que cuente aquí una leyenda que vos sabréis ya sin duda alguna, puesto que se refiere a vuestro país, y los poetas la han traducido en todas las lenguas. Había un libertino que se llamaba D. Juan.... No se azore el pudor por ese nombre, porque mi cuento es muy moral. Ese D. Juan había cometido muchos crímenes, y eran ¡numerales sus víctimas. Después de haber robado a una joven virtuosa, mató al padre de aquella infeliz: abandonó a las mujeres más puras y hermosas, y hasta se dice que sedujo y engañó a una religiosa.... Dios que le había condenado, permitió que se apoderasen de él los espíritus de las tinieblas; pero D. Juan tenía en el

cielo la inefable protección de su ángel custodio. Prosternóse este ante el trono del Eterno y lepidio por singular gracia el poder trocar su existencia inmutable y divina por la dolorosa y humilde condición de la mujer. Permi-tiólo Dios. ¿Pero sabéis, hermanas, lo que hizo el ángel transformado en mujer? Amó a D. Juan y se hizo amar de él a fin de purificarle y convertirle.

Calló Stenio; más su discurso habia producido una extraña agitación, pues su antigua leyenda era nueva para aquellas jóvenes, y aún para la mayor parte de las monjas que le escuchaban. Algunas miraban a la extranjera que acababa de hablar con una curiosidad llena de emoción. El sonido de su voz las habia turbado, y el fuego de sus ojos atraía involuntariamente sus miradas. Volviéronse algunas atónitas hacia la abadesa, y esperaron con ansiedad su respuesta.

Lelia se estuvo algunos instantes confundida por la audacia de Stenio, y pensó si le liaría arrojar ó no inmediatamente del sagrado recinto; pero pensando que este escándalo seria aún peor que las palabras que acababa de oír, resolvió contestarle.

— Vosotras no sabéis, hermanas é hijas mías, como acaba esa leyenda, y yo voy a decíroslo. D. Juan amó al ángel y no se convirtió, puesto que mató a su propio hermano y continuó el curso de sus iniquidades. Débil y malvado, tenía miedo del infierno cuando se embriagaba; pero en ayunas blas-femaba de Dios, profanaba sus altares y hollaba con los pies las más her-mosas obras de sus manos. El ángel hecho mujer perdió la razón, es decir la memoria del cielo, de su patria, la conciencia de su naturaleza divina y la esperanza de la inmortalidad. D. Juan murió en la impenitencia final atormentado por los demonios, es decir por los remordimientos tardíos ó impo- tentes de su conciencia, y hubo en el cielo un ángel menos y en el infierno un demonio mas.

Sabed, hijas mías, que en estos tiempos de extrañas desesperaciones y de inexplicables caprichos, D. Juan se ha hecho un tipo, un símbolo, una gloria y casi una divinidad. Los hombres gustan a las mujeres si se parecen a D. Juan, y se imaginan estas ser ángeles y haber recibido del cielo la misión y el poder de salvarlos; pero, como el ángel de la leyenda, no los convierten y se pierden ellas. En cuanto a los hombres, sabed que uno de los más fu- nestos sofismas que han acreditado es el absurdo de revestir de magníficas y poéticas galas la personificación del vicio. ¡O D. Juan! ¡horrible fantasma;



cuántas almas has perdido para siempre!; Su estúpida admiración por tí es la que agosta tanta juventud y precipita tantos destinos a un abismo sin fondo! Siguiendo tus huellas han pensado elevarse sobre los demás hombros. Maldito seas, D. Juan, puesto que lo han tomado por grandeza y no eres más que locura. El polvo de tus pasos es lo mismo que la ceniza arrebatada por el viento, y el camino que seguiste no conduce más que a los vértigos y a la desesperación.

Fatuo insolente, ¿de dónde sacaste los insensatos derechos a que consagraste tu vida? ¿En qué hora y lugar te dijo Dios: —Cata ahí la tierra, luya es, serás rey y señor de tocias las familias; todas las mujeres que prefieras están destinadas para tu lecho; todos los ojos a quienes sonrías verterán lágrimas para pedirte merced, y se desatarán los más sagrados lazos con solo decir yo quiero; si un padre te reclama su hija le hundirás tu espada en el corazón desolado, y enancharás sus canas en la sangre y el lodo; si un esposo enfurecido llega a disputarte espada en mano la hermosura de su esposa, te burlarás de su cólera fiado en tu misión irrevocable, responderás firme y seguro sin precipitar el golpe que debe herirle, porque yo enviaré un ángel que anuble sus ojos y guíe la punta de tu acero?

¿Es decir que Dios gobernaba el mundo por tus placeres? ¿Si mandarla salir al sol para alumbrar cortijos y tabernas, conventos y palacios, donde tu libertina lengua improvisaba aventuras, para que llegada la noche y abrumado ya de suspiros y de lágrimas tu insaciable orgullo, luciesen en el cielo las silenciosas estrellas para proteger tus pasos y guiar tus nuevos viajes? La infamia que tú causabas era un honor digno de envidia, y el vilipendio de tus perfidias un sello glorioso é indeleble que marcaba tu paso, como indican las encinas heridas por el rayo el paso de ardientes nubes. Tú no reconocías en nadie el derecho de decir: «D. Juan es un cobarde porque abusa de la debilidad engañando indefensas mujeres. » No, tú no retrocedías ante el peligro, porque si un vengador se armaba perlas víctimas de tu desenfreno, no le repugnaba un cadáver ni temías tropezar al poner el pie sobre sus yertos miembros.

Un día sin promesa y sin mentira, y una noche sin adulterio y sin duelo, le habrían causado una vergüenza irreparable. Llevabas erguida la cabeza y tus ojos buscaban audazmente la presa que debías devorar: desde la tímida virgen que se estremecía al ruido de tus pasos, hasta la descarada cortesana que desafiaba tu valor y nombradla, no querías ignorar ninguno de los goces

del alma ó de los sentidos: el mármol del templo y el heno del establo te servían igualmente de cabecera por dormir.

¿Qué querías pues D. Juan, qué pretendías de esas mujeres desconsoladas? ¿Esperabas, por ventura la dicha en sus brazos? ¿Confiabas descansar después de tan penosa peregrinación? ¿Creías que Dios te enviaba por fin para fijar tus inconstantes amores una mujer superior a todas las que habías engañado? ¿Pero porqué las engañabas? ¿Por ventura, dejándolas, sentías en tu interior el despecho y la pena de una ilusión perdida? ¿Acaso su amor no alcanzaba la altura de tus deseos? ¿Habías dicho tal vez en medio de tu solitario y monstruoso orgullo: Ellas me deben una fidelidad infinita que yo no puedo darlas, sus suspiros y gemidos son una música dulce a mi oído, las torturas y angustias de mis primeros abrazos alegran mis ojos y me gusta verlas esclavas, sumisas y decididas cuando fingen y se embellecen con una falsa alegría pantano turbar mis placeres, ¿pero las prohibo plantar su esperanza ‘en el dintel de mi pensamiento y esperar fidelidad en cambio del sacrificio?

¿Quizás temblabas de cólera cada vez que adivinabas en el fondo de su alma la inconstancia que las hacia iguales a tí y que acaso iba a ganarle en presteza? ¿Sentías vergüenza y humillación cuando sus juramentos te amenazaban con un amor fuerte y tenaz que hubiera encadenado tu egoísmo y tu gloria? ¿Habías leído en alguna parte en los consejos de Dios que la mujer es una cosa hecha para el placer del hombre incapaz de resistencia ó de mudanza? ¿Pensabas que esta perfección ideal de renuncia existía solo para tí en el mundo para asegurarle la inagotable renovación de tus alegrías? ¿Creías que un día arrancará el delirio de los labios de tu víctima una promesa impía, y que exclamaría: Te amo porque sufro, le amo porque gozas un placer exclusivo, le amo porque siento en tus trasportes que se debilitan y en tus brazos que se abren y me abandonan, que luego te cansarás de mí y me dejarás abandonada, te quiero porque me dejas, me acordaré porque tú le olvidarás; y te elevaré un santuario inviolable en mi corazón, porque vas a inscribir mi nombre en los archivos de tu desprecio?

¡Si abrigaste un solo instante esta absurda esperanza no eras más que un Joco, D. Juan! ¡Si pensaste un solo momento que la mujer puede dar al hombre a quien ama más que su belleza! su amor y su confianza, eras un necio! y si creíste que no se indignaría cuando tu mano la repeliese como un

vestido inútil, estabas ciego. Vé, ¡tú no eres más que un libertino sin corazón y un alma de cortesano descarado en el cuerpo de un rústico 1

¡Oh! ¡cuán mal te han comprendido los que han visto en tu destino el emblema de una lucha gloriosa y perseverante contra la realidad! ¡SI hubiesen renovado a costa suya la prueba que tú emprendiste, no te concederían tan hermosa parte y confesarían en alta voz la miseria de tus ambiciones y la mezquindad de tus esperanzas! SI hubiesen combatido como tú, cuerpo a cuerpo, con la impureza, ¡como sabrían lo que te faltó a tí, que no conociste jamás el amor, y que en vez de seguir con tu buen ángel el camino del cielo le precipitaste al infierno en tu caída!

Por esto, D. Juan, les espanta y consterna tu muerte y te adoran de rodillas. Sus ojos no recorren el horizonte que tú habías abarcado y no son felices, como tú, sino rechinando los dientes. El agotamiento y dolor de tus últimos días, el duelo implacable de tu cerebro perdido con tu sangre entorpecida, la agonía y el estertor de tus noches sin sueño les llenando espanto como una amenaza profética.

Los insensatos no saben que tus quejidos eran blasfemias, y que tu muerte fue un justo castigo, é ignoran que Dios condena en ti el egoísmo y la vanidad y que te envió la desesperación para vengar a las víctimas cuya voz se ele vaha contra tí.

Pero tú no tienes derecho de quejarte, porque el castigo que se te impuso no fue más que una represalia. Poco cuerdo oras, D. Juan, si ignorabas el desenlace fatal de todas las tragedias que Labias representado; Labias estudiado muy mal los modelos que te habian precedido en la carrera y que tú querías rejuvenecer, é ignorabas que el crimen, para tener alguna grandeza y para pretender el imperio del mundo, debe vivir sabiendo anticipadamente la pena que merece cada dia. Entonces acaso puede alabarse de su valor, porque no ignora el fin que le está reservado. Pero si esperabas escaparle de la venganza celeste, D. Juan, ¡no eras más que un cobarde 1

¡Hermanas! ¡hijas mías! este es D. Juan. Amadlo ahora, si queréis. Exáltese vuestra imaginación con la idea de entregar los tesoros de vuestra alma al soplo ponzoñoso del impío, y aprended en las novelas, en los poemas y en el teatro la perversidad triunfante de vuestro grosero despreciador. Adoradle de rodillas abjurad por él todos los dones del cielo, y haced un camino espléndido en donde derramen sangre y lodo sus pies. ¡Id! ¡doblad la frente,

dejad el seno de Dios, liemos ángeles que vivís en él: haceos víctimas, ¡esclavas mujeres!

Descubrid más bien este grosero lazo que os tiende el vicio. Para no tener que obteneros por mejores medios tendrá que hacerse amable sin duda alguna y procurará hacerse interesante. Os dirá que sufre y que suspira por el cielo que le repele, y a donde no puede volver más que con vosotras; pero estas infames mentiras y pérfidas promesas, ya las ha dicho y hecho a otras mujeres tan cándidas como vosotras, y cuando os haya profanado y perdido como a ellas, quedareis abandonadas y añadiréis un nombre a la lista de sus desenfrenos.

Hay circunstancias sin duda, en que el perdón y la paciencia de la mujer sirven en los designios de Dios para la conversión de tales hombres. Cuando tales circunstancias acaezcan en nuestra vida, a pesar nuestro y a despecho de toda previsión, aceptemos semejante prueba, porque hay sufrimientos que nos envía Dios, y el afecto, la dulzura y la abnegación son los recursos de la mujer a quien la Providencia envía la plaga de tal esposo. Pero este decidido efecto debe tener un límite, porque no hay cosa peor en el mundo que olvidar que el vicio es aborrecible por sí mismo, y ponerse a amar el vicio. Si, como los hombres se complacen en proclamarlo, es la mujer un ser débil, ignorante y crédulo, ¿con qué derecho nos llaman para convertirlos? ¿Tal no podemos sin duda alguna, y ellos superiores nuestros y nuestros dueños pueden pervertirnos y perdernos? ¡Considerad cuanta hipocresía y cuanto absurdo hay en sus raciocinios ¡¡Si hay sufrimientos que vienen de Dios, son más aún los que nacen de nosotras mismas, buscados por nuestra propia temeridad! ¡Desear el amor del malvado, fijar el ideal en la sociedad del vicio;... ¿Es esto creíble.es posible acaso? El mal es tan contagioso que hace sucumbir hasta a los ángeles, y siendo así, ¿qué insensato orgullo se expondrá a tal intento? ¡Ah! si alguna de vosotras tuviere jamás tal tentación, examínese bien así misma y verá que su proselitismo no es más que un pretexto de la vanidad. ¡Sería tan hermoso convertir un D. Juan! ¡habría tanta gloria en alcanzar lo que tantas no pudieron y salir con victoria de donde aquellas salieron perdidas! Sois bella, persuasiva, un ser privilegiado; tal vez liareis época en la vida de D. Juan, que no habiendo amado jamás a ninguna mujer más de un día, será ya un triunfo si os es fiel durante dos. ¿Pero qué seréis ya a los tres? ¿Osareis presentaros ante Dios, para pedirle la paz que poseáis y enajenasteis para poseerá D. Juan?

Habíais prometido al Señor restituirle un alma perdida, y volvéis sola sin embargo, abatida y mancillada. Vuestra alma ha perdido su virginidad, su poder vuestra belleza, y vuestra juventud su esperanza. El soplo de D. Juan os empaña y es preciso hacer penitencia y rogar y llorar mucho, antes de lavar esa mancha y de que acabe de verter sangre vuestra herida.

¡Pero cómo! ¿Os espanta vuestra reconciliación con Dios? ¿Teméis la voz de la conciencia y el horror de la soledad? ¿Os echáis en el tumulto del mundo y esperáis embriagaros y olvidar vuestro mal? ¡Ilusión! porque el mundo se burla de vos y os desdeña, siendo cruel y desapiadado: vuestras lágrimas, que habrían enternecido al Señor, no serán para el mundo más que un objeto de ludibrio, y entonces es preciso vencer la insolencia del mundo y levantar vuestra humillada vanidad buscando nuevos triunfos, y queráis nuevos amores porque no podéis estar sola y abandonada, ni ser un objeto de lástima como las demás mujeres, es preciso obstinaros en someterá D. Juan. Volved a él, vuestra perseverancia le dará orgullo, y durante un día más os creeréis en el colmo de la gloria y de la felicidad, pero con D. Juan hay un mañana inevitable, porque pesa sobre él un encanto mágico, y el fastidio que le persigue y arroja de todas partes, le echará también de vuestros brazos, lo mismo que de los de las demás. ¡Seguidle si osáis! Pero no, abandonaos a la cólera y a la venganza; olvidad a D. Juan y probadle que sois tan fuerte como él, buscando un reparador de vuestra afrenta y consolador de vuestra pena. Ya se ha presentado otro D. Juan, porque los hay muchos en el tiempo en que vivimos, y ese será más hermoso, más elegante y más impúdico que el primero. Ese no os hubiera buscado cuando eráis pura, porque solo le gusta el vicio descarado, y cuando sabrá que estáis profanada, se lisonjeará de encontraros tal como os desea, os perseguirá y persuadirá sin pena, sabiendo que es el despecho y no la necesidad de amar lo que a él os atrae. Sobrado ducho para creer en un amor que no sentís, y no sintiéndolo tampoco él, no temerá engañaros con las más absurdas promesas, y si con el primero tuvisteis dos ó tres días de cariño, con el segundo no tendréis ni uno solo.

Basta ya de poneros a la vista el asqueroso cuadro de los extravíos de la desesperación, Volved la vista, tiernas y castas compañeras, levantadla a) cielo y ved si los ángeles se

cansan de vivir con el Eterno. ¡Ved si la leyenda es verdadera y si los bienaventurados dejan sus inefables delicias por la sociedad de los hombres

corrompidos!

La hermosa Claudia lloraba....

Stenio no oyó el fin del discurso de la abadesa, que según costumbre se había atraído todo el auditorio, y quedaba demolida la gloria de D. Juan. Viendo que a pesar de la atención que se granjeaba la abadesa, se dirigían a él de tiempo en tiempo algunas miradas inciertas y curiosas, temió ser reconocido si se salía con la otra gente, y fuese solo y en derechura a su casa, en donde se quitó el disfraz, revolviendo en su espíritu mil provéelos de venganza a cual más loco.

## LXIII.

A fuerza de hacer proyectos, salióse Stenio sin resolver ninguno, y vestido según su sexo, era su traje el más elegante. Cuando hubo andado un buen rato, preguntóse a si mismo que iba a hacer, estando cerca del convento de las camaldulenses a donde sin saberlo le llevaban su instinto y su destino.

Stenio habia entrado en él en otro tiempo y divagado dos noches consecutivas por las azoteas y claustros y por junto a los dormitorios. Halló pues fácilmente la celda de Claudia, y trepando por el emparrado de jazmín que rodeaba las ventanas, dudó si rompería ó no un vidrio para entrar.

Quería mortificar a toda costa el orgullo de Lelia, y no pudiendo quebrantárselo, deseaba atormentarlo al menos y pensaba en quien habia de recaer su primera tentativa. ¿Seria Claudia, la tímida niña que tan bien dispuesta habia hallado al oírle en otro tiempo? Aquella jóven se habia hecho alta y hermosa, y estaba llena de dignidad, de razón y de piedad sincera. Su educación había sido la obra maestra de la abadesa, porque ninguna alma había estado tan cerca de corromperse ni tenido que hacer tantos esfuerzos para recobrar la rectitud y la prudencia. Claudia sabia el mal que le había hecho

su primera educación, y en su lucha con las malas influencias de lo pasado, se habia espantado tanto del porvenir, que un capricho se habia convertido en invariable resolución. Habia tornado el velo y era novicia.

¡Qué gloria para Stenio, y qué humillación para Lelia, si lograba quitar aquella presa al proselitismo ¡Claudia, desdeñada por él en casa de la cortesana a donde le habia ido a buscar, llamada luego a una cita en que no le habia hallado, y por fin apartada de serias reflexiones y de una juventud sazónada por la reflexión, ¡cuán bella conquista para publicada! ¡Acaso en aquel instante la orgullosa abadesa contaba a las monjas viejas que en la argumentadora de la conferencia había reconocido a un fatuo a quien se habia propuesto ridiculizar y humillar con su respuesta ¡¡Tal vez el día siguiente-, gracias a las habladurías de las monjas, so sabría en toda la ciudad el triunfo de elocuencia que Stenio habia procurado a Lelia! Así, para ponerse de SU parlo a los burlones se requería una aventura escandalosa, ¿pero a quién atacar con preferencia? ¿á Claudia ó a la misma Lelia?

Agarrado a los barrenes de la celda, distinguía a la débil luz de una lámpara encendida ante la imagen de la Virgen una forma blanca, elegante, echada en una camilla estrecha y baja, y era ¡a hermosa Claudia que dormía en su lecho a manera de sepulcro. Su dormir no era tranquilo del todo, porque de tiempo en tiempo levantaba su pecho un suspiro profundo, vaga reminiscencia de penas, temores, ó arrepentimientos. Su toca se habia desarregrado y sus largos cabellos negros, que luego debía sacrificar como Lelia, caían sobre su brazo de alabastro mal oculto por una ancha manga de lino.

Su belleza habia aumentado tanto desde que Stenio no la habia visto, era tan graciosa su postura y habia en ella una tan singular mezcla de voluptuosidad luchando todavía, Aunque débilmente, contra la castidad victoriosa, que turbado Stenio, olvidó sus proyectos y no pensó más que en desearla por ella misma. Pero aquel suspiro que Claudia exhalaba de tiempo en tiempo, como una nota misteriosa dirigida al cielo, causaba un miedo involuntario al libertino.

Las maldiciones que Lelia habia fulminado contra D. Juan le volvían también a la memoria y ya no le parecían más que ataques personales contra él. Al fin y al cabo, se dijo a sí mismo mirando el sueño virginal de Claudia, aquella homilía no podía dirigírseme a mí, que no soy ningún malvado,

pues Aunque libertino-no se me puede llamar ni cobarde ni embustero. Vivo con mujeres abandonadas y tengo en muy poco la virtud de las demás, pero no pretendo saberlo de cierto, porque siempre ha quedado en el recuerdo de mi primer engaño algo que me ha hecho desconfiar de mi mismo. Tal vez tengo las maneras y la serenidad de un Loveiace, pero no su soberbia confianza. Yo no he engañado ni seducido mujer alguna, ni aún la que vino a buscarme en un mal lugar y que ahora veo dormir bajo su traje de novicia sin apartar ni el menor pliegue. ¿Qué tengo pues de común con D. Juan'? Algunas ganas lie tenido de imitarle; pero en seguida he conocido que no podía, pues, valga más ó menos que él, no me le asemejo. No tengo bastante salud, alegría, y desvergüenza para darme tanta molestia, mayormente sabiendo que puedo hallar placeres más fáciles. SI Lelia imagina haberme acertado el tiro aplastando a D. Juan con su retórica, so equivoca de medio a medio, porque ha dado el golpe en vago.

Soltó las barras de la ventana y se paseó por el jardín pensando en los anatemas de Lelia y sintiendo crecer en su interior, no el deseo de vengarse mereciéndolos, sino el de repelerlos haciendo conocer que no los merecía. Stenio en el fondo de su alma era. honrado y amigo de la justicia, y

por lo general pretendía ser más vicioso de lo que realmente lo era; pero si se le tomaba Ja palabra, revelábase su orgullo y su indignación probaba que sus principios, en ciertos puntos, eran invariables.

Caminaba con agitación por debajo de los mirtos del jardín y recordaba prodigiosamente todas las palabras de la abadesa; a su cólera se habia seguido un sufrimiento profundo. No habia podido menos de admirar la elocuencia de la abadesa; el sonido de su voz era más armonioso que nunca y el tono en el hablar revelaba como en otro tiempo aquella profunda convicción é incorruptible buena fe de Lelia, tanto en la duda como en la fe. No habia visto bien su rostro; pero aún le parecía hermosa, y su talle no habia perdido como el de Pulquería su elegancia y ligereza. Stenio babia admirado a pesar suyo el progreso intelectual que habia hecho aquella alma desgarrada a una edad en que las mujeres sufren a la par que la pérdida de sus hechizos una especie de decadencia moral. Lelia habia dado un poderoso mentís a (odas tas previsiones aplicables a los destinos vulgares, pues habia triunfado de todo, de su amante, del mundo y de sí misma. Su fuerza espantaba a Stenio, y ya no sabía si debía maldecirla ó prosternarse ante ella. Pero lo que claramente sentía era el dolor de ser mal conocido de ella, y



hasta despreciado sin duda, cuando ya no podía menos de respetarla ó temerla.

Tal es el corazón humano: el amor es la lucha de las más grandes facultades de dos almas que quieren confundirse en una por medio de la simpatía. Cuando no lo alcanzan, el deseo de igualarse al menos por el mérito se hace un tormento para su orgullo mutuamente vulnerado. Cada una quisiera dejar sentimientos en la otra, y la que piensa sufrirlos sola es presa de un verdadero suplicio.

Stenio, más y más agitado, salió del jardín y siguió al azar una estrecha galería sostenida por elegantes arcos, al rabo de la cual habia una escalera espiral que daba vueltas a una palmera de mármol. Subióla pensando llegar a las azoteas por donde habia entrado. Halló una cortina de paño negro, y la levantó a todo riesgo, Aunque con precaución. Aquel día había sido muchísimo el calor, y aquella colgadura era la única puerta que cerraba los aposentos de la abadesa. Stenio atravesó una pieza que servía de oratorio y hallóse en la celda de Lelia.

Era esta habitación sencilla y elegante ú la vez, cubierta en bóveda y paredes de un estuco blanco como el alabastro: sobre un fondo de terciopelo morado con una franja de borlas de bronce se destacaba un crucifijo de marfil, primorosamente trabajado. Las sillas eran de ébano macizo y cuadradas, pero de gusto puro, con almohadones de terciopelo de color de escarlata; habia un reclinatorio y una mesa del mismo estilo, sobre la cual se veía una calavera, un reloj de arena y un jarro lleno de llores magníficas. Una lámpara de bronce antiguo puesta sobre el oratorio, daba luz a aquel recinto bastante grande en cuyo fondo no vió Stenio a Lelia sino al cabo de un rato. Luego, así que la hubo visto, quedó clavado en su puesto sin saber si lo que tenía a la vista era Lelia ó una estatua de mármol muy parecida a ella, ó el espectro que habia creído ver en días de delirio y de languidez. Estaba sentada en su lecho, especie de ataúd de ébano puesto en el suelo: sus pies desnudos reposaban en el pavimento y confundíanse con la blancura del mármol, é iba envuelta en su vestido blanco cuya nitidez era incomparable. A cualquier hora que se hubiese visitado a la abadesa de las camaldulenses, se la habría encontrado de aquel modo, y la limpieza de aquel vestido sin mancha y sin pliegue alguno, tenía algo de fantástico que sugería la idea de una existencia inmaterial y de una serenidad fuera de las leyes de lo posible. Sus compañeras prestaban un respeto casi supersticioso a aquel

vestido tan puro, y ninguna habría osado tocarlo, porque la abadesa era reputada santa, y se consideraba como una reliquia tanto a ella pertenecía: tal vez ella misma incluía alguna idea novelesca en la blancura del lino que la servía de gala porque bailaba con la poesía cristiana los más preciosos emblemas de la pureza del alma en aquella ropa de inocencia tan preciosa y tan apreciada. Lelia no vio a Stenio, Aunque estaba en pie delante de ella, y Stenio no supo si dormía ó meditaba, tan inmóvil permanecía y tan absorta, a pesar de su presencia. Sus grandes ojos negros estaban abiertos, más su fija tranquilidad tenía algo de espantoso como la muerte: su respiración no era perceptible, y sus manos puestas una sobre otra no indicaba ni sufrimiento, ni oración, ni abatimiento. Hubiérase dicho que era una estatua alegórica que representaba la calma.

Stenio miró largo tiempo. Estaba más hermosa que nunca, pues Aunque no era joven, era imposible pensar al verla que tuviese más de veinte y cinco años, y sin embargo se veía blanca como un lirio y no cubría morbidez alguna en sus mejillas el estrago de los años. Pero Lelia era un ser aparte, diferente de todos los demás, apasionado en el fondo del alma é impassible en su exterior y la desesperación se había convertido en ella en serenidad. Había abjurado con tanta firmeza todo pensamiento de dicha personal, que ya no quedaba en su frente ni una señal siquiera de pesadumbre ó de melancolía, y sin embargo sentía dolores Lelia con los cuales no podía compararse cosa ninguna en la vida de los demás seres; pero estaba como la mar tranquila cuando se ve desde la cumbre de las montañas, que parece tan quieta que no pueden comprenderse las tempestades ocultas en su profundo seno.

Cuando la vio de aquel modo Stenio, que pensaba verla caída de todo su poder, apoderáronse de él una turbación, una ternura y un transporte imprevistos. Seis años de despecho, de desconfianza ó de ironía, fueron olvidados en un instante en presencia de la hermosura de la mujer, y abjurados como por magia seis años de desorden, de escepticismo ó de impiedad ante la belleza del alma. Lo que en otro tiempo había adorado Stenio en Lelia era precisamente aquella reunión de la hermosura física y de la belleza intelectual. Esta fuerza del entendimiento que se le había resistido se había convertido en objeto de su odio. No había querido conservaren su memoria más que el recuerdo de una mujer hermosa, y para consolar su amor propio de haber tenido que doblar la rodilla ante Lelia, complacíase en repetir que

solo su belleza le habia deslumbrado y hecho ver en ella un genio que no poseía. Contemplando a Lelia pensativa de aquel modo, Stenio no pudo menos de sentir que entre aquella mujer que él habia podido merecer y todas las que pretendía comparar é igualar con ella, existía el abismo de lo infinito. Sintióse poseído de vértigo y de desesperación como un pródigo arruinado al aspecto de un tesoro descuidado que se le escapa, y apoyóse contra la puerta para no caerse de rodillas. Lelia no vió su turbación, porque arrebatada por el espíritu a otro mundo, no existía en aquel instante con la vida de los sentidos.

Stenio se estuvo casi una hora delante de ella, observan" dolé con avidez, esperando que despertase el sentimiento en aquel éxtasis de la imaginación, preguntándose con angustia a si mismo, si pensaba en él en aquel instante y si le compadecía, despreciaba ó echaba de menos. En fin hizo Lelia un ligero movimiento y pareció salir de su ensueño, pero poco a poco y sin contar aún con la vida exterior. Levantóse luego y anduvo lentamente por el fondo de su cuarto, y como la lámpara dibujaba en la pared el transparente reflejo de su velada sombra, hubiérase dicho que la acompañaba un espectro. Detúvose por fin delante de su mesa y cruzando los brazos sobre su pecho, inclinada la cabeza hacia adelante y con aire melancólico, contempló largo rato el jarro lleno de flores. Stenio la vió enjugar algunas lágrimas que saltaban lenta y tranquilamente como el agua de una fuente límpida y silenciosa y el jóven no pudo contener más largo tiempo su emoción.

— ¡Oh ¡dijo Stenio dando unos pasos hácia ella, esta es la segunda vez que te veo llorar: la primera estaba yo en tus pies y si quieres también lo estaré ahora con tal que me digas el secreto de tus lágrimas.

Lelia no hizo movimiento alguno. y miró a Stenio con aire extraño, sin mostrar ni miedo ni cólera de verle llegar a donde estaba ella en medio de la noche.

— Stenio, le dijo, ahora pensaba en ti y me parecía verte y oírle, pues tenía tu imagen en mi pensamiento. ¿Qué vienes a hacer aquí de esta manera?

— Os causa horror mi presencia,; Lelia! dijo Stenio azorado por aquel aire glacial.

— No, respondió Lelia.

— Pero almenas os ofende é irrita.

— Tampoco, respondió Lelia.

— ¿Entonces tal vez os aflige?

— Ya no sé lo que me puede afligir de aquí en adelante, Stenio. MI alma vive en la incesante y eterna presencia de los objetos de su reflexión y de las causas de su dolor. Ya ves que tu visita no me conmueve más que tu recuerdo, tu persona más que tu imagen.

— Vos llorabais, Lelia, ¡y decís que pensabais en mí!

— Mira esa flor, dijo Lelia enseñándolo un narciso de exquisito aroma. Por ella he recordado lo que eras tú en tu juventud cuando yo te amaba, y de repente he visto tu rostro y oído el sonido de tu voz, y mi corazón se ha conmovido deliciosamente como en los días en que me creía amada por tí.

— ¿Es un sueño lo que me pasa? exclamó Stenio fuera de sí: ¡es Lelia la que me habia de este modo ¡¿Y si es ella, significa esto que sor Anunciála se cansa de Ja soledad, ó acaso la abadesa de las camaldulenses quiere burlarse amargamente de mi atrevimiento?

Lelia hizo como que no oía lo que decía Stenio, y teniendo el narciso en la mano lo miraba con ternura.

— Hete ahí, poeta mío, lo dijo ella como le he contemplado mil veces sin saberlo. Frecuentemente en nuestras poéticas correrías le he visto más débil que Tremmor y que yo, ceder a la fatiga y dormirte a mis pies bajo una cálida brisa del mediodía y entre las flores del bosque. Inclineda yo sobre tí protegía tu sueño y apartaba de ti los molestos insectos; te cubría con mi sombra cuando el sol pasaba por entro las ramas para estampar un beso en tu hermosa frente, poníame entre los dos y mi alma déspota y celosa te cubría con su amor. MI labio tranquilo desfloraba a veces el aire cálido y perfumado que soplaba en torno tuyo. Entonces era feliz y te amaba, y te amaba tanto como puedo amar: respirábale como un lirio hermoso y te sonreía como a un niño, pero como a un niño lleno de genio. Hubiera querido ser madre tuya y estrecharte en mis brazos sin despertar en tí los sentidos de hombre.

Otras veces he sorprendido el secreto de tus paseos solitarios, cuando inclinado sobre la balsa de una fuente ó apoyado sobre el musgo de las rocas,

mirabas el ciclo en las aguas: con gran frecuencia estaban tus ojos medio cerrados y parecías muerto para todas las impresiones exteriores, y, lo mismo que ahora, parecías recogerle y mirar en ti mismo a Dios y a los ángeles reflejados en el misterioso espejo de tu alma. Hele ahí como eras entonces, débil adolescente, sin mala pasión todavía y extraño a la embriaguez y a los sufrimientos de la vida. Novio de alguna virgen de alas de oro, no habías tirado aún tu anillo en las borrascosas olas. ¿Has sufrido por ventura tantos males y durante tanto tiempo desde aquella hora en que me pediste que te explicase lo que eran amor, dicha, gloria y sabiduría? Niño, que creías todas esas cosas y buscabas en raí todos esos tesoros imaginarios, ¿no es verdad que todas nuestras lágrimas, espantos y engaños, nos separan desde aquella deliciosa mañana? ¿No lo es también que tus pasos que no habían doblado más que llores, han caminado después por el barro y entre piedras, y que tu pecho abierto y dilatado en el aire puro de las montañas, se ha desecado y quemado con el fuego de las orgías, y que tu voz que cantaba tan suaves armonías, se ha puesto ronca gritando en la embriaguez, y que tus labios, que los ángeles besaban mientras dormías, se han manchado con otros infames labios? ¡Tanto

has sufrido, lanío le has sonrojado y de tal manera has amado!...

— ¡Lelia! ¡Lelia! no hables de esle modo, exclamó Stenio cayendo de rodillas a los pies do la abadesa; ¡tú quebrantas mi corazón por una fría burla; tú no me amas, tú no me has amado jamás...

Sintiendo la mano de Stenio que buscaba la suya, retrocedióla monja con un doloroso estremecimiento.

— ¡Oh! le dijo, no habléis tampoco vos de esta manera. Yo pensaba en esa flor, en cuyo fondo creía ver una imagen que se ha desvanecido. ¡Ahora, Stenio, adiós!

Dicho esto dejó caer la flor a sus pies, exhaló su pecho un profundo suspiro, y levantando los ojos al cielo con un movimiento de indecible tristeza, se pasó Ja mano por la frente cual si quisiera alejar una ilusión, para recuperar esforzadamente el sentimiento de la realidad. Stenio esperaba con ansiedad que se explicase, pero ella le miró con un aire de frialdad y de extrañeza.

— Habéis querido verme, le dijo, y no os pregunto porque, puesto que ni vos mismo lo sabéis; más ya que habéis satisfecho vuestra curiosidad, retiraos.

— Antes es preciso que me digáis lo que sentís al verme, respondió Stenio; pues quiero saber que sentimiento ha reemplazado en vos al recuerdo de amor, que no habéis podido menos de expresar así que me habéis visto.

— Ninguno, respondió Lelia, ni cólera siquiera.

— ¡Cómo ¡¿Odio tampoco?

— NI aún desprecio, contestó la abadesa. Ya no existís para mí y me parece que estoy sola, mirando un retrato vuestro que no se os parece.

— ¡Cómo ¡¿NI aún desprecio? exclamó irritado Stenio; ¿ni siquiera miedo? añadió levantándose y siguiéndola de cerca. mientras paseaba por el fondo de su celda.

— Misero menos que cualquier otra cosa, replicó ella sin dignarse prestar atención al furor que se apoderaba de él. ¡Todavía no sois D. Juan, Stenio! porque tenéis una naturaleza débil y no perversa, y así como no Creéis en Dios, tampoco Creéis en Satanás, y no habéis hecho pacto alguno con el espíritu del mal porque a vuestros ojos no hay mal ni bien. Vuestros instintos no os conducen al crimen y repelen la infamia: fuisteis un tipo de candor y de gracia, y ahora no lo sois de nada: todo os fastidia, y el fastidio borra y destruye; más no envilece ni degrada.

— Sin duda lo sabéis bien, señora abadesa, respondió Stenio con acritud, porque he sorprendido el secreto de vuestras noches y sé que ni leéis, ni dormís ni oráis, y que os devora el fastidio.

— ¡No el fastidio, la pena es quien me devora! respondió Lelia con una franqueza que humilló el orgullo de Stenio.

— ¿La pena? contestó él con sorpresa. ¿Con que ya lo confesáis? ¡Oh! si, viéndoos tranquila, ya debía comprender que como en otro tiempo abrigabais quieta y pacíficamente en vuestro seno la desesperación, ¡pobre Lelia!

— ¡Si, pobre Lelia! respondió la abadesa: merezco ser llamada de este modo, y sin embargo tengo grandes riquezas, esperanzas y consuelos: la seguridad de haber obrado como debía, la certeza de que hay un Dios amigo

do los desgraciados, y la inteligencia de los santos placeres a que puede aspirar un alma resignada.

— Pero vos sufrís, Lelia, dijo Stenio más y más admirado de hallarla tan sincera, y si sufrís no estáis resignada, ni sentís esos mismos goces que comprendéis. Ese Dios amigo de los desgraciados no os asiste, y la paz de vuestra conciencia no es suficiente felicidad. ¿No es esto?

— No me admira que me lo preguntéis, respondió Lelia, porque no sabéis nada de todo esto y debéis hallar un atractivo de curiosidad en saberlo, por lo cual voy a decíroslo.

Hilóle seña para que se alejase de ella, pues andaba a su lado, y no se atrevió a resistir a aquel gesto cuya autoridad parecía sobrehumana. Alejóse ella también, y apoyando su

codo sobre el derramo de la ventana, hablóle en pie clavados en él sus ojos.

— No quiero engañaros, le dijo, porque conozco que las palabras que a esta hora hablamos tienen una solemnidad que no puedo evitar de modo alguno. SI Dios ha permitido que entraseis sin obstáculo en el santuario da mi reposo, si ha descubierto a vuestra curiosidad malévola ó frívola el secreto doloroso de mis vigiliass, su voluntad de que conozcáis mis pensamientos es aparente, y los conoceréis para hacer de ellos el uso que Dios ha previsto y ordenado. El orgullo que yo profeso, enseño y practico, sé que es el blanco de vuestra aversión y de vuestro resentimiento. Lo combatís con aspereza en vuestras conversaciones, en vuestros escritos, y hasta en el seno de mi humilde escuela; pero vuestro argumento es muy débil. Decís que mi camino no conduce a la dicha, y que yo misma soy la primera víctima de ese orgullo indomable que yo exalto. Os engañáis, Stenio; yo no soy víctima de mi orgullo, sino de la falta de afectos que hacen la vida del alma. Esta vida del alma en Dios es una existencia sublime, pero no basta, porque no puede ser completa, incesante é infinita. Dios nos ama y nos lleva siempre consigo; nosotros amamos también y él está en nosotros; pero no sentimos como él a todas horas esta vida universal que le es natural y necesaria, y a nosotros accidental, extraordinaria y jaculatoria. El amor infinito es pues la vida de Dios, porque la del hombre se compone del amor infinito que tiene por objeto a Dios y al universo, y del amor terrestre que tiene por objeto las almas humanas asociadas al ser humano por el sentimiento; y de

esta asociación nacen el amor, el himeneo, la generación y la familia. Aíslese una criatura humana y renuncie a estos elementos necesarios a su existencia, y sufrirá languideciendo hasta no existir más que a medias. Verdad es que le queda por refugio la inmensidad de Dios; pero débil y limitada como es, piérdese en el seno de aquella inmensidad en donde se siente absorta, devorada y perdida como un átomo en el foco de los astros. Esta absorción es a veces embriagadora, deliciosa y sublime, porque en el rezo y la contemplación hay éxtasis inauditos con los cuales no puede compararse ningún placer de la tierra. Pero son raros, pasan rápidamente y no vuelven al primer grito de nuestro sufrimiento. Son raros, porque para sentirlos necesita el alma a pesar de todos sus esfuerzos un poder al cual la naturaleza humana no puede fácilmente elevarse; y son pasajeros, porque Dios no nos permite, en esta vida, pasar del estado de hombre al de ángel, siendo preciso que suframos nuestro severo destino, y que se cumpla nuestra peregrinación en los duros términos de la vida terrenal.

En medio de su rigor Dios es bueno y pródigo con nosotros y permito que tengamos en el mundo afectos tiernos, grandes y exclusivos; pero para sancionarlos ha querido que estuviesen revestidos de un carácter de justicia de grandeza y de sublimidad que les hace semejar al amor divino, porque de él nacen y con él se confunden aquellas virtudes, sin las cuales se materializan los afectos, se envilecen y extinguen, porque no los inspiran gobierna el amor divino. Así, cuando las generaciones se corrompen ó adormecen, cuando el progreso de la justicia queda obstruido, cuando las leyes no están ya en armonía con las necesidades de ese progreso y los corazones hacen vanos esfuerzos para vivir según la libertad que hace fieles y sinceros todos los afectos, Dios retira del amor terrestre la luz que le esclarecía, y los nobles instintos del hombre se nivelan con los de los brutos. Los misterios sagrados del himeneo se cumplen en un lodazal y entre lágrimas, las pasiones se hacen agudas, celosas y mortales, los apetitos groseros, impúdicos y flacos, y el amor es un orjia, el matrimonio un mercado y la familia un presidio, siendo el orden suplicio y agonía, y refugio el desorden, que es como si dijéramos suicidio.

Ahora bien, Stenio, en ese desorden vivimos nosotros; vos porque os entregasteis al desenfreno, y yo porque me

encerré en el claustro; vos porque abusasteis de la existencia, y yo porque lie renunciado A existir. Hemos traspasados entrambos las leyes divinas,



por no haber vivido bajo leyes humanas que nos permitiesen entendernos y amarnos. Las preocupaciones de vuestra educación y los hábitos de vuestro espíritu, el ejemplo de la humanidad y la sanción de las leyes os habrían dado sobre mis derechos de mando y posesión que sola mi voluntad podía ratificar, y que mi voluntad no ha ratificado, temiendo el abuso inevitable a que debía conducirnos tanto poder reunido contra mí. No hablando más que de uno solo de vuestros derechos exclusivos, la sociedad no me daba garantía alguna contra vuestra infidelidad, y por lo contrario os daba contra la mía las garantías más humillantes para mi dignidad. No digáis que nos habríamos elevado sobre esta sociedad y burlado sus instituciones contrayendo una unión libre de formalidades, porque yo habia intentado lo mismo y visto que era imposible, porque en tal caso menos aún que en el matrimonio puede la mujer ser compañera é igual al hombre. Los intereses son opuestos, y el hombre cree que los suyos son más importantes y más preciosos. Es preciso que la mujer sacrifique los suyos, y que entro en una carrera de decisión que el hombre no puede recompensar, porque el hombre está ligado con la sociedad y por más que quiera no puede aislarse, porque la sociedad repele los lazos ilegítimos. Por tanto es necesario que la existencia de la mujer desaparezca absorta por la del hombre, y yo quería existir. No lo he logrado y he preferido ajar mi vida y sacrificar mi parte de existencia humana a la vida divina, antes de perder la una y la otra en una lucha funesta ó vana.

Vos, Stenio, habéis comprendido intuitivamente mis pretensiones y mis derechos, porque me amabais más delo que hubierais amado a otra mujer; pero no estaba en poder vuestro el acceder y cumplir. Como para los hombres hay dos existencias, una social y otra individual, tienen también dos naturalezas y dos almas, por decirlo así: la una quiere la adhesión de la sociedad, y la otra los goces del amor. Ahora bien, cuando luchan esas dos existencias, el corazón del hombre está en guerra consigo mismo. Conoce que el idealismo no se halla en una sociedad injusta y corrompida, pero comprende también que el suyo no puede existir en el amor sin la sanción de la sociedad: por esto tanto si rompe con el amor, como si se aparta de la sociedad, invalida igualmente su vida. Dios ha puesto en él instintos de ternura y necesidades de dicha: ese es su amor, pero también lo ha dado instintos de decidido efecto y sentimientos de deber, y en esto consiste su carácter de ciudadano. Las leyes han conciliado estos deberes y necesidades de tal

manera, que renunciando el hombre al carácter de ciudadano, es sacrificado por la mujer, y renunciando al amor se sacrifica por la sociedad.

NI vos ni yo podíamos salir de semejante laberinto; de ahí es, Stenio, que detenidos en el dintel renunciasteis al amor; ¡ojalá pudiera decir que lo sacrificasteis a la sociedad! Pero esta sociedad que os gobernaba os causaba horror, y comprendisteis que no se podía uno levantar sobre sus abusos sin debilidad, y descubristeis un gran papel que desempeñar en la lucha contra aquellos abusos.

El carácter de reformadores ha cansado demasiado pronto, y os echasteis en la espuma del torrente que no queríais ni seguir ni remontar. Os dejasteis mecer como un insecto que se anega en la hez de las copas y muere en el mismo vino que da vida ó embriaguez al hombre, fuerza generosa ó furor brutal. Por esto os digo que sois un ser débil y que no existís. En cuanto a mi, sufro, y si es esto lo que queréis saber y lo que puede consolar vuestro tedio, estad seguro de que mi vida es un martirio, pues si las grandes resoluciones encadenan nuestros instintos no por esto ¡os destruyen. He resuelto no vivir, no cedo al deseo de la vida, pero no por esto deja de vivir mi corazón eternamente joven, poderoso y lleno de la necesidad de amar, y del ardor de la vida. Este fuego sin pábulo me consume, y cuanto más se exalta mi alma en la vida divina, más se renueva por la pérdida y necesidad de la vida humana. Este corazón tan frío, altivo é insensible según vos pensáis, Stenio, es un incendio que me devora; y estos ojos que vos no habíais visto llorar más que una sola vez vierten cada noche, ante un crucifijo, lágrimas que ellos mismos no sienten correr por su fecunda é inagotable abundancia.

— ¡Y esas lágrimas caen sobre el mármol insensible!

¡Ah, Lelia! ¡haz que caigan sobre mi corazón!

Stenio arrebatado por una invencible vuelta a su pasión se precipitó a los pies de Lelia y los llenó de besos.

— Tú amas, exclamó, ¡oh! ¡si, tú amas!; ahora lo sé, ahora lo comprendo, cuando tan poco te he conocido y tanto te he calumniado!

— Amo, respondió Lelia repeliéndole con firmeza y dulzura a la vez; pero no amo a nadie, Stenio, porque el hombre a quien pudiera amor no ha nacido todavía, y tal vez no nacerá sino algunos siglos después de mi muerte.

— ¡Óh Dios mío! respondió Stenio sollozando, ¿y por qué no he de ser yo ese hombre? ¿Tú, profetisa, que has arrancado al cielo los secretos del porvenir, no puedes hacer un milagro para que yo anticipe el curso de las edades y para que, solo entre los hombres, merezca yo tu amor?

— ¡No, Stenio, respondió Lelia; yo no puedo amarte, ¡porque no puedo hacer que tú me ames!

## LXIV.

Stenio divagó las noches siguientes en derredor del monasterio; pero ya no pudo entrar mas, porque las escabrosidades de la montaña no le permitieron pasar ni aún con riesgo de su vida. Habíase hecho saltar el pedrusco de lavas que unía la montaña con las azoteas del convento por medio de una rampa casi impracticable. Aquel sendero peligroso, echado como un puente sobre el abismo, que no habia arredrado a Stenio, fue minado y el poeta vió en el fondo de la barranca los picos que el dia antes bañaban su cresta en las nubes. Por la otra parte de la montaña no presentaban los muros del convento ni la más pequeña brecha para poner el pie. Los custodios de la puerta fueron mudados y quedaron para siempre incorruptibles, pues por más que Stenio hizo, buscó, imaginó y probó todos los medios, nada alcanzó: apuró los recursos que le quedaban en dinero, y acabó de destruir su salud mal restablecida sin poder pasar las murallas encantadas que ocultaban el imán de sus pensamientos. La abadesa, informada de sus tentativas, le hizo decir en secreto que cuanto hacia era en vano, porque no podía volverle a ver, y que tomaría todas las medidas necesarias para frustrar su obstinación; pero Stenio perseveraba en su designio con un obcecamiento que parecía locura.

Habia cedido al ascendiente que ella ejercía sobre él, la noche que la dejó abatido y consternado. Tero apenas estuvo solo con sus pensamientos se echó en cara el no haber podido vencer la incredulidad de Lelia acosándola

con más ardor, y avergonzóse de aquel instante de candor que le habia llenado de vergüenza, de dolor y de desaliento en su presencia, y propúsose ser menos tímido ó menos crédulo en adelante.

Pero este porvenir no tuvo nada de lo que él pensaba, y so pretexto de un retiro, práctica de devoción usada en ciertas ocasiones, la abadesa hizo cerrar el convento y suspendiéronse las conferencias y los sermones. Lelia no temía la presencia de Stenio, puesto que ya no le podía amar; pero quería respetar sus votos, tanto en apariencia como en realidad porque para un espíritu tan recto y lógico como el suyo, la rigidez de la conducta ora inseparable de la de los pensamientos, y por otra parte ya no esperaba de mío do alguno curar a Stenio. Habíase mostrado superior a todo temor y preocupación pueril, hablándole como habia osado hacerlo, y parecíala que lodo se habia dicho aquella noche y que a lo menos sería inútil repetirlo. Rogó a Dios por él en el fondo de su alma, y quedó con su habitual tristeza, acordándose a todas horas que habia amado a Stenio, pero pensando rara vez en que aún vivía.

Stenio sintió una tristeza mortal, porque la franqueza y la razón de Lelia le habían anonadado, y su amor propio no osaba ya luchar contra la invencible verdad que hablaba en ella: por esto ya no trataba de abatir en su opinión ni en la de los demás la elevada aílura en donde estaba sentada en medio de su dolor y de su magestad. Cada día disminuía en él la confianza de libertino, y la invencible resistencia de Lelia le probaba que echaba de menos el amor de una manera abstracta, y sin pensar en hombre alguno.

Stenio se vió obligado a confesar en el fondo de su alma, que Lelia habia vencido, y que con su triunfo terminaba por fin aquella guerra sorda y paulatina que se habían hecho recíprocamente, caminando con persistencia hacia los dos extremos más remotos de la voluntad. Invariable en su dolorosa resignación, ni era débil para con Stenio ni compasiva para consigo misma. Stenio habia doblado la rodilla ante ella é implorándola, y lo que más le consternaba era que todavía la amaba más que nunca, y como jamás la habia amado.

Pero era ya demasiado tarde para que aquel amor les fuese saludable a él ó a ella; a ella porque ya no esperaba nada de parte de los hombres, y a él porque habia perdido la facultad de esperar algo de si mismo. No podía salir de la orgia, impúdica manceba que se habia hecho dueña de su vida, y

perseguíale hasta en el seno de los más suaves ensueños, y de las más puras imágenes. Érale necesaria para olvidar algunos instantes la pérdida del idealismo, el cual no podía reanimarse en su alma y se desvirtuaba con la división entre el deseo exaltado y la brutal realización. Viósele con frecuencia lomar al anochecer el camino de la montaña, y volver por la mañana pálido, fatigado, con aire feroz y cargada la frente de pesadumbre: iba a sentarse en la roca de Magnus, desde donde descubría las cúpulas del convento los árboles del cementerio, y las márgenes de aquel lago por donde había divagado con tan sombríos pensamientos, y en donde la tentación del suicidio le habia tenido noches enteras suspenso sobre el abismo.

Un dia recibió una carta de Tremmor en que le culpaba vivamente su indiferencia, y le invitaba a que fuese a reunirse con él, que se bahía empeñado en nuevas empresas, semejantes a muchas otras en que también habia trabajado Stenio. Lleno siempre de fe en la santidad de su misión, sino de esperanza en el próximo éxito de sus trabajos, irritó a Stenio por la constancia de su decisión y el ardor de su propaganda. Descontento de su inacción y de su impotencia, procuró negar todavía virtudes que no profesaba, y luego su conciencia, que permanecía sana, y la nobleza innata é inalterable de la mitad de su ser reclamaron poderosamente contra sus blasfemias, y sintió por último el postrer acceso de desesperación que no despertó en él energía alguna ni para el mal ni para el bien. Dirigióse al lago y no volvió ya mas.

Habia ido a media noche a llamar a la puerta del ermitaño, el cual habituado a verlo llegar a todas horas para turbar sus oraciones ó su sueño, empezaba a no poder suportar más al fantástico y peligroso huésped; porque le espantaban sus impías declamaciones, y sobre lodo le afligía aquella cruel persistencia en hacer verter sangre de sus llagas mal cerradas. Stenio sentía un placer extraño en atormentar al cenobita. Hubiérase dicho que se sentía feliz en hallar en aquel hombre, víctima del miedo y del sufrimiento, un ejemplo de la inutilidad de todo humano esfuerzo, y una prueba de la impotencia de la fe religiosa ante la fuerza de los instintos y de los arrebatos de la imaginación. Vengábase en él de la vergüenza que le causaba la fuerza gloriosa de Tremmor y de Lelia, y abusaba cobardemente de la debilidad de aquel adversario, creyendo que haciendo vacilar su confianza en Dios confirmaría la suya en el ateísmo. Pero hacíale sufrir en vano, porque Dios cas-

tigaba su orgullo aumentando su incertidumbre y su temor después de haber turbado aquella alma triste y consternada.

El ermitaño fingió pues que dormía profundamente y no abrió La puerta, pero cuando Stenio se hubo alejado, creyó haber faltado contra la paciencia y la humildad negándose a aquella tentación que le enviaba el ciclo. Parecióle que Stenio le había dirigido al través de la puerta un extraño adiós y que meditaba algún siniestro proyecto. Levantóse pues para llamarle, pero Stenio estaba ya lejos y caminaba ligeramente hacia el lago cantando con voz alterada el estribillo de una canción obscena. Magnus se apresuró a entrar en su ermita y se puso en oración, pero al cabo de una hora sintió una especie de aviso secreto y se dirigió a orillas del lago. La luna se había puesto, y no se veía en el fondo del abismo más que un vapor ceniciento que cubría las cañas como una mortaja. Reinaba en todas partes un silencio profundo, y el olor de los lirios subía débilmente en alas de la brisa tibia y suave. El aire era tan apacible, tan azul y tan quieta la noche, que se borraron involuntariamente los siniestros pensamientos del monje. Un ruiseñor empezó a cantar luego con voz tan deliciosa, que Magnus meditabundo se paró para escucharle, ¡Era posible que enjugarían tranquilo, y en medio de una noche de verano tan hermosa pudiese verificarse tan horrible tragedia!

Volvióse Magnus lentamente y en silencio por el camino de su ignorada, y subióse por el sendero rodeado de tinieblas dirigido por el instinto y el hábito, por entre árboles y peñascos. Sin embargo algunas veces dió contra una roca, y se halló envuelto y como cogido por las colgantes ramas de los antiguos tejos. Pero no le detuvo ningún quejido ni se le alargó una mano caliente aún; echóse pues sobre la estera que le servía de cama, y las lloras de la noche resonaron en medio del mayor silencio.

En vano procuró dormirse, pues apenas había cerrado los ojos, ya veía levantarse en su presencia no sé que imágenes inciertas y amenazadoras. Luego se le apareció y despertóle una figura más distinta y terrible, y era Stenio con sus blasfemias y dudas impías, Stenio A quien él había dejado solo en medio de la lúgubre noche. Parecióle verle errante en torno de su lecho, y oír otra vez sus preguntas injuriosas y crueles para atormentar el alma del pobre sacerdote. Magnus se levantó, sentóse, y apoyando su rostro sobre sus trémulas rodillas, preguntóse como por primera vez cuales podían ser los designios de Stenio. ¿Por qué el poeta le había dicho adiós con una voz tan solemne? ¿Iba por ventura a buscar ó Tremmor? No, porque al día

anterior se había burlado de los designios y esperábasele su amigo. ¿Tal vez iba en busca de Lelia? Este pensamiento hizo que el clérigo se levantara precipitadamente del lecho, y por un momento deseó la muerte de Stenio.

Pero este deseo impío fue seguido de inquietudes más generosas, porque temió que cansado de luchar con un Dios inexorable no hubiese perpetrado Stenio algún proyecto terrible, recordó con horror algunas palabras espantosas que el jóven había dicho el día antes sobre la nada que absolvía el suicidio, sobre la eternidad que no le prohibía, sobre la cólera divina que no podía evitarlo, y sobre la indulgencia misericordiosa que debía permitirlo. Magnus no había olvidado que la vida presente era para Stenio un castigo peor que todas las penas venideras con que amenazaba la Iglesia...

Consternado el sacerdote, recorrió su celda precipitadamente, y no pudiendo hacerse cargo de lo que había sido de Stenio quedó sumergido en una horrorosa meditación.

Recordó todos los años de su juventud, comparó sus dolores con los de Stenio, glorificó su resignación y procuró despreciar la cólera del infeliz a quien acababa de repeler. Tartamudeó algunas palabras altivas y desdenosas, murmuró entre sus dientes vacilantes por el ayuno y el insomnio algunas sílabas confusas, como si quisiera felicitarse He una victoria decisiva sobre sus pasiones, y recitó aprisa algunos versículos mutilados que consolaron su orgullo sin endulzar la amargura de su corazón.

Cada vez que el reloj del monasterio daba las horas allá a lo lejos, estremecía Magnus, acusaba la lentitud del tiempo, miraba al cielo, contaba las estrellas obstinadas, y cuando el eco del bronce ya no se oía y quedando todo en silencio se hallaba solo con Dios y sus pensamientos, volvía a comenzar maquinalmente su monótona y plañidera oración.

Por último rayó el día como una línea en el horizonte, y Magnus volvió a la orilla del lago. El viento no había levantado aún sus velos de bruma, y el monje no distinguía unas que los objetos muy cercanos a su vista. Sentóse en la piedra en donde acostumbraba sentarse Stenio, y a medida que el día iba esclareciéndose se aumentaba también su inquietud, hasta que creyó distinguir a sus pies caracteres formados sobre la arena. Inclínose y leyó lo siguiente;

«Magnus, harás saber a Lelia que ya puede dormir tranquila, pues el que no podía vivir ha sabido morir a Después de esta inscripción se veía la huella de un pie, un ligero derrumbamiento de arena, y luego nada más que la rápida pendiente en donde el polvo del inclinado suelo no conservaba señal alguna, el lago con sus nenúfares y algunas negras zarcetas en la blanca niebla.

Agitado por un más vivo terror, quiso Magnus bajar al lago y fuese a su celda a buscar una azada para formarse con precaución una escalera en la arena a medida que iba bajando de cuyo modo ¡legó al borde del agua mansa después de mil peligros. Sobre una alfombra de césped de un verde claro y aterciopelado dormía pálido é inmóvil el jóven de ojos azules. Su mirada estaba aún clavada en el cielo, cuyo azur se reflejaba todavía en el inmóvil cristal de sus ojos como en el agua estancada si es clara y limpia. Los pies de Stenio estaban aún sepultados en la arena de la ribera, y su cabeza reposaba entre las llores de cáliz frío que un débil viento doblaba sobre ella. Los largos insectos que revolotean por encima de las cabas habían ido a posarse a centenares en torno suyo: los unos se abrevaban de un resto de perfume impregnado en su mojada cabellera, y otros agitaban sus matizadas alas sobre su cara, como para admirar curiosamente su hermosura ó para tocarlo con la punta de sus alas. Era un espectáculo tan hermoso el ver aquella naturaleza tierna y coqueta en rededor de un cadáver, que Magnus, no dando crédito a su razón, llamó en alta voz a Stenio y tomóle la mano como para despertarle; pero viendo que ya no respiraba, apoderóse de su alma medrosa un miedo supersticioso, se creyó culpable de aquel suicidio, y pronto a caer de rodillas junto a Stenio, lanzó gritos sordos é inarticulados.

Los pastores del valle, que pasaban por la otra parte del lago, vieron al desolado monje que hacia vanos esfuerzos para sacar del agua el cadáver de Stenio, y bajando por una ¡tendiente menos peligrosa por medio de ramas y de cuerdas, lleváronse al hombre muerto y al hombre vivo a la cumbre de la ladera opuesta. Los pastores no sabían el secreto de la muerte de Stenio, y llevaban religiosamente en hombros al monje y al poeta, preguntándose entre sí con la vista ávida é inquieta, interrumpiendo de vez en cuando el silencio de su camino para emitir alguna tímida conjetura, pero sin sospechar la verdad ni uno siquiera de entro ellos.



Un desmayo de Magnus era para sus entendimientos rudos y groseros un espectáculo de lástima más que un objeto de simpatía. Preguntábanse unos a otros porque un sacerdote consagrado por su deber a consolar a los vivos y a bendecir a los muertos, se desalentaba como una mujer en vez de rogar a Dios por el difunto, y no comprendían como el ermilafio habiendo seguido tantos entierros y recogido los últimos suspiros de tantos moribundos, se mostraba tan débil en presencia de un cadáver igual en un todo a los demás que había visto.

Despierta la naturaleza despertóse también luego la vida

activa y volvieron a empezar con el día los trabajos interrumpidos. Cuando los habitantes del llano vieron llegar a los pastores, rodeáronles desde luego; pero al ver las ramas entrelazadas en que llevaban a Stenio y a Magnus, espiró en sus labios la pregunta que iban a hacer, y a su sencilla curiosidad sucedió una tristeza lúgubre y muda; porque la muerte no pasa desapercibida más que en las ciudades populosas y de mucho tráfico. En el silencio de los campos y en medio de la vida austera de las campiñas, salúdala siempre como la voz de Dios, y solo los que pasan sus días olvidándose de que viven se apartan de la muerte como de un espectáculo importuno. Los que se arrodillan para pedir mañana y noche al cielo y a la tierra la posibilidad de vivir no pasan con indiferencia ante un sepulcro.

No lejos de las márgenes del lago en donde habían hallado ó Stenio, paráronse los pastores y dejaron su piadosa carga. El sol levante coloraba el horizonte con un tinte de púrpura y naranja, y flotaba sobre la vertiente de las colinas un vapor abundante y cálido: bajado del cielo el fecundizador rocío, remontábase como el ardor santo de un alma reconocida vuelve a Dios, que la ha abrasado con su amor. Cada narciso de la montaña era un diamante, las nebulosas cimas se coronaban con una diadema de oro, y todo era gozo, amor y hermosura en rededor del rústico catafalco.

Un grupo de jóvenes atravesaba el valle para conducir a orillas de los lagos las yeguas de rayados ijares y para confiar a los ecos sus rústicas baladas, más sencillas que prudentes, cuyo estribillo llegaba algunas veces a oídos de las camaldulenses cuando oraban. Aquellas mismas hijas de la montaña se detuvieron sin terror ante el fúnebre espectáculo; pero dentro de sus anchos pechos de hombre la sencilla naturaleza había dejado vivir el corazón recto y compasivo de la mujer: enternecieronse, pues, sin llorar, por

la suerte de aquellos desgraciados, y se encargaron de explicarla a los pastores: — Este, dijeron señalando al monje, es hermano del ahogado; habrán querido pescar truchas en el lago, el más atrevido se habrá arriesgado demasiado, habrá gritado socorro, el otro habrá tenido miedo y le habrá faltado la fuerza. Cojamos yerbas para curarle: le pondremos hojas de salvia roja en la lengua y de tanaceto en las sienes, quemaremos resina cerca de él y le haremos aire con hojas de helecho.

Mientras las gallardas jóvenes buscaban entre las mojadas yerbas las aromáticas que destinaban para socorrerá Magnus, algunas matronas recitaron a media voz la oración de los muertos, y las más jóvenes montañas se arrodillaron junto a Stenio, medio recogidas, medio curiosas. Tocaban sus vestidos con miedo y admiración al mismo tiempo, y las viejas decían: — ¡Era rico! ¡qué desgracia que haya muerto!

Una niña pasaba sus dedos por los cabellos blondos de Stenio, y los enjugaba en su de lantal con un cuidado que tenía parle de veneración y de aquel serio placer de jugar con un objeto no usado.

Al ruido de sus confusas voces volvió en si el sacerdote y dirigió en derredor suyo la atónita vista. Las mujeres fueron a buscarle la descarnada mano y le pidieron devotamente su bendición. Estremeciós Magnus al sentir que los labios se pegaban a sus dedos, y repeliéndolas las dijo:

— ¡Dejadme, apartaos de mí ¡¡yo soy un pecador, Dios me ha abandonado, rogad por mí, ¡que yo soy quien corro riesgo de condenarme!

Levantós y miró el cadáver, y seguro ya de que no soñaba, estremeciós con una convulsión muda é interior y volvió a sentarse en el suelo, atónito bajo el peso do su espanto.

Los pastores, viendo que no pensaba en darles ordenes, se ofrecieron para llevar el cadáver al umbral de la iglesia de las carnaldulenses, y esta proposición despertó todas las angustias del monje.

— No, no, dijo, esto es imposible. Ayudadme solamente a llegar a la puerta del monasterio.

Magnus habia visto a lo Jejós acercarse al convento el coche del cardinal, y esperó en la puerta: cuando se hubo apeado, llevóle a parte y se arrodilló delante de él.

— Bendecidme, monseñor, le dijo, pues llego a vos manchado con un gran crimen, pues he causado la condenación de un alma. Stenio, el viajero, el amigo del sabio Tremmor, el jóven Stenio, ese hijo del siglo, con el cual me habíais permitido que hablase con frecuencia para volverlo a! camino de la verdad, mal aconsejado por mí, que no he tenido bastante fuerza y unción para convertirle.... mis oraciones no han sido bastante fervorosas, mi intercesión no ha sido acepta al Señor, y he sucumbido.... ¡Óh padre mío! ¿seré perdonado? ¿No será maldito por mi debilidad y mi impotencia?

— Hijo mío, dijo el cardenal, los designios de Dios son impenetrables y su misericordia inmensa. ¿Qué sabéis del porvenir? ¡El más relapso pecador puede ser un gran santo! Él nos ha abandonado; pero Dios no le ha abandonado a el y le salvará. La gracia puede alcanzarle en todas partes y sacarle de los más profundos abismos.

—Dios no lo ha querido, dijo Magnus, cuyos ojos fijos estaban clavados en el suelo sin mirar, Dios le ha dejado caer en el lago.

— ¿Que decís? preguntó atónito el prelado. Vuestra razón está turbada. ¿El pecador ha muerto?

— ¡Muerto!;Si, respondió Magnus, anegado, perdido, condenado!

— ¿Y cómo ha sucedido esto? ¿Lo habéis presenciado? ¿No habéis procurado disuadirle y apartarlo de su perdición?

— Habría debido preverlo, habría debido impedirlo; pero me ha fallado perseverancia y he tenido miedo. Venia, casi todas las noches a mi ermita y hablaba horas enterasen alta y lamentable voz, para acusar a Ja suerte, a los hombres y a Dios, é invocar otra justicia diferente de aquella en que nosotros confiamos. Hollaba nuestras más sanas creencias, invocaba la nada y se burlaba de nuestras oraciones, sacrificios y esperanzas. Oyéndole blasfemar de esta manera, monseñor, perdonadme, en lugar de inflamarme con una santa indignación, lloraba. En pie A algunos pasos lejos de él, oía a medías sus palabras funestas, que algunas veces arrebatava el viento y las llevaba al cielo, que era el único que pudiese absolverlas. Cuando callaba el viento, aquella voz lúgubre, aquella maldición espantosa volvía a herir mis oídos y a helar mi sangre. Era cobarde, estaba abatido y procuraba levantar una valla entre los tiros emponzoñados de su palabra y mi alma consternada; pero en vano. El desaliento y la desesperación se infiltraban en mí como

un veneno, y Aunque quería interrumpirle, la idea de su espantosa sonrisa trababa mi lengua: quería reprenderle; pero la audacia de sus despreciados ojos me paralizaban en mi lugar, y no tenía más que un pensamiento, una necesidad) una tentación invencible, y era huir y escapar de aquel peligro de que no podía librarle y que me sobrecogía a mi mismo. Entonces me rogaba que le dejase, y dejábale maquinalmente, feliz en salir de mi sufrimiento y en ir a refugiarme A los pies de Jesucristo. Ocupábame demasiado de mi mismo y olvidaba por demás el cuidado del pecador que Dios me habia confiado, y en lugar de llevar sobre mis hombros la oveja descarriada, tenía miedo de la soledad, de la noche y de los lobos devoradores, y volvíame solo al aprisco, abandonando como mal pastora oveja perdida.... pero cuando volví, ya no estaba. Satanás habia arrebatado su presa, el espíritu del mal habia precipitado aquella victima en el abismo de la eterna perdición.

— ¿Pero qué es esto? ¿En dónde está Stenio? preguntó el cardenal viendo que Magnus hablaba en el delirio de la liebre. ¿Qué sabéis de su muerte?

— Esta mañana he hallado entre las yerbas del lago un cuerpo en donde el alma ya no residía: ya nada puedo hacer, ni esperar cosa alguna para Stenio. Imponedme una severa penitencia, monseñor, y la iré a cumplir para lavarme el alma.

— ¡Habládme de Stenio! respondió el cardenal en tono severo, y olvidaos un poco de vos mismo. ¿Es más preciosa vuestra alma que la suya para que la abandonemos de esta manera? Comenzemos por rogar por el pecador que Dios ha castigado y en seguida pensaremos en purificaros. ¿En dónde está el cuerpo de ese jóven? ¿Lo habéis purificado con agua bendita? ¿Lo habéis mandado llevar al umbral de la capilla? ¿Habéis mandado que se reuniese la comunidad? El sol ha subido ya muy arriba, ¿qué habéis hecho pues desde que ha salido?

— Nada, dijo el monje consternado; porque he perdido el sentimiento de la existencia, y cuando he vuelto en mí he pensado que estaba perdido.

— ¿Y Stenio? repitió Aníbal impacientado.

— ¡Stenio! ¿No está acaso perdido para siempre? ¿Tenemos derecho acaso para rogar por él? ¿Revocará Dios por él sus inmutables decretos? ¿No ha muerto del mismo modo que Judas Iscariote?

— ¿De qué muerte? preguntó atónito el prelado. ¿Do suicidio?

— Si; de suicidio, respondió Magnus con voz hueca.

El cardenal juntó las manos con un sentimiento de horror y de consternación indecibles, y luego volviéndose a Magnus le reprendió de esta manera.

— ¡Esta catástrofe ha pasado casi a vuestra vista, a vuestra vista se ha cumplido este escándalo y no lo habéis impedido! ¡Y habéis ido a orar como María cuando convenia obrar como Marta! Habéis ido a levantar la frente ante el Señor como el fariseo, y habéis dicho: «Miradme y bendecidme, Dios mío, porque soy un buen sacerdote y aquel impío que muere ahora allá abajo puede pasar sin vos y sin mi» Os habéis ido a dormir y soñar cuando convenia seguir los pasos de aquel desgraciado, echaros a sus pies, arrastraros por el polvo y emplear lágrimas, amenazas, ruegos, y hasta la fuerza, para impedirle de ejecutar tan espantoso sacrificio. En vez de huir del pecador como de un

objeto de horror y de escándalo, ¿no valía más abrazar sus rodillas y llamarle: hijo mío, hermano mío, para enternecer su corazón y hacerle recobrar valor, ¿Aunque no hubiera sido masque un día que tal vez habría bastado para salvarle? ¿Abandona por ventura el médico la cabecera del enfermo por miedo del contagio? ¿Volvió acaso la cara el samaritano al verla asquerosa llaga del judío? No; acercósele sin miedo, derramó bálsamo en ella, púsolo sobre su cabalgadura y lo salvó. Y vos, para salvar a vuestra alma, habéis perdido la ocasión de volver al hijo pródigo a los brazos de su padre, vos, alma mezquina y dura, que os estremeceréis de espanto cuando Dios gritará en medio de vuestra noche sin sueño: «¿Caín, qué has hecho de tu hermano?»

— Basta, basta, monseñor, respondió el monje dejándose caer de bruces y arrastrando su barba por el suelo; tened compasión de mi cerebro que se trastorna, y no atropelléis mi razón que se pierde.... Venid, exclamó agarrándose al traje del cardenal, venid a pronunciar las palabras que absuelven, venid a coger el hisopo que lava y purifica, venid a decir exorcismos que quebranten el orgullo de Satanás, venid por fin a verter el óleo santo que quita todas las manchas de la vida....

Conmovidó el cardenal por su dolor, levantóse triste y resuelto y dijo con recelo.

— ¿Estáis seguro de que se ha dado ¡a muerte por si mismo? ¿tal vez fue efecto de la casualidad, ó por mejor decir, do una severidad celeste que no nos es permitido interpretar y en cuyo término habrá hallado perdón? ¿Qué sabemos nosotros? Puede haberse engañado.... porque de noche puede suceder alguna desgracia. Hablad pues, hijo mío, ¿tenéis pruebas ciertas del suicidio?

Magnus vaciló y estuvo por decir que no, confiando engañar el testimonio de Dios y por medio de los sacramentos de la Iglesia enviar al cielo aquella alma condenada, pero no

se atrevió y declaró temblando toda la verdad contenida en la arena: «Magnus, ve a decir a Lelia que ya puede dormir, tranquila.»

— ¡Con qué es cierto! dijo el prelado vertiendo lágrimas; ¡con qué no hay medio de evitar esta funesta luz!; Pobre niño! ¡Vuestra justicia es severa, Dios mío, y terrible vuestra cólera!

— Id, Magnus, añadió después de un instante de silencio, haced cerrar las puertas de esa capilla y pedid a cualquier leñador ó a algún pastor que dé sepultura a ese cadáver. La Iglesia nos prohíbe abrirle las puertas del templo y darle sepultura en tierra sagrada....

Esta sentencia espantó a Magnus más que todo lo demás, y dando con su cabeza en el suelo con toda violencia, corrió la sangre por su lívida mejilla sin que él lo notase.

— Vamos, hijo mío, tened valor, le dijo el prelado ayudándole a levantar. Obedezcamos a la santa Iglesia; pero esperemos: Dios es grande, Dios es bueno, y nadie ha sondeado hasta el fondo los tesoros de su misericordia; a más de que nosotros somos débiles y muy escasa nuestra luz. Ningún hombre, ni aún el jefe de la Iglesia, tiene derecho de condenar a otro hombre irrevocablemente. La agonía del pecador puede haber sido larga, y debatiéndose con las ansias de la muerte puede haberle alumbrado una luz súbita, y arrepintiéndose tal vez ha dirigido al Señor alguna Oración tan ferviente y tan pura que le haya reconciliado con él. Ya sabéis que no es el sacramento el que absuelve, sino la contrición, y un instante de esta contrición sincera y profunda puede valer toda una vida de penitencia. Roguemos y seamos hu-

mildes de corazón. Stenio tuvo tal vez en su juventud tan sublimes virtudes que hayan bastado para lavar todas las iniquidades de la vida posterior, y en nuestra vida pasada tenemos tal vez tales manchas, que puedan apenas purificarlas todas las abstinencias presentes y futuras. Id, hijo mío; sí la regla me prohíbe admitir ese cadáver en el templo y acompañarle al cementerio con las ceremonias del culto, a lo menos la Iglesia me autoriza para daros a vos una licencia particular que consiste en que vayáis cerca del cadáver y le acompañéis hasta su última morada haciendo la oración que más os plazca ó más bien os dicte vuestra caridad: este es vuestro deber y el único modo de reparar en cuanto os es posible el mal que no habéis sabido evitar. a vos os toca obtener gracia para él y para vos: yo por mi parte rogaré también a Dios y rogaremos todos ¿a coro y en el santuario, sino cada cual en su oratorio y con fervor de nuestras almas.

El desgraciado monje volvió a donde estaba Stenio y ha que lo que los pastores lo habían puesto al abrigo del sol, en la entrada de una gruta en donde las mujeres quemaban resina de cedro y ramas de jengibre. Aquellos piadosos montañeses esperaban que Magnus volviese a darles orden para que lo llevasen al convento, y lo habían puesto sobre unas andas hechas con más cuidado y mejor que las primeras, entrelazando ramas de pinabete y de ciprés que formaban al cadáver un lecho de sombría verdura. Los niños le habían echado encima yerbas aromáticas, las mujeres pusieron en la frente una corona de aquellas flores blancas estrelladas que se crían en los prados húmedos, y los cardillos blancos y las clemátidas que trepaban por los lados de las rocas colgaban del toldo formando festones graciosos y agrestes. Aquel lecho fúnebre, tan fresco y sencillo, con el toldo de llores y bañado de suaves perfumes, era digno de proteger el sueño postrero de un poeta jóven y hermoso, dormido en la paz del Señor.

Los montañeses se arrodillaron cuando vieron que el sacerdote se arrodillaba, las mujeres, que desde la mañana habían aumentado considerablemente, comenzaron a pasarlas cuentas de sus rosarios, y todos se preparaban a seguir al monje y al cadáver hasta la reja de las camaldulenses; pero cuando después de haber esperado tanto vieron que el sol se acercaba al ocaso, y que Magnus no les mandaba llevarse el cuerpo, se admiraron de ello y se arriesgaron a preguntarle. Magnus les miró con aire distraído y tartamudeó palabras inciertas, y entonces viendo cuanto le había turbado el dolor y temiendo aumentar su aflicción con nuevas preguntas, uno de los

leñadores del valle se decidió a ir al convento con sus hijos y a pedir ordenes a la abadesa.

Al cabo de una hora volvió, silencioso, triste y recogido, sin osar hablar delante de Magnus, y viendo que todos sus compañeros le miraban les hizo señas para que lo siguiesen a otra parte. Arrastrados por la curiosidad todos los que rodeaban el cadáver, se alejaron sin hacer ruido y le siguieron no muy lejos, donde supieron con la mayor sorpresa el suicidio de Stenio y como el cardenal rehusaba darle sepultura en tierra sagrada.

Si el cardenal había necesitado toda la firmeza de su espíritu generoso y todo el calor de un alma indulgente para no desesperar de la salvación de Stenio, con mucha más razón se espantaron de un crimen tan severamente castigado por la fe católica aquellos hombres sencillos y rústicos. Las viejas fueron las primeras en maldecir, diciendo: — ¡El impío se ha matado! ¿qué crimen debía haber cometido? No merece que recemos por él, puesto que la Iglesia le niega sepultura. Cosas muy abominables debió de hacer cuando obra así monseñor, que es tan indulgente y tan santo. Este hombre que desesperó del perdón y se hizo justicia a sí mismo debía tener una llaga muy vergonzosa en el corazón: a más de todo esto, ya sabemos que no se puede rogar por los condenados. Vámonos y dejemos que el ermitaño haga lo que haya de hacer, pues a él le toca guardarlo toda la noche: teniendo facultad de pronunciar exorcismos, si el demonio va a reclamarle su presa, le conjurará. Partamos.

Las jóvenes espantadas no se hicieron de rogar para seguir a sus madres, y más de una de vuelta a su casa creyó ver pasar una figura blanca por las honduras del bosque y oír sobre la yerba húmeda con el rocío de la noche deslizarse una sombra que murmuraba tristemente: — Vuelve los ojos, jóven, y mira mi lívido rostro. Soy el alma de un pecador y voy a juicio: ruega por mí. — Ellas aligeraban el paso y llegaban palpitantes y pálidas a la puerta de sus chozas; pero por la noche, al dormirse, una voz misteriosa y débil repelía en su cabecera: rogad por mí. Los pastores, habituados a las nocturnas velas y a la soledad de los bosques, fueron menos accesibles a tan supersticiosos terrores; y algunos hubo que resolvieron ir en buscando Magnus para velar el cadáver en su compañía. Plantaron en los cuatro ángulos del rústico catafalco grandes antorchas de abeto resinoso, y pusieron sus gabanes de piel de cabra para preservarse del frío de la noche. Pero cuando las antorchas estuvieron encendidas, comenzaron a alumbrar el cadáver con



resplandores de un rojo lívido, y el viento que los agitaba daba luces sinietras a aquel rostro pronto a disolverse, y de ralo en rato el movimiento de la llama parecía comunicarse al rostro y cuerpo de Stenio. Parecióles que abría los ojos, que agitaba una mano convulsiva y que iba a levantarse.

Apoderóse de ellos el espanto, y sin osar reconocer mutuamente su puerilidad resolvieron tácita y unánimemente retirarse. El ermitaño, cuya presencia les habia tranquilizado un poco, les hizo luego más miedo que el mismo muerto, pues su inmovilidad, su silencio, su palidez y algo de sombrío y terrible en su frente calva y luciente le hacían parecer el espíritu de las tinieblas, y pensaban que el demonio habia podido tomar aquella forma para condenar al jóven precipitándole en el lago, y que permanecía allí aguardando su presa esperando la hora de media noche en que se verifican los horribles misterios del aquelarre.

El más atrevido de entre ellos se ofreció a volver el dia siguiente al rayar el alba para cavar la fosa y enterrar el cadáver. —Esto será inútil, respondió uno de los más consternados, y esta respuesta fue comprendida: miráronse en silencio y su palidez les 'espantó mutuamente. Bajáronse al valle y se separaron vacilando, prontos a tomarse unos a otros por espectros.

## LXV.

Magnus, que se habia quedado solo con el cadáver, no habia advertido la deserción de los pastores, puesto siempre de rodillas, pero sin pensar ni hacer oración porque le habian abandonado sus fuerzas. No se sentía vivir más que por el agudo sufrimiento de su frente que él habia golpeado y casi rolo contra el suelo. Aquella conmoción física, unida a las espantosas emociones de su alma, habia acabado de sumirle en un abatimiento que semejava a la imbecilidad.

Pero viendo delante aquella figura pálida de Stenio que dormía el sueño de los ángeles, detúvose, sonrió espantosamente al contemplar la blanca mortaja y la corona de flores, y murmuró con voz conmovida: — ¡Óh mujer! ¡óh belleza!

Luego tomó la mano del cadáver, y el frío de la muerte calmó su delirio y despejó las engañosas ilusiones de la fiebre, pues el ermitaño reconoció que aquel muerto no era una mujer dormida, sino un hombre tendido sobre su féretro, un hombre cuya perdición se echaba él en cara.

Miró en torno suyo, y no viendo más que los negros flancos de la roca en donde vacilaba la luz de las antorchas, ni oyendo más que el mugido del viento por entre matorrales, sintió todo el espanto de la soledad, y todos los terrores de la noche cayeron sobre su cabeza como una montaña de hielo.

Creyó ver moverse y andar sobre la roca no lejos de él alguna cosa, cerró los ojos para no ver mas, volvió a abrirlos y miró involuntariamente para ver una figura espantosa que permanecía inmóvil y negra a su lado. Miróla cerca de una hora, sin osar hacer movimiento alguno y rellenando el alíenlo, de miedo de llamarla atención de aquel fantasma que creía pronto a levantarse y a dirigirse hacia él: la antorcha de resina que dibujaba el perfil de Magnus contra la roca se apagó, y desapareció el fantasma sin que el monje hubiese comprendido que era su misma sombra.

Sintiéronse ligeros pasos por entre los matorrales de la colina, que podían ser los de un gamo que se acercase curiosamente a la luz, Magnus se santiguó, dirigió la vista a un sendero que conducía al valle y creyó ver una forma blanca, una mujer errante y sola de noche. El deseo inquieto le hizo saltar el corazón con violencia, levantóse para correr detrás de ella, y el miedo le contuvo parecióle que era un espectro que iba a llamar a Stenio, ó una sombra salida del sepulcro para aullar entre tinieblas. Cubrióse la cara con las manos, y la cabeza con la cogulla, y acurrucóse en un rincón resuelto a no ver ni oír nada.

No llegando ruido alguno a sus oídos tranquilizóse un poco, levantó la cabeza, y vió a la abadesa de las camaldulenses arrodillada cerca de Stenio.

Quiso gritar, pero la lengua se le pegó al paladar, quiso huir, y sus piernas se estuvieron inmóviles y frías lo mismo que el granito de la roca, y hubo

de estarse, con la vista turbada, las manos abiertas y el rostro sombreado con su capucha.

Lelia estaba inclinada sobre el fúnebre lecho; su velo blanco ocultaba a medias su rostro, y parecía tan muerta como Stenio. Era la digna novia de un cadáver.

Habia oído lo que decían los pastores, y quiso contemplar los restos de Stenio, para cuyo fin se dirigió al sitio en donde estaba el cadáver, sola, sin miedo, sin remordimientos, y acaso sin dolor también.

Sin embargo, al aspecto de aquella hermosa frente cubierta con las sombras de la muerte, sintió ablandarse su alma, y la tierna piedad endulzó la dureza de aquella alma sombría y tranquila en medio de su desesperación.

— ¡Stenio ¡dijo sin hacer caso de la presencia del monje ó tal vez sin advertirla, si, te compadezco, porque me maldijiste. Compadézcole porque no comprendiste que Dios al criarnos no habia resuelto la unión de nuestros destinos: ya sé que creías que yo me complacía en aumentar tus tormentos, y que pretendía vengarme en tí de los engaños y dolores de mis primeros años; pero le engañabas, Stenio, y te perdono la maldición que fulminaste contra mí. El que juzga nuestros pensamientos antes de que podamos preverlos, el que hojea a todas horas el libro de nuestra conciencia, y lee sin ambigüedad los misteriosos designios que todavía no están inscritos en él, ese, Stenio, no acogió tus amenazas ni las cumplirá. No te castigará porque fuiste ciego, ni dará penas a tu debilidad, porque no quisiste fiar en una sabiduría que no era la tuya. Sobrado cara has pagado la luz que ha alumbrado tus últimos días para que te acrimine el haber andado lanío tiempo entre tinieblas. El doloroso y terrible saber que te llevas contigo no necesita expiación, porque tus labios se han secado al probar el fruto que habías cogido.

Pero confío firmemente que Dios nos reunirá en la eternidad, y que sentados uno al lado del otro a sus pies, asistiremos a sus consejos y entonces sabremos porque nos ha separado en el mundo. Leyendo en su radiante frente el secreto de sus voluntades, impenetrables a los ojos mortales, tu cólera y tu admiración serán como si no hubiesen sido.

Entonces, Stenio, ya no pensarás en aborrecerme y dejarás de acusar mi injusticia y crueldad. Cuando Dios dé a cada uno de nosotros la parte que le

corresponda, distribuyendo nuestros trabajos según nuestras fuerzas, comprenderás, desgraciado, que no podíamos seguir el mismo camino ni caminar al mismo término. Los dolores que nos ha enviado no tienen fin, y él nos explicará el misterio de nuestros sufrimientos. Descubriéndonos la perspectiva de una efusión eterna, nos dirá porque le plugo preparar la reunión de dos almas por oscuros senderos que nuestra vista no podía ver.

Él será quien le enseñe, Stenio, en su sangrienta desnudez mi corazón a quien tú imputabas desdén y dureza, y el terror que te causaban mis palabras, y la humillación que obscurecía tus miradas cuando yo le confesaba que no podía amar, y la temblorosa confusión de tus pensamientos se trocará en una seria compasión. Lelia, que tú creías tan superior tuya, y que pensabas que no alcanzarías jamás, la humillará ante ti, y tú olvidarás lo mismo que ella, la admiración y el respeto que la rodean los hombres, y sabrás porque siempre ha ido sola sin demandar socorro.

Confundidos bajo la vista de Dios en una felicidad progresiva, cada uno de nosotros cumplirá animosamente el cargo que se le confié. Nuestras miradas, al hallarse, doblarán nuestra confianza y nuestras fuerzas, y el recuerdo de nuestras miserias pasará como un sueño, y hasta llegaremos a preguntarnos si hemos vivido.

Inclinóse hacia Stenio, arrancó de su corona una flor marchita que puso en su pecho, y volvióse por el sendero del valle sin haber visto al monje que en pie dentro de la sombra y arrimado al peñasco fijaba en ella sus inflamados ojos.

Magnus habia perdido la razón, y no entendía ni una palabra de las que decia Lelia: veíala solamente, hallábala hermosa, su pasión se despertaba con violencia, y ya no se acordaba más que de los deseos que habia comprimido tan largo tiempo, y que le devoraban más que nunca.

Cuando vió que hablaba al difunto Stenio, apoderáronse de él unos celos espantosos, que no habia sentido jamás porque no habia tenido ocasión de sentirlos. Hubicraso vengado hiriendo a Stenio si hubiese osado; pero aquel cadáver le hacia miedo, y sintió aún más deseo que venganza.

Echó, pues, a correr detrás de Lelia y alcanzóla al revolver del sendero, donde la cogió por el brazo.

Lelia volvió la vista sin gritar, sin estremecerse, y miró aquella figura feroz, aquellos ojos sangrientos y aquella trémula boca sin miedo y casi sin sorpresa.

— Mujer, la dijo el monje, bailante me has hecho sufrir; consuélame, ámame.

No reconociendo Lelia en aquel monje calvo y encorvado el sacerdote que pocos años antes había visto joven y gallardo, se detuvo admirada y respondiéndole.

— ¡Padre mío! dirigíos a Dios, cuyos amores el único que puede consolaros.

— ¿No te acuerdas, Lelia, repuso el monje sin escucharla, que soy yo el que le salvó la vida? a no ser yo hubieras perecido en las ruinas del monasterio en donde pasaste dos años. ¿Te acuerdas, mujer? Yo me precipité entre escombros con riesgo de quedar estrellado, y librándote, te puse sobre mi caballo, y viajé todo el día teniéndote en mis brazos sin osar siquiera besarte la ropa de tu vestido. Pero desde aquel día aprendió en mi pecho un fuego devorador, y Aunque he rezado y ayunado ha sido en vano todo, puesto que Dios no quiere curarme. Es preciso, es necesario que me ames, porque tu amor me curará y haciendo penitencia seré salvo. De otro modo voy a volverme loco y me condenaré.

— Yate reconozco, Magnus, respondió Lelia. ¡Más ay! ¿es ese el fruto de tus expiaciones y de tus combates?

— No te burles de mi, mujer, respondió el monje lanzando una mirada sombría, porque tan cerca estoy del odio como del amor, y si me repeles.... no sé de lo que me hará capaz mi cólera.

— Deja mi brazo, Magnus, dijo Lelia con la calma del desden, y siéntale en esta roca pues quiero hablarte.

Había tanta autoridad en su voz, que el monje, habituado a la sumisión pasiva, obedeció como por instinto y se sentó a dos pasos de ella: su corazón latía tan fuertemente que no podía hablar; púsose entre sus manos la cabeza ensangrentada y adolorida, y recogió cuanta fuerza y memoria le quedaba para escuchar y comprender.

— Magnus, le dijo Lelia, si cuando erais aún jóven y capaz de alcanzar una social existencia, me hubieseis consulado acerca de vuestro porvenir, no os hubiera aconsejado que os hicierais sacerdote, porque vuestras pasiones debían haceros imposibles estos rígidos deberes que no cumplís masque de hecho. Habéis sido un mal sacerdote pero Dios os perdonará, por lo mucho que habéis sufrido. Ahora es demasiado tarde para que entréis en la vida ordinaria, puesto que no tenéis ya fuerza para conseguir una virtud, cualquiera que fuese. Reducíos pues a la abstinencia y esperad en el retiro el fin de vuestras penas, que no puede tardar como os lo indican vuestras manos y vuestros cabellos que ya encanecen. ¡Mejor para tí, Magnus! ¡Ojalá estuviese yo tan cerca de la tumba! ¡Pero infelices de nosotros! nada podemos hacer unos por otros. Tú te engañaste huyendo de la vida, puesto que has sentido necesidad de vivir; más ahora te espantas y crees que aún podrás ser venturoso. ¡Insensato! ya no debes pensarlo, pues si algunos años atrás habías podido hallar la ventura en la libertad, esclareciéndose tu razón y endureciéndose tu alma contra los remordimientos, ahora ya te persiguen por todas partes el horror, el disgusto y el espanto. Ya no puedes pretender un amor que mirarías siempre como un crimen, y la costumbre de llamar pecados los goces legítimos le harían criminal y vicioso a los ojos de tu conciencia, en los brazos de la más pura de todas las mujeres. Resígnate, pobre ermitaño abale tu orgullo, pues te Labias creído bastante grande para esta terrible virtud del celibato, y repito que te engañaste. ¿Pero qué importa? Ya llegas al término de tus males, procura a lo menos conservar su buen fruto, y si no has sido bastante merecedor de que Dios le perdonase la desesperación, sé sumiso.

Magnus había escuchado vanamente, pues su cerebro se negaba al trabajo de la inteligencia, sufría y pensaba que Lelia le hacía mofa: la figura serena y altiva de aquella mujer le humillaba profundamente. Había momentos en que la detestaba y quería huir; pero se creía cogido y fascinado por la vista del demonio.

Lelia no ponía atención en él: solo meditaba y parecía' proyectar alguna cosa.

— Escucha, le dijo pasado un instante de silencio y de incertidumbre: obedéceme, y en lugar de forjar pensamientos indignos de tu vocación, ayúdame a prestar al cadáver de Stenio los últimos honores. Asaz errante, penado y vagabundo ha sido en esta vida para que sus restos descansen en paz

sin que los pisón los pies de los caminantes. Yo sé un lugar en donde dormiré ignorado y privado de sepultura eclesiástica, puesto que asilo quiere monseñor; pero no privado del respeto que se debe a las sepulturas y de las colectivas oraciones que se rezan en el recinto de los cementerios. Carga con ese cadáver sobre tus hombros y sígueme.

Magnus se mostró indeciso y dijo con espanto.

— ¿A dónde queréis que Heve ese muerto? ¿Monseñor le niega sepultura sagrada y queréis enterrarlo en un cementerio?

— Haz lo que te digo, respondió Lelia. Yo sé mejor que tú lo que piensa monseñor. Obligado a atenerse a los reglamentos de la Iglesia y no queriendo en este caso alentar por una infracción de la regla la indulgencia que se pudiera conceder al suicidio, ha debido mandarte cosas que yo infrinjo autorizada por él. Obedece, Magnus, yo te lo ordeno.

Lelia sabía muy bien que su voluntad fascinaba a Magnus, el cual obedeció maquinalmente y sin saber lo que hacía, y llevó el cuerpo de Stenio hasta el cementerio de las camaldulenses. En un ángulo oscuro del jardín se había arrancado por las raleas un tejo herido del rayo, y aquella fosa abierta por casualidad no se había vuelto a llenar: en ella puso el cuerpo el ermitaño, ayudado de la abadesa, y la llenó de tierra y de césped, y luego, trémulo y consternado, se volvió a su ermita, mientras Lelia arrodillada sobre la tumba del poeta, imploraba por él la misericordia y sabiduría infinita que no impone castigos eternos y que solda en el crisol de la eternidad el metal que han roto los males de la vida.

## LXVI.

La muerte de Stenio fue la señal de otros acontecimientos trágicos: el cardinal murió poco tiempo después de un mal tan rápido y violento, que se

atribuyó a envenenamiento; Magnus abandonó su ermita después de haber divagado algunos días por la montaña, presa de un espantoso delirio, que los montañeses consternados oyeron resonar sus lamentables gritos en el silencio de la noche, y sus pasos desiguales y precipitados conmovieron los umbrales de sus chozas en donde permanecieron despiertos y temblando. Por último, desapareció y fue a sepultarse en un convento de cartujos, pero luego salieron de este asilo extrañas revelaciones que trastornaron a los hombres más serenos y más eminentes. Aníbal sucumbió sin demandársele explicación alguna. Muchos obispos y un gran número de sacerdotes muy distinguidos por sus luces y la nobleza de su conducta cayeron en desgracia cuando no en entredicho. Con respecto a Lelia, creyóse que tales castigos serían muy leves para hacerla expiar sus crímenes y que era preciso condenarla a la humillación y a la vergüenza. La inquisición la formó proceso, y derribado como estaba el poderoso prelado que la había sostenido en su carrera, declaráronse y se vengaron las profundas animosidades, resultado de la nueva dirección dada por ellos y sus adherentes a las ideas religiosas, las cuales se habían cobijado largo tiempo bajo sus plantas. Derramóse el veneno de la calumnia sobre la tumba apenas cerrada del cardenal, libación impura ofrecida alas pasiones infernales; buscáronse las acciones secretas de su vida, y haciendo caso omiso de las que hubieran podido ser reprehensibles, recordáronse solamente los últimos años de su vida, años que bajo la influencia de Lelia habían sido tan puros como el alma de Lelia deseaba para simpatizar enteramente con la del prelado. Hubo placer en echar el lodo del escándalo y de la impostura sobre aquella amistad sagrada que hubiera podido producir tan grandes cosas en bien de la Iglesia, si esta, bien así como todos los poderes que acaban, no hubiese lomado a empeño el precipitarse por sí misma en el abismo en donde duerme ya sin esperanza de despertar.

La abadesa de las camaldulenses fue pues acusada de haber sido esposa adúltera de Jesucristo, y de haber arrastrado por su camino de perdición a un príncipe de la Iglesia, que antes de su funesto trato con ella había sido, decían, una columna de la fe. Acusáronla también de haber profesado doctrinas extrañas, nuevas, llenas de pasiones mundanas é impregnadas de herejía, de haber tenido relaciones criminales con un impío que entraba de noche en su celda, y por último de haber llegado al colmo del delirio de la apostasia y a la mayor audacia del sacrilegio, haciendo sepultar el cadáver de aquel impío en la tierra consagrada a las sepulturas de las camaldulenses,



infringiendo las leyes de la Iglesia que niegan sepultura en tierra sagrada a los ateos que mueren de muerte voluntaria, é infringiendo también las reglas monásticas que no admiten sepulturas de hombres en el recinto destinado para tumba de las vírgenes. \

Foresta última acusación conoció Lelia de donde salía el tiro que la iba dirigido, y ya no pudo dudarlo cuando llamada ante sus jueces para dar cuenta de su conducta, se vió confrontada con Magnus. Tales torpezas la causaron tanto disgusto que se denegó a todas las preguntas y no quiso justificarse. Magnus temblaba de tal modo en su presencia, Fue ante jueces íntegros hubieran bastado para fallar la turbación del acusador y la calma de la acusada, pero la sentencia estaba dada de antemano y no había debates más que por pura forma. Lelia sintió en el corazón sobrado desprecio para acusar a Magnus a su vez, y conteniéndose con decirle, viéndole vacilar y apoyarse en el brazo de familiar del santo oficio: —Tranquilízate, que no se abrirá la tierra bajo tus pies, puesto que has de tener el suplicio en el corazón. No temas que yo le vuelva herida por herida y ultraje por ultraje: miserable, te compadezco, porque conozco a que cobardes terrores obedeces calumniándome. Vé, huye de la vista de todo el mundo, tú, que esperas ganar el cielo por medio de la iniquidad: Dios te alumbre y te perdone como te perdono yo.

Lelia fue acusada también por dos de sus religiosas que la habían odiado siempre a causa de su amor a la justicia y porque esperaban ser sucesoras suyas: acusáronla de haber tenido relaciones con los carbonarios y de haber coadyuvado a una con el cardenal a la evasión del impío y feroz Valmarina. Por último, la acriminaron de haber dispuesto con una prodigalidad insensata de las riquezas del convento y de haber hecho vender cálices y alhajas dependientes del tesoro de la iglesia para aliviar las penas de los habitantes de aquella tierra en un año de miseria. Interrogada sobre esto, Lelia contestó sonriendo que se declaraba culpable.

Condenáronla a ser degradada de su autoridad en presenciado la comunidad, para cuyo acto se convidó cuánta gente se pudo, pero fueron muy pocos curiosos, que se volvieron en seguida conmovidos profundamente de la dignidad con que la abadesa sumisa a aquellas afrentas, las recibió haciendo avergonzar a los mismos ofensores.

Desterráronla luego a una Cartuja arruinada que la comunidad de las camaldulenses poseía en el norte de las montañas, y que hacía conservar en parte para servir de asilo penitenciario a sus delincuentes. Era este un lugar frío y húmedo en donde limitaban el horizonte grandes abetos bañados por las nubes, y en cuyo recinto halló Tremmor el año siguiente a Lelia moribunda y la rogó mil y mil veces con toda su alma que rompiese el voto y huyese con él a otro clima, pero Lelia se mantuvo firme en su resolución.

— ¿Qué me importa morir aquí ó en otra parte y vivir algunas semanas más ó menos? ¿No he sufrido ya bastante? ¿No me ha de conceder por fin el cielo el derecho de descansar? a más de que, yo debo permanecer aquí para confundir el odio de mis enemigos y para desmentir sus predicciones: creían que yo no suportaría mi martirio, y han de quedar engañados en sus pensamientos, pues no es inútil que sepa el mundo que de ellos a mí hay alguna diferencia. Las ideas que profeso y por las cuales padezco exigen de mí una conducta ejemplar, pura de toda mancha y exenta de toda debilidad, y ahora en el estado en que me encuentro poco me cuesta semejante esfuerzo.

Tremmor vió como se extinguía rápidamente, siempre hermosa, y tranquila siempre; pero con todo en sus postrimeras horas tuvo algunos instantes de pena y desesperación, porque la idea de ver terminar el mundo antiguo sin ver salir un mundo nuevo le era amarga é insoportable.

— ¡Cómo ¡decía, ¿está herido de muerte como yo todo lo que existe, y destinado a perecer sin dejar descendencia para recoger lo que se deje? Durante algunos años, he estado que a favor de una renunciado toda satisfacción personal llegaría yo a vivir por la caridad y a gozarme en el porvenir del género humano. Pero ¿cómo puedo amar una raza ciega, estúpida y malvada? ¿Qué puedo esperar de una generación sin conciencia, sin fe, sin inteligencia y sin corazón?

Tremmor se esforzaba en vano en hacerla entender que se engañaba buscando lo futuro en lo pasado. No puede haber más que un germen misterioso, decía él, cuyo desarrollo será largo, porque fuera necesario para su vida que se derribase y secase el antiguo tronco. Mientras haya catolicismo y una Iglesia católica no habrá ni fe, ni culto, ni progreso entre los hombres. Es menester que esta ruina se desmorone y que se barran los escombros

para que el suelo pueda producir frutos en donde ahora no hay más que piedras.

Vuestra grande alma, la de Aníbal y las de algunos otros se han asido del último pedazo de la fe, sin pensar que valía más arrancarlo, puesto que no servía más que para encubrir la verdad. Se levantará en el horizonte una filosofía nueva y una fe más pura y más clara, de las cuales solo saludamos el alba naciente y pálida: pero las luces y la inspiración que forman la vida de la humanidad no les faltarán a las futuras generaciones, lo mismo que no falta el sol cada mañana a la tierra dormida y sumida en tinieblas.

El alma ardiente de Lelia no podía abrigar tan lejanas esperanzas, pues nunca habia sabido avenirse con promesas sobre lo futuro a no sentir en sí misma ó que emanase de ella la acción que debiese realizar aquellas promesas. Su corazón tenía infinitas necesidades, y estaba cercano a la muerte sin haber cumplido ninguna. a tan inmenso dolor le hubiera sido necesario el inmenso consuelo de la certidumbre, y hubiera perdonado al cielo el haberla privado de toda dicha, solo con haber podido leer claramente en los destinos de la humanidad futura algo mejor que lo que había visto hasta entonces.

Una noche la halló Tremmor en la cumbre de la montaña, en tiempo horroroso, cuando la lluvia caía diluviando, y magia el viento en las selvas, y crujían los árboles en todas partes, y rasgaban los rayos las nubes. Tremmor la habia dejado el día antes en su celdilla tan fatigada y tan débil que temió no hallarla viva el siguiente, y encontrándola vagabunda por resbaladizas rocas y mojada con la espuma de los torrentes que se formaban y acrecían en torno suyo, creyó ver un espectro y la invocó como a un espíritu; pero ella le tomó la mano y atrayéndole a sí le habló de esta manera, en voz fuerte y vibrante ó inflamados los ojos con un fuego terrible.

## **LXVII.**

### **DELIRIO.**

Hay horas en la noche en que me siento llena de un espantoso dolor, que empieza por ser una tristeza vaga y un malestar inexplicable. La naturaleza entera pesa sobre mi, y yo me arrastro quebrantada bajo el peso de la vida como un enano que se viese obligado a llevar a un gigante. En tales momentos tengo necesidad de expansión y de alivio, y quisiera abrazar al universo en una efusión filial y paterna; pero parece que el universo me repele de golpe y que so vuelve contra mi para anonadarme, como si yo, pobre átomo, insultase al universo llamándole a mi. Entonces el poético y tierno arrebató se convierte en espanto y acriminación y odio, la hermosura eterna de las estrellas, y el esplendor de las cosas que dan pábulo a mis contemplaciones ordinarias, ya no me parecen más que la implacable indiferencia del poder contra la debilidad y la flaqueza. Yo con nada voy acorde, y mi alma grita en el seno de la creación, como una cuerda que so rompe en medio de las triunfantes melodías de un instrumento sagrado. Sí el cielo está tranquilo, paréceme que oculta a un Dios inflexible que no cuida de mis deseos ni atiende a mis necesidades, y si la tempestad revuelve los elementos, veo en ellos lo mismo que en mí un sufrimiento inaudito y gritos jamás atendidos.

; Oh!; si, si! reina la desesperación y el sufrimiento, y los quejidos emanan de todos los poros de la creación: las olas se revuelcan gimiendo sobre la arena, el viento llora lamentablemente en la selva, y los árboles que se doblan y vuelven a levantar para caer en seguida bajo el látigo de la tempestad sufren un tormento espantoso. Hay un ser infeliz, maldito, inmenso, terrible y tal que no puede contenerle el mundo en donde vivimos, y Aunque invisible está en todas partes y su voz llena el espacio de un continuo sollozo. Encarcelado en la inmensidad, se agita y debate y da con la cabeza y espaldas en los confines del cielo y de la tierra, que no puede salvar porque le estrecha y le aplasta y maldice y quebranta y odia. ¿Quién es y de donde ha salido? ¿Es el ángel rebelde que fue lanzado del Empíreo, y es el mundo el infierno que le sirve de calabozo? ¿Eres tú, fuerza, que sentimos y vemos? ¿Sois vosotras, cólera y desesperación, que os presentáis a nuestros sentidos? ¿Si así es, qué es lo que les dais? ¿Eres tú, rabia eterna, que murmuras sobre nuestras cabezas, y truenas en los cielos? ¿Eres tú, espíritu desconocido? Aunque sensible, el que eres señor ó criado, tirano ó esclavo, ¿carcelero ó mártir? ¡Cuántas veces he sentido tu vuelo ardiente sobre mi cabeza! ¡Cuántas veces tu voz me ha arrancado lágrimas simpáticas desde el fondo de mis entrañas, y hecho las correr como el torrente de las montañas ó la lluvia del cielo! Cuando tú estás conmigo, oigo tu voz que me grita: Tú

sufres, tú sufres y yo quisiera abrazarte y llorar sobre tu seno poderoso, porque rae parece que mi dolor es infinito como el tuyo y que necesitas mis sufrimientos para hacer más elocuentes tus quejas. Yo también exclamo: Tú sufres, tú sufres.... pero pasas y huyes y te calmas y aduermes. Un rayo de la luna disipa tus nubes y la menor estrella que brilla detrás de tu mortaja parece reírse de tu miseria y reducirte al silencio. a veces me parece ver tu espectro caer en una ráfaga, como una inmensa águila cuyas alas cubriesen el mundo y cuyo postrer grito se apagase en el seno de los mares, y veo que estás vencido, vencido como yo, como yo débil, y como yo aterrado. El ciclo se esclarece é ilumina con rayos de gozo, y apodérase también de mí una especie de estúpido terror. ¡Prometeo! ¡Prometeo! ¿eres tú que quieres librar a los hombres de los lazos de la fatalidad? ¿Eres fu, que derribado por un dios celoso, y devorado por tu bilis incurable, caes apurado sobre tu roca, sin haber podido libertar al hombre, ni aún a tí mismo, su único amigo, y acaso su verdadero Dios? Los hombres te han dado mil nombres simbólicos: audacia, desesperación, delirio, rebelión, maldición: unos te han llamado Satanás, otros crímenes; yo deseo.

¡Yo, sibila, sibila desolada; yo, espíritu de los tiempos antiguos, encerrado en un cerebro rebelde a la inspiración divina, lira rota, instrumento mudo cuyos sonidos no comprenderían ya los que ahora viven, ¡y en cuyo seno murmura comprimida la armonía eterna! ¡yo, sacerdotisa de la muerte que siento que he sido pitonisa, y que he llorado y hablado; ¡Aunque ya no me acuerdo ni sé lo que debiera decirse para curar! Si, si, yo tengo presentes los antros de la verdad y los delirios de la revelación; pero he olvidado el nombre del destino humano, y perdido el talismán del rescate. Yo sin embargo he visto muchas cosas, y cuando me acosa el sufrimiento, cuando roe devora la indignación y Prometeo se agita en mi seno azotando con sus grandes alas la piedra a que está amarrado, cuando el infierno retumba bajo mis plantas, como un volcán pronto a tragarme, cuando los espíritus de la mar vienen a llorar a mis pies, y los del aire se estremecen sobre mi frente....!Oh! entonces, presa de un delirio que no tiene nombre y de una desesperación sin límites, llamo al dueño y amigo desconocido que podía alumbrar mi espíritu y desatar mi lengua; pero floto entre tinieblas, y mis brazos fatigados no abrazan más que sombras engañosas. ¡Ó verdad, verdad! Para hallarte he bajado a los abismos cuya sola vista daba el vértigo del miedo a los hombres más animosos. He seguido a Dante y Virgilio en los siete círculos del mágico sueño, a Curcio en el sumidero que se cerró

después de haberlo tragado, y a Régulo en su asqueroso suplicio, y en todas partes he ¡dejado carne y sangre mía. He seguido A Magdalena hasta el pie de la cruz, y se ha inundado mi frente con la sangre del Cristo y con las lágrimas de María. Yo lo he buscado, sufrido, creído y aceptado lodo; me he arrodillado ante todos los cadalsos, arrodillándome sobre todas las hogueras y prosternado en presencia de todos los altares: he pedido al amor sus gozces, a la fe sus misterios y al dolor sus méritos; me he ofrecido a Dios bajo todas las formas y sondeado mi corazón con ferocidad arrancándole de mi pecho para examinarlo, partiéndole en mil pedazos y atravesándole con mil puñales para conocerlo. Luego he ofrecido sus partes a todos los dioses superiores é inferiores, he evocado todos los espectros, luchado con todos los demonios, suplicado a todos los ángeles y santos y prestado sacrificio a todas las pasiones, ¡l Verdad! ¡verdad! Tú no le has revelado; ¡¡hace diez mil años que te busco y no te encuentro!

V diez mil años ha que por toda respuesta a mis gritos y por todo alivio a mi agonía oigo en esta tierra maldita el sollozo desesperado del impotente deseo. Diez mil años ha que te he sentido en mi corazón sin poder acomodarle a mi inteligencia, ni hallar la fórmula terrible que te revelaría al mundo y te baria reinar en la tierra y en el cielo. Diez mil años ha que he gritado en el infinito: / Verdad! ¡verdad! y diez mil años ha también que lo infinito me responde: ¡Deseo, deseo! ¡Ó sibila desolada! ó muda pitonisa, rómpete la cabeza contra las rocas de tu cueva, y mezcla tu sangre espumosa de rabia con la espuma de la mar, porque crees haber poseído el omnipotente Verbo, y diez mil años ha que lo buscas en vano...

Esto diciendo, sintió Tremmor como la mano ardiente de Lelia se heló de golpe en la suya y como luego se levantó para precipitarse. Espantado Tremmor la retuvo en sus brazos y luego se cayó yerta sobre la roca, pues había dejado de existir.

Lelia había vivido siempre bajo un hermoso cielo y odiaba los países no bien alumbrados por el sol: el frio la había muerto prontamente como si hubiese querido secundar los

designios de sus enemigos. La pandilla que la había perdido cayó y fue reemplazada por otra que quiso humillar a su rival rehabilitando la memoria de los que aquella había querido humillar. Hiciéronse solemnes exequias al cardenal, y fueron llevados al monasterio los restos de Lelia que fue honra-

da como santa y como mártir. Sepultáronla en el cementerio, y permitiéronle a Tremmor que elevase un sepulcro a Stenio en la opuesta margen, cerca de la abandonada ermita del monje a donde se habían hecho transportar los restos del poeta después de expulsados del monasterio.

Una noche Tremmor, habiendo terminado los funerales de sus dos amigos, bajó lentamente por la orilla del lago. La luna, que empezaba a elevarse, lanzaba un rayo oblicuo sobre aquellas dos tumbas blancas que separaba el lago, y según costumbre viéronse meteoros sobre la brumosa superficie del agua. Tremmor contempló tristemente su pálido brillo y su danza melancólica, y observó que dos, salidos de las dos orillas opuestas, se juntaron persiguiéndose mutuamente y se mantuvieron juntos toda la noche tanto cuando se acercaban a las cañas, como si se deslizaban sobre el tranquilo lago, como si se suspendían trémulos en la niebla como dos lámparas próximas a apagarse. Tremmor se dejó dominar por una idea supersticiosa y dulce, y pasó toda la noche siguiendo con la vista aquellas luces inseparables que se buscaban y seguían como dos almas enamoradas. Dos ó tres veces se le acercaron y llamólas con nombres muy queridos vertiendo lágrimas como un niño.

Cuando se hizo de día se apagaron todos los meteoros, y las dos misteriosas llamas se estuvieron algún tiempo en medio del lago como si les diese pena el separarse; hasta que fueron repelidas en sentido contrario como si cada una fuese a buscar la tumba que habitaba. Cuando hubieron desaparecido, pasóse Tremmor la mano por la frente como para apartar el sueño debilitador de una noche de dolor y de ternura, y dirigiéndose a la tumba de Stenio se detuvo indeciso un instante.

— ¿Qué liaré en este mundo sin vosotros? exclamó, ¿para qué seré útil? ¿por quién, y por qué podré interesarme? ¿De qué me servirán mi saber y mi fuerza, si ya no tengo amigos que consolar y que sostener? ¿No valdría más tener una huesa al borde de este hermoso lago cerca de estas dos tumbas silenciosas? ¡Más no! aún no se ha terminado mi expiación: quizás vive Magnus todavía, y acaso podré curarle. A más de que en todas partes hay hombres que luchan y sufren, y por do quier hay deberes que cumplir, una fuerza que emplear, y un destino que llevar a cabo.

Saludó desde lejos el mármol que encerraba a Lelia, besó el que servía de lecho a Stenio, miró luego el sol, antorcha que debía alumbrar sus días do

trabajo y eterno faro que le enseñaba el país del destierro en donde es preciso obrar y andar, é indicaba la inmensidad de los títulos siempre accesibles a la esperanza de los fuertes, y recogiendo su palo blanco, se puso en camino.

FIN DE LELIA



**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**